CORNELIU ZELEA CODREANU

PARA MIS LEGIONARIOS

SOL INVICTO

CORNELIU ZELEA CODREANU

PARA MIS LEGIONARIOS

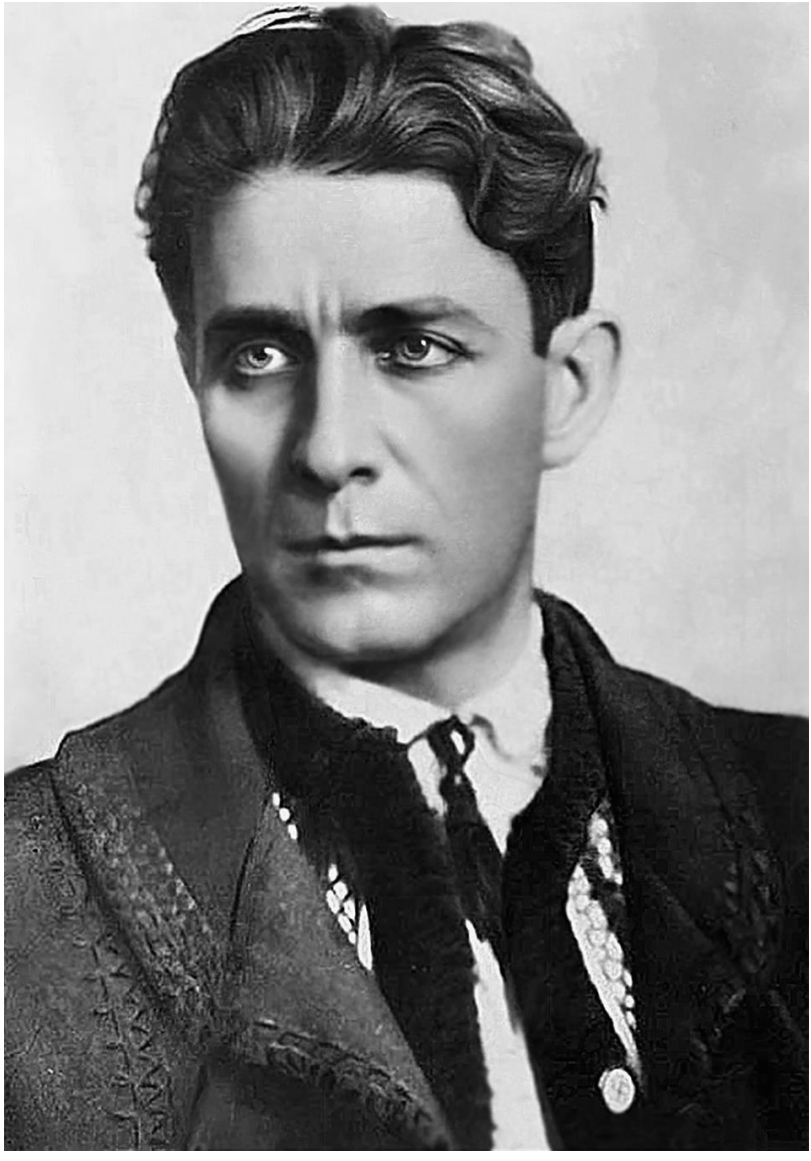
Ediciones Sol Invicto

Titulo original: **Pentru legionari,** Sibiu, Editura «Totul pentru Ţară», 1936.

Primera edición: 09/03/2022

Sexta edición: 05/03/2025

Mail: solinvicto@tutanota.com



Cornelia Z. Codreanu

ACLARACIÓN

Colectia «Omul Nou» (Colección «Hombre nuevo»).
Múnich – 1972

Estimo que el libro de Corneliu Codreanu, creador y jefe del Movimiento Legionario de Rumania, no necesita un prólogo.

Como miembro del Movimiento Legionario y de profesión obrero metalúrgico, he podido seguir de cerca el éxito que han encontrado, en los últimos dos años y en los medios estudiantiles y obreros, las traducciones en alemán y en francés de esta obra.

En mi tierra rumana, la primera edición, publicada en 1936, ha movilizado las masas jóvenes uniendo en una misma fe a intelectuales y obreros, en los campos y en las ciudades, forjando héroes y dando la más implacable réplica a todas las doctrinas y maniobras que pretendían debilitar la Fe cristiana y los sagrados deberes hacia la Patria.

Hoy, cuando en el mundo entero, empleándose métodos y técnicas más avanzadas, se pretende remodelar –a escala universal– la mente humana, invirtiendo la auténtica jerarquía de los valores que sostienen nuestra civilización cristiana, el libro de Codreanu sigue siendo una actualidad candente.

Y es lo que me ha determinado tomarme la responsabilidad de publicar esta nueva edición en español.

Múnich, junio de 1972
Ion Marii

PRÓLOGO

Carmen Sylva
6 de diciembre, 1935.

Legionarios: Escribo para nuestra familia legionaria, para todos los legionarios de las aldeas, de las fábricas y de las Universidades.

No tengo en cuenta ninguna de las reglas impuestas a los autores de libros. No tengo tiempo; escribo en la urgencia de los campos de lucha, en medio del estruendo de los asaltos. En esta hora estamos rodeados por todas partes; los enemigos nos atacan villanamente y la traición nos acecha.

Desde hace dos años estamos amarrados por la cadena de la más infame censura, Desde hace dos años nuestro nombre y el de legionario no son tolerados en los periódicos más que para ser insultados. Cae sobre nosotros una lluvia de infamias, entre aplausos de enemigos que tienen la esperanza de vernos sucumbir. Pero estos adalides de la villanía, como sus amos, se convencerán, por el contrario, y pronto, que todos los asaltos, en los cuales han puesto sus esperanzas de aniquilar el movimiento legionario; todas las ansias y todos los esfuerzos desesperados, quedarán reducidos a vanas tentativas. Los legionarios no mueren. Firmes, inmóviles, invictos e inmortales, contemplan, victoriosos siempre, las convulsiones del odio impotente.

Me es indiferente el parecer que pueda tener el público no legionario sobre las líneas que siguen, y no me interesa el efecto que éstas hagan sobre ese público.

Yo quiero que vosotros, soldados de otros horizontes rumanos, leyendo estas memorias, reconozcáis en ellas vuestro propio pasado y os acordéis de los sufrimientos y de los golpes recibidos. Que os llenéis los corazones de fuego y de resolución en la lucha difícil y justa en la cual os halláis empeñados, y en la que todos hemos recibido la consigna de salir vencedores o muertos. En vosotros pienso cuando escribo. En vosotros, los que habréis de morir recibiendo con la serenidad de nuestros antepasados tracios el bautismo de la muerte. Y en vosotros, los que deberéis caminar más allá de la muerte y de sus tumbas, llevando en vuestras manos los triunfales estandartes rumanos.

En este volumen está escrita la historia de mi juventud, desde los diecinueve a los treinta y cuatro años, con sus sentimientos, su fe, sus pensamientos, sus luchas y sus errores.

CORNELIU ZELEA CODREANU

ENTRANDO EN LA VIDA

EN EL BOSQUE DE DOBRINA

Marzo 1919.

En la primavera del año 1919 nos encontramos reunidos, una tarde, en el bosque de Dobrina, que monta la guardia sobre las alturas que rodean a Husci. ¿Quiénes? Un grupo de aproximadamente 20 alumnos del curso superior del Liceo. De la sexta, de la séptima y de la octava.

Había convocado a estos jóvenes camaradas para discutir con ellos un grave problema, a pesar de que todavía teníamos casi la leche en los labios. ¿Qué haremos si vienen los bolcheviques contra nosotros? Mi parecer, en el cual se encontraron también los demás de acuerdo, era el siguiente: Si el Ejército bolchevique pasa el Nistru y después el Prut, llegando a invadir nuestros campos, no nos someteremos, sino que, armados, nos retiraremos todos al bosque. En él organizaremos un centro de acción y de resistencia rumana, y, mediante golpes dados con maestría, atacaríamos al enemigo, conservando un estado de ánimo irreductible y mantendremos una esperanza en las masas rumanas de las aldeas y de las ciudades. Hemos hecho el juramento en el bosque secular. Era este bosque un ángulo de aquella famosa selva de Tigheci, en cuyos senderos, en el curso de la historia de Moldavia, muchos enemigos encontraron la muerte.

Hemos decidido procurarnos armas y municiones, mantener un secreto perfecto, hacer reconocimientos y ejercicios bélicos en el bosque y encontrar una fórmula para ocultar nuestras intenciones. La fórmula la hemos encontrado fácilmente, y en poco tiempo la hemos puesto en práctica: una sociedad cultural nacional de los alumnos del Liceo de Husci, a la cual hemos dado el nombre de «Mihail Kogalniceanu»[1]. Ha sido aprobada por

[1] Mihail Kogalniceau (1817-1891). De familia noble. Estudió en Francia y en Alemania. Tomó parte en el movimiento revolucionario de 1848 en Moldavia. Fue primer ministro de Cuza Voda (Príncipe Cuza), y junto con él concedió el derecho de propiedad a los campesinos. Bajo el Rey Carol I, como primer ministro, tomó parte en el Congreso de Berlín

la dirección del Liceo, han empezado las reuniones y las conferencias en la ciudad. En ellas se traban los problemas habituales, pero en el bosque nos ejercitábamos par la guerra. Armas en aquellos tiempos existían en cualquier parte; así que en dos semanas reunimos todo lo que necesitábamos.

* * *

Existía en aquel tiempo un estado de caos que nosotros, a pesar de ser muchachos de poco más de dieciocho años, comprendíamos perfectamente.

La gente se encontraba bajo la impresión de la revolución bolchevique, que se desarrollaba a algunos pasos de nosotros. Las clases campesinas, por instinto, se oponían a aquella ola destructora, pero, completamente desorganizados, no prestaban una seria posibilidad de resistencia. Las clases obreras, por el contrario, caminaban vertiginosamente hacia el comunismo, sostenidas en el culto de esta idea por la prensa israelita y, en general, por todos los judíos de la ciudad. Todo judío, comerciante, intelectual o banquero capitalista, en su radio de acción, era un agente de estas ideas revolucionarias antirrumanas. Los intelectuales rumanos estaban indecisos, y el aparato estatal, desorganizado. Por momentos podía esperarse, bien un estallido interno de algunos elementos organizados y decididos, o bien una invasión del otro lado del Nistru. Esta acción externa, coordinada con la banda judeo-comunista del interior, que, lanzándose sobre nosotros, habría destruido los puentes y hecho saltar los depósitos de municiones, hubiera decidido nuestra suerte como nación. En semejante situación, atormentados por los pensamientos y temblando por la vida y la libertad de nuestra Patria, apenas constituida después de una guerra penosa, ha germinado en nuestras mentes de jóvenes la idea de una acción que nos ha llevado al juramento del bosque de Dobrina.

Había cursado cinco años de liceo militar en Manastirea Dealului, bajo la sombra de Mihail Viteazul[2] y bajo el ojo escrutador de Nicolae Filipescu.

---

de 1878. Se dedicó al a Historia. Es considerado un gran hombre de Estado y un gran orador. Conocía profundamente el problema y el peligro judío.

[2] Mihail Viteazul (Miguel el Valiente), Príncipe de Muntenia. Murió en 1601. Fue uno de nuestros más heroicos Príncipes. Combatió contra los turcos, a los que derrotó numerosas veces. Una de las batallas más famosas fue la de Calugareni, en la que los turcos fueron

Allí, a las órdenes del mayor, y después coronel, Marcel Olteanu, comandante de la Escuela; del capitán Virgil Badulescu, del teniente Emil Palangeanu, y con la guía de los profesores, me formé en una severa educación militar y he adquirido una sana confianza en mis fuerzas.

La educación militar de Manastirea influiría en mí toda la vida. El orden, la disciplina y la jerarquía, impresas en tierna edad en mi sangre, junto con los sentimientos de dignidad militar, marcaron con trazo rojo toda mi actividad del porvenir.

Corneliu Zelea Codreanu y su padre Ion Zelea Codreanu en el liceo militar (1913).

También allí me enseñaron a hablar poco, hecho que más tarde me llevará hasta al odio por la charlatanería y el espíritu retórico. Aquí he aprendido a amar las trincheras y a despreciar los salones. Las nociones de ciencia militar adquiridas entonces me harán juzgarlo todo, más tarde, a través de los prismas de esta ciencia y el culto al sentimiento de la dignidad de hombre y de soldado, en el cual me han educado los oficiales; me creará dificultades y me expondrá a sufrimientos en un mundo amenazador, carente de honor y del sentimiento de dignidad.

El verano de 1916 lo he pasado en casa, en Husci. Mi padre había sido movilizado dos años antes y partido con el Regimiento hacia los Cárpatos.

Una noche me ha despertado mi madre, que, llorando y santiguándose, me ha dicho: «Levántate, que suenan las campanas de todas las iglesias». Era

puestos en fuga. Combatió también contra los húngaros y los polacos. Logro conquistar Moldavia y Transilvania, y fue el primer Príncipe que unió, por poco tiempo, todas las tierras rumanas. Es considerado como un precursor de la unidad rumana.

el 15 de agosto de 1916, Santa María. He comprendido que se ha declarado la movilización y que en aquellos momentos el Ejército rumano atravesaba los montes. Emocionado, temblaba todo mi cuerpo. Después de tres días he abandonado la casa en busca de mi padre, empujado por el deseo ardiente de encontrarme también entre los combatientes del frente. Finalmente, después de muchas peripecias, he llegado al mismo Regimiento del cual era mi padre jefe de Compañía, 25° Regimiento de Infantería, bajo el mando del coronel V. Piperescu, mientras avanzaba en el Ardeal (Transilvania), por los valles de Oituz.

Grande ha sido mi desgracia, ya que, no teniendo más que diecisiete años, el comandante del Regimiento se ha negado a admitirme como voluntario. Sin embargo, he tomado parte en la ofensiva y en la retirada de Transilvania, y el 20 de septiembre, cuando mi padre fue herido en las proximidades de Sovata, sobre el monte Ceres Domu, le he sido útil, ayudándole frente al enemigo que avanzaba. Si bien herido, se ha negado a dejarse evacuar, guiando su compañía durante toda la retirada y después en las ásperas batallas que se entablaron en Oituz.

Una noche, a las dos, el Regimiento ha recibido la orden de avanzar. Los oficiales inspeccionaban en un silencio de tumba sus compañías, agrupadas en la carretera.

Mi padre fue llamado por el coronel. Volviendo poco después, me dijo: «¿No crees que debes volverte a casa? Entramos en combate, y no está bien que muramos los dos aquí; por mamá, que queda en casa, con seis pequeños, sin ningún apoyo. Además, el coronel me ha llamado y me ha dicho que no quiere afrontar la responsabilidad de tu permanencia en el frente».

Comprendía que estaba indeciso; vacilaba por dejarme en plena noche solo en el campo, por caminos desconocidos, a 40 kilómetros del ferrocarril.

Observando su insistencia, he entregado el fusil y las dos cartucheras, y mientras las columnas del Regimiento avanzaba, perdiéndose en la calma y en la oscuridad de la noche, he permanecido solo al borde de un foso, emprendiendo después el camino hacia la vieja frontera.

Más tarde, un año después, a primeros de septiembre, he ingresado en la Escuela Militar, de Infantería de Botosani, con el mismo pensamiento de poder llegar al frente. Allí completé la educación y los conocimientos militares desde el 1° de septiembre de 1917 al 17 de julio de 1918, en la

compañía activa de la Escuela Militar. Cuatro distinguidos oficiales, el coronel Slavescu, el capitán Ciurea, el teniente Florin Radulescu y el mayor Steflea, han dirigido mis pasos en el camino de las luchas y de los sacrificios por la patria.

Y ahora, después de un año –1919–, la paz. Y nosotros, los muchachos dispuestos a la muerte, dispersados por nuestras casas.

Mi padre, profesor del Liceo, ha sido toda la vida combatiente nacionalista. Mi abuelo ha sido guardabosques, y mi bisabuelo, igualmente guardabosques. Mi familia ha sido, desde los orígenes, en los períodos calamitosos, la familia de los matorrales y de los montes. Por esto, la educación militar y la sangre de mis venas imprimían a la acción de Dobrina –ingenua como manifestación– una seriedad que a nuestra tierna edad no se hubiera supuesto.

En aquellos momentos sentí en el corazón, con su consejo y su experiencia, la presencia de líneas de antepasados que han combatido por la Moldavia, por los mismos senderos impenetrables a los enemigos.

EN LA UNIVERSIDAD DE IASI

Septiembre 1919.

Ha pasado el verano. En otoño me he examinado de bachillerato (Licencia del Liceo), y dirigiéndonos hacia la Universidad, nuestro grupo se ha dividido. De Dobrina no nos ha quedado más que el recuerdo de defender nuestra patria contra los asaltos y hostilidades que se alzaban amenazadores dentro y fuera de nuestras fronteras.

Partía de Husci en este momento, que para todo joven es un gran deseo: la inscripción en la Universidad. ¡La muy esperada inscripción en la Universidad! Como preparación tenía el bagaje de conocimientos que me había dado el Liceo, la literatura sensacionalista de perversión espiritual que, por desgracia, hoy ocupa un puesto importante en el proceso de formación de los alumnos del Liceo, no la conozco. Pero de la literatura de los clásicos rumanos, había leído todos los artículos del Semanatorul (El sembrador) y

del Neamul Romanesc (La estirpe rumana), de N. Iorga[3] y de A. C. Cuza[4]. Mi padre los tenía en unos cajones en los desvanes de casa. En las horas libres subía allí y me ocupaba de este género de literatura. La esencia de esos artículos constituía la manifestación, en una forma elevada, de los tres ideales de los rumanos:

1°. La unión de todos los rumanos.

2°. La elevación de la clase campesina mediante la concesión de derechos políticos y de propiedad; y

3°. La resolución del problema judío.

Dos máximas acompañaban la cubierta de todas las publicaciones nacionalistas de aquel tiempo:

«Rumania, de los rumanos, solo de los rumanos y de todos los rumanos». N. Iorga.

«La nacionalidad es la fuerza creadora de la cultura humana: la cultura es la fuerza creadora de la nacionalidad». A. C. Cuza.

Con gran devoción me aproximaba a Iasi, ciudad a la que no hay rumano que no ame, que no comprenda o, al menos, que no desee ver.

Muchas ciudades de Moldovia tienen una muestra de gloria. No podemos pronunciar los nombres de Hotin, Barlad, Vaslui, Tighina, Cetatea Alba, Soroca, sin sentir el alma conmovida.

[3] Nicolae Iorga. Historiados, literato. Uno de los más grandes profesores rumanos. Ha escrito muchísimo, en muy diversas materias.

[4] A. C. Cuza. Fundador de las doctrinas nacionalistas, es denominado el «Patriarca del Nacionalismo». Ha escrito obras de gran importancia. Ha tratado y definido, el primero, el problema judío.

Sobre todas, sin embargo, destacan Suceava e Iasi, Suceava, la fortaleza de Stefan cel Mare (Esteban el Grande)[5]; Iasi, la ciudad de Cuza Voda[6].

La ciudad de la unión de 1859, que, con la fundación de la Universidad, se ha convertido en la ciudad de la juventud y de sus más puras aspiraciones. En Iasi han vivido Mirón Costin[7], Bogdan Petriceicu Hasdeu[8], Mihail

[5] Stefan Cel Mare (Esteban el Grande), o Stefan Voda (1457-1504). Señor de Moldavia. Fue uno de los más grandes Príncipes de los rumanos. En todas sus guerras contra turcos, tártaros, húngaros, polacos, etc., logró la victoria. Consiguió hacer de la Moldavia un país fuerte y unido. Construyó 47 iglesias, luchó por defender la Cristiandad y el Papa lo llamó «Atleta de la Cristiandad». Intentó hacer de Muntenia un Estado fiel y aliado en las continuas luchas con los turcos. Como político, mantuvo relaciones con los Príncipes rusos y con Venecia. Aun siendo un guerrero invicto, intervino en numerosas conferencias para evitar la guerra. Stefan Voda es un Príncipe que, con un pequeño Estado, logró vencer a todos sus enemigos, mucho más poderosos que él.

[6] Cuza Voda. Reinó desde 1859 a 1866. Antes que Príncipe fue señor de Muntenia y Moldavia, realizándose así una unión de los principados rumanos, contra la voluntad de las grandes Potencias. Luchó por el bien del país contra los nobles, realizando las primeras expropiaciones, y distribuyó las propiedades de los monasterios, que eran innumerables, entre los campesinos. En su lucha por la emancipación de los campesinos fue ayudado por el gran hombre de Estado Mihail Kogalniceanu.

El Príncipe Cuza, después de un largo período en el cual los príncipes eran nombrados por los turcos, después del período fanariota, con sus príncipes griegos, fue el primer príncipe rumano elegido por los rumanos. Simboliza la independencia y la unidad rumanas. Fue destronado por un golpe de Estado de los nobles, que no veían con buenos ojos su amor hacia el pueblo.

[7] Mirón Costin. Nacido en 1633, muerto en 1691, es uno de los más grandes cronistas de que puede enorgullecerse la historia de Moldavia. Gran hombre de Estado, fue consejero de diversos príncipes.

[8] Bogdan Petriceicu Hajdeu (1836-1907). Historiador y filósofo, escribió también poesías y dramas. Fue profesor de Filología comparada en la Universidad de Bucarest. En 1877 fue nombrado miembro de la Academia Rumana. Entre sus obras históricas se cuentan: Ion Voda cel Cumplit, Archiva Istorica a Romaniei e Historia criticei. Continuó la Cronica, de Sincai. Entre sus obras filosóficas: Cuvinte din batrani y Etymologicum Magnum. También le preocupó el problema judío, cuyo peligro preveía.

Eminescu[9], Ión Creanga[10], Vasile Alescandri[11], Costache Negri[12], Iacob Negruzzi[13], Mihail Kogalniceanu, Simion Barnutziu[14], Vasile Conta[15], Iorga, Ión Gavanescul[16].

Aquí ilumina como un faro, desde la cátedra de Economía política, la gran personalidad del profesor Cuza. La Universidad se convierte en una escuela de nacionalismo: Iasi, la ciudad de las grandes empresas rumanas, de la elevación de los ideales, de nuestras aspiraciones nacionales. Grande

---

[9] Mihail Eminescu. Es el más grande poeta de Rumania. Poeta lírico, filosófico y satírico, escribió también en prosa Sarmanul Dionis, novela filosófica, y artículos políticos, especialmente sobre la cuestión judía, muchos de los cuales tienen un gran valor. Ha sido traducido a idiomas extranjeros.

[10] Ion Creanga (1837-1890). Uno de los más grandes prosistas rumanos, su obra es de las más importantes de la Literatura rumana. Su lenguaje, fascinante, se aproxima al popular, siendo considerado como uno de los más auténticos escritores. Amintirile din copilarie (Recuerdos de la infancia) es la parte más personal de su obra.

[11] Vasile Alecsandri (1819-1890). Siendo uno de los más grandes poetas líricos rumanos, escribió también prosa y dramas. Su obra es fecundísima, correspondiéndoles una gran parte de la emancipación de la literatura rumana durante medio siglo. Eminescu le llamó «El rey de la Poesía».

[12] Costache Negri (1812-1876). Escritor, político y gran patriota. Estudió en París. Representó a Rumania en el extranjero. Tomó parte en la unión de los Principados y bajo el Príncipe Cuza fue enviado a Constantinopla a representar a los Principados unidos.

[13] Iacob Negruzzi. Nacido en 1812, poeta y prosista, se distinguió especialmente por sus cuentos y ensayos satíricos.

[14] Simion Barnutziu (1808-1864). Famoso luchador e historiador transilvano, en las llanuras de la libertad de Blaj pronunció un discurso famoso en pro de la libertad del Ardeal. Es considerado un gran orador. Fue profesor de Derecho de Iasi y tomó parte en la revolución de 1848 en Transilvania (Ardeal).

[15] Vasile Conta. Es el más grande filósofo rumano, siendo suya la teoría de la ondulación universal. Fue un antisemita implacable. Conocía profundamente la cuestión judía y veía un gran peligro en la infiltración de esta raza parasitaria. Cuando se impuso a los rumanos, por las grandes Potencias, la modificación del artículo 7° de la Constitución, que prohibía a los judíos la propiedad de bienes rurales, Vasile Conta pronunció un gran discurso: El peligro semita. Es considerado un precursor del nacionalismo, siendo uno de los primeros que vieron claramente el problema judío.

[16] Ion Gavanescui. Uno de los más grandes pedagogos de Rumania. Luchador nacionalista, que a pesar de sus muchos años, en los momentos difíciles de lucha del Movimiento legionario, ha sostenido y animado siempre a los jefes. Autor de innumerables obras de Pedagogía y célebre profesor de esta materia. Es también un teórico del nacionalismo y gran admirador del «Capitán» C. Z. Codreanu, al que supo apreciar desde los comienzos.

por los sufrimientos de 1917, cuando aquí encontró refugio, en sus horas penosas, el atormentado espíritu del Rey Fernando[17]; grande por el destino de ser en 1918 la ciudad de la unión de todos los rumanos; grande por su pasado, y grande por su tragedia presente, porque la ciudad de las 40 iglesias muere en el día de hoy invadida bajo la ocupación israelita. Iasi, construida sobre siete colinas, como Roma, que es y seguirá siendo la ciudad eterna del rumanismo.

¡Cuántos gloriosos recuerdos!

Aquí se han oído por primera vez los versos armoniosos de Vasile Alecsandri:

Hai sa dam mata cu mana.
Cei cu mima romana...

(Arriba, cojámonos de las manos los que tenemos el corazón rumano).

Aquí, como en ninguna otra parte, los estudiantes sienten fluctuar en las calles de la Iasi silenciosa, con llamadas incomprendidas, con sus santos impulsos, el espíritu de los grandes predecesores. Los estudiantes de Iasi, en la calma de la noche, sienten correr, enloquecido de dolor, por las calles tortuosas y extranjeras de Iasi, el espíritu de Mihail Eminescu, que canta como un espectro.

Cine a indragit strainii
Manca i ar inima cainii
Manca i ar casa pustia
Si neamul nemernicia...

(Que los perros coman el corazón, que la desolación destruya las casas y la incapacidad aniquile las familias de quien ha querido a los extranjeros).

A esta ciudad me encaminaba con devoción profunda en el otoño de 1919, atraído por su gran aureola, pero también conmovido, porque veinte

[17] El Rey Fernando (1914-1927). Fue el primer Rey que vio la unión de todos los rumanos, denominado el Leal, porque si bien alemán, supo vencer su amor a los alemanes y participó en la guerra mundial con los rumanos, al lado de los aliados.

años antes había nacido en ella, y, como todo niño, venía emocionado a volver a ver y a besar la tierra nativa.

* * *

Me he inscrito en la Facultad de Leyes.

La Universidad de Iasi, cerrada durante la guerra, se había vuelto a abrir hacía un año. Los viejos estudiantes, recién vueltos del frente, conservaban la línea de tradiciones nacionalistas de la vida estudiantil de la pre guerra. Estaban divididos en dos grupos:

Uno, bajo la dirección de Labusca, de Letras, y otro, bajo la de Nelu Ionescu, de Leyes. Este grupo, reducido de número, se encontraba avasallado por la masa inmensa de los estudiantes israelitas venidos o llegados de la Besarabia, todos agentes y propagandistas del comunismo.

Los profesores de la Universidad, excepto un grupo muy reducido, a cuyo frente se encontraba A. C. Cuza, Ión Gavanescul y Corneliu Sumuleanu, eran partidarios de las mismas ideas de izquierda. El profesor Paul Bujor, uno de los exponentes de la mayoría, llegó a proferir, lapidario, en pleno Senado de Rumania: «La luz viene del Este»; es decir, del otro lado del Nistru.

Esta actitud de los profesores, que consideraban como barbarie toda idea nacionalista, trajo como consecuencia la desorientación total de los estudiantes. Algunos defendían el bolchevismo abiertamente; otros, los más, decían: «Se diga lo que se diga, ha pasado el tiempo del nacionalismo; la Humanidad camina hacia la izquierda».

El grupo Labusca se ha encargado totalmente de esta dirección. El grupo Nelu Ionescu, al cual me había afiliado yo, se ha dispersado, después de una elección en la cual salimos derrotados.

La vanguardia de esas ideas antirrumanas, sostenidas por una masa compacta de profesores y estudiantes, y animados por todos los enemigos de la Rumania integrada, no encontraba en el mundo estudiantil ninguna resistencia rumana. Nosotros, los pocos que intentábamos mantener las posiciones, estábamos desbordados por una atmósfera de desprecio y hostilidad. Los colegas de otro parecer, de la «libertad de conciencia», y los del principio de todas las libertades, escupían cuando pasábamos por las

calles o por los corredores y aulas de la Facultad, y habían llegado a ser poco a poco cada vez más agresivos.

En reuniones de militares de estudiantes en las calles se propagaba el bolchevismo, se atacaba al Ejército, la Iglesia, la Justicia y la Corona. Una sola sociedad conservaba todavía el carácter rumano: «Avram Iancu», de los bucovinos y transilvanos, bajo la dirección del estudiante Vacile Iasinschi.

La Universidad de la tradición, del nacionalismo de 1860, se había convertido en un hogar del antirrumanismo.

SE PREPARABA LA REVOLUCIÓN

No solamente en la Universidad existía esta situación. La masa obrera de Iasi, conquistada casi en su totalidad por el comunismo, estaba dispuesta a lanzarse en plena revolución. En las fábricas se trabajaba muy poco. Horas enteras se pasaban en comicios, consejos y reuniones y se hacían cosas muy distintas a política. Nos encontrábamos en pleno sabotaje sistemático, desarrollado según un plan y con la orden «romped, destruid las máquinas; cread e el estado de miseria material que lleva al estallido de la revolución». Y, realmente, cuanto mejor se cumplía esta orden, más se extendía la miseria, el hambre se proyectaba amenazador y la revuelta crecía en el ánimo de la multitud. En tres o cuatro días, por las calles de Iasi, hubo grandes demostraciones comunistas. Diez o quince mil obreros hambrientos, manejados por las manos judías y criminales de Moscú, recorrían las calles cantando «La Internacional», con los gritos de «Abajo el Ejército», «Abajo el Rey», llevando pancartas sobre las cuales se podía leer: ¡Viva la Revolución comunista! ¡Viva la Rusia soviética!

¿Y si hubieran vencido? ¿Habríamos tenido, por lo menos, una Rumania guiada por un elemento proletario rumano que habría convertido a los trabajadores rumanos en amos del país? No. Se hubieran convertido desde el segundo día en esclavos de la más sucia tiranía, la tiranía talmúdica israelita.

¡La gran Rumania, en menos de un segundo, se hubiera hundido! Nosotros, pueblo rumano, hubiéramos sido exterminados sin piedad,

asesinados o deportados a Siberia: campesinos, trabajadores, intelectuales, todos juntos.

La tierra, desde Maramures hasta el Mar Negro, arrancada a los rumanos, hubiera sido colonizada por la masa judía. Allí se hubiera creado la verdadera Palestina.

Teníamos la conciencia clara de que en aquellas horas oscilaba la balanza de la vida y de la muerte del pueblo rumano.

Igual conciencia tenían todos los judíos, que empujaban a los trabajadores rumanos hacia la revolución. No tenían nada de común con la inquietud que en aquellos momentos rezumaban nuestros corazones. Eran conscientes. Solamente los intelectuales rumanos eran inconscientes; los intelectuales, que han estudiado y que tienen la misión de iluminar el camino al pueblo en los momentos difíciles, ya que para eso son intelectuales, faltaban a su deber. Estos indignos, en aquellas horas decisivas, sostenían con una inconsciencia criminal que «la luz viene del Este».

A las columnas revolucionarias que recorrían amenazadoras las calles de todas las ciudades, ¿quién se podía oponer? ¿Los estudiantes? No. ¿Los intelectuales? No. ¿La policía? ¿La Jefatura de Orden Público? Estos, cuando oían acercarse las columnas, se entregaban al pánico y desaparecían. Ni siquiera el Ejército podía oponerse. Porque no se trataba de 1.000 hombres, sino de 15.000, 20.000, organizados y famélicos.

LA GUARDIA DE LA CONCIENCIA NACIONAL

Una tarde lluviosa de otoño de 1919, en el refectorio de la Escuela de Artes y Oficios, donde era profesor, un amigo me dio a conocer una noticia que publicaba un periódico: «La Guardia de la Conciencia Nacional celebra sesión esta tarde, jueves, a las nueve, en vía Alecsandri, número 3». He acudido de prisa y corriendo, con una gran impaciencia por conocer y por enrolarme en las filas de esta organización cuyos manifiestos de lucha anticomunista había leído algunos meses antes.

En la habitación de vía Alecsandri, número 3, ordenadamente ocupada por bancos de madera recién hechos, he encontrado un único hombre, de aproximadamente cuarenta años, Estaba sentado ante una mesa, con rostro

oscuro y áspero, esperando que se reuniese gente para el Consejo. Una gran cabeza, brazos poderosos, puños pesados, estatura media. Era Constantin Pancu, el presidente de la Guardia de la Conciencia Nacional.

Me presenté diciéndole que soy estudiante y deseo ingresar como soldado en la Guardia. Me acepta. Asisto al Consejo. Llegan aproximadamente 20 personas: un tipógrafo, Voinescu; un estudiante, cuatro mecánicos de los Reales Monopolios del Estado, dos de ferrocarriles, algunos artesanos y trabajadores, el abogado Víctor Climescu, un sacerdote. Se discuten algunas cuestiones inherentes al desarrollo y al empuje del movimiento comunista en las diversa fábricas y establecimientos, y después, los problemas de la organización de la Guardia.

Desde aquella tarde mi camino se ha bifurcado: mitad en la lucha de la Universidad, mitad con Constantin Pancu, en las filas de los trabajadores. Me he ligado espiritualmente a este hombre y he permanecido a su lado, bajo su guía, hasta el momento de la disolución de la organización

CONSTANTIN PANCU

Constantin Pancu era un nombre que recorría en aquellos tiempos por los labios de todos los habitantes de Iasi, por los dos campos, pronunciado con esperanza por los rumanos y con terror por los demás. No era un intelectual.

Era artesano. Instalador de agua y electricidad, no había acudido más que a cuatro clases elementales. Tenía un cerebro claro, ordenado, que había enriquecido por sí solo con conocimientos suficientes. Durante veinte años se había ocupado de los problemas de los trabajadores. Desde hacía bastantes años era el presidente de la Corporación Metalúrgica. Orador de primera clase. En la tribuna, frente a la multitud, imponía. Un alma y una conciencia netamente rumanas. Amaba a la Patria, al Ejército y al Rey.

Un buen cristiano. Una musculatura de luchador de circo y una fuerza verdaderamente hercúlea. Los ciudadanos de Iasi le conocían desde hacía tiempo.

Antes de la guerra había llegado a Iasi con los atletas de un circo. Luchaban todas las naciones: húngaros, turcos, rumanos, etc. Una tarde en

la calle, uno había batido a todos los demás luchadores; de entre la multitud de espectadores se alzó un ciudadano que pedía luchar con el vencedor. Fue admitido, se desnudó y empezó la lucha. En dos minutos el húngaro fue echado a tierra, vencido; el rumano, que había triunfado en medio de la admiración de la multitud, era Constantin Pancu. Por eso, cuando apareció por primera vez por las calles de Iasi la noticia de la lucha de Pancu, la gente, que tiene un culto por la fuerza, le ha acogido con confianza.

Su acción ha durado un año. Ha aumentado en proporción al peligro bolchevique, y después ha disminuido en proporción a su disminución.

Celebró, para empezar, consejos; después, reuniones, que llegan hasta 5, 6 e incluso 10.000 hombres. Estas eran, en los períodos críticos, semanales. Tenían lugar en el salón «Príncipe Micrea», y a veces, incluso, en la plaza de la Unión. Entre los que tomaban regularmente la palabra me encontraba yo. Allí aprendí a hablar frente a la multitud. Es incontestable que la Guardia de la Conciencia Nacional ha elevado, en un momento crítico, la conciencia nacional de los rumanos, en una región de importancia como Iasi, y les ha colocado a modo de barrera contra los elementos comunistas.

Esta actividad no se ha limitado solamente a Iasi. Nos hemos desplazado también a otras ciudades. Salía el periódico La conciencia, que aparecía regularmente, y que ha penetrado con sus gritos de alarma en casi todas las ciudades de la Moldavia y Besarabia.

En el campo de acción, los conflictos entre las dos partes, conflictos inevitables, eran casi diarios.

En ellos nosotros salíamos con el mayor número de heridos. Este estado de tensión ha durado hasta la primavera. Después de dos grandes victorias nuestras, la ruda ofensiva de los adversarios se redujo en gran medida.

LA OCUPACIÓN DE LOS REALES MONOPOLIOS

Era hacia el 10 o el 11 de febrero de 1920. Desde hacía dos semanas se hablaba de huelga general en todo el país. Se avecinaba la batalla decisiva. Hacia las doce se corrió por la ciudad la noticia de que en la «Regia», donde trabajaban aproximadamente 1.000 obreros, se había declarado la huelga. Había sido alzada la bandera roja; los retratos del Rey habían sido

arrancados y pisoteados, y en su puesto habían colocado fotografías de Karl Marx, Trotski, Rakowski.

Nuestros hombres han sido golpeados, y los mecánicos que estaban de guardia, heridos. A la una nos hemos reunido en nuestro salón aproximadamente un centenar. ¿Qué haremos? Pancu preside la reunión. Hay dos pareceres; algunos sostenían la posición de telegrafiar al Gobierno pidiendo la intervención del Ejército. Yo era del parecer de ir nosotros a la «Regia» y arrancar a cualquier riesgo la bandera. Se aprobó mi punto de vista; hemos tomado nuestra bandera, y a la una hemos partido, con Pancu a la cabeza, por Lapusneanu y Pacurari, a marcha forzada, cantando «Desteapta te romane» (Despierta, rumano).

En las proximidades de la fábrica, sobre la carretera, algunos grupos comunistas son destrozados.

Entramos en el patio de la fábrica, Llegamos al edificio. Subo con nuestra bandera hasta el techo y la planto allá arriba; desde allí empiezo a hablar. Aparece el Ejército y ocupa la fábrica. Nosotros nos retiramos cantando. Volvemos a nuestro salón. Pensamos que nuestra rápida incursión ha sido buena. En la ciudad, la noticia de nuestra actitud se difundió fulminantemente.

Sin embargo, la huelga continúa. El Ejército no puede hacer más que custodiar la bandera, pero no puede poner en movimiento la fábrica. ¿Qué hacer? En nuestras mentes germina una idea: buscaremos en Iasi la mano de obra y abriremos la fábrica. Entre días, 400 obreros nuevos, recogidos en todos los lugares de Iasi, son dados de alta en la fábrica. Esta empieza a funcionar; la huelga a fracasado. Después de dos semanas, la mitad de los obreros en huelga piden ser readmitidos al trabajo. Nuestra victoria es grande. El primer paso hacia la huelga general ha sido rechazado. Los planes del consorcio judío comunista empiezan a ser destruidos; esta acción ha tenido una fuerte resonancia en las filas rumanas, volviendo a levantar la moral.

LA BANDERA TRICOLOR, SOBRE LA FÁBRICA DE NICOLINA

El más fuerte centro comunista lo formaban las fábricas de los ferrocarriles rumanos de Nicolina. Allí trabajaban más de 4.000 obreros, casi todos bolchevizados. Los barrios alrededores de esta fábrica, Podul Ros, Socola y Nicolina, se encontraban ocupados por un considerable número de judíos. Por esto el jefe del movimiento comunista de Iasi, doctor Ghelerter, y su ayudante Gheler, habían fijado allí el punto de resistencia. No había pasado un mes de la derrota sufrida en la «Regia», y, como señal del comienzo de la huelga general y de la lucha decisiva, apareció la bandera roja sobre la fábrica. La huelga está declarada; millares de obreros abandonan la fábrica; las autoridades son impotentes; convocamos para el día siguiente, por medio de manifiestos, a todos los rumanos, a una reunión en el salón «Príncipe Mircea»; después de la sesión salimos con nuestra bandera y nos dirigimos en masa hacia Nicolina; en la plaza de la Unión las autoridades nos paran y nos aconsejan no seguir adelante, porque nos esperan 5.000 comunistas armados, y tendrá lugar un gran derramamiento de sangre.

Entonces, desde la plaza de la Unión nos dirigimos al Estación. Allí enarbolamos la bandera sobre el depósito y sobre el edificio de la misma. Después ocupamos un tren que se encuentra en ella y nos dirigimos a Nicolina.

En la Estación de Nicolina, alguno cambia las agujas y penetramos con tren y todo en la fábrica. Descendemos; en la fábrica no hay nadie. Sobre uno de los edificios, la bandera roja; yo comienzo a subir por la escalera de hierro fija en el muro, llevando en la boca la bandera tricolor; con gran dificultad, por la altura, llego hasta el techo, subo y me arrastro hacia la cima, arranco la bandera roja y, entre vivas indescriptibles, alzo y ato la bandera tricolor. Desde allí arriba he hablado. Fuera de las tapias los comunistas se concentran, siempre en masa compacta, y hacen demostraciones amenazadoras. Una música infernal: dentro, vivas; fuera, silbidos e insultos. Bajo poco a poco. Pancu da orden de partir. Los comunistas, amontonados, cierran la salida y gritan: «Que venga Pancu y Codreanu». Pasamos 30 metros delante de la multitud y nos dirigimos hacia la puerta. En medio, Pancu; a su derecha, el artesano Margarint, y a la izquierda, yo. Los tres con

las manos en los bolsillos, empuñando las pistolas, avanzábamos sin un gesto. Los de la puerta nos miran callados e inmóviles. Nos encontramos a pocos pasos. Espero el silbido de un proyectil. Avanzamos firmes y resueltos; es un momento espiritual extraordinario; nos encontramos a dos pasos. Los comunistas se retiran a un lado y otro, dejándonos el paso libre. En un recorrido de unos 10 metros pasamos entre ellos, en medio de un silencio de tumba. No miramos ni a derecha ni a izquierda. No se oye nada, ni siquiera la respiración.

Nos siguen los nuestros; pasan también ellos, pero el silencio no se conserva. Empiezan los insultos y las amenazas por ambas partes. Pero no hay ningún conflicto, y nos dirigimos a lo largo de la vía del ferrocarril hacia la Estación de Iasi; sobre la fábrica ondea la bandera tricolor victoriosa. El efecto moral de esta acción es incomparable. Iasi rumorea. Por las calles no se halba más que de la Guardia de la Conciencia Nacional. La corriente del despertar rumano se encuentra en el ambiente. Los trenes llevan luego hacia las cuatro partes del país la resurrección.

Nos damos cuenta de que el bolchevismo será vencido, porque frente a los de la derecha e izquierda se ha levantado una barrera que no les permitirá extenderse más.

Todos los caminos de avance se les han cerrado. De ahora en adelante tendrán que retroceder.

No mucho después, ha intervenido también la acción emprendida por el Gobierno del general Averescu, que ha truncado cualquier perspectiva a aquel movimiento.

EL SOCIALISMO NACIONAL CRISTIANO. LOS SINDICATOS NACIONALES

La Guardia de la Conciencia Nacional ha sido una organización de lucha y demolición del adversario.

A menudo hablaba con Pancu en las tardes de 1919, cuando nos encontrábamos continuamente juntos, y le decía: «No basta vencer al comunismo: es necesario también luchar por los derechos de los trabajadores. Tienen derecho al pan y derecho al honor. Es necesario que

luchemos contra los partidos oligárquicos, creando organizaciones obreras nacionales que puedan vencer en el cuadro del Estado, no contra el Estado. No admitimos que ninguna entente o consejo levante sobre tierra rumana otra bandera que la de nuestra historia nacional; por mucha que sea la razón que puedan tener las clases obreras, no admitimos que se levanten más allá o contra las fronteras del país; nadie admitirá que para lograr tu pan destruyas o entregues a una nación extranjera de banqueros y de usureros todo lo que ha acumulado el esfuerzo dos veces milenario de una raza de trabajadores heroicos. Tus derechos, dentro del cuadro de los derechos de la raza. No admitimos que por tu derecho rompas en pedazos el derecho histórico de la nación a que perteneces».

«Pero tampoco admitimos que al socaire de las fórmulas tricolores se instale una clase oligárquica y tiránica sobre las espaldas de los trabajadores de todas las categorías y les arranque literalmente la piel, agitando continuamente las ideas de una Patria que no aman, de un Dios en el que no creen, de una Iglesia en la cual no entran nunca y de un Ejército al que lanzan a la guerra con las manos vacías».

«Estas son realidades que no pueden ser comodines de maniobras políticas en manos de usureros inmorales».

Hemos empezado, por consiguiente, la organización de los trabajadores en Sindicatos Nacionales, y también de un partido político: El socialismo nacional cristiano[18]. Pancu escribió entonces:

EL CREDO DEL SOCIALISMO NACIONAL CRISTIANO

«Creo en el Estado rumano uno e indivisible, desde el Nistru hasta Tisa, que comprenda todos los rumanos, y sólo a los rumanos amantes del trabajo y del honor, temerosos de Dios y con dolor de la patria y de la raza. Que confiera derechos iguales, civiles y políticos, a los hombres y a las mujeres. Protector de la familia, que paga a los empleados y a los obreros teniendo en cuenta el número de hijos y el trabajo producido determinándose éste por la cantidad y por la calidad. En un Estado que sostenga la armonía social mediante la restricción del número de grados, que, aparate del salario,

[18] Por entonces no había oído hablar ni de Adolf Hitler ni del nacional socialismo alemán.

socialice las fábricas, propiedad de todos los trabajadores, y distribuya las tierras a todos los agricultores. La división de beneficios entre el patrón (Estado o individuo) y los trabajadores. El dueño (particular), además del salario por su trabajo, recibirá una cantidad, decreciente proporcionalmente a la cuantía del capital. En un Estado que establezca el seguro de los trabajadores mediante los "Fondos de previsión", que cree depósitos de alimentos y de vestuario para los trabajadores y los empleados, los cuales, organizados en Sindicatos Nacionales, tendrán sus representantes en los comités administrativos de las diversas instituciones: industriales, agrícolas y comerciales.

En un gran potente "padre de los trabajadores" y "rey de los campesinos", Fernando I, el cual todo lo ha sacrificado por la felicidad de Rumania y se ha hecho uno, para nuestra salvación, con el pueblo. Que al frente de los Ejércitos de Marasti y de Marasesti ha vencido, y que nuevamente contempla con amor y con confianza a los soldados, que le deben fidelidad, y que encontrarán en el cuartel una verdadera escuela de la nación, que construirán en el término de un año.

En un tricolor circundado por el sello del socialismo nacional cristiano, símbolo de armonía entre los hermanos y las hermanas de la gran Rumania; en una Santa Iglesia cristiana, con sacerdotes que vivan según el Evangelio y sólo para la edificación de las multitudes.

Reconozco la elección de los ministros por parte de la Cámara, la supresión del Senado, la organización de la política rural, los impuestos progresivos sobre las rentas, las escuelas de agricultores y de oficios en las ladeas, los pequeños clubs para los campesinos, los asilos para inválidos, ancianos y ciegos nacionales; la investigación de la paternidad, la puesta de las leyes al conocimiento de todos de una manera efectiva, el fomento de la iniciativa privada en interés de la nación y el desarrollo de las industrias familiares campesinas. Espero la resurrección de la conciencia nacional hasta el último pastor y el descendimiento de los iluminados junto a los atormentados, para fortificarles y ayudarles con verdadera fraternidad, fundamento de la Rumania del mañana. Amén».

«La Guardia de la Conciencia Nacional».

Publicado en el periódico «La Conciencia» el lunes 9 de febrero de 1920.

Inmediatamente nos hemos puesto a organizar los Sindicatos Nacionales.

UNA IMAGEN VERAZ DE LA SITUACÓN EN 1919

Procuro informar sobre el momento de 1919-20, tomando de los periódicos y de los manifiestos lo que considero significativo. El primer manifiesto emitido por Constantin Pancu en Iasi en agosto de 1919, pegado en todas las paredes de Iasi, en un momento de desorientación general, es la señal de batalla para los trabajadores rumanos de Iasi:

Llamada a los comerciantes, obreros, soldados y campesinos rumanos

Hermanos:

Tras años de espantosas batallas, el mundo celebra la paz entre los hombres; los sabios dirigentes de todos los países civilizados se esfuerzan por acabar con la guerra estableciendo una ley que garantice una existencia pacífica en el futuro.

Pero he aquí que desde el Este se oyen voces de odio que indican el intento de nuestros enemigos de desgarrarnos mediante la discordia y los malentendidos entre nosotros. Desde Rusia, gobernada por las tinieblas de las enseñanzas erróneas, se nos insta a la batalla y al fuego y a matar a nuestros hermanos de misma sangre.

Desde Hungría, que llora por su antigua grandeza, se escuchan las mismas peticiones. Los enemigos de Oriente se han unido a los de Occidente para perturbar nuestra paz y poder invadirnos.

Los extranjeros más allá de nuestras fronteras tratan de pasar la copa de veneno entre nosotros, a través de los extranjeros que viven en el seno de nuestro país. Se atreven a afirmar que nos empujan hacia adelante en nombre de la paz, la justicia y la libertad, y en nombre de los trabajadores. Su palabra es una mentira, sus exhortaciones un veneno asesino: dicen que quieren la paz, pero ellos mismos la destruyen, matando a los más dignos; Exigen la libertad, pero con amenazas de muerte obligan a los pueblos a someterse a ellos; Desean la fraternidad, mientras siembran el odio, la injusticia y el libertinaje dentro de las naciones. Además, dicen que quieren la abolición

del capital ganado con el sudor de la frente. Nos dicen que no quieren la guerra, pero la hacen. Exigen la abolición del ejército, pero se arman. Nos instan a descartar la bandera tricolor mientras que en su lugar izan la bandera roja del odio. No deis crédito a sus a sus manifestaciones y exhortaciones, así como no creísteis a los enemigos cuando luchabais en Oituz, Marasti y Marasesti.

El deber de todo buen rumano es procurar que en el futuro no arraigue la semilla de la disensión que el enemigo se esfuerza por arrojar entre nosotros no eche raíces. Perfeccionad la Obra que empezasteis con vuestro trabajo y vuestro honor. Tus enemigos son la indolencia, el odio y el deshonor que reinan a través de las fronteras, que nos amenazan también a nosotros. Ten cuidado. Mantén limpia tu alma, no olvidéis que nuestra salvación es el trabajo, la unidad y el honor.

Hermanos soldados:

Con la fe en Dios, habéis roto el poder del enemigo. Con vuestras armas habéis esculpido para la eternidad las fronteras del país. Con vuestra sangre habéis perfeccionado y sellado vuestro sacrificio. Por eso no debéis permitir que bandas extranjeras y sin ley destruyan lo que habéis perfeccionado. Seguid manteniendo vuestro amor a la patria y vuestra fe en vuestro Rey. Hicisteis el juramento de defender con vuestra sangre hasta la última gota las fronteras de la patria. Protéjanlas contra las malas intenciones del del enemigo, pues eso es lo que hicieron nuestros padres y antepasados.

Hermanos campesinos:

El Dios de nuestros padres se apiadó de nuestro sufrimiento y nos dio un año tan abundante como pocas veces se ha visto. Agradeced al buen Dios, con vuestro trabajo y vuestra fe. Renovad vuestras fuerzas de trabajo, recoged asiduamente el rendimiento de la tierra. Tened la seguridad de que la tierra desde el Tisa, el Danubio y el Mar Negro, fue ganada enteramente por vosotros. Conservadla en sagrado, defended sus riquezas con vuestro trabajo y vuestro amor.

Hermanos Rumanos:

En vosotros residen las esperanzas y la fuerza de este país. Ustedes son también la felicidad del mañana. No recojáis para vosotros maldiciones, sino

bendiciones. El enemigo ataca en el Dniéster y en el Tisa. También intenta perturbar la paz interior de nuestro país.

Nuestra liberación está en el trabajo, el honor, el amor a la patria y la fe en Dios. Tened cuidado, llamad al camino recto también a los que extraviados se han pasado a los sin pueblo y sin fe. Unidos en torno al trono y bajo la sombra del estandarte tricolor velad por la paz de la patria.

Decid a los extranjeros y a los amantes de lo ajeno que intentan perturbarnos, que a nuestro alrededor se ha formado una guardia nacional que vigila, que combatirá a los que desean sembrar entre nosotros la discordia. Rumanos de todas partes, obreros, artesanos, soldados y campesinos, sed dignos de nuestros antepasados y de la llamada de estos tiempos en que vivimos.

Constiinta («La conciencia»), 30 de agosto de 1919, primer año.

LOS JEFES DE LOS TRABAJADORES RUMANOS

Los jefes de los trabajadores rumanos comunistas no eran ni rumanos ni trabajadores.

En Iasi, el doctor Ghelerter, judío; Gheler, judío; Spiegler, judío; Schreiber, judío, etc.

En Bucarest, Ilie Moscovici, judío; Pauker, judío, etc.

Y a su alrededor, una serie de trabajadores rumanos extraviados.

En caso de éxito de la revolución, presidente de la República, que habría usurpado el puesto del glorioso Rey Fernando, hubiera sido Ilie Moscovici.

En el Parlamento de la gran Rumania de 1919, mientras todos los diputados y senadores de todas las regiones rumanas, reunidos, emocionados por el gran acto de la unión, aplaudían, puestos en pie, al Rey integrador, este señor, Ilie Moscovici, se ha negado a levantarse, permaneciendo sentado con ostentación.

LA ACTITUD DE LA PRENSA ISRAELITA

Es necesario destacar la actitud de la prensa israelita en aquellos momentos de gran peligro para Rumania. Siempre que la nación rumana se ha encontrado amenazada en su existencia, esa prensa ha sostenido la tesis que mejor convenía a nuestros enemigos.

Así, siguiendo el curso de los acontecimientos, puede verse fácilmente que las mismas tesis han sido encarnizadamente combatidas siempre que eran favorables a un movimiento del renacimiento rumano.

Nuestras preocupaciones han sido para ella días de alegría, y nuestras alegrías han sido para ellos días de luto.

La libertad.

La libertad, tan discutida hoy al movimiento nacional, se elevaba entonces a la categoría de dogma, puesto que debía servir la causa de nuestro aniquilamiento.

He aquí, por ejemplo, lo que escribía el Adevarul el 28 de diciembre de 1919, con la firma de Emil D. Fagure (Honigmann):

«Concediéndose el derecho de libre manifestación al partido socialista, no se puede sostener que se conceda un privilegio a este partido. Cualquiera que sea el partido que quiera hacer manifestaciones, será preciso concederle el mismo derecho».

El odio.

En el mismo periódico podemos leer:

«El odio debe ser perennemente el guía contra el partido de asesinos que ha gobernado teniendo por jefe a Ión Bratianu[19]».

El odio judaico contra los rumanos es bendecido. Y sostenido. Se acude a él. No es delito. No es una vergüenza nacional. Pero cuando se trata de que los rumanos defiendan sus derechos, pisoteados, su acción es calificada

[19] Ion Bratianu. Gran hombre de Estado y político de gran prestigio.

como odio, y el odio se convierte en un signo de barbarie y en un sentimiento degradante, sobre el cual nada se puede construir.

El orden legal.

«Adevarul», 5 de octubre, 1919.

¡Se ha terminado! Con el «alto» Decreto ley, durante el período electoral, se estructura un nuevo régimen mucho más áspero que el vigente, antes del estado de guerra y de censura; la oposición y el país entero son puestos fuera de la ley.

«Se quiere y se implanta el régimen de dictadura, en el cual la Corona es omnipotente».

«La Corona y el partido liberal, y, como ejecutor de estas dos voluntades, el Gobierno de generales...».

«Como el Decreto ley nos prohíbe los ataques contra la Corona, se considerará como un ataque decir la verdad, y la Corona habrá asumido el difícil encargo de guiar por sí misma, y con el partido liberal, el gobierno del país; y, sin embargo, será necesario que demos este ataque».

«El Decreto nos prohíbe el ataque contra la actual forma de gobierno; si por esto se entiende que no tenemos derecho a protestar con toda violencia contra el actual Gobierno, que es el resultado de la voluntad anticonstitucional de dos personas, nosotros protestaremos...».

«Si no existieran hoy caminos contra este estado de cosas, si supiésemos que la incitación a la revuelta contra el sediciente orden legal produjera un efecto, lo que por desgracia no ocurre, no dudaríamos un solo momento en hacerlo, porque contra un régimen dictatorial y de guerra no existe otro medio de lucha».

«... nos consideramos frente a un bando armado que se coloca fuera de la ley y usa la fuerza bruta. No obstante esto, lanzaremos al aire nuestra bandera e, incluso cayendo, gritaremos: ¡Abajo la tiranía, viva la libertad!».

Esta es la prensa israelita de 1919.

Por consiguiente, incitación a la revuelta contra la Corona, contra la forma de gobierno y contra el orden leal.

La incitación a la revuelta.

«Adevarul», 11 de octubre de 1919,

«Los locos, ¿dónde están los locos?»

«Como acabo de decir, tenemos demasiados hombres sesudos y ni siquiera un loco. Ahora necesitamos locos. Los de 1848 eran locos que han derribado el régimen aristocrático de entonces...».

«También nosotros necesitamos locos. Con hombres sabios, que buscan el pelo en el huevo y que después no se deciden, no hay nada que hacer. Nos hace falta, por lo menos, un loco, ya que no muchos locos».

«Lo que este loco haga, ¿cómo queréis que lo sepa yo?...».

«Y, sin embargo, nos es necesario un loco, y bienvenidos sean los locos».

«Incluso los socialistas son hombres juiciosos. Tendrán realmente un partido docto y hombres que no deberían tener miedo a nada. Miedo, sé que no tienen. Pero son sesudos. Como ya otra vez ocurriera a I. Nadejde, se mantienen aferrados a la legalidad. Los que ostentan el poder, burgueses y militares, quieren arrancárnoslo. Inútil tentativa. Su táctica es la legalidad. Incluso cuando son fusilados, como el 15 de diciembre de 1918; cuando son apaleados por su santa razón, cuando Frimu cae en manos de sus esbirros, los socialistas protestan, es verdad, con mucha dignidad, pero no se separan de las vías legales».

«De cualquier manera, necesitamos locos».

«Vengan, pues, en buena hora los locos a empezar la acción ilegal contra la ley y contra el Estado de cosas presentes».

La Corona.

La Corona ha constituido siempre para los rumanos un patrimonio precioso, siendo la garantía de la unidad y de la resistencia frente a cualquier peligro. No vacilan los judíos en atacarla, en insultarla y en comprometerla por todos los medios a su alcance. He aquí, por ejemplo, cómo trata Dimineatza, del 16 de noviembre de 1919, al Rey Fernando:

«Un animal necesita preocupaciones limitadas, pero su mente basta para satisfacerlas. Raramente, muy excepcionalmente, el animal se equivoca. Y así precisamente, su inteligencia, aun cuando muy pequeña, le impide caer en errores groseros».

«No sucede los mismo con el Rey».

«No quiero hablar del rey de la creación. El rey de la creación es mucho más inteligente que un perro, que un caballo o que un burro. Esto es verdad. Pero en tanto que ninguno de estos tres animales caminaría por el borde de un precipicio, se echaría entre las olas para ahogarse o intentaría un movimiento dañoso, el Rey Fernando realiza cada día errores imperdonables».

* * *

«La inteligencia exigía que el Rey no se constituyera prisionero en manos de un solo hombre, de un solo partido. Con todos los respetos, tengo la obligación de decir a Su majestad que se ha equivocado. Pues Su Majestad, obedeciendo a cierta obsesión culpable e intencionada, ha rehuido las soluciones naturales que la situación interna exigía. Y si ni siquiera hoy se decide a entrar en las vías naturales, la naturaleza volverá a reclamar sus derechos con mayor resolución todavía».

«El Rey está avisado».

La Iglesia cristiana.

«Opinia», 10 de agosto de 1919.

«Los nacionalistas de Iasi empiezan a agitase; son, sin embargo, demasiado pocos y demasiado débiles, y por esto su agitación, que otras veces era peligrosa, es hoy pura y simplemente ridícula».

«Los nacionalistas han constituido una Guardia de la Conciencia Nacional. Han lanzado manifiestos. Se celebran reuniones. Han sido llamados incluso los estudiantes ultrapatrióticos. Han llegado incluso curas de rigor...».

«Cuando por todas partes, de las más despóticas legislaciones, se borran las diferencias entre las nacionalidades, entre nosotros los nacionalistas acentúan estas diferencias...».

«Y precisamente en los momentos en que la conferencia de la Paz quiere imponernos, con tratados, el control de las minorías...».

«Cuando por todas partes la Iglesia se separa del Estado, constituyéndose en asunto particular de cada cual, nuestros nacionalistas llaman al clero para propaganda religiosa organizada y con carácter de principio...».

«Entonces intervienen los sacerdotes con el espíritu de dulzura y aferran con sus manos la cabellera del pueblo, al que hacen golpear su frente sobre las piedras de las iglesias, hasta que lo atontan».

«Las mentiras ahora no conquistan a nadie. En vano los nacionalistas se cosen franjas tricolores en las mangas, en vano azuzan al vulgo intelectual contra los hebreos, en vano lanzan a los sacerdotes a excomulgarnos desde las Iglesias. Hoy nadie teme su excomunión...».

«Predicamos el amor entre los hombres, y golpeamos con nuestros pies las puertas de los templos, que encierran odio y venganza».

Firmado: M. Sevastos.

La procesión.

«Opinia», 26 de septiembre de 1919.

«Ante la llamada de la Guardia de la Conciencia Nacional, el clero ha puesto a disposición de los manifestantes sus casullas y estandartes...».

«Sin embargo, el lujo de tener a nuestra disposición un Dios con todo su estado mayor, debería pagarse. Nosotros preferimos que en nuestras empresas tome parte y reciba el precio, mejor un profesor, que un cura. Deseamos, por consiguiente, la separación de la Iglesia y del Estado, ya que no admitimos que sean sostenidos, con nuestra forzada contribución, el oscurantismo, el renunciamiento y el espíritu de resignación que mantienen los regímenes policíacos».

«¿Hacia el medioevo? ¿Hacia la Inquisición? Estamos exasperados por el terror de túnicas y levitas. No podemos soportar tampoco más el terror del sayal. Vemos con dolor manifestaciones callejeras con cordones y charreteras, y no queremos asistir tampoco al desfile de mitras y pañuelos rojos...».

«Basta».

«Las arcadas de las iglesias pesan sobre las espaldas de la raza humana, y los rosarios aplastan contra la tierra. Será una procesión insípida. Pasarán por las calles tapicerías de museo, cetros con brillantes, mitras... Pasarán cruces y estolas».

«Pasarán barbas, Oradores con gesto ampuloso se descubrirán el pecho mostrando a la multitud su costado ensangrentado...».

Firmado: M. Sevastos.

Está claro. De esto a asaltar a los oficiales para arrancarles las charreteras, no hay más que un paso. Y hay igualmente un paso tan solo hasta la destrucción de las iglesias con picos y teas; o a su transformación en cuadras o en locales de sádicas fiestas para los judiuchos de Opinia (La Opinión), Adevarul (La Verdad), Dimineatza (La Mañana) y sus secuaces.

He visto en las columnas de estos periódicos, en una hora difícil para Rumania, todo el odio y la porfiada conspiración de una nación hostil, establecida y tolerada aquí sólo por la piedad de los rumanos. Falta de respeto para la gloria del Ejército y para los centenares de miles de muertos que han santificado su uniforme; falto de respeto para la fe cristiana de todo un pueblo.

No había día en el que no se echase, en todas las páginas, veneno en nuestros corazones.

Por la lectura de aquellos periódicos, que me desgarraban el alma, he conocido los verdaderos sentimientos de estos extranjeros, que los han puesto de manifiesto sin ninguna consideración en los momentos en que nos han creído hundidos.

En un año he aprendido tanto antisemitismo como puede hacerse falta para la vida de tres hombres. Porque no se pueden atacar las sacras convicciones de un pueblo, lo que el corazón ama y respeta, sin herirlo en lo más profundo y sin que la herida no gotee sangre. Hace desde entonces diecisiete años, y la herida sangra todavía.

Permítaseme cumplir ahora un sagrado deber recordando aquí a aquel héroe, atleta de la clase obrera cristiana, el artesano Contantin Pancu, bajo cuyo mando he estado y a cuyo flanco he permanecido hasta que la «bestia roja», como él decía, ha sido derrotada.

A ese hombre, a su corazón y a su valor, se debe la salvación de Iasi.

Siete años después, ese gigante, debilitado por los sufrimientos y por la miseria, erraba como una sombre por las calles de Iasi, pidiendo ayuda para poder curarse de una enfermedad del corazón.

Ha muerto enfermo y pobre, olvidado y sin ayuda, en medio de un país indiferente y en una ciudad que ha defendido con su pecho en las horas más difíciles.

EL PRIMER CONGRESO ESTUDIANTIL DESPUÉS DE LA GUERRA

Cluj, 4, 5 y 6 de septiembre de 1920.

Este Congreso ha tenido lugar en la sala del Teatro Nacional de Cluj, en una atmósfera de gran entusiasmo, debida a la unión de la raza rumana, obtenida con sus sacrificios y por la fuerza de las armas. Era el primer encuentro de los jóvenes intelectuales de un pueblo disperso a los cuatro vientos del destino y de la desgracia. Dos mil años de injusticia y de sufrimientos se cerraban ahora.

¡Cuánto entusiasmo, cuántas emociones, cuántas lágrimas hemos derramado todos juntos! Tan grande como era el entusiasmo por el presente, que nos oprimía el corazón con su grandeza, tanta era también la desorientación frente a la línea del porvenir. De esta desorientación ha intentado aprovecharse la potencia judaica; ésta ha sugerido, y hasta el último momento ha hecho presión a través de los ministerios, la masonería y los políticos, para que en el orden del día del Congreso se incluyera la entrada de los estudiantes hebreos en los centros estudiantiles. En otras palabras: se intentaba la transformación de los centros rumanos en centros rumano israelitas. El peligro era grande, con el bolchevismo llamando a la puerta y con la perspectiva de ser desbordados por el número, por parte de los elementos judeo-comunistas, en nuestro propio centro. Al menos en dos de éstos, Iasi y Cernautzi, la situación era trágica. No obstante esto, los jefes del Congreso, Labusca, presidente de Iasi, con todo el Comité; Nazarie, presidente de Bucarest, con todo el Comité y con todas las sociedades; Puscaru, presidente de Cluj, estaban ganados por esta idea. Los jóvenes estudiantes son fácilmente influenciables, en especial cuando les falta una fe. Se dejan influenciar, no tanto por las ventajas materiales inmediatas que se les ofrezcan, como especialmente por los elogios y la perspectiva de amplio porvenir que se les ofrece.

El joven debe saber, sin embargo, que en cualquier lugar deber ser un intelectual al servicio de la raza, y que dejarse comprar, o convencer, significa abandonar el puesto, significa desertar o traicionar.

Nuestro pequeño grupo de Iasi, invencible por su resolución, unido al grupo de los bucovinianos, ha combatido durante dos días insuperablemente. Al final, ha vencido. El Congreso ha admitido la moción propuesta por mí, por voto nominal contra la moción sostenida por todos los dirigentes estudiantiles. Este voto no creo que el Congreso lo haya dado por convicción, sino más que nada impresionado por la resolución y desesperación con que se ha sostenido la lucha.

Los estudiantes de Cernautzi, que no pasaban de 60, se han comportado admirablemente. Nuestro pequeño grupo de Iasi, que no pasaba de 20, lo mismo. Si añadimos los 20 del grupo de Ciochina, veremos que la lucha de dos días ha sido sostenida por 100 contra 5.000.

Nuestra victoria de entonces ha sido decisiva. Los centros estudiantiles, si nuestro punto de vista hubiese sido derrotado, hubieran perdido su carácter rumano, y en contacto con los judíos, hubieran tomado el camino del bolchevismo. Los estudiantes rumanos se han encontrado con una gran encrucijada.

Y más tarde, en 1922, no hubiéramos tenido el desarrollo de un movimiento estudiantil, sino, quizá, el estallido de la revolución comunista.

LA APERTURA DE LA UNIVERSIDAD DE IASI EN OTOÑO DE 1920

Calma en las demás Universidades. Nosotros, por el contrario, estábamos condenados a la guerra.

Por primera vez en la historia de la Universidad de Iasi, el Senado universitario anuncia la apertura de curso sin sacerdotes y sin función religiosa; para que se comprenda nuestro dolor, es necesario saber que esta solemnidad era ininterrumpidamente, desde hacía medio siglo, la fiesta más bella de la Universidad. Intervenía todo el Senado universitario, todos los profesores, todos los estudiantes y todos los recién ingresados. El Metropolitano de Moldavia y el Vicario oficiaban en los servicios divinos. Y en las aulas bendecían la iniciación del trabajo para la cultura del pueblo rumano. Pero ahora nuestra Universidad se despojaba, con un gesto del Senado universitario, del ornamento de sus tradiciones semiseculares.

Además, la Universidad de Iasi, cristiana, la más alta escuela rumana, proclamaba en las difíciles horas de entonces la lucha contra Dios, la expulsión de Dios de todas las escuelas, de las Instituciones y de la Patria. Los profesores de la Universidad de Iasi, exceptuando cuatro o cinco, acogieron con gran satisfacción la pagana decisión del Senado; este paso adelante hubiera liberado «a la ciencia rumana de la barbarie y de los prejuicios medievales». Los estudiantes comunistas estaban encantados; los judíos triunfaban, y nosotros, pocos, muy pocos, nos preguntábamos con dolor: ¿Cuánto falta todavía para que las iglesias sean destruidas, y los sacerdotes crucificados sobre el Altar?

Llamamos inútilmente a la puerta de muchos profesores, intentando convencerles para anular las medidas adoptadas. Nuestras repetidas presiones no obtuvieron ningún resultado.

Y entonces, la víspera, hemos decidido una cosa grave: oponernos por la fuerza a la apertura de la Universidad.

Nos hemos acostado todos en la calle de Suhupan, número 4, sede de nuestro movimiento, para estar reunidos. A las seis de la mañana he ido a la Universidad con Vladimir Frimu, debiendo seguirnos los demás. He cerrado y barricado la puerta posterior de la Universidad, dejando en ella a Frimu. Hice después un aviso escrito con lápiz rojo y lo clavé en la gran puerta de entrada: «Pongo en conocimiento de los estudiantes de los señores y profesores que esta Universidad no se abre sino después de la función religiosa tradicional».

El reato de los camaradas no ha llegado sino más tarde, demasiado tarde.

Desde las ocho comenzaron a llegar los estudiantes; resisto solo en la puerta hasta las nueve y media, cuando frente a la Universidad había reunidos más de 300 estudiantes.

Cuando el profesor Müller, de matemáticas, ha querido entrar por la fuerza, le he dicho: «Cuando usted ha ingresado como profesor en la Universidad, juró sobre la Cruz, ¿por qué ahora se rebela contra ella? Usted es un perjuro, ya que juró sobre una cosa en la que no creía, y ahora pisotea el juramento». Entonces los estudiantes, más de 300, a su frente Marín, el jefe de los comunistas, con Hritcu, con Ionescu de Botosani, se han precipitado sobre mí, me han levantado en alto, han abierto la puerta de la Universidad, me han llevado a la Sala de los Pasos Perdidos, donde me han empujado de

un lado a otro de la Sala durante casi media hora, golpeándome repetidamente. No me era posible ni defenderme ni responder, porque me atacaban por todas partes y recibía golpes en todas las direcciones.

Finalmente, me han dejado. Cuando estaba en un rincón y pensaba en mi derrota, han llegado los otros seis. Sin embargo, la victoria de los adversarios no ha durado mucho, ya que al poco tiempo salió el secretario de la Universidad, bajó del rectorado, y anunció lo siguiente: «Se pone en conocimiento de todos que el rectorado ha decidido que la Universidad continué cerrada hasta el miércoles, día en el que se inaugurará con los servicios religiosos».

Era un gran triunfo, que acogí con alegría indescriptible.

El miércoles por la mañana, dos días después, con la sala rebosante de gente de toda la ciudad, se ofició la función religiosa. Todos me han felicitado. Habló imponderablemente el profesor Cuza. Desde entonces ha arraigado en mi la fe, que ya no me abandonará nunca, de que aquel que combate, incluso solo, por Dios y por su raza, no será vencido jamás.

En la opinión pública de Iasi, estas luchas, especialmente las de la «Regia», la de la fábrica, y últimamente la de la Universidad, han tenido una gran resonancia.

Los adversarios han empezado a darse cuenta de que el bolchevismo no puede avanzar sin muchos obstáculos, incluso cuando de su parte están todos los profesores de la Universidad, toda la prensa, todos los judíos y la gran mayoría de los trabajadores, y de la otra parte, tan sólo un mínimo grupo de jóvenes, que no opone a esta ola gigantesca más que su inconmovible fe en el porvenir de la Patria. Estos jóvenes representaban la resistencia de la voluntad firme como una roca, más, más allá de la cual el mundo podría ver fácilmente, no sólo que no se puede pasar sin peligro, sino que no se podrá pasar jamás.

Los adversarios tenían miedo, no de nosotros sino de nuestra resolución. La Iasi cristiana y rumana nos alentaba y nos seguía con simpatía.

EL AÑO UNIVERSITARIO 1920-1921

Iniciado de la manera indicada más arriba; este año ha sido una serie ininterrumpida de luchas y de conflictos. Nosotros, los estudiantes combatientes, nos hemos organizado en torno al círculo estudiantil Stefan Voda, del cual era presidente. Desde aquí hemos atacado a los adversarios, venciéndolos una vez y otra. Despreciando a la cultura rumana, ellos miraban de arriba abajo a la Universidad y a todo lo que teníamos en nuestro país, con pretensiones de sabihondos y de guías, como hombres llegados de un gran país a una miserable y retrógrada tierra rumana.

Es posible que hayan tenido razón desde cierto punto de vista, pero pronto debieron chocar en nuestro pequeño país contra el buen sentido secular rumano, que allá, en su gran imperio de más allá del Dniester, han demostrado no tener en absoluto.

En la Universidad, las reuniones se habían hecho imposibles. No se podía tomar ninguna decisión. La gran mayoría de los estudiantes estaba formada por comunistas y sus simpatizantes, pero no podían adelantar un paso, porque nuestro grupo, que no sobrepasaba la cuarentena, estaba siempre presente y atacaba y no permitía la propaganda de las ideas y de las prácticas comunistas.

La huelga general intentada en la Universidad de Iasi, con ocasión de la detención del estudiante comunista Spiegler, fracasó al día siguiente, porque nuestro grupo ocupó el comedor y prohibió la entrada de los huelguistas, basándose en el principio de que «quien no trabaja no come».

Todos los intentos del rector y de los profesores para convencernos de que dejáramos comer a aquellos estudiantes fueron inútiles.

Poco tiempo después, nuestro grupo obtendrá otra victoria: el cambio de uniforme.

Los estudiantes comunistas llevaban gorra rusa. No porque no tuvieran otra, sino ostentosamente para afirmar el bolchevismo. Con ocasión de un alboroto en la Universidad, cogimos estas gorras, que fueron quemadas en la plaza de la Unión; a continuación, cada día, en la Universidad, por las calles, en cafés y lugares de esparcimiento, empezó la caza, siendo quemadas todas las gorras. Una semana después, han desaparecido completamente, y para siempre.

Nuestro grupo fue más allá. Se puso en lucha con la prensa judeo-comunista. Sin embargo, carecía de una prensa desde la que poder combatir con artículos.

Como consecuencia de algunos artículos inconvenientes, contara el Rey, el Ejército y la Iglesia, nuestro grupo, perdida ya la paciencia, entró en la redacción y en los talleres del periódico Lumea (El Mundo) y destrozó las rotativas, que lanzaban veneno e insultos.

Cierto que provocamos desórdenes; pero aquellos desórdenes impidieron el gran desorden, el irreparable desorden que estaban preparando en nuestro país los mercenarios de la revolución comunista.

Todo esto, sin embargo, me señalará como objetivo de la venganza. La prensa israelita nos ataca. Yo responderé violentamente. En una ocasión me encontré en la calle con los redactores de Opinia, y después de un cambio de palabras, después de haberles exigido cuentas por las ofensas lanzadas, empezamos a golpes. Mis adversarios han marchado bien vapuleados. Al día siguiente, todos los periódicos de Iasi informan contra mí: Opinia, Lumea y Miscarea.

ELIMINADO DE LA UNIVERSIDAD DE IASI

La cosa no para aquí. Inmediatamente interviene el Senado universitario; se reúne, y sin escucharme, me elimina para siempre de la Universidad de Iasi. Finalmente, la Universidad y la población se liberarán del perturbador del orden público, que durante dos años ha alterado la paz de los judeo-comunistas y se ha opuesto a todos sus intentos de desencadenar la revolución, para destronar al Rey, incendiar las iglesias, fusilar a los oficiales y asesinar a ciento de miles de rumanos.

Los hombres del orden y de la legalidad, son para el Senado universitario los comunistas. Yo soy el perturbador de ese orden.

EL CONSEJO DE LA FACULTAD DE LEYES

Pero sus planes amenazan ruina. Porque interviene un hecho verdaderamente único en las manifestaciones habituales de nuestra vida universitaria. El Consejo de la Facultad de Leyes desaprueba la medida

dictada por el Senado. Y dirigido por los profesores Cuza, decano; Matei Cantacuzino y Dimitrie Alexandrescu, se opone a la eliminación. Fracasan los intentos del Consejo para templar la furia del Senado universitario. El Senado no renuncia al castigo impuesto.

Entonces, la Facultad de Leyes retira su representante del Senado, no se somete a la decisión de éste y se declara independiente.

A mí la Facultad me comunica que puedo presentarme a las lecciones, ya que el Consejo de profesores se niega a reconocer la decisión del Senado universitario. De esta manera he continuado siendo estudiante de la Universidad de Iasi.

Como consecuencia de este hecho, durante tres años el Consejo de la Facultad de Leyes no ha enviado representante al Senado. El conflicto a durado años, incluso después de mi salida de la Universidad.

Más tarde, cuando me he licenciado, el rectorado se ha negado a extenderme el título, y aun hoy, no me lo ha concedido. Para darme de alta en el foro, y para continuar los estudios en el extranjero, me he servido del certificado de estudios de la Facultad.

EL AÑO UNIVERSITARIO 1921-1922

El nuevo año universitario se ha inaugurado en condiciones normales, con función religiosa. De nuevo, la Universidad y la ciudad de Iasi están de fiesta.

En Bucarest, este gran acontecimiento pasa casi inadvertido.

Allí, a la llegada de los estudiantes, la masa estudiantil se pierde en la gran multitud de cientos de miles de hombres, de rumores, de luces, de intereses que chocan brutalmente.

En Iasi, cuando se van los estudiantes, la melancolía en general, como en otoño cuando abandonan la tierra los pájaros. Cuando llegan los estudiantes, vuelve la juventud y vuelve la vida.

Es día de fiesta. En Bucarest, el estudiante se siente solo en medio de un mundo que le ve, no le aprecia, no le censura, no se interesa por él, no le ama.

La educación del estudiante en Iasi es incomparable, porque se desarrolla como un niño al amor de su madre, resguardado bajo el afecto de los rumanos. Aquí la raza cría a sus estudiantes. Yo mismo debo a Iasi un importante reconocimiento por todo lo que he podido hacer. He sentido siempre el cuidado que ha tenido de mí esta alma de Iasi; he, sentido su amor, sus regaños, su aliento, su espoleo, su llamada a la lucha.

A nosotros, estudiantes de Iasi, estas cosas nos siguen y nos seguirán hasta la muerte, como el recuerdo de los consejos y del amor siempre presente de la madre.

De todas las generaciones estudiantiles que han desfilado por Iasi, ¡cuántos han sido seguidos durante toda su vida por la incitación a la lucha de Iasi! ¡A cuántos no ha seguido hasta la tumba, a cuántos no le sigue aún hoy su reproche!

Desde comienzos del año se observa que los judeo-comunistas retroceden desorientados y con moral deprimida. No hay ninguna tentativa de resistencia. La nueva generación de estudiantes, apenas inscrita, se había enterado de nuestras luchas y esperaba, desde hacía mucho tiempo, poder marchar a nuestro lado. Apenas llegados, han entrado en nuestras filas.

PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIANTES DE LEYES

En aquel otoño he sido elegido presidente de la Sociedad de Estudiantes de Leyes. El Senado universitario no ha querido convalidarme, con el pretexto de que había sido eliminado de la Universidad. Me he convalidado por mí mismo.

La Sociedad de Estudiantes de Leyes, como todas las otras sociedades de la Facultad, tenía como fin las actividades científicas de ampliación de estudios y especialización en las respectivas materias.

Así, por ejemplo, bajo la presidencia de Nelu Ionescu, dos años antes, la Sociedad de Estudiantes de Leyes celebraba reuniones casi semanales. Un estudiante leía un libro de Derecho, o, en relación con la ley, lo resumía en la sesión, lo criticaba, y después seguían las discusiones contradictorias. Yo he conservado las normas generales, pero he añadido algo nuevo. Todos

estos trabajos de estudio no podían hacerse más que teniendo como objeto la consideración del problema judío a la luz de la ciencia.

Se leían trabajos sobre este problema en Rumania y en el exterior, sobre la potencia judaica internacional, sobre la historia de este problema entre nosotros y en otros lugares. Estudiábamos los medios de lucha empleados contra nosotros, el espíritu y la mentalidad israelita, y preconizábamos los medios de lucha y de defensa.

Después de cada exposición, seguían discusiones, complementos y, al final, la formulación de una verdad establecida, para que todos y cada uno pudiésemos edificarnos. Después, a continuación, intentábamos en la misma sesión obtener:

a) La identificación y localización de este espíritu y mentalidad judaica, infiltrados insensiblemente en el modo de pensar y de sentir en una parte considerable de rumanos.

b) Nuestra desintoxicación, la eliminación del judaísmo, introducido en nuestro pensamiento por medio de los libros de estudios, de literaturas, a través de los profesores, el teatro o el cine.

c) Comprensión y el desenmascaramiento de los planes israelitas, ocultos bajo tantas y tan diversas fórmulas. Y esto porque teníamos partidos políticos dirigidos por rumanos, a través de los cuales habla el judaísmo; periódicos rumanos, escritos por rumanos, por medio de los cuales hablan los judíos y sus intereses; conferenciantes rumanos, autores rumanos, que piensan, escriben y hablan judío en lengua rumana.

Hemos empezado a darnos cuenta, estudiando todo esto, por primera vez en la Historia, de que el pueblo rumano se ha puesto en contacto con una raza que emplea como armas de lucha y de destrucción, como arma nacional, la astucia y la perfidia, en tanto que los rumanos no han conocido más que la lucha leal. Frente a los nuevos métodos judaicos, el rumano se ha visto desarmado. Nos hemos dado cuenta de que todo se reduce al conocimiento del enemigo, y que en el momento en que nosotros, rumanos, lo conozcamos, lo venceremos.

Nuestras sesiones han continuado regularmente durante todo un año. Atraían a estudiantes de todas las Facultades en número cada vez mayor, tanto, que el centro estudiantil había casi perdido su razón de ser. La total masa estudiantil gravitaba en torno a la actividad de la Sociedad de

Estudiantes de Leyes. El anfiteatro era incapaz para la multitud de estudiantes que quería participar en estas sesiones. En número cada vez mayor, participaban en ellas los estudiantes de Besarabia. Medio año de actividad nos trae un verdadero milagro; las tres cuartas partes de la Besarabia cristiana, despiertas, se sienten llamadas por la vida nueva y se ilumina su rostro.

En breve tiempo llegarán a ser los más fieles soldados de nuestra lucha, y llegarán por la fe, por la devoción, por la presencia de ánimo y el espíritu de sacrificio, a las primeras filas del movimiento, que había empezado a tomar vigor. Este movimiento de aproximación entre nosotros, y el pacto de lucha por la paz cristiana contra las falsas hordas judaicas, no lo olvidaremos nunca. Los que nos combatieron hasta ayer, ahora nos abrazan.

Las directivas orientadoras de esta acción eran los escritos de nuestros genios nacionales: Bogdan Petriceicu Hajdeu, Vasile Conta, Mihail Eminescu, Vasile Alecsandri, etc. Y especialmente los escritos y conferencias del profesor Cuza, los escritos del profesor Paulescu[20] y las lecciones de educación nacional del profesor Gavanescul.

Todos los escritos del profesor Cuza eran leídos, no una vez, sino tres o cuatro, por los estudiantes. De manera especial sus cursos de Economía política, que trataba desde la altura de la cátedra, de manera brillante, la cuestión israelita, llevando a los rumanos la comprensión de su más grave problema presente, nos han servido de guía en todo momento en nuestros esfuerzos para conocerlos. Nuestra mayor fortuna, y, por consiguiente, de los rumanos, ha sido tener al profesor Cuza uno de los insignes, conocedores del problema hebraico del mundo, al cual debemos nuestra posibilidad de orientarnos frente a todas las maniobras israelitas.

Sus cursos, de gran altura académica eran seguidos por todos los estudiantes con una atención jamás superada. El anfiteatro de la Facultad de Leyes era siempre demasiado pequeño. Todavía por mucho tiempo, desde entonces en adelante, la Universidad de Iasi no tendrá un profesor cuyas propagandas de nacionalismo despierten semejante interés.

---

[20] Profesor Paulescu. Uno de los grandes promotores del nacionalismo rumano, ha escrito en torno al «Cahal» judío, y una serie de obras en las cuales se señalan a los pueblos cristianos los medios para combatir al judaísmo.

En estos tiempos la vida de muchos de nosotros empieza a encontrar un sentido único por encima de todos los intereses: el de luchar por nuestra raza, en peligro su propia existencia.

LA VISITA A LA UNIVERSIDAD DE CERNAUTZI

Calma en las demás Universidades. En Cernautzi, ya desde la primavera del pasado año de 1921, han empezado movimientos para la rumanización del teatro. Una valiente lucha de algunos días ha terminado con la victoria de los estudiantes. Ahora, en la primavera de 1922, he organizado, con la Sociedad de los Estudiantes de leyes, una visita de los estudiantes de Iasi a Cernautzi.

Hemos sido bien recibidos por profesores y estudiantes. Un centenar o más de visitantes, durante los tres años que hemos estado allí, no hemos hecho sino comunicar a los colegas de Cernautzi la nueva fe que había tomado vigor en nuestro espíritu.

No ha sido difícil. Porque Cernautzi, como Iasi y todavía más, gemía, con sus calles enteras, con su comercio, con sus iglesias abandonadas, con su tierra y con sus rumanos, bajo la invasión israelita. En el deseo del ideal común de ver de una vez despierta a la raza, con plena conciencia de su dignidad, de su fuerza y de sus derechos, digna de su destino y de los destinos de su país. Este lazo se ha reforzado después con la visita que nos han devuelto los de Cernautzi un mes más tarde. Entonces he conocido por primera vez a Tudose Popescu, bella figura de joven combatiente por el bienestar de los campesinos, que fue más tarde uno de los jefes del movimiento estudiantil, y que hoy duerme en un cementerio, bajo una pobre cruz olvidada.

LA REVISTA «DEFENSA NACIONAL»

El 1° de abril de 1922 apareció la revista bimensual Defensa Nacional, dirigida por los profesores Cuza y N.C Paulescu. Es fácil darse cuenta de lo que para nosotros significaba, en medio de nuestros pensamientos y de nuestros anhelos, la aparición de esta revista.

En ella encontrábamos todo lo que nos era necesario para nuestra perfecta ilustración y conocimiento. Los artículos de los profesores Cuza y Paulescu eran leídos religiosamente por toda la juventud, y tenían en todas partes, en las filas de los estudiantes, incluso en Bucarest y en Cluj, una gran resonancia.

El 1° y 15 de cada mes eran días de triunfo para nosotros. Los números de la revista eran verdaderos transportes de municiones, con las cuales vencíamos las argumentaciones de la prensa israelita. Creo oportuno reproducir aquí algunos artículos de los profesores Cuza y Paulescu aparecidos por aquel entonces:

El espíritu de la verdad defenderá eternamente a la Humanidad

En resumen, el Talmud –la legislación político religiosa de los hebreos–, en lugar de combatir, como el Evangelio, las pasiones de propiedad y de dominación, empuja, por el contrario, estos vicios hasta límites jamás vistos, para realizar el sueño de Judea, de ser al mismo tiempo propietaria de toda la tierra y amo de la Humanidad.

Pero en tanto que los Apóstoles cristianos predicaron sus ideales cara al cielo, el Talmud se esconde, y sus aprendices, el Cahal y la francmasonería, son todavía más invisibles que él.

Los tres emplean, para continuar en la oscuridad, un medio repugnante y maldito: la mentira. La mentira es la base del sistema israelita, al cual se puede decir: «Hablas, luego mientes».

Pero la mentira tiene un enemigo al que odia a muerte: la verdad.

Ahora bien: la verdad es el rasgo característico del cristianismo. Cristo ha dicho «Yo soy la verdad», y por esto su doctrina es execrada por Israel. La mentira, por el contrario, caracteriza lo que se llama «espíritu del mal» o «diablo».

Así Jesús, dirigiéndose a los hebreos, les dijo: «Tenéis por padre al diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre: este fue homicida desde el principio y no perseveró en la verdad, porque la verdad no tiene refugio en él; cuando dice una mentira habla su lenguaje, porque es mentiroso y padre de mentiras».

Abandonando el mundo, Cristo ha enviado a sus discípulos un arma invencible, su espíritu, el espíritu divino de la verdad, que defenderá eternamente a la Humanidad contra el espíritu diabólico de la mentira. Ante este espíritu de la verdad me inclino, gritando desde el fondo de mi alma: «Creo en el Espíritu Santo».

(Profesor N. C. Paulescu, de su Fisiología Filosófica El Talmud, el Cahal, la Francmasonería; volumen 2°, páginas 300-301; Bucarest, 1913.)

La ciencia del antisemitismo

He aquí una horrible agrupación de palabras: la ciencia del antisemitismo. ¿Cómo puede ser ciencia el antisemitismo? ¿El antisemitismo? Para los «sabios» es apenas una barbarie, manifestación ciega de instintos brutales, reminiscencias de tiempos prehistóricos, una vergüenza en medio de nuestra civilización, que condena igualmente la ciencia iluminada del hombre libre de prejuicios y de pasiones.

Esta es la atmósfera que han creado especialmente los judíos y que mantienen los judíos en torno al antisemitismo, engañando a los ingenuos o explotando la ingenuidad de los tontos con pretensiones de encontrarse también ellos «a la altura de la civilización moderna». ¿Y quién no quiere estarlo?

Por ejemplo, hay un caso interesante de un judaizante de origen medio judío, el mismo que hablaba hace algunos años con aire de profunda sabiduría de nuestro antisemitismo, que era en aquel tiempo lo mismo que hoy, y he aquí lo que nos decía este autor, nombre odioso, traidor entonces al pensamiento nacional, como ha sido más tarde, durante la guerra, traidor a la acción nacional, en la revista *La vida rumana* (año segundo, número del 14 de noviembre de 1907, páginas 186, 204 y 207).

Quiero hablar de la cuestión hebrea... totalmente desnaturalizada por la judeofobia vulgar y feroz de nuestros antisemitas, los cuales, de esta manera, nos comprometen ante el mundo civilizado.

Con armas enmohecidas arrancadas del arsenal de las persecuciones medievales, con la propaganda del odio, con apasionadas incitaciones a todos los excesos, despertando en las masas populares los más bestiales

instintos..., se pude solamente comprometer una causa justa, causa que no es la del antisemitismo...

Pero dar a este conflicto... un aire falso de persecución religiosa, de antisemitismo, en una palabra, puede servir únicamente a la causa de los enemigos, contentos de explotar las divagaciones de algunos maniáticos... Los antisemitas, provocadores de escándalos, provocan el que se ponga en el orden del día, prematuramente, la cuestión en su totalidad.

Ningún pueblo, y mucho menos el nuestro, puede cerrarse indefinidamente y de una manera impune ante las ideas modernas, y mucho menos ante la acción política de la Historia... (Estos últimos puntos suspensivos son del autor, y, por tanto, no suspensivos, sino amenazadores, parecen llevar en sí una tremenda visión política).

Plantear, por consiguiente, nuestra cuestión sobre el terreno del antisemitismo, del odio de raza, significa marchar hacia una derrota vergonzosa y fatal para nosotros... tendencias asiáticas... demagogia violenta... educación insana... instintos de especular con pasiones oscuras... (Esos últimos puntos son también del autor y significan la misma amenaza por el mismo horrible delito de nuestro antisemitismo).

He reproducido esta concepción de todos los judaizantes, y se ve en qué se basan: frases hechas (el mundo civilizado, las ideas modernas), pero especialmente injurias (judeofobia vulgar y feroz, armas enmohecidas, instintos bestiales, divagaciones de algunos maniáticos, provocadores de escándalos antisemitas, tendencias asiáticas, pasiones oscuras). Semejantes apreciaciones las encontramos no solamente en los judaizantes vulgares, sino también en algunos representantes de otros sectores diferenciados en la cultura, en otros dominios. Así, por ejemplo, el eminente jurisconsulto, profesor universitario, orador, hombre político, ex ministro de Instrucción Pública, el Sr. C. Arión, me ha echado en cara mi antisemitismo, en plena Cámara de Diputados, empleando un apóstrofe que se puede calificar de célebre viniendo de un hombre como él, al llamarme «hombre de las cavernas».

En cuanto a los judíos, la explicación que dan del antisemitismo es todavía más característica. Junto a la acostumbrada frase hecha de la ferocidad y del odio naturalmente, sin motivo, porque a ellos no les conviene discutir el motivo, el antisemitismo es –según ellos– una locura, una degeneración

intelectual, una enfermedad del espíritu. De este modo juzga uno de los «intelectuales» modernos más destacados de los judíos, el Doctor K. Lippe, de ilustre origen como tataranieto del famoso comentarista del Talmud, Rasi, de la Edad Media, aquel del *tob sebegoim harog*, «al mejor de los goim (cristiano), mátalo».

El médico Doctor Lippe, llegado casualmente de Galitzia, y establecido en Iasi, donde había sido encarcelado por causarle la muerte a una cristiana, provocándole un aborto, ha publicado un escrito especial con el título «Síntomas de la enfermedad mental antisemita» (Iasi, 1887).

Y como prueba de que los argumentos que emplean los judíos parásitos contra los antisemitas son de una extrema pobreza, igual que los de los judaizantes son eternamente los mismos, he aquí lo que dice últimamente El Correo Israelita, órgano oficial de «La Unión Hebrea» indígena, en el artículo de fondo de su número del viernes 15 de septiembre de 1922, bajo el título, injurioso para los que escribimos en Defensa Nacional, llamándonos «banda de miserables»: «Existe entre los antisemitas un estado de degeneración intelectual legado a la perversión de los sentidos, una especie de sadismo mental, por el cual los atacados son empujados a la mentira y a la calumnia».

Como veis, es una explicación muy sencilla, pero también extremadamente ingenua: Todo lo que se dice contra los judíos son mentiras y calumnias, debidas a una degeneración intelectual específica.

La definición del antisemitismo —por parte de los judíos y judaizantes— se resume en dos palabras: ferocidad y locura; referidas, claro está, a los antisemitas.

En cuento a los judíos como fenómeno social, no buscan la menor explicación; es como si no existiesen.

La ferocidad y la locura han hecho que todos los pueblos de todos los tiempos, egipcios, persas, rumanos, árabes, así como también las naciones modernas, hasta la actualidad, consideren a los judíos como un peligro nacional, y tomen medidas contra ellos.

La ferocidad y la locura han oscurecido las inteligencias de los más ilustres representantes de la cultura de todas las naciones, como Cicerón, Séneca, Tácito, Mahoma, Lutero, Giordano Bruno, Federico el Grande, Voltaire, Napoleón, Goethe, Kant, Fichte, Schopenhauer, Fournier, Feuerbach,

Wagner, Bismarck, Duhring y otros innumerables de todos los campos, para que se pronunciasen contra los judíos.

La ferocidad y la locura, finalmente, explotan en el antisemitismo de los más elogiados representantes de nuestra cultura, como Simeón Barnutiu, B.P. Hajdeu, Vasile Alecsandri, Vasile Conta, Mihail Eminescu.

Salvajes y locos: Todos estos. Civilizados e inteligentes: Los judaizantes. Y los judíos: Inexistentes.

Semejantes aberraciones caen por sí mismas. No obstante esto, para confundir el espíritu de las masas, se repite constantemente. Precisamente por esto, y porque semejante «teoría», digna de los cerebros de los judíos y de la imbecilidad o venalidad de los judaizantes, no es capaz de explicar el antisemitismo como fenómeno social, nosotros la llamamos teoría antisemita.

Según esta teoría, la nuestra, en la constitución del antisemitismo debemos distinguir tres momentos: el instinto, la conciencia y la ciencia.

El instinto, prendido siempre en las multitudes, que se preocupan, en primer grado, de sus intereses materiales inmediatos, ha hecho que se opongan al parasitismo de los judíos con movimientos populares, frecuentemente sangrientos y generales, como ha ocurrido, entre otros muchos casos, en el terrible movimiento de los cosacos de Ucrania, guiados por Bogdan Hmelnischky, en el cual han muerto más de 250.000 judíos en 1649.

La conciencia del peligro judío se despierta gradualmente, primero en las clases cultas, y después se extiende a núcleos siempre más amplios y se une a las multitudes, sosteniendo sus reivindicaciones, que llegan a ser conscientes.

La ciencia comienza con indagaciones parciales, hasta que llega, precisamente en nuestros días, a la consideración de su objeto, examinando el judaísmo como fenómeno social, aislado del medio con el cual intenta confundirse y constatando que se trata de un problema humano, el más grande de todos, al cual es necesario encontrar solución.

Las indagaciones parciales, por el resultado a que llegan, puede decirse que constituyen el antisemitismo de la ciencia. Esta es la base, que no se confunde, sin embardo, con la ciencia del antisemitismo. Aquello que las distingue es su diverso objeto. Y he aquí la definición (por medio de la

determinación del objeto) de esta ciencia, que se demuestra es una verdadera ciencia con sus propios dominios.

La ciencia del antisemitismo tiene como objeto el estudio del judaísmo como problema social, siendo así, necesariamente la síntesis de todas las ciencias que pueden contribuir a su solución.

Cuáles sean las ciencias que con sus investigaciones parciales contribuyen al conocimiento del judaísmo, es lo que hay que ver. Y he aquí de qué manera la ciencia del antisemitismo se sirve de sus resultados para preparar la solución.

La Historia constata que, desde sus orígenes, los judíos son un pueblo errante entre los demás pueblos. Nómada, sin patria. La ciencia del antisemitismo establece que este carácter nómada es contrario a la existencia de los pueblos sedentarios, agrícolas, y que no puede ser tolerada.

La Antropología constata que los judíos son una mezcla de razas diferentes entre sí, no emparentadas, como los semitas, los arios, los negros y los mogoles.

La ciencia del antisemitismo explica la esterilidad de la nación judía y demuestra que este cruce en el domino de la cultura no puede servir en nada a la cultura de las demás naciones, que solamente falsifica, desnaturalizando sus caracteres.

La Teología constata que la religión judía es una religión particularista basada sobre un pacto especial concertado entre su dios, Iahve, con los judíos considerados como pueblo elegido, como pueblo santo, separado de los demás pueblos.

La ciencia del antisemitismo deduce rigurosamente que semejante concepción excluye la posibilidad de cualquier asimilación en los judíos.

La política constata que en todas partes, en medio de las demás naciones, los judíos tienen su organización social diferente, constituyendo un Estado dentro del Estado. La ciencia del antisemitismo concluye que los judíos son un elemento anárquico peligroso para la existencia de todos los Estados.

La Economía política constata que los judíos han vivido en todos los tiempos, incluso en Palestina, como pueblo sobrepuesto a las demás naciones, explotando su trabajo sin ser directamente productores. La ciencia del antisemitismo dice que toda nación tiene derecho a defender su trabajo

productivo de la explotación de los judíos, que no pueden ser tolerados como parásitos, comprometiendo la existencia de los pueblos.

La Filosofía constata que la concepción de vida del judaísmo es un anacronismo contrario al progreso humano. La ciencia del antisemitismo impone, como un deber hacia la civilización, que esta monstruosidad cultural sea eliminada por el esfuerzo reunido de todas las naciones.

Sobre la constatación objetiva de las diversas ciencias especiales, distinta de ellas, la ciencia del antisemitismo basa sus conclusiones, que llevan siempre, necesariamente, a la misma solución: «La eliminación de los judíos del seno de los demás pueblos, poniendo fin a su existencia, no natural, parasitaria, debida a una concepción anacrónica, contraria a la civilización y a la tranquilidad de todas las naciones, y que estas no pueden ni deben tolerar».

Esta teoría antisemita difiere, como se ve, de la teoría judía y de los filosemitas, que reduce la explicación del antisemitismo a aquellas dos manifestaciones espirituales individuales, y que en el mismo momento en que se manifiestan en masa son por sí mismas un problema social igual a la ferocidad y el odio. Y explico también esto.

El instinto del antisemitismo puede ir acompañado por la ferocidad y el odio. Porque el instinto es ciego, como se suele decir, también cuando se pone con toda seguridad al servicio de la defensa de la vida.

La conciencia del antisemitismo se une, sin embargo, al instinto, reforzando sus tendencias, aunque sean «salvajes». Porque para ser «civilizado» es necesario, ante todo, garantizar la propia existencia.

La ciencia del antisemitismo se produce con el fin de explicar el fenómeno, iluminando más y más la conciencia de la multitud y dando plena satisfacción a su instinto, con sus fines violentos, que legitima, revelando la causa que los produce: el parasitismo de los judíos. Así esto nos da la fórmula de la solución científica del problema del judaísmo, y no nos queda otra cosa que ponernos en acción para realizarlo.

El antisemitismo moderno reúne, por consiguiente, todas las energías: la energía del instinto, la energía de la conciencia, la energía de la ciencia, de la verdad plenamente demostrada, constituyendo una formidable fuerza social, capaz de resolver el más grande problema de nuestro tiempo, que es el problema judío.

¿Cómo se defienden los judíos y judaizantes contra esta fuerza gigantesca, intentando prolongar la existencia de su parasitismo?

Lo hemos visto: con frases hechas, injurias y vaciedades.

Judeofobia vulgar y feroz de nuestros antisemitas... nos comprometen frente al mundo civilizado... Armas enmohecidas arrancadas al arsenal de las persecuciones medievales... La excitación en las masas populares, de bestiales instintos... Tendencias asiáticas... Locura... Sadismo mental...

Estos son todos los argumentos que oponen, ya que no tienen otros, a nuestro antisemitismo, creyendo eliminarlo con estupideces. Mientras en el seno de todas las naciones sublevadas contra el parasitismo del judío nómada rebullen las energías vengadoras...

(A.C. Cuza: Defensa Nacional, número 16, año I, 15 de noviembre de 1922)

LA FUNDACIÓN DE LA «ASOCIACIÓN DE ESTUDIANTES CRISTIANOS»

El 20 de mayo de 1922, en una reunión restringida, he disuelto el Centro Estudiantil de Iasi, que se encontraba todavía en manos de un puñado de adversarios, sostenidos por el rectorado, y he fundado la «Asociación de Estudiantes Cristianos», que vive todavía hoy.

Habíamos empezado con un grupo restringido; habíamos fundado un círculo estudiantil; habíamos pasado a la «Sociedad de Estudiantes de Leyes», y, hacia el final, nacía, como, resultado de nuestra fatiga, el verdadero centro estudiantil con la denominación de «Asociación de Estudiantes Cristianos», por el que suspiraban los estudiantes de Iasi. Distinta, sin embargo, de aquella de 1919.

Ahora me acercaba con no poca melancolía, después de tres años de luchas y de queridos vínculos templados en el fuego de tanta prueba, al día de la separación de la Universidad y de la vida de estudiante, de mis camaradas de lucha. Me quedaba todavía un mes hasta el examen de licenciatura, y no podía habituarme a la idea de tener que partir, y que nosotros, la clase de 1919, tan estrechamente ligados desde un punto de vista

espiritual, dejáramos la ciudad y nos dispersáramos todos, ¡quién sabe hasta qué rincones del país!

Por esto, después de haber nombrado sucesores a mis puestos de presidente de la «Sociedad de Estudiantes de Leyes», a Sava Margineanu, y de la «Asociación de Estudiantes Cristianos», a Ilie Garneatza, he hecho un juramente con 26 camaradas, con los que me sentía más unido, a fin de luchar, dondequiera que nos encontrásemos, por el credo que nos había unido en los bancos de la Universidad.

Este juramento lo hemos firmado todos, lo hemos metido en una botella y lo hemos enterrado. Después de haber aprobado la licenciatura, he hecho otro juramento con otro segundo grupo más reciente en la lucha, en número de 46.

Estos han sido mis invitados en Husi, donde durante cuatro días hemos celebrado reuniones, tratando en sus más pequeños detalles nuestras futuras actividades. Aquí mi padre ha hablado diversas veces a mis camaradas, empujándonos a la lucha.

Después de esto no hemos separado, llevando cada uno en el alma el apasionado deseo de días mejores y más justos para nuestra raza.

OBLIGACIÓN DE HONOR

Los firmantes de abajo, estudiantes de la Universidad de Iasi, dándose cuenta de la difícil situación en la que el pueblo rumano se encuentra, amenazado en su propia existencia por un pueblo extranjero que se apoderó de nuestra tierra y que tiende a apoderarse de la dirección del país; para que nuestros descendientes no vaguen por tierras extranjeras expulsados de su tierra por la pobreza y la miseria, y para que nuestro pueblo no se desangre bajo la tiranía de un pueblo extranjero, nos levantamos decididamente en torno a un nuevo y sagrado ideal, el de defender nuestra patria contra la invasión judía.

Es en torno a este ideal que formamos la Asociación de Estudiantes Cristianos de la Universidad de Iasi. Es con este ideal en nuestros corazones que salimos hoy de los pasillos de la escuela.

Luchar dondequiera que estemos, por la justicia, por la vida amenazada de nuestro pueblo, consideramos que es nuestro principal deber de honor. Por eso, congregados hoy, sábado 27 de mayo de 1922, nos comprometemos a una obligación común, a que, esparcidos por todo el país, llevemos con nosotros a todas partes el fuego que nos animó en los tiempos de nuestra juventud para encender en los corazones entristecidos de nuestro pueblo la antorcha de la verdad, la de su derecho a una vida libre en estas tierras.

Mantendremos el más estrecho contacto con la Asociación que hoy dejamos y en la que seguimos siendo miembros de apoyo, siendo el punto central que nos unirá siempre en nuestra lucha común. Nos reuniremos de nuevo dentro de 8 años, concretamente en 1930, del 1 al 14 de mayo en la Universidad de Iasi. El Comité de la Asociación se encargará de avisar a todos los miembros dos meses antes de ese día y de preparar su llegada. Invitamos a todas las generaciones de estudiantes, que deberán demostrar la comprensión de consagrar su trabajo en el altar de la patria, a seguirnos a través de esta Asociación, y a unirse a nosotros ese año y ese día en la Universidad de Iasi.

27 de mayo de 1922

Corneliu Zelea Codreanu - Husi
N. Nadejde, calle Universidad 21 - Iasi
Grig. Ghica, calle Carol 23 - Iasi
I. Sarbu, Rudi, Condado de Soroca
Grigoriev Eusevie, Caragaiani, Condado de Cetatea - Alba
Ilie Gameata, calle Muzelor 40 - Iasi
Alexandru P. Hagiu, Chetresti - Vaslui
préstamo Blanaru, calle Tabacari 35 - Husi
Constantin C. Zotta, 13 Maior Teleman St. - Husi
A. Ibraileanu, calle Ghica Voda 3 - Galati
M. Berthet, Purcari, Condado de Cetatea - Alba
Iacob I. Filipescu, Tg. Falciu, Condado de Falciu
Leonid Bondac, calle I. Heliade Radulescu 5 - Soroca
C. Madarjac, calle Apostol 71 - Galati
I. Miclescu, 165 Portului St. - Galati

soledad 1. Teodoreanu, Muzelor - Galati
Laseu Nicolae, calle Sinadino 22 - Chisinau
Bobov Mihail, calle Podolskaia 85 - Chisinau
Mihail V. Sarbul, Mascauti, Condado de Orhei
Nicolae B. Ionescu, calle Constantin Brancoveanu 59 – R, Sarat
Pavel Epure-Cetatea-Alba, Catedral
Gh. Boca, Balaceana, Condado de Suceava
Vasile Nicolau, 61 Lascar Catargiu St. - Husi
Andronic Zaharia, Partestii de Sus, Bucovina
Vasile N. Popa, Paunesti, Condado de Plutna
Vasile Corniciuc, Putrauti, Condado de Suceava
Nicolae N. Aurite, Tereblecea, Condado de Siret
Gr. Mihuta, Scheia, Condado de Suceava
Ciobanu Stefan, calle Sturza 9 -Suceava
Eugeniu Cardeiu, Bilca, Condado de Radauti
Eug. N. Manoilescu, Epureni, Condado de Falciu
Viadimir Frirnu, Calmatui, Condado de Cahul
Gh. Zarojeanu, calle Muzelor 40 -Iasi
Prelipceanu Tit. Vasile, Horodnicul de jos, Condado de Radauti
Prelipceanu Gr. Vasile, Horodnicul de jos, Condado de Radauti
Constantin Darie, Horodnicul de Sus, Condado de Radauti
Pasearu loan a Stefan, Tereblecea, Condado de Siret
Mihail I. Babor, Balaceana, Condado de Suceava
Sava Margineanu, Stroesti, Condado de Suceava
Taranu Traian, Stroesti, Condado de Suceava
Al. Pistuga, Tarnauca, Condado de Dorohoi
Dragomir Lazarescu, Tarnauca, Condado de Dorohoi
Constantin C. Campanu, Scheia, Condado de Suceava
D. Porosnicu, Gurmezoaia, Condado de Falciu
N. Gh. Ursu, Malusteni, Condado de Covurlui
C. Ghica, calle Carol 23 – Iasi

AL FINAL DE LOS ESTUDIOS UNIVERSITARIOS

Encontrándome en casa, me pasaban ante los ojos los tres años vividos en la Universidad, y me preguntaba: ¿Cómo hemos podido superar tantos obstáculos, vencer la mentalidad y la voluntad de miles de hombres, vencer a Senados universitarios y hecho enmudecer las ediciones de toda la prensa enemiga? ¿Hemos tenido dinero para pagar mercenarios, para publicar periódicos, para efectuar concentraciones, para mantener esta verdadera guerra? No hemos tenido nada; cuando me he lanzado a la dura lucha, no lo he hecho obedeciendo a ninguna excitación ajena, ni siquiera como consecuencia de alguna deliberada decisión previa, de cuya ejecución hubiera sido encargado. Tampoco bajo el impulso de una gran y prolongada agitación interior o meditación profunda en la que me hubiese plantado este problema.

Nada de esto; no podría decir cómo me he lanzado a la lucha. Quizá como un hombre que, marchando por el camino con las preocupaciones, las necesidades y los pensamientos propios, sorprendido por el incendio de una casa, se quita la americana y se lanza a socorrer a aquellos que son presa de las llamas. Yo, con el sentido de un joven de diecinueve a veinte años, he comprendido tan sólo esto de todo lo que vi: que perdíamos la Patria, que no tendríamos ya Patria, que con el concurso inconsciente de los infelices trabajadores rumanos, explotados y sumidos en la miseria, se extendería dominante y exterminadora la horda judía.

He empezado por el impulso del corazón, por aquel instinto de defensa que tiene hasta el último gusano de la tierra; no por instinto de conservación personal, sino de defensa de la raza de la cual formaba parte.

Por esto siempre he tenido la sensación de que a nuestras espaldas estaba la raza entera; con los vivos, con el cortejo de muertos por la Patria, con todo el porvenir de la raza que lucha, que habla por medio nuestro, y que la multitud enemiga, por muy grande que sea, frente a esta entidad histórica, no es más que un puñado de pajuelas humanas a las que dispersaremos y venceremos.

Por esto han caído todos, y a su frente, el desconsiderado Senado universitario, que creyendo luchar contra nosotros —un puñado de jóvenes locos—, luchaba en realidad contra su propia raza.

Existe una ley de la naturaleza que coloca a cada cual en su puesto: los rebeldes contra natura, desde Lucifer hasta hoy, todos esos rebeldes, a menudo inteligentísimos, pero siempre carentes de prudencia, han sido fulminados. En el cuadro de esta ley de la naturaleza, de este sabio ordenamiento, cualquiera puede tener el derecho y aun tener el deber de luchar por lo mejor. Pero contra o más allá de este ordenamiento, nadie puede obrar sin castigo y sin derrota.

Los glóbulos de la sangre deben permanecer siempre dentro o al servicio del organismo humano.

Se produciría una rebelión, no solo cuando se sublevasen contra el organismo, sino también cuando cesasen en su propio servicio, cuando no satisficieran a otro que a sí mismo, cuando no tuvieran otra misión y otro ideal fuera de sí, cuando llegasen a ser su propio todo.

El individuo, encuadrado y al servicio de su nación. La nación, encuadrada y al servicio de Dios y de las leyes de la divinidad. Quien comprenda esto vencerá, aunque esté solo. Quien no lo comprenda será vencido.

Bajo el imperio de estos pensamientos terminaba el tercer año universitario.

Desde el punto de vista de la organización, nos habíamos fijado bajo la idea del jefe y de la disciplina. La democracia era eliminada, no por cálculo, sino en virtud de la convicción nacida por vía teórica. Hemos vivido la antidemocracia desde el primer momento. Yo he guiado siempre. Una sola vez en tres años he sido elegido presidente de la «Sociedad de los Estudiantes de Leyes»; todo el resto del tiempo no me han elegido como jefe los luchadores, sino que los he elegido yo. No hemos tenido jamás comité, no hemos jamás votado las propuestas. Siempre, sin embargo, que he sentido necesidad, me he aconsejado por todos, pero bajo mi responsabilidad; he tomado por mí mismo la decisión. Por esto nuestro pequeño grupo era siempre una unidad indestructible. Los grupos con pareceres divididos, las mayorías y minorías chocando entre sí en las cuestiones de actuación o de teoría, no han existido.

Entre los demás, todo era exactamente lo contrario. También por eso han sido vencidos. Una gran fe, como una gran llama que arde continuamente en nuestros corazones, iluminándonos el camino; una gran disciplina,

resolución en la lucha, ponderada preparación del plan de batalla: hasta la bendición de la Patria y de Dios, nos han asegurado la victoria en aquellos tres años.

EL VERANO DE 1922

La primavera de 1922 no ha pasado tranquila. Sobre los escenarios de los teatros naciones rumanos o comunales de las ciudades moldavas empiezan a ser recitados en hebreo dramas judíos de la compañía «Kanapov». Nuestra juventud ha considerado esto como un peligro, porque ha visto un principio de extranjerización de esta institución, destinada a formar la educación nacional y moral del pueblo rumano. Expropiados de los comercios, expropiados de las riquezas del suelo y del subsuelo rumano, expropiados de la prensa, nos vemos cualquier día expropiados también de los escenarios de los teatros nacionales. El teatro, al lado de la escuela y de la iglesia, puede levantar a una nación decaída hasta la conciencia de sus derechos y de su misión histórica. De ahora en adelante se nos ocupará también este reducto. Nuestros teatros, fabricados con la fatiga y el dinero de los rumanos, servirán a los judíos para la preparación de sus fuerzas en la lucha contra nosotros. Y, por otra parte, desde estos escenarios rumanos, nos servirán como alimento espiritual, a nosotros, rumanos, todo aquello que más contribuya a la desmoralización, a la decadencia y a la destrucción de nuestros valores nacionales y morales.

Era deber de otros, del Gobierno, de las autoridades, de los profesores, tomar una posición frente a este nuevo ataque antirrumano. Ausencia total. Solamente la juventud, arriesgándose, viéndose cubierta de innumerables insultos, y no encontrando en ninguna parte el menor apoyo, ha obrado como ha podido.

Esta lucha ha sido sostenida en todas las ciudades: en Husi, Vaslui, Barlad, Botosani, Pascani, etc., por el grupo de los estudiantes de Iasi, ayudado en todas partes por los alumnos del Liceo. Penetraban en las salas llenas de judíos, arrojando a los artistas todo lo que les venía a la mano, expulsándolos así de la escena rumana. Acción incivil para algunos. Quizá sí, digo yo. Pero ¿es quizá civilizado que una nación extranjera me despoje

poco a poco de todos los bienes de mi tierra? ¿Es quizá civilizado que la misma nación me envenene la cultura y me la sirva después en la escena para matarme? ¿Han sido quizá civilizados los medios empleados en Rusia por los judíos? ¿Es quizá civilizado asesinar millones de hombres sin proceso? ¿Es quizá civilizado incendiar las iglesias o transformarlas en tabernas?

Yo, en la miseria, y según mis débiles fuerzas, me defiendo como puedo de los ataques. Con la prensa, si la tengo; con las autoridades, si actúan todavía como rumanas; con palabras, si alguien me oye; con la fuerza, si no tengo otro medio, y todos callan. Es vil e indigno quien por traición o por bellaquería no defienda su país y no reacciona de algún modo.

De cualquier manera, esta lucha era una protesta; era la única protesta en medio de un vil y espantoso silencio. Al día siguiente volvían los camaradas llenos de golpes y de heridas, porque no es poca cosa que un grupo de 15 jóvenes entre un teatro con 3-4000 judíos. Y especialmente volvían llenos de vituperios y de burlas por parte de nuestros rumanos. Muchas veces me preguntaban: ¿Qué es lo que nos ha sostenido, a un grupo tan pequeño, frente a tantos golpes y tantos vituperios venidos de todas partes?

No hemos encontrado apoyo en nadie. En esta lucha contra todo el mundo, el único sostén lo hemos encontrado en nosotros mismos. En la convicción de estar en la gran línea de la historia nacional, al lado de todos los que se han batido, han sufrido y han caído como mártires por nuestra tierra y por nuestra raza.

EN ALEMANIA

En otoño de 1922 he vuelto a Iasi. Allí he comunicado a los camaradas mi antiguo propósito de ir a Alemania para continuar los estudios de Economía política y para intentar al mismo tiempo realizar, aunque fuera en mínima parte, el pensamiento de llevar nuestras ideas y nuestras convicciones más allá de nuestras fronteras. Nos dábamos perfectamente cuenta, por los estudios que habíamos hecho, de que el pueblo judío tiene un carácter internacional y que la revolución no puede establecerse más que en un plano también internacional; que una solución total de este problema no se puede

obtener más que con la acción de todas las razas cristianas despertadas a la conciencia del peligro judío.

No teníamos, sin embargo, ni dinero ni ropas. Los camaradas me han procurado las ropas, y el ingeniero Grigore Bejan me prestó la suma de 8.000 leis, que habíamos de pagar mensualmente, contribuyendo cada uno con la medida de sus fuerzas.

Con esta cantidad he partido para Berlín, siendo acompañado a la estación por todos aquellos de quienes me separaba, y que permanecían en casa para continuar luchando.

Llegado a Berlín me han sido de mucha utilidad dos amigos, estudiantes también ellos, Balán y C. Zotta. Me he inscrito en la Universidad.

El día de la inscripción me he vestido con el traje nacional y me he presentado así en aquella solemnidad, en la cual el rector, según una antiquísima costumbre, estrecha la mano de todo nuevo inscrito.

En las salas de la Universidad he sido objeto de la curiosidad general por mi traje rumano.

Al lector de estas líneas interesarán especialmente dos cuestiones de la Alemania de 1922.

Una atiende a la situación general y al estado del movimiento antisemita.

Las heridas dejadas por la guerra recién terminada, y por la derrota, todavía sangraban. La miseria material se extendía igualmente sobre Berlín y sobre todo el resto del país; últimamente había sido también ocupado el valle del Ruhr, importante centro de riqueza. Asistí al hundimiento vertiginoso y catastrófico del marco. Falta de pan, falta de alimentos, falta de trabajo en los barrios obreros. Centenares de niños se acercaban a las gentes por las calles, pidiendo ayuda. La caída del marco echaba a la misma miseria también a la aristocracia alemana. Hombres que habían tenido dinero, en pocos días no tenían absolutamente nada. Los que tenían tierras o inmuebles y los vendían atraídos por el milagro de un gran precio, en pocas semanas se volvían pobres.

Los capitales judíos del país y del extranjero hacían negocios colosales. Con algunos centenares de dólares los detentadores de las divisas fuertes se hacían propietarios de gigantescos inmuebles de 50 departamentos cada uno. Los agentes recorrían las calles dando golpes formidables.

Partícipes de esta gran miseria eran también algunos extranjeros, entre los cuales me encontraba yo, que no tenía ni siquiera un céntimo. Los 8.000 leis con los cuales había venido, se habían terminado. Entonces empezó el hambre. Pero en medio de un sufrimiento general, también el sufrimiento es más suave. Siendo una naturaleza que no se pliega ante las dificultades, no me he adaptado a la miseria, sino que he intentado luchar con ella. He estudiado todas las posibilidades, y he decidido dedicarme al comercio. Me era necesario un capital pequeñísimo para procurarme productos alimenticios en provincias para llevarlos a Berlín, donde los revendía a los restaurantes. Este hecho me ha determinado a trasladarme la víspera de las fiestas a Jena, donde la vida era más barata. Me ha impresionado allí, en medio de tanta miseria en que se debatía el pueblo alemán, el espíritu de disciplina, la capacidad de trabajo, el sentido del deber, la corrección, la fuerza de resistencia y la fe en días mejores. Era un pueblo sano, veía que no se dejaba abatir y que tenía que resurgir, con fuerza insospechada, de entre todas las dificultades que le aplastaban.

EL MOVIMIENTO ANTISEMITA

Existían en Alemania diversas organizaciones políticas y doctrinarias antisemitas, con muchos periódicos, con manifiestos, con insignias, y todas, sin embargo, poco sólidas. Los estudiantes de Berlín y Jena estaban divididos en centenares de sociedades y existían poquísimos antisemitas. La masa estudiantil conocía vagamente el problema. De una acción estudiantil antisemita, o, mejor todavía, de una orientación doctrinal semejante a la de Iasi, no había ni que hablar. He tenido muchas discusiones en 1922 con los estudiantes de Berlín, que ciertamente hoy son hitleristas, y estoy orgulloso de haber sido su profesor de antisemitismo, llevando hasta ellos la verdad aprendida en Iasi.

De Adolf Hitler oí hablar por primera vez a mediados de octubre de 1922. Había ido al norte de Berlín, a casa de un obrero que fabricaba «svásticas» (cruces antisemitas), con el que había establecido buenas relaciones. Su nombre era Strumpf, y vivía en Saltzwedeler Strasse número 3. Él me dijo: «Se habla de un movimiento antisemita iniciado en Múnich por un joven pintor de treinta y seis años, Hitler. Me parece que esto es lo que esperábamos los alemanes».

La predicción de este trabajador se ha cumplido. Yo he quedado admirado de su poder de intuición, gracias al cual ha podido distinguir con la antena de su alma, ente millares de hombres, sin conocerlo, con diez años de anticipación, a aquel que triunfó en 1932, reuniendo bajo un solo mando a todo el pueblo alemán.

Siempre en Berlín, y aproximadamente hacia el mismo tiempo, he tenido noticias de la explosión fascista: la marcha sobre Roma y la victoria de Mussolini, de la que me he alegrado como de la victoria de mi patria. Existe un lazo de simpatía entre todos aquellos que en diversos lugares de la tierra sirven a su nación, como existe un lazo de simpatía entre todos los que trabajan en la destrucción de las naciones.

Mussolini, el héroe que aplastó al monstruo, estaba cortado por nuestro mismo patrón; por esto gentes de todo el mundo se lanzaban contra él amenazándoles de muerte. Para nosotros, los demás, él será un Lucifer luminoso que infunde esperanzas; será para nosotros la prueba de que la hidra puede ser vencida. Una prueba de nuestras posibilidades de victoria.

«Pero Mussolini no es antisemita. En vano os alegráis», murmuraba en nuestros oídos la prensa judía.

No se trata de por qué nos alegramos nosotros; se trata de por qué os inquietáis vosotros por su victoria si no es antisemita. ¿Cuál es entonces la razón de los ataques mundiales de la prensa judía contra él?

En Italia hay tantos judíos como ciangos en Rumania, en el valle del Seret. Un movimiento antisemita en Italia sería como si nosotros emprendiésemos un movimiento contra los ciangos[21]. Pero si Mussolini hubiera vivido en Rumania, no hubiera podido ser más que antisemita, porque el fascismo significa ante todo defensa de la nación de los peligros que la amenazan. Significa la supresión de este peligro, la apertura de una vía libre hacia la vida y la gloria de su nación.

En Rumania el fascismo no podía significar más que la eliminación del peligro que amenazaba al pueblo rumano, es decir, la eliminación del peligro judío y el caminar hacia la vida y la gloria a la que tienen derecho a aspirar todos los rumanos.

El judaísmo ha llegado a dominar el mundo a través de la masonería, y en Rusia a través del comunismo. Mussolini ha destruido en su patria estas dos cabezas judaicas que amenazaban de muerte a Italia: el comunismo y la masonería. Allí, el judaísmo fue erradicado a través de sus dos manifestaciones. En nuestro país, tendrá que ser erradicado a través de lo que tiene aquí: judíos, comunistas y masones.

Este pensamiento es el que oponemos nosotros, jóvenes rumanos en general, a los intentos judíos de ahogar nuestra alegría por la victoria de Mussolini.

[21] Ciangai. Pequeña población de Moldavia, de algunos millares de habitantes, en su mayoría católicos, con una pequeña parte de calvinistas.

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

10 de diciembre de 1922.

Me encontraba todavía en Jena, cuando un buen día fui sorprendido por la noticia de que todos los estudiantes rumanos de todas las Universidades se encontraban en huelga. Esta manifestación colectiva de la juventud rumana, no sospechada por nadie, ha sido una explosión volcánica nacida en la profundidad de la nación. Se ha manifestado primero en Cluj, en el corazón de aquel Ardeal que ha formado en posición de lucha siempre que la raza se ha encontrado en una situación difícil, para extenderse violenta y simultáneamente a todos los demás centros universitarios.

Efectivamente, el 3-4 de diciembre, en Bucarest, en Iasi, en Cernautzi, tienen lugar grandes manifestaciones por las calles. La clase estudiantil rumana está en pie en su totalidad, como en una hora de gran peligro. Por milésima vez esta raza, amenazada tantas veces en el transcurso de los siglos, lanza a sus juventudes de frente hacia el peligro para salvar su existencia. Un gran movimiento de electrización colectiva, sin preparación preliminar, sin discusiones en pro o en contra, sin decisiones tomadas en común, sin que ni siquiera los de Cluj conocieran a los de Iasi, de Cernautzi o de Bucarest. Un gran momento de iluminación colectiva, como la luz de un rayo en medio de una noche oscura, en la cual una juventud entera ve el camino de su vida y de su raza.

Esta línea pasa luminosa a lo largo de toda nuestra historia nacional y continúa virtualmente a lo largo de nuestro porvenir rumano, indicando el camino de la vida y del honor, por el cual debemos marchar nosotros y nuestros nietos si queremos la vida y el honor para nuestra raza.

Las generaciones pueden colocarse en esta línea, pueden acercarse o alejarse de ella, teniendo, por consiguiente, la posibilidad de dar a la raza desde el máximo de vida y honor al máximo deshonor y de vergüenza. Algunas veces se aferran a esta línea tan solo individuos aislados, abandonados por sus generaciones. En aquel momento ellos son la raza, ellos hablan en su nombre y con ellos están los millones de muertos y de mártires

del pasado y la vida del mañana de nuestra raza. Aquí no interesan las mayorías, ni aunque fueran del 99 por 100, sobre sus contrincantes. No son los pareceres de la mayoría los que determinan esta línea de vida de la raza. Ellos, la mayoría, pueden únicamente acercarse o alejarse de ella según su estado de conciencia, de virtud, de inconsciencia o de decadencia.

Nuestra estirpe no ha vivido por los millones de esclavos que han doblado el cuello bajo el yugo extranjero, sino por Horia[22], por Avram Iancu[23], por Tudor[24], por Iancu Jianu[25], por todos los «haiducs»[26] que no se han sometido al yugo extranjero, sino que se han colgado a los hombros el fusil y han

---

[22] Horia (1731-1785). Revolucionario rumano del Ardeal (Transilvania), que junto con Closca y Crisan se sublevó contra los húngaros. Hombre de gran prestigio, fu seguido por los motz. Sufrió la tortura de la rueda a manos de los húngaros. Simboliza el sacrificio por la liberación de los rumanos del yugo extranjero. El Movimiento legionario colocó a Horia entre sus conductores espirituales. Horia representa la agitación de los rumanos por la libertad. Fue cantado por los poetas, y Aron Cotrus, poeta transilvano (motz), le decía un célebre poema. El Movimiento legionario sigue la vida de Horia y aspira a vengarlo. Horia fue entregado por traición a los húngaros; castigando a Stelescu, el Movimiento legionario considera haber sancionado la traición y haber vengado a Horia.

[23] Avran Iancu (1848). Continuador de Horia, se sublevó contra los húngaros, organizando a los rumanos militarmente. Era llamado «El rey de los montes». Luchó encarnizadamente en los montes occidentales contra los húngaros, que fueron derrotados numerosas veces. El Emperador austrohúngaro no comprendió que Avran Iancu luchaba únicamente contra los húngaros. Derrotado, Avran Iancu enloqueció de dolor. Es considerado uno de los más grandes revolucionarios rumanos.

[24] Tudos Vladimirescu. Revolucionario olteno, se sublevó contra la dominación griega en 1821, los griegos, a través de los Principados griegos de Muntenia y Moldavia, oprimían y despojaban a los rumanos, que se encontraban reucidos a un deplorable estado de esclavitud. Los griegos luchaban por su independencia frente a los turcos y oprimían a los rumanos.

[25] Iancu Jianu. Gran «haiduc» de Oltenia, famoso por su amor a la Patria y su heroísmo. Era el terror de los griegos y de los albaneses (mercenarios de los griegos). Es considerado como un protector de la sublevación rumana contra los griegos y los demás extranjeros.

[26] Haiducs. Revolucionarios rumanos de la época de los Fanariotas. Se sublevaban en bandas y atacaban en las carreteras, o donde podían, a los extranjeros. Escondidos en los bosques, daban continuos golpes de mano. Eran amantes de los campesinos y de los pobres, a los que protegían; rumanos audaces, luchaban por la libertad, y eran famosos por su heroísmo. Fueron cantados por la poesía popular en las «doine» rumanas, en las cuales el «haiduc» apareció siempre como salvador del rumano contra los griegos rapaces.

subido por los senderos de los montes, llevando con ellos el honor y la llama de la libertad.

A través de ellos ha hablado la estirpe, y no a través de «mayorías» viles o «respetables».

Ellos vencen y mueren; es indiferente. Porque cuando mueren, la raza entera vive de su muerte y se honra con su honor. Ellos brillan en la Historia como imágenes de oro que encontrándose en las alturas son batidas en el crepúsculo por la luz del sol, mientras que sobre las bajas llanuras, aunque sean tan grandes y numerosas como se quiera, se extiende la oscuridad del olvido y de la muerte.

Perteneces a la historia nacional no los que vivieron o vencieron sacrificando la norma de vida de la raza, sino los que, tanto si vencen como si no, la mantienen.

Están predeterminados por la sabiduría de Dios; y su línea de conducta ha sido adivinada el 10 de diciembre por los estudiantes rumanos. En esto está el valor de la jornada: una juventud rumana entera ha visto la luz.

El 10 de diciembre los delegados de todos los Centros se reúnen en Bucarest, fijan en diez puntos lo que han creído que formaba la esencia de su movimiento y declaran la huelga general en todas las Universidades, pidiendo la realización de estos puntos. No es grande el 10 de diciembre por el valor de la formulación que se ha hecho entonces, según lo que han podido plasmar los delegados sobre la esencia de la verdad que atormentaba el alma de la juventud rumana. Es grande por el milagro del despertar de esta juventud, por la luz que su alma ha visto. Es importante como día de la decisión. De la decisión a la acción, por la declaración de la guerra santa, que exigirá a esta juventud rumana tanta presencia de ánimo, tanto heroísmo, tanta madurez, tanto sacrificio desconocido e ignorado, ¡tantas tumbas! El 10 de diciembre de 1922 llama a la juventud de esta tierra a su gran examen.

Ni los de Bucarest, ni yo, que estaba lejos; ni tampoco los demás, que eran casi estudiantes de Liceo, pero que hoy languidecen en prisiones profundas o duermen bajo la tierra, hemos creído que este día nos había de llevar a través de tanto peligro y nos había de procurar tantos golpes y tantas heridas en la lucha por la defensa de nuestro país.

En Bucarest, Cluj, Iasi y Cernautzi se producen formidables explosiones de las masas estudiantiles, que guiadas por su poder de intuición —y

puntualizo, no por sus jefes—, se dirigen hacia el enemigo. Hacen callar, en primer lugar, a la prensa judía, a Adevarul, Dimianeatza, Mantuirea, Opinia y Lumea, focos de infección moral, de envenenamiento y de desviación de los rumanos.

Se dirigen a ellos para destruirlos, pero también para llevar al pueblo hasta la primera línea enemiga, frente a la cual deberá encontrarse en guardia. Las manifestaciones contra la prensa significan: su declaración como enemiga de los intereses nacionales, y con esto el toque de atención a los rumanos para que no se dejen arrastrar por el error, seguir o guiar por la prensa escrita por judíos o por rumanos judaizantes.

Esta prensa ataca la idea religiosa de los rumanos, debilitando así la resistencia moral, para suspender su contacto con Dios.

Esta prensa disemina teorías antinacionales, debilitando la fe en la nación y arrancando a las multitudes de la tierra, del país, del amor hacia ella, tierra que en todos los tiempos ha sido la espuela que empujaba a la lucha y al sacrificio.

Esta prensa presenta falsamente nuestros intereses rumanos, desorientando o dirigiendo a los rumanos a la línea opuesta a los intereses nacionales.

Esta prensa levanta en alto la mediocridad de los hombres capaces de corrupción, para que los extranjeros puedan satisfacer sus interese, y disminuyen los valores morales, que no se prestarán jamás a ponerse al servicio del judaísmo y de los suyos.

Esta prensa envenena el alma de la raza, dando diaria y sistemáticamente publicidad a delitos sensacionales, a relatos inmorales, a los abortos y a las desventuras.

Esta prensa mata la verdad, sirve a la mentira con diabólica perseverancia y emplea la calumnia como arma de destrucción de los luchadores rumanos.

Por esto un rumano debe estar atento cuando lee un periódico judío, y debe ponerse en guardia contra cualquier palabra, que no se dice por casualidad, y debe buscar, descifrar el plan judaico con arreglo al cual ha sido escrita. Sobre estas cuestiones el movimiento estudiantil quiere atraer la atención de todos los rumanos cuando se dirige hacia las redacciones hebraicas, declarándolas enemigas del pueblo rumano.

He destacado que las explosiones formidables de las masas estudiantiles estaban guiadas por su poder de intuición, y no por sus jefes. Porque es fácil que uno dirija a algunos individuos hacia la casa de cualquiera para hacerle una demostración hostil; pero cuando las grandes multitudes se dirigen con hostilidad, por orden del instinto, contra alguien, este alguien queda condenado, sin ulterior recurso, como enemigo nacional.

«NUMERUS CLAUSUS»

Durante las luchas estudiantiles circula de boca en boa la fórmula del «Numerus Clausus». Pero no como una fórmula de salvación, porque las masas no dan fórmulas, sino que indican peligros.

Numerus Clausus significa que el gran peligro judío está en el número, especialmente en el número, que ya no podemos tolerar ni en las escuelas, ni en el comercio, ni en las industrias, ni en las profesiones liberales.

«Atención al número» quiere decir «Numerus Clausus», porque ese número sobrepasa nuestras fuerzas de resistencia nacional, y si no tomamos medios, moriremos como raza. Ese es el valor que tiene esta fórmula. O, si queréis, como medida de salvación, tiene el valor de una fórmula de urgencia, de un rápido socorro, necesario, pero totalmente insignificante para la curación de la enfermedad. «Numerus Clausus», en sí, significa la limitación de los judíos en las escuelas, en las profesiones liberales, etc. Pero ¿hasta qué número ha de llegar esta limitación? Hasta la proporción entre el número de todos los judíos y el de rumanos en el territorio de Rumania. Es decir, si en Rumania hay quince millones de rumanos y tres millones de judíos, la proporción es de 20 por 100, y según la fórmula «Numerus Clausus», los judíos deben ser admitidos en las escuelas, en la medicina, en el foro, etc., en la proporción del 20 por 100.

Numerus Clausus significa la limitación del número de los judíos hasta lograr la proporción entre su número y el número total de rumanos.

Numerus Clausus es tan solo una fórmula de distribución de los judíos en el seno de la nación, pero no una fórmula de solución del problema.

Esta fórmula no resuelve casi nada, porque se ocupa de respetar la proporcionalidad, pero no ataca a la proporción en sí misma. Los judíos son tres millones, y quedan tres millones. Sobre todo no se ocupa de las causas

de esta proporción, y no indica los medios con los cuales se podría disminuir; es decir, no lleva en si las medidas necesarias para resolver el problema israelita.

EL PROBLEMA JUDÍO

El número de los judíos

El gran número de judíos plantea una serie de problemas:
1° El problema de la tierra rumana.
2°El problema de las ciudades.
3° El problema de la cultura nacional.

Todo esto está impecablemente tratado por el profesor A.C Cuza en sus escritos: «La población», «Nacionalidad y Arte», «Artículos», «Discursos parlamentarios» y «Curso de Economía política».

Lo que sostengo más adelante pertenece esencialmente al pensamiento del profesor Cuza.

El número de judíos en Rumania no se conoce exactamente. Porque las estadísticas intentadas han sido hechas con la mayor falta de interés por parte de los políticos rumanos, a fin de ocultar su obra de traición nacional, y porque los judíos rehúyen la verdad de las estadísticas. Un proverbio dice: «El judío vive de la mentira y muere al contacto de la verdad». Por otra parte, durante mucho tiempo el director de Estadística del Estado en el Ministerio de Finanzas era León Colescu (léase León Coler).

Y han triunfado hasta cierto punto en sus propósitos, porque los rumanos, puestos ante el número exacto de la población judía, se darían cuenta de que se encuentran frente a un verdadero peligro nacional, y se sublevarían para defender su patria. Por consiguiente, frente a la verdad de la estadística, la potencia judía se apaga y muere. No puede vencer si no es mediante la disimulación de la verdad y mediante su falsificación, es decir, mediante la mentira.

Creemos que hay en Rumania de dos millones a dos millones y medio de judíos. Pero incluso aunque no hubiera más que un millón, como sostienen ellos, el pueblo rumano se encontraría frente a un peligro mortal.

Porque no interesa tan sólo el número en sí mismo, la cantidad, sino también la calidad de aquellos que lo constituyen; y especialmente interesa la posición que ocupan los judíos en la estructura funcional de un Estado y en la vida, bajo todas las formas, de una nación.

Nuestra tierra ha sido la tierra de las invasiones. No ha conocido, sin embargo, jamás, en el curso de la Historia, un ejército que haya llegado al formidable número de los judíos de hoy. Las invasiones pasaban sobre nosotros e iban más allá. Los invasores de hoy no se van. Se establecen aquí, sobre nuestra tierra, en un número jamás registrado hasta hoy, y se pegan como roña al cuerpo de la nación.

¿Cuándo empieza la invasión de los judíos? En torno a 1800 encontramos apenas algunos millares en toda Moldavia. En 1821, había 120 familias en Bucarest.

Esta tardía sistematización sobre nuestra tierra se debe al hecho de que los judíos se han ocupado siempre del comercio. Ahora bien: el comercio, para poderse desarrollar, exige la libertad y la seguridad en su ejercicio.

Sobre la tierra rumana, faltando estas dos condiciones; faltaba la libertad de explotar el suelo rumano, y, por consiguiente, la perspectiva de un comercio mayor; y especialmente faltaba la seguridad. La tierra rumana ha sido la tierra más insegura del mundo. No tenía el campesino rumano la seguridad de su casa, de su ganado, de su trabajo y de la recolección durante un año. Lugar de invasiones y de luchas, teatro de guerras sin fin durante siglos, frecuentemente seguidas por dominaciones extranjeras con sangrientos y pesados impuestos.

¿Qué podían buscar en esta tierra los judíos? Batirse con los hunos, con los tártaros, con los turcos.

La invasión judía empieza hace apenas cien años. Como consecuencia de la paz de Adrianópolis (1829), se afirma la libertad de comercio, y al mismo tiempo empiezan a entreverse los horizontes de una vida más tranquila; desde entonces empiezan las invasiones, que crecieron año por año sobre los rumanos, y especialmente sobre la Moldavia, agotándonos económicamente, aniquilándonos moralmente y amenazándonos de muerte.

En 1848, los comerciantes y los industriales moldavos empezaron a reclamar ante el Príncipe Mihail Sturza[27], pidiendo medidas contra los comerciantes judíos y contra la concurrencia desleal que practicaban.

Desde entonces la invasión ha crecido continuamente. Casi no está bien empleado el término invasión, porque esto presupone la idea de violencia y valor moral y físico. Infiltración judía es el término más apropiado, ya que comprende mejor la idea de introducción furtiva, de penetración vil y pérfida. Porque no es poca cosa robar la tierra y la riqueza a una raza, sin justificar, por lo menos con la lucha, afrontando el peligro, con gran sacrificio, la conquista hecha.

Los judíos han acaparado poco a poco el pequeño comercio y la pequeña industria rumana. Después han atacado con la misma maniobra fraudulenta el comercio y la gran industria, y así se han adueñado de todas las ciudades de la mitad Norte del país. El ataque a la clase media rumana ha sido dado con pretensión que se encuentra solamente en algunos insectos de presa, que, para paralizar al adversario, le clavan su aguijón en la espina dorsal.

No podía darse un punto de ataque mejor elegido. La clase media, atacada con éxito, significa la rotura en dos de la raza rumana.

Es la única clase que tiene un doble contacto: hacia abajo con la campesina, sobre la cual está sobrepuesta, ejercitando sobre ella un poder de autoridad, tanto por el estado económico mejor, como por su cultura.

Hacia arriba con la dirigente, que sostiene con sus espaldas.

El asalto victorioso a la clase media, es decir, su destrucción, arrastra como consecuencia fatal, sin esfuerzo por parte de los asaltantes:

a) El hundimiento de la clase dirigente.

b) La imposibilidad de que se rehaga.

c) El embrutecimiento, la destrucción y la esclavitud de la clase campesina.

En último análisis, el asalto judío a la clase media rumana tiende a esto: la muerte.

La desaparición del pueblo rumano no significa la muerte de todos, hasta el último rumano, como imaginan algunos; esta muerte significa vida en

[27] Mihail Sturza. Señor de Moldavia, contemporáneo de Mihail Kogalniceanu, al que ayudó. Fundó la Academia Mihaileana.

esclavitud, la reducción a la situación de vida de los esclavos de algunos millones de campesinos rumanos, que trabajarán para los judíos.

He aquí la constatación del profesor Nicola Iorga, en relación con el número de los judíos y su establecimiento entre nosotros. El profesor Iorga, en su «Historia de los hebreos en nuestros países», expuesta en la Academia rumana en la sesión del 13 de septiembre de 1913, exponiendo esta cuestión, entre otras cosas, puntualizaba lo siguiente:

En Neamtz, algunos hebreos se establecían uno junto a otro en tierras del Monasterio, entre 1746 y 1766 (pág. 18).

En Botosani, ninguna disposición, ni siquiera la del 1757, recuerda a los hebreos entre los habitantes de la ciudad (página 17).

Algunos hebreos aparecen en Suceava como arrendatarios de los terrenos de la Iglesia Metropolitana, y otros, como pequeños comerciantes en Ocna, Harlau, Siretiu, Galatzi y Barlad (pág. 10), y después en Román, donde en 1741 no existían más que moldavos y armenios, y en Targul Frumos, donde en 1755 se recuerdan «dos hosterías» y el arrendamiento hebreo, que se encuentra en las aldeas (págs. 17 y 18).

En Bucovina, en torno a la anexión de 1775:

En estas regiones de Cernautzi y de Campu Lung, a las cuales se había agregado aparte del territorio de Hotin y de Suceava (en todas estas regiones), no había más que 206 familias hebreas antes de la dominación imperial.

En 1775 habían llegado a ser, por afluencia de la Galitzia, de 700 a 800 familias.

El primer Gobernador del país, el general Ensenber, constata que ellos se colocan en primer lugar como hosteleros, con vino, aguardiente y cerveza...

Son, dice el periódico, «la raza más profundamente corrompida, entregada al ocio, que se nutre, sin ser molestada demasiado, del sudor de los cristianos trabajadores».

Una comisión que funcionaba en 1781 demuestra que: «Aquí, en el país, los hebreos acostumbran a comprar anticipadamente al campesino el pollito en el huevo, la miel en la flor y el cordero en el vientre de su madre a un precio pequeño, y con esta usura explotan totalmente a los habitantes y los llevan a la miseria de tal manera que el campesino así gravado por las

deudas, incluso para el porvenir, no encuentra otro medio de salvación que huir del país».

Vemos, pues, en el mapa de este país (Moldavia) a los señores, especialmente a Contantin Moruzzi, defenderse desesperadamente contra ellos.

... Habiendo sido ofrecida a Ensenberg, por los «cahal», una suscripción de 500 ducados al año para que tolerase este viejo estado de cosas, se intentó también la corrupción del señor, pero éste rechazó el dinero antes que exponer al país a la ruina total (pág. 20).

Una pregunta: ¿Cuánto dan hoy los «cahal» a los gobernantes rumanos?

Y más tarde, hacia 1840-48, he aquí lo que constata el profesor Iorga:

«Por decenas se cuentan estos locales de explotación y de depravación, hostería tras hostería, con sus botellas de aguardiente de patata y otros venenos en todo el territorio de la Moldavia, depauperando una raza al mantener en ellos los vicios civilizados de la clase dominante» (pág. 48).

Y escribe todavía el profesor Iorga:

«Sin embargo, la intromisión extranjera, nutrida por elementos hebreos del país, no se corta. En 1878 pusieron condiciones al reconocimiento de la independencia, ganada por el sacrificio y sangre del país, y acumularon humillaciones sobre la Rumania independiente, que no podía reducirse, dando políticamente la mitad de sí misma a los hebreos moldavos..., y así, de la misma manera que Kogalniceanu había defendido a las aldeas del alcohol y de la usura hebrea, Maiorescu[28] defiende la dignidad de Rumania del insulto de la aceptación de los extranjeros por voluntad de los extranjeros...» (pág. 39).

[28] Titu Maiorescu (1840-1917). Uno de los más grandes críticos rumanos. Limpió la literatura rumana de escritores sin talento y de obras sin valor, indicando las verdaderas obras del genio nacional.
Cursó estudios en el extranjero, en Viena, París y Berlín, especializándose en Derecho y Filosofía. Todavía muy joven, fue nombrado profesor de la Universidad de Iasi. En las revistas Junimea y Convorbiri literare se ocupó especialmente de crítica literaria. Titu Maiorescu contribuyó en gran medida a la formación del idioma, infecto de barbarismo y neologismos. Su obra crítica fue publicada en varios volúmenes.

* * *

He reproducido todo esto para establecer, según una grande, reconocida e incontestada autoridad científica, la iniciación del establecimiento de los judíos sobre la tierra rumana.

El problema de la tierra rumana

Es imposible que una raza cualquiera, aunque sea una tribu de salvajes, no se plantee con dolor desgarrador el problema de su tierra frente a una invasión extranjera.

Todas las razas del mundo, desde el comienzo de la Historia hasta hoy, han defendido la tierra de su patria. La historia de todos los pueblos, como igualmente la historia rumana, está llena de luchas para defender la tierra. ¿Se puede considerar una anomalía, un estado morboso, el nuestro, de la juventud rumana, por el hecho de que nos sublevemos para defender nuestra tierra amenazada? ¡O sería anomalía no defenderla cuando la vemos en peligro? Anomalía es no defenderse, es decir, no hacer lo que todas las razas han hecho y hacen. Anomalía y estado morboso es ponernos en contradicción con todo el mundo y con toda nuestra historia.

¿Por qué, si no, todas las razas han luchado, luchan y lucharán siempre para la defensa de su tierra? La tierra es la base de la existencia de la nación. La nación está como un árbol, con sus raíces clavadas en la tierra de la patria, de la cual extrae el alimento y la vida; no existe raza que pueda vivir sin tierra, como no existe árbol que viva suspendido del arie. Una nación que no tiene su tierra, no puede vivir si no se establece sobre la tierra de otra nación y sobre el cuerpo de esta, absorbiendo su vigor vital.

Hay leyes creadas por Dios que regulan la vida de los pueblos. Una de estas leyes es la ley del territorio. Dios ha dado un territorio determinado a todo pueblo para que viva, crezca, se desarrolle y pueda crear sobre él su propia cultura.

El problema judío en Rumania, como en cualquier otro lugar, consiste en la violación, por parte de los judíos, de esta ley natural del territorio. Han violado nuestro territorio; ellos infringen la ley, y no soy yo, no es el pueblo rumano el que está llamado a soportar las consecuencias de su infracción. La

lógica más elemental nos dice que el infractor debe soportar las consecuencias de la infracción cometida. ¿Sufrirán? No tienen otra cosa que hacer; todos los infractores sufren, y no hay lógica que diga que yo debo morir por la infracción cometida por los demás. Por consiguiente, el problema judío no nace del odio de raza, sino que nace de un delito cometido por los judíos frente a las leyes y el orden natural, con arreglo al cual viven todos los pueblos del mundo. ¿Solución del problema judío? Hela aquí: Que vuelva el delincuente a entrar en este orden natural y que respete la legalidad natural.

Pero también las leyes del país prohíben la invasión judaica. El artículo 3° de la Constitución dice: «El territorio de Rumania no puede ser colonizado por población de raza extranjera». ¿Qué significa sino colonización el hecho de la instalación de dos millones de judíos sobre el territorio rumano? Pero este territorio es propiedad inalienable e imprescriptible del pueblo rumano, y, según se ha escrito, el pueblo rumano, no dentro de cincuenta, no dentro de cien años, sino también dentro de millares de años, reivindicará su derecho sobre esta tierra, de la misma manera que ha conquistado las poblaciones de Transilvania, después de mil años de dominación magiar.

Nosotros y nuestra tierra

Todos los pueblos en torno a nosotros han venido de laguna parte y se han establecido sobre la tierra en que viven. La Historia nos de las fechas precisas de la llegada de los búlgaros, de los turcos, de los magiares, etc. Una sola raza no ha llegado de ningún sitio. Esa somos nosotros. Hemos nacido aquí, en la noche del tiempo, sobre esta tierra, junto a las encinas y los abetos. A ella estamos ligados, no solamente por el pan y la existencia que nos da si la trabajamos duramente, sino también por los huesos de los antepasados que duermen bajo ella. Todos nuestros padres están aquí. Todos nuestros recuerdos, toda nuestra gloria guerrera, toda nuestra historia, están aquí, sepultados en esta misma tierra.

Aquí está Sarmisegetuza, con las cenizas del rey Decébalo[29], el inmortal, porque quien sabe morir cono Decébalo, no nuere jamás.

Aquí reposan musciatinos[30] y besarabos[31]; aquí, en el Puente Alto, en Razboeni, Suceava, Baia, Hotin, Saroca, Tighina, Cetatea Alba, Chilía, duermen los rumanos caídos en las batallas, nobles y campesinos, numerosos como las hojas o como la hierba.

En Posada, en Calugareni, en Olt, en Jiu, en Cerna y en Turda. En los montes de los infelices y olvidados «motz» de Vidra[32], hasta Huedin y hasta Alba Iulia, el lugar de tortura de Horia y de sus hermanos de armas, no hay más que restos de batallas y tumbas de héroes.

En todos los Cárpatos, desde los montes Oltenos a Dragoslave, y en Predeal, Oituz y Vatra Dornei, en las crestas o en el fondo de los valles, en todas partes, han corrido olas de sangre rumana. Frecuentemente, a la media noche, en las horas graves para la raza, sentimos la voz de la tierra rumana que nos exhorta a la lucha.

Pregunto y espero respuesta: ¿Con qué derecho quieren los judíos robarnos esta tierra? ¿Sobre qué base histórica fundan sus pretensiones y, sobre todo, la insolencia con que se colocan frente a nosotros, rumanos, aquí en nuestra casa?

Estamos liados a esta tierra por los millones de muertos y por millones de hilos invisibles que sólo nuestra alma siente, y ¡ay de aquellos que intenten separarnos de ella!

---

[29] Decébalo. Rey dacio, logró reunir a todos los dacios en un solo país. Combatió contra el Emperador Trajano, por el cual fue vencido con grandes dificultades. Prefirió morir antes que rendirse. Decebal simboliza el heroísmo sin igual y el desprecio a la muerte.

[30] Musatinos. Familia reinante de Moldavia. Ha dado a los Príncipes Pedro, Esteban y Alejandro.

[31] Besarab. Otra familia real de Muntenia, que ha dado una serie de Príncipes como Alejandro Basarab, Mircea el Grande, etc.
Estas familias son recordadas por los Príncipes que han dado, que fueron en su mayor parte valerosos y amantes de la raza rumana.

[32] Motz Din Vidra. Rumanos de los montes occidentales. Son famosos por la fiereza con que han resistido y luchado contra los húngaros, que querían desnacionalizarlos.
Se rebelaron contra los húngaros, teniendo como jefes a Abran Iancu, Horia, Closca y Crisan. Actualmente viven miserablemente, y sus bienes se encuentra en manos de judíos.

El problema de las ciudades

En el ámbito de esta tierra rumana los judíos, sin embargo, no se han establecido en cualquier sitio, al acaso. Han acampado en las ciudades, formando en ellas verdaderos islotes de población israelita compacta.

Al principio han sido invadidas y conquistadas las ciudades y las aldeas del Norte de la Moldavia: Cernautzi, Hotin, Suceava, Dorohoi, Botosani, Saroca, Burdufeni, Itzcani, Briceni, Secureni, etc.

Frente a ello han desaparecido los comerciantes y los artesanos rumanos; hoy una calle, mañana otra, pasado un barrio, en menos de cien años los centros rumanos de antiguo renombre han perdido rotalmente su carácter rumano, tomando el aspecto de verdaderos centros israelitas.

Rápidamente han caído también las otras ciudades moldavas: Roman, Piatra, Falti ceni, Becau, Vaslui, Barlad, Husi, Tecuci, Galatzi, Iasi, segudna capital de la Moldavia, desde el momento en que nuestra antiquísima Suceava ha sido transformada pura y simplemente en un sucio nido judío que circunda las desgraciadas y gloriosas ruinas de la fortaleza de Esteban el Grande.

En Iasi se recorren calles y barrios enteros y no se encuentra ni siquiera un rumano, ni siquiera una casa rumana, ni siquiera un comercio rumano. Las gentes pasan al lado de grandes iglesias en ruina y en la miseria: la Iglesia de los curtidores, hecha por los artesanos del cuero; la iglesia de los silleros, hecha por los silleros rumanos. Todo ruinas; no hay ya en la gran Iasi ni siquiera un sillero rumano, ni siquiera un trabajador del cuero rumano. La iglesia de San Nicolás el Pobre, de la vieja aristocracia moldava, se ha hundido hasta sus cimientos. Y sobre las tumbas, alrededor de ellas, las tiendas judías echan hoy el agua de lavar los platos, las barreduras y los desperdicios.

La iglesia de la Plaza Grande, donde hay mayor aglomeración de hombres, está cerrada por falta de feligreses. La aglomeración de personas está constituida solo por población israelita.

En la calle Lapusneanu gime de dolor el palacio principesco de Cuza Voda, transformado en Banco judío. En su ex jardín se levanta un teatro judío, y los extranjeros pisotean lo más santo que tenemos. Nuestros corazones gimen de dolor. Nos preguntamos nosotros, muchachos

espiritualmente destrozados: ¿Cómo es posible que se hayan encontrado rumanos que se comportasen tan hostilmente a su raza? ¿Cómo se han podido encontrar tantos traidores? ¿Cómo no han sido llevados todos al paredón o quemados vivos en el momento de su traición? ¿Cómo se adaptan todos? ¿Cómo nos adaptamos nosotros? Son problemas de conciencia que agitan nuestra alma y nos turban la vida. Sabemos que de ninguna manera podremos volver a la tranquilidad sino en las luchas, en los sufrimientos o en la tumba. Nuestro silencio nos cubre de vileza, y cada minuto de retraso parece que nos mata.

No hablemos de las ciudades y de las aldeas de Besarabia, que son como llagas abiertas en el cuerpo agotado del país. No hablemos de Maramures, donde los rumanos, llegados al estado de esclavitud, mueren por días. No hay palabras para poder describr la gran tragedia de Maramures.

Pero el daño se ha extendido como un cáncer, ha alcanzado Ramnicul Sarat, ha alcanzado Buzau, ha alcanzado Ploesti y ha penetrado en la capital del país.

En quince años ha caído Vacaresti, antiguo barrio rumano; ha caído totalmente Dudesti y han caído los comerciantes rumanos de la calle Grivitza. Mueren, sustituidos por los judíos, los renombrados comerciantes del Obor, y ha caído Cales Victoriei (calle de la Victoria). Esta no es hoy más que una verdadera calle de la «derrota rumana», ya que los tres cuartos de las propiedades de la calle de la Victoira son propiedad judía. Desde hace años han penetrado en Oltenia y en la Craiovia de Mihail Viteazul; han entrado en Ramnicu Valcea, han entrado en Severin, bajo la protección de los políticos rumanes que, bien pagados, pretenden que no existe el problema israelita. A estos políticos, cuya traición frente a la raza es tan horrible, si viven para entonces, la estirpe, el día de su triunfo, deberá arrancarles los ojos, y si están muertos, deberían sacar los huesos de sus tumbas para quemarlos en la plaza pública. Sus hijos y sus nietos deberán ser perseguidos por la raza en sus bienes, confiscándoselos y estigmatizándolos con el epíteto de hijos de traidores.

La pérdida de nuestras ciudades rumanas tiene consecuencias destructoras para nosotros, porque las ciudades son los centros económicos de una nación. En ellas se acumula toda la riqueza de la nación, de modo

que quien es amo de las ciudades es amo de los medios de resistencia, de la riqueza de la nación.

¿Que es para nosotros absolutamente indiferente cuáles sean los dueños de la riqueza nacional, nosotros o los judíos? A ninguna raza del mundo puede serle indiferente una cosa como ésta. Porque una población aumenta y se desarrolla en los límites de los medios de resistencia de los cuales dispone.

Cuanto menores sean estos medios, tanto menores serán las posibilidades de aumento y de desarrollo de la población respectiva, y viceversa (esta verdad, sobre las leyes de población, ha sido examinada por todos los economistas y formulada innegablemente por el profesor Cuza).

El paso de la riqueza de las manos de los rumanos a las de los judíos no significa tan solo la sumisión económica de los rumanos, ni siquiera tan solo la sumisión política —porque quien no tiene libertad de economía no tiene libertad política—; significa más todavía: un peligro nacional que tritura nuestras propias fuerzas como número. En la misma medida en la que nos desaparezcan los medios de resistencia, nosotros, rumanos, nos extinguiremos en nuestra tierra, dejando nuestros restos en manos de la población israelita, cuyo número crece cada día que pasa a causa de las invasiones externas o por la del acaparamiento de los medios de nuestra resistencia y nuestra riqueza.

Las ciudades son, en segundo lugar, los centros culturales de una nación. En las ciudades están situadas las escuelas, las bibliotecas, los teatros, las salas de conferencias, todo al alcance de las manos de los ciudadanos.

Una familia israelita puede mantener fácilmente a todos sus hijos estudiando. La familia de un campesino rumano de quién sabe qué aldea encerrada lejos de la ciudad, raramente puede mantener a un solo hijo en la escuela hasta el final. Y en este caso están completamente al cabo de sus fuerzas y de sus posibilidades, tanto que pone en peligro la existencia de los otros cuatro o cinco hijos que quedan en casa. Consecuentemente, quien posee las ciudades, posee la posibilidad de dedicarse a la cultura. Y no solo esto; en las ciudades y en las escuelas, una nación cumple su misión cultural en el mundo. ¿Cómo es posible que los rumanos puedan cumplir su misión cultural con voces, con almas, con corazones y con cerebros israelitas?

Finalmente, las ciudades son los centros políticos de una nación; desde las cuidades se gobierna la nación; quien es amo de las ciudades tiene directa o indirectamente la dirección política del país.

¿Qué le queda al país fuera de las ciudades? Una multitud de algunos millones de campesinos sin medios de existencia humana, agitados y empobrecidos, sin cultura, envenenados por la bebida y guiados por los judíos enriquecidos, hechos amos de las ciudades rumanas o de rumanos (prefectos, síndicos, cuestores, gendarmes y ministros), que solo formalmente gobiernan, porque no son otra cosa que humildes ejecutores de los planes judaicos. A estos, la fuerza económica judaica los sostiene, los adula, les hace reglaos, les coarta en los consejos administrativos, les paga mensualmente.

Excita su necesidad de dinero, empujándoles al lujo y al vicio, y cuando no se someten a los puntos de vista israelitas, son pura y simplemente mandados a paseo, aunque sean ministros; se les suprimen las subvenciones y los sueldos, se les echan en cara todos los negocios deshonestos realizados junto con ellos, para comprometerlos. He aquí lo que queda de esta patria rumana: una clase dirigente sin honor, una población de campesinos sin libertad y todos los hijos de los rumanos sin patria y sin porvenir.

El problema de la escuela rumana

Los que son dueños de las ciudades, son dueños de las escuelas, y quien es dueño de las escuelas, mañana es dueño del país. He aquí algunas estadísticas de 1920:

La situación de la Universidad de Cernautzi:

Facultad de Filosofía:

Semestre de verano: rumanos, 174; hebreos, 574.

Según la religión, en la Facultad de Leyes, en la misma ciudad y semestre, 237 ortodoxos (rumanos y rutenos), 98 católicos, 26 luteranos; otras religiones, 31, y hebreos 506. (De la situación demográfica de Rumania, de Ern. Vasiliu, Cluj, pág. 84).

En Besarabia

Enseñanza primaria rural:
Varones: 72.889 rumanos, 1.974 extranjeros cristianos, 1.281 hebreos.
Hembras: 27.555 rumanas, 1382 extranjeras cristianas, 2.147 hebreas.
Enseñanza urbana primaria:
Varones: 66.385 rumanos, 2.435 extranjeros, de los cuales 1.351 hebreos.
Hembras: 5.501 rumanas, 2.435 extranjeras, de las cuales 2.400 hebreas.
Escuelas secundarias y profesionales: 1.535 ortodoxos, 1.341 hebreos (Op. Cti., 84-85).

En el Viejo Reino, Liceo de Bacán: 363 rumanos y 198 hebreos; Liceo de Botosani: 229 rumanos y 127 hebros; Liceo femenino de Botosani: 155 rumanas y 173 hebreas; Liceo de Dorohoi: 177 rumanos y 167 hebreos; Liceo de Falticeni: 152 rumanos y 100 hebreos; Liceo Nacional de Iasi: 292 rumanos y 201 hebreos; Escuela de Alejandro el Bueno en Iasi: 93 rumanos y 215 hebreos; Escuela de Esteban el Grande: 94 rumanos y 120 hebreos; Liceo de Román: 256 rumanos y 157 hebreos; Liceo de Piatra Neamtz: 347 rumanos contra 179 hebreos.

Escuelas privadas: En Bucarest: 441 rumanos y 781 hebreos; en Iasi: 37 rumanos y 108 hebreos: en Galatzi: 190 rumanos y 199 hebreos. (Op. Cit., 85-87).

La situación en la Universidad de Iasi

Facultad de Medicina: rumanos, 546; hebreos, 831.
Facultad de Farmacia: rumanos 97; hebreos, 299.
Facultad de Letras: rumanos, 351; hebreos, 100.
Facultad de Ciencias: rumanos, 722; hebreos, 321.
Facultad de Leyes: rumanos, 1.743; hebreos, 170.
(Op. Cit., 87-88)

La escuela rumana, destruida de este modo por el gran número de hebreos, hace nacer dos problemas graves:

1° El problema de la clase dirigente rumana, porque la escuela crea los jefes de mañana de la raza, no solamente los jefes políticos, sino todos los jefes de cada campo y actividad.

2° El problema de la cultura nacional, porque la escuela es el laboratorio en el cual se prepara la cultura de un pueblo.

Para subrayar la tragedia de esta escuela rumana, invadida por los hebreos, encuentro especialmente importante citar la dolorosa constatación hecha por uno de los más ilustres pedagogos de nuestra nación, el profesor Ion Gavanescul, de la Universidad de Iasi, que dice lo siguiente:

«No queremos volver a ver el espectáculo que ofrece el Liceo Nacional de Iasi, donde la mayoría aplastante de los alumnos está constituida por elementos hebreos. Los pocos alumnos rumanos se sienten extranjeros; en los intervalos entre clase y clase están apartados, aburridos y acobardados por los rincones. Son la minoría tolerada».

«Los mayoritarios viven aparte, hablan entre ellos de sus ocupaciones, de sus juegos, de sus soiedades Macaby, Hocoah, Macoah, etc., de sus diversiones y de sus conferencias, de sus deportes y de sus planes de trabajo. Y cuando quieren precaverse de la indiscreción de los rumanos, hablan quedadamente entre ellos, o hablan en hebreo».

«¡Pobres profesores rumanos, frente a tales alumnos! Pienso involuntariamente en la gallina que ha incubado huevos de pato. Mirarla cómo está cloqueando, asustada, en la orilla del lago, cómo llama con desesperación a los pollitos, hijos suyos de otra especia, que han saltado al agua y se dejan resbalar locos de contento para pasar a la otra orilla, donde ella no les puede seguir».

«¿Qué escuela de nacionalismo puede hacerse con tales elementos? ¿Puedes hablar, si sientes en ti la llama del patriotismo, de las aspiraciones, de los ideales rumanos? ¿Puedes solamente abrir la boca? Se te aprietan las mandíbulas y se te hielan las palabras sobre los labios».

«El gran Kogalniceanu, antes tales bancos ocupados por escolares extranjeros, ¿Hubiera podido pronunciar su célebre discurso de introducción a la historia de los rumanos, que ha pronunciado precisamente en aquellos lugares en los cuales hoy el Liceo Nacional rumano se ha convertido en Liceo "nacional" hebreo?».

«Se le habría apagado la inspiración, que arranca fuerzas de la simpatía, de los ojos brillantes de comprensión y de fe». (I. Gavanescul: *El imperativo del momento histórico*, página 67).

Y todavía más:

«¿Cuándo se ha visto jamás en Inglaterra, en Francia, en Italia, una escuela de cualquier grado en la cual el número preponderante de los escolares pertenezca a una raza distinta de aquella que constituye la población de origen del país que ha fundado el Estado nacional respectivo? ¿Se puede tolerar, por ejemplo, que una Faultad de Leyes de una Universidad inglesa haya 547 hebreos y 234 ingleses, como es la proporción entre hebreos y rumanos en la Universidad de Cernautzi en el año 1920? ¡O que en una Facultad de Filosofía en Italia haya 574 hebreos y 174 italianos, que es la proporción entre hebreos y rumanos en la misma Universidad de Cernautzi? ¿Son estas relaciones normales? ¿No son monstruosidades de biología étnica, inadmisibles e inconcebibles? ¿No son una señal de inconsciencia criminal de la clase dirigente y responsable de la raza rumana?» (I. Gavanescul: Op. cit.).

El problema de la clase dirigente rumana

¿Quiénes son hoy los alumnos y los estudiantes? Pues los alumnos y estudiantes de hoy son los profesores, los médicos, los ingenieros, los magistrados, los abogados, los prefectos, los diputados y los ministros de mañana; en una palabra, los dirigentes de mañana de la raza de todos los campos y actividades.

Si los alumnos de hoy son en su 50%, 60% o 70% judíos, tendremos un 50%, 60%, 70% de dirigentes judíos para esta raza rumana.

¿Se puede todavía plantear el problema de si una raza tiene el derecho a limitar el número de extranjeros en sus Universidades? He aquí lo que responde a esta pregunta el Boletín de la Universidad de Harvard, citada por el profesor Cuza en el Numerus Clausus, pág. 11, Morris Gray, ex estudiante de esta Universidad, promoción de 1906, estudiando el problema judío de aquel país:

«Ante todo, ¿Cuál es la función de una Universidad? ¿Cuáles son sus deberes?».

«Si su deber es un deber hacia el individuo, la admisión debe estar basada de una manera franca en los manifiestos sobre los principios democráticos. Todo candidato debe ser admitido con la condición de superar los exámenes de admisión y pagar el primer plazo de las lecciones escolares. Y esto sin

investigaciones sobre la personalidad del candidato ni sobre las posibilidades latentes de progreso, de eminencia o de utilidad para sí o para los demás».

«Si, por el contrario, el deber de la Universidad es deber hacia la nación, su actitud, por lo que se refiere a la admisión de estudiantes, deber fundarse naturalmente sobre un principio distinto».

«A mi parecer, el deber de una Universidad es formar hombres en los diversos campos del pensamiento de modo que una parte de ellos puedan llegar a ser los jefes en sus respectivos dominios y a rendir servicio a la nación».

He aquí, por tanto, un principio bien establecido. El profesor Cuza añade:

«El deber de la Universidad se plantea hacia la nación, para lo cual debe preparar en todos los campos a los jefes que no pueden ser más que nacionales».

«Puesto que creo que no se admitirá que una nación forme jefes extranjeros en las Universidades».

De cuanto he expuesto más arriba se puede adivinar el gran problema de la clase dirigente rumana de mañana.

Queda una verdad bien establecida: Rumania debe ser gobernada por rumanos.

¿Hay alguien que sostenga que Rumania debe ser gobernada por judíos? Si esto no ocurre, es preciso admitir que los estudiantes rumanos tienen razón y que todas las campañas, injurias, infamias, investigaciones, tramas e injusticias que se echan y que se echarán sobre esta juventud rumana encuentran su explicación en la guerra que los judíos llevan a cabo para exterminio de los rumanos y de sus luchadores.

El problema de la cultura nacional

Una raza que se plantea este problema, el más grave entre todos, es como un árbol que se plantee el problema de sus frutos.

Cuando viese que a causa de la invasión de las orugas no puede cumplir su misión en el mundo, no puede fructificar, entonces se plantearía el más grave de los problemas, el problema mismo de la vida, porque ver destruida la finalidad de la vida sería más doloroso para él que si se le destruyese la

vida misma. Los más grandes dolores son los que resultan de la conciencia terrible de la inutilidad de la vida.

¡Es terrible! ¿Es que nosotros, pueblo rumano, no podemos ya dar nuestro fruto? ¿No tenemos quizá una cultura rumana, nuestra, de nuestra raza y de nuestra sangre, que resplandezca en el mundo al lado de los demás frutos de las demás razas? ¿Nos encontramos quizá condenados hoy a presentarnos ante el mundo con productos de esencia extranjera?

Hoy, en el último momento, cuando el mundo espera que el pueblo rumano se presente con el fruto de la sangre y de los genios nacionales, ¿deberemos presentarnos con una infección de caracteres judaicos?

Con el corazón oprimido por el dolor nos planteamos este problema. Y no habrá rumano que, viendo en peligro toda su historia, no eche mano de las armas para defenderse.

Recojo del Imperativo del momento histórico, del profesor Ion Gavanescul, estas líneas inmortales:

«El cuidado principal de la raza rumana, tan decisivo para su existencia como la conservación física, es su afirmación en la esfera de la vida ideal de la Humanidad».

«La creación de una cultura con carácter propio rumana».

«No es posible que una cultura rumana surja de una escuela, de una organización política o económica de carácter extranjero».

«Una institución, como la función de la vida nacional, lleva carácter rumano cuando el factor humano que le da la vida es rumano».

Frente a la situación desgraciada, frente el número de invasores que nos avasalla, el profesor Gavanscul se pregunta lleno de inquietud, planteando el problema de la escuela y de la cultura nacional:

«¿Dónde pueden refugiarse las almas rumanas? ¿Dónde salvarse de la penosa impresión obsesionante del estado de destierro en la propia patria?».

«Aparte de la iglesia, donde entran para refugiarse en la quietud bajo la protección de la Cruz salvadora, su único asilo es la escuela».

«La escuela es el nido ideal, en la cual el genio nacional reúne a su progenie para nutrirla, para crearla, para enseñarla a querer, para mostrarle el camino de las cumbres que solamente él conoce, para que llegue así hasta allí donde solo él puede llegar».

«La escuela es el lugar de refugio donde se templan y se preparan las cuerdas y los órganos espirituales de la raza para que entonen una nueva sinfonía, jamás oída en el mundo: la primera sinfonía de sus dones naturales, concedida a su ser y solamente a su ser».

«La escuela es el santuario donde se cumple el gran misterio de la vida de un pueblo y donde el espíritu étnico destila en focos de luz su esencia inmortal, para que sea traducida en aquella forma ideal que le ha sido predestinada a él, y solo a él, en el pensamiento creador del mundo».

«No pueden los instrumentos melódicos de otros espíritus étnicos participar armoniosamente en la sinfonía de nuestra cultura: ellos no conocen sino según su construcción, y no saben tocar más que las notas de su raza».

«¿Qué sinfonía rumana se obtendrá de ellos? No puede la esencia del genio nacional de otros espíritus étnicos cristalizar de otra manera que no sea la decidida para ellos por la creación de los pueblos. ¿Se podrá obtener un tipo de raza rumana de la esencia nacional hebrea, magiar o alemana?»

(Ion Gavanescul: *Imperativos del momento histórico*, páginas 64-68).

Y no solamente no podrá crear cultura rumana, sino que los judíos quieren falsificar la que tienen, para servírnosla envenenada. Encontrándose así destruida la escuela rumana, nos encontramos en la situación de renunciar a nuestra misión como raza, de renunciar a la creación de una cultura rumana y de morir envenenados.

LA VUELTA A LA PATRIA

Todas estas cosas, nosotros, estudiantes de Iasi, a diferencia de otros colegas de las diversas Universidades, las conocíamos antes de la iniciación del movimiento estudiantil a través de la cátedra del profesor Cuza, de los escritos de los profesores Paulescu y Gavanescul y por los estudios y las investigaciones hechas por nosotros en la «Sociedad de Estudiantes de Leyes» con nuestros propios ojos.

Era un problema de grave conciencia que se nos planteaba. Cada día nos traía un nuevo problema: veíamos la perfidia de la prensa judía, veíamos su

mala fe en todas las circunstancias, veíamos su excitación en todo aquello que era antirrumano, veíamos la obra de adulación a los hombres políticos, a los funcionarios, a las autoridades, a los escritores y a los sacerdotes cristianos que se prestaban a hacer el juego a los intereses judíos; veíamos la burla de que se hacía objeto a todos aquellos que mantenían una actitud rumana correcta y digna, o que osaban a desenmascarar el peligro judío; veíamos la inconveniencia con que éramos tratados en nuestra propia casa, como si ellos fueran nuestros señores desde millares de años; veíamos con indignación creciente la intromisión de estos huéspedes en los más íntimos problemas de la vida rumana: religión, cultura, arte, política, intentando marcar líneas sobre las cuales deberían moverse los destinos de nuestra patria y de nuestra raza.

Yo, con mi mente de joven, casi niño, me he atormentado durante mucho tiempo con estos pensamientos en busca de una solución.

Los elementos que me han impresionado más, que me han determinado después a la lucha y me han consolado y me han reforzado en las horas de sufrimiento han sido:

1° La conciencia del peligro de muerte en el que se encontraba nuestra raza y su porvenir.

2° El amor por la tierra y la pena por todos sus lugares santos y gloriosos profanados y escarnecidos hoy por los judíos.

3° La piedad por los huesos de aquellos que han muerto por la patria.

4° El sentimiento de revuelta frente a la ofensa, a la burla y al vilipendio por parte de los extranjeros enemigos de nuestra dignidad de hombres y de rumanos.

Por esto, cuando en diciembre de 1922, he sabido la gran noticia, la volcánica explosión del movimiento estudiantil, he decidido volver a la patria para luchar también yo al lado de mis camaradas.

Poco tiempo después el tren me llevaba hacia casa. Desde Cracovia he enviado un telegrama a los estudiantes de Cernautzi, que me han esperado en la estación. Aquí he estado dos días. La Universidad estaba cerrada. Los estudiantes que la custodiaban parecían soldados al servicio de la patria, con su alma iluminada por Dios. Ni siquiera un asomo de interés personal enturbiaba su bella y santa misión. La causa por la cual se habían hermando

y luchaban con una sola alma estaban uy por encima de ellos, muy por encima de sus infinitas necesidades.

Los principales luchadores de Cernautzi eran:

Tudose Popescu, hijo del viejo sacerdote de Marcesti; Dambovitza, estudiante del tercer año de Teología; después, Dalineanu, Pavelescu, Carateanu, etc.

Me he informado del plan de lucha. Era la huelga general hasta la victoria, es decir, hasta la resolución, por parte del Gobierno, de los puntos de la moción del 10 de diciembre, y en primer lugar, del Numerus Clausus.

No me ha parecido bueno.

En mi cerebro ha germinado el siguiente plan:

a) El movimiento universitario debe extenderse a todo el pueblo rumano. El movimiento estudiantil, limitado en el ambiente de la Universidad, debe transformarse en movimiento nacional de los rumanos, porque, por una parte, el problema judío no es un problema solo de la Universidad, sino de la nación rumana, y por otra, la Universidad por sí sola, no puede resolver.

b) Este movimiento nacional debe encuadrarse en una organización bajo un mando único.

c) El objeto de esta organización debe ser la lucha para llevar al Gobierno el movimiento nacional que resolviera el Numerus Clausus y todos los demás problemas, ya que ningún otro gobierno ni partido político fuera de este movimiento resolverá el problema nacional.

d) En vista de esto, los estudiantes deben preparar una gran concentración nacional de rumanos de todas las categorías sociales y señalar los principios de la nueva organización.

e) Para la ejecución de la concentración cada Universidad debe hacer tantas banderas cuantas son las provincias de la región respectiva. La tela de estas banderas debe ser llevada y entregada por una Delegación de estudiantes a un comerciante nacionalista que la Delegación determinará como el más apto para estos trabajos. Este reunirá en torno a sí a un grupo de notables de la ciudad y de la comarca, y tan pronto reciba el telegrama, deberá anunciar, una semana antes, el día y el lugar de la concentración, dirigiéndose con la tela de las banderas y con todos sus hombres hacia el lugar indicado.

f) Para que la concentración no encuentre obstáculos por parte del Gobierno, todos los preparativos se harán en silencio, manteniendo la discreción sobre la fecha. En una sala de la Casa del Estudiante he expuesto este plan delante de un número de unos 50 luchadores.

Lo han encontrado bueno. Entonces se ha hecho una colecta, se ha comprado la tela necesaria e inmediatamente, en aquella misma sala, las muchachas estudiantes han hecho la bandera para la provincia de Bucovina.

EN IASI

En Iasi he encontrado a todos mis ex-camaradas. Les he expuesto también el plan. Se han hecho también aquí las banderas el primer día por los estudiantes para todas las ciudades de la Moldavia y de la Besarabia.

Al profesor Cuza no le he encontrado; había salido para Bucarest con el profesor Sumuleanu y con mi padre, para una concentración en la capital.

EN BUCAREST

Al día siguiente he salido para Bucarest. Aquí me he presentado al profesor Cuza, al profesor Sumuleanu y a mi padre, los cuales desde hacía más de un cuarto de siglo luchaban juntos contra el peligro israelita, cubiertos de burlas, de golpes e incluso de heridas, y que hoy vivían la gran satisfacción de ver a toda la juventud culta del país, en número de 30.000, alzar las banderas de guerra por la fe que ellos habían servido durante toda su vida.

En Bucarest, sin embargo, mis pensamientos no han sido acogidos con el mismo entusiasmo. En primer lugar, porque he encontrado una cierta resistencia por parte del profesor Cuza. Exponiéndole el plan según el cual se debía crear un movimiento nacional y nombrarle un jefe en la concentración que debía celebrarse, el profesor Cuza ha opinado que el plan no era bueno, porque, según decía él, «no teníamos necesidad de organización: nuestro movimiento se basa sobre una formidable corriente de masas».

He insistido, parangonando un movimiento de masas a un pozo de petróleo, que no habiéndose aprisionado en un sistema organizado, incluso si alumbra, no es de ninguna utilidad, porque el petróleo se derramará en todas direcciones. No he obtenido, sin embargo, ningún resultado. Al día siguiente, el profesor Sumuleanu y mi padre le han convencido.

Pero tropiezo con una dificultad que no me esperaba.

Estábamos al comienzo de febrero. La gran masa de estudiantes se encontraba en pleno vigor espiritual; aunque habían sido cerradas todas las pensiones, aunque habían sido cerradas las puertas de todos los círculos[33] de los estudiantes, que deambulaban por las calles sin comida y sin alojamiento en pleno invierno, se encontraban, sin embargo, en pleno empuje bajo la admirable protección de todos los rumanos de la capital, que desde el segundo día han abierto de par en par las puertas de sus casas, alojando y dando de comer a más de 8.000 estudiantes luchadores. Había en esto una aprobación, una exhortación a la lucha, una solidaridad y un estímulo para los que recibían heridas.

Pero yo no tenía ningún contacto con esta masa. No conocía a nadie. Por medio del estudiante Fanica Anastasecu, que era el administrador de la revista La defensa nacional, he empezado a conocer a algunos. De los jefes del movimiento estudiantil en Bucarest tenía la impresión de que no estaban suficientemente orientado, porque, aun siendo elementos seleccionados por las claras cualidades intelectuales (hecho confirmado por los puestos que más tarde han ocupado en sociedad), se han encontrado inesperadamente al frente de un movimiento en el cual no habían pensado hasta entonces. Por otra parte, siendo muchos, cada uno era de distinta opinión. Entre los elementos más valisos del directorio figuraban en primera línea Cretzu, Danulescu, Simionescu, Rapeanu, Roventza y otros. La masa era batallona; una parte de los jeves creía, sin embargo, que era más prudente calmar los espíritus.

Por otro parte, también su falta de preparación en este sentido y el contacto inoportuno con los hombres políticos hicieron que se intentase en ciertos medios, por lo menos entre algunos, trasladar el movimiento a un plano material inadmisible a mi parecer. Porque esto era como si dijéramos:

[33] Por círculo estudiantil se entiende el conjunto de estudiantes de una misma provincia.

1° Luchamos para conquistar el país de manos de los judíos.

2° Luchamos para que se nos dé pan blanco.

3° Luchamos por dos comidas.

4° Luchamos por una buena cama.

5° Luchamos por efectos de laboratorio, por instrumentos de disección, etc.

6° Luchamos por la «casa del estudiante»; para que al final se diga con gran alarde por parte de las autoridades: Las peticiones de los estudiantes han sido satisfechas.

El gobierno ha reconocido el estado deplorable de los estudiantes y su gran miseria, etc. De los seis puntos exigidos por los estudiantes cinco han sido admitidos, es decir, aparatos de disección, aparatos de laboratorio, dos panes blancos al día, dos comidas, tres «Casas estudiantiles», buena cama, etcétera.

Pero del primer punto, de la liberación del país de manos de los judíos, no se dirá nada, por el hecho de que han sido admitidos por el gobierno cinco de los seis puntos exigidos.

Desde el comienzo del movimiento estudiantil toda la prensa judía ha intentado trasladar el movimiento a este plano material. Se trata de que el objetivo del movimiento sea «un pan», para que el verdadero objetivo, los judíos, pase inobservado.

Por otra parte, quien relea los periódicos podrá observar que también los políticos rumanos planteaban de la misma manera el problema: Es preciso dar a los estudiantes casas, alimentos, etc.

Como ya he dicho, una parte del directorio de Bucarest resbalaba por esta pendiente, y si todos los estudiantes se hubieran dirigido por ella, se habrían apartado de su misión.

Mi parecer ha sido siempre contrario a este punto de vista. Contrario a toda mezcolanza de orden material en las quejas formuladas por los estudiantes.

Porque decía, y sostengo todavía hoy, que han sido, no las necesidades, no las privaciones, las que habían empujado al gran movimiento de los estudiantes, sino que, antes al contrario, el abandono de preocupaciones de cualquier clase de necesidades o de privaciones, de cualquier interés, de cualquier sufrimiento personal o familiar, por parte de los estudiantes

rumanos, y su abismarse con todo su ser en las preocupaciones, en las necesidades y en las aspiraciones de su raza, eran la causa generadora del mismo.

Esto y sólo esto les daba la santa luz que llevaban en sus ojos. El movimiento estudiantil no ha sido un movimiento de reivindicaciones materiales. Es prueba que se da por encima de las necesidades de una generación imbricándose en la gran línea de la raza.

Por otra parte, en Bucarest predominaba la idea de que el movimiento se debía mantener en el ámbito de la Universidad, y dejarlo así convertido en un movimiento académico, que no se transformase en un movimiento de carácter político. Esta opinión era completamente errónea, porque coincidía con los intereses de los judíos y de los partidos a quienes interesaba localizar la cuestión en la Universidad, y allí, con un medio cualquiera, apagarla.

Mi parecer era que no hiciéramos el movimiento por el movimiento, sino el movimiento por la victoria. Ahora bien: las fuerzas estudiantiles no eran suficientes para la victoria. Nos era necesaria la fuerza de los estudiantes unida a la de los demás rumanos.

Los jefes de Bucares eran además contrarios al a proclamac9ión del profesor Cuza como presidente de una organización estudiantil, y sostenían que el profesor Cuza no era bueno para tal acción. Yo sostenía que era preciso ayudarle tal como era.

Finalmente, los de Bucarest se manifestaban reservadísimos por lo que a mí respecta. Me dolía, porque yo venía con todo lo más puro y más santo que puede tener un hombre en el corazón, con el vivo deseo de colaborar en el modo mejor para el país. Quizá no conociéndome estaban en su derecho al ser reservados. Por este motivo, en Bucarest he encontrado resistencia. Por esto he empezado a trabajar fuera del Comité, y no hemos hecho más que tres o cuatro banderas.

EN CLUJ

A Cluj he ido con Alexandru Ghica, uno de los tres hijos de la señora Constanza Ghica, de Iasi, descendientes de príncipes reinantes, y que durante el movimiento estudiantil se había comportado admirablemente.

La presidencia del Centro Estudiantil la ocupaba Alexa, elemento bueno y moderado. Me ha planteado los mismos argumentos respecto a la proclamación del profesor Cuza como presidente del nuevo movimiento. La masa estudiantil era inflexible y estaba llena de entusiasmo. Entonces he conocido a Motza: un joven vivaz y de talento. Era del mismo parecer de Alexa; he intentado convencerle, pero sin resultado. Todo me resultaba muy difícil, no conocía a nadie; sin embargo, he encontrado algunos estudiantes: Comeliu Georgescu, estudiante de Framacia; Isac Mocanu, de Letras; Crasmaru, de Medicina; Justin Iliescu, etc. Hemos hecho una bandera, y en casa del capitán Sciancu, que desde el primer momento se había unido amorosamente a nuestra acción, hemos jurado todos sobre esta bandera.

FUNDACIÓN DE LA «LIGA DE DEFENSA NACIONAL CRISTIANA»

De vuelta a Iasi, tenía ante mí dos tareas, en las cuales debía obrar paralelamente:

1° La preparación de la concentración, para la cual se habían hecho las banderas en todas las Universidades.

2° La continuación del movimiento estudiantil y el mantenimiento de la huelga general.

Para el primer punto la mayor dificultad no era ni la falta de hombres, ni la falta de la organización, ni las medidas de gobierno. La mayor dificultad la teníamos esta vez, no en la desaprobación del plan, sino en la falta de entusiasmo hacia el mismo por parte del profesor Cuza.

El profesor Cuza no estaba suficientemente convencido de la necesidad de la Organización y, por otra parte, no creía en las posibilidades de éxito de la concentración que debía tener lugar.

Para el segundo punto encontrábamos serias dificultades en las orientaciones de los Centros de Bucarest y de Cluj, que, creando dudas y obstáculos, impedían la existencia de un punto de vista unitario como plan de lucha en torno al cual se pudiera realizar una unidad perfecta, y este mundo nuevo que se levantaba con todas sus fuerzas para afrontar al enemigo y a todos nuestros pecados pasados.

Los dirigentes y las masas de ese Centro:

a) No conocían el problema judío, y especialmente no conocían a los judíos. No conocían la fuerza judía, ni su modo de pensar y de obrar. Habían empezado la guerra, y no conocían al adversario.

b) Creían que el Gobierno liberal u otro que eventualmente viniera después, y al cual prometeríamos nuestro apoyo, había de satisfacer nuestras quejas.

Por eso se colocaban más que nada en el terreno de la diplomacia. Creían que, finalmente, podrían convencer a los políticos de la justicia de la causa estudiantil. Creo que no hay nada más penoso que discutir un problema con hombres que no conocen ni siquiera sus líneas más elementales.

Ante esta situación, he tomado las siguientes medidas:

1ª Algunos buenos Delegados del Centro de Iasi deben tomar parte regularmente en las sesiones del Comité Central de Bucarest (las sesiones de este Comité se celebraban dos o tres veces a la semana. Empezaban hacia las nueve de la tarde y continuaban hasta las tres, las cuatro, las cinco e incluso las siete de la madrugada, y se discutían en ellas, empleando el contradictorio. Para muchos de los participantes de entonces, como único recuerdo del movimiento estudiantil han quedado estas sesiones de luchas retóricas en el seno del Comité).

2ª La creación en Bucarest y en Cluj de un grupo formado por los mejores luchadores de las masas estudiantiles, que trabajasen fuera del Comité de los Centros respectivos.

En Cluj y en Bucarest estos grupos se han constituido muy rápidamente. En Bucarest existían en el mismo Comité, donde el directorio chocaba en cada sesión contra una cerrada oposición. En Bucarest, Ibraileanu, delegado de Iasi, ha sido de gran utilidad, como también la actitud inflexible de Simionescu, jefe de los estudiantes de Medicina, que les ha mantenido en su verdadero espíritu. En la cuestión de la preparación de la concentración la situación era esta, según noticias recibidas de Iasi: en dos semanas se habían distribuido más de cuarenta banderas en cuarenta provincias, a hombres de confianza. Era también natural que, después de dos meses de revueltas estudiantiles y huelga general en todas las Universidades, el alma de los rumanos hirviese y éstos se levantasen esperando la consigna. Las banderas y las noticias de la concentración habían llegado a tiempo.

El profesor Cuza quería fijar la fecha de la concentración para el mes de mayo, para que, siendo primavera, pudiera venir más gente. Mi parecer era que la concentración se hiciese lo más pronto posible, por las siguientes razones:

1ª Toda la gente agrupada en torno al movimiento estudiantil esperaba una consigna para poderse concentrar, enterarse y proseguir un plan establecido.

2ª Temían que la judería y la masonería, dándose cuenta de la situación, tomasen la iniciativa de una organización pseudonacionalista, para restar elementos y lanzar así al movimiento a una vía muerta. En cualquier caso, esto hubiera hecho nacer gran confusión en las mentes de los rumanos, cosa que no era absolutamente deseable.

3ª Era necesario el mantenimiento del frente del movimiento estudiantil, porque la guerra no es fácil de sostener: golpes por parte del gobierno, golpes por parte de las autoridades, golpes por parte de los padres, golpes por parte de los profesores, miseria, hambre y frío. Un levantamiento de masas rumanas que tomasen la defensa de su causa, que les dirigieran una buena palabra de incitación, de estímulo, reanimaría seguramente el frente de este movimiento.

4ª Finalmente, porque millares de estudiantes esperaban y no sabían qué hacer; habían hecho una manifestación, dos, tres; una reunión, dos, tres... ¡Pero son dos meses! La gente debe tener algo que hacer. Una vez nacida la nueva organización, para toda esta multitud, llegada al agotamiento de los medios de acción, se abrirá un amplio campo de actividades.

Tendrán desde el segundo día en qué trabajar, dirigiéndose por las aldeas para organizarlas y para inspirarles la nueva fe.

4 DE MARZO DE 1923

El profesor Cuza fijó la fecha del domingo 4 de marzo, dando como lugar de la concentración Iasi.

Había sido invitado a comer por el profesor. Después se ha planteado el problema del nombre de la Organización que debía nacer. El capitán Lefter propuso «Partido de la Defensa Nacional», como en Francia; a mí me ha parecido bien. El profesor Cuza a añadido: No partido, liga: «Liga de la

Defensa Nacional Cristiana». Así se ha decidido; he enviado entonces telegramas a Cernautzi, Bucarest y Cluj, con el siguiente texto: «Las bodas en Iasi el 4 de marzo».

Después me he ocupado de los más pequeños detalles de la preparación de la concentración. El plan ha sido fijado por el profesor Cuza, de acuerdo con el profesor Sumuleanu y con mi padre: Rezos en la Iglesia Metropolitana; en la Universidad, homenaje a Simión Barnutziu y a Gh. Marzescu, y reunión pública en la Sala Bejan.

Se han impreso avisos anunciando la gran concentración nacional. La noticia de una gran concentración rumana en Iasi para fundar una Organización de lucha ha corrido como reguero de pólvora entre los estudiantes de las cuatro Universidades y entre todos los rumanos.

Ya en la noche del 3 de marzo han empezado a llegar vagones repletos de grupos que llevaban a su frente a los jefes y que traían la tela para las banderas; hasta la mañana llegaron cuarenta y dos grupos con cuarenta y dos banderas. La tela era negra, en señal de luto: en el centro, una mancha blanca redonda significaba nuestra esperanza circundada por las tinieblas que deberían ser vencidas; en medio, una cruz esvástica, signo de la lucha antisemita de todo el mundo, y alrededor, el tricolor rumano. El profesor Cuza había aprobado en Bucarest la forma de estas banderas. Las hemos sujetado a las astas, las hemos envuelto en periódicos y hemos ido todos a la Iglesia Metropolitana, donde se ha oficiado la función religiosa en presencia de más de 10.000 hombres. En el momento en que debían ser bendecidas se han desplegado las cuarenta y dos banderas ante el altar. Una vez bendecidas, se esparcirán por todo el país, y en torno a cada bandera se levantará una verdadera fortaleza de lamas rumanas. Estas banderas, llevadas a cada provincia, serán los hitos que reunirán a todos los de un mismo pensamiento y de un mismo sentimiento.

Con su bendición alegre, con su aspecto impresionante y con su establecerse en cada provincia, un gran problema de organización de orientación popular se resuelve.

Desde la Catedral Metropolitana millares de hombres en formación, con las banderas desplegadas, se han dirigido por la plaza de la Unión, Lapusneanu y Carol, hacia la Universidad; aquí se han depositado coronas en homenaje de veneración hacia Mihail Kogalniceanu, Simión Barnutziu y

Gheorghe Marzescu, este último defensor del artículo 7° de la Constitución de 1897, padre del ministro liberal George Marzescu, defensor de los judíos.

Aquí, en las aulas de la Universidad, se ha firmado el acta de fundación de la «Liga de Defensa Nacional Cristiana».

Después de comer, ha tenido lugar la reunión en la Sala Bejan, presidida por el general Ion Tarnoschi. Mucha gente, que no había encontrado sitio en la sala, esperaba en la calle. Con gran animación, el profesor Cuza ha sido proclamado presidente de la «Liga de Defensa Nacional Cristiana». Han hablado el profesor Cuza, el profesor Sumuleanu, el general Tarnoschi, mi padre y los representantes en todas las provincias de Centros estudiantiles: Tudose Popescu, Prelipceanu, Alex, Ventonic, Donca Manea, Novitzchi, Sofrón Robota. Entre ellos, también yo. Al final, después de la lectura de la moción, el profesor Cuza, como conclusión, me ha confiado una misión, diciendo:

«Confío la organización de la L.D.N.C para todo el país, bajo mi dirección directa, al joven abogado Corneliu Zelea Codreanu».

A continuación, nombró a los jefes de distrito. La asamblea terminó en perfecto orden y con gran entusiasmo.

OTRAS ORGANIZACIONES ANTISEMITAS O NACIONALISTAS

Pequeñas organizaciones antisemitas, de carácter político o económico, han existido antes y después de 1900. Eran débiles tentativas de hombres que preveían el porvenir, amantes de la Patria, que se oponían a la invasión judía, siempre creciente. La más seria Organización nacionalista ha sido, sin embargo, el Partido Nacionalista Democrático fundado el 23 de abril de 1910 bajo la dirección de los profesores Iorga y Cuza. Este partido tenía un programa de gobierno completo. En el artículo 45 se daba la solución del problema judío:

«La solución del problema judío mediante la eliminación de los judíos, desarrollando las fuerzas productivas de los rumanos y protegiendo sus empresas».

Después de este punto del programa existía la siguiente solemne declaración:

«Este programa lo conservaremos, lo difundiremos y lo defenderemos con toda nuestra fuerza y nuestra constancia, considerando esto como nuestro primer honor y deber».

Esta organización había reunido a todos los luchadores que se habían formado en el transcurso de los tiempos desde 1900, y posteriormente aquéllos que se han creado desde 1921.

Entre los principales se encontraba el profesor universitario Sumuleanu, el pofesor Ion Zelea Codreanu, Butzureanu de Dorohoi, Tzoni de Galatzi, C. N. Ifrim, y más tarde, Stefan Petrovici, C. C. Coroiu y otros.

Todos estos en 1914 se encontraban al frente del movimiento que pedía la entrada de Rumania en la guerra para la conquista y liberación de los habitantes de Transilvania. Y en 1916 la mayor parte de ellos ha ocupado la primera línea de fuego, cumpliendo magníficamente su deber.

Ya desde 1910-1911, Dorohoi, bajo la guía del abogado Butzureanu; Iasi, bajo la del profesor Cuza, y Suceava, bajo la guía de mi padre, habían llegado a ser ciudadelas del renacimiento rumano.

En 1912 la corriente era tan fuerte en estas provincias que en las elecciones el régimen solo pudo evitar una gran derrota empleando el terror. En esta ocasión mi padre fue gravemente herido.

Inmediatamente después de la guerra, cuando los campesinos volvían del frente con el deseo ardiente y la decisión de una vida nueva, en las primeras elecciones han sido elegidos para el Parlamente el profesor Cuza, en Iasi, y mi padre, en Suceava, habiendo sostenido una encarnizada lucha parlamentaria entre los aplausos de todo el país. La batalla se libraba especialmente contra la paz que intentaban imponernos los alemanes, cuyo ejército enemigo había pisoteado nuestro país.

El eco de estas luchas, verdaderamente bellas, ha reunido en torno al partido nacional democrático las esperanzas del país, tanto, que en las elecciones que siguieron se pudieron observar victorias verdaderamente formidables. En Suceava, la victoria ha sido sin igual. De siete diputados, el Gobierno ha conseguido uno; los otros grupos, nada, y la lista de mi padre, seis. En Dorohoi y en Iasi, casi la misma mediada; los trenes llevaron a Bucarest 34 diputados nacionalistas.

Pero para desgracia de la raza rumana, este ejército, que se levanta en todas las partes del país, termina con una gran derrota. Esta cayó como un rayo sobre las cabezas de los rumanos. Las fuerzas judeo-masónicas consiguen separar a los dos jefes del partido, al profesor Nicola Iorga de A. C. Cuza. El profesor Nicola Iorga no combatía el tratado que nos imponía la cláusula de las minorías, y se declara partidario de la firma de él. El profesor Cuza, en la otra barricada, demuestra que esta infame cláusula de minorías es un desafío para toda la sangre derramada por los rumanos, una intromisión no admisible en nuestros asuntos interiores y un principio de desgracia para nosotros. Se nos imponía la concesión de derechos políticos en masa para los judíos.

Desde hace algún tiempo Nicola Iorga no es antisemita. Se comprende que el distanciamiento se ha hecho irreparable.

Y a esta raza afligida se le han roto nuevamente en su corazón las esperanzas de salvación.

La mayoría de los miembros y de los diputados se ha ido con el profesor Nicola Iorga, creyendo que la actitud del profesor Cuza les alejaba de la perspectiva del poder. Con el profesor Cuza no han quedado más que el profesor Sumuleanu y mi padre.

EL «FASCIO NACIONAL RUMANO» Y LA «ACCIÓN RUMANA»

En 1923, en el período del movimiento estudiantil, bajo el impulso de la corriente nacionalista, apareció en Bucarest el «Fascio Nacional Rumano», dirigido por los señores Vifor, Lungulescu, Bagulescu; y en Cluj, la «Acción rumana», por los profesores universitarios Catuneanu, Ciortea, Juliu Hatziegan, el abogado Vasiliu Cluj y un grupo de estudiantes, a su frente Ion Motza.

Los primeros publican el periódico semanal El Fascismo, bien escrito, con mucha alma. Ignoran, sin embargo, el problema judío. Los segundos publican la revista quincenal La Acción rumana, y después La Hermandad rumana, igualmente bien escrita, pero se limitan solo a esto. No pueden determinar una acción y no pueden crear una Organización sólida. En este tiempo el estudiante Ion Motza traduce del francés *Los protocolos*, que son

comentados por el profesor Catuneanu y Vasiliu Cluj y publicados en un volumen. El mismo Vasiliu Cluj publica en aquel tiempo su trabajo «La situación demográfica de Rumania», en el cual expone con datos estadísticos las condiciones espantosas de las ciudades rumanas.

Estas dos Organizaciones no tienen la fuerza de acción, ni la de organización y doctrinaria de la «Liga de Defensa Nacional», y terminarán en 1925 por fundirse con ella.

Después de la fundación de la «Liga de Defensa Nacional Cristiana», mi actividad debía canalizarse en dos sentidos: el del movimiento estudiantil, que continuaba con su unidad aparte, con su organización en Centros, teniendo objetivos inmediatos, problemas de luchas propias, a los que se habían lanzado desde hacía tres meses, y aquel otro de la «Liga de la Defensa Nacional Cristiana», en el cual se me había asignado la función de organizador, bajo la dirección del profesor Cuza.

Del lado estudiantil debía luchar por:

a) El mantenimiento de las posiciones sobre la línea de la huelga general, en la cual estaba empeñado el honor de los estudiantes rumanos, cosa bastante difícil frente a los asaltos, golpes, presiones y halagos que llovían sobre los estudiantes desde todas partes. Además, había también grupos de estudiantes defeccionistas, partidarios del reconocimiento de la derrota, a los que era preciso tener a raya.

b) El uso sistemático de los elementos estudiantiles disponibles para la extensión del movimiento a todas las masas rumanas y su organización en un solo ejército: «La Liga de Defensa Nacional Cristiana».

Por el lado de la «Liga de Defensa Nacional Cristiana» teníamos jefes y banderas en cerca de 40 provincias. Nos era preciso:

1° Completarlas en las restantes provincias.

2° El establecimiento de las más estrechas relaciones posibles con los respectivos jefes.

3° La creación sin vacilaciones de algunas normas precisas de orientación en materia de organización, que no existían y que reclamaban todos los jefes provinciales, que no sabían cómo trabajar.

En resumen: Defensa en la línea estudiantil y ofensiva en las líneas de la «Liga de Defensa Nacional Cristiana».

La gran masa estudiantil marchaba guiada por el instinto sano de la raza y por la sombra de nuestros muertos. Marchaba sobre la línea gloriosa, venciendo dificultades infinitas.

Por el lado de la «Liga», el problema se planteaba con un poco más de dificultad. Los jefes de las provincias pedían aclaraciones y normas de organización. Los hombres, levantados por la corriente, debían ser reforzados en su fe, adoctrinados plenamente, orientados sobre la organización y sobre los objetivos que habían de conseguir en la lucha. Era preciso formarlos en la escuela de la disciplina y de la confianza en el jefe. No debíamos dar vida ahora a un movimiento, sino que teníamos a un movimiento dispuesto que debíamos encuadrar, disciplinar, adoctrinar y conducir a la lucha.

Cuando iba el profesor Cuza con las cartas y las peticiones llegadas, se encontraba desarmado frente a estas peticiones que le introducían en un mundo desconocido para él.

Esplendente como un sol e imbatible en las alturas del mundo de la teoría, cuando descendía a la tierra, al campo de batalla, era impotente:

No tenemos necesidad de ningún reglamento. Que se organicen por sí solos.

O también:

No tenemos necesidad de disciplina, ya que no estamos en un cuartel — nos decía a menudo.

Entonces he puesto manos a la obra y he redactado un reglamento hasta para las más pequeñas particularidades. Dándome cuenta, sin embargo, de que para mi edad era un problema difícil, he ido con él a mi padre, y en algunos días de trabajo hemos introducido las necesarias modificaciones en la forma y en la sustancia.

El sistema de organización era sencillo, pero destinito del de los partidos políticos existentes hasta entonces. La diferencia estaba en que fuera de la organización política propiamente dicha, basada sobre Comités provinciales y locales de militantes, había constituido un cuerpo juvenil aparte, organizado en decurias y centurias. Esto no había existido hasta entonces en nuestras Organizaciones políticas. Más tarde se han apropiado también de esto bajo la forma de Juventudes Liberales, Campesinas, etc. Cuando la he

presentado al profesor Cuza la cuestión ha tomado un carácter de verdadera guerra. No ha querido ni siquiera oír hablar de semejante cosa.

Entonces se ha iniciado una discusión de algunas horas, penosa, entre el profesor Cuza y mi padre, discusión que me ha dejado de piedra; y sospechando que habría nuevamente dado lugar a quién sabe qué desgraciado conflicto, me arrepentía de haberla provocado. Mi padre, hombre violento y áspero, ha tomado el reglamento para ir a la tipografía y estamparlo sin la aprobación del profesor Cuza.

Este, sin embargo, con mucho más tacto y más calmoso, aunque fuera obstinado en ciertos aspectos, pero también maleable en casos como éste, ha sabido ajustar las cosas. Le ha llamado para que volviera, diciéndole:

«Si, imprimámoslo, pero déjame que lo estudie yo también».

Lo ha corregido, le ha rehecho su forma, ha añadido la parte doctrinaria, invitaciones, manifiestos, y lo ha hecho imprimir. Este ha constituido la «Guía del buen rumano», y después la guía de la «Liga de Defensa Nacional Cristiana», el libro base de la Liga hasta 1935.

Yo quedé verdaderamente contento, habiendo podido hacer algo verdaderamente bueno y absolutamente necesario para la Organización; pero en el fondo de mi corazón me decía:

«Muy penosamente irá la cosa si para semejantes cuestiones elementales es necesaria tanta discusión. En una Organización no son buenas ni las vacilaciones de los jefes ni las discusiones».

LA MODIFICACIÓN DEL ARTÍCULO 7°

Desde hace tiempo se decía que el Parlamento liberal, que era la Asamblea constituyente, que tenía la misión de reformar la Constitución, tenía intención de modificar el artículo 7° de la misma, en el sentido de conceder la ciudadanía y los derechos políticos a todos los judíos que vivían en Rumania.

Hasta ahora este artículo de la vieja Constitución impedía la adquisición de los derechos de ciudadanía a los extranjeros, y constituía así un verdadero escudo para el país contra la invasión y las intromisiones de los judíos en la dirección de los destinos rumanos. La concesión de estos derechos a un

número de dos millones de judíos, la concesión de un derecho de igualdad al judío, llegado acaso recientemente, y a los rumanos, pegados desde milenios a esta tierra, era a un tiempo una injusticia que reclamaba venganza y un gran peligro nacional, que no podía dejar de preocupar a todos los rumanos amantes de su país.

El profesor Cuza, frente a esta situación, ha escrito una serie de artículos inmortales, mostrando el peligro que amenazaba al porvenir de nuestra nación; y la Liga difundió en todo el país listas para que fuesen firmadas por todos los rumanos, en las cuales se pedía la conservación del artículo 7° de la Constitución. Las listas se han cubierto de centenares de miles de firmas y han sido presentadas a la Asamblea constituyente.

Decidí que todos los estudiantes, durante la discusión de esta grave cuestión, partiésemos de todos los Centros con dirección a Bucarest, y allí, junto con los estudiantes de la ciudad y con la población, organizásemos una manifestación para impedir el hecho que hubiera esclavizado nuestro porvenir. He partido para Cernautzi, Cluj y Bucarest.

Los estudiantes han acogido la propuesta y han empezado la organización con vistas a la marcha. Para este momento, el de la partida, debía enviar un telegrama convencional.

El plan, sin embargo, ha fracasado, porque esperábamos que los debates en torno a esta cuestión durasen por lo menos tres días, con lo que teníamos tiempo para trasladarnos a Bucarest. Ahora bien: el 26 de marzo las discusiones no han durado ni siquiera media hora. El Gobierno liberal y la Asamblea, como si fueran conscientes del acto de gran vergüenza que cometían, han tratado de esconderlo, haciéndolo pasar inobservado lo más posible.

Al día siguiente de este gran acto de traición nacional, la mal llamada prensa rumana y la judía silencian el acto infame.

Dimineatza (La mañana), Lupta (Lucha), Adevarul (La verdad) publicaban cada día páginas enteras, con grandes caracteres, sobre el conflicto entre propietarios e inquilinos en Bucarest, y ahora, en un ángulo, algunas palabras con las cuales anunciaban simple y pérfidamente «El artículo 7° de la vieja Constitución ha sido sustituido por el 133».

El partido liberal y la innoble Asamblea de 1923 han puesto y han sellado la losa sepulcral sobre el porvenir de este pueblo. No habrá maldiciones de

los hijos, de las madres, de los viejos, de todos los rumanos que sufren sobre esta tierra ahora y por los siglos de los siglos, que sean suficientes para castigar a estos traidores a la raza.

Así, en un silencio y en una atmósfera de vileza general, se consumaba la gran traición a la Patria.

Solamente la voz del profesor Cuza, la personalidad que predominaba ahora sobre toda Rumania, se oía:

«Rumanos: la Constitución del 28 de marzo de 1923 debe ser inmediatamente anulada; protestad contra su aprobación, pedid elecciones libres, organizándoos para aseguraros la victoria. Una nueva Constitución debe garantir los derechos del Estado».

Cuando he sabido lo ocurrido, en Iasi, me he echado a llorar. Y me he dicho: No es posible. Es necesario que se sepa al menos que hemos protestado. Porque una raza a la cual se pone semejante yugo, y ni siquiera protesta, es una raza de imbéciles.

He hecho entonces un manifiesto dirigido a los habitantes de Iasi, llamando a todos los rumanos a una concentración de protesta en la Universidad. La noticia de la concesión de derechos políticos a los judíos se ha extendido como un rayo. La ciudad hervía.

Las autoridades, por orden del Gobierno, han movilizado al Ejército, los gendarmes y la policía; han empezado las provocaciones y las prohibiciones de circulación. Entonces se ha cambiado el plan, y la concentración no se ha hecho en la Universidad, sino en 14 puntos distintos de la ciudad. Aquí han empezado las manifestaciones y los conflictos, que han durado toda la noche.

Las autoridades, el ejército y las fuerzas policiales han sido completamente desorientadas por el brusco cambio del plan de lucha y del lugar de la concentración, y por su necesidad de trasladarse de un punto a otro de la ciudad, según les iban avisando los agentes de la aparición de los manifestantes, que aparecían de media en media hora en puntos distintos.

Mi grupo se reunió en el punto difícil: Podul Rosu (Socola) y Targul Cucului; allí, donde la desvergüenza hebra sostenía que no podrá entrar jamás ningún manifestante antisemita sin que sea castigado con la muerte.

Allí no vivía ningún rumano. Millares de judíos se habían desvelado y se movían como una gusanera. Cuando hemos sido recibidos a tiros, hemos respondido a tiros.

Hemos cumplido nuestro deber derribando todo lo que nos impedía el paso, demostrando a los judíos que Iasi, la antiquísima capital de la Moldavia, es todavía rumana y que allí manda nuestro brazo, que tolera o no, que decide la paz y la guerra, que castiga o que perdona.

Al día siguiente ha llegado a Iasi, en ayuda de los dos regimientos de la policía, de la gendarmería y de los judíos, la caballería de Barlad. Y en los periódicos de la capital han aparecido en ediciones especiales: «Iasi ha vivido una noche y un día de revolución».

Esto hemos podido hacer nosotros, algunos muchachos. De tanto hemos sido capaces en el momento en que se nos ha puesto el yugo sobre las espaldas. No lo hemos soportado con serenidad, con resignación de esclavos, con villanía. Y este es nuestro sagrado juramento para toda la vida: Romper este yugo, por muchas que fueran las luchas y los sacrificios que se nos exigiera.

Al día siguiente he ido a la Prefectura de la policía para llevar comida a los detenidos. Allí era interrogado y estaba detenido Julián Sarbu, bajo la acusación de haber sido el autor del manifiesto. Viendo esto, me he presentado al juez instructor y le he dicho:

«No es Sarbu el autor del manifiesto, soy yo».

EL PRIMER ARRESTO

En la policía se me ha dicho:

Señor Codreanu, es preciso que vaya al Tribunal con el agente.

¿Por qué con el agente? He respondido. Voy solo.

Era la primera vez que se ponían en duda mis palabras; me sentía ofendido.

No, con el agente no voy. Puede venir 20 metros detrás de mí, pero yo voy solo; mi palabra vale más que 20 agentes de policía.

Así he ido, con el agente a 20 pasos detrás de mí.

Llego al Tribunal. El agente entre y me introduce al señor juez instructor, Catzichi. El juez me dice:

Estás arrestado y debo enviarte a la penitenciaría.

Cuando he oído esto se me ha nublado la vista.

En aquel tiempo, «arrestado» era algo infamante.

Ninguno en Iasi había sido arrestado, y no se había oído todavía que un estudiante nacionalista fuese arrestado.

¿Había de serlo yo, con mi pasado de combatiente?

Me he acercado a la mesa del juez instructor y le he dicho:

Señor juez: no acepto ser detenido, y nadie podrá arrancarme de aquí para llevarme a la penitenciaría.

El pobre hombre, para no provocar otras discusiones ha dado orden al agente de conducirme, y me ha aconsejado que no me opusiera; después se ha ido; el agente ha intentado conducirme. Le he dicho:

Vaya a su casa, buen hombre, y déjeme con Dios, que usted no podrá llevare de aquí.

Han venido también otros, pero yo he permanecido allí desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la tarde; todas las intervenciones para llevarme han sido vanas.

Pensaba:

No soy culpable de nada; he cumplido mi deber hacia la raza; si alguien es culpable y debe ser detenido es el que ha hecho daño a su propia raza: el Parlamento, que ha concedido los derechos políticos a los judíos.

Finalmente se ha nido todos los funcionarios del tribunal poco a poco, incluso los ujieres; he permanecido allí con el agente a mi lado. A las ocho llegan tres oficiales:

Señor Codreanu, tenemos orden de evacuar este Tribunal.

Bien, señores oficiales; me iré afuera.

He descendido las escleras y he salido; con sorpresa veo una compañía de gendarmes en semicírculo, procuradores, jueces y policías.

Entonces me adelanto y me siento en el suelo, en medio del patio.

Vienen las autoridades y me dicen:

Es necesario que vaya a la penitenciaria.

No voy.

Me han levantado, me han metido en un coche y me han llevado a la cárcel al paso, con la compañía de gendarmes detrás de mí. En el último momento, cuando atravesaba la puerta, los muchachos se han precipitado para liberarme; pero los revólveres de los agentes les han parado.

¿Era una protesta contra la ley? No. Era contra el yugo, que es injusticia.

Parece que esta protesta mía para no aceptar el cumplimiento del arresto es un presentimiento de los muchos sufrimientos que deberé soportar, una vez lanzado por este camino, entre los fríos muros de la prisión.

He permanecido allí una semana, hasta la vigilia de Pascua: ¡Mis primeros días de prisión! Moralmente los he soportado penosamente, porque no podía comprender cómo estaba arrestado, cuando se lucha por la propia raza, y estarlo por orden de aquellos que luchan contra la raza.

A la salida he ido a casa; muchos rumanos han venido a esperarme a la estación, haciéndome demostraciones de simpatía y espoleándonos para continuar luchando, porque la lucha es por la raza, y la raza terminará por vencer.

La raza entera, en todo lo que tenía de más sano, desde los campesinos hasta los intelectuales, ha recibido con indecible dolor la triste noticia de la modificación del artículo 7°. Pero no podía hacer nada, porque se ha despertado vencida y traicionada por sus jefes. ¿Qué maldición o qué pecados nos han conducido a los rumanos a tener como jefes semejantes canallas?

He aquí, uno frente a otro, dos momentos heroicos en dos diversas Rumanias, con dos generaciones y con el mismo problema.

La constitución de 1879, de la pequeña Rumania, que tenía el valor de soportar la presión de Europa, y la Constitución de 1923, de la gran Rumania, creada con el sacrificio de nuestra sangre, que por servilismo interesado, bajo la presión de la misma Europa, no vacila en humillar y en poner en peligro la vida de una nación entera.

PATRIOTAS EMINENTES

En las páginas que siguen, los lectores de este libro encontrarán con cierta sorpresa una serie de extractos de las obras de algunos eminentes patriotas rumanos, los cuales, en 1879, han luchado por los derechos de vida del pueblo rumano, afrontando valientemente las fuerzas amenazadoras de toda Europa.

Corneliu Codreanu se arrodilla entre los huesos de los soldados muertos durante la Primera Guerra Mundial (1 de enero de 1936, en Predeal).

Si bien el intercalar estos fragmentos harán pesado y complicará el plano del desarrollo normal de este volumen, pisoteando las reglas impuestas en esta materia, he sacado a relucir a estos extractos, no por el deseo de emplearlos como argumentos históricos, sino más bien para llevar nuevamente a la luz estas partes del pensamiento y aspiraciones de aquellos ilustres predecesores que las conspiraciones judeo-masónicas han perseguido, hundiéndoles en la tumba del olvido, precisamente porque han escrito, han pensado y han luchado como verdaderos gigantes del rumanismo.

Nuestra generación, saltando la cincuentena de años de abdicación practicada por los hombres políticos frente al peligro judío, se encuentra en la misma línea de fe, de sentimientos y de carácter que los de 1879; y en el momento de este sagrado encuentro, se inclina, con reconocimiento y devoción, frente a sus grandes sombras.

Vasile Conta

He aquí la actitud que ha observado en la Cámara de 1879 el gran Vasile Conta:

Cincuenta años antes, el filósofo rumano demostraba con argumentos incontestables, encuadrados en un sistema de magnífica lógica y solides, las verdades que deben encontrarse en la base del Estado nacional. Teoría adoptada después de cincuenta años por el mismo Berlín, que en 1879 nos imponía conceder derechos a los judíos.

Aquí se puede ver la fragilidad de los argumentos de quienes atacan el movimiento nacional como inspirador de la nueva ideología germánica, cuando en realidad Berlín, después de tantos devaneos, entra en la línea de Vasile Conta, Mihail Eminescu y los demás.

«Nosotros, o luchamos contra los elementos judíos, o pereceremos como nación».

«Está reconocido, por parte precisamente de quienes nos atacan hoy, que la primera condición para que un Estado pueda existir y prosperar es que los ciudadanos de ese Estado sean de la misma raza y de la misma sangre; y esto es fácil de comprender. Ante todo, los individuos de la misma raza se casan habitualmente entre ellos, porque solo por el matrimonio entre ellos se mantiene la unidad de raza para todos estos individuos; después, el matrimonio da origen al sentimiento de familia, que es el vínculo más poderoso y más duradero de cuantos pueden ligar a los individuos entre sí. Y cuando tenemos en cuenta que estos vínculos familiares se establecen de individuo a individuo hasta que comprenden a todo el pueblo de un Estado, vemos que todos los ciudadanos que constituyen el Estado son atraídos uno hacia el otro por el sentimiento general del amor, por lo que se llama simpatía de raza. Pero más aún. Si tenemos en cuenta que la misma sangre corre en las venas de todos los miembros de un pueblo, comprendemos que todos estos miembros tendrán, por efecto de la herencia, casi los mismos sentimientos, casi las mismas tendencias e incluso casi las mismas ideas. Así que, en el momento grave de las grandes ocasiones, el corazón de todos latirá al unísono; la mente de todos adoptará la misma opinión; la acción de todos perseguirá el mismo fin; en otras palabras, la nación de seres de una sola raza tendrá un solo centro de gravedad; el Estado que esté formado por tal nación estará en las mejores condiciones de resistencia, solidez y progreso».

«Por consiguiente, precisamente según las necesidades de la naturaleza, la primera condición para la existencia de un Estado es que el pueblo sea de la misma raza. Pues bien: esta verdad es sobre la que se basa el principio de la nacionalidad, de que tanto se habla en el mundo civilizado. Este principio de la nacionalidad se refiere solo a la raza, y para nada en absoluto a los que llaman "súbditos del mismo Estado, sin diferencias de raza", porque entonces el principio no tendría ninguna aplicación».

«Pues bien: este principio se encuentra tan profundamente imbricado hoy en la conciencia de todos los hombres, ya sean jefes de Estado o simples ciudadanos, que todas las constituciones o reconstrucciones de Estados no se hacen en el mundo civilizado sino a base del principio de nacionalidad».

«Y, por consiguiente, no se puede decir por parte de los publicistas, judíos o judeófilos, que la base del Estado sería solamente el simple interés material común a los ciudadanos, porque vemos, por el contrario, que precisamente nuestro siglo es el que ha hecho nacer el principio de nacionalidad, principio que se extiende siempre más... Es verdad que esto no impide la admisión de los extranjeros a la ciudadanía de un Estado; pero con una condición: que aquellos extranjeros se fundan a la nación dominante; o en otras palabras, que se mezclen a nosotros, para que al final exista en el Estado una misma sangre».

«Está sentado el único principio científico de la naturalización. Por consiguiente, para que la nacionalización sea útil, racional y conforme con la ciencia, la nacionalidad no debe ser concedida más que a aquellos extranjeros que se fundan o se preparen a fundirse por medio del matrimonio con los indígenas. De otra manera, comprenderéis fácilmente que si se concediese la ciudadanía a individuos que no tienen disposición, y que tampoco pueden tenerla, para fundirse por la sangre a la raza dominante, entonces sería exponer a aquel país a una lucha perpetua entre tendencias contrarias».

«No digo que sea imposible que las diversas razas que existan en un país tengan alguna vez un interés común, que las tendencias hereditarias de una sean igualmente favorecidas, como las tendencias hereditarias de otras, por las mismas circunstancias cambian, y con ellas pueden cambiar los intereses de la raza, si no hoy, mañana o pasado mañana; y las tendencias de los naturalizados se encontrarán en pugna con las tendencias de los indígenas, y entonces los intereses de unos no se conciliarán con los de otros ni podrán ser satisfechos sin sacrificio de los intereses de estos otros; y entonces surgirá la lucha por la existencia entre raza y raza».

«Habrá luchas encarnizadas, que no podrán terminarse sino con la disolución completa del Estado, o cuando una de las razas sea aplastada, para que subsista de nuevo una sola raza dominante en el Estado... Ahora bien: la historia nacional y la experiencia de cada día nos han demostrado y

nos demuestran que de todos los extranjeros que vienen a nosotros, los turcos, y especialmente los judíos, son los que no se mezclan jamás mediante el matrimonio, en tanto que los demás extranjeros, rusos, griegos, italianos, alemanes, se funden con nosotros, si no en la primera generación, en la segunda o en la tercera; pero llega un tiempo en el cual no existe ya ninguna diferencia entre estos extranjeros y nosotros, ni por lo que respecta a la sangre, ni por lo que respecta al amor a la Patria».

«No ocurre lo mismo con los judíos...».

«... Como quiera que se plantee la cuestión, como quiera que se interprete, nosotros, si no luchamos contra los elementos judíos, pereceremos como nación».

(Del discurso contra la revisión del artículo 7° de la Constitución, pronunciado en la Cámara de los Diputados en sesión extraordinaria del día 4 de septiembre de 1879).

Vasile Alecsandri

En tanto que, en la Cámara, Vasile Conta pronunciaba el discurso que acabamos de reproducir, en el Senado, el poeta de la Unión, Vasile Alecsandri, expresaba el sentimiento de los rumanos del siguiente modo:

«Hoy Rumania, se presenta a nosotros con la historia en las manos, para que escribamos sobre sus páginas o la humillación y la pérdida de la raza o su dignidad y su salvación...

Frente a esta situación, sin igual en los anales históricos del mundo, se precisa que sepamos levantarnos con el corazón y con el pensamiento a la altura de nuestro deber, sin pasiones, sin violencias, con el patriotismo iluminado y con el noble valor que se requiere en los hombres llamados a decidir la suerte de su país. ¿Qué es esta nueva prueba? ¿Qué es esta nueva invasión? ¿Quiénes son los invasores? ¿De dónde vienen y qué quieren? ¿Y quién es el nuevo Moisés que los conduce a la nueva tierra prometida, situada esta vez a orillas del Danubio?

¿Quiénes son los invasores? Son un pueblo activo, inteligente, incansable en el cumplimiento de su misión.

Son los adeptos del más ciego fanatismo religioso, los más exclusivistas de todos los habitantes de la tierra, los menos asimilables a los demás pueblos del mundo...

¿Qué quieren de nosotros? Quieren llegar a ser los propietarios de la tierra de este pueblo y convertir en ilotas a los viejos dueños del país, de la misma manera que ocurriera a los campesinos de Galitzia y parte de la Bucovina. El país es bello, rico: tiene grandes ciudades, ferrocarriles, instituciones desarrolladas y un pueblo imprevisor, como todos los pueblos de raza latina...

¿Hay algo más fácil que sustituir a los habitantes de este país y convertirlos en su totalidad en una propiedad israelita?

Si es este el plan de los invasores de hoy; como todo induce a creerlo, prueba una vez más el espíritu emprendedor de la raza israelita, y en lugar de merecer una censura, deben elevarse a ellas las alabanzas y la admiración de los políticos.

Las censuras caerían sobre nosotros, rumanos, si con nuestra indiferencia y con la aplicación de ciertas fatales y absurdas teorías humanitarias ayudásemos a la realización de tales planes. Las censuras caerían sobre nosotros si, engañados por las misas teorías, entendidas "sensu" contrario o dominados por un temor imaginario, bajo la influencia de una amenaza imaginaria, olvidásemos que la Patri rumana es un depósito sagrado que nos ha sido confiado por nuestros padres para que lo transmitiéramos entero e inmaculado a nuestros hijos.

¿Qué diría el país entero si creásemos semejante situación en la historia? ¿Qué dirían los rumanos que han combatido alegremente por la independencia de la tierra?

El país separará con desdén sus ojos de nosotros.

Los rumanos dirían: No me pidáis de hoy en adelante mi sangre, si la sangre derramada no sirve más que para la destrucción del país y el envilecimiento de la dignidad nacional.

Por este motivo, cuando hoy Rumania llega con su historia en la mano para que escribamos en sus páginas nuestras acciones, yo mismo arranco la página destinada a la humillación del país, y sobre otra página escribo con mi corazón: "Su dignidad y su salvación"».

(Del discurso contra la revisión del artículo 7° de la Constitución, pronunciado en el Senado de Rumania en sesión extraordinaria del 10 de octubre de 1879, publicado en la Gaceta Oficial, número 230, páginas 6.552 a 6.558).

Mihail Kogalniceanu

He aquí la posición de orgullosa actitud nacional en la que deseaba colocarse en relación con el problema judío, y ante la presión ejercida por los extranjeros, el ministro del Interior, Mihail Kogalniceanu, titular de este Departamento, que hoy se ha convertido en el lugar del cual parten las órdenes de tortura contra quienes todavía luchan para defender nuestra raza:

«Todos los que alientan un vivo interés por su país se han preocupado de impedir la explotación del pueblo por parte de los judíos. En Rumania la cuestión judía no es una cuestión religiosa: es una cuestión nacional y al mismo tiempo una cuestión económica».

«En Rumania los judíos no constituyen solamente una diversa comunidad religiosa; constituyen, en toda la fuerza de la expresión, una nacionalidad extranjera en pugna con su origen, con su lengua, con su modo de vestir, con sus costumbres e incluso con sus sentimientos».

«No puede hablarse, por consiguiente, de persecución religiosa, ya que si así fuera, los israelitas encontrarían la prohibición y la restricción al ejercicio de su culto, cosa que no ocurre. Sus sinagogas no se elevarían libremente al lado de las iglesias cristianas; su enseñanza religiosa, su culto público, no sería permitido».

«Todos los que han visitado los principados, y especialmente la Moldavia, se han asombrado del triste aspecto que presentan los israelitas polacos que pueblan nuestras ciudades. Cuando después han estudiado más a fondo el comercio, industrias y los medios de subsistencia de esta multitud, estos viajeros se han asustado todavía más viendo que los judíos son consumidores sin ser productores, y que su principal industria, puede decirse que la única, es la venta de bebidas».

«... Yo no he echado a ningún hebreo de su casa por la simple razón de que, según todas las leyes del país, los israelitas de Rumania no tienen derecho de vecindad en las aldeas, como ocurre también en Serbia».

«Yo he limitado el alquiler, para el porvenir, de tabernas y afines a los israelitas, y especialmente a los que se llaman galatzianos o podolianos. Esta medida, fundada sobre el Reglamento orgánico y sobre la Ley votada por la Asamblea general y sancionada por el señor (Príncipe) Mihail Sturdza, no ha sido anulada hasta hoy por ninguna ley posterior; antes al contrario, todos los ministros del Interior, antes y después de la Convención, han ordenado el mantenimiento de su aplicación, y pruebas de ello son las órdenes de mis predecesores de 17 de junio y 28 de junio de 1861, en los tiempos del Ministerio Costa Foru; del 5 de febrero de 1886, suscrita por el general Florescu; del 11 de marzo y del 11 de abril de 1886, dirigida a la prefectura de Ramnicul Sarat, firmada por el Príncipe Dimitrie Chica, etc. En esta situación, no un ministro, sino diez ministros que se sucedieran en el Poder, uno después de otro, no podrían hacer otra cosa que la que hemos hecho mis predecesores y yo. ministros de Rumania, de un país con un régimen constitucional, no podemos gobernar sino conforme a la voluntad de la nación. Tenemos el deber de tener en cuenta sus necesidades, sus dolores y, hasta un cierto punto, sus prejuicios».

«Esto demuestra la gran irritación de la población rumana, proveniente de graves sufrimientos y de unas legítimas preocupaciones, porque es la voz de una nación que se siente amenazada en su nacionalidad y en sus intereses económicos. Los extranjeros pueden sofocar esta voz, pero no está permitido a ningún ministro rumano, sea cual sea su partido, no escucharla».

«Por esto, no de hoy, sino de siempre, en todos los tiempos y bajo todos los regímenes, todos los señores y todos los hombres de Estado de Rumania, todos los que alientan vivo interés por su país, se han preocupado por las necesidades, de impedir la explotación del pueblo rumano por parte de otro pueblo que le es extraño, por parte de los judíos».

(De la comunicación del ministro de Interior, Mihail Kogalniceanu, al Ministerio del Exterior, en junio de 1869, en relación con la cuestión judía. Bucarest. 1873. Nueva Tipografía del Laboratorio Rumano, páginas 813 a 816).

Mihail Eminescu

«Si hoy los que no tienen la plenitud de los derechos civiles y políticos han puesto su mano sobre todo el comercio y sobre toda la pequeña industria de Moldavia, si hoy hacen espantosamente lo que les viene en gana sobre las llanuras rumanas, si hoy anidan en el hogar de los trabajadores oltenos, ¿qué ocurrirá mañana, cuando tengan iguales derechos, cuando tengan la posibilidad de llamarse rumanos, cuando tengan inscrito en la leyes, igual que nosotros, el derecho formal de que esta Patria les pertenece?».

(*Obras completas. La cuestión israelita*. Iasi, 1914, página 489.)

«¿Con qué esfuerzo y con qué sacrificios han aspirado a los derechos de igualdad y ciudadanía rumana? ¿ES que han luchado contra los turcos, los tártaros, los polacos y los húngaros? A ellos, ¿cuándo los turcos les han roto los viejos tratados y les han cortado la cabeza? ¿Es que con su trabajo se ha elevado el prestigio de este país y se ha entresacado de las sombras del pasado nuestra lengua? ¿Es que con el esfuerzo de uno solo de ellos ha conseguido la raza rumana su puesto al sol?» (Op. Cit., pág. 841).

Ion Heliade Radulescu[34]

«¿No veis que los judíos de Inglaterra y de Francia no piden los derechos de ciudadanía en Rumania, sino privilegios, supremacías y quieren fundar una aristocracia del dinero, del becerro de oro? Piden lo que nosotros, hasta el último rumano, no podemos dar. ¿Creen quizá los judíos de Inglaterra y de Francia, creéis quizá también vosotros, junto con ellos que los rumanos verán a sangre fría instalarse entre ellos la más sórdida e inmunda, la más villana de las aristocracias, la dominación de los judíos? ¿Sobre qué derecho o sobre qué concesión podrá establecerse tan abominable dominación en el atrio, en las puertas del siglo XX, donde la Humanidad entera, excepto sus hijos de perdición, se presentará como una esposa a su divino esposo?».

[34] Ion Heliade Radulescu (1802-1872). Una de las más bellas figuras de nuestra literatura, contribuyó grandemente a la creación de la moderna literatura rumana. Fue buen prosista, profesor y periodista, ocupándose también de la Gramática. Conocía el problema judío.

«Vienen los judíos de Inglaterra y de Francia con el derecho del hombre basado sobre la igualdad a pretender tan solo privilegios y supremacías».

«Y ya que no pueden invocar este derecho, osan hablar de la paradoja de los *rumanos de rito israelita* e intentan llevar más allá su judaísmo, hasta el punto de amenazarnos con el nombre de los soberanos de Europa...».

«¿Con qué nos conquistan los judíos? ¿Con la cantidad? ¿Con el número? ¿Con la fuerza? Por el bien que les deseamos, y que les hemos deseado en nombre de la regeneración del pueblo y de los mismos hebreos sobre la tierra de Palestina, les compadecemos por piedad y les damos el consejo que puede dar un cristiano celoso de la salvación de toda la Humanidad por medio de las heridas de Cristo, que desde lo alto de la cruz perdona a sus propios ejecutores: que no intenten jamás una de estas cosas y que no osen tampoco pensar y mucho menos pretender algo en esta época de agitación provocada por los ángeles de Satanás que los han tentado; que no provoquen jamás una de estas cosas, porque solo Dios sabe adónde llegarán los rumanos en la más santa y legítima de todas las cóleras, defendiendo sus propios derechos, como toda nación que tenga el instinto de conservación».

Bogdan Petriceicu Hajdeu

«El Talmud prevé para los judíos dos líneas de conducta en relación a nosotros:

Si sois más fuertes que los cristianos, exterminadlos; si sois más débiles que los cristianos, aduladlos. Pero para que un hombre más débil que yo pueda llegar a ser más fuerte que yo, debe pasar por una escala intermedia en la que será igual a mí; ¿comprendéis ahora lo que quiere decir conceder a los judíos los llamados derechos políticos?».

(*De Estudio sobre el judaísmo*, de B. P. Hajdeu. Tipografía Bossel, 1866).

Costache Negri

«Los judíos, es decir, la séptima parte de nuestra población total, son la peor lepra a que nos han conducido nuestra debilidad, nuestra imprevisión y nuestra venalidad».

(De la carta a Lupascu, enviada desde Ocna, en fecha 2 de enero de 1869, y publicada en el volumen de C. Negri Versos, prosa y arte, con un estudio sobre su vida y sus escritos de E. Garleanu. Edición Minerva. Bucarest, 1909, pág. 116).

A. D. Xenopol[35]

Nos permitimos introducir en esta relación de citas el parecer del gran historiador A. D. Xenopol, profesor de la Universidad de Iasi, considerado la incontestada autoridad científica de quien vive y ha vivido por si mismo la dolorosa realidad constatada:

«Si un rumano se decidiese a abrir un negocio, ni un solo judío atravesaría el umbra, quedando así ajeno a una numerosa clientela, mientras los rumanos no evitan en absoluto comprar a los judíos; se comprende que, incluso sin listas de precios, la resistencia de los negociantes y de los artesanos rumanos puede ser vencida».

«Ningún judío admitirá en su empresa a un rumano, si este uno puede aprender algo de él, ya que los rumanos no son admitidos en las casas judías más que como criados o como mozos de carga. Este sistema de exclusivismo persiste a toda costa. No se encuentran en los innumerables laboratorios o negocios de los judíos que han invadido la Moldavia, de un extremo a otro, ni siquiera un cristiano o rumano como aprendí, oficial, maestro, contable, cajero o encargado».

«Los judíos practican, por consiguiente, en relación con los rumanos, el más riguroso exclusivismo económico, y no pueden renunciar a él, porque les está prescrito por su propia religión».

(De *«La cuestión israelita en Rumania»*, de A. D. Xenopol. Estudio aparecido en *«La Renaissance Latine»*. París, 1902, página 17).

[35] Alexandru Dimitrie Xenopol (1847-1920). Historiador rumano. Su obra más importante es Historia Românilor, en doce volúmenes. Intentó introducir en su obra los métodos científicos. Conoció el problema judío y se preocupó de él.

LA HUELGA GENERAL DE LOS ESTUDIANTES CONTINÚA

Después de Pascua vuelve a iniciarse la lucha. En el frente de la L.D.N.C. el profesor Cuza continúa la acción a través de la prensa, y nosotros nos ocupamos de la organización. Empieza así la serie de reuniones que se celebran en ciudades y aldeas.

En el frente estudiantil la modificación del artículo 7° de la Constitución introduce también modificaciones. Los jefes de Bucarest y de Cluj, que habían creído convencer al Gobierno de la justicia de las peticiones de los estudiantes, viendo que este no solo no los atiende, sino que se conceden derechos políticos a los judíos, se desaniman amargados y empiezan a considerar la idea de la capitulación. En Cluj, el propio presidente convoca una reunión en la cual sostiene la tesis de la vuelta a las aulas. La masa estudiantil rechaza la propuesta y declara que lucha por su honor, y que la lucha deberá continuarse hasta el último límite de resistencia. Mantenedores de esta tesis son Ion Motza, Corneliu Georgescu, Isac Mocanu, junto con todo nuestro grupo.

Alex presenta la dimisión, y es elegido en su lugar presidente del Centro estudiantil «Petru Maior»[36] Ion Motza, con un nuevo Comité.

Los ataques del gobierno para decidir a los estudiantes a la vuelta a clase fracasan también esta vez, pero con el sacrificio de los jefes: Ion Motza y otros seis son eliminados para siempre de todas las Universidades por su firme actitud.

En Bucarest, un grupo, a cuyo frente se encuentran Simionescu y Danulescu, empieza a ocupar los puestos del directorio, cada vez más débil e indeciso. Tampoco aquí el gobierno consigue abrir las clases después de Pascua.

[36] Petru Maior. Filólogo, corifeo de la escuela latinista, que demuestra que los rumanos tienen origen romano y que sostiene que la Lengua debe ser purificada y las palabras extranjeras sustituidas con palabras de origen latino.

JUNIO DE 1923

Han pasado dos meses de resistencia heroica, de miseria y de presiones. En Bucarest se fija la apertura de la Universidad para los exámenes de los estudiantes judíos y renegados. El día de la reapertura se introducen en la Universidad fuerzas del Ejército. Los débiles conflictos que se producen ante la Universidad no pueden determinar su clausura.

El plan del gobierno era volver a abrirlas unas después de toras, dejando a Iasi para el último lugar y poniéndola frente a tres Universidades abiertas. Después de una semana en Cluj y después de otros pocos días en Cernautzi, la Universidad se abre bajo la vigilancia de fuerzas armadas, en las mismas condiciones de Bucarest. Después de otra semana, llegaba también la hora grave de Iasi, que aislada por mediadas de gobierno, había quedado sola y con sus fuerzas muy disminuidas.

La víspera de la reapertura, sabiendo que al día siguiente por la mañana los soldados entrarían en la Universidad, hemos concebido el plan de ocuparla nosotros durante la noche.

Antes de abrir he enviado a un estudiante de confianza, al cual ha entrado en la sala de espera y ha abierto los grandes ventanales sin que se notase, de manera que tan solo con empujarlos desde la calle se pudieran abrir. Sin comunicar el plan, he convocado a las nueve 100 estudiantes en la Sala Bejan. A las diez, la Universidad ha sido ocupada por nosotros. En su frontispicio ha sido enarbolada la bandera con la cruz antisemita (esvástica).

Poco después ha llegado también el rector de la Universidad, profesor Simionescu, al cual hemos abierto. Nos ha hablado exhortándonos a abandonar la Universidad. Nosotros le hemos respondido explicándole nuestra causa: después de algunas horas se ha marchado. Nos hemos organizado para la guardia y hemos permanecido allí toda la noche en vela.

A la mañana siguiente los estudiantes han llegado en gran número a la Universidad; reanimados, han decidido unánimemente continuar la lucha.

Después de dos días, Cluj, por un conflicto, intenta rescatar la Universidad de manos de los gendarmes. Después de otros dos días, Bucarest y Cernautzi imitan su ejemplo. Estas luchas llevan nuevamente a la insurrección de todos los estudiantes y a la clausura relativa de todas la

Universidades. El año escolar había terminado. La juventud rumana había pasado por un examen único de resistencia, de carácter y solidaridad.

* * *

Honor a los estudiantes que con su fe, afrontando tantos golpes, han dado un ejemplo de voluntad colectiva jamás registrado en la historia de las Universidades del mundo entero.

En ningún país se ha visto jamás que los estudiantes, unidos en una sola alma, asumiendo toda la responsabilidad y todo el riesgo, hayan podido mantener la huelga general durante todo un año para imponer sus convicciones, intentando con sus demostraciones despertar la conciencia de la nación entera frente al más grave problema de su existencia.

Es una página bella, una página heroica, escrita con los sufrimientos de esta juventud, sobre el libro de la raza rumana.

LOS PLANES DEL JUDAÍSMO

Quien se imagine que los judíos son unos pobres desgraciados llegados casualmente, atraídos por el viento, conducidos por el destino, etc., se engaña. Todos los judíos que existen en la tierra forman una gran colectividad, ligados por la sangre y por la religión talmúdica; están encuadrados en un verdadero y severísimo Estado que tiene leyes, planes y jefes que formulan estos planes y los llevan a efecto. En la base se encuentra el «Cahal». Así, pues, no nos encontramos frente a judíos aislados, sino frente a una fuerza constituida: la comunidad israelita.

En cualquier ciudad o aldea donde se reúna un grupo de judíos, se forma inmediatamente el «Cahal», o sea la comunidad israelita; este «Cahal» tiene sus jefes, su justicia separada, etc., y en este pequeño «Cahal» de ciudad o de aldea se fijan todos los planes: forma de captar a los políticos locales y a las autoridades, forma de introducirse en los círculos donde sea conveniente; por ejemplo, entre Magistrados, oficiales o funcionarios superiores.

Planes que deben desarrollarse para arrancar un cierto ramo del comercio de las manos de un rumano; cómo se podría eliminar a un representante

directo de una autoridad opuesta a los intereses judíos; qué planes deben aplicarse cuando la población oprimida se rebela y estalla un movimiento antisemita.

No profundizaremos aquí estos planes. En general, se emplea el siguiente sistema:

I. Para atraerse a los políticos locales.

1° Regalos.

2° Servicios personales.

3° Financiamiento de organizaciones políticas para propaganda, impresión de manifiestos y desplazamiento con automóviles, etc. Si en la localidad hay varios banqueros y ricos judíos, se distribuyen entre todos los partidos políticos.

II. Para atraerse a las autoridades.

1° La corrupción con propinas; un Comisario de la policía de la más pequeña ciudad de Moldavia, además del sueldo del Estado, recibe mensualmente uno o dos sueldos. Cuando ha aceptado el regalo, se ha convertido en esclavo de los judíos, porque, en caso contrario, se emplea una segunda arma: el reproche; si no se somete, se le echa en cara la propina recibida.

2° La destrucción; se ven que no pueden persuadirte o someterte, entonces intentan destruirte. Estudian bien tus debilidades; si bebes, buscarán la ocasión de comprometerte por esto; si eres mujeriego, te enviarán a una mujer que te comprometa y destruya tu hogar; si eres violento, pondrán en tu camino a otro violento, que te matará o al que matarás tú e irás a parar en la cárcel.

3° Si no tienes estos defectos, entonces emplean la mentira, la calumnia, dicha al oído o por medio de la prensa, la acusación frente a los jefes.

En las aldeas o en las ciudades invadidas por los judíos no existe autoridad como no sea en estado de corrupción, de reproche o de destrucción

III. Para introducirse en diversos círculos o situarse entorno a hombres importantes, emplean:

1° El servilismo.

2° El Consejo de Administración.

3° Bajos servicios personales.

4° Adulaciones.

De esta manera todos los hombres políticos tienen secretarios judíos, porque, hacen la compra, limpian los zapatos, mecen a los niños, lavan los paltos, adulan y se insinúan en toda ocasión.

El rumano no será tan servicial porque es menos refinado, no es pérfido y viene del campo, y sobre todo quiere ser un soldado fiel que ambiciona el honor, y no un siervo.

IV. Planes para la destrucción de un comerciante rumano.

1° Colocan al lado del rumano un comerciante judío, o lo ponen entre dos de éstos.

2° La venta de mercancías por debajo del precio de coste, cubriéndose la pérdida con sumas especiales, facilitadas por el «Cahal»; así han quedado desbordados uno después de otro muchos comerciantes rumanos.

A todo esto es preciso añadir:

a) La superioridad comercial del judío, resultado de una práctica comercial mucho más larga que la del rumano.

b) La superioridad del judío, que lucha bajo la protección del «Cahal», mientras que el rumano no tiene la menor protección por parte del Estado rumano, sino que solamente encuentra obstáculos en las autoridades, corrompidas por los judíos. El rumano no lucha con el judío que tiene al lado, sino con el «Cahal», y por esta razón se comprende que el individuo será derrotado en la lucha contra la coalición. El rumano no tiene a nadie, no tiene a un Estado que le ayude, que le dirija y que le sostenga; se le deja solo, entregado a la suerte, frente a la coalición israelita.

Es fácil, repito la fórmula de todos los políticos de la categoría del Sr. Mihalache[37]: «Los rumanos deben hacerse comerciantes». Deben mostrarnos, sin embargo, estos políticos rumanos a un solo comerciante rumano ayudado por el Estado rumano, a una sola escuela creada por él, en la que se produzcan verdaderos comerciantes y no empleados de oficina. Que se nos enseñe una única institución establecida por ellos que haya

[37] Ion Migalache. jefe del partido nacional campesino. Maestro de escuela. Partidario del Estado campesino, en estos últimos tiempos el partido nacional campesino, por falta de energía de Ion Mihalache, ha sido esclavizado por la finanza judía. Ion Mihalache odia al Movimiento legionario.

ayudado con un pequeño capital al joven diplomado de la Escuela Comercial en los caminos del comercio.

No; el rumano ha desertado de la línea del comercio; pero estos hombres políticos han desertado de su deber de jefes, de dirigentes de la nación.

El rumano, abandonado por sus jefes, ha vivido solo frente a la coalición israelita, a sus maniobras fraudulentas, a su concurrencia desleal, y ha salido derrotado.

Llegará, sin embargo, el día en que estos jefes deberán responder de sus acciones.

LOS GRANDES PLANES DEL JUDAÍSMO RESPECTO A LA TIERRA Y A LA ESTIRPE RUMANA

Repito que no nos encontramos frente a pobres individuos llegados por casualidad, por su propia iniciativa, en busca de refugio entre nosotros.

Nos encontramos frente a un Estado judaico, frente a un ejército que viene a nosotros con planes de conquista; los movimientos de población israelita son dirigidos hacia Rumania según un plan establecido. Probablemente el llamado Consejo judío persigue la creación de una nueva Palestina sobre una porción de tierra que, partiendo del mar Báltico, comprenda una zona de Polonia y de Checoslovaquia y la mitad de Rumania hasta el Mar Negro, donde podría fácilmente tener contacto por mar con la otra Palestina. ¿Quién es tan ingenuo que crea que los desplazamientos de las masas israelitas se hacen por casualidad? Vienen con un plan; pero no con el valor de las armas, del riesgo, de la sangre derramada, que les crearía una base de derecho sobre esta tierra.

* * *

¿Cómo conocemos sus planes? Los conocemos de una manera segura, deduciendo la conclusión de los movimientos del adversario. Cualquier jefe de tropas, siguiendo con atención las acciones del enemigo, se da cuenta de los planes que persigue; es una cosa elemental, ¿es que ha habido en cualquier guerra del mundo un solo jefe que haya conocido los planes del

adversario por haber asistido a su preparación? No; los ha conocido perfectamente por los movimientos de sus enemigos.

Para que el pueblo rumano pierda toda posibilidad de resistencia, los judíos aplicarán un plan único y verdaderamente diabólico:

1° Tratarán de romper los lazos espirituales con el cielo y con la tierra.

Para la rotura de los lazos con el cielo emplearán la difusión en gran escala de las teorías ateas, reduciendo al pueblo rumano, o quizá solo a sus jefes, a la condición de pueblo separado de Dios y de sus muertos, matándoles, no con la espada, sino arrancando sus raíces de vida espiritual, para la rotura de los lazos con la tierra, fundamento material de existencia de una raza. Atacarán el nacionalismo como idea de Patria y de tierra, rompiendo el amor que une a los pueblos con sus campos.

2° Para conseguir esto intentarán adueñarse de la prensa.

3° Emplearán cualquier pretexto para que en el pueblo rumano haya discordias, luchas, y si es posible, lo dividirán en dos partidos para que se combatan entre ellos.

4° Tratarán de acaparar más y más los medios de existencia de los rumanos.

5° Empujarán sistemáticamente a los rumanos a la desolación, destruyendo las familias y la fuerza moral.

6° Les envenenarán y aturdirán con toda clase de bebidas y venenos.

Quien quiera que desea matar o conquistar a un pueblo, podrá hacerlo empleando este sistema.

Todas estas cosas destruyen a una nación más efectivamente que atacándola con millares de cañones y aeroplanos.

Miren atrás un poco los rumanos, y verán que contra ellos se ha empleado con precisión y con tenacidad este sistema verdaderamente asesino; abran los ojos y lean la prensa de cuarenta años a esta parte, desde que está bajo la dirección judía; relean Adevarul, Dimineatza, Lupta, Opinia, Lumea, etcétera, y verán si de todas sus páginas no se deduce sin interrupción este plan.

Abran los rumanos sus ojos y diríjanlos sobre la desordenada vida pública rumana. Ábranlos y miren bien.

Estos planes son, sin embargo, como los gases en la guerra. Debes emplearlos para el adversario, pero ¡ay de ti si te tocan!

Predican el ateísmo para los rumanos, pero ellos no son ateos, antes al contrario, cumplen con escrupulosidad los más pequeños preceptos religiosos. Quieren arrancar a los rumanos el amor por la tierra, pero ellos acaparan tierras; se levantan contra la idea nacional, pero ellos siguen siendo apasionados nacionalistas.

LOS PLANES DEL JUDAÍSMO RESPECTO AL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

Quien crea que las fuerzas del judaísmo se han encontrado faltas de planes de acción frente al movimiento estudiantil, se engaña. Durante un momento, los judíos, heridos en sus habituales trayectorias, quedan desorientados. Intentan oponer a los estudiantes los obreros del movimiento comunista, es decir, siempre rumanos, pero sin resultado; porque, por una parte, los trabajadores están exhaustos, y, por otra, han empezado también a ver que luchamos y sufrimos por sus derechos y por los de la raza, y muchos de ellos están en espíritu con nosotros.

Viendo que no consiguen ponernos frente a los trabajadores, lanzan contra los estudiantes al Gobierno y a toda la masa de los políticos. ¿Con qué medios? Los partidos tienen necesidad de dinero y préstamos del exterior cuando están en el Gobierno, y de votos y de prensa cuando están en la oposición.

Los judíos amenazan con suprimir las subvenciones necesarias a la propaganda electoral de los respectivos partidos. Amenazarán con la finanza judía internacional, no concediendo más préstamos. Especularán con el juego de una gran masa de votos, por medio de la cual pueden determinar la victoria y la derrota del sistema democrático, ahora que tienen los derechos políticos. Amenazarán con la prensa, de la que son casi amos totales, y sin la cual un partido o un Gobierno puede caer derrotado.

Dinero, prensa y votos son factores decisivos para la vida o la muerte en el régimen democrático. Los judíos lo tienen todo, y por esto los partidos rumanos, han llegado a ser simples instrumentos en manos del poder judío.

De modo que nosotros, que hemos empezado la lucha contra los judíos, debemos luchar en un momento dado contra el Gobierno, contra los partidos, contra las autoridades y contra el Ejército, en tanto que los judíos permanecen tranquilamente ajenos a la cuestión.

ARGUMENTOS Y ACTITUDES JUDÍAS

¿Qué dirán los extranjeros del movimiento antisemita de Rumania y de la vuelta a la barbarie? ¿Qué dirán los hombres de ciencias? ¿Qué dirá la civilización?

Nuestros hombres políticos nos repetirán a cada paso los argumentos judíos, impresos todos los días en todos los periódicos. Cuando finalmente, después de ocho años, Alemania, con toda su civilización y su cultura, se levanta contra los judíos y vence a la hidra, gracias a Adolf Hitler, los argumentos caen; entonces aparece otro: Estamos al servicio de Alemania pagados por los alemanes para actuar de antisemita.

¿De dónde obtenemos los fondos necesarios?

Y de nuevo, los políticos rumanos, sin alma, sin carácter y sin honor, repiten, según la prensa judía: ¿De dónde sale el dinero? Estamos a sueldo de Alemania.

En 1919, 20 y 21, toda la prensa israelita se lanzaba al asalto del Estado rumano, desencadenando en todas partes el desorden, exhortando a la violencia contra el régimen, forma de Gobierno, Iglesia, Ejército rumano, la idea nacional y el patriotismo.

Ahora, como por encanto, la misma prensa, guiada exactamente por los mismos hombres, se ha transformado en protectora de los hombres, del Estado, de las leyes, se declara contra la violencia, y nosotros nos hemos convertido en «enemigos del país, extremistas de derechas a sueldo y al servicio de los enemigos del rumanismo», etc. Y antes de terminar, hemos de oír todavía más: que estamos subvencionados incluso por los judíos.

¿Cuándo llegará el día en que los rumanos comprendan las falsas y pérfidas argumentaciones judías y las rechacen como cosa de origen satánico? ¿Cuándo llegará el momento en que comprendan la borda estructura espiritual de esta nación?...

He aquí un ejemplo del trato que recibieron tres profesores universitarios rumanos: A. C. Cuza, Paulescu y Sumuleanu.

El «Curierul Israelit» (Correo israelita), órgano de la Unión de los Judíos naturalizados, del 23 de abril de 1922, publicó en su artículo principal, bajo el título «Los muertos vivientes», lo siguiente:

«Una camarilla de bufones y calumniadores públicos se ha reunido para formar una banda de malhechores. Y para vergüenza del país en esta camarilla se encuentran tres profesores de nuestras universidades».

«Y estos matones, estos muertos vivientes del pasado quieren resucitar el antisemitismo... ¿y algunos payasos retrógrados lo conseguirán, ahora, cuando el antisemitismo oficial está desapareciendo y el voto universal también traerá inevitablemente consigo la democratización de nuestra vida pública y socia? ¡No! Es un trabajo inútil, los muertos vivientes no detendrán a la humanidad en su marcha hacia adelante, y ni siquiera habrá necesidad de clavarles una estaca en el pecho: el ridículo de su infamia acabará con ellos para siempre».

«Nos hemos ocupado de la salvaje acción iniciada por la llamada "Unión Nacional Cristiana", compuesta por cinco bufones y medio, para marcarlos de una vez por todas en su infame actitud, para advertir a los judíos que todavía hay malhechores contra los que tendrán que defenderse».

Así pues: camarilla de bufones, calumniadores públicos, banda de malhechores, matones, muertos vivientes, ridícula infamia, acción salvaje, infame actitud; esto es lo que son los profesores de rumanismo: Cuza, Paulescu, Sumuleanu, y estas son sus acciones salvadoras de la nación.

Recibimos en las mejillas y sobre nuestra alma rumana burlas sobre burlas, bofetón sobre bofetón, hasta encontrarnos en esta terrible situación: Los judíos, defensores del rumanismo, resguardados de cualquier molestia, viven con tranquilidad y abundancia, y nosotros, enemigos del rumanismo, con la libertad y la vida en peligro, perseguidos como perros rabiosos por todas las autoridades rumanas.

Yo he visto con mis ojos y he vivido estas horas, amargados hasta lo más hondo del alma. Luchar por tu tierra, puro como las lágrimas, y luchar durante años y años en la pobreza y el hambre escondida, pero desgarradora, para verte en un momento dado incluido en las filas de los enemigos de la Patria, perseguido por los rumanos, con la tacha de que luchas porque estás

pagado por los extranjeros, y para ver a todos los judíos amos del país, elevados a custodios y protectores del rumanismo y del Estado rumano, amenazado por ti, juventud del país, es algo verdaderamente horrible.

Noches enteras nos desvelaban estos pensamientos, y en ciertas horas en que estábamos disgustados y llenos de vergüenza, nos arrastraba la tristeza y pensábamos si no hubiera sido mejor que nos hubiéramos desparramado por el mundo, o si no hubiera sido más oportuno provocar una venganza en la que todos encontrásemos la muerte: nosotros, los rumanos infames, y la cabeza de la hidra judaica.

EL CONGRESO DE JEFES DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

En una reunión restringida del Comité de Bucarest se determinó celebrar el primer Congreso de jefes y delegados del movimiento estudiantil, después de un año de lucha.

Este Congreso debía tener lugar en Cluj en los días 22, 23, 24 y 25 de agosto de 1923. Motza, el presidente del Centro «Petru Maior», nos comunica que las autoridades le han hecho saber la prohibición de este Congreso. Los de Iasi hemos contestado a Cluj, como también desde otros Centros, que asumimos la responsabilidad de que este Congreso se celebre en Iasi, incluso si el Gobierno trata de impedirlo. Los Centros han aprobado, y nosotros emos cumplido con nuestro deber, preocupándonos del acuartelamiento de los 40 delegados anunciado.

La mañana del día 22 hemos recibido en la estación, uno después de otro, a los delegados de Cluj, que traen a su frente a Ion Motza; a los de Cernautzi, con Tudose Popescu y Carsteanu, y a los de Bucarest, Napoleón Cretzu, Simionescu y Rapeanu.

A las diez nos hemos dirigido en corporación a la Iglesia Metropolitana para orar y celebrar un Réquiem en memoria de los estudiantes caídos en la guerra, entre los que se cuenta el capitán Stefan Petrovici, ex presidente del Centro estudiantil de Iasi; con gran sentimiento hemos encontrado la puerta de la Iglesia Metropolitana cerrada con cadenas y custodiada por gendarmes.

Entre tanto, llega el viejo profesor Gavanescul; entonces nos ponemos todos de rodillas, y con la cabeza descubierta, rezamos en medio de la calle,

frente a la iglesia, que ni siquiera los turcos han cerrado jamás a quienes querían rogar en ella. Llegando, por casualidad, el sacerdote Stiubei, y viéndonos arrodillados, se ha acercado a nosotros y nos ha leído las oraciones.

Después, con la cabeza descubierta, silenciosos y llenos de dolor, hemos recorrido el camino hasta la Universidad, bajo las miradas de los judíos, que parecían flechas lanzadas desde las puertas o desde las ventanas de sus comercios.

En las escalinatas de la Universidad se encontraban las autoridades, rodeadas de numerosos policías, que nos han anunciado que el Ministerio del Interior había prohibido el congreso.

El procurador nos ha detenido, intimidándonos para que nos dispersásemos. Despechado, he respondido: «Señor Procurador, es que nos encontramos en un país en el que impera la Ley. La Constitución nos garantiza el derecho a reunirnos, y usted sabe mejor que nosotros que un ministro no puede derogar los derechos que están garantizados por la Constitución; por eso, en nombre de la Ley, la cual, no nosotros, sino usted, incumple, le intimamos para que se retire».

Exasperados por el sacrilegio que había sido cometido una hora antes, cuando con cadenas se nos había cerrado la puerta de la iglesia, negándonos el derecho a rogar, y viéndonos ahora frente a una segunda e injusta tentativa provocadora y humillante, la de impedirnos la entrada en nuestra propia casa, en la Universidad, y dándonos cuenta de que esta mediada constituía una desvergonzada violación de la Ley, hemos arrollado todo lo que nos impedía el camino, y después de una lucha, hemos ocupado a la fuerza la Universidad.

El 13° Regimiento, aparecido un momento después, rodea la Universidad. Habíamos hecho barricadas, defendiendo la entrada. Ante nosotros, en todas las ventanas, se han colocado tres soldados con la bayoneta calada; en esta situación, en una atmósfera oprimente, empieza la reunión en el anfiteatro de la Facultad de Leyes, a las doce.

Los congresistas, pálidos por la rabia y mudos de dolor por lo que había sucedido en la iglesia metropolitana y aquí, difunden por las salas desiertas un aire de profunda tristeza. Reina en todos la preocupación del asalto de

Ejército y su entrada en la Universidad contra nosotros y de las consecuencias que de esto se deducirían.

Pronunciamos discursos; pero el Congreso comprende la tragedia de la situación y tiene el presentimiento de que ocurrirán cosas graves.

Soy elegido presidente para el primer día: se comienza estigmatizando lo sucedido; algunos piden la palabra y protestan; después empiezan las discusiones sobre el movimiento. ¿Qué actitud adoptamos para el año que se inicia? ¿Capitulamos? ¡Es penoso! Un año de lucha sin ningún resultado. ¡Al contrario, cubiertos de vergüenza, humillados, batidos! ¿Seguimos adelante? También es penoso. Los estudiantes, agotados, no pueden empezar un segundo año de lucha; sin embargo, Motza, Tudose Popescu, Simionescu y yo sostenemos la tesis de la continuación de la lucha; de nuestra capitulación no saldrá otra cosa que vergüenza y humillaciones; de nuestro sacrificio es imposible que no nazca algo que no sea mejor para esta raza.

Hacia las ocho, cuando anochecía, oímos tumulto en la calle. Constantin Pancu, el viejo luchador de 1919, con los estudiantes que habían quedado fuera y con gran número de ciudadanos, se había reunido en Tuffli y con antorchas encendidas intentaba avanzar hacia la Universidad para traernos algunos sacos de pan.

Nos lanzamos a las ventanas y miramos; los manifestantes rompen el cordón de Tuffli y suben a la carretera. El segundo cordón en dirección a la calle Coroiu es roto, después de una lucha difícil. Damos grandes vivas. El tercer cordón es igualmente roto. Nosotros nos preparamos al ataque desde dentro para salir, pero los nuestros no pueden romper el cuarto cordón.

Se oye la voz de Pancu, que está con su saco de pan en los pies:

«Son nuestros hijos».

A nosotros se nos saltan las lágrimas de alegría; por este pueblo luchamos, y no nos abandona.

A las nueve empiezan las conversaciones entre nosotros y las autoridades a través de Napoleón Cretzu. Prometen la inmediata liberación de todos los estudiantes asediados en la Universidad, a condición de que me entreguen. Los estudiantes se niegan. Hacia las once se nos anuncia que se acepta la salida en grupos de tres cada vez, ciertamente con la intención de detenerme a la salida.

Cada cinco minutos salían grupos de tres en tres.

En la puerta son observados atentamente por cuatro comisarios y agentes. Me quito rápidamente mi traje nacional, lo doy a otro camarada y me visto con su vestido. Salgo con Simionescu y otro. Al abrirse la puerta dejo caer del bolsillo algunas monedas. Con el ruido, los policías miran al suelo y preguntan:

¿Qué han perdido, señores?

—Todos nosotros, con las cabezas agachadas, buscando junto al suelo, respondemos: «Unas monedas».

Simionescu continúa con ellos buscando y encendiendo cerillas, y entre tanto, yo desaparezco.

* * *

Con el mayor secreto fijamos la continuación del Congreso para el día siguiente fuera de la ciudad, en Manastirea Cetatzuia.

Consigo escurrirme hasta allí, convenientemente disfrazado, y tengo la fortuna de que no me conozcan ni siquiera los congresistas. Preside Ion Motza. Con observatorios emplazados en buenos lugares trabajamos tranquilos, porque desde el monte se puede ver a un hombre que se acerca dos kilómetros antes. Estamos allí hasta última hora de la tarde. Se hacen propuestas y se toman decisiones. Precisamente en esta sesión se proclama el 10 de diciembre, fiesta nacional de los estudiantes rumanos.

* * *

EL tercer día el Congreso continúa en un bosquecillo de los montes de Gálata. Por mayoría se decide continuar la lucha. Se elige a un Comité de acción de cinco, que dé directivas a todo el movimiento estudiantil en todas las Universidades. El Comité está compuesto por Ion Motza, de Cluj; Tudose Popescu, de Cernautzi; Ilie Garneatza, de Iasi; Simionescu, de Bucarest, y yo.

Con la creación de comité, el viejo directorio estudiantil de Bucarest, poco arrojado y decidido, cayó para siempre; subsistió en su forma, pero sin contenido.

Ahora se decide oficialmente, por primera vez, una nueva orientación; la lucha contra los partidos políticos, considerados como desligados de la raza,

y la fe en un nuevo movimiento rumano que los estudiantes deben ayudar oficialmente vencer: la «Liga de Defensa Nacional Cristiana». El cuarto día el Congreso cierra sus trabajos en casa de la señora Ghica, en la calle Carol.

Por la noche, los estudiantes parten cada uno para su Centro, y yo salgo para Campul Lung, para organizar el congreso de la L.D.N.C., en Bucovina, en el que tomarán parte el profesor Cuza con los notables del movimiento; puedo arreglármelas difícilmente, porque se había expedido un mandato de arresto contra mí; durante el viaje me alegraba por todas las decisiones de este Congreso que estaban en el espíritu de nuestro punto de vista; pero, sobre todos, porque para nuestro grupo habíamos ganado un hombre: Ion Motza, el presidente del Centro «Petru Maior»; de Cluj.

EL CONGRESO DE CAMPUL LUNG DE LA «L.D.N.C.»

El congreso de Campul Lung se celebra el lunes 17 de septiembre de 19523. Solo después de una áspera lucha puede celebrarse, porque el Gobierno lo ha prohibido y ha enviado para impedirlo tropas desde Cernautzi al mando de un coronel. En todas las entradas fueron colocados fuertes cordones.

Hemos concentrado todas nuestras fuerzas en la barrera occidental de la ciudad, Sadova Pojorata. Después hemos roto los cordones gracias a los arqueros de Vatra Dornei y Candreni, asegurando durante una hora el paso de todo el convoy, compuesto de varios centenares de carros.

El Congreso se ha celebrado en el patio de la iglesia de la ciudad. Han hablado el profesor Cuza, mi padre, el doctor Catalín, presidente de Bucovina; Tudose Popescu y los hermanos Octavio y Valeriano Danieleanu, los cuales, llenos de fe, han organizado, junto con el doctor Catalín, este imponente Congreso. Los orgullosos campesinos de los montes, con sus largas cabelleras, llevando sus blancas camisas y grandes capotes, se han reunido al sonido de sus trompas de monte en su ciudad, marciales y numerosos como jamás se les vio. Creían que había llegado la hora esperada durante siglos, en que el rumano había de pisotear la hidra que le acogota y había de alzarse como dueño de su país, de sus montes, de sus aguas y de sus ciudades.

Han hecho la guerra duramente; sus sacrificios, en todos los frentes de combate, han creado la gran Rumania; pero con gran dolor y desolación para ellos, la gran Rumania no les ha llevado lo que esperaban, porque la gran Rumania se ha negado a romper las cadenas que le sujetan a la esclavitud judía, que los han atormentado durante tanto tiempo.

La gran Rumania ha dejado que les explotasen los judíos y les ha lanzado la plaga de los políticos que los traten a latigazos y los encarcelan cuando intentan reclamar los históricos derechos que les han sido robados.

Todos los bosques de la Bucovina, todos aquellos montes cubiertos de abetos pertenecientes a la iglesia ortodoxa, también desnaturalizada, se han dado en explotación al judío Anhauch al precio increíble de 10 leis el metro cúbico, en tanto que los campesinos rumanos lo pagaban a 350 leis.

Caen los bosques y montes bajo el hacha despiadada de los judíos. Se extiende la miseria y la tristeza en las aldeas rumanas. Los montes quedan reducidos a piedras desnudas, y Anhauch y sus parientes transportan siempre, transportan sin reposo, sus maletas llenas de oro más allá de las fronteras.

Y de estas fabulosas ganancias gozan los políticos rumanos, compañeros de los judíos en la explotación y la miseria de millares de campesinos.

* * *

La concentración delega en un número de 30 campesinos notables para que vayan a Bucarest, guiados por el doctor Catalín y por Valerio Danieleanu, para presentarse al primer ministro y rogarle que adopte medidas contra la devastación de los montes, anulando el anterior contrato, y a rogarle además que establezca el Numerus Clausus en las escuelas, para demostrar el efecto y agradecimiento a los estudiantes que les han llamado a la lucha.

La asamblea nos ha elegido también a Tudose Popescu y a mí para ir a Bucarest, con los otros 30 campesinos, como sus representantes. Yo he emprendido el viaje antes para hacer que estos campesinos, que venían por primera vez a la capital del país con tanta pureza en los corazones, con tanto dolor y con tanta esperanza, que venían también por nosotros, estudiantes,

haciendo gastos colosales en relación con su pobre condición, fueran bien recibidos por los estudiantes rumanos.

El día de la llegada, en el andén de la estación de Bucarest, los estudiantes les han recibido regiamente. Recibían a reyes de todos los tiempos de la tierra rumana. Y ellos, con los ojos llenos de lágrimas, descendían de los vagones en su santa capital.

Detrás de la estación esperaban el Procurador Rascanu, policías y cordones de carabineros, que prohibían el paso. Se da orden a los carabineros y a la policía para que carguen. Las culatas de los fusiles y los vergajos caen sobre las blancas ropas de los campesinos y sobre sus caras piadosas. Los estudiantes colocamos en el centro a los viejos y rompemos el primer cordón. En el Politécnico destrozamos el segundo, después el tercero y llegamos a la plaza de Matche Macelaru.

Los campesinos lloran. Uno, loco de indignación, no se puede dominar y se arranca la camisa de encima.

Al día siguiente vamos todos juntos para que nos reciba el primer ministro en el local del Consejo, en la calle Gogu Cantacuzino; nos dicen que volvamos al día siguiente; después nos anuncian que seremos recibidos al tercer día.

Por fin, vamos, entramos en una sala y esperamos cerca de una hora, silenciosos, cuchicheando y andando sobre la punta de los pies.

Aparece el jefe del protocolo:

Señores, márchense, porque el señor primer ministro no les puede recibir. Entra ahora en Consejo de ministros.

Pero vinimos desde muy lejos –intentamos decir.

Nos dan con la puerta en las narices. Yo pienso: cada hombre ha gastado 1.000 leis solo para el tren. ¿Nos volveremos sin resultado? Ellos no pueden seguir más días aquí.

Agarro la puerta con las dos manos y empiezo a sacudirla violentamente con todas mis fuerzas, y grito:

Abran o rompo la puerta y entro por la fuerza.

Empiezo a patadas con ella, los campesinos empiezan a vociferar y apoyan sus hombros en ella.

Se abre la puerta y aparece una docena de individuos asustados, con los cabellos revueltos y palidísimos; creo que eran los periodistas.

¿Qué quieren, señores? —preguntan.

Decir al primer ministro que si no nos deja entrar lo destrozamos todo y entramos por la fuerza.

Pocos minutos después se nos abren de par en par las puertas y entramos.

Subimos una escalera y llegamos arriba. Allí, en una sala, de pie, alto y derecho, Ion Bratianu, y a sus espaldas, el ministro Angelescu, Florescu Constantinescu, Vintila Bratianu y otros.

¿Qué queréis, buena gente? —pregunta.

Nosotros estábamos todavía dominados por la irritación y hubiéramos deseado aparecer más resueltos, dando la nota real del estado de ánimo; perol os campesinos, andando con sus sandalias por las escaleras de mármol y finas alfombras, habían cedido:

Alteza, señor primer ministro. Os besamos las manos y nos postramos a vuestros pies. ¿Que qué queremos? Queremos justicia, pues los judíos nos han desbordado. Ellos transportan la leña por centenares de vagones, y en nuestras casas entra el agua de lluvia porque no tenemos ni siquiera una astilla con que recubrirlas; no podemos llevar los niños a la escuela. Ellos han llenado las escuelas, y nuestros hijos se convertirán en sus siervos.

Después han hablado otros campesinos.

Bratianu ha escuchado; no ha hecho la menor alusión a nuestro anterior escándalo, y después de que los campesinos han añadido:

Pedimos también para los estudiantes, nuestros hijos, que se establezca, como han pedido ellos, el Numerus Clausu.

Ionel Bratianu ha contestado:

Id a casa y tened paciencia, porque haré estudiar la cuestión de cerca: por lo que respecta al Numerus Clasus, es imposible. Señaladme un solo Estado de Europa que haya establecido esta medida, y la estableceré también yo.

* * *

Europa despertará apenas diez años después y establecerá el Numerus Clausus, dándonos la razón; pero Ionel Bratianu ya no existirá para poder mantener su palabra, y sus descendientes se habrán transformado en vulgares

criados del judaísmo, que alzarán los puños para golpearnos y que nos matarán por orden de amos extranjeros.

* * *

Nos hemos ido sin ninguna esperanza. No se hará nada. Como resultado inmediato de la audiencia, después de algunas horas son detenidos el doctor Catalín, jefe de la Delegación, y Valeriu Danieleanu.

Con un grupo de estudiantes he hecho una tarde una demostración hostil ante la casa del ministro del Interior. Ha sido detenido el estudiante Vladimir Frimu y encarcelado en Vacaresti.

Yo he salido después para Campul Lung.

UN COMPLOT ESTUDIANTIL EN 1923

Motza también ha venido a Campul Lung para ir a visitar al ermitaño de Petru Rares[38] en Rarau[39], el monte que más quiero. Subiendo el Rarau, Motza empieza a comunicarme sus torturas espirituales.

Los estudiantes no pueden resistir este Oroño, y mejor que una capitulación vergonzosa, nuestra y de todos, después de un año de lucha, es preferible que les aconsejemos vuelvan a las clases, y nosotros, que los hemos guiado, terminaremos bien el movimiento sacrificándonos, pero haciendo caer con nosotros a todos aquellos que juzguemos más culpables de traición a los intereses rumanos. Nos procuraremos revólveres y dispararemos sobre ellos, dando un ejemplo terrible que quedará en nuestra historia. Lo que sea de nosotros después de esto, tanto si morimos como si somos condenados a cadena perpetua, no interesa.

[38] Petru Rares. Señor de Moldavia, hijo natural de Esteban el Grande. Príncipe valeroso, combatió contra los polacos, pero fue desgraciado. Concertó también alianzas con los cristianos de Occidente y luchó contra los turcos. Perdió el trono porque llegó un momento en que tenía contra él a los turcos, húngaros y tártaros.

[39] Rarau. Monte de la parte meridional de Bucovina. Al Capitán (Codreanu) le agradaba mucho este monte, al cual se había retirado varias veces en los tiempos difíciles.

Estaba de acuerdo en que el acto final de nuestra lucha fuese, aun a costa de nuestra propia ruina, un acto de castigo de todos los pigmeos que, desertando del puesto de gran responsabilidad que ocupaban, han humillado y expuesto a todos los peligros a la nación rumana. Y hemos sentido en aquel momento rebullir la sangre, que exigía venganza de las injusticias y de la larga serie de humillaciones soportadas por nuestra nación.

Poco tiempo después se encontraban reunidos en Iasi, en casa del señor Butnaru, en la calle Savescu, número 12, Ion Motza, Corneliu Georgescu y Vernichescu, de Cluj; Ilie Garneatza, Radu Mironovici, Leónida Bandas y yo, de Iasi, y Tudose Popescu, de Cernautzi.

El problema que se nos planteaba era este: ¿Quién debe responder primero? ¿Quiénes son los más culpables del estado de desgracia en que se debate el país? ¿Los rumanos o los judíos? Nos hemos puesto de acuerdo en que los primeros y mayores culpables son los rumanos infames, que, por el oro de Judea, han traicionado a su raza. Los judíos son nuestros enemigos, y en esta cualidad nos odian, nos envenenan, nos exterminan. Pero los jefes rumanos, que se ponen con ellos en su misma línea, son más que enemigos: son traidores. El primero y más atroz castigo corresponde, en primer lugar, al traidor, y en segundo, al enemigo.

Si tuviera un solo proyectil, y frente a mí a un enemigo y a un traidor, se lo enviaría al traidor.

Nos hemos puesto de acuerdo en la determinación de algunos elementos traidores, y hemos elegido seis ministros, bajo la jefatura de George Marzescu. Al fin llegaba la hora en que los canallas, que jamás se habían imaginado tener que responder de sus actos en un país del que se consideraban dueños absolutos, sobre un pueblo incapaz de reaccionar, habían de recibir su merecido.

Esta vez la nación dirigía a los vengadores a través de los invisibles hilos del alma.

Hemos pasado después a la segunda categoría, la de los judíos, a quienes debíamos castigar, entre dos millones.

Hemos esperado, hemos pensado, hemos discutido y, finalmente, hemos llegado a la conclusión de que los verdaderos jefes del ataque judío contra los rumanos son los rabinos, todos los rabinos de todas las aldeas y de todas las ciudades; ellos guían a las masas judías, y donde cae un rumano, no cae

por casualidad, sino que cae por orden de los respectivos rabinos. Detrás de cada político comprado existe una cabeza de rabino que ha instruido y ha ordenado al «Cahal» o a los banqueros judíos el pago. Detrás de cada periódico judío y en todas las calumnias, mentiras, instigaciones, se ve la mano del rabino.

Nosotros, sin embargo, éramos pocos, y hemos elegido a los grandes de Bucarest.

Después hemos elegido a los banqueros Arístides y Mauriciu Blank, que han corrompido a todos los partidos y a todos los políticos rumanos, haciéndoles miembros de los Consejos de Administración y cubriéndoles de dinero; también a Vernovici, que finanza al partido liberal.

Después a los judíos de la prensa. Los más descarados, los más envenenadores, Rosenthal, Filderman y Honingman, directores de los periódicos Dimineatza (La mañana), Adevarul (La verdad) y Lupta (La lucha), todos enemigos del rumanismo.

Por grupos nos hemos dirigido a Bucarest, despidiéndonos para siempre de Iasi. He dejado una carta a los estudiantes, en la que les explicaba nuestro gesto; me despedía de ellos y les exhortaba a volver a las lecciones, pero conservando intacta la fe hasta la victoria final. Todos nosotros hemos dejado cartas dirigidas a nuestros padres y camaradas de lucha.

En Bucarest nos hemos encontrado nuevamente. Hemos ido a visitar a Danulescu, a quien conocíamos desde hacía algún tiempo y nos había producido buena impresión. El no entraba en esta escuadra, pero le hemos rogado que nos albergase, lo que ha hecho con muy buena gana.

Desde su casa hemos ido hacia las ocho de la tarde a la de Dragos, en la calle del 13 de septiembre, número 41, donde debíamos puntualizar algunos detalles y discutir la fecha en que debíamos iniciar la acción.

Apenas nos habíamos reunido, cuando Dragos entró pálido, diciendo:

Hermanos, la policía ha rodeado la casa.

Era la tarde del 8 de octubre de 1923, a las nueve.

Un segundo de incertidumbre en el que ni siquiera hemos tenido tiempo de hablar. Nuestras miradas se han cruzado, mirando cada uno en los ojos de los demás. Un segundo después he salido a la puerta y por su mirilla he visto la figura del general Nicoleanu y la de los Comisarios, que la forzaban. Al tercer segundo la puerta se ha abierto y la casa se ha llenado de policías.

El general Nicoleanu grita:

Arriba las manos.

Pero no hemos tenido tiempo de hacerlo, porque cada uno ha sido sujetado por dos Comisarios y todos puestos en línea; a la derecha estaba yo; después Motza, Georgescu, Tudose Popescu, Radu Moronovici, Vernichescu y Dragos.

Entregad las armas.

No tenemos –hemos respondido.

Tan solo Motza y Vernichescu tenían cada uno una Browning de 6,35; después nos han sacado de la casa, y a cada uno nos han colocado en un auto que esperaba en la calle.

Se oía el llanto de la anciana madre de Dragos.

Los autos arrancan; ¿dónde nos llevan? No pronunciamos una palabra, no preguntamos nada a quienes nos han hecho prisionero. Tampoco ellos nos interrogan. Después de recorrer varias calles entramos en la Jefatura de policía, donde nos registran minuciosamente y nos quitan todo lo que teníamos encima, comprendidos el cuello y la corbata. Estos registros, estos despojos, nos humillan grandemente, pero estamos apenas al principio de nuestro camino de humillaciones. Puestos después de pie, cara a la pared, sin poder volver la cabeza durante bastante tiempo, pensamos: Hombres que hace algunas horas estábamos libres y decididos a romper las cadenas de nuestra raza, he aquí a lo que hemos llegado: a ser pobres impotentes que están cara a la pared, inmóviles, bajo la orden de algunos desgraciados agentes de policía, habiendo sido registrados como rateros y despojados de cuellos, corbatas, pañuelos y anillos.

Aquí empieza nuestro sufrimiento, que poco a poco nos desgarrará el corazón, y se empezaba por la humillación; creo que no existe sufrimiento más grande para un hombre de lucha, que vive orgulloso y de honor, que ser desarmado y humillado después. En todo caso, la muerte es mucho más dulce que esto.

Somos encerrados después en un cuarto con bancos y puestos a cinco metros uno de otro con agentes a nuestro lado, sin permiso para mirarnos. Así hemos estado horas enteras, hasta que han empezado el interrogatorio, al que éramos llamados por separado.

Los interrogatorios se hacían en un cuarto grande, en presencia del Procurador, del Juez instructor, del general Nicoleanu y de algunos representantes de los ministros. Mi turno ha llegado hacia la mañana. Me pusieron delante cartas mías y dos cestos, en los que se encontraban todos los revólveres que habíamos escondido en sitio seguro.

Yo no sabía lo que había ocurrido hasta allí. Comprendía que nos habían detenido; pero ¿quién había dicho dónde estaban los revólveres?

Empieza mi interrogatorio.

Ignoraba lo que habrían declarado los demás; pero he juzgado por mi mismo la situación y he tomado la decisión que he creído mejor.

Un minuto de vacilación.

Cuando se me hizo la primera pregunta, a pesar de llevar más de tres minutos en la sala, no había llegado a poder juzgar la situación en que me encontraba y tomar una decisión. Estaba agotado por el cansancio y atormentado espiritualmente.

Por esto, cuando se me ha pedido que responda, he dicho.

Señores, les ruego que me concedan tiempo para pensar un minuto antes de responder.

Se planteaba el problema de negar o no. En ese minuto se han reunido todas mis fuerzas de la mente y del alma y he llegado a la determinación de no negar, de afirmar la verdad. Y no con timidez, sino exagerando, he dicho.

Sí, las pistolas son nuestras, y con ellas hemos querido matar a los ministros, a los rabinos y a los grandes banqueros judíos.

Me han preguntado los nombres de estos. Cuando he empezado a decir los nombres, empezando por Alecsandru Constantinescu y terminando por los banqueros Blank, Filderman, Bercovici y Honigman, todos los presentes abrían los ojos, asombrados y aterrorizados. Por eso sospeché que los otros camaradas interrogados antes que yo lo habían negado.

¿Por qué matarlos?

A los primeros, porque han vendido a su país, y a los segundos, por enemigos y corruptores.

¿Y no os arrepentís?

No nos arrepentimos... Si caemos, no importa; detrás de nosotros hay todavía decenas de millares de gentes que piensan como nosotros.

De haber adoptado la táctica de la negación, debería haber estado a la defensiva, desvirtuando las acusaciones que me hacían, pidiendo indulgencia y captando su benevolencia.

En el proceso que había de seguir, tomando como base las pruebas escritas que ellos poseían, hubiéramos debido pasar por una dolorosa y vergonzosa situación, negando nuestros propios escritos y nuestra propia fe, es decir, negando la verdad. Esto está contra nuestra conciencia y contra el honor de todo el movimiento. Representantes de un gran movimiento estudiantil, ¿no habíamos de tener el valor de la responsabilidad de nuestros actos y convicciones?

Y, además de esto, los nuestros y el país no hubieran sabido nuestros pensamientos, y el único fruto de nuestros sufrimientos hubiera sido este: un país desorientado, que no conoce bien ni siquiera sus enemigos.

Finalmente me han hecho escribir esta declaración de mi puño y letra. Así lo he hecho.

Al final, sin embargo, he añadido: «El término no estaba fijado. Hemos sido detenidos mientras discutíamos. Yo sostenía fijar la fecha entre una semana o dos»; entonces los investigadores se han detenido, insistiendo en hacerme renunciar a esta confesión.

Más tarde me he dado cuenta de por qué insistían; porque esta última frase destruía el valor jurídico de toda la acusación que afirmaba nuestro punto de vista, y esto porque un complot exige cuatro cosas:

1ª Asociación para un fin.

2ª Que sean determinadas las personas.

3ª La reunión de armas.

4ª Que sea fijada la fecha de la acción.

No teníamos fijado el día y nos encontrábamos en fase de discusión.

El término era de una capital importancia porque en dos semanas podía realizarse, pero también podía ocurrir que enfermásemos o que muriesen las personas determinadas por nosotros, o que cayese el Gobierno o que cediese, etc., etc.

Toda nuestra defensa jurídica se basará en este punto.

* * *

Después de esta declaración he sido conducido por los agentes a un calabozo y encerrado solo, con un centinela en la parte exterior. He comprendido que en las celdas vecinas estaban mis camaradas; he golpeado con el puño la pared y he preguntado quién había, y a través del muro me ha respondido Motza; me he tumbado en el camastro para dormir, porque estaba completamente agotado; pero no tenía el capote, he sentido mucho frío y he empezado a temblar. Después han empezado a molestarme los piojos, que hormigueaban a decenas. He vuelto las tablas de la otra parte, pero ellos subían. He hecho varias veces esta operación, hasta que he comprendido que era ya de día.

Oí ruidos; las puertas se abrían, y hemos sido sacados y después conducidos separadamente y puestos en un automóvil, acompañado cada uno por dos carabinaros y dos comisarios; los automóviles han arrancado cada uno después de otro; en nosotros la misma pregunta: ¿Adónde vamos?

Hemos recorrido diversas calles desconocidas, con hombres curiosos que se paraban a mirar nuestro paso. Salimos de la capital, y los automóviles se paran ante una puerta grande, en la que está escrito «Prisión Vacaresti».

Nos hacen descender y nos colocan a una distancia de 10 metros uno de otro, con centinelas con bayonetas; se oye ruido de cadenas, y las puertas se abren, entramos uno tras otro, después de hacernos la señal de la cruz. Llevados a la Dirección, se nos entregan los mandatos de arresto. Nos damos cuenta de que estamos detenidos por complot contra la seguridad del Estado, con el previsto castigo de trabajos forzados.

Somos llevados a otro patio, en medio del cual existe una iglesia; todo alrededor hay muros, y pegados a ellos, celdas y habitaciones. Soy llevado a una de las del fondo, de un metro de ancho y dos de largo, y encerrado desde la parte exterior con cerrojo; dentro hay tan solo un lecho de madera, próximo a la puerta, y un pequeño ventanuco con enrejado; me pregunto dónde estarán los otros, y después me tumbo sobre las tablas y me quedo adormilado; después de unas dos horas me despierto temblando; hacía frío, y en la celda no entraba ni siquiera un rayo de sol. Miro asombrado a mi alrededor, no pudiendo creer dónde estoy. Miro mejor, y veo la miseria que hay en torno a mí, y considero la penosa situación en que me encuentro; una oleada de dolor me ahoga el corazón, pero me conforto por mí mismo.

Es por la Patria.

Empiezo después a hacer movimientos con los brazos para calentarme.

Hacia las once oigo pasos; un guardián abre mi puerta; le miro; quizá lo he conocido en mi vida; es un hombre extraño y brutal que me mira con malos ojos; me da un pan negro con una escudilla de rancho; le pregunto:

¿No tendría por casualidad un cigarrillo?

No tengo.

Me cierra nuevamente con cerrojo y se va; parto el pan negro y tomo algunas cucharadas de rancho; después lo dejo en el suelo, sobre el cemento de la celda, y empiezo a reunir mis pensamientos; no podía comprender cómo nos ha detenido la policía. ¿Nos ha traicionado alguno? ¿Cómo han podido encontrar los revólveres?

Nuevamente oigo pasos; un sacerdote y algunos señores se acercan a mi puerta y empiezan a decir:

¿Es posible que vosotros, jóvenes cultos, hagáis estas cosas?

Si es posible que este pueblo rumano perezca invadido por los judíos y desbordado por la traición, la desolación y la burla de sus jefes, es posible también lo que hemos hecho nosotros.

Pero si tenéis muchas vías, legales.

Hemos intentado todas las vías legales, hasta que hemos llegado aquí; si hubiéramos encontrado una sola de ellas abierta, quizá no hubiéramos llegado a estas celdas.

¿Y ahora estáis bien? Debéis expiar por lo que habéis hecho.

Quizá de nuestro sufrimiento saldrá algo mejor para esta raza.

Se han marchado; hacia las cuatro ha venido un guardián y me ha traído una manta apolillada y un gran saco lleno de paja, en lugar de colchón. Lo he ordenado todo como mejor he podido, y después de comer un poco de pan, me he acostado.

Recordaba la discusión con el sacerdote, y me decía:

«De la diversión y de la vida tranquila de sus hijos jamás ha ganado nada una raza; de los sufrimientos, siempre ha salido algo mejor para ella».

Había conseguido encontrar un sentido a nuestros sufrimientos, y al mismo tiempo, un sostén moral para estas horas tristes.

Me he levantado, me he puesto de rodillas y he rogado:

«Señor, tomamos sobre nosotros todos los pecados de esta raza; acepta nuestros sufrimientos y haz que estos sufrimientos fructifiquen en días

mejores para ella». He pensado en mi madre y en los míos, que quizá conocían ya mi suerte y se acordaban de mí. He rogado también por ellos, y me he acostado.

Aunque me he acostado vestido y envuelto en la manta, he tenido frío y he dormido mal, a causa del colchón de paja. Me he despertado a las ocho, cuando un guardián me habría la puerta preguntándome si quería salir algunos minutos; he salido y he empezado a hacer gimnasia para calentarme.

Mi fila de celdas estaba más alta que las demás, y veo todo el patio. Veo a una persona en traje nacional, que pasea junto con los ladrones. Era mi padre. ¿Qué hacía aquí? ¿Estaba detenido él también? Hago algunas señales y me ve. El guardián me lo prohíbe.

Señor, no le he permitido que haga señales.

Es mi padre le respondo.

Puede ser, pero no le está permitido hacer ninguna señal.

Le miro y le digo.

Camarada, déjanos con Dios y con los sufrimientos que nos ha dado Él, pero no añadas tú otros y he entrado en la celda.

Después de comer me han hecho salir de nuevo, me han colocado entre bayonetas y me han conducido fuera de la prisión; allí, en la calle, estaban todos preparados en fila de a uno, a 10 metros de distancia uno de otro, entre dos bayonetas y me han conducido fuera de la prisión; allí, en la calle, estaban todos preparados en fila de a uno, a 10 metros de distancia uno de otro, entre bayonetas. En cabeza estaba mi padre, entre dos soldados con bayonetas caladas. Habían llegado también otros:

Traían Breazu, de Cluj; Leónida Bandac, de Iasi; Danulescu. No nos dejaban volver las cabezas ni hacernos señas. En un segundo, sin embargo, he podido ver las caras enflaquecidas de mis compañeros de sufrimientos.

Y lo que me roía el corazón era la situación injusta en que estaba mi padre, que no era culpable de nada. Luchador de toda la vida por esta raza, profesor de Instituto, comandante, ex jefe de Batallón en primera línea del frente durante todo el tiempo de la guerra, varias veces diputado, y no entre los desconocidos, llevado ahora entre bayonetas por las calles de la ciudad.

Nos dirigimos hacia el Tribunal.

Los rumanos nos miran indiferentes. Cuando llegamos al barrio judío, todos se asoman a sus puertas y ventanas, y algunos nos dirigen miradas

burlonas y ríen, en tanto que otros hacían comentarios en voz alta y otros escupen a nuestro paso. Hemos agachado la cabeza y hemos andado así siempre, con el corazón desbordado de dolor.

El Tribunal ha confirmado los mandatos de arresto. Hemos sido defendidos por el abogado Paul Iliescu, que ha sido el primero que se ha ofrecido a patrocinarnos.

Hemos sido devueltos a la prisión de la misma forma y por las mismas calles. Hemos visto los anuncios de los periódicos. Dimineatza y de las demás hojas judías, escritos en grandes caracteres: «El complot estudiantil. El arresto de los conspiradores».

Y de nuevo he llegado a mi celda. Durante dos semanas he estado allí, con frío, sin saber nada de los demás y sin recibir ninguna noticia del exterior.

* * *

Después de dos semanas, largas como dos siglos, hemos sido llevados a habitaciones con estufas y colocados de tres en tres, permitiéndonos guisar en común y comer también juntos; cuando nos hemos vuelto a ver ha sido para todos una verdadera fiesta.

Yo he sido puesto en la misma habitación que Dragos y Danulescu. Entre tanto, había sido encarcelado también Garneatza, presidente de la Asociación de Estudiantes de Iasi, así que nuestro número había llegado a ser de 13. Mi padre, sin culpa alguna; Motza, Garneatza, Tudose Popescu, Corneliu Georgescu, Radu Mironovici, Leónida Bandac, Vernichescu, Traián Breazu y yo, acusados de complot; Dragos y Danulescu, detenidos porque habíamos estado en su casa, y además Vladimir Frimu, al que hemos encontrado aquí, detenido a causa de la manifestación ante la casa del ministro del Interior.

Hemos logrado un hornillo de petróleo, y con alimentos que habían empezado a enviarnos de fuera los parientes y conocidos, guisábamos para todos. La comida que se daba a los detenidos era algo verdaderamente espantoso, e indescriptible la miseria en que vivíamos.

Mi padre había obtenido de la Dirección el permiso para que cada mañana, a las siete, fuésemos a la iglesia del patio de la prisión para rogar.

Nos poníamos de rodillas ante el altar, rezábamos el padrenuestro, y Tudose Popescu cantaba la salve.

Allí encontrábamos una confortación para nuestra triste vida y esperábamos confiados el mañana.

Nos habíamos hecho cada uno un programa de trabajo. Motza se ocupaba del proceso; Danulescu se preparaba para los exámenes de Medicina. Yo trabajaba en un plan de organización de la juventud, con vistas a la lucha nacional, la organización de los Centros estudiantiles, de los jóvenes de las aldeas y de los alumnos de los liceos. He trabajado hasta Navidad y lo he desarrollado hasta sus más pequeños particulares, esperando ponerlo en práctica cuando hayamos salido de la prisión o cuando hubiéramos encontrado alguien fuera que se ocupase de su organización, que debía desarrollarse en los ámbitos de la Liga, la Liga era nuestra organización política de educación y de lucha de nuestra juventud.

El 8 de noviembre, día de los Arcángeles San Miguel y San Gabriel, discutíamos sobre el nombre que se debía dar a esta organización juvenil. Yo he propuesto «San Miguel Arcángel»; mi padre dice: «Hay en la iglesia una imagen de San Miguel sobre el altar, hacia la izquierda de la puerta».

Vamos a verla. He ido con Motza, Garneatza, Corneliu Georgescu, Radu Mironocici y Tudose; miramos, y quedamos verdaderamente maravillados. La imagen nos ha parecido de una belleza incomparable. Jamás había sido atraído por la belleza de una imagen, pero me sentía ligado a ésta con toda el alma y tenía la impresión de que el Arcángel estaba vivo. Desde entonces he empezado a amar a la imagen. Cada vez que encontrábamos la iglesia abierta, entrábamos y nos arrodillábamos ante ella, y el alma se nos llenaba de calma y de alegría.

Ahora empieza el tormento de las salidas al Tribunal, a pie, entre bayonetas, sobre el fango, con los capotes rotos y los pies mojados.

Los ladrones judíos, que habían robado al Estado centenares de millones, eran llevados en auto, en tanto que nosotros lo éramos a pie. Frecuentemente estos viajes eran hechos sin más objeto que el de atormentarnos. Yo he sido llamado por el Juez instructor 25 veces, para ser interrogado tan solo dos. De nuestras declaraciones hechas inicialmente no hemos cambiado nada.

* * *

Un pensamiento nos atormentaba continuamente «¿Quién nos ha traicionado?» Pasábamos noches enteras intentando resolver este enigma. Habíamos legado a sospechar unos de otros.

Una mañana he ido a la iglesia y he rogado para que me fuera revelado quién nos ha hecho traición. En la noche del mismo día, cuando nos sentábamos a la mesa, me he dirigido a los camaradas:

Estoy obligados a daros una mala noticia. El traidor ha sido descubierto: se encuentra entre nosotros y se siente a la mesa con nosotros.

Motza y yo les observábamos, intentando sorprender un gesto que hubiese podido darnos aunque no fuese más que una débil indicación. He llevado mi mano al bolsillo del pecho y he dicho: «Ahora os enseño las actas».

En este momento, Vernichescu se ha puesto de pie, ha vacilado un momento y ha entregado las llaves del armario de las viandas a Bandac, diciendo:

Ya me voy.

Nos ha parecido extraña la salida de Vernichescu, pero hemos continuado la discusión sobre el tema de las actas, que me negaba a enseñar porque no las tenía.

Cuando nos hemos levantado de la mesa, hemos encontrado a Vernichescu solo; se ha dirigido hacia nosotros:

Codreanu sospecha de mí.

Le he dicho que no sospechaba de nadie, y nos hemos reconciliado.

* * *

Pasaban semanas y semanas, y nuestra vida transcurría penosamente en la prisión. En la pared frontera al lecho señalábamos cada día que pasaba con una raya a lápiz. La vida de la prisión es penosa y extenuante para el hombre que ha nacido libre y que ha vivido con orgullo. Es espantoso sentirse encadenado entre muros altos y odiosos, lejos de los tuyos, de quienes no sabes nada. Y ni siquiera aquí, entre estos muros, era libre; las tres cuartas partes del tiempo estás bajo cerrojos, en la celda o en el cuarto. Cada tarde el rumor siniestro de la cerradura de tu cuarto te hunde en una atmósfera de tristeza.

Fuera, los enemigos de nuestra raza están libres, gozan de honor, de todas las glotonerías, y nosotros, además de los sufrimientos morales, frecuentemente nos acostamos con hambre y temblamos toda la noche sobre nuestros lechos de paja.

Pero he aquí que llegan también días de alegría; después de dos meses de prisión, nos llega la noticia de que mi padre y Danulescu son puestos en libertad.

Una gran alegría para todos; les ayudamos a preparar los petates, y en breve tiempo ya no están con nosotros. Les vemos partir, siguiéndoles con los ojos hasta que salen de la primera puerta. He rogado a mi padre que diga a mamá y a los de casa que no estén apenados.

Cada liberación es una ocasión de gran alegría para los que quedan; todos se alegran; probablemente con la liberación de uno, cada uno refuerza su esperanza en la propia liberación.

Poco tiempo después son puestos en libertad Dragos, Bandas, Breazu y Vernichescu, que han sido, como mi padre y Danulescu, separados del proceso; hemos quedado solo seis procesados por «complot contra la seguridad del estado».

Dragos, algunos días después, nos envía la noticia de que había sido Vernichescu quien nos había denunciado. Ha copiado las declaraciones de este que se encontraban en el sumario. Hemos recibido esta noticia con el alma llena de amargura; nuestra raza siempre ha encontrado traidores.

FUERA

En todas las Universidades los estudiantes han vuelto a las lecciones. Parece que nos encontramos frente a un momento de desorientación. Desde hace dos meses viven bajo el terror de la prensa judía; ésta exagera continuamente la gravedad de nuestras tentativas y sus consecuencias, «desastrosas para el país», y alborota diciendo que hemos perdido todo nuestro prestigio frente al mundo civilizado y que somos un Estado balcánico.

Continuamente se preguntan: ¿Qué dirá Berlín, qué dirá Viena, qué dirá París? Y así, transformados en defensores «de los intereses permanentes del

Estado», los judíos exhortan cada día a los jefes a que tomen medidas radicales contra el movimiento nacional, que debe ser suprimido con decisiva violencia.

Un año antes, cuando Max Goldstein había puesto una bomba en el Senado y la policía arrestaba a los judíos comunistas, la misma prensa gritaba:

«Un Estado no puede mantenerse con violencias contra la voluntad popular. ¿Dónde está la Constitución, dónde están las leyes, dónde las libertades garantizadas por la Constitución? ¿Qué se dirá en el extranjero de un Estado que toma semejantes medidas? No se puede mantener un Estado con arrestos, encarcelamientos, bayonetas y terror, porque a la violencia del Estado, la multitud y los individuos aislados responderán con violencia; a la fuerza, con la fuerza; al terror, con el terror, y no serán ellos culpables, sino que será culpable el Estado que los ha provocado».

Y ahora, con una desvergüenza que solamente quien tiene los ojos vendados no ve, la misma prensa escribe:

«No basta que sean detenidos estos terroristas: deben ser condenados de una manera que sirva de ejemplo, y ni siquiera esto basta: es preciso arrestar a todos los que difundan semejantes ideas antisemitas, que hacen tanto daño a nuestro país. Esta mala hierba antisemita debe ser extirpada hasta la raíz, y es necesario proceder sin contemplaciones y sin piedad».

A este torrente de hostilidad opone la prensa nacional fuerte resistencia. Además del periódico Universul, que ha observado siempre una actitud correcta frente a las manifestaciones de la conciencia nacional, el movimiento nacionalista contaba entonces con las siguientes hojas: Cuvantul Studentzesc (La palabra estudiantil), Dada Noua (La nueva Dacia), Cuvantul Iasului (La palabra de Iasi), Desteaptate Romane[40] (Despierta, rumano), Apararea Natzionala (La defensa nacional), Unirea (La unión), Natzionalistul (El nacionalista) y Libertatea.

[40] «Desteaptate Romane!» (¡Despierta, rumano!). Himno nacional rumano, compuesto por el poeta transilvano Andrei Muresanu (1816-1863). Es el grito del despertar, de la emancipación de los rumanos, oprimidos y esclavizados por los extranjeros. Es una excitación a la raza rumana a romper las cadenas de la esclavitud y a conquistar la libertad y el honor. Este himno hoy no se canta. Está prohibido porque no parece oportuno... (Nota del traductor: Seitan escribe sus notas bajo el reinado del ex rey Carol).

Los estudiantes comprenden nuestro sacrificio; por esto el movimiento estudiantil se aprieta más y más en torno a estos muros de la prisión de Vacaresti, donde todos los Centros estudiantiles tienen a los suyos.

Los campesinos empiezan también a ocuparse de nosotros; nos envían dinero y celebran funciones de iglesia por nosotros, especialmente en los montes de Bucovina y del Ardeal. Los campesinos comprendieron pronto, y se acercaron a nosotros con su alma fuerte y largamente pacientes, en espera de una hora de justicia.

EL ÓBOLO DE LOS MOTZ

(Cuvîntul Studentzesc, N. 7 - Año II, 4 de marzo de 1924).

Entre los regalos de dinero que los estudiantes encerrados en la cárcel de Vacaresti reciben de los campesinos de todas las regiones, hay uno más brillante y más precioso que todos los demás, es el que envían los Motz de las montañas de Apuseni. Raspando el fondo de los bolsillos de sus cinturones de cuero o una esquina de sus pañuelos, reunían sus 2, 3 o 5 lei para enviarlos por sus valles, por caminos transitados por lancu, su defensor de antaño, y los enviaban junto con sus corazones, por el largo, largo camino hasta Vacaresti a través de las montañas, donde habían oído que sus hijos estaban encarcelados por querer salvarlos de la miseria y la injusticia, de la pobreza y la desazón. Estas contribuciones fueron enviadas desde el rincón más pobre de nuestro país, del que la canción dice con tanta amargura y pena: «El oro yace en el núcleo de nuestras montañas mientras nosotros mendigamos de puerta en puerta». El regalo más precioso fue enviado a los estudiantes de Vacaresti: un puñado de monedas y un fragmento del alma de un mendigo 'hambriento y desnudo, sin alojamiento', un alma que esconde bajo un trapo, su mayor tesoro, la salud moral, ¡esa fuente inagotable de fuerza de la que en tiempos de gran tribulación brota la salvación del pueblo!

¡Los Motz piensan en los estudiantes! Su alma comienza a comprender, a agitarse, a forjar un nuevo ideal. ¡Esta es la mejor y más elocuente señal! Escuchad algunos de sus nombres, del pueblo de Risca, cerca de Baia de

Cris: «Nicolae Oprea, 2 leis; Nicolae Florea, 3 leis, N. Haragus, Aron Grecu, Tigan Adam, A. Hentiu, N. Bulg, Ion Asileu, Al. Vlad, N. Borza, N. Leucian, Antonie Florea, A. Leucian, 5 leis cada uno; N. Ciscut, A. Riscuta, Ion Ancu, Saliu Faur, 10 cada uno; N. Florea, sacerdote y N. Rusu, 15 leis cada uno; N. Baia, notario y Dutu Riscuta, 20 leis cada uno. Total 210 leis».

Los campesinos pronto comprenderán y vendrán a nuestro lado con su alma fuerte y duradera, a la espera de la hora de la Justicia.

PENSAMIENTOS DE VIDA NUEVA

Vienen también las fiestas de Navidad. Todos los detenidos pensamos en nuestras familias, y en las largas noches en que no podemos dormir, nos atormentan los pensamientos. ¿Cuándo vencerán los nuestros? ¿Cuándo saldremos de aquí? Si somos condenados a diez o quince años, ¿podremos resistir hasta el fin, o los sufrimientos y las preocupaciones nos minarán la salud y moriremos en prisión? Este estado de incertidumbre nos consumía; hubiéramos deseado que se fijase de una vez el fin del proceso, para saber qué había de ser de nosotros y qué suerte era la que nos correspondía.

Los sufrimientos y la suerte común que nos esperaba nos ligaba unos a otros, y las discusiones sobre los numerosos problemas que se nos planteaban nos llevaban a las mismas conclusiones, nos formaban lentamente en una misma manera de pensar; las más pequeñas cuestiones que se referían al movimiento nacional nos atormentaban días enteros. Allí hemos aprendido a pensar profundamente y a considerar los problemas hasta sus más pequeñas particularidades.

Hemos establecido planes de organización y de acción; después de cierto tiempo se acabaron las discusiones; habíamos llegado a las verdades indiscutibles, al axioma; nos dábamos cuenta, ahora más todavía, como consecuencia de una profunda explicación, que:

1° El problema judío no es una utopía, sino un grave problema de vida o muerte para el pueblo rumano. Los jefes del país, agrupados en partidos políticos; se vuelven cada vez más, poco a poco, juguetes en manos de la potencia judía.

2° Estos políticos, con sus concepciones de vida, con su sistema democrático, del que toman su vida misma, constituyen una verdadera maldición, caída sobre el país.

3° El pueblo rumano no podrá resolver el problema judío antes de haber resuelto el problema de sus políticos.

La primera meta que el pueblo rumano deberá alcanzar en su marcha hacia la destrucción del poder judío que lo oprime y estrangula, deberá ser necesariamente la destrucción de esta plaga de políticos. Un país tiene los judíos y los dirigentes que se merece. Así como los mosquitos sólo pueden establecerse y vivir en los pantanos, así también los judíos sólo pueden vivir en el pantano de nuestros pecados rumanos. Por lo tanto, para vencer, primero debemos erradicar nuestros propios pecados. El problema es aún más profundo de lo que nos ha mostrado el profesor Cuza.

La misión de la lucha está confiada a la juventud rumana, y si quiere responder a su misión histórica, si quiere vivir, si quiere continuar teniendo una Patria, es preciso que se prepare y que reúna todas sus fuerzas para combatir y vencer. Decidimos que cuando saliésemos de allí, permaneceremos unidos y dedicaremos nuestra vida a este fin. Así pasaron las fiestas, y después de las fiestas pasó el invierno; llega la primavera, y no sabemos nada de nuestra suerte futura; sabemos tan solo que fuera se había creado una gran corriente popular en nuestro favor y a favor de nuestra causa, y que, a pesar de los desesperados intentos de la prensa judía de oponerle un dique, esta corriente crecía siempre más entre los estudiantes, los ciudadanos y los campesinos, tanto en el Ardeal como en Besarabia, en Bucovina y en el Viejo Reino.

Ahora recibimos cartas de adhesión y de liento de todas partes. La primavera nos trajo finalmente una gran alegría: el proceso se fija el 29 de marzo ante el Tribunal de Ilfov. Los abogados no nos ocultaron que nuestra situación era difícil por las declaraciones hechas, y que hubiera sido conveniente que renunciásemos a ellas y a la actitud mantenida hasta entonces, situándonos y apoyándonos en la negativa. Nos negamos resueltamente, rogándoles que, si era posible, nos defendiesen a base de nuestras declaraciones, que no pensábamos cambiar en nada, cualquiera que hubiese de ser el resultado del proceso.

Calculemos que, dadas nuestras declaraciones, nos condenarían por lo menos a cinco años.

«Señor, rogábamos ante nuestra imagen, nosotros consideramos perdidos ya estos cinco años. Si nos salvamos, nos comprometemos a emplearlos en la lucha».

Y decidimos que, caso de que fuésemos absueltos, nos trasladaríamos todos a Iasi, donde construiríamos nuestro centro de acción; desde allí iniciaríamos, según los planos que habíamos preparado, la organización de toda la juventud del país, alumnos y alumnas del curso superior del Liceo, e incluso del inferior, escuela normal, escuela de oficios, seminarios y escuelas comerciales de jóvenes campesinos. Finalmente se trataba de la organización del Centro estudiantil; todos debían ser educados en el espíritu de la fe que nos animaba, para que, ya despiertos, pudieran entrar en el campo político y decidir, en la suerte de nuestra lucha, una promoción después de otra, como oleadas de asalto que se suceden sin interrupción.

EL AISLAMIENTO DE LA PLAGA DE LOS POLÍTICOS

La plaga de los políticos infecta nuestra vida nacional. La organización de esta juventud, además de ser necesaria para la autoeducación, lo es también para defenderla y aislarla de la plaga de los políticos y de su infección. La extensión de esta entre la juventud rumana significa nuestra corrupción y la total victoria de Israel. Mas también esta organización de la obra de los políticos no recibiendo nuevos elementos jóvenes, está condenada a muerte por inanición, por falta de contenido.

Es preciso que la consiga de toda la juventud sea: ningún joven volverá a pisar la puerta de un partido político.

Quien entre en él será un traidor a su generación y a su Patria. Porque con su presencia, con su nombre, con su dinero, con su trabajo, contribuye a la elevación de la potencia de los políticos. Un joven que tal hiciera es traidor, de la misma manera que lo es el que deja a sus hermanos y se pasa a la posición del enemigo en el frente de batalla. Aunque no dispare, tan solo con que lleve agua que refresque a quienes disparan, siempre será

cómplice en la muerte de quienes caigan en las filas de sus camaradas y, por consiguiente, traidor a la causa.

La teoría que nos exhorta a entrar en los partidos políticos para hacerlos buenos, si creemos que son malos, es una teoría falsa y pérfida. De la misma manera que desde que el mundo es mundo, día y noche, continuamente, por miles de arroyos y ríos llega agua dulce al Mar Negro, y, sin embargo, no consigue endulzar sus aguas, antes al contrario, se vuelven saladas aquellas que eran dulces, así también nosotros, metidos en la cloaca de los partidos políticos, no solo no los corregimos sino que nos estropearemos.

Estos eran nuestros pensamientos y nuestras decisiones para el caso de que fuésemos absueltos. El sistema de organización estaba establecido hasta en sus más pequeños particulares. La misión de cada uno estaba fijada. El periódico que debía aparecer llevaría como título La nueva generación, y todo nuestro movimiento se llamaría «San Miguel Arcángel». Todas las banderas debían llevar la imagen de San Miguel Arcángel, de la iglesia de Vascarti. Esta organización, tal como la veíamos, agruparía a toda la generación joven rumana y debía ser la Sección juvenil de la Liga de la Defensa Nacional Cristiana, con fines educativos. Al salir de la cárcel debíamos ir a todos los centros universitarios y comunicar a los estudiantes nuestras decisiones, demostrándoles que las manifestaciones callejeras y los conflictos carecían de razón de ser ante el nuevo plan. No repudiamos las manifestaciones del pasado, no negamos que hayan sido nuestras, no nos avergonzamos de ellas; pero su tiempo ha pasado, y debemos empezar todos juntos una gran organización que nos lleve a la victoria.

EL CASTIGO DE LA TRAICIÓN Y EL PROCESO

Veíamos a Motza siempre preocupado. Nos decía que al salir de allí no podríamos dar ningún paso antes de haber castigado al traidor. La traición ha consumido siempre la fuerza de nuestra raza.

Si no resolvemos el problema de la traición, nuestra obra quedará comprometida.

Ya mañana es la vista del proceso; la esperamos con emoción; al fin se decidirá sobre nosotros.

Estamos en la Cancillería, donde debemos ver a nuestras familias. Están los padres de Corneliu Georgescu, llegados de Poiana de Sibiu. También entró Vernichescu; Motza le cogió por un brazo, como si quisiera decirle algo, y pasó con él a la habitación contigua, a las oficinas de los empleados. Después de algunos minutos, oímos siete disparos y gritos. Salimos al corredor: Motza ha disparado sobre Vernichescu, para castigar su traición.

Me lancé hacia él para defenderlo, porque estaba rodeado de guardianes y de funcionaros que le amenazaban. El nerviosismo de la gente se calma. Todos somos encerrados de nuevo, cada uno en su celda; por el ventanillo observamos que Vernichescu es sacado de la enfermería y llevado al hospital en una camilla. Empezamos a silbar todos untos nuestro himno de batalla, «Estudiantes cristianos de la Gran Rumania», y le acompañamos con este canto hasta que salió de la puerta de la cárcel.

Después de dos horas llegó el juez instructor, Papadol, y nos fue llamado por turno. Todos nos solidarizamos con Motza.

Al día siguiente, después de una noche pasada sobre el santo suelo, somos conducidos al Tribunal. Nuestra situación se ha hecho dificilísima; nosotros, sin embargo, durante el arresto en los sótanos del Tribunal, hemos cantado ininterrumpidamente nuestros cantos de batalla.

El proceso empezó a la una. Desde las diez, millares de estudiantes y de ciudadanos han empezado a reunirse en torno al Tribunal. Hacia las doce se han hecho salir todos los regimientos de la capital para contener a la multitud.

A la una somos introducidos en la sala del Tribunal. Presidía el señor Davidoglu, actuando de fiscal el señor Racoviceanu. Se sentaron en el banco de defensa el profesor Paulescu, Paul Iliescu, Nelo Ionescu, Teo dorescu, Donca Manea, Tache Policrat, Naum, etc. Se sacan a suerte los jurados. Tras un profundo silencio, se nos lee la ordenanza definitiva. Escuchamos atentos; nos damos cuenta de que se juega nuestra suerte. Después llega el momento de nuestro interrogatorio. Lo admitimos todo, excepto haber tomado la decisión final. La fecha no se había fijado. Exponemos los motivos que nos han empujado por este camino, ponemos de manifiesto el peligro judío y acusamos a los políticos de corrupción y de traición a la raza.

No obstante las numerosas interrupciones del presidente, continuamos asó hasta el fin nuestras declaraciones.

Sigue una áspera, y muchas veces injusta, requisitoria del fiscal. Notamos que la balanza se inclina de su parte. El éxito de la acusación no duró, sin embargo, mucho, porque el profesor Paulescu leyó su informe en una atmósfera como de iglesia, creada por su gran prestigio y su figura de santo. El informe es breve, pero destruye la requisitoria del fiscal, que, molesto, parece hundirse en la silla.

Sigue una pausa: son las ocho de la tarde. Fuera, la multitud espera cada vez más numerosa.

Hablan espléndidamente Nelo Ionescu, Tache Policrat y, finalmente, Paul Iliescu.

Son ya las cinco de la mañana. El fiscal, con una nueva requisitoria, intenta recuperar su posición y captar al Tribunal. Se le responde. A las seis se nos concede por última vez la palabra. Después nos hacen salir, y los jurados se retiran para deliberar. Esperamos más de media hora, que nos pareció larga como medio año. Poco después oímos vivas. Un oficial nos trajo la noticia:

Estáis absueltos.

Inmediatamente después somos introducidos en la sala, donde se nos lee el veredicto de absolución. La gente espera también fuera; cuando se enteran de la absolución, explotan los vivas y los cantos.

Se nos hace subir a un automóvil y se nos conduce por caminos desconocidos de Vacaresti, para el cumplimiento de las formalidades de la excarcelación.

Cogemos nuestro equipaje e imágenes y nos disponemos a salir de aquella tumba, con sus larga horas de tormento y sus sufrimientos. Pero el pobre Motza continúa en ella todavía, Dios sabe hasta cuándo, y de ahora en adelante solo.

Debemos despedirnos de él. Le abrazamos con lágrimas en los ojos y nos separamos con profundo dolor. Nosotros salimos; pero él vuelve a la celda. ¡Y cuántas semanas deberá estar todavía allí solo, sobre aquel cemento! Vamos después a casa de Danilescu y de Dragos a presentar nuestras excusas a sus familias por las inquietudes que les hemos ocasionado y a agradecerles las atenciones que han tenido con nosotros durante el tiempo de nuestra reclusión.

EN IASI

En Iasi me esperaban impacientes los camaradas más jóvenes. De mis coetáneos no encontré a nadie. A partir del otoño se habían dispersado, volviendo a sus ciudades.

Llevé la imagen a la iglesia de San Espiridión, colocándola en el altar.

Poco a poco encontré a todas las personas conocidas y a los estudiantes; pero la alegría de volver a vernos pronto fue turbada. Un día, mientras paseaba por la calle Lapusneanu con dos hermanas y una decena de estudiantes, la policía se lanzó sin ningún motivo sobre nosotros y empezó a golpearnos con sus porras de caucho y las culatas de los fusiles.

La indignación parecía darme una fuerza de león, y hubiera estado en condiciones de luchar contra toda la policía. Pero los estudiantes con quienes estaba me detuvieron, sujetándome por brazos y piernas. Aun sujeto, todavía recibía algún golpe.

La gente que iba por las aceras empezó a censurar a los policías y a gritar. Yo volví a casa amargado e irritado contra quienes me habían sujetado. Ellos me decían: «Tienen orden de provocarte, y si respondes, de hacer fuego, para librarse de ti».

Después de comer con Garneatza y con Radu Mironovici, fui a un «Camin»[41], donde, en una gran habitación, estaban reunidos los estudiantes más destacados. Nos contaron cómo habían luchado y lo que habían tenido que soportar durante los seis meses en que no nos habían visto; cómo habían vuelto al curso cómo habían luchado y lo que habían tenido que soportar durante los seis meses en que no nos habían visto; cómo habían vuelto al curso y cómo habían procedido para no ser humillados; como el 1° de noviembre, en el día de la apertura, se habían reunido en el aula todos los estudiantes con todos los profesores y se había celebrado la función religiosa, así como lo que había dicho el estudiante Lazareanu en aquella ocasión:

«Nosotros volveremos a las clases, pero no ahora. Antes dirigimos, un memorial a nuestros profesores, al Senado universitario, y esperamos una benévola respuesta».

[41] Camin. Casa para estudiantes, que se encuentran en ella comida y alojamiento.

Nos encontramos después cómo habían presentado el memorial y cómo los profesores universitarios, a su frente Bacaloglu, había aceptado la mayor parte de sus puntos.

El 6 de noviembre los estudiantes volvieron a clases. Los profesores habían sabido ahorrar una injusta humillación a los estudiantes que habían luchado un año entero por su fe. Nos dijeron también cómo el ministro Marzescu había nombrado prefecto de policía a un hombre de su confianza, con la misión de destruir el movimiento estudiantil y el movimiento nacional de Iasi, al que con toda la policía se había puesto a perseguir. Pero comoquiera que los estudiantes habían vuelto al curso y se habían restablecido la calma, no sabiendo de qué manera desenvolverse, el prefecto había iniciado la provocación.

Nos contaron también cómo el 10 de diciembre las estudiantes que iban hacia la catedral, habían sido golpeadas con las porras de caucho y, bajo los ojos de los profesores, arrastradas de los cabellos por el fango de las calles. Uno por uno los estudiantes habían sido también golpeados. El 10 de diciembre, el estudiante Gheorge Manolin, dirigente del coro, había sido apaleado, detenido, y a causa de los sufrimientos, había enfermado de ictericia y había muerto en el hospital.

Los estudiantes de Iasi habían pasado seis meses entre graves dificultades.

Por nuestra parte, les contamos nuestros sufrimientos, insistiendo en que era preciso liberar a Motza de la prisión.

Finalmente expusimos nuestro plan para el porvenir: cómo debemos organizar a toda nuestra generación y elevarla y educarla en un espíritu heroico. Cómo debemos aislarnos de la plaga de los políticos, para que ningún joven entre en sus filas. Cómo serían vencidos y se llegaría al Gobierno de la L.D.N.C., con el profesor Cuza. Cómo tan solo un Gobierno nacionalista, expresión de la conciencia, de la fuerza y de la virilidad rumana, podía resolver el problema judío, tomando medidas legales para proteger a los elementos rumanos y frenar la invasión judía; cómo la creación de esta conciencia, de esta fuerza y de esta sanidad espiritual representaban el más grande y sagrado compromiso de nuestra generación. Que «todos los de Vacaresti» habíamos decidido trasladarnos a Iasi, para establecer allí el centro de esta acción, que poníamos bajo la protección de San Miguel Arcángel.

Nuestros camaradas escucharon y acogieron con gran alegría nuestros planes para el porvenir.

Después visitamos a los profesores Cuza, Gavanescul, Sumuleanu, etc., para comunicarles nuestros propósitos.

UN AÑO DE GRANDES PRUEBAS

Mayo de 1924 – mayo de 1925.

Nuestras sesiones, en vista del plan que observábamos, se celebraban con mucha dificultad, por falta de un local apropiado. Siendo todos pobres, las celebrábamos en una barraca de madera que se encontraba desde tiempos de la guerra en el patio de la señora Ghica. Un día decidimos hacernos nosotros solos una casa con algunas habitaciones.

¿Cómo?

El 6 de mayo de 1924 reuní aproximadamente a unos 60 jóvenes estudiantes y alumno del Liceo, miembros del primer grupo de «Hermanos de Cruz», que se había constituido en Iasi.

He aquí lo que les dije:

«Queridos camaradas: ¿Cuánto tiempo debemos seguir celebrando nuestras sesiones en esta barraca? Hasta ahora los estudiantes rumanos tenían el derecho de reunirse en su Universidad. Nosotros hemos sido echados. Hoy estamos reducidos a reunirnos en deterioradas barracas de madera. En todas las ciudades los estudiantes son ayudados en sus nobles propósitos. Aquí no tenemos quien nos ayude, porque la gente en torno a nosotros está compuesta de judíos hostiles o de políticos de alma reseca. Nuestros rumanos están relegados a la periferia de la ciudad y viven en la más negra miseria. Estamos solos. La fuerza no la encontraremos más que en nosotros. Es preciso que nos habituemos a esta idea: desde Dios a nosotros no hay nadie que nos ayude.

Por esto no existe otra solución que hacernos con nuestros brazos la casa que necesitamos. Ciertamente, ninguno de nosotros ha construido casas ni hecho ladrillos. Comprendo que nos es necesario, ante todo, el valor de romper la mentalidad en la que hemos crecido, mentalidad según la cual el

joven intelectual se avergüenza, al día siguiente de ser estudiante, de llevar un simple paquete por la calle. Nos es preciso el valor y la voluntad de comenzar sin nada, la voluntad de superar los obstáculos y de vencer las dificultades».

Olimpiu Lascar, un pequeño empresario de gran espíritu que tenía casa en Ungheni, reforzó mis ideas diciendo:

«Señores, propongo que vayáis a hacer ladrillos a Ungheni, en la ribera del Prut. Tengo un terreno, y os lo cedo. Pongo mi casa a vuestra disposición».

Acepté la propuesta. Pero no teníamos dinero para el viaje hasta Ungheni. Precisábamos 300 leis para una veintena de personas. También este dinero nos lo dio Olimpiu Lascar.

LA PRIMERA COMPAÑÍA DE TRABAJO

El día 8 de mayo partimos, unos a pie y otros en tren; en total, 26. No teníamos nada: ni palas, ni ninguna clase de utensilios, ni dinero, ni alimentos. Nos dirigimos a casa de Lascar, el cual nos esperaba muy contento:

«Sed bienvenidos, señores, porque la ciudad está llena, como un criadero de judíos. Quizá viéndoos, perderán un poco de su desvergüenza. Nosotros, un puñado de cristianos, estamos aterrorizados por ellos».

Se formaron varias delegaciones para ir a las casas de los cristianos a pedir se nos prestasen palas, azadones y otros utensilios necesarios.

Al día siguiente fuimos al terreno señalado, en la ribera del Prut. El sacerdote del pueblo recitó para nosotros una oración.

Más de una semana trabajamos todos antes de llegar a la tierra sana, porque, para nuestra desgracia, en aquel lugar, desde hacía cincuenta años, toda la ciudad había echado sus inmundicias, que alcanzaban en algunos lugares hasta dos metros de espesor. Ayudados por algunos obreros del oficio, entre los que recuerdo afectuosamente a Mos (viejo) Chiroca, empezamos a amasar la arcilla y a hacer ladrillos. Estábamos divididos en escuadras de cinco, y cada escuadra hacía 600 ladrillos; en total, 3000 al día. Más tarde, cuando nuestro número aumentó, hacíamos toda 'vía más,

trabajando desde las cuatro de la mañana hasta que se hacía de noche. El problema eran las comidas. Al principio nos ayudaron los de Ungheni, per más tarde nos llegaron alimentos de Iasi. Los viejos, tanto el profesor Cuza como el profesor Sumuleanu, contemplaban con una cierta desconfianza nuestra tentativa. Entendían que era una cosa pueril y que no podríamos llevar a alcanzar ningún resultado.

Después de un cierto tiempo, empezaron a apreciar lo que se hacía y a ayudarnos.

Cuando llegó Corneliu Georgescu a Iasi, retirándose de la Universidad de Cluj, donde había cursado un año de farmacia, de común acuerdo con los demás, destinamos a la fábrica de ladrillos los 17.000 leis que habíamos ahorrado de los regalos durante todo el tiempo que habíamos estado en Vacaresti.

Sin embargo, el problema de la alimentación continuaba siendo difícil, por lo que tomamos en Iasi un huerto de una hectárea, de la señora Ghica, para sembrar en él, con otras escuadras de estudiantes, legumbres y lo necesario para la alimentación en Ungheni; así que nuestro trabajo estaba ahora dividido en dos. Parte de los estudiantes trabajaba en Ungheni, y la otra, en Iasi, en el huerto. Los estudiantes se relevaban cada tres o cuatro días.

Nuestra compañía de trabajo produjo un principio de revolución en la mentalidad corriente. Toda la gente de la ciudad se reunía llena de curiosidad para vernos. Esta gente estaba habituada a ver a los estudiantes pasear por la calle Lapuseanu o cantar alegres canciones en las cervecerías durante sus horas libres. Ahora los veía amasar la arcilla con los pies, llenos de fango hasta la cintura; transportar agua del Prut, o estar doblados sobre la pala, bajo el sol. La gente asistía al fin de una mentalidad dominante hasta entonces: la de ser una vergüenza para los intelectuales trabajar con sus brazos, especialmente en trabajos pesados, reservados en el pasado para los esclavos o a las clases despreciadas.

Los primero que comprendieron el valor, desde este punto de vista, de la compañía, fueron precisamente las clases que menos se tenían en cuenta: los campesinos y los obreros, separados espiritualmente de las otras categorías, tímidos porque su trabajo no era apreciado, que se les alegraba la cara viendo en esto un primer momento, un signo de valoración de su agotador

esfuerzo y del aprecio que se había del mismo; se sentían honrados y quizá entreveían en el porvenir días mejores para ellos y para sus hijos.

Por esto, de lo poco que tenían nos traían cada día algo de comer. La vida estudiantil transcurría tranquila; manifestaciones e incidentes habían desaparecido. Trabajábamos llenos de buen humor, de esperanza, con el pensamiento de que pronto tendríamos «nuestra casa».

UN NUEVO GOLPE

Un día vino mi padre a Iasi, y fui a verle. Hacia las diez de la noche, cuando volvía a casa, oí escándalo en un restaurante de la plaza de la Unión. Me paré para ver lo que sucedía: dos estudiantes, los hermanos Tutoveanu, de Barlad, habían tenido un conflicto con el profesor Constantinescu. Había llegado el prefecto de policía, que los había esposado y los llevaba a la Comisaría, golpeándolos. Yo, sin decir nada, contemplaba dolorido aquel espectáculo. El Comisario Clos, acompañado por tres o cuatro policías, se me acercó gritando:

¿Qué haces a esta hora por la calle, bandolero?

Me quedé perplejo; me conocía desde hacía muchos años, y no podía imaginarme que fuera precisamente él quien se dirigiera a mí de esa forma.

Creí que me confundía con otro. Pero fui cogido por el cuello y empujado hacia atrás. Y de nuevo:

¿Todavía me miras, vagabundo?... ¡Bribón!

Yo no dije nada; seguí quieto, mirándolo. Seguido por sus cuatro policías, y siempre golpeándome, me empujó más de 30 metros hasta la esquina Smirnov. Cuando me dejaron, me quité el sombrero, les saludé y les dije:

Muchas gracias, señores.

Hondamente herido, sofocado de dolor y de vergüenza, volví a casa, donde pasé una noche tormentosa. Por segunda vez en mi vida había sido pegado en el espacio de un mes.

Al día siguiente conté a mi padre lo que había sucedido.

Deja correr las cosas me dijo. NO hagas nada. Dar dos bofetadas a un individuo semejante es ensuciarse las manos. También llegará su juicio.

Probablemente tiene el encargo de provocaros. Pero tú debes conservar la calma y procurar no salir solo.

Seguí su consejo; pero un hombre golpeado parece que no es hombre. Se siente lleno de vergüenza, deshonrado. Llevaba esta ofensa como un peso en el corazón.

Y, sin embargo, después de algunos días debían suceder cosas peores.

MALTRATADOS EN EL HUERTO

Habíamos terminado de cavar el huerto. Habíamos venido desde Ungheni para sembrar los tomates. La mañana del 31 de mayo estábamos formados, dispuestos para empezar el trabajo, 50 estudiantes. No habíamos todavía terminado, cuando observé que había algunos soldados detrás del huerto. Poco después más de 200 invadieron el patio y nos rodearon, preparando las armas. Dije a los muchachos:

«Estad todos quietos y no hagáis nada».

Inmediatamente vi llegar a la puerta a unas 40 personas, con las pistolas en la mano, gritando y blasfemando. Era el prefecto Manciu, con la policía. Llegados hasta mí, dos Comisarios y el jefe de policía me apuntaban con sus pistolas, mirándome con ojos inyectados en sangre e insultándome. Manciu ordenó:

«¡Atadlo con las manos atrás!».

Otros dos se precipitan sobre mí y me atan las manos a la espalda tan fuertemente como es posible. Por la espalda me dan un golpe en la cara. Otro, Vasiliu Voinea, se acerca a mí y me susurra al oído:

«Antes de que sea de noche te mataremos. No conseguirás expulsar a los judíos».

Me insulta y me da una patada. Me golpean y me escupen. Toda nuestra escuadra, entre fusiles y revólveres, estaba inmóvil y me miraba sin poder ayudarme. De la casa había salido la señora Ghica, preguntando:

Pero ¿qué es esto, señor prefecto?

También usted arrestada.

Apartado a un lado, vi al Procurador Buzea, que asistía a este espectáculo. Después, revólver en mano, cachearon uno a uno a todos los camaradas; el que se movía era golpeado y arrojado al suelo.

Después de esto, me pusieron 10 metro delante de todos, rodeado por ocho gendarmes con bayoneta calada. Los demás iban de la misma manera, rodeados por 200 gendarmes. Así nos hicieron marchar, recorriendo la calle Carol, pasando ante la Universidad, por la calle Lapuseanu, plaza de la Unión y Cuza Voda, hasta la Prefectura de policía.

El prefecto y los policías iban por las aceras, frotándose las manos. Los judíos salían de sus comercios y los saludaban respetuosamente, mostrándose muy satisfechos. Era tal mi dolor, que apenas veía; tenía la impresión de que todo había terminado. Algunos alumnos del Liceo, al pasar, se pararon y me saludaron; inmediatamente fueron detenidos, golpeados y conducidos con nosotros.

Después de habernos llevado durante casi dos kilómetros a través de las calles centrales de la ciudad, bajo las miradas de los judíos, en aquel atroz estado de humillación, nos encerraron en la Prefectura de policía. Atado, se me metió en una sórdida habitación, en tanto que los demás esperaban en el patio.

EN EL DESPACHO DEL PREFECTO

Arriba, en el despacho del prefecto, los detenidos eran llamados a declarar uno a uno. El prefecto estaba sentado en su mesa, y los demás, más de 30, estaban sentados a su alrededor.

¿Qué os ha dicho Codreanu?

No nos ha dicho nada, señor prefecto —contestaba el joven.

Te haremos declarar todo lo que os ha dicho.

El interesado era despojado de los zapatos y amarrado con cadenas por los pies; entre éstos se introducía un fusil, y era levando con la cabeza hacia abajo; sosteniendo el arma dos solados. Maniu, en mangas de camisa, les golpeaba las plantas de los pies con un vergajo. Los pobres muchachos gritaban desesperadamente.

Entonces, el Comisario Vasiliu les metía la cabeza en un cubo de agua, para que no se oyesen fuera los desesperados gritos de dolor. Cuando, finalmente, el dolor se hacía intolerable y sentían que su cuerpo no podía soportar más golpes, gritaban que estaban dispuestos a declararlo todo.

El prefecto pasaba a su mesa en espera de las confesiones, y ellos, ya sueltos, miraban a su alrededor aturdidos. Después rompían a llorar y caían de rodillas:

Perdónenos, señor; pero no sabemos nada, no tenemos nada que declarar.

¿No? ¿No sabéis? Levantadlo otra vez gritaba el prefecto a los Comisarios y a los gendarmes.

Y el pobre muchacho, con el corazón helado, veía de nuevo los preparativos de su suplicio.

Vuelto a levantar, y suspendidos con la cabeza hacia abajo, eran de nuevo golpeados en los pies. Entre los torturados citamos al hijo del actual Procurador de Ilfov, Dimitriu; al hijo del Mayor Ambrozie, al que se le ha roto el tímpano, y a otros.

Después de ser golpeados de esta manera, eran llevado en brazos a un cuarto secreto. Yo fui llamad o hacia las nueve.

Me acompañaron dos gendarmes. Tenía las manos atadas y torpes.

Allí, en su mesa, estaba el prefecto, y a su alrededor, otras 30 personas, entre Comisarios, sub comisarios y agentes.

Los miré en los ojos: quizá entre todos podía haber alguno apenado. ¡Nada! Una satisfacción general. Muchos sonreían; entre otros, el jefe de policía Botez, Dimitriu, los Comisarios Basiliu, Clos y algunos mmás.

El prefecto cogió una hoja de papel.

Escribió mi nombre. Después:

¿Cómo te llamas, exactamente?

Soy Corneliu Codreanu, estudiante de Leyes y abogado.

Echadlo al suelo.

Tres, con ánimo servil, se me arrojaron encima y me echaron a tierra, ante la mesa.

Quitadle los zapatos.

Dos me descalzan, uno de un zapato y otro del otro.

Ponedle las cadenas.

Me atan los pies con cadenas.

Les digo:

Señor prefecto. Ahora es usted más fuerte y dispone de la vida y de la muerte; pero mañana, cuando salga de aquí, me vengaré de usted y de quien me ha insultado.

En este momento oigo voces en el pasillo. Habían venido el profesor Cuza, el profesor Sumuleanu y algunos padres de los muchachos. También el coronel Nadejde, el Mayor Dimitriu, Butnariu, el Mayor Ambrozie y otros, con el Procurador y con el médico forense, el profesor universitario Bogdan.

El prefecto y todos los demás se levantan rápidamente y salen al pasillo.

Oigo al prefecto decir:

¿Qué buscáis aquí? Os invito a salir.

Después la voz del profesor Cuza:

¿Cómo puede echarnos? Hemos venido precisamente a usted con el Procurador para reclamar.

¡Gendarmes, echadlos!

El profesor Sumuleanu se pone en la entrada de la habitación, en la que estaban encerrados los detenidos, y dice:

Señor Procurador, no nos movemos de aquí hasta que no sea abierta esta habitación.

Entonces algunos Comisarios:

No hay nada en esta habitación. Está vacía.

Y el profesor Sumuleanu:

Abrase inmediatamente esta habitación.

Con la intervención del Procurador, se abrió la habitación, y seis jóvenes son casi cogidos en brazos por sus padres e introducidos en el despacho del prefecto. El médico forense, profesor Bogdan, los examina a todos y redacta los certificados médicos. Después de algunas horas son puestos en libertad; también los que estaban en el patio. Yo, sin embargo, soy retenido, y dos días después me mandan al juez instructor.

Me pone en libertad. Le digo:

Señor juez instructor, si no se me hace justicia, me la tomaré por mi mano.

Volví a casa. Vino el profesor Cuza con Liviu Sadoveanu.

He sabido que quieres tomarte la justicia por tu mano. No debes hacer eso. Elevaremos un escrito al Ministerio y pediremos se abra expediente. Es imposible que no se nos dé satisfacción.

Yo estaba espiritualmente deshecho: veía hundirse todos mis planes. Abandonando a su destino a la fábrica de ladrillos y al huerto, tomé el primer tren hacia Bucovina, con destino a Campul Lung. Desde allí subí lentamente a la montaña, llevando en el alma el peso de la humillación pasada y la atormentante incertidumbre del porvenir.

Me parecía que no tenía más amigos en el mundo que aquel monte: Raraul, con su ermita en la cumbre. Me detuve a casi 1.500 metros de altura, desde donde alcanzaba a ver centenares de kilómetros; pero ningún paisaje podía borrarme la visión de la infame humillación sufrida junto con mis jóvenes camaradas, y oía también su llanto.

La noche se acercaba; la soledad era absoluta. No había más que árboles y águilas sobre las rocas.

No tenía conmigo más que el abrigo y un pan. Comí un poco de pan y bebí agua de un manantial que serpenteaba entre las piedras.

Después empecé a recoger leña y me hice una pequeña cabaña, en la que viví mes y medio. El escaso alimento que necesitaba me lo trían los pastores de Mos Piticaru. Dudaba, agarrotado por un sentimiento de vergüenza, ante la perspectiva de volver entre los hombres.

Tenía el alma asaltada por la duda; estaba en un punto crucial; luchábamos: por la Patria, y éramos tratados como enemigos de ella y perseguidos sin piedad por el Gobierno, la policía, los gendarmes y el ejército.

¿Debíamos recurrir a la fuerza? Ellos eran ciento de miles, y nosotros un pequeño grupo de jóvenes agotados por las dificultades, el hambre, el frío y la prisión. ¿Qué fuerza teníamos para poder alentar la menor probabilidad de victoria? Si algo hubiéramos intentado, hubiéramos sido aplastados. Y después, el país, sugestionado por la prensa judía, nos hubiera considerado locos.

¿Sería mejor emplear la violencia y la fuerza? Los demás nos provocan, nos torturan y asesinan; ¿hemos de dejarnos matar?

Mejor era marchar todos a vagar por el mundo. Mejor mendigar de aldea en aldea, antes de ser humillados aquí, en nuestra tierra, hasta límites inconcebibles.

¿No sería mejor para mí bajar de allí a mano armada y hacer justicia? ¿Aplastar a la bestia que se atraviese en nuestro camino y en la vida de una raza? Pero después; ¿qué sería de nuestros planes?

¿Y Motza? Porque semejantes tentativas significarían mi sacrificio y el de Motza, cuyas posibilidades de absolución desaparecerían definitivamente. Todo nuestro grupo sería destruido; todo terminaría.

Durante mes y medio, allí, en la cima del monte, me atormentaron estos pensamientos, sin que lograse alcanzar una solución. Bajé de la montaña, dejándolo todo entregado a la suerte; sin embargo, siempre iba armado, dispuesto a disparar a la más pequeña provocación.

Fui a la fábrica de ladrillos, donde Grigore Ghica, que había quedado de jefe, había cumplido con su deber de una manera ejemplar. El número de ladrillos había aumentado de una manera sensible: se habían hecho dos hornos de 40.000 ladrillos. Era el 15 de julio; los muchachos me acogieron tiernamente. En las canteras no había ocurrido nada especial.

En Iasi encontré novedades. Los agentes, que antes no tenían zapatos, habían sido vestidos por los judíos de pies a cabeza. La prefectura de policía disponía de auto, puesto a su disposición por los judíos. Estos se sentían amos absolutos, hacían alarde de una desvergüenza como no se había visto desde 1919, en la época de los movimientos comunistas, cuando se creían en vísperas de la revolución y cualquier judiucho del Prut o de Iasi se daba aires de comisario del pueblo.

INTENTO DE ROMPER NUESTRO BLOQUE

La potencia judeo-liberal tuvo noticias de nuestro bloque, del pacto hecho en Vacaresti. Se daban cuenta de que en torno a este bloque la masa estudiantil cobraría plena unidad, y nada asusta tanto a los judíos como la unidad perfecta, el bloque espiritual de un movimiento, de un pueblo. Por esto ellos serán siempre partidarios de la democracia, que rompe la unidad espiritual de una raza y la entrega frente a la unidad y a la solidaridad

perfecta del judaísmo en el país y en el mundo entero. La nación, dividida en partidos por la democracia, vivirá desunida y será derrotada.

Ahora bien: nuestro grupo se presentaba como una unidad indestructible, y tenía posibilidad de reunir a su alrededor a todo el movimiento estudiantil.

Entonces, imprevistamente, nos encontramos frente a una interminable serie de mentiras y de intrigas, urdidas con el objeto de separarnos a Motza y a mí, y en general a todos, unos de otros. Los judíos encontraban entre los estudiantes elementos débiles, de los que se servían como instrumento. Llegaron incluso a hacer presa en los padres, algunos de los cuales exigían que sus hijos rompieran toda relación con nuestro grupo.

¿Cómo resistir? Únicamente gracias a nuestras previsiones de Vacaresti. Nos habíamos dado cuenta, desde el primero momento, de que contra nosotros se desencadenaría este clásico ataque de la masonería y del judaísmo. Y nos pusimos en guardia para poder resistir. Cuando era señalada una intriga, nos reuníamos y la comunicábamos a todo el grupo.

Aprovecho esta ocasión para dar un consejo a todas las organizaciones, atrayendo su atención sobre este sistema que se emplea frecuentemente.

Y para parar el ataque deben tomarse las siguientes medias:

a) No dar jamás fe a la información, venga de donde venga.

b) Comunicar inmediatamente el intento de intriga al grupo respectivo, a la persona señalada y al jefe.

De este modo el ataque será rechazado.

MI COMPROMISO

En la fábrica de ladrillos de Ungheni, el 10 de agosto de 1924, en presencia de mi compañeros y padres, celebré mi compromiso con Elena Ilinoiu, hija de Constantin Ilinoiu, controlador ferroviario, un hombre de gran bondad y sensibilidad de alma. Después me trasladé a su casa, donde me recibieron con los brazos abiertos, aunque tenían una familia de cinco hijos. Esta familia fue para mí un apoyo constante en la lucha que libraba. Sus cuidados y su amor me sostenían.

El 13 de septiembre volví a casa, a Husi, donde celebré en casa de mis padres mi cumpleaños y onomástica. Acababa de cumplir 25 años.

EL PROCESO MOTZA-VLAD

Para el 26 de septiembre de 1924 había sido fijada la vista de la causa de Motza y del estudiante Leónida Vlad, que le había proporcionado el revólver.

Salí para Vacaresti, donde se inició el proceso. Motza sostuvo con fuerza su tesis, según la cual el traidor debió ser castigado. La opinión pública, cansada de traidores, siguió con vivo interés y con entusiasmo las discusiones, y vio en el gesto de Motza una prueba de salud moral y un principio de acción contra los traidores. Su gesto apareció como una luz en medio de la vida rumana, en la cual, durante siglos y siglos, los defensores de la raza han sido abatidos por la traición.

Toda la masa estudiantil de las Universidades celebraba grandes manifestaciones para obtener la absolución. En Vacaresti, en los alrededores del Tribunal, se reunían millares de hombres que deseaban ardientemente una vida nueva para su Patria y que pedía la liberación de Motza.

Al alba, la justicia popular dio un veredicto de absolución, que fue acogido con gran entusiasmo por todo el país.

Motza, después de haber visto a sus padres, abandonó Cluj y se estableció en Iasi, conforme se determinaba en nuestro pacto.

EN TORNO A LO OCURRIDO EN EL HUERTO

La humillación y la deshonra a la que fuimos sometidos durante la anarquía del 31 de mayo nos había machacado moralmente; se convirtió en una herida abierta que se profundizaba cada vez más, consumiendo nuestra vida y pareciendo que nos acercaba a la tumba.

La humillación que sientes cuando te deshonran a ti y a los tuyos, te produce un sentimiento de profundo dolor, haciéndote rehuir de la gente, avergonzado de que te vean. parece que sientes que este mundo te desprecia, riéndose en tu cara porque eres incapaz de defender tu honor; que pones en peligro a la sociedad propiamente dicha, dejando creer por tu cobardía que un opresor puede, impunemente, deshonrarla y herirla según sus caprichos.

Estos dolores aumentaron proporcionalmente a medida que nuestros intentos de obtener una reparación legal eran rechazados con un cinismo que nos llevaba a la desesperación. Las víctimas que demandaban una satisfacción legal se arriesgaban a ser golpeadas de nuevo por la policía, esta vez dentro de los mismos muros del pretorio de la justicia e incluso ante los jueces. Al final, sin embargo, fueron los denunciantes los condenados. Lo ocurrido el 31 de mayo no quedó sin repercusión. Reproduzco de los periódicos el eco que este acontecimiento tuvo en la sociedad rumana, así como los intentos de obtener una satisfacción por el atropello. Universul («El Universo») el 8 de junio de 1924 publica bajo el título:

La policía de Iasi

Los estudiantes de Iasi fueron golpeados por el propio prefecto de la policía.

«Nos imaginamos al Sr. Manciu, el prefecto de la policía de Iasi, como uno de los policías más notorios del siglo pasado, ejemplo de violencia y brutalidad, el Sr. prefecto Manciu, aunque es un policía con sólo un año de experiencia en una ciudad universitaria como Iasi, inauguró su sistema de violencia policial anacrónica el año pasado en el congreso de profesores universitarios. Fue capaz de detener un congreso de profesores universitarios porque así se lo dictaron sus impulsos policiales. Las protestas que siguieron, contra los ultrajes a este distinguidísimo grupo de intelectuales, fueron infructuosas, pues el Sr. prefecto de la policía de Iasi tenía apoyo político para hacer lo que hizo.

Y desde entonces, el Sr. Manciu ha continuado asiduamente con sus métodos policiales que ha exhibido particularmente estos últimos días, cuando golpeó, golpeó con sed, golpeó con celo, desangró maliciosamente a los estudiantes, y luego ordenó a sus subalternos que lo imitaran con el mismo celo brutal. No importaba lo que hubieran hecho los estudiantes de Iasi, incluso si hubieran sido asesinos, no deberían haber sido golpeados.

En primer lugar, se debería haber realizado una investigación, se debería haber informado a la fiscalía, se debería haber detenido a los estudiantes, posiblemente encadenados, pero no se les debería haber golpeado. El Sr. prefecto Manciu está ciertamente obligado, en el ejercicio de sus funciones,

a aplicar ciertas normas relativas a la "protección de los animales". Incluso creemos que las hace cumplir. En otras palabras, se ocupa de que no se golpee a los caballos, de que no se torture a los cerdos. Y, sin embargo, el Sr. Manciu, que como estudiante debe haber estudiado derecho penal y debe haber leído algo de la literatura penal que tal vez le recomendó nuestro distinguido penalista, el Sr. Iulian Teodoreanu, un hombre que ha estado predicando la abolición de las sanciones brutales en las cárceles, golpeó personalmente a los estudiantes, los torturó, los cubrió de sangre. Pero, ¿y si los estudiantes golpeados no son culpables de ninguno de los absurdos de los que se les acusa? ¿Entonces qué? ¿Debería a su vez ser apaleado? Ciertamente, es necesaria una investigación judicial. Pero también es necesaria una sanción que haga imposible que el Sr. Manciu fortalezca sus músculos sobre las cabezas de los estudiantes».

B. Cecropide

El periódico continúa el 9 de junio de 1924:

Los estudiantes de Iasi fueron golpeados

«Fueron provocados por la policía y torturados sin culpa alguna. Un prefecto de policía violento, Manciu debe ser reemplazado.

En un número anterior escribimos sobre el bandolerismo cometido por el Sr. Manciu, prefecto de Policía de Iasi, contra los estudiantes.

Hoy reproducimos varios pasajes del memorándum que los estudiantes enviaron al Ministerio del Interior».

Los estudiantes albañiles

En el memorial dice: «Los estudiantes cristianos de la Universidad de Iasi llevan ya un mes resolución de construir, con su propio trabajo, un hogar cultural».

Las provocaciones del prefecto de policía

«Apenas reunidos, nos encontramos rodeados por una compañía de gendarmes y todo el aparato policial encabezado por el prefecto Manciu.

Mientras todos estábamos muy quietos, con las armas extendidas, se abalanzaron sobre nosotros, empezaron a insultar y nos golpearon de la manera más bárbara posible. Nos registraron, ya que pensaban que nos encontrarían armas, pero no encontraron nada en ninguno de nosotros. Durante el registro intentaron meter en los bolsillos de nuestro compañero Corneliu Zelea Codreanu, un revólver y algunos papeles, a lo que él protestó. Por ello fue golpeado por el policía Manciu, el inspector Clos, el comisario Vasiliu y, junto con el resto de los agentes, fue atado como si fuera el peor de los ladrones. Lo mismo ocurrió con un gran número de los que estábamos allí. Fuimos detenidos, rodeados por cordones militares, llevados a la Prefectura de Policía».

Hasta los niños de la calle fueron golpeados

«Encontramos en nuestro camino a varios estudiantes de varios institutos que se dirigían al parque deportivo para practicar la oina (béisbol rumano), como les indicaron sus directores. Todos ellos fueron detenidos y llevados junto con nosotros a la jefatura de policía, naturalmente después de ser golpeados por el propio policía Manciu y los demás policías, para que todo el mundo los viera. Ellos también estuvieron en la jefatura de policía durante todo el día. A algunos nos golpearon hasta que nos desmayamos, y luego nos liberaron; otros declararon bajo coacción, mientras que otros fueron liberados sin que se les tomara declaración».

Y para concluir, Universul añadió: «Los hechos mencionados no pueden quedar impunes. El prefecto de policía Manciu, demostró ser un agente provocador y culpable de torturar a estudiantes y de los chicos de la escuela secundaria en Iasi, debe recibir el castigo por tal anarquía».

Entre otros, el Universul del 10 de junio de 1924 imprime:

Iasi bajo el terror del prefecto de policía

«... Transportados a los calabozos de la policía, estos estudiantes fueron sometidos a las más aterradoras torturas. Algunos de ellos fueron colgados cabeza abajo, golpeados en las plantas de los pies con los vergajos. El estudiante Corneliu Codreanu fue atado, luego abofeteado y torturado por

el propio prefecto de policía. Su salud se vio afectada. Los otros estudiantes detenidos presentan graves lesiones corporales. Trescientos estudiantes han denunciado los hechos mencionados al fiscal general exigiendo que el médico forense examine el estado de sus compañeros torturados».

La palabra del profesor A. C. Cuza

En el número especial del periódico Unirea (La Unión) del 1 de junio de 1924, el profesor A. C. Cuza publicó un juicioso artículo del que extraigo:

«Pero ante estas constantes brutalidades e innumerables abusos, infundados —especialmente cometidos para preocupar a los estudiantes rumanos por medio del terror— se plantean con fuerza dos preguntas: ¿Qué quiere el gobierno que mantiene a semejante policía al frente de una ciudad como Iasi? ¿Qué quiere el propio policía? ¿Quieren que se produzcan reacciones irreflexivas, como resultado de esta continua frustración que parece ser provocada diariamente? Esta provocación es tanto más indigna y más irritante cuanto que al mismo tiempo el policía Manciu frecuenta las reuniones de la asociación judía "Macabi" y dirige ostentosamente a estos macabeos deportistas en excursiones, detrás de su bandera blanca y azul. Y se le ve a diario holgazaneando en su coche —no en el que viajó el otro día a Ciurea— sino en el nuevo coche que parece que le compró la comunidad israelita de Iasi mediante una suscripción pública, la misma Cahal que le anima en la prensa y en cada ocasión en su actitud contra los estudiantes cristianos. Protestando con la máxima indignación contra esta acción de provocación continua, exigimos que las autoridades superiores intervengan para poner fin a un estado de cosas indigno y peligroso que ni Iasi ni los estudiantes cristianos pueden tolerar por más tiempo».

CONCENTRACIONES DE PROTESTA CONTRA MANCIU

El 3 y 5 de junio se enviaron los siguientes telegramas:

A su majestad el rey

«Queriendo reunirnos para protestar por la anarquía del policía Manciu contra nuestros estudiantes y niños que son golpeados e insultados

diariamente, la policía y los gendarmes nos lo impidieron, a pesar de que el fiscal autorizó nuestra reunión.

Presentamos respetuosamente a Su Majestad nuestra queja y pedimos que se nos proteja». (Siguen 1200 nombres).

Al ministerio del interior

«Como nuestros hijos han sido agredidos en la calle y salvajemente maltratada por el prefecto Manciu, exigimos de inmediato una investigación, seguida de sanciones severas. Nuestros sentimientos paternales están heridos y nuestra paciencia está al límite, esperamos la justicia sin demora.

Firman: Mayor I. Dimitriu, Mayor Ambrosie, D. Butnaru, Elena Olanescu, el capitán Oarza, Gheorghiu, etc.».

Actiunea romaneasca (Acción Rumana)

Primer año, nº 2, 15 de noviembre de 1924

Actiunea Romaneasca en su número del 15 de noviembre de 1924 publicado sobre la firma del reconocido escritor Dr. Ion Istrate:

«El 8 de junio de 1924 se celebró una impresionante reunión de protesta pública en la sala Bejan, bajo la presidencia de honor del general Tamoschi. La conducta de Manciu fue calificada por: El profesor universitario A.C. Cuza, el estudiante Grigorescu en representación de los estudiantes cristianos, el artesano Artur Rus, el metalúrgico C. Pancu, el profesor universitario C. Sumuleanu de la Facultad de Medicina que hizo una impresionante descripción de lo que vio en la comisaría: tímpanos rotos, ojos ensangrentados, brazos y piernas rotos por los vergajos de los salvajes de Manciu. Declaró que, si hubiera tenido un hijo tan torturado por el bárbaro que dirigía la policía, "no habría dudado ni un instante en volarle los sesos al bribón".

Entonces habló el Mayor Dumitriu que concluyó diciendo: "Confío en que la justicia del país nos dará satisfacción. Si no es así, juro aquí, ante ustedes, y sabré respetar mi juramento, que tomaré la justicia en mis manos".

El abogado Bacaloglu también habló, luego el artesano Cristea, el abogado Nelu Ionescu y el profesor Ion Zelea Codreanu. Al final se votó

una moción de protesta en la que se pedía satisfacción al Ministerio de Justicia, por un lado, y al Gobierno que despidiera a Manciu, por otro».

Una advertencia inútil

En el número 24 de Tara Noastra («Nuestro País») del 15 de junio de 1924 el conocido escritor Al.O. Teodoreanu publicó un artículo del que reproducimos los últimos pasajes:

«La justicia, llamada a pronunciarse, declara inocentes a todos los estudiantes detenidos y decide que deben ser liberados inmediatamente. A pesar de ello, el estudiante Zelea Codreanu es mantenido bajo arresto y juzgado por el policía Manciu, –que además es abogado–, por conspiración. Los manuales de derecho más elementales y el sentido común nos dicen que en el matrimonio, el duelo o la conspiración no puede figurar una sola persona. Para poner una etiqueta como la anterior a una persona, quien la emite debe estar en un estado particular de embriaguez que le haga ver al menos el doble. En otras palabras, no se puede hablar con él. Pero, en nombre de toda la población rumana calumniada, de la que excluimos gustosamente, sin pérdida para nadie, a sus tímidos representantes en el Parlamento y en la prensa, preguntamos al gobierno si considera mejor dejar el (inevitable) castigo de Manciu en manos de sus víctimas, o es más oportuno impedirlo. Fortalecidos por la decisiva palabra de la justicia, no dudamos en calificar "la conspiración" de Iasi como un montaje traicionero...».

A.O. Teodoreanu

SE ORDENA UNA INVESTIGACIÓN ADMINISTRATIVA

Los hechos anteriormente narrados, ocurridos el 31 de mayo, no quedaron sin resonancia. Como consecuencia de lo ocurrido, el inspector administrativo Vararu fue encargado de instruir un expediente. He aquí el memorial que le fue presentado por el Mayor Ambrozie:

«Señor inspector:

Es evidente que usted ha sido enviado por el señor ministro del Interior, deseoso de averiguar la verdad sobre la tortura sufrida por nuestros hijos; y como creemos que usted dese hacer luz sobre el asunto, hemos redactado este memorial con la narración de los hechos:

He aquí como se han desarrollado:

Se sabía en Iasi, por los directores de las escuelas y los padres de los alumnos, que éstos fabricaban ladrillos en Ungheni para construirse una casa propia en Iasi, y que trabajaban en un huerto puesto a su disposición por la señora Ghica, en la calle Carol. Pare de los estudiantes y de los alumnos se reunían una vez a la semana bajo la dirección del estudiante Zelea Codreanu, cuando se hacía el reparto del trabajo: 40 estudiantes eran enviados a Ungheni a hacer ladrillos, y 20 o 25 alumnos recibían el encargo de ciudad el huerto.

De lo antes dicho estaba también informado el prefecto de policía; ¿por qué, pues, no inventó algo sensacional en Iasi, por ejemplo un complot, más aún cuando los periódicos de Iasi eran considerados como de su propiedad, y le habrían sostenido incluso en esta causa?

He aquí los hechos: El 31 de mayo de 1924, entre las cuatro y media y las cinco de la mañana, cuando sabían que en el huerto de la señora Ghica estaban reunidos aproximadamente 65 estudiantes y alumnos, se han precipitado sobre ellos con todo el aparato de la policía y con muchos soldados. La mente humana se niega a comprender lo que ha sucedido entonces, cuando los estudiantes han sido rodeados como los más vulgares criminales y golpeados bárbaramente por los agentes y solados y el mismo prefecto Manciu.

Media hora después, todos, y a su frente Zela Codreanu, bien escoltados, recorren las principales calles hacia el puesto de policía, cuando han encontrado a un grupo de alumnos del Liceo que, por orden de sus profesores, iban al juego de pelota de Copon. Esos, habiéndose permitido saludar a los que iban encadenados, han sido inmediatamente arrestados, golpeados y llevados al puesto de policía como cómplices de los primeros.

Una vez llegados, el prefecto, sin avisar al Ministerio Público, como hubiera requerido la gravedad del hecho, ha empezado por sí solo el interrogatorio, al que han seguido apaleamientos, malos tratos y torturas, a fin de hacer declarar a los detenidos que había tomado parte en el complot,

y para que revelaran lo que sabían. Casi todos los estudiantes han sido golpeados, y más gravemente que los demás los siguientes:

1° Mi hijo César Ambrozie, alumno de la clase octava del Seminario Pedagógico, al cual el prefecto, personalmente, ha golpeado en la cabeza con un vergajo, y al que finalmente, porque no respondía como quería, le ha pegado un puñetazo en la oreja izquierda, rompiéndole el tímpano.

2° El alumno Dimitriu Spintzi, hijo del Mayor Dumitriu; éste ha sido atado con cadenas por los pies y alzado con la cabeza hacia abajo; después se le ha colocado un fusil entre los pies, sostenido por el sargento Cojocaru y el cabo Teodoreiu, y ha sido golpeado con el vergajo personalmente por el prefecto hasta que se ha desmayado.

3° El alumno Gurgutza ha sido atado de manos y pies y puesto boca abajo sobre el suelo, siendo golpeado; y para que no se oyeran sus gritos, se le ha puesto delante de la boca un cubo lleno de agua, dentro del cual un agente le metía la cabeza cuando gritaba demasiado.

En todas estas torturas han estado presentes dos oficiales de Carabineros: el Capitán Velciu y el teniente Tomida, a los cuales creo que la dignidad de soldados no les permitirá no decir la verdad, aunque no haya sido digno para ellos asistir a la tortura, empleando para ello hombres de tropa y armas cuyo destino, como se sabe, es bien distinto.

Según lo que dicen los estudiantes, en tanto que el policía Manciu estaba ocupado en estos menesteres, han entrado en su despacho los señores Procuradores Culianu y Buzea. Creo que éstos dirán la verdad. Los golpes y los diversos tormentos han cesado tan sólo cuando ha llegado a la policía el primer Procurador Catzichi, a petición de una comisión compuesta por los señores Cuza, Sumuleanu, abogado Bacadoglu, coronel Nadejde y el médico forense Bogdan, que ha constatado cuanto resulta del acta extendida en el mismo local de la prefectura.

Como se ve, señor Inspector, nosotros, hasta hoy, hemos procedido legalmente, es decir:

1° Hemos llamado al primer Procurador y al médico legal de la Prefectura para hacer constatar por ellos los malos tratos sufridos por los estudiantes.

2° Nos hemos querellado contra quienes los han torturado, ante el Tribunal de la segunda circunscripción.

3° Hemos puesto al corriente al Ministerio Público, al que ha sido enviada el acta médica, habiendo sido el asunto destinado al señor juez instructor Iesanu.

4° Como hombres de honor y oficiales, hubiéramos podido exigir al señor Manciu satisfacciones adecuadas, pero se le ha descalificado desde el momento que se ha negado a batirse en duelo con el Capitán Ciueli.

Honradamente, esta es la verdad. Le rogamos tenga en cuenta que, entre nosotros, los padres ofendidos, hay dos oficiales superiores que habiendo procedido legalmente, hasta hoy, se encuentran en una posición crítica, al no haber recibido satisfacción por parte de nadie. Estamos convencidos de que tal satisfacción nos la dará el ministro del Interior procesando al prefecto Manciu por los hechos referidos e interviniendo cerca del ministro de la Guerra, porque el prefecto Manciu, siendo oficial de reserva, ha torturado conscientemente a hijos de camaradas de superior categoría».

Firmado: El Mayor Ambrozie.

EL RESULTADO DE LA INFORMACIÓN

1° El prefecto Manciu fue condecorado con la «Estrella de Rumania», con grado de comandante.

2° Todos los agentes que nos maltrataron fueron ascendidos.

3° Envalentonados por estas medidas, desencadenaron una nueva persecución contra nosotros, extendiéndola esta vez por toda Moldavia. Cualquier policía, para crearse una fuente de ingresos por parte de los judíos y para adelantar en su carrera, pegaba a los estudiantes, tanto en la calle como en las Comisarías, sin ser obligado a responder de sus actos.

EL DÍA FATAL: 25 DE OCTUBRE DE 1924

En semejantes condiciones, espirituales y de hecho, me presenté al Tribunal de la segunda circunscripción de Iasi el sábado por la mañana, como abogado, junto con el colega Dumbrava, en el proceso del estudiante Comarzán, torturado por Manciu.

El prefecto se presentó con la policía al completo y en plena sesión, ante los abogados y el juez Spiridoneanu, que presidía, se precipitó contra nosotros.

En tales circunstancias, con riesgo de perderme, desbordado por aquellos 20 policías armados, saqué mi revólver y disparé sobre los que se me acercaban. Cayó el primero, Manciu; después, el inspector Clos, y tercero, un hombre menos culpable, el comisario Husanu. Los otros desaparecieron.

Pocos minutos después, ante el Tribunal, se habían reunido algunos millares de judíos esperando que saliese para lincharme. Empuñe con la derecha mi pistola, todavía cargada con cinco cartuchos, y con la izquierda tomé el brazo del señor Víctor Climescu, abogado de Iasi, rogándole que me acompañase. Así salí y atravesé la aulladora masa de judíos, que ante mi revólver tuvieron el buen sentido de dejarme pasar. Por la calle los carabineros me separaron de Climescu y me acompañaron hasta el patio de la Prefectura de policía.

Aquí los policías me saltaron encima para quitarme el revólver, único amigo que me quedaba en aquella coyuntura. Reuní todas mis fuerzas, oponiendo durante cinco minutos una desesperada resistencia; pero al final tuve que ceder. Con las manos encadenadas a la espalda, fui puesto entre cuatro soldados con bayoneta calada.

Poco después me hicieron salir de la oficina en que estaba y me llevaron al fondo del patio, colocándome junto a una alta empalizada, donde me dejaron solo. Sospeché que me querían fusilar, y allí permanecí hasta última hora de la tarde; la espera del fusilamiento no me turbaba ni poco ni mucho.

La noticia de la trágica venganza se difundió con rapidez realmente fulminante, provocando una verdadera explosión en las casas de los estudiantes. De todas las pensiones, cafés y casas, los estudiantes se precipitaron hacia la plaza de la Unión, donde organizaron imponentes manifestaciones, cantando; después intentaron dirigirse hacia la Prefectura de policía, pero las tropas, con gran fatiga, consiguieron impedírselo. Yo oí el canto de los estudiantes, y aun encadenado, me alegraba de que hubieran sido libertados.

Ya tarde, fui llevado arriba, al mismo despacho de los suplicios, en cuya mesa estaba instalado ahora el juez instructor Esanu, el mismo al cual había dirigido mi reclamación cuatro meses antes pidiéndole se me hiciera justicia.

Después de haberme interrogado rápidamente, me declaró detenido. Así fui hecho subir al coche celular y transportado a Gálata, en la colina que está sobre Iasi, cerca del monasterio construido por Petre Schiopul «el cojo», señor de Moldavia[42].

Fui introducido en una habitación, en la cual había otros diez detenidos, y allí se me quitaron las cadenas. Los compañeros de habitación me dieron te, acostándome después de tomarlo.

Al día siguiente fui incomunicado en una celda con el pavimento de cemento, con un lecho de tablas, sin manta, sin almohadas y con los cerrojos echados. Una pared era tan húmeda, que estaba mojada.

El primer día, un guardián, Mos Matei, me trajo un pan negro pasándomelo por debajo de la puerta, porque ni siquiera él tenía permiso para entrar. Por la noche me acosté sobre las tablas, envolviéndome en el abrigo. Bajo la cabeza no pude ponerme nada. Tenía frío.

Por la mañana me hicieron salir durante dos minutos, y después fui de nuevo encerrado. Durante el día, el estudiante Milutza Propovici, que estaba detenido, pudo acercarse a la ventana, y con la punta de un dedo, limpió el cristal, para que pudiese ver fuera. Después, a dos otres metros de distancia, me empezó a hacer señas con el dedo. Comprendí que me hacía señas Morse.

De este modo pude saber que habían sido arrestados de nuevo todos los de Vacaresti: Motza, Garneatza, Tudose Popescu y Radu Mironovici, Excepto Corneliu Georgescu, al que no habían logrado detener. Habían sido transportados a la misma prisión y encerrados juntos en una celda. Supe que estaba también mi padre. La segunda noche fue peor; el frío no me permitió siquiera adormilarme. Me pasé casi toda la noche paseando por la celda.

Por la mañana me hicieron salir de nuevo, y de nuevo me volvieron a encerrar. Mos Matei me dio un pan. A las doce me pusieron las esposas, y en el coche celular fui llevado al Tribunal, para confirmación de la orden de arresto. De vuelta a Gálata me encerraron en la misma celda, Fuera había empezado el mal tiempo. Sin fuego, el frío me atormentaba. Intenté dormir

[42] Petre Schiopul (el Cojo). Señor de Moldavia, nombrado por los turcos. Su reinado duró poco.

sobre las tablas, y conseguí adormilarme una media hora; pero me dolían los huesos.

A causa del frío que subía del pavimento, empecé a tener dolor de riñones. Entonces, viendo que disminuían mis fuerzas, acudí a toda mi voluntad. Cada hora me levantaba y hacía diez minutos de gimnasia, intentando desesperadamente mantenerme con fuerzas.

Al día siguiente no me sentía bien. Me debilitaba a ojos vistos a causa de la lucha que sostenía con obstinada voluntad.

La noche siguiente el frío fue mayor, y mis fuerzas cedieron; se me nubló la vista.

En tanto me sostenía la voluntad, no tenía ninguna preocupación; pero ahora me daba cuenta de que las cosas iban de mal en peor. Todo mi cuerpo temblaba, y no podía dominar aquel continuo escalofrío. ¡Qué pesadas se hacían estas noches, que parecían no terminarse nunca!

Al día siguiente, el Procurador entró en mi celda; yo intenté esconder el estado en que me encontraba.

Así estuvo trece días; después se me dio fuego, así como mantas y telas para cubrir las pardes. Una hora al día se me permitió salir. Un día vi a Motza y Tudose Popescu a lo lejos, en el fondo del patio, y les hice señas. Supe entonces que mi padre había sido puesto en libertad, así como también el señor Liviu Sadoveanu, Ion Sava y otros estudiantes que había sido también detenidos.

DOS ARTÍCULOS SOBRE EL CASO MANCIU

Al día siguiente de los sucesos de Targul Cucului apareció en Cuvantul Iasului (La Palabra de Iasi), del 27 de octubre de 1924, un artículo de Nelu Ionescu, abogado, ex presidente de la Sociedad de los Estudiantes de Leyes, del que reproduzco lo que sigue:

«Los comentarios hechos por la prensa liberal judía sobre la muerte de C. Manciu son de mala fe y parciales: parten de un grosero falseamiento de los hechos, para hacer a toda costa un héroe de quien no ha sido más que un instrumento, y para adscribir a un pretendido complot fascista y

antisemita lo que no ha sido más que consecuencia inevitable de un régimen de desigualdad y abuso.

A los estudiantes se les ha impedido por la fuerza entrar a orar en la catedral; se les ha impedido comer juntos en los restaurantes; se les ha impedido reunirse en la Universidad o en sus sociedades; se les ha impedido circular por la calle; se les ha impedido trabajar en el huerto para su propia causa estudiantil; han sido golpeados por la calle, en los sótanos de la policía y en las plazas públicas, desde el último esbirro hasta aquel que hasta anteayer ha sido el prefecto de policía de esta ciudad.

Los estudiantes, con un dominio sobre sí mismos dignos de admiración y una confianza en la justicia que les hace honor, han iniciado una serie de procesos contra el prefecto Manciu y sus subalternos, por apaleamiento, por abuso de poder y atentados conta la libertad individual, confiados en la decisión de la justicia.

Este gesto de los estudiantes no ha sido comprendido, y decimos con dolor que la justicia no ha satisfecho las esperanzas que toda la juventud, animada por el más encendido sentimiento de legalidad y de orden, había puesto en ella.

La estudiante Silvia Teodorescu, a la que Manciu dio una patada en la espalda en la calle de Carol el día 11 de octubre de 1923, no solo no consiguió hacer condenar a Manciu por el Tribunal de la primera circunscripción urbana, sino que la reclamante es condenada por ultraje, ya que del proceso resultó que durante los golpes había dirigido a Manciu la frase “esto es una barbaridad”.

La tarde del 14 de diciembre de 1923, el estudiante de Leyes Lefter, de Galatzi, cuando entraba en el hotel Bejan, donde vive, sin ningún motivo, ha sido rodeado por una banda de policías y gendarmes que junto con Manciu, y obedeciendo sus órdenes, le han golpeado con sables, palos y culatas de fusil, dándole patadas y puñetazos, hasta que ha caído sin conocimiento, después de lo cual entre todos le han arrastrado hasta una de las calles laterales. El estudiante Lefter se ha querellado contra Manciu, y éste ha sido absuelto, sin tener necesidad de aducir ningún testimonio contra la prueba.

¿Y qué decir de la barbarie, de la crueldad hacia los estudiantes que trabajaban en el huerto Ghica? Veinticinco estudiantes golpeados como ladrones en las plantas de los pies, como fue constatado por el Procurador y

el médico forense, por hechos imaginarios, por los cuales no fue ni siquiera posible motivar una instrucción sumarial.

¡Pero no basta! Los estudiantes han pedido incluso una investigación administrativa. Esto ha tenido lugar este verano, y ha sido efectuado por el señor Vararu, el cual ha quedado profundamente indignado por los abusos cometidos; pero como consecuencia de su informe, el Ministerio correspondiente ha dado orden de condecorar a Manciu con la "Corona de Rumania".

He aquí el hombre que ha muerto: de los muertos no se dice más que bien, pero esto no nos impide afirmar la verdad.

Manciu suprimió reuniones, Manciu impidió entrar en la Catedral, Manciu pegaba por las calles, plazas y puestos de policía, insultaba a quienes reclamaban y amenazaban a sus defensores; Manciu golpeaba con una bestialidad anormal, resguardado en los cordones de gendarmes y policías, en tanto que los estudiantes, atados, no podían más que lanzarle miradas de desprecio y de momentánea resignación.

La opinión pública está al lado de Codreanu Zelea Codreanu, que también esta vez se mostró intransigente en cuestiones de honor y resuelto cuando se trata de la dignidad».

Después de algunos días, en el periódico Unirea apareció un artículo del profesor Cuza:

«La muerte del prefecto Manciu, el sistema fatal y sus consecuencias.

La policía de Iasi, desde un año a esta parte, vive una verdadera tragedia, que ha culminado en el último acto, debido al fatal encadenamiento de los hechos, de los cuales han sido víctimas.

El prefecto Manciu, el inspector Clos, el subcomisario Husanu y no menos que ellos el aspirante al doctorado Corneliu Zelea Codreanu.

El prefecto Manciu ha muerto; el subcomisario Husanu lucha con la muerte; el inspector Clos ha recibido una herida grave, y Corneliu Zelea Codreanu está encarcelado.

¿Qué es esta tragedia que hace tantas víctimas? ¿Cómo podemos hablar del encadenamiento fatal de los hechos? ¿Quiénes son los culpables?

Manciu ha sido el prefecto de policía del señor G. G. Marzescu.

El sistema fatal impuesto a Manciu ha sido el de aterrorizar a los estudiantes cristianos, dar satisfacción a los judíos y demostrar que el orden se puede mantener con "medios enérgicos".

Este "sistema fatal", el infeliz Manciu, carente de especiales cualidades, lo ha aplicado con particular brutalidad, precisamente contra los profesores universitarios, insultando a la Universidad y golpeando a los estudiantes.

Sostenido en la ejecución de su mandato de aterrorizar a los estudiantes, Manciu ha trabajado según los fines perseguidos y según el plan preestablecido, caminando por la senda de la fatalidad.

Enumeramos brevemente los hechos sucedidos:

1° La interrupción de la policía y del ejército en la universidad el 10 de diciembre de 1923. Tomando como pretexto la manifestación estudiantil, el estudiante, Manolescu, entre otros, ha sido tan brutalmente apaleado, que ha enfermado y ha muerto pocos días después.

2° Los malos tratos de la estación. Con ocasión de la llegada del profesor Ion Zelea Codreanu a Iasi, después de su excarcelación, el Profesor Manciu ha agredido a los ciudadanos y estudiantes que habían acudido a recibirle a la estación, maltratándolos y dándoles caza por la calle como a malhechores.

3° La visita del Príncipe Carol. Con ocasión de esta visita, Manciu ha dado lugar a escándalos que han obligado a los estudiantes a quejarse a Su Alteza Real.

4° El escándalo del Teatro Sidoli. Al venir a Iasi los artistas rumanos retirados de la Opera, los estudiantes les han hecho una manifestación de simpatía absolutamente pacífica, que ha dado ocasión al prefecto Manciu para poner en escena un escándalo más contra los estudiantes, que han sido golpeados y dispersos.

5° El complot de la Calle Carol. Por una amabilidad de la señora Costanza Ghica, en su huerto de la calle Carol los estudiantes han sembrado un trozo de terreno para su manutención. El día 31 de mayo de este año, cuando los estudiantes re reunían para trabajar, ha aparecido el prefecto Manciu con toda la policía y gendarmes, arrestando a los estudiantes. A Corneliu Zelea Codreanu se le ha quitado el cinturón, con el que se le han atado las manos a la espalda, y ha sido conducido por las calles con otros 25 estudiantes hasta el puesto de policía, donde han sido atrozmente golpeados.

Corneliu Zelea Codreanu, oficial de reserva, licenciado en Leyes, ha sido golpeado en la cara e insultado con las más degradantes injurias.

El estudiante Ambrozie, hijo del Mayor Ambrozie, ha sido golpeado, habiendo sufrido la rotura del tímpano, hecho constatado en el certificado del médico forense doctor Gh. Bogdan.

Los otros estudiantes han sido golpeados en la planta de los pies con vergajos, sostenidos cabeza abajo, y para que no pudieran gritar, se les metía la cabeza en cubos llenos de agua. A pesar de todas las protestas, no sólo ha sido mantenido en su puesto el prefecto Manciu, sino que ha sido recompensado y empujado a continuar empleando este fatal sistema.

La prensa judía le atributa diariamente los mayores elogios, presentándole como salvador del orden y como un hombre superior.

El Gobierno, teniendo como representante en Iasi a G. G. Marzescu, en lugar de dar curso a los que ha establecido el Inspector Vararu, ha condecorado a Manciu con la "Corona de Rumania" y ha concedido ascensos al personal de que se ha servido para realizar sus iniquidades.

Así, el Comisario Clos, uno de los más culpables, ha sido ascendido a Inspector.

La justicia, que tiene como ministro al mismo G. G. Marzescu, valedor de Manciu, en lugar de intervenir enérgica y rápidamente contra los abusos cometidos, ha condenado a sus víctimas.

Los judíos de Iasi, satisfechos, han regalado un auto a la Prefectura, que Manciu ha aceptado, con gran escándalo de todos los rumanos, probando más y más resentimientos, especialmente de los estudiantes, que lo ven desafiándolos desde el automóvil de los judíos, con el cual pasea arrogantemente por las calles.

Sostenido y envalentonado de esta manera, el prefecto Manciu, impulsivo por temperamento, falto de autodominio, se ha imaginado haber alcanzado el apogeo de la gloria con la aplicación de su sistema.

El encadenamiento fatal de los hechos ha llevado al prefecto Manciu al último acto de la tragedia.

Corneliu Zelea Codreanu ha obrado en legítima defensa. La responsabilidad de la muerte del prefecto Manciu recae, en primer lugar, sobre quien le ha puesto al frente de la policía y le ha sostenido: El ministro de justicia, G. G. Marzescu.

La responsabilidad corresponde también a la prensa hebra y a todos los que han espoleado y empujado, con sus felicitaciones, a aplicar el sistema fatal».

LA HUELGA DEL HAMBRE

Diez días antes de Navidad, Motza, Garneatza, Tudose y Radu Mironovici declararon la huelga del hambre y de la sed por estar arrestados desde hacía sesenta días sin tener culpa ninguna.

Decían: o la liberación o la muerte.

Los intentos de las autoridades de hablar con ellos fracasaban, porque se habían barricado en su cuarto y no dejaban entrar a nadie.

Estos jóvenes habían llegado a ser, desde hacía tiempo, para toda la masa estudiantil, un símbolo, una cosa sagrada. Cuando se supo la huelga que habían declarado, todos comprendieron la gravedad del hecho, ya que conocían su gran fuerza de voluntad.

¿Habrían de morir estos jóvenes entre los muros de Gálata? Los espíritus estaban tan agitaos en Iasi y en Cluj, que era previsible una venganza en masa sobre aquellos que la multitud consideraba culpables. No solo los estudiantes, sino ancianos y hombres de alta posición decían a grandes voces: «Si estos muchachos mueren, habrá que tirar de los revólveres». El Gobierno empezó a comprender entonces que se encontraba frente a una decisión y a una tensión general: que la nación empezaba a tener voluntad y dignidad propias.

Mi padre lanzó entonces en Iasi un manifiesto, del cual reproduzco lo siguiente:

«Hermanos rumanos:

Los estudiantes Ion Motza, Ilie Garneatza, Tudose Popescu y Radu Mironovici, detenidos desde hace dos meses en la prisión de Gálata, han declarado el martes a la una la huelga del hambre y de la sed.

Han tomado esta grave decisión porque son inocentes, porque igualmente inocentes han sido en la cárcel de Vacaresti y porque ha visto que ciertos políticos quieren con injusta prisión arruinarles lentamente su salud y su vida.

Estos jóvenes heroicos, flores cogidas del porvenir del país, han sido dotados por Dios de una voluntad de acero. Por esto su decisión de morir de hambre y de sed para protestar contra las injusticias que se les hacen y contra la dominación de nuestra raza por los judíos a través de ciertos políticos no es una broma, sino una grave resolución.

¡O liberación o muerte!

Hermanos rumanos:

¿Esperaremos a ver dentro de tres o cuatro días pasar en cuatro féretros los cuerpos de estos héroes?

Viejos y jóvenes, pensad; en aquellos cuatro féretros no estarán los cuerpos de cuatro estudiantes, sino los cuerpos de vuestros propios hijos.

El deber de todos nosotros es tomar urgentes medidas de protesta contra el Gobierno, y con una protesta legal y pacífica, pero enérgica e irreductible, impedir el asesinato de nuestros hijos».

Durante las fiestas de Navidad, después de once días de huelga de hambre y de sed, fueron puestos en libertad. Estaban, sin embargo, tan debilitados, que debieron ser llevados en camillas desde la prisión al hospital.

Algunos de ellos habían salido de una dura prisión hacía apenas algunos meses, y Motza, tan sólo desde hacía un mes, después de un año de ininterrumpido encarcelamiento, así que sus fuerzas estaban agotadas.

Las consecuencias de esta huelga se hacen sentir para algunos de ellos todavía hoy, después de diez años, y el pobre Tudose las ha llevado consigo a la tumba.

SOLO EN GALATA

En la celda húmeda y oscura, sentado en el borde del duro lecho, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada bajo el peso de los pensamientos, dejaba pasar el tiempo minuto a minuto.

¡La soledad es espantosa!

Me atormentaban los versos:

Gaudeamus ígitur,
Juvenes dum sumus

(Gocemos en tanto somos jóvenes.)

Versos que han calentado, alegrado y coronado, con la corona de la alegría, la juventud de todas las generaciones de estudiantes.

Es un derecho de los jóvenes el de estar alegre, de divertirse, antes que llegue la edad en que la vida humana, por efecto de las dificultades y las preocupaciones, cada vez más numerosas y graves, se convierta en un gran peso.

A mí no me ha sido concedido este derecho. No he tenido tiempo de divertirme. La vida universitaria, durante la cual todos se divierten y cantan, se ha terminado para mí. Ni siquiera sé cuándo ha pasado. Sobre mi juventud han pesado antes del tiempo preocupaciones, dificultades y golpes que la han destruido. Lo que todavía me quedaba me lo han arruinado estas cuatro paredes tristes y frías. Ahora me han quitado también el sol; desde hace muchas semanas estoy en esta oscuridad, y no puedo gozar de él más que una hora al día.

Tengo las rodillas heladas, y siento el frío del cemento subirme por los huesos. Las horas pasan penosamente, muy penosamente. Al mediodía y a la noche como algunos bocados, pero no puedo muchos. Con la noche empieza el verdadero tormento; no consigo dormirme hasta las dos o las tres. Fuera, cae la niebla y suena el viento; aquí, en la cima del monte, la tormenta es más fuerte. Por las junturas de la puerta el viento empuja hacia dentro a la nieve que se hace espesa, ocupando un cuarto de la superficie de la celda; por la mañana encuentro siempre un estrato de cierto espesor. El silencio oprimente de la noche no es interrumpido más que por el grito de los búhos, anidados en la torre de la iglesia, y, de tiempo en tiempo, por la voz de los centinelas que nos custodian, gritando:

¡Número uno! ¡Bien!

¡Número dos! ¡Bien!

Estoy entregado a una incertidumbre tormentosa: ¿Cuánto durará esto? ¿Un mes? ¿Dos? ¿Cuatro? ¿Toda la vida que aún me queda?

Sí. La orden de arresto me preanuncia trabajos forzados para toda la vida.

¿Se discutirá el proceso? Ciertamente; pero es un proceso difícil. Contra mí hay tres fuerzas coaligadas.

El Gobierno, que intentará ejemplarizar con mi castigo, tanto más cuanto que el mío es el primer caso en Rumania en que alguien se ha puesto revólver en mano frente al esbirro que pisoteaba su dignidad, ofendía su honor y en nombre del principio de la autoridad del Estado le desgarraba las carnes.

La potencia judía del país, que hará todo lo posible para que no pueda escapar de sus manos.

La potencia judía del extranjero, con su dinero, sus préstamos y sus presiones.

Estas tres fuerzas están interesadas en que yo no salga más de la cárcel. Contra ellas se alzan la masa estudiantil y el movimiento nacional rumano. ¿Quién vencerá?

Me daba cuenta de que mi proceso, más que nada, era una pugna de fuerzas. Por mucha razón que pudiera tener, si las fuerzas enemigas hubieran sido tan solo un adarme más fuertes que las nuestras, no hubieran dudado un instante en destruirme.

Hacía tantos años que esperaban tenerme a su merced, dado que me había atravesado en todos sus planes, que habría de hacer imposibles para que no se les escapase.

En casa, mi madre, de año en año, recibiendo tantas noticias espantosas para ella, con la casa invadida durante la noche y registrada por Comisarios brutales, recibía golpe tras golpe en su corazón.

Pensando en mi triste suerte, mi madre me había enviado el himno a la Virgen, exhortándome a leerlo a media noche durante cuarenta y dos noches seguidas.

Así lo hice regularmente, y a mediada que aumentaba el número de las noches, parecía que también los nuestros aumentasen en fuerzas y que los adversarios se retirasen y los peligros desapareciesen.

EL TRASLADO DEL PROCESO A FOCSANI

En enero fui informado de que el proceso había sido transferido de oficio a Focsani.

Focsani era la más poderosa ciudadela liberal del país. Había en el Gobierno tres ministros de Focsani... El general Vaitoianu, N. N. Saveanu y

Chirculescu. Era el único lugar donde el movimiento nacional no había prendido. Nuestros intentos de hacer algo habían fracasado; allí no contábamos con nadie. Estaba tan solo la señora Titza Pavelescu, vieja nacionalista, con su periódico El Centinela, que sembraba en el desierto. Este traslado había preocupado mucho a los estudiantes de Iasi.

Innumerables escuadras, a la salida de cada tren, esperaban en las estaciones vecinas a Iasi para acompañarme hasta Focsani, porque había circulado el rumor de que mis guardianes intentarían hacer fuego sobre mí con el pretexto de un intento de evasión.

Después de casi dos semanas de espera, una tarde llegó Botez, jefe de la Policía, con algunos agentes, que me condujeron. Partí en un automóvil escoltado por otro; me hicieron salir de Iasi por Pacurari, y fui trasladado a la estación de Cucuteni.

Allí encontré una escuadra de estudiantes, y con el tren que llegaba se agregó otra; pero no pude hablar con ninguno de ellos. Mientras la policía me metía al vagón celular, me hicieron una demostración de simpatía. Viajamos casi toda la noche. Me acercaba a Focsani con la seguridad de la condena.

En la estación me esperaba la policía y el director de la prisión para acompañarme.

Sufrí un régimen más severo que en Iasi. El prefecto de la provincia, Gavrilescu, que parecía mala persona, sin tener derecho, ya que un prefecto no tiene derecho a mezclarse en el régimen de una prisión, quería imponerme uno mucho más áspero. Estuve en mi celda, donde tuvimos una discusión que no fue precisamente amable.

El milagro que yo no esperaba, y que no esperaba sobre todo quienes me había llevado, fue que, al tercer día de mi llegada, toda la población, sin diferencias de partido, y no obstante las tentativas de la autoridad para hacérmela hostil, se había colocado espontáneamente a mi lado.

Los políticos liberales fueron abandonados no solo por sus partidarios, sino también por los miembros de sus familias. Así, por ejemplo, las señoritas Chireulescu, alumnas del curso superior del Liceo, me enviaron víveres y me hicieron, junto con otras muchachas, una camisa nacional. Supe que incluso se negaban a sentarse en la mesa con su padre.

Conocí entonces al general Macridescu, la figura más venerable de Focsani; Hristache Solomon, propietario no muy rico, pero hombre de gran autoridad moral, ante el cual se quitaban el sombrero incluso los enemigos; el señor Georgica Niculescu, el coronel Blezu, que por medio de su hija Fluturas me enviaba comida; Vasilache, Stefan y Nicusor Graur; las familias Olteanu, Ciudin, Montanu, Son, Maggiore Cristopol, Caras, Guritza, Stefaniu, Nicolau, Tudoroncesu, etc. Todos estos, y aun otros, tuvieron para mí cuidados paternales.

Sin embargo, mi salud no era de las mejores. Me dolían los riñones, el pecho y las rodillas.

El proceso fue fijado para el 14 de marzo de 1925.

Con vistas al mismo, en todos los centros universitarios, e incluso en otras ciudades, empezaron a imprimirse millares de manifiestos; decenas de millares difundió desde Cluj el capitán Beleutza. Su casa, abierta día y noche a los luchadores nacionalistas, se había transformado en un verdadero cuartel general. En Crastie, en casa del sacerdote Motza, se habían impreso millares y millares de opúsculos con poesías populares y cientos de miles de manifiestos; y los camaradas habían impreso algunas cartas que había escrito desde la prisión de Vacaresti, que aparecieron reunidas en un folleto titulado Cartas estudiantiles desde la prisión.

El Gobierno publicó manifiestos contrarios y opúsculos, difundiéndolos en mayor cantidad, pero no lograron el menor éxito contra la oleada del movimiento nacional, que se alzaba imponente e irresistible. Dos días antes de la fecha del proceso empezaron a llegar centenares de hombres de todo el país y estudiantes de todas las Universidades. Solo de Iasi llegaron más de 300, ocupando un tren entero.

Las autoridades me trasladaron en coche al Teatro Nacional, donde debía celebrarse el proceso. Sin embargo, por orden superior, fue suspendido, después de que los jurados habían sido sorteados, y me devolvieron a la prisión. Pero fuera, esta suspensión injustificada produjo general indignación, que se transformó en una enorme manifestación callejera que duró hasta bien entrada la noche.

Las tentativas hechas por las tropas para calmar los ánimos fueron vanas. La manifestación se dirigía contra los judíos y contra el Gobierno. Los judíos se dieron entonces cuenta de que todas sus presiones en este proceso se

volvían contra ellos. La manifestación tuvo una importancia extraordinaria para la resolución del proceso; eliminó de la lucha a los judíos, que, comprendiendo que una condena hubiera podido tener consecuencias desastrosas para ellos, aunque no se retiraron del todo, ejercieron una presión mucho más débil sobre las autoridades.

Entre tanto me fue sugerido pedir que me pusieran en libertad, y se me dieron seguridades de éxito; pero me negué.

Llegaron las fiestas de Pascua. Celebré la resurrección solo, en mi celda, y cuando las campanas de todas las iglesias empezaron a sonar, me puse de rodillas y rogué por mí, por mi novia, por mi madre y por los de mi casa, por las almas de los muertos y por los que luchaban fuera, para que Dios los bendijera, les diese fuerzas y los hiciera triunfar contra sus enemigos.

EN TURNUL SEVERIN

Una noche, hacia las dos, me desperté mientras intentaban correr el cerrojo. Habían venido porque inesperadamente mi proceso había sido trasladado, por intervención del Gobierno, a Turnul Severin, al otro lado de Rumania. Recogí apresuradamente las pocas cosas que tenía, y rodeado por los guardias, fui metido en un coche y transportado fuera de la ciudad de Focsani, a una línea de ferrocarril. Poco después, ante nosotros, se paraba un tren y me hacían subir al vagón celular. Así dejé la ciudad que en un momento dado había sabido levantarse fieramente contra las gigantescas presiones que se ejercían, y cuyos hombres habían roto todos los lazos que los unían, no solo con los partidos, sino incluso con sus familias, para fundirse en una soberbia e invencible unidad espiritual.

Durante el viaje pensaba: ¿Qué gente habrá en Turnul Severin? No había estado jamás y no conocía a nadie; en las estaciones oía a la gente hablar, reír, volver a bajar, pero no podía ver anda, porque mi vagón no tenía cristales. Dos centímetros de pared me separaban del resto del mundo, de la libertad. Había quizá entre los que paseaban por tales estaciones muchos conocidos o amigos míos, pero no sabían que estuviese allí.

Cada cual tenía su meta; tan solo yo no sabía a dónde iba. Todos caminaban de prisa, ágiles; mientras que yo llevaba sobre el alma el peso de

la inmensa incógnita, que estaba sobre mí. ¿Sería condenado a muerte? ¿Saldría de entre los sucios muros negros de la prisión o mi suerte sería morir entre ellos? Me daba cuenta de que el proceso no era ya un problema de justicia; era un problema de fuerza, en el que lograría el triunfo la fuerza mayor. ¿Sería más fuerte nuestra corriente que la presión judeo-gubernativa? Pero no era posible; la más fuerte debía ser la que tenía razón, y, por consiguiente, harían prevalecer también su razón con la fuerza. Cuanto más camino recorría el tren, más sentía mi alma apresada por el dolor; alma que me parecía ligada a cada piedra de Moldavia, y en la que parecía que se rompía algo, a medida que nos alejábamos de allí. Así viajé todo el día, solo, encerrado en un vagón; hacia la tarde llegamos a una estación, creo que Balota. Un oficial de carabineros entró, acompañado por los agentes, y me invitó a descender. Me llevaron detrás de la estación, me subieron a un automóvil y partieron conmigo. Me parecieron buenas gentes; intentaron trabar conversación, bromear; pero, entregado a mis pensamientos, no tenía gana de hablar. Respondí atentamente, pero con pocas palabras.

Entramos en Turnul Severin, atravesamos algunas calles, y fue una verdadera alegría para mi alma y para mis ojos ver a las gentes que paseaban. Llegados a la puerta de la prisión, se abrieron las puertas, para cerrarse de nuevo detrás de mí. El director y los funcionarios me recibieron como a un huésped importante y me asignaron un buen cuarto, no con pavimento de cemento, sino de madera. También aquí los detenidos, como en las demás prisiones, se me acercaron con afecto, y yo les ayudé en su indecible miseria material y moral. Al día siguiente salí al patio. Había un lugar dese el que se veía la calle; hacia las doce vi amontonarse ante la prisión más de 200 niños de seis y siete años, que cuando me veían pasar, me hacía señales con sus manecitas, agitando pañuelos y gorras. Eran niños de las escuelas elementales, que habían sabido mi llegada a Turnul Severin y mi presencia en la cárcel. Aquellos niños debían después encontrarse cada día sin faltar ante la prisión, esperando que pasase para alzar su mano y manifestarme su simpatía.

Fui transportado al tribunal, donde el presidente, Varlam, hombre de gran bondad, me trató muy bien. Menos bien el procurador Constantinescu, del cual la gente decía que había tomado sobre sí, junto con el prefecto Marius Vorvoreanu, la responsabilidad de mi condena. Inicialmente fueron

severos, pero poco a poco cedieron a la oleada de la opinión pública y al entusiasmo que se extendía desde los niños hasta los ancianos de la ciudad. Allí todos sentían rumanamente y veían nuestra lucha como una lucha santa para el porvenir del país. Conocían mis desgracias y consideraban mi gesto como la revuelta del sentimiento, de la dignidad humana, gesto que todo ser libre hubiera realizado.

Los hombres de la tierra de Iancu Janu y del Príncipe Tudor, cuyas armas se habían esgrimido en defensa de la raza y de la dignidad contrala humillación secular, comprendieron fácilmente lo que había sucedido en Iasi.

Nadie les podía convenver; en vano escandalizaron procuradores y prefectos; en la cárcel fui rodeado del afecto y los cuidados de todas las familias de la ciudad, incluso de los que tenían cargos oficiales, como la familia del síndico Corneliu Radulescu, por el cual sentí viva admiración; pero especialmente fui rodeado, como en ningún otro lugar, por el amor de los niños y por su comprensión hacia mis sufrimientos. Ellos hicieron la primera manifestación por mí en el Turnul Severin. Recuerdo, enternecido, que los niños de los suburbios, que apenas se sostenían en pie, viendo a los mayores reunirse regularmente en gran número ante la prisión comenzaron también a venir todos los días. A la hora fijada los veía acudir de todas partes, como para un programa establecido.

Silenciosos y tranquilos, no jugaban, no cantaban; únicamente miraban esperando verme pasar ante una abertura para hacerme señales con las manos; después volvían a casa. Comprendían que había algo triste en aquella prisión, y su innato buen sentido les decía que aquel no era lugar para risas. Un día los carabineros los echaron, y después no los volví a ver. Habían sido colocados centinelas para impedir que volviesen.

EL PROCESO

El proceso fue fijado para el 20 de mayo.

El presidente del Tribunal recibió 19.300 inscripciones de defensores de todo el país. Dos días antes empezaron a llegar trenes llenos de estudiantes. De Iasi vinieron también unos 300, y en gran número llegaron de Bucarest,

de Cluj, de Cernautzi. Había también una delegación de Focsani, a su frente el antiguo primer jurado del 14 de marzo, Miliail Caras, que ahora se había inscrito como defensor en nombre de los jurados de Focsani. El debate se abrió en el salón del Teatro Nacional, bajo la presidencia del consejero Varlam.

En el banco de los acusados se sentaban a mi lado: Motza, Tudose Popescu, Garneatza, Corneliu Georgescu, Radu Mironovici. En el banco de la defensa, los profesores Cuza, Gavanescul, Iliescu, Sumuleanu, Vasiliu Cluj, Nicusor Graur y todo el foro de Turnul Severin.

La sala estaba atestada, y fuera, en torno al teatro, esperaban más de 10.000 personas.

Se sacaron a suerte los jurados y salieron: N. Palea, G. N. Grigorescu, J. Caluda, I. Preoteasa, G. N. Grecescu, D. I. Bora, V. B. Jujescu, C. Vargatu, C. Sturdulescu, Adolf Petayn, P. I. Zaharia, G. H. Boiangiu, I. Munteanu y G. N. Ispas. Después de prestar juramento, se sentaron gravemente en su puesto.

Se dio lectura al acta de acusación, y después siguieron los interrogatorios. Yo relaté cómo se habían desarrollado los hechos.

Los otros cinco respondían también al interrogatorio, diciendo la verdad: que no se encontraban mezclados de ninguna manera en los hechos que se estaban juzgando.

Testigos del fiscal eran: un judío y los policías de Iasi. En la sesión lo negaron todo. Nada era verdad; los golpes, las torturas, eran pura invención. Negaban incluso los certificados médicos extendidos por el profesor Bogdan, médico forense.

Aquella actitud, después de haber jurado sobre la Cruz decir la verdad, y toda la verdad, provocó la indignación de toda la sala.

Uno de los testigos, el comisario Vasiliu Spanchiu, se veía ahora transformado en la más inocente criatura; no había visto ni hecho nada; levantándome, con el permiso del presidente, le interpelé con voz fuerte y desdeñosa:

¿No ha sido usted quien me ha dado un puñetazo en la cara en el huerto de la señora Ghica?

No he sido yo.

¿No ha sido usted quien pone a los estudiantes con la cabeza metida en el cubo de agua cuando, colgados cabeza abajo, eran golpeados en la planta de los pies?

Ni siquiera estaba presente; estaba en la ciudad.

De su cara, de sus gestos, de toda su actitud se deducía que mentía; que juraba sobre la Cruz, y mentía. La multitud de la sala temblaba de indignación; en un momento dado, como para expresar esta indignación colectiva, un señor se destacó de la multitud, agarró al comisario y lo llevó por el aire fuera de la sala.

Era el señor Tilica Ioanid. Lo oímos arrojarlo escaleras abajo, gritando:

«Canalla, fuera de aquí o no garantizamos tu vida».

Después, dirigiéndose a todos los comisarios de Iasi:

«Habéis torturado de una manera bárbara con vuestras manos a estos muchachos. Si hubierais hecho una cosa semejante en Turnul Severin, hubierais sido linchados en la calle por la gente. Vuestra presencia ensucia esta ciudad. Partid en el primer tren, o, de otra manera, ay de vosotros».

Este gesto, por otra parte, fue muy oportuno; los nervios estaban en tensión y produjo un cierto alivio en toda la sala.

Los cómitres estaban confusos; saludaban hasta el suelo, mendigando la atención a los más humildes de quienes llevaban la cinta tricolor.

«Como si nosotros no fuéramos buenos rumanos. ¿Qué podíamos hacer? Obedecíamos órdenes».

«¡No, canallas! No habéis tenido alma de padre ni de rumano. No habéis tenido honor de hombre. No habéis tenido respeto por la ley. ¿Habéis recibido una orden? No. Habéis tenido alma de traidores». Así le respondía la gente por la calle.

Continuó cerca de dos días el interrogatorio a los testigos de la defensa, entre ellos el profesor Ion Gavanescul, de la Universidad de Iasi, también maltratado por el prefecto Manciu con ocasión del congreso de los profesores universitarios, del que era presidente; también los oficiales, mis antiguos jefes y profesores en el Liceo Militar y en la Escuela de Infantería.

Vinieron por turno los muchachos torturados; iban sus padres a evocar ante los jueces, casi llorando, las escenas de dolor y de humillación en que habían participado.

La acusación privada estaba representada por el señor Costa Foru, jefe de una logia masónica de la capital.

Los defensores hablaron en el siguiente orden: señores Paul Iliescu, Tache Policrat, Valer Roman, Valer Pop, Sandu Bocaloglu, Em. Vasiliescu Cluj, Cananu, Donca Manea, Mitulescu, Virgil Neta, Neagu, Negrilesti, Henrieta Gavrilescu; profesores Sumuleanu, Ion Gavanescul, A. C. Cuza.

Seguían una serie de breves declaraciones hechas por los señores Mihail Caras, el coronel Lascar, el viejo sacerdote Dumitrescu, de Bucarest; el coronel Cateneanu, el estudiante Ion Sava, en nombre de los estudiantes de Iasi; doctor Istrate, en nombre de los estudiantes de Cluj; Rob, en nombre de los estudiantes de Cernautzi; Dragos, en nombre de los estudiantes de la capital; del estudiante Camenitza, por Turnul Severin; Ion Blanaru, por los estudiantes de Falciu; Comandante Manolescu, Alexandru Ventonic, por los comerciantes cristianos de Iasi; Costica Ungureanu, de Peru Vasiliu; Grecea, Capitán inválido Peteu Ploesti y M. Negru Chisinau.

En último lugar hice yo uso de la palabra. Dije:

Señores jurados: Hemos luchado, y todo lo que hemos hecho lo hemos hecho movidos por la fe y por el amor a la Patria. Nos comprometemos a luchar hasta el fin. Esta es mi última palabra.

Era la primera hora de la tarde del sexto día del proceso, el 26 de mayo de 1925.

Fuimos introducidos los seis en una habitación. Esperábamos el resultado con menos emoción, pero, sin embargo, con emoción. Después de algunos minutos oímos en la gran sala aplausos fragorosos, gritos y vivas; las puertas se abrieron, y la multitud nos llevó a la sala donde se habían celebrado las sesiones. El público, cuando aparecimos llevado a hombros, se pudo en pie gritando y agitando sus pañuelos.

El presidente Varlam estaba también contagiado por el entusiasmo, al que no había podido resistir. Los jurados estaban en su lugar y todos tenían sobre el pecho una cinta tricolor, con la cruz antisemita.

Se me leyó el veredicto de absolución, y después fui alzado en brazos y llevado fuera, donde se encontraban más de 10.000 personas. Se formó un cotejo y fuimos llevado en triunfo por las calles, mientras las gentes, desde las aceras, nos arrojaban flores. Fui conducido al balcón del señor Tilica Ioanid, desde donde, con pocas palabras, agradecí a todos los rumanos de

Turnul Severin el gran afecto que me habían demostrado con ocasión de este proceso.

HACIA IASI

Después de haber agradecido con algunas visitas a los habitantes de la ciudad su actitud hacia mí, partí al día siguiente para Iasi en un tren especial.

En la estación había millares de personas con flores, que habían venido para acompañarme y adornar los vagones. El tren especial no era para mí; era para los de Iasi, más de 300, que habían venido al proceso y a los que se habían añadido los de Pocasani, Barlad y Vaslui.

Partimos; detrás de nosotros quedó la multitud agitando sus pañuelos y manifestando su afecto y su deseo de luchar, con vivas que subían hasta el cielo. Asomado a la ventanilla, miraba atrás a aquella gran masa de gente en la que antes no conocía a nadie, y que ahora se separaba de nosotros con lágrimas en los ojos, como si nos hubiéramos conocido sede hacía diez años. Recité mentalmente una oración, dando gracias Dios por la victoria que nos había concedido.

Solo entonces, pasando de vagón en vagón, pude volver a ver a los camaradas de Iasi y hablar particularmente con cada uno; nos alegrábamos a cuál más de que Dios nos hubiese hecho vencer, nos hubiese salvado del peligro del cual nuestros enemigos creían que no podríamos salir jamás.

En un compartimiento estaba el profesor Cuza y el profesor Sumuleanu con su señora; estaban contentos, rodeados por nuestro afecto.

Todos los compartimientos estaban adornados con flores y ramajes, mucho más cuando en la estación siguiente a Turnul Severin nuevos ramos de flores nos habían sido traídos, sin que los esperásemos, por los campesinos llegados con sus sacerdotes, sus maestros, y los niños de las escuelas, todos vistiendo el traje nacional.

En todas las estaciones, una gran multitud esperaba la llegada del tren. No era un frío recibimiento oficial; la gente no había sido reunida ni por el deber, ni por el miedo, ni por el interés. Entre la multitud vi ancianos que lloraban. ¿Por qué? No nos conocían. Era como si una voz desconocida les hubiese llevado hasta allí, susurrándoles misteriosamente: «Venid a la

estación, porque entre todos los trenes que pasan hay uno que marcha hoy por la línea del destino rumano. Todos los demás van hacia el interés de quienes los ocupan; pero este va, sobre la línea de la raza, por la raza».

La multitud tiene a veces este contacto con el amor a la raza. Las multitudes ven la raza, con todos sus muertos, con todo su pasado; sienten sus glorias y sus derrotas, sienten firmemente el porvenir; este contacto con la raza entera está lleno de calor y de entusiasmo. Y entonces las multitudes lloran.

Esta debe ser la mística nacional, que unos critican porque no saben lo que es, y que otros no la pueden definir porque tampoco la pueden vivir. Si la mística cristiana, con su fin, el éxtasis, es el contacto del hombre con Dios por medio de un «salto de la naturaleza humana hacia la naturaleza divina» (Crainic), la mística nacional no es otra cosa que el contacto del hombre o de las multitudes con el amor a su raza por medio de un salto que éstos dan, desde el mundo de las preocupaciones personales, al eterno mundo de la raza. No con la inteligencia, que esto puede hacerlo cualquier historiador, sino viviendo con su amor mismo.

Cuando el tren, adornado con banderas y ramajes, entró en Craiova, en los andenes de la estación había más de 10.000 personas, que nos levantaron y nos llevaron fuera, donde alguien nos saludó y dio la bienvenida, augurándonos la victoria. Habló el profesor Cuza, y yo también dije algunas palabras.

De la misma manera fuimos recibidos en todas las estaciones grandes o pequeñas, pero especialmente en Piatra Olt, Slatina y Pitesti.

A Bucarest llegamos a las ocho de la tarde; llevado en hombros, fui sacado de la estación. Desde allí, un mar de cabezas se prolongaba por Calca Grivitzei hasta más allá del Politécnico; creo que había más de 50.000 personas, embargadas por un entusiasmo al que nadie podía oponerse. Hablamos el profesor Cuza y yo.

Había en todo el país una corriente nacionalista tan fuerte, que hubiera podido llevar a la L.D.N.C. al Gobierno. Pasaron desperdiciados en aquellos días los más grandes momentos tácticos políticos de este movimiento, con los cuales éste no volverá a encontrar. El profesor Cuza no supo valorizar uno de estos momentos que tan raramente encuentran los movimientos políticos.

Partimos; toda la noche la multitud siguió llenando las estaciones para saludarnos. En Focsani, a las tres de la noche, había más de 1.000 personas, que esperaban desde las cuatro de la tarde y querían que nos quedésemos allí al menos un día. Pero nosotros deseábamos proseguir. Subió al ten una delegación formada por Hristache Solomon Aristotel Gheorghiu, Georgica Nicolescu y otros.

Me dijeron:

«Ya que no hemos tenido la alegría de que el proceso se haya celebrado aquí, celebra en Focsani tus bodas. Ven la mañana del 14 de junio; encontrarás todo dispuesto».

La delegación descendió en Marasesti, después de obtener la promesa de que el 14 de junio iría a Focsani.

Por la mañana, indeciblemente cansado, llegué a Iasi. Estudiantes y ciudadanos llenaban la estación; nos levantaron en alto, y a hombros a través de toda la ciudad, nos llevaron a la Universidad. En torno a ésta había cordones de carabineros, pero la multitud los rompió y penetró, transportándome siempre a hombros, en el aula. Aquí habló el profesor Cuza; después la multitud se dispersó ordenadamente y marchamos cada uno a nuestra casa. Volví a ver con emoción la casita de la calle Florilor, de la que me había alejado ocho meses antes. Al día siguiente salí para Husi, donde mi madre me esperaba, llorando, en el umbral de la casa, y donde algunos días después celebré en el Ayuntamiento mi matrimonio civil.

LA BODA

El 13 de junio salí para Focsani con mi madre, mi padre, hermanos y hermanas, mi esposa y los suegros; fuimos huéspedes del general Macridescu.

Por la tarde vino el comité organizador de la boda y nos dijo que todo estaba dispuesto y que de las demás ciudades habían llegado más de 30.000 personas, que habían sido acuarteladas todas; que llegarían más durante la noche y que los habitantes de Focsani sentían gran satisfacción al poder dar albergue a los huéspedes.

A la mañana siguiente, según el programa establecido, se me proporcionó un caballo, y después de haber pasado ante la casa de mi esposa, me dirigí, a la cabeza de una columna, fuera de la ciudad, a Crang.

A los bordes de la carretera, a una y otra parte, había gente, y los chicos se subían a los árboles; detrás de mí venían los padrinos en carrozas adornadas; a su frente, el profesor Cuza, el general Macridescu, Hristache Solomon, el coronel Blezu, el coronel Cambureanu, Tudoroncescu, Georgica Nicolescu, el mayor Bagulescu y otros. Venía después el carro de la esposa, tirado por seis bueyes, adornado con flores y seguido por los carros de los invitados. En total se reunieron 2.000 vehículos entre carros, coches y automóviles cargados de flores y de gentes vestidas con el traje nacional. Yo estaba ya a siete kilómetros de la ciudad, en Crang, cuando la cola de la columna no había salido todavía de Focsani.

En Crang se celebró la boda en una tribuna expresamente preparada y en presencia de una multitud de 80 a 100.000 personas. Después de la función religiosa empezaron la «hora», los bailes y las diversiones, después se prepararon las meriendas sobre la hierba; cada uno se había traído merienda, pero los de Focsani habían pensado también en la gente llegada de fuera.

Corneliu Z. Codreanu y Elena Ilinoiu Codreanu en su boda el 14 de junio de 1925.

Todo este florecimiento de trajes nacionales, de carros rumanos, de vida y de entusiasmo fue recogido en un film, que algunas semanas después fue pasado en Bucarest, pero tan solo dos veces, porque el ministro del Interior confiscó la película y su copia y las hizo quemar. Hacia la noche, la boda terminó en una fraternidad y animación general. Yo salí la misma noche con mi mujer y algunos camaradas hacia Baile Herculane, donde permanecimos dos semanas en casa de una familia conocida, los Martolog.

Motza marchó a Iasi, donde empezó a echar las bases de la Casa Cultural Cristiana, en el terreno cedido por el ingeniero Grigore Bejan.

EL BAUTISMO DE CIORASTI

El 10 de agosto fui padrino en Ciorasti, cerca de Focsani, de 100 niños que habían nacido en aquella época en la provincia de Putna y sus alrededores.

El bautismo debía tener lugar en Focsani; el Gobierno, para impedirlo, declaró a la ciudad en estado de guerra, y entonces nos retiramos hacia Ciorasti, y después de molestísimas dificultades, conseguimos bautizar, bajo las bayonetas, a los niños.

Después de un año volví a empezar el trabajo. Volví a Iasi para trabar al lado de los demás camaradas en la construcción del «Camin». Reanudamos el viejo plan de construcción y de organización de la juventud, plan interrumpido por la suerte durante casi un año.

Empezamos a recibir donativos: la familia Moruzzi de Dorohoi regaló 100.000 leis; el general Cantacuzino dio tres vagones de cemento; los rumanos de América, a través del periódico Libertatea, dieron más de 400.000 leis. Los cmapesinos de las más alejadas aldeas del Ardeal, de Bucovina y de Besarabia contribuían con lo poco que tenían a la «Casa de Iasi». Esos donativos eran consecuencia de la gran simpatía que gozaba ahora el Movimiento en todas las clases sociales: sobre todo, habían suscitado gran entusiasmo las fotografías que mostraban a los estudiantes dedicados a crearse por sí solos la casa. Era algo absolutamente nuevo, que no se había visto todavía ni entre nosotros ni en el extranjero. Esto había suscitado tal interés en Iasi, que los empleados, cuando salían de la oficina, venían adonde trabajábamos, se quitaban la americana y echaban mano a la pala, al pico o al carretillo.

En este trabajo se reunían los estudiantes de Cluj, de Besarabia, de Bucovina y de Bucarest.

En muchas ciudades, bajo la guía de Motza, se habían constituido «Fratzi»[43]; así que de todas partes venían jóvenes alumnos a trabajar, marchando después educados y organizados.

[43] Fratzie de cruce. Agrupación de los jóvenes hasta veintiún años en el Movimiento legionario.

Dos años de lucha estudiantil, de tormentos y de sufrimientos comunes de toda la juventud del país habían realizado un gran milagro: restablecer el bloque unitario espiritual de la raza, amenazado por la falta de sentido de solidaridad y de unión en la gran comunidad nacional. Ahora, la juventud, llegada de todas partes, consolidaba y santificaba esta unidad espiritual por medio de sus esfuerzos comunes en la escuela del trabajo por el país.

PELIGROS QUE AMENAZAN A UN MOVIMIENTO POLÍTICO

La corriente en el país era formidable; no creo que haya existido muchas veces en la tierra rumana una corriente popular más unánime que ésta. Pero al Liga no marchaba bien, encontrándose falta de organización y de un plan de acción; a esto había que añadir, en esta gran corriente, el peligro de dar entrada en el cuadro del movimiento a elementos comprometedores o peligrosos. Un movimiento no muere jamás a causa de los enemigos exteriores, sino por culpa de los enemigos interiores. Entre los hombres, uno de un millón muere por causa externa, aplastado por el tren o por un «auto», fusilado o ahogado; los más, mueren por enfermedad y toxinas interiores.

Ahora, después de los procesos de Vacaresti, Focsani y Turnul Severin, en el movimiento entraron todos los que quisieron. Algunos, con sus inmoralidades, comprometían el movimiento; otros habían venido para crearse una situación política y habían empezado a luchar entre ellos, a acusarse, a zancadillearse. Otros, aun de buena fe, no estaban educados en la disciplina y discutían y querían trabajar a su modo. Otros, también de buena fe, eran incapaces de encuadrarse. Hay elementos magníficos que tienen una estructura espiritual por la cual no pueden encuadrase, y si se encuadran, lo destruyen todo. Otros son intrigantes natos: en dondequiera que entren, con sus sistemas de cuchicheos estropean y destruyen la armonía de la organización.

Otras categorías están constituidas por los que tienen una idea fija: creen haber encontrado la clave de todas las soluciones y tratan de convencernos de su eficiencia; otros sufren la enfermedad del periodismo: a toda costa quieren ser directores de periódicos, o, cuando menos, intentan ver su nombre estampado al final de un artículo; otros, finalmente, están pagados

para urdir intrigas, espirar y comprometer cualquier intento noble del movimiento.

¡Cuántos cuidados, cuántas atenciones debe dedicar el jefe de un movimiento al examen de los elementos que quieren incorporarse a él! ¡Cómo debe educarlos y qué incansable vigilancia debe ejercer sobre ellos! Sin esto, el movimiento está irremediable comprometido.

Pero el profesor Cuza era absolutamente ajeno a estas cosas. Su frase: «En la Liga entra quien quiere y se queda quien puede» debía conducir a un verdadero desastre.

En una organización no entra quien quiere, sino quién debe, y permanece en ella quien es un hombre correcto, laborioso, disciplinado y fiel.

Habían pasado pocos meses y la pobre Liga se había convertido en un hervidero de intrigas, en un verdadero infierno.

La convicción que me formé entonces, y que conservo todavía, es esta:

Cuando en una organización aparece este principio de gangrena, debe ser inmediatamente localizado y después extirpado con la mayor energía. Si no se puede localizar y se extiende cómo un cáncer a todo el organismo del movimiento, la causa está perdida y el porvenir y la acción de la organización están comprometidos. Esta morirá o arrastrará sus días entre la vida o la muerte, sin ser capaz de realizar nada.

Nuestras tentativas cerca del profesor Cuza para decidirlo a endereza la situación fracasaron, porque, de una parte, él ignoraba totalmente este principio elemental de la dirección de un movimiento, y por otra, las intrigas nos habían aislado también a nosotros y habían empezado a paralizar también nuestro poder de intervenir.

Todos los del grupo de Vacaresti, viendo esto y viendo también los asaltos desesperados, las oleadas de intrigas que se desencadenaban sobre nosotros y se interponían sobre nosotros y el profesor Cuza, fuimos a su casa, jurándole de nuevo fidelidad y rogándole que a su vez confiase en nosotros.

El intento resultó vano porque creía que nosotros veíamos las cosas de manera demasiado distinta a como las veía él, como organización, como acción e incluso como fondo doctrinario del movimiento; nosotros arrancábamos de la idea del hombre como valor moral y no como valor numérico, electoral y democrático.

El, sin embargo, creía que sosteníamos esta idea porque éramos víctimas de las intrigas.

LA CRÍTICA DEL JEFE

¿Quién era culpable de semejante estado de cosas? La causa de este desgraciado estado era el jefe. Un movimiento como el nuestro tiene necesidad de un gran jefe, pero no de un gran doctrinario, sobre el cual pasa la ola del movimiento; él debe dominar al movimiento y ser su dueño. No todos pueden reunir estas funciones; es preciso un hombre con cualidades innatas, conocedor de las leyes de organización, de desarrollo y de lucha de un movimiento popular. No basta ser profesor universitario para tomar el mando de un movimiento semejante. Es preciso tener marineros o capitanes que lo lleven sobre las olas, que conozcan las leyes y que sean prácticos en el secreto de este gobierno; que conozcan los vientos, las profundidades del mar, los lugares peligrosos, los escollos, y que, en fin, sean dueños de sus brazos. No basta saber demostrar que la Transilvania es de los rumanos, para que se pueda tomar el mando de las tropas e ir a liberar la Transilvania. Así también no basta que se demuestre teóricamente la existencia del peligro judío, para que se pueda tomar el mando de un movimiento político popular dirigido a resolver este problema. Nos encontramos con dos planos de actividad absolutamente distintos que requieren personas con aptitudes y cualidades diversas.

El primer plano nos lo podemos imaginar a mil metros de altura: es el mundo de la teoría, el campo abstracto de las leyes. Allí, el hombre dotado de cualidades particulares se ocupa de la busca de la verdad y de su formulación teórica. Parte de abajo, de las realidades concretas, de la tierra misma, y sube hasta la formulación de las leyes. Allí, en aquel plano, está su lugar de creación.

El otro plano se encuentra en la tierra. Aquí, el hombre dotado de cualidades particulares se ocupa del arte de imponer la verdad con el juego de las fuerzas. Se alza para ponerse de acuerdo con las leyes; pero su lugar de creación está aquí abajo, en el campo de batalla, en el campo táctico y estratégico.

Los primeros delinean los objetivos, crean el ideal; los segundos, los alcanzan y los realizan.

Según los principios naturales de la división del trabajo, es extremadamente rara la excepción en la que se reúnen en un solo hombre las cualidades de estas dos formas de ocupación.

El profesor Cuza se encuentra en el primer plano, donde resplandece como el sol.

La obra del profesor Cuza es esta:

a) Estudiar y formular las leyes de la nacionalidad.

b) Descubrir e identificar perfectamente al enemigo de la nacionalidad, el judío.

c) Crear los postulados para la solución del problema judío.

En esto es colosal, porque si bien toda la ciencia está con él, todos los hombres de ciencia están en contra. Le atacan por todas partes e intentan destruir sus verdades, pero resiste. Este primer plano no requiere la atracción de hombres, de masas humanas; al contrario, el hombre del primer plano se separa de los hombres; el segundo plano requiere, en cambio, en primer lugar, hombres y hombres transformados en masas.

Esto significa:

1° Organización.

2° Educación técnica y heroica para aumentar el poder, es decir, para transformar a los hombres en fuerza humana.

3° Dirección de esta fuerza organizada y educada en el campo estratégico y táctico, en lucha con otras fuerzas humanas o con la naturaleza.

Si al doctrinario se le pide que sea dueño de la ciencia para la busca y formulación de la verdad, al jefe de un movimiento se le exige que sea dueño de la ciencia y del arte de la organización, de la educación y de la conducción.

El profesor Cuza, magnifico e invencible en el primer plano, cuando desciende al segundo es ignorante, desmayado, ingenuo como un niño, incapaz de organizar, incapaz de educar técnica y heroicamente, incapaz de conducir a la fuerza.

¿Cuáles son las líneas espirituales del jefe de un movimiento político? Según mi parecer, son las siguientes:

1° Poder interior de atracción. En el mundo no existen hombres libres e independientes; de la misma manera que en el sistema solar cada astro tiene su órbita, en el ámbito de la cual se mueve por efecto de una fuerza de atracción más grande, así también los hombres, especialmente en el campo de la política, gravitan en torno a una fuerza de atracción.

2° Capacidad y amor. Un jefe debe amar a todos sus camaradas de lucha; el fluido de su amor debe penetrar hasta lo más hondo de la comunidad de un movimiento.

3° Ciencia y sentido de la organización.

4° Conocimiento de los hombres para dar a cada uno su puesto según las aptitudes que tienen y no admitiendo a aquéllos que no tienen ninguna.

5° Facultad de educación y de inspiración del heroísmo.

6° Dominio de las leyes de mando. Un jefe que tiene una tropa organizada y educada debe saberla conducir en el campo de la lucha política, en concurrencia con las demás fuerzas.

7° Sentido de la batalla. Un jefe debe tener un sentido especial que le indique cuándo deber dar la batalla; hay algo interior que le dice: «¡Ahora!, en este momento, ni antes ni después».

8° Valor. Un jefe, cuando oye este mandato interior, debe tener el valor de desnudar la espada.

9° Conciencia de los objetos morales y de los medios leales. No existe victoria duradera fuera de esta directiva.

Finalmente, un jefe debe tener todas las virtudes de un combatiente: sacrificio, resistencia, devoción, etc.

UN PROCESO DE CONCIENCIA

El profesor Cuza no era culpable del estado en que se encontraba la Liga. Creo, que el profesor Cuza, cuando se opuso a la organización, era claramente consciente de su competencia teórica y de su ineficiencia en el plano político. Todos somos culpables, y yo de una manera especial, porque todos le hemos forzado, contra su voluntad, a marchar por un camino para el cual no estaba preparado; por otra parte, él no participó en ninguno de los acontecimientos importantes de estos dos años de lucha. Las agitaciones

que sacudieron al país y levantaron las masas rumanas no contaron con la intervención inicial del profesor Cuza. En todas él fue de gran utilidad, pero siempre en segundo lugar: la iniciativa no partió jamás de él.

Nos habíamos equivocado, y de la misma manera que no hay error que no recaiga sobre quienes lo cometen, también estos errores debían recaer sobre nosotros. Pero recaerían también sobre el movimiento. Y esto desde el momento en que el profesor Cuza, no pudiéndonos comprender, trabajase por sí solo, sin nuestro apoyo.

Nos equivocamos; y como no hay error que no se vuelva contra quien lo comete, este error pronto se volverá contra nosotros. Pero también se volverá contra el movimiento. Y esto sucederá en el momento en que el profesor Cuza, incapaz de entendernos, trabaje solo, sin nuestro apoyo.

Aquel fue un año difícil también para él.

Después de 30 años de apostolado en la Universidad de Iasi, el Gobierno cometió la increíble iniquidad de quitarle su cátedra. En el sumario expediente que se instruyó, acusado de excitar los ánimos, el profesor Cuza respondió:

«Soy un instigador de la energía nacional».

Así una vida de lucha y de espléndidas lecciones al servicio de la nación rumana terminó con esta recompensa por parte de la raza, guiada por judíos y políticos.

A este golpe bajo se sumó también otro; un día que estaba solo en la calle fue provocado y golpeado en la cara por un judío.

Apenas se difundió la noticia de esta infame audacia, los estudiantes penetraron en todos los locales, golpeando de la misma manera en la cara a todos los judíos que encontraban.

Tomando como pretexto la manifestación, fueron detenidos diez estudiantes, entre ellos Motza, Giuliano, Sarbu, etc., y condenados a un mes de prisión, que cumplieron en Gálata. El estudiante Urziceanu disparó varios tiros, pero sin resultado, sobre el presunto autor moral de la agresión.

ESTUDIANDO EN FRANCIA

Después de haber puesto el 13 de septiembre de 1925 la primera piedra en los cimientos del «Camin», después que los muros se habían levantado más de un metro, y habiendo dado ya al movimiento todo lo que mi edad me consintió, consideré oportuno volver al extranjero para completar mis estudios, mucho más cuando mi salud no era demasiado buena, como consecuencia de las duras pruebas atravesadas.

A esta decisión me empujaba también el hecho de que en mis ideas sobre la organización y la lucha me sentía algo aislado. Me decía a mí mismo. «Es posible que me equivoque y sería mejor para mí no obstaculizar el desarrollo de un punto de vista que, después de todo, podría resultar bueno», sobre todo teniendo en cuenta que últimamente la Liga había adquirido nuevas fuerzas al unirse con «Acción Rumana», dirigida por el profesor Catuneanu, que trajo a nuestro lado a intelectuales tan eminentes de Transilvania como Valer Pop y el padre Titus Malai; y al unir fuerzas con «La Fascia Nacional», una organización más pequeña pero saludable. Es de esperar que las inocentes deficiencias de la dirección se vean ahora remediadas por la presencia de tantos hombres de élite, entre los que se podría contar: nuestro abogado Paul lliescu, de Bucarest, con un notable seguimiento de intelectuales; el general Macridescu, a la cabeza de otro grupo de élite de Focsani; el distinguido profesor de sociología de la Universidad de Cernauti, un viejo nacionalista, Traian Braileanu; y el ilustre profesor de pedagogía Ion Gavanescul de la Universidad de Iasi, que hasta ahora no se había unido a nuestro movimiento aunque también había estado predicando la idea nacional durante toda una vida desde su cátedra de pedagogía.

Sin olvidar que en Bucarest brillaba e iluminaba al movimiento nacional el erudito Nicolae Paulescu, catedrático de Fisiología y experto en las maniobras de la judeo-masonería.

A estas figuras, que ennoblecían el movimiento y le daban un prestigio sin igual, se añadía el precioso apoyo de Libertatea («Libertad»), el periódico popular rumano más leído y apreciado, dirigido por el padre Mota.

Motza, que había sido eliminado de la Universidad de Cluj, donde acabó el segundo año, había decidido venir conmigo para terminar sus estudios. Decidimos los dos ir a Francia, a una pequeña ciudad, y escogimos

Grenoble. Yo, entre los regalos de boda y la venta del folleto «Cartas estudiantiles desde la prisión», había reunido unos 60.000 leis; Motza recibía mensualmente dinero de su casa. Después de haber ido a casa de nuestros padres y habernos despedido del profesor Cuza y de los camaradas, fuimos a la ermita del monte Rarau, a orar. Después partimos; primero, yo con mi mujer, y dos semanas después, Motza.

Tras un largo viaje por Checoslovaquia y Alemania, seguido de una estancia de varios días en Berlín y Jena, entramos en Francia y nos detuvimos en Estrasburgo. Lo que me sorprendió sobremanera fue el hecho de que esta ciudad, en contra de todas mis expectativas, se había convertido en un verdadero nido de infección judía. Al bajar del tren esperaba ver gente de la raza gala que con su inigualable valentía había marcado los siglos de la historia.

En cambio, vi al judío con su nariz aguileña, sediento de beneficios, que me tiraba de la manga para que entrara en su tienda o en su restaurante. La mayoría de los restaurantes de la calle de la Estación eran judíos. En la Francia del judío asimilado todo era kosher. Entramos en un restaurante tras otro para encontrar uno cristiano, pero en todos vimos el cartel en yiddish: «Comida kosher». Con gran dificultad encontramos por fin un restaurante francés, donde comimos. No había ninguna diferencia entre los judíos de Targul Cucului y los de Estrasburgo la misma cara, los mismos modales, la misma jerga, los mismos ojos satánicos en los que leías y descubrías, bajo la mirada cortés, el deseo de robarte.

EN GRENOBLE

Una noche más de viaje y llegamos a Grenoble por la mañana. ¡Qué maravillas se abrieron ante nuestros ojos! ¡Qué paisaje! Una ciudad surgida de la noche de los tiempos al pie de los Alpes. Una enorme roca avanzaba hacia el centro de la ciudad como si la cortara en dos. Gris, escarpada y audaz, dominaba las casas, que, aunque con muchos pisos, parecían pequeños hormigueros por contraste. Más lejos, pero también cerca de la ciudad, había otra montaña llena de antiguas fortificaciones, trincheras y parapetos, que se habían transformado en una inmensa fortaleza. Al fondo,

por encima de todo esto, blanca como el honor, la nieve brillaba en invierno y en verano sobre los imponentes y macizos de los Alpes.

Asombrado por lo que veíamos, y caminando como por un castillo encantado de algún cuento, me decía a mí mismo: «Esta es la ciudad del valor». Y, efectivamente, al seguir caminando, tuve la certeza de estar en lo cierto, pues al detenerme ante una estatua leí. «*Bayard, chevalier sans peur etsans reproche*». Bayard fue un gran guerrero épico del siglo XV que, tras toda una vida de batallas, fue herido de muerte en combate, sosteniendo su espada cuya empuñadura se transformaba ahora en una cruz de la que el valiente anciano recibía, en la hora de su muerte, la bendición definitiva. Alquilamos una habitación en la vieja Grenoble. Existe también una nueva Grenoble, moderna, pero me ha agradado más la antigua.

Pronto llegó Motza, y nos inscribimos en la Universidad; él para licenciarse y yo para doctorarme en Economía. Empecé a concurrir al curso del primero y del segundo año, pero no comprendía absolutamente nada; eran las primeras lecciones y no entendía más que alguna palabra suelta; sin embargo, escuchando con perseverancia, hacia Navidad pude ya seguir bastante bien la explicación. Sólo éramos ocho en el doctorado. Por eso estas clases desarrollaron un carácter familiar de estrecho vínculo entre alumno y profesor. Los profesores, extremadamente concienzudos, se dedicaban sólo a la enseñanza, no a la política.

Mi mujer nos preparaba la comida a Moţa y a mí. En las vacaciones empecé a hacer pequeñas excursiones por la ciudad. Me impresionaban las ruinas de los castillos y las viejas torres. Me pregunto quienes vivieron en ellas antiguamente. Deben haber sido olvidados por todos. Entré en tales ruinas y me quedé allí durante horas en una tranquilidad imperturbable, hablando con los muertos. Visité una pequeña y antigua iglesia a las afueras de la ciudad que data del siglo IV, la iglesia de San Lorenzo, y para mi asombro, encontré más de 50 esvásticas doradas en su techo azul. En la ciudad, sobre el edificio de la Prefectura, el Palacio de Justicia y otras instituciones, se podía ver la estrella masónica, símbolo del control absoluto de esta hidra judía sobre Francia. Por eso volví al viejo Grenoble, donde estaban las iglesias y sus cruces, ennegrecidas por el tiempo y el olvido. Le di la espalda a los cines, teatros y cafés modernos, encontrando el disfrute entre las ruinas donde sospechaba que Bayard podría haber vivido. Me

hundía en el pasado y allí, para gran satisfacción de mi alma, vivía en la Francia histórica, en la Francia cristiana, en la Francia nacionalista. No en la Francia judeo-masónica, atea y cosmopolita. ¡La Francia de Bayard! ¡No la Francia de Leon Blum! La plaza «Marche des puces» (mercado de pulgas), como la llamaban los franceses, estaba llena de judíos, de ahí su nombre. De hecho, la universidad también estaba desbordada por ellos. Sólo aquí estudiaban 50 estudiantes judíos de Rumanía, además de los cinco rumanos. También visité el antiguo monasterio «Grande Chartreuse», cuyos 1.000 monjes fueron expulsados por el gobierno ateo. En varios iconos pude ver todavía las marcas de las piedras lanzadas por la turba durante la Revolución Francesa (1789), cuando mutilaron la imagen de Dios.

Al cabo de un tiempo, empezaron a asaltarnos las preocupaciones materiales. El dinero se acababa. Del país ya no esperábamos recibir nada más, y lo que recibía Motza no podía bastar para los tres, a pesar de la más rígida economía. Nos sentamos durante mucho tiempo a pensar cómo podíamos ganar algo de dinero sin poner en peligro nuestra asistencia regular a los cursos. Al darnos cuenta de que la costura a mano era apreciada y bien pagada en Francia, decidimos que mi mujer nos enseñase a hacer bordados nacionales rumanos para después intentar venderlos.

En algunas semanas aprendimos el oficio, y en las horas libres trabajábamos en los bordados, que después exponíamos en el escaparate de una tienda. Se vendían, y con lo poco que ganábamos, unido a lo que recibía Moza, pudimos vivir muy modestamente.

ELECCIONES GENERALES EN NUESTRA PATRIA

Mayo de 1926.

Hacia Pascua, los periódicos del país, que recibía regularmente, y las cartas, me trajeron la noticia de la caída de los liberales y de la suda al poder del general Averescu. Las nuevas elecciones generales debían celebrarse a mitad de mayo; la Liga entraba por primera vez en una gran lucha.

Entonces pensé: es preciso que vuelva a casa y que tome parte en la lucha. Después reanudaré los estudios.

Escribí al profesor Cuza rogándole me enviase dinero para el viaje, no recibiendo respuesta; escribí a Focsani, al señor Hristache Solomon, que me envió 10.000 leis, una parte de los cuales dejé a mi mujer, empleando la demás en el viaje de vuelta a la patria.

Llegué a Bucarest a primeros de mayo, en plena lucha electoral. Me presenté al profesor Cuza, que no se alegró demasiado de mi presencia. Me dijo que no debía haberme movido, porque el movimiento marchaba bien, incluso sin mí. Sufrí el dolor de sus palabras, pero no se las tomé a mal.

En una organización no debe producir mal humor ninguna observación del jefe; puede ser justo y puede ser injusto, pero el mal humor jamás debe presentarse; este es el principio que debe observarse cuando se pertenece a una organización.

Partí para la provincia de Dorohoi, para llevar mi concurso al profesor Sumuleanu; de allí pasé a otras provincias: a Campal Lung, a Iasi, a Braila, etc.

Entre tanto, atendiendo a una carta del profesor Paulescu y a la intervención del general Macridescu, me decidí a dejar proponer mi candidatura en Focsani. Heme aquí, por consiguiente, en la situación más desagradable y menos de desear: la de ir a mendigar votos para mí. ¿Dónde? A la multitud; la cual; precisamente en el momento en que debería estar dominada por los más puros sentimientos, tratándose del país y de su porvenir, está aturdida por el alcohol, ofrecido abundantemente por los agentes electorales, y entregada a las pasiones, encaenadas por los espíritus malignos de los políticos. Son los momentos en que sobre la vida trnquila del país se difunde la confusión del parlamentarismo.

Era el infierno que se desencadena, y de este infierno puede, para un año, dos o tres, salir un Gobierno del país.

¡Entre qué acciones y pecados la democracia, la «santa democracia» obtiene el Gobierno de un pueblo!

* * *

Heme aquí en Focsani, donde subsiste el estado de guerra proclamado con ocasión del bautismo de Ciorasti. Para poder hacer la propaganda electoral era preciso un salvoconducto extendido por el comandante de la

guarnición. Me presenté, y lo obtuve. Hacia las diez de la mañana, el señor Hristache Solomon, otros camaradas y yo partimos en dos automóviles. Pero a 500 metros de la ciudad nos encontramos con el camino cortado por dos carros atravesados en la carretera y flanqueados por algunos gendarmes. Nos paramos. Los gendarmes se acercaron y nos dijeron que no podíamos pasar. Entonces les enseñé la orden del general; pero después de haberla leído, repitieron:

No se pasa.

Di orden a los que me acompañaban de separar los carros, y después de una pequeña escaramuza, la carretera quedó libre; pero los gendarmes se retiraron a algunos metros de distancia, prepararon los fusiles y empezaron a hacer fuego.

Ordené:

Seguid adelante, que disparan al aire.

Un proyectil dio en el guardabarros del auto y otro pasó cerca de nosotros. Continuamos el camino; pero dos proyectiles nos detuvieron. Uno había roto el depósito de gasolina y el otro una rueda. Era imposible proseguir. Bajamos del auto y volvimos atrás a pie.

Buscamos al general que nos había dado el salvoconducto y le contamos lo sucedido, estando presente el general Macridescu. Nos respondió:

Podéis circular; yo no he dado orden de impedíroslo; quizá la han dado las autoridades administrativas.

Entonces me dirigí a la Prefectura con el general Macridescu. El prefecto era Nitzulescu, un hombre áspero y brutal. Entramos tranquilamente en su despacho, y el general Macridescu contó lo sucedido; pero el prefecto, desde el primer momento, nos trató de la manera más descortés.

Comenzó a espetarnos un discurso interminable:

Señores, los intereses superiores del Estado exigen...

Hay leyes; estamos dentro de ellas. Tenemos derecho –intentaba explicar el general Macridescu. Pero el prefecto continuaba:

El país exige que en este momento difícil...

Nuevamente el general Macridescu intentó ecplicarse.

El prefecto, autoritario:

La voluntad del país es...

Oiga, señor prefecto; veo que usted no quiere entender buenas razones –intervine, irritado. Mañana, por la mañana, saldré a hacer la propaganda, y si los gendarmes disparan nuevamente sobre mí, vendré a su despacho y dispararé sobre usted.

Y sin esperar respuesta, volví las espaldas y me fui, dejando a los demás. Después de algunas horas fui llamado al Consejo de guerra. Fui.

Un comisario regio me hizo el interrogatorio.

Declaré por escrito exactamente lo que había sucedido.

Fui detenido. Dije:

Está bien, señores. A quien disparó sobre mí, no le hacen nada; en cambio, me detienen a mí, que tan solo he amenazado con disparar.

Heme aquí de nuevo en un calabozo en el cuartel del regimiento.

Después de tres días fui llamado por el general. Un oficial me llevó a su despacho.

Señor Codreanu, usted debe salir de la ciudad de Focsani.

Señor general, soy candidato aquí, y lo que usted me pide es contra la ley. Ciertamente, no me opondré a las medidas, porque no puedo; pero le ruego me dé sus órdenes por escrito.

No puedo darlas por escrito.

Entonces iré a Bucarest a reclamar contra usted.

El general se despidió, pidiéndome palabra de honor de que partiría en el primer tren.

Con el primer tren salí para Bucarest. Al día siguiente me presenté al ministro del Interior, señor Octaviano Goga, el cual me recibió bien. Le conté lo que me había sucedido y le pedí justicia.

Me aseguró que enviaría a un Inspector administrativo a hacer las indagaciones pertinentes y me dijo que volviera al día siguiente. Al día siguiente me reexpidió al otro, y así pasaban los días y faltaban ya pocos para las elecciones.

Finalmente, después de cuatro días, pude partir.

De nuevo obtuve el salvoconducto del general y de nuevo nos pusimos en camino con los autos. No faltaban más que dos días para las elecciones.

Llegamos al primer pueblo. Había algunos hombres reunidos, como ocurre frecuentemente al acercarse las elecciones; pero estaban asustados por el terror que se ejercitaba. Llegaron los gendarmes:

Les está permitido hablar tan solo un minuto. Esta es la orden que hemos recibido.

Hablamos un minuto y seguimos adelante; en cada aldea un minuto. Pobre justicia y pobre legalidad la de nuestra tierra, que me conceden el derecho a los votos, me llaman para que vote; si no vengo, me imponen una multa, y si vengo, ¡me apalean! Los políticos rumanos, sean averescanos o nacional campesinos, no son sino una banda de tiranos que, al socaire de la «legalidad», de la «libertad», de los «derechos del hombre», pisotean sin miedo y sin vergüenza a un país con todas sus leyes, libertades y derechos.

¿Qué camino nos quedará para el porvenir?

El día de las elecciones nuestros delegados fueron golpeados, heridos y no pudieron llegar a las urnas; pueblos enteros no pudieron presentarse. Resultado: fui derrotado, aunque en la capital había derrotado a todos los partidos.

No es nada –me dije–; un éxito hubiera estropeado mi proyecto de continuar los estudios.

Dos días después supe, con gran alegría, los resultados de todo el país. La Liga había obtenido 120.000 votos y logrado diez diputados. Los profesores Cuza y Gavanescul por Iasi, el profesor Sumuleanu en Dorohoi, mi padre en Radautzi, Paul Iliescu en Campul Lung, el profesor Carlan en Suceava, el doctor Haralamb Vasiliu en Botsani, Valer Pop en Satul Mare, el ingeniero Misu Florescu en Piatra Neamtz, Iuniu Lecca en Bacau.

Había resultado elegido un grupo de hombres verdaderamente escogido, que hacía honor al movimiento nacional y hacia el cual miraba la gente con ilimitado amor y viva esperanza. Aquellos 120.000 votos representaban lo mejor y más puro del pueblo rumano. Los electores habían desafiado todas las amenazas, todos los obstáculos para llegar a las elecciones; pero fueron muchos los que no pudieron pasar, bastantes más de los que pasaron. Al menos, otros 120.000 votos nos fueron robados.

Volví a Francia contento por el resultado, pero preocupado por una pregunta:

¿Cómo podríamos vencer si todos los Gobiernos hacían elecciones de esta manera, empleando la corrupción, el robo y la fuerza del Estado contra la voluntad popular?

EN LOS ALPES

Al llegar a Francia, llegué demasiado tarde para presentarme a los exámenes de la convocatoria de junio. Me enfrentaba a un grave problema. Mota tendría que volver a casa para cumplir el servicio militar en otoño. ¿Cómo íbamos a ganarnos la vida si con nuestro trabajo de bordado apenas podíamos mantener a una sola persona, y mucho menos a dos almas? Intenté encontrar algún trabajo en la ciudad, cualquier cosa. Imposible. Entonces pensé que tal vez en el campo, cerca de la ciudad, podría conseguir algo. Junto con Mota fui en varias direcciones en busca de trabajo; pero por la noche volvimos sin éxito. Un día tomamos el tranvía hasta Uriage-les-Bains, a unas seis millas de Grenoble (allí, los tranvías circulan no sólo en las ciudades, sino también fuera de ellas hasta 12 millas en todas las direcciones, ya que hay abundante energía eléctrica generada por las cascadas de las montañas).

Desde Uriage seguimos unos senderos hacia la montaña. Después de una media hora llegamos a Saint Martin, un pueblo bastante grande con una carretera bien asfaltada que lo atraviesa, casas de piedra bien cuidadas, varias tiendas y una hermosa y alta iglesia. Pero pasamos de largo. Tras otra hora de marcha, subiendo constantemente con un calor que nos hacía sudar, llegamos a una pequeña aldea, Pinet d'Uriage.

Estábamos a una altitud de aproximadamente 800-900 metros. Desde arriba, la vista de los Alpes nevados era admirable. Los inicios de la nieve parecían estar a pocos kilómetros. A la izquierda, se abría un maravilloso valle hacia Chateau de Visile, y a la derecha, otro hacia Grenoble. Por el borde del valle serpenteaba la carretera de cemento, brillante como el agua de un arroyo bañado por el sol.

En los campos podíamos ver a la gente trabajando. Nos preguntábamos cómo allí, en la ladera de la montaña, pero a pocos kilómetros de las nieves perpetuas, podía crecer el trigo tan alto como un hombre; o la avena y la cebada, así como todo tipo de verduras. Probablemente debido al clima más suave y a un suelo sin rocas. De hecho, su suelo era de baja fertilidad, incluso pobre; pero la gente siempre lo abonaba con estiércol o fertilizantes químicos.

Podíamos ver gente en los campos, pero teníamos el mismo problema que en los otros pueblos: cómo hablar con la gente y cómo decirles que nos gustaría encontrar algún trabajo. Pasamos de largo sin atrevernos a hablar con ellos. Más arriba había algunas casas más, cinco o seis. Fuimos allí. Llegamos a la última. Más allá de ella, no aparecía ninguna otra morada humana entre nosotros y la enorme Beldona, salvo las cabañas para turistas. Cerca, un anciano estaba segando. Teníamos que hablar con él. Le saludamos y empezamos a hablar. Se dio cuenta de que éramos extranjeros, por lo que nos preguntó qué éramos. Le dijimos que éramos rumanos, que nos gustaba mucho este lugar y que queríamos alquilar una habitación para pasar varios meses al aire libre. El anciano se mostró jactancioso, y probablemente pensando que había encontrado a alguien de quien podía aprender muchas cosas, nos pidió que nos uniéramos a él y nos sentáramos en la mesa exterior, sobre la que colocó una botella de vino negro y astringente y tres vasos que llenó. Entonces comenzó a interrogarnos, siguiendo nuestras respuestas con gran curiosidad:

«¿Así que decís que sois rumanos?»

«Sí, rumanos, rumanos de Rumanía».

«¿Rumanía está lejos de aquí?»

«A unos 3.000 kilómetros».

«¿En su país también hay campesinos como aquí?»

«Hay muchos, Pere Truk», pues este era su nombre.

«¿Allí también se cultiva heno? ¿Hay bueyes allí? ¿Vacas? ¿Caballos?»

Finalmente respondimos a todas sus preguntas, haciéndonos rápidamente amigos suyos.

Pero no le dijimos nada de lo que nos aquejaba, porque el viejo se dio cuenta de que éramos gente educada, «caballeros», y habría perdido todas sus ilusiones si le hubiéramos dicho que buscábamos trabajo. Sólo le preguntamos si sabía de alguna habitación en alquiler en algún lugar. Nos dio una dirección e insistió en que dijéramos al propietario que era él, Pere Truk, quien nos enviaba.

Al marcharnos, le dimos las gracias y le prometimos que volveríamos para ayudarle a cortar el césped. Encontramos la dirección que nos dio varias casas más abajo. Era la casa de M. Chenevas Paul, un jubilado de unos 70 años, bien vestido, antiguo suboficial, ahora retirado. Estaba orgulloso de ser

el único pensionista del pueblo. Poseía dos casas contiguas que utilizaba exclusivamente para él, ya que estaba solo. Todos sus familiares habían muerto. Nos alquiló su casa más pequeña que constaba de dos habitaciones abajo, una grande y otra pequeña, y otra habitación arriba (todas las casas de allí tenían un segundo piso). En la habitación de abajo había una estufa para cocinar; en la de arriba, simplemente amueblada, había una cama. Todo ello transmitía un aspecto de vacío. Era evidente que durante mucho tiempo nadie había vivido en ella. Acordamos 400 francos hasta Navidad (eso era para seis meses). En Grenoble pagábamos 150 francos al mes.

Pagamos por adelantado tres meses y dijimos que dentro de unos días traeríamos nuestro equipaje y nos instalaremos en nuestra nueva casa. Luego volvimos a Grenoble con buen ánimo. Pensaba que ahora, habiendo cumplido con el trabajo de residencia requerido en el programa de doctorado, estudiaría para los exámenes aquí, y bajaría a Grenoble sólo para hacerlos.

EN PINET D'URIAGE ENTRE CAMPESINOS FRANCESES

Varios días más tarde subíamos por los mismos caminos, con las pertenencias a cuestas, mi mujer, Mota y yo, hasta nuestro nuevo alojamiento. Por fin, nos instalamos. Mota se despidió de nosotros y se fue a Rumanía. Nosotros nos quedamos con unos pocos francos en los bolsillos. Una situación desesperada. ¿Cómo íbamos a comer? A la mañana siguiente, bastante deprimido, fui a Pere Truk. Ayudé a segar y a cargar el heno durante todo el día. Me pidió que comiera con él a mediodía y a la hora de la cena. Si hubiera podido llevarle algo también a mi mujer habría sido perfecto, pero volví con las manos vacías, fui de nuevo a la mañana siguiente. Esta vez tenía a alguien que trabajaba para él, un hombre bajo, con el pelo rojo y despeinado, ojos brillantes e inquietos en los que no pude adivinar ningún rastro de bondad; parecía un hombre mezquino. Se llamaba Corbela. Probablemente Corbelle en la lengua literaria y oficial.

Pero los campesinos de la región hablan todos «patois», es decir, un dialecto campesino que difiere mucho de la lengua oficial tanto en la pronunciación como en la estructura de las palabras. Esta diferencia es tan

grande que un francés de ciudad no puede entender a un francés de campo que hable «patois». Pero estos últimos también conocen la lengua oficial. Los tres fuimos invitados por un ama de casa, la mujer del anciano, a comer en su casa a mediodía. Era una mujer mayor, como las mujeres mayores de su país. En Francia los campesinos no comen a mediodía una cebolla con un montón de harina de maíz, como hacen nuestros campesinos; por regla general, toman un plato de verduras, otro de carne y luego queso, y regularmente un vaso de vino. Les agradecí que me hubieran invitado a participar en su comida, pero les dije que no comería. Considerando que me sentía avergonzado, insistieron. Entonces les dije que, al ser viernes, ayunaba hasta la noche. Esta era una vieja costumbre mía que durante tres años, desde que fui encarcelado por primera vez en la prisión de Vacaresti, había mantenido fielmente. Cuando Corbela se enteró de que ayunaba, me preguntó bruscamente:

«¿Pero por qué ayunas?»

«Porque creo en Dios».

«¿Cómo sabes que hay un Dios? ¿Has visto a Jesucristo?», continuó.

«No, no lo vi, pero así es como soy; no te creo a ti diciéndome que no existe, mientras que sí creo a los innumerables mártires que, al ser clavados en la cruz, gritaron: "Podéis matarnos, pero nosotros lo vimos"».

«¡Ah, los sacerdotes! ¡Los charlatanes! Los aplastaría bajo mi talón, empujándolo y haciéndolo girar en el suelo, como aplastaría a un gusano».

Al verle tan excitado, interrumpí la discusión.

Esa noche me fui a casa con una cesta llena de patatas y un trozo de tocino que me dio el viejo. Ese sábado trabajé igualmente. El domingo fui a la iglesia. Había mucha gente, probablemente todo el pueblo. En un banco lateral, cerca del altar, solemne como un santo, estaba un hombre que se parecía a Corbela. Eché otro vistazo. Seguía al sacerdote muy de cerca. En un momento dado se acercó al sacerdote y le ayudó muy humildemente. Era él, Corbela. Cantor, ayudante del cura y campanero de la iglesia.

Más tarde, cuando me hice amigo de la gente, les conté mi historia con Corbela, haciéndoles reír a todos.

«Nosotros también tenemos nuestros tontos entre nosotros» me dijeron. «Ellos escuchan a gente importante que odia a la Iglesia. Pero nosotros, los

campesinos franceses, creemos en Dios como hemos aprendido de nuestros padres».

El sacerdote, hombre de vasta cultura, doctor en filosofía y teología, vivía en una gran miseria, sin recibir ningún salario del Estado ateo que perseguía a los sacerdotes como enemigos. Éstos sólo viven de la ayuda que reciben de los pocos habitantes del pueblo. La semana siguiente trabajé para otra persona, cosechando patatas, que me dio una mayor cantidad de patatas, la base de nuestra existencia durante algún tiempo. Pasé a otro campesino para que me ayudara a segar el trigo y a trillarlo. En cada aldea, la gente posee una trilladora en común que es utilizada a su vez por todos. La cosecha es rica y hermosa como el oro.

No hay agricultor que no esté suscrito a una revista agrícola semanal, llena de buenos consejos sobre agricultura, jardinería, cría y cuidado del ganado, apicultura, etc. Leen estas revistas con atención, de principio a fin, intentando, en una gran competición, aprovechar al máximo esos consejos y sacarles el máximo partido. Sus establos están tan bien cuidados como sus casas. El ganado está bien protegido del frío y del hambre. Cepillados todos los días. Por eso tienen buen aspecto, pueden trabajar duro y producir mucho. A menudo veía en sus establos un trozo de cartón en el que se leía «¡Amad a los animales, nuestros compañeros de trabajo!».

Al cabo de un mes, los aldeanos empezaron a acostumbrarse a mí. Me llamaban «le roumain» (el rumano). Se enteraron de que era estudiante de doctorado y por las tardes me sentaba a hablar con ellos. Se interesaban por cuestiones de filosofía, política, relaciones internacionales y economía política, en particular por los temas de los precios, la ley de la oferta y la demanda y otras leyes que determinan los precios, así como las causas de la fluctuación de los precios y el momento adecuado para vender sus productos. Los campesinos de entre 25 y 40 años, estaban muy bien orientados en todos estos temas y se podía discutir con ellos sobre cuestiones por muy elevadas que fueran, los entendían.

Después de un tiempo me puse a estudiar para mis exámenes. Mota había hecho sus exámenes en junio, antes de irse, con éxito. Trabajaba de día, y por las tardes y las noches estudiaba todo lo que podía. El primer año tuve cuatro asignaturas: economía política, historia de las doctrinas económicas, legislación industrial y legislación financiera. Pero al cabo de dos meses mis

fuerzas empezaron a flaquear. La comida resultaba insuficiente. Últimamente solo comíamos patatas hervidas. Cada dos o tres días un litro de leche, y carne sólo una vez a la semana. Ocasionalmente queso. Eso era todo lo que podía ganar trabajando. Pero peor que yo estaba mi mujer, que se volvió anémica. En octubre, me presenté a los exámenes. Suspendí, aunque había sacado la nota más alta en la asignatura principal, economía política, y aprobé las demás asignaturas, pero sólo obtuve un nueve en legislación financiera, siendo la nota de aprobado para el doctorado un diez. Por el momento estaba desconcertado. Nunca había sido un elemento brillante a la hora de estudiar, pero hasta ahora nunca había suspendido un examen, habiendo figurado siempre entre los estudiantes buenos. Esto fue un duro golpe en vista de nuestra difícil situación económica. La dificultad radicaba en que sólo podía volver a presentarme a los exámenes tres meses después, y tenía que volver a cursar todas las asignaturas. Me obstiné y decidí empezar de nuevo. El trabajo agrícola en los campos había terminado. Había caído nieve. Lo único que podía hacer era cortar leña en el bosque. Mi pago por el trabajo allí era una carreta de leña. Pero la ayuda empezó a llegar de mi pueblo, de casa y del reverendo Motza, a raíz de un préstamo que había obtenido a mi nombre en un banco.

Pasamos los meses de invierno y las vacaciones de Navidad entre los campesinos, principalmente con la familia Belmain-David. Volví a inscribirme en los exámenes de la sesión de febrero para el primer año del doctorado y los aprobé todos. Empecé a estudiar inmediatamente para los del segundo año: derecho administrativo, filosofía del derecho, historia del derecho francés y derecho internacional público. En primavera, alquilé una parcela de jardín en la que empecé a trabajar por mi cuenta. Pero en mayo de 1927 recibí una carta desesperada de Mota y otras de Focsani también, y de estudiantes, pidiéndome que volviera a casa de inmediato porque la Liga se había roto en dos. Mota y Hristache Solomon también me enviaron dinero para el viaje. Pero me quedaba un mes más antes de los exámenes. Fui a ver al decano de la facultad para informarle de la emergencia que exigía mi regreso a Rumanía y para pedirle permiso para hacer los exámenes antes de la sesión ordinaria. Mi petición fue aprobada. El 16 de mayo hice y aprobé los exámenes. El 18 de mayo salí para Rumanía después de despedirme de los habitantes de Pinet, entre los que habíamos vivido casi un año. Algunos

de ellos, los más viejos, lloraron cuando nos fuimos. Otros nos acompañaron a la estación de Grenoble.

Llegué a Francia con la preocupación de encontrar un pueblo inmoral, corrupto y decadente, como el que desde hacía tiempo se paseaba por el mundo. Pero llegué a la conclusión de que el pueblo francés, sea campesino o citadino, es un pueblo de una moral severa. Las inmoralidades pertenecen a los extranjeros podridos, a los ricos de todas las nacionalidades atraídos por París y otras grandes ciudades. La clase dirigente, sin embargo, en mi opinión, está irremediablemente comprometida, vive, piensa y actúa bajo la influencia, y sólo bajo la influencia, de la judeo-masonería y sus banqueros. La judeo-masonería utiliza París como su sede mundial (Londres, con el Rito Escocés es solo una filial). Esta clase dirigente es ajena a toda la historia de Francia y de la nación francesa. Por eso, al salir de Francia, hice una gran diferenciación entre el pueblo francés y el Estado masónico francés. Permaneció en mi corazón no sólo el amor por el pueblo francés, sino también la fe inquebrantable en la resurrección y la victoria de esta raza contra la hidra que la asfixia, oscureciendo su pensamiento, succionando su vigor y comprometiendo su honor y su porvenir.

LA L.D.N.C. ROTA EN DOS

Cuando llegué a Bucarest me encontré con un verdadero desastre. La Liga de Defensa Nacional Cristiana se había roto en dos y las esperanzas de la nación se hundían. Una raza, que había reunido sus fuerzas agotadas en un momento difícil de su historia, en lucha con los más grandes peligros que la habían amenazado en su existencia, caía ahora por tierra con todas sus esperanzas destruidas.

Esto destrozaba los corazones heroicos de millones de hombres, que habían luchado y veían destruidos en un instante todos los sacrificios del pasado y hundidas todas las esperanzas. La pena se extendía incluso a aquéllos que se habían mantenido alejados del movimiento. No se había presentado jamás un mayor dolor colectivo. Todas las oleadas de entusiasmo de Severin, de Focsani, de Campul Lung y de Cluj se habían transformado en oleadas de dolor y de desesperación.

Me dirigí al Parlamento y me presenté al profesor Cuza. Con gran sorpresa por mi parte, encontré en él al único hombre alegre en medio del dolor general.

Refiero textualmente el coloquio sostenido.

Sé bien venido, querido Corneliu me dijo, acercándose y tendiéndome la mano; eres un magnífico muchacho. Cuida como hasta ahora tu conducta y todo irá bien.

Señor profesor, estoy afligido hasta el fondo del alma por la desgracia que pesa sobre nosotros.

Pero sin o ha sucedido ninguna desgracia; la Liga es más fuerte que nunca. Mira, he venido de Braila ayer. Jamás se había visto una cosa parecida. El pueblo me ha recibido con música, alegría e interminable vivas; ya verás, ya; todo el país está con nosotros.

Después de pocas palabras más me marché. Me preguntaba asombrado:

¿Cómo puede un jefe, que ve a sus tropas destrozadas por el dolor, rota en dos y dominada por la desesperación, estar del mejor humor del mundo? ¿Puede no darse cuenta del desastre?, o, por el contrario, ¿se da cuenta? Y entonces, ¿cómo es posible que esté contento?

LO QUE HABÍA SUCEDIDO

Los diez diputados de la Liga habían dejado bastante que desear, a mi parecer, en sus actividades parlamentarias y extraparlamentarias durante el año que había transcurrido. ¿Eran débiles? Desde luego no. ¿Iban con mala fe? Absolutamente no. Iban con la mejor fe, pero con pequeñas insuficiencias, los menos preparados en el conocimiento del problema judío, y con insuficiencias más graves los más viejos en el movimiento y en la acción.

Pero estas son cosas inherentes a todas las organizaciones: corresponde a la dirección plasmar, completar y corregir amorosamente. Entonces, ¿cuáles han sido las causas de esta situación? Según mi parecer:

1° La falta de coordinación entre su actividad parlamentaria y la extraparlamentaria.

2° La falta de unidad espiritual, absolutamente necesaria en una organización semejante, rodeada por todas partes de enemigos dispuestos a aprovechar cualquier diferencia interior.

Estas dos tienen como base una tercera causa:

Las faltas del jefe y sus errores. Un jefe debe siempre crear escuela, cuando menos en el sentido del enfoque de los problemas de todos aquellos que luchan junto a él, para asegurar la unidad de pensamiento del bloque. Debe elaborar un plan de lucha y dar directicas en materias de acción; debe ser un permanente servidor de la unidad del movimiento, buscando con su amor, con sus llamadas, con sus observaciones, con sus castigos, suprimir los equívocos y los inevitables contrastes de toda organización. Debe espolear a todos en el cumplimiento de su deber, debe proceder justamente, respetando las orientaciones que se ha impuesto y a base de las cuales ha reunido a sus hombres.

De todo esto el profesor Cuza no ha hecho nada: no ha creado escuela y ni siquiera ha celebrado reuniones.

Celebre un Consejo, Señor Cuza –le dicen algunos–, para que también nosotros sepamos cuál es la actitud que debemos asumir y cómo debemos presentaron en el Parlamento.

No tenemos necesidad de ningún Consejo, porque nosotros no somos un partido político.

Jamás ha dado directiva alguna a nadie.

Encontraréis volúmenes de gran valor, docenas de folletos escritos por el profesor Cuza; encontraréis centenares de artículos, pero desafío a todo a que me traigan diez circulares u órdenes de organización, de acción, transmitidas a la más atormentada organización política desde el 4 de marzo de 1924, fecha de su fundación, hasta el 20 de mayo de 1927, en que se disolvió.

El profesor Cuza ha espoleado, pero no ha sido un animador. El profesor Cuza ha castigado, pero cuando lo ha hecho ha provocado verdaderos desastres, porque ha procedido sin moderación.

Entre tanto, a causa de la situación que acabo de exponer, una parte de los diputados, viendo y comprendiendo que las cosas no marchaban como debieran, manifestaron su descontento. Veían que poco a poco el movimiento marchaba hacia la ruina, tanto más cuando, aparte de la falta de

orientación, se producían también ciertas intervenciones del profesor Cuza en la tribuna del Parlamento que daban lugar a un efecto desorientadore y desanimador para todo el movimiento. Así, por ejemplo, cuando inmediatamente después de la apertura del Parlamento uno de los diputados de la Liga protestaba por el estado de guerra y las coacciones improcedentes que se habían verificado en Focsani, el profesor Cuza se levantó y dijo que el Gobierno había hecho bien imponiendo el estado de guerra y que también él hubiera hecho lo mismo al encontrarse los espíritus agitados por culpa de los judíos.

Otra vez dijo en la tribuna, combatiendo al partido de los campesinos (que, por otra parte, estaba en la oposición), que el partido del pueblo hubiera podido llegar a ser un factor de gobierno mediante el sistema de rotación con el partido liberal, si el general Averescu hubiera hecho suya la doctrina de la Liga de la Defensa Nacional Cristiana.

Esta idea, lanzada desde la tribuna precisamente en el momento en que millares de hombres, golpeados, torturados y perseguidos, esperaban anhelantes, como paliativo para sus sufrimientos, cuando menos una palabra que estigmatizase al Gobierno de que eran víctimas, producía en todas partes una atmósfera de desaliento.

Esta actitud por parte del jefe de un movimiento nacional es incalificable. Hacer la apología de los partidos que el movimiento nacional denuncia como una desventura para Rumania, y contra los cuales combatía con nosotros sacrificios para crear al país una suerte distinta de la que le habían preparado los politicastros de los partidos, equivale a condenar a muerte al propio movimiento.

Elevar al séptimo cielo el sistema del turno en el poder, representado por los partidos liberales y averescano, cuando se les ha denunciado durante toda la vida como enemigos de la raza, significa alejar toda posibilidad de victoria para el movimiento nacional por él guiado, demostrando al mismo tiempo con este hecho que no se cree en él. ¿Qué diría la gente de un comandante de heroicos soldados que combaten, hacen sacrificios supremos, creen en la victoria, están dispuesto a morir por ella, si en un discurso pronunciado durante la batalla y ante millares de heridos elogiarse sin medida a los grupos enemigos anunciando su victoria? ¿Qué le pasaría a pobre ejército que en ve de oír una palabra de valor y de esperanza oyese al mismo jefe hablar de las

bellas perspectivas de victoria de los grupos enemigos? ¿Qué sucedería? Aquel ejército se dispersaría desmoralizado.

Así ha sucedido. Muchos campeones del movimiento nacional se han dispersado desilusionados. Gracias a esta extraña actitud, los diputados de la Liga han empezado a manifestar su descontento. A mi juicio, se han equivocado. No tenían derecho a manifestar ese descontento más que ante el presidente o en el círculo restringido del directorio, cosa que no han hecho. En tales condiciones, cada palabra lanzada al aire significa una desgracia que debe añadirse a la provocada por el mismo presidente. Poco a poco, los errores de unos y otros han llevado a un recíproco enfriamiento de relaciones, hasta que un día el diputado Paul Iliescu, sin motivos plausibles y sin juicio preliminar, y, por consiguiente, contra la naturaleza de las leyes de la ordenación, ha sido eliminado de la Liga de la Defensa Nacional Cristiana. Y esto sin que el presidente haya dicho nada a ninguno de los diputados, habiéndose limitado pura y simplemente a anunciar desde la tribuna que había eliminado a Paul Iliescu de la L.D.N.C. y a pedir al mismo tiempo su expulsión del Parlamento y que se declarase vacante la sede de Campul Lung.

Fue como un rayo caído sobre los pobres diputados de la Liga. Dos días después, el profesor Sumuleanu, que entre tanto había venido de Iasi, hacía una comunicación a la Cámara, firmada también por los demás diputados, Ion Zelea Codreanu, Valer Pop, Haralamb Vasiliu, profesor Carlan, afirmando que la declaración del profesor Cuza era, cuando menos, prematura, ya que, según el estatuto, las exclusiones debían ser decididas por el comité, y en el caso en cuestión éste nada sabía de lo ocurrido ni conocía la culpa del expulsado. No pedía que no fuese eliminado, sino pedía que antes fuese juzgado, para que pudiera defenderse, es decir, que fuese respetado el estatuto y respetada la ley que todos habían jurado. Al mismo tiempo se intervino en este sentido cerca del profesor Cuza.

El resultado fue el siguiente:

Todos los firmantes fueron eliminados de la Liga de la Defensa Nacional Cristiana, entre ellos el profesor Sumuleanu y mi padre, sin tener en cuenta que algunos de ellos habían trabajado y se habían sacrificado para la formación de la Liga más que el mismo profesor Cuza. El profesor

Sumuleanu era vicepresidente de la Liga. Y también éste fue expulsado sin ningún proceso, sin que se le dijera nada y sin ser interrogado.

A mi juicio, la conducta del profesor Cuza como presidente de la organización ha sido fundamentalmente equivocada, injusta y completamente fuera de lugar, sobre todo si se tiene en cuanta las personas sobre las que recaían sus medidas, que eran precisamente las creadoras de la organización. Y, además, eran desconsideradas, porque el profesor Cuza no había pensado en las consecuencias que se derivarían para el movimiento.

Inmediatamente de esto se afirmó que los expulsados se habían vendido a los judíos y se difundió entre todos los rumanos esta insinuación.

El profesor Sumuleanu, amigo inseparable del presidente desde hacía un cuarto de siglo, hombre de una corrección ejemplar, fue horrible e incalificablemente atacado en Defensa Nacional, que estaba bajo dirección y guía del profesor Cuza.

Oprimido por el dolor, bajo acusaciones de traición, el profesor Sumuleanu imprimió como respuesta un opúsculo titulado: La infamia de cierto amigo.

Esta vez el profesor Cuza, a mi juicio, fue mucho más que injusto. Los eliminados, a su vez, se equivocaron al hacer imprimir manifiestos con ataques igualmente injustos, pero su error era consecuencia del cometido por el profesor Cuza. Todas estas cosas sucedían con gran dolor de todos los que luchaban por la causa, y con gran satisfacción de los judíos.

Yo llegué en tanto en el Parlamente se discutía si los diputados expulsados de la Liga debían perder sus mandatos parlamentarios.

Me pregunto, incluso ahora: el profesor Cuza, cuando tomó estas medidas, ¿era víctima de sugestiones o intrigas, o, por el contrario, juzgaba por sí silo que así debía obrar?

Después de algunos días, habiendo intervenido gente de fuera, asombrada por las medidas del profesor Cuza, para pedir que se arreglasen las cosas respetándose las disposiciones del Estatuto, se adoptó una tercera medida, por la que también estos eran eliminados. Entre ellos se encontraba el general Macridescu, el profesor Traian Braileanu, Hristache Solomon, el profesor Catuneanu, etc.

Entre la gente se difundía sistemáticamente la noticia de que todos los eliminados estaban vendidos a los judíos. Agentes activos en la difusión de

esta noticia era el coronel Neculcea y Liviu Sadoveanu, hombres de confianza del profesor Cuza.

Los eliminados se constituyeron en «Liga de la Defensa Nacional Cristiana Estatutaria», queriendo indicar así que se mantenían en el ámbito del estatuto. Fue entonces cuando el profesor Cuza convocó en Iasi, en el salón Bejan, una gran reunión nacional, en la que participó un millar de personas, que ratificó la expulsión basándose en el hecho de que los inculpados se habían vendido a los judíos.

Algunos años después, cuando ya el desastre había arruinado a toda la Liga, el profesor Cuza buscó a su viejo amigo, profesor Sumuleanu, al que había atacado, y le dijo:

Querido Sumuleanu, no tengo nada contra ti. Hagamos las paces.

El profesor Sumuleanu, sin embargo, le volvió la espalda y, marchándose, le respondió:

Es demasiado tarde.

Y esto no porque el profesor Sumuleanu no quisiera perdonar el cruel golpe recibido, sino porque veía por tierra las ruinas del movimiento y de las esperanzas rumanas.

CÓMO PROCEDÍ EN ESTA SITUACIÓN

Llegué de Francia, en medio de este desastre del movimiento nacional, con la intención de salvar lo que todavía se pudiera.

Convoqué entonces, en Iasi al grupo Vacaresti y a una parte de los jefes de la juventud universitaria de los cuatro Centros. Mi intención era localizar el desacuerdo producido, plasmando un bloque de la juventud e impidiendo que llegase hasta esta atmósfera de hostilidad que animaba las filas de los viejos. Como era natural, quería basar el bloque en la conciencia de que la desunión y el odio entre nosotros significaba la muerte del movimiento nacional.

Una vez constituido el bloque, pensaba dirigirme a los más ancianos, y con eficaces intervenciones, con las presiones más resueltas, restablecer la unidad e intentar salvar la situación.

Mi plan no tuvo éxito. La juventud estaba afectada ya por las llamas de la discordia hasta tal punto, que en Iasi mi proposición, no obstante todos los vínculos que existían entre los jóvenes y yo, no encontró la menor resonancia, más aún cuando al frente de los estudiantes de Iasi figuraban elementos de dudosa tendencia espiritual.

Entre todos no se habían adherido a mi proposición más que el viejo grupo de Vacaresti y algunos jóvenes estudiantes de Iasi, en número de diez o doce, entre los que se contaban algunos antiguos, como Ion Blanaru, Ion Bordeianu, Víctor Silaghi y algunos recientes de otro grupo de Transilvania, a cuyo frente se encontraban Ion Bnaca, Emil Eremeiu y Misu Crisan. De toda la juventud esto era lo que había quedado junto a nosotros.

No abandoné mi plan.

Fui a Bucarest con todo el grupo. Ante todo, nos presentamos a los «Estatutarios», pidiéndoles que se dispusieran a cualquier sacrificio con tal de restablecer la unidad del movimiento; después de algunas horas, consistieron en reunirse, dispuestos a muchas concesiones, pero pidiendo que en el porvenir se respetase el Estatuto.

Después buscamos al profesor Cuza. Este opuso una seca negativa a nuestros ruegos y argumentos. Creo que es mejor no referir la discusión sostenida.

Nos fuimos desolados. Todo lo que se había construido, todo el pasado esplendor de nuestro movimiento, no había sido un regalo de la fortuna: había sido efecto del terreno conquistado luchando paso a paso, metro a metro. Habíamos adoptado decisiones difíciles, afrontando peligros y peligros, riesgos y más riesgos, dolores físicos y morales a cual más duros; habíamos sacrificado nuestra salud, habíamos derramado nuestra sangre y día a día habíamos luchado y nos habíamos sacrificado para nada.

Todo estaba reducido a cenizas.

LA LEGIÓN DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL

Frente a tal situación me decidí no permanecer ni con un grupo ni con el otro; no resignarme, sino emprender la organización de la juventud bajo mi responsabilidad, según mi sentimiento y mi criterio, y continuar la lucha en lugar de capitular.

En medio de esta ansia, de esta incertidumbre, nos acordamos del icono que nos había protegido en la prisión de Vacaresti y decidimos cerrar las filas y continuar la lucha bajo la protección del mismo. Con este fin fue trasladado al «Camin» de Iasi desde el altar de la iglesia de San Spiridione, donde lo habíamos dejado tres años antes.

El grupo de Vacaresti se asoció rápidamente a mi idea. Algunos días después convoqué en Iasi, para el viernes 24 de junio de 1927, a las diez de la noche, en mi cuarto de la calle Florilor, número 20, a los de Vacaresti y a los pocos estudiantes que habían continuado a nuestro lado.

En un cuaderno, algunos minutos antes, había escrito la siguiente orden del día, numerada con el número 1:

«Hoy, viernes, 24 de junio de 1927 (San Juan Bautista), a las diez de la noche, se fundó la Legión de San Miguel Arcángel, bajo mi dirección. Vengan a estas filas quienes crean sin restricción. Queden fuera quienes tengan duda. Elijo jefe de la guardia del icono a Radu Mironovici. Firmado: Corneliu Zelea Codreanu».

Esta primera sesión duró un minuto, es decir, el tiempo necesario para leer la orden del día que se acaba de transcribir, después de la cual todos se retiraron, debiendo reflexionar si se sentían bastante decididos y fuertes espiritualmente para entrar en semejante organización, donde no había ningún programa, ya que el único era la vida de lucha vivida hasta entonces por mí y por mis compañeros de prisión.

También a los del grupo Vacaresti quise darles tiempo para reflexionar y examinar su conciencia, para ver si alimentaban alguna duda o hacían alguna reserva, porque una vez ingresados en la Legión, deberían durante toda la vida marchar adelante sin vacilación.

El estado de ánimo en el que ha nacido la Legión ha sido este: no nos interesaba si venderíamos, si seríamos derrotados o si moriríamos; nuestro fin era el de marchar adelante unidos.

Procediendo así, con la visión de Dios y con el derecho de la raza rumana, cualquier suerte que nos correspondiera, la derrota o la muerte, la hubiéramos bendecido y hubiera producido sus frutos. «Hay derrotas y hay muertes que vuelven a la vida a una raza, como hay victorias que adormecen», decía una vez el profesor Iorga.

De izquierda a derecha y arriba a abajo: Corneliu Georgescu, Tudose Popescu, Ion Motza, Radu Mironovici, Corneliu Codreanu, Ilie Garneatza.

La misma noche y en el mismo cuaderno redacté una carta dirigida al profesor Cuza y otra al profesor Sumuleanu. A la mañana siguiente todos los de Vacaresti fuimos a casa del profesor Cuza, en la calle Codrescu, número 3. Después de tantos años de lucha y de difíciles pruebas íbamos ahora a despedirnos de él y a pedirle que nos dispensase de nuestro juramente. El profesor Cuza nos recibió en la misma habitación en la que había sido mi

padrino veintiocho años antes. Aquí, hallándose él de pie a un lado de la mesa y nosotros al otro, le leí la siguiente carta:

«Señor profesor: Hemos venido por última vez a usted para despedirnos y para rogarle que nos dispense de todo juramento. En el camino por el cual usted marcha ahora no podemos seguirle, porque no creemos en él. Marchar sin fe no podemos, porque es la fe la que nos ha dado todo nuestro empuje en la lucha.

Rogándole que nos dispense nuestros juramentos, continuaremos luchando solos, según los dictados de nuestra mente y de nuestro corazón».

El profesor Cuza nos habló entonces de la siguiente manera:

«Queridos míos, os dispenso de todo juramento y os encarezco, caminando ya solos en la vida, que no cometáis errores. Porque, especialmente en política, los errores se pagan caros. Tenéis el ejemplo de los errores cometidos en política por Petre Carp, que le han sido fatales. Yo, por mi parte, os deseo toda clase de venturas».

Después de esto, nos dio la mano y todos nos fuimos.

* * *

Así nos pareció correcto proceder, como nos parecía que éste era el camino del honor que nos señalaba nuestra cordialidad de luchadores.

Desde allí fuimos a casa del profesor Sumuleanu, en la calle de Saulescu; le leímos también otra carta, casi redactada en los mismos términos, con la cual anunciábamos a los «Estatutarios» que tampoco les podíamos seguir a ellos y que deseábamos trazarnos de ahora en adelante nuestro camino.

Dejándolos, sentimos una gran soledad en el corazón. Ahora estábamos solos en un desierto; debíamos abrirnos con nuestras exclusivas fuerzas el camino de la vida.

Nos apretamos todavía más en torno al Santo. Y cuanto mayores sean las dificultades y más fuertes y graves los golpes sobre nosotros, más estaremos bajo el escudo de San Miguel Arcángel y a la sombra de su espada. El ya no era para nosotros una imagen, sino que lo sentíamos vivo y montábamos guardia por turnos, días y noche, junto a su imagen, con sus lámparas encendidas.

LA MATERIA

Cuando nos reunimos en el cuarto del «Camin» nosotros cinco, más una decena de estudiantes del primero y segundo año, y cuando quisimos escribir una carta anunciando nuestra decisión al señor Hristache Solomon y a los demás, tan solo entonces nos dimos cuenta de lo pobres que éramos, ya que todos juntos no teníamos siquiera para comprar los sobres y los sellos. Hasta entonces, siempre que teníamos necesidad de dinero íbamos a pedírselo a los viejos; pero de ahora en adelante no tendremos a quién dirigirnos. Empezar una organización política sin un céntimo era una cosa difícil y temeraria. En este siglo, en que la materia es dueña omnipotente, en el que nadie empieza una cosa sin antes preguntarse cuánto dinero tiene, Dios ha querido demostrar que en la lucha y en la victoria legionaria la materia no ha tenido parte alguna.

Con nuestro gesto audaz nos separábamos de la mentalidad dominante en el siglo y matábamos en nosotros un mundo para crear otro distinto, alto hasta los cielos. El domino absoluto de la materia era destruido para ser sustituido por el domino del espíritu, de los valores morales.

No negamos, ni negaremos, la existencia, el sentido y la necesidad de la materia en el mundo; pero negamos y negaremos eternamente el derecho a su predominio absoluto. Chocábamos así contra una mentalidad según la cual el becerro de oro era considerado como el centro y el significado de la vida. Nos dábamos cuenta de que siguiendo este camino, en las relaciones entre el espíritu y la materia, habremos agotado en nosotros todo valor, toda fuerza, toda fe y toda esperanza. La fuerza moral en nuestros comienzos la habíamos encontrado tan solo en la fe inmutable, que, siguiendo las leyes de la armonía original de la vida. La subordinación de la materia al espíritu, nos ha permitido vencer las adversidades y triunfar sobre las fuerzas satánicas, coaligadas con el fin de destruirnos.

LA RAZÓN

Otra característica de nuestro comienzo, además de la falta de dinero, ha sido la falta de programa. No hemos tenido ningún programa. Este hecho hará nacer un gran interrogante:

¿Organización política sin ningún programa dictado por la razón y elaborado por un hombre o por varios hombres?

Pero no nos habíamos reunido porque pensásemos de la misma manera, sino porque sentíamos de la misma manera; no teníamos el mismo modo de pensar, sino la misma estructura espiritual.

Esto significaba que la estatua de otra diosa, la Razón, sería destrozada. Lo que el mundo había levantado contra Dios, nosotros, sin derribarlo ni despreciarlo, lo volvíamos a su verdadero sitio: al servicio de Dios y del sentido de la vida.

Si no teníamos, por consiguiente, ni dinero ni programa, teníamos, en cambio, a Dios en el alma, y Él nos inspiraba la fuerza invencible de la fe.

CONTRA LA VILEZA

Nuestra aparición fue saludada por un huracán de odio y de ironía. Los dos grupos de la Liga rompieron sus relaciones con nosotros. Los estudiantes de Iasi nos abandonaron y los insultos de los cucistas, dirigidos antes contra los «Estatutarios», se habían de dirigir de ahora en adelante contra nuestros corazones, agudos como flechas. Ningún dolor por las heridas; pero ¡Cuánto desasosiego por lo que descubrimos en los hombres! Debían atendernos, recompensarnos, honrarnos por todo lo que habíamos hecho, sufriendo las más grandes ofensas. No nos ha dolido solamente el odio, sino que hemos visto al desnudo la falta de carácter y la incorreción espiritual. Pronto debíamos ser considerados «explotadores de la idea nacional» por intereses personales. No hubiéramos jamás creído que los que un año antes se golpeaban el pecho, pidiendo una compensación por sus pretendidos sufrimientos, habían de tener ahora el valor de lanzarnos a la cara semejante insulto.

Pronto se había de decir que nosotros «nos habíamos vendido a los judíos»; se habían de escribir artículos llenos de insultos y la gente nos volvería la espalda.

Los insultos que los enemigos no habían jamás osado dirigirnos por miedo, ahora nos los dirigían los amigos sin pudor y sin temor. Pero si nosotros, después de haber pasado por lo que hemos pasado, y después de haber sufrido lo que hemos sufrido, fuésemos culpables de semejante infamia, la de vendernos en masa al enemigo, entonces no quedaría más que poner una carga de dinamita bajo nuestra raza y hacerla saltar por los aires. No merecería vivir una raza que hubiera engendrado y formado a semejantes hijos.

Pero si no es verdad, los que han inventado y divulgado semejantes acusaciones son miserables que apagan la fe de una nación en su porvenir y en su destino, y para estos ningún castigo será suficiente.

¿Qué confianza puede tener esta raza en su victoria y en su porvenir si, en lo más fuerte de la difícil lucha que soporta ella, nosotros, los hijos que ha levantado en sus brazos poniendo en ellos las más santas esperanzas, la hemos vendido?

Dejo aquellos días al recuerdo de quien los ha vivido. A mis compañeros de entonces, testigos de aquellas horas, les digo: no tened miedo de estos pigmeos, porque quien tiene semejante alma jamás puede triunfar.

Los veréis un día caídos a vuestros pies. No los perdonéis, porque no lo harán por la conciencia del pecado cometido, sino por vileza. Y ahora, aunque se desencadenasen sobre nosotros los infiernos con todos sus espíritus malignos, firmes en nuestra posición: los venceremos.

Hasta entonces habíamos visto la fiera que hay en el hombre; ahora vemos la vileza que encierra su pecho. Guardaos vosotros y los hijos de hoy y de mañana de la raza rumana y de todas las razas del mundo de este pecado espantoso: la villanía.

Toda la inteligencia, todo el estudio, todo el talento, toda la educación, no nos servirán para nada si somos viles. Enseñad a vuestros hijos a no emplear jamás la vileza ni ante el enemigo ni ante el más grande enemigo, porque no vencerá, y, más que derrotado, será aplastado. Ni siquiera contra el villano y sus armas viles debe usarse la villanía, porque, si se vence, no habrá más que un cambio de personas; pero la villanía continuará

subsistente. La vileza del vencido será sustituida por la vileza del vendedor; pero, en sustancia, la misma vileza dominará en el mundo. Las tinieblas de la vileza no pueden ser desvanecidas por otras vilezas, sino tan solo por la luz que emana del alma del héroe, llena de carácter y de honor. Y, sin embargo, a pesar de este desencadenamiento de odios y de infamias, vinieron a nosotros desde el primer día, como a una fuente de esperanzas, Hristache Solomon, el hombre de alta oratoria y de gran honor; los ingenieros Clime y Blanaru, el abogado Mille Lefter, Andrei C. Ionescu, Alexandru Ventonic, Dumitru Ifrim, Costanchescu, Ion Butnaru, el archidiácono Isihie Antohie, etc.

Todos los mejores, antiguos campeones de la Liga, me hacían ahora la impresión de náufragos cuya nave se hubiera hundido en alta mar, que llegaban cansados y descompuestos a nuestra pequeña isla para encontrar en ella la calma de las almas y la confianza en el mañana.

El general Macridescu nos dijo: «Aunque viejo, iré con vosotros y os ayudaré con una sola condición: que no tendáis la mano a los hombres carentes de honor, porque esto me disgustaría enormemente y me haría perder todas las ilusiones».

El profesor Gavanescul comenzó a interesarse por nosotros y por lo que hacíamos.

PRIMEROS ALBORES DE VIDA LEGIONARIA

Cuatro eran las líneas directivas de nuestra pequeña vida inicial:

1° La fe en Dios.

Todos creemos en Dios; no existe ningún ateo entre nosotros. Cuanto más solos y rodeados de enemigos nos encontrábamos, más se elevaba nuestro pensamiento a Dios, hacia nuestra raza y hacia nuestros muertos.

Esto nos daba una fuerza invencible y una luminosa serenidad frente a todo.

2° La Confianza en nuestra misión.

Nadie podía imaginar nuestra más pequeña posibilidad de victoria. Éramos tan pocos, tan jóvenes, tan odiados y tan perseguidos por todos, que cualquier argumento, atendiendo al estado de hechos, se volvía contra las

perspectivas de nuestro triunfo. Sin embargo, seguimos adelante gracias a la confianza en nuestra misión, a la confianza ilimitada en nuestra estrella y en nuestra raza.

3° El amor entre nosotros.

Con algunos, conocidos en época anterior, teníamos fuertes lazos espirituales; otros, por el contrario, eran muchachos, estudiantes del primero y segundo año, a los que no habíamos visto ni tratado. Pero inmediatamente se estableció entre nosotros un lazo de afecto, como si fuéramos una misma familia y como si nos hubiéramos conocido desde pequeños. Era preciso un equilibrio interior para poder resistir. El amor íntimo debe tener la misma intensidad y la misma fuerza que la presión y la inmensidad del odio exterior. Nuestra vida en aquel «nido» no era vida oficial y fría; con distancias de jefes a soldados, con declaraciones retóricas y aires de superioridad. Nuestro «nido» era caliente, y nuestras relaciones, absolutamente familiares. No se entraba como en un frío cuartel, sino como en la propia casa, como en la propia familia, y no se iba solo para recibir órdenes: aquí se encontraba un rayo de afecto, una hora de calma espiritual, una palabra de aliento, una ayuda en la desgracia y en la necesidad.

Al legionario no se le pedía tanto la disciplina, en el sentido de cuartel, como la buena fe, la buena voluntad, la devoción y el celo en el trabajo.

4° El canto.

Como no seguíamos el camino de la raza fijando programas, sosteniendo discusiones contradictorias, argumentaciones filosóficas, conferencias, la única posibilidad de manifestar nuestro estado interior era el canto, y catábamos las canciones en que nuestro sentimiento encontraba lenitivo.

«Pe o-stanca neagra» («Sobre una roca negra»), el canto de Esteban el Grande, cuya melodía parece que se ha conservado desde su tiempo de generación en generación. Se dice que al acorde de esta melodía entró Esteban triunfador en su ciudadela de Suceava, hace quinientos años. Cantándola, sentíamos revivir aquellos tiempos de grandeza y de gloria rumanas, volvíamos a la historia de hace quinientos años y vivíamos algunos instantes en contacto con los antiguos soldados, los arqueros de Esteban, y con él mismo.

Había otros: «Ca un glob de aur» («Como un globo de oro»), el canto de Mihail Viteazul; el canto de Avram Iancu; «Sa sune iarasi goarna» («Suenen

de nuevo las cornetas»); el canto de la Escuela Militar de Infantería de 1917, «Sculati Romeni» («Despertad, rumanos»), compuesto por Justin Iliescu e Istrati, que elegimos como himno de la Legión, etc.

* * *

Para poder cantar es necesario un especial estado de ánimo, una armonía en nuestra alma. Quien va a robar, no puede cantar, y tampoco puede hacerlo quien va a cometer una injusticia y tiene el alma enrojecida por las pasiones y por el odio hacia su camarada o se encuentra carente de fe.

Por esto vosotros, legionarios de hoy y de mañana, siempre que tengáis necesidad de orientaros en el espíritu legionario, volved a estos cuatro puntos iniciales, que se encuentran en la base de nuestra vida. Y el canto os guiará. Si no podéis cantar, estad seguros de que hay una enfermedad que os roe en lo profundo de vuestro espíritu o que el tiempo ha manchado de pecado la pureza de vuestra alma; y si no podéis purgaros, apartaos a un lado y dejad vuestro puesto a quienes puedan cantar.

Viviendo según estas orientaciones empezamos a actuar desde los primeros días y elegimos los jefes que recibieran y dieran las órdenes.

No iniciamos nuestra actividad con obras grandiosas; a medida que se nos presentaban los problemas, los resolvíamos.

Ante todo se pensó en arreglar la habitación del «Camin», en la cual se encontraba el icono de San Miguel Arcángel. La blanqueamos y limpiamos el pavimento. Las legionarias cosieron los visillos, y los legionarios escribieron diversas máximas, recogidas por mí y tomadas de la Sagrada Escritura o de otros escritos. Con ellas adornamos las paredes.

He aquí una parte:

Dios nos llevará en su carro de triunfo...
Quien no tenga espada, que venda su chaqueta y se la compre.
Combatid con valor por la fe.
Guardaos de los apetitos de la carne, que mata el alma.
Sed diligentes.
No expulses al héroe que hay en ti.
Hermanos para lo bueno y para lo malo.
Quien sabe morir, jamás será esclavo.

Espero la resurrección de mi patria y la destrucción de las hordas de mercaderes.

Al cabo de una semana, nuestra sede estaba en orden. Adoptamos entonces una segunda medida de naturaleza diferente: nuestra actitud frente a los ataques exteriores. No respondíamos. Era una cosa difícil para todos, una verdadera desgarradura; pero eran tiempos del heroísmo de la paciencia.

Otras medidas: Nadie debe intentar convencer a otro para que se haga legionario. Tirar a la gente de las ropas e ir a la caza de miembros no me ha gustado jamás. El sistema es y ha permanecido contrario hasta el día de hoy al espíritu legionario. Habíamos establecido nuestros puntos de vista, y basta. Quien quiera, que venga, y entrará, si es admitido.

¿Pero quién venía? Venían hombres de nuestra misma esencia espiritual. ¿Muchos? Muy pocos. En Iasi, después de un año, eran dos o tres más que el primer día. En el resto del país, sin embargo, eran muchos más y se inscribían a mediad que tenían conocimiento de nuestra existencia.

Todos los que vienen a nosotros poseen dos características bien claras:

Una, corrección espiritual; otra, falta de interés personal. En nosotros no había nada que ganar, no había ninguna perspectiva rosada, y todos debían dar, solamente dar: amor, bienes, vida, capacidad de amor y de fe.

Y si entre nosotros penetra un individuo incorrecto o interesado, no puede continuar, porque no encontrando un ambiente adecuado, sale automáticamente después de un mes, de un año, de dos o de tres, retirándose, desertando o traicionando.

NUESTRO PROGRAMA

Este «nido» de jóvenes era la iniciación de la vida legionaria, era la primera piedra de sus cimientos que era preciso colocar sobre tierra sana.

Por esto no dije: «¡Vamos a conquistar Rumania! Andad por las aldeas y por las ciudades y gritad: ¡Se ha constituido una nueva organización política, inscribíos todos en ella!».

No hice un nuevo programa político al lado de los otros diez existentes en Rumania, todos perfectos en la conciencia de sus autores y de sus

partidarios, y no envié a los legionarios a lanzarlo por todas partes llamando a los hombres para que se asociasen para salvar al país. Desde este punto de vista nos diferenciamos de todas las demás organizaciones políticas, incluido el cucismo.

Todos creen que el país muere por falta de buenos programas, y por esto cada uno crea un programa perfectamente condensado y va con él a reunir a los hombres. Por esto todos preguntan:

¿Qué programa tienes?

El país muere por falta de hombres, no por falta de programas. Este es nuestro parecer. Y por esto no debemos crear programas, sino hombres, hombres nuevos. Porque los hombres, tal y como son hoy, educados por los politicastros e infectados por la influencia judía, comprometerían incluso el más espléndido programa.

Esa especie de hombres, que vive hoy en la política rumana, la he encontrado ya en la historia; bajo su dominio han muerto las naciones y se han destruido los Estados.

El mayor mal que nos han hecho los judíos y los políticos, el mayor peligro nacional a que nos han expuesto, no consiste ni en el acaparamiento de las riquezas del suelo y del subsuelo rumano, ni en la trágica destrucción de la clase media rumana, ni siquiera en el gran número de ellos que se encuentran en las escuelas, en las profesiones liberales, etc., o en la influencia que ejercen sobre nuestra vida política, si bien cada uno de estos es un peligro mortal para la raza.

El mayor peligro nacional está en habar deformado, en haber desfigurado nuestra estructura de raza dando vida a otro tipo de hombre, aborto moral: el politicastro, que no tiene nada de la nobleza de nuestra raza, que nos deshonra y que nos mata.

Si este tipo continúa guiando nuestro país, la raza rumana cerrará los ojos para siempre y Rumania se hundirá, a pesar de todos los deslumbrantes programas con los que la astucia de los degenerados intentará seguir atontando a las multitudes miserables. Entre todos los males que nos ha producido la invasión judía, este es el más espantoso.

Todos los pueblos con los cuales hemos estado en contacto y hemos combatido los rumanos, desde la invasión de los bárbaros hasta hoy, nos han atacado por el lado material, físico y político; pero han dejado intacta la

naturaleza moral, de la cual, antes o después, ha surgido nuestra victoria, la liberación del yugo extranjero, aunque se hubiesen establecido en gran número sobre nuestra tierra, nos hubieran tomado nuestras riquezas y nos hubieran dominado incluso políticamente.

Es esta la primera vez en nuestra historia, y por eso nos sentimos desarmados y nos damos por vencidos, que los rumanos encuentran una raza que no les ataca con el poder, sino con las armas propias de la raza judía, que hiere y paraliza ante todo el instinto moral de la raza difundiendo de una manera sistemática todas las enfermedades morales y destruyendo así cualquier posibilidad de reacción.

Por esto la piedra angular de la que parte la Legión es, no el programa político, sino el hombre; la reforma del hombre, no la reforma de los programas políticos. «La Legión del Arcángel San Miguel» será, por consiguiente, más una escuela y un ejército que un partido político.

El pueblo rumano en estos días no tiene necesidad de un gran hombre político, como erróneamente se cree, sino de un gran educador, de un condotiero que venza las fuerzas del mal y aplaste las gusaneras de los mercaderes. Pero para conseguir esto deberá ante todo vencer al mismo mal que se encuentra en él y en todos los suyos.

De esta escuela legionaria saldrá un hombre nuevo, un hombre con las cualidades de héroe, un gigante de nuestras historias, que sepa combatir y vencer a todos los enemigos de la Patria. Y su lucha y su victoria deberán extenderse aún más allá, sobre los enemigos invisibles, sobre las fuerzas del mal.

Todo lo que nuestra mente puede imaginar como más bello, espiritualmente hablando; todo lo que nuestra raza puede producir más orgulloso, más alto, más justo, más fuerte, más sabio, más puro, más laborioso y más heroico, es lo que debe producir la escuela legionaria. Un hombre en el cual se encuentren desarrolladas al máximo todas las posibilidades de grandeza humana que se encuentran sembradas por Dios en la sangre de nuestra raza.

Este héroe, este legionario del heroísmo, del trabajo, de la justicia, con la fuerza que Dios ha dado a su alma, guiará a nuestra raza por el camino de la gloria.

* * *

Un nuevo partido político, aunque sea cucista, no puede dar más que un nuevo Gobierno y una nueva manera de gobernar; una escuela legionaria, por el contrario, puede dar a este país un gran tipo de rumano. Puede salir de ella alguno tan grande que divida en dos nuestra historia y marque el comienzo de otra historia rumana a la que este pueblo tiene derecho por sus sufrimientos y su paciencia milenaria, como también por la pureza y nobleza de su alma; porque es quizá el único pueblo del mundo que en toda su historia no ha cometido el pecado de subyugar, de pisotear y de perseguir a otro pueblo.

Crearemos un ambiente espiritual, un ambiente moral, en el que nazca, en el que crezca y del que se nutra el hombre héroe.

Es preciso aislar este ambiente del resto del mundo con barreras espirituales tan altas, como sea posible. Es necesario defenderlo de todos los peligrosos vientos de la villanía, de la corrupción, de la disolución, de todas las pasiones en suma, que sepultan a la nación y matan al individuo.

Después que el legionario se haya desarrollado en semejante ambiente, en el «nido», entre camaradas de trabajo, en la organización y en la familia, será enviado al mundo a vivir, para que aprenda a ser correcto; a combatir, para que aprenda a ser fuerte y valeroso; a trabajar, para que se habitúe a ser laborioso, amante de los que trabajan; a sufrir, para que se temple; a sacrificarse para que se habitúe a sobrepasar su propia persona sirviendo a la raza.

Dondequiera que vaya, creará un ambiente nuevo de la misma naturaleza; será un ejemplo, hará otros legionarios. Y la gente, en busca de días mejores, lo seguirá.

Los que vayan llegando es preciso que vivan en el respeto a las mismas normas de vida legionaria. Todos juntos, en un mismo ejército, serán una fuerza que luchará y vencerá.

Esta será la «Legión de San Miguel Arcángel».

ASPECTOS DE LA VIDA PÚBLICA RUMANA

En las líneas que siguen presentaré el aspecto general de nuestra vida pública, en la cual y contra la cual ha adquirido vigor la organización «San Miguel Arcángel».

El Gobierno Averescu había caído hacía un mes. El 7 de julio de 1927 subieron al Poder los liberales. Hicieron nuevas elecciones, y, como de costumbre, el Gobierno logró las mayorías. Pero era preciso que venciesen con cualquier medio la gran corriente popular que se había formado en torno del partido nacional campesino. La infeliz masa del pueblo rumano corrió de un partido a otro, de una a otra promesa, aferrándose a cada uno con su fe secular, con las más puras esperanzas; pero vuelve engañada y amargada, con todas sus esperanzas derruidas, hasta el día en que comprenda que ha caído en manos de una banda que solo atiende a la ganancia y al botín.

Había tres partidos mayores: el liberal, el averescano y el nacional campesino. Junto a ellos, otros menores.

En el fondo no existía entre ellos ninguna diferencia; tan solo las formas y los intereses personales los distinguían. Era siempre una misma cosa bajo formas diversas. No tenían ni siquiera la justificación de la diversidad de opiniones.

Su único impulso espiritual era la religión del interés personal, por encima de cualquier desventura del país y de cualquier interés de la raza.

Por esto era desagradable el espectáculo de las luchas políticas. La carrera del dinero, de las posiciones, de los sueldos, de los placeres y del botín, ponían una nota feroz en aquellas luchas. Los partidos aparecían como verdaderas bandas organizadas, hostiles unas a otras, que se devoraban y combatían por el botín.

Solamente la lucha por la raza o por cualquier ideal que sobrepase el interés, el egoísmo y los apetitos personales, es blanda, educada y no desencadena las pasiones; en ella puede haber entusiasmo, pero no apasionamiento ciego y bajo.

El odio y la bajeza de estas luchas podía ser una prueba suficiente de que no tendían a un ideal alto y santo, sino a los más bajos y vergonzosos intereses personales.

El mundo de los politicastros vive en el lujo, entre diversiones escandalosas, en la más desagradable inmoralidad, sobre las espaldas de un país cada vez más desmoralizado. ¿Quién se ocupará de sus necesidades?

Estos politicastros, con sus familias y sus agentes, tienen necesidad de dinero: dinero para las diversiones, para mantener la clientela política, para los votos y para comprar conciencias humanas. Por turno, sus hordas se precipitarán y despojarán al país. Esto significará, en último extremo, su gobierno y su obra de gobierno. Agotarán el presupuesto del Estado, de las Prefecturas, de los Municipios; se plantarán como garrapatas en los Consejos de Administración de todas las empresas, de las que recibirán porcentajes de decenas de millones sin hacer ningún trabajo, sustrayéndolo del sudor y de la sangre de los trabajadores agotados.

Estarán encuadrados en los Consejos de los banqueros judíos, de los que recibirán más millones y decenas de millones, como precio de la raza vendida por ellos.

Crearán negocios escandalosos que asombrarán al mundo; la corrupción se extenderá a la vida pública del país como una plaga, desde el ínfimo criado hasta los ministros. Se venderán a cualquiera; cualquiera que tenga dinero podrá comprar a estos monstruos, y a través de ellos, a todo el país.

Por esto, cuando el país agotado no pueda darles dinero, cederán a los consorcios de banqueros extranjeros, un poco cada vez, las riquezas de la tierra, y con ella también nuestra independencia nacional.

Una verdadera plétora de hombres de negocios se extenderá como una red sobre toda Rumania; no trabajarán, no producirán nada, pero absorberán el vigor del país. Esta es la plaga de los politicastros.

Abajo crecerá la miseria, la desmoralización y la desesperación. Morirán los niños por decenas de millares, agotados por la enfermedad y la miseria, y se debilitará la fuerza de resistencia de la raza en la lucha que sostiene por sí sola contra el pueblo judío organizado y sostenido por los políticos extranjeros y por todo el aparato estatal.

Los pocos políticos honestos, algunas decenas, quizá jefes de partido, no podrán hacer nada. Serán pobres marionetas en manos de la prensa judía, de los banqueros judíos o extranjeros o de los mismos politicastros.

Esta desmoralización, esta infección, será sostenida por toda una falange judía interesada en destruirnos para ocupar nuestros puestos en este país y

robarnos sus riquezas. Con su prensa, que ha usurpado las funciones de la prensa rumana, con centenares de hojas inmundas, con una literatura tea e inmoral, con cines y teatros que provocan la disolución, con los bancos, los judíos habrán llegado a ser los amos de nuestro país.

¿Quién puede oponerse? Hoy, cuando están preparando el desastre y su aparición es la señal de nuestra muerte nacional, ¿quién se les opondrá?

* * *

El movimiento nacional estaba abatido.

En estas elecciones la Liga había perdido setenta mil votos, obteniendo tan solo cincuenta mil, menos del 2 por 100 del país. De los diez diputados que tenía nates, ahora no tenía ninguno.

Llegará el día en que el legionario sabrá situarse frente a este monstruo y disponerse a luchar contra él con sus propias fuerzas, a vida o a muerte.

PENSAMIENTOS FRENTE A ESTE MUNDO

Lo exiguo de nuestro número frente a la fuerza gigantesca que lo dominaba todo, había que frecuentemente nos dirigiéramos preguntas como esta:

¿Seremos puestos fuera de la ley? Si estas hidras se dan cuenta de lo que preparamos, pondrán toda clase de obstáculos en nuestro camino y tratarán de aplastarnos.

Sus ojos están fijos en nosotros. Pueden provocarnos. Ya una vez hemos iniciado nuestra obra, silenciosos y tranquilos, en Ungheni, y hemos sido provocados y arrastrados al borde del precipicio con todos nuestros planes.

¿Qué hacemos si nos provocan? ¿Sacaremos de nuevo las pistolas y dispararemos para que después nuestros huesos se pudran en la prisión y sean destruidos nuestros planes?

Frente a tal perspectiva surgió el pensamiento de retirarnos a los montes, a los lugares donde los rumanos han sostenido sus luchas contra todas las invasiones enemigas.

La montaña está muy ligada a nosotros, a nuestra vida, y nos conoce. Antes que nuestros cuerpos se consuman y se agote nuestra sangre en tétricas prisiones, es preferible morir en los montes por nuestra fe.

Rechazábamos la humillación de vernos de nuevo encarcelados. Desde allí habríamos atacado a todos los avisperos judíos. Arriba, en lo alto, hubiéramos defendido la vida de los árboles y de los montes del exterminio. Abajo, en el llano, habríamos llevado muerte y piedad. Se nos buscaría para matarnos, pero huiríamos y nos esconderíamos. Habríamos combatido, y al final seríamos vencidos nosotros pocos, perseguidos por batallones y regimientos rumanos.

Entonces habríamos aceptado la muerte. Correría nuestra sangre, la sangre de todos, y éste sería el gran discurso, el último que dirigiríamos al pueblo rumano.

* * *

Llamé a Motza, Garneatza, Corneliu Georgescu y Radu Mironovici y les comuniqué este pensamiento. Era preciso pensar en los días buenos y en los malos. Era preciso tener dispuestas las soluciones y estar preparados para todo. No debía sorprendernos nada. Caminaríamos en la línea de las leyes del país, evitando cualquier provocación y no respondiendo a ninguna. Cuando ya no pudiéramos soportar más y cuando obstáculos insuperables nos cerrasen el camino, entonces nos dirigiríamos a las montañas.

No era oportuno intentar revueltas de masas, porque hubieran sido destruidas por el cañón y de ellas hubieran derivado tan solo aflicciones y dolor. Era preciso, por el contrario, trabajar solos, en número reducido, bajo nuestra entera responsabilidad.

Todos estuvieron de acuerdo.

Es imposible —decían— que nuestra sangre no rescate las culpas de esta estirpe. Es imposible que nuestro sacrificio no sea comprendido por los rumanos, no sacuda su alma y su conciencia y no sea el punto de partida, la iniciación de la resurrección del mundo rumano.

Nuestra muerte podría así ser más útil a la raza que todos los vanos esfuerzos de nuestra vida entera. Pero tampoco los politicastros, después de

habernos matado, permanecerían sin castigo. Había todavía otros en nuestras filas que nos vengarían. No pudiendo vencer vivos, venderíamos muriendo.

Se vivía, por consiguiente, con el pensamiento y con la resolución de la muerte. Teníamos la solución segura de la victoria por todas las circunstancias. Ella nos daba calma, nos daba fuerzas, nos habría hecho sonreír frente a cualquier enemigo y frente a cualquier intento de destrucción.

LAS ETAPAS DEL DESARROLLO DE LA LEGIÓN

Habíamos nacido el 24 de junio; algunos días después nos habíamos hecho la sede, y ahora sentíamos la necesidad de un periódico para extender el ámbito de nuestra influencia y para formular en él las normas de vida y dirigir la actividad.

¿Qué nombre le daríamos? ¿«La nueva generación»? No me gustaba, era una definición. Nos definía a nosotros frente a la otra generación, pero no era suficiente.

«Pamantul Stramosesc» (La tierra heredada). Esto es mejor. Esto nos radicaría en la tierra del país, en la tierra en que duermen los antepasados, en la tierra que debe ser defendida. Este título calaba hondo. Sería, más que una definición, una llamada permanente, la llamada a la lucha, al heroísmo, la estrella de las cualidades bélicas de nuestra raza.

Junto a las líneas de conducta a las que nos referimos algunas páginas antes, este título trazaba una más en la estructura espiritual del legionario: el heroísmo. Sin esto, el hombre es incompleto. Porque si fuese solamente justo, correcto, amable, fiel, laborioso y no tuviera cualidades heroicas, con ayuda de las cuales debía luchar contra los enemigos injustos, infieles, adustos e incorrectos, moriría desbordado por estos.

Habíamos así fijado los confines de nuestro movimiento con una extremidad clavada en la tierra de la Patria y la otra en el cielo: «Arcángel San Miguel» y «Tierra heredada».

Pero un periódico cuesta dinero, y nosotros no teníamos. ¿Qué hacer? Escribimos al reverendo Motza para que nos lo imprimiese a crédito en la vieja tipografía de *«Libertatea»*, de Orastie. Nos contestó afirmativamente. El

reverendo imprimiría el periódico y nosotros pagaríamos con las suscripciones y con la venta.

El 1° de agosto de 1927 apareció el primer número de *«Pamantul Stramosesc»* con formato de revista quincenal; en la cubierta, en el centro, estaba la imagen de San Miguel Arcángel, y a la izquierda de la imagen estaban escritas las siguientes palabras, que se encuentran en el icono del arcángel en la iglesia de la Coronación de Alba Iulia:

«Contra las almas impuras que vienen a la inmaculada casa de Dios, sin piedad esgrimo mi espada».

A la derecha, una estrofa de la poesía de Cosbuc[44].

Decebal catre popor.
Din zei de am fi scoboritori,
Co moarte tot suntem datori,
Tot una a dac'ai murit
Flacau sau mes ingabovit.
Dar nu I tot una leu sa mori
Ori caine inlantuit.

(Decébalo al pueblo. Aunque fuésemos descendientes de dioses, deberíamos igualmente morir. Es lo mismo morir joven o viejo encorvado, pero no es lo mismo morir como un león o como un perro encadenado).

Debajo estaba el mapa de la tierra rumana, en el cual puntos negros señalaban la medida de la invasión judía.

EL CONTENIDO DEL PRIMER NÚMERO

El primer artículo, titulado *«Pamantul Stramosesc»*, se ocupaba de la situación del movimiento nacional después del conflicto de la Liga y trataba de justificar nuestra línea de conducta. Terminaba con la observación «cara

[44] Gheorghe Cosbuc (1866 – 1918). Uno de los más grandes poetas rumanos. Su mejor obra está inspirada en la vida del campesino rumano.

al enemigo». Estaba firmado por Corneliu Zelea Codreanu, Ion Motza, Ilie Garneatza, Corneliu Georgescu, Radu Mironovici.

El segundo artículo estaba firmado por mí y se titulaba «Venid, es nuestra hora». Era una continuación de los pensamientos del primer artículo.

El tercero estaba firmado por Ion Suva, un joven de talento que había participado en muchas luchas del movimiento estudiantil al lado de nuestro grupo sin ser legionario. El título, «El resultado de las elecciones».

Seguían después algunas expresiones de vivo recuerdo por el Rey Fernando, que había muerto en aquellos días. Sobre la fotografía, orlada de negro, estaba el título: «Ha muerto nuestro Rey».

Luego siguió el artículo de Mota «Ante la imagen» que reproduzco aquí en parte:

Ante la imagen

«Es desde el Icono y el Altar que partimos, Luego vagamos por un tiempo arrastrados por las olas humanas y no llegamos a ninguna orilla a pesar de la pureza de nuestros impulsos. Ahora, con el corazón apesadumbrado, disperso, desgarrado, nos reunimos en el refugio, a nuestro único calor y consuelo, fuerza y confort, dador de poder, a los pies de Jesucristo, en el umbral del brillo cegador del cielo, en el Icono. No nos hemos dedicado a la política, ni un solo día de nuestra vida, jamás. Tenemos una religión, somos esclavos de una fe. Nos consumimos en su fuego y, totalmente sometidos a él, la servimos hasta el límite de nuestras fuerzas. No hay derrota ni desarme para nosotros mismos, pues el poder cuyas herramientas queremos ser, es eternamente invencible.

No podemos por el momento discutir en detalle las causas de la caída de la vieja Liga. Sólo hay que decir que, en estos momentos de nueva creación, queremos afirmar clara y decididamente, para imprimir el carácter del nuevo sistema que nace: “Luz de luz.....”».

El artículo continúa dando algunas pinceladas sobre la nueva organización, terminando con una expresión de fe en la victoria.

Luego otro artículo de Corneliu Georgescu:

Encended las llamas de la fe

«Las antiguas crónicas cuentan que, en tiempos pasados, los dioses habían enviado una difícil prueba a la antigua Hélade por sus pecados. Desde los páramos de Asia, grandes ejércitos cien veces más fuertes que los griegos se abalanzaron como una tempestad sobre las llanuras del país, asolando sus campos, demoliendo sus ciudades, devastando sus templos y destrozando sus ejércitos que, aunque valientes, eran demasiado pequeños en número para oponerse con éxito. Sin encontrar más resistencia, los victoriosos medos penetraron en el corazón de Grecia, en Delfos, donde se encuentra el templo más famoso de Apolo. Los sacerdotes del templo temblaban de miedo porque pronto el enemigo podría profanar el templo sagrado. Sólo el gran sacerdote no tenía miedo. Lleno de confianza en el poder divino, se dirigió a sus compañeros sacerdotes y dijo... "No temáis, Dios no necesita ejércitos. Él mismo nos defenderá".

Y el gran sacerdote y todos los demás se pusieron a rezar y su oración logró milagros. En cuanto los confiados ejércitos de los persas se acercaron a tiro de piedra del templo, el monte Parnaso se estremeció y rodó rocas por sus laderas con un estruendo ensordecedor sobre el enemigo, aplastándolo. Los relámpagos que bajaron como de la nada, completaron su ruina, de modo que del gran ejército de apenas un momento antes, apenas quedaron unos pocos para contar este milagro celestial... "¡Luchadores! Encended de nuevo en vuestras almas la antorcha de la fe en que la victoria y el triunfo serán nuestros"».

* * *

A continuación, una carta de Radu Mironovici a uno de sus hermanos en el pueblo de vuelta a casa. Sabiendo que está desanimado le dice:

«Ciertamente, podemos estar tristes y apenados, pero hay un derecho que no tenemos, el de perder el valor y deponer el arma».

Tras lo cual explica la desunión en la Liga y la fundación de la Legión, así: «Nuestra casa, que todos construimos con nuestro propio sudor, que era nuestro refugio, se ha quemado... Sólo quedan algunas paredes ennegrecidas por el humo como doloroso recuerdo de la pequeña y vieja casa. ¿Qué

quieren que hagamos ahora? ¿Rebelarnos contra Dios? Eso no puede ser, porque “el Señor da, el Señor quita, bendito sea el nombre del Señor”.

¿Debemos cruzar los brazos y perecer en la miseria, el frío, la lluvia y el viento? No. Sino que, con fe en Dios, empezaremos a trabajar y, poco a poco, construiremos para nosotros un nuevo hogar doblemente bello. Aquí está, "la Legión", de la que hemos puesto la primera piedra».

Al que seguía el de Garneatza:

Discordia entre hermanos, alegría del enemigo

«Con el corazón lleno de disgusto, tomo la pluma en la mano para compartir con los demás el torrente de los pensamientos inquietantes que nos envuelven ante nuestros últimos problemas... La disputa entre hermanos y los desacuerdos entre dirigentes se han hecho tan evidentes que ya no podemos ocultarlos. Sus consecuencias probablemente van a desanimar a muchos, y el desánimo de quienes depositaron su confianza en la Liga, es ciertamente un paso atrás, un paso hacia la derrota. Esto es tan obvio, porque en ningún momento de la historia se demostró que la desunión condujera a otra cosa que a la desgracia, al desastre.... Sabremos caminar por el camino que elegimos hace siete años, y con la misma determinación. Nuestros huesos, acostumbrados a la dureza de los días de prisión y a la miseria, se sentirán bien en los campos de batalla, en la posición contra el adversario. Que los judíos, que hoy se regocijan creyendo que ha llegado la hora de su dominio, sepan que hay un rincón en este país donde, a cualquier hora del día o de la noche, hay una tropa vigilando, cara al enemigo».

El número terminaba con algunas informaciones y con un artículo del ingeniero Gheorghe Clime, ex vicepresidente de la L.D.N.C., de Moldavia, «Sueños, esperanzas, realidades», del cual reproduzco el final:

«¿Qué necesitamos para llegar a esta meta?

Un ejército que combata conducido por un jefe inteligente, rodeado de ayudantes devotos. En esta cuestión, por lo que me respecta, aunque mucho más viejo, sigo al grupo de acción del joven Corneliu Zelea Codreanu, Ion Motza...

Ciertamente es necesaria la colaboración de muchos, de todos los que hoy, perdidos, forman grupos desmoralizados.

En este respecto, si existe alguien, en cualquier rincón de Rumania, que haya iniciado una suscripción, autorizada o no, que me inscriba también a mí para lo que puedo dar: la vida».

PAMANTUL STRAMOSESC N° 2

Salió el 15 de agosto. En el primer artículo, titulado la «Legión de San Miguel Arcángel», intentaba formular en pocas palabras las primeras normas éticas de vida legionaria que debemos respetar severamente, afirmar, y en torno a las cuales se reunirán todos los que las aprecien. Quienquiera que viniese, quienquiera que creciese entre nosotros, debería crecer respetándolas.

Reproduzco de este artículo estatuto las ideas por orden en que entonces las escribí:

1° Pureza espiritual.

2° Desinterés en la lucha.

3° Arrojo.

4° (Bajo un solo número). Fe, trabajo, orden jerarquía, disciplina.

5° La Legión estimulará la energía y la fuerza moral de la raza, sin la cual no puede existir la victoria.

6° Justicia. (La Legión, escuela de justicia y de la energía que debe hacerla triunfar).

7° ¡Hechos no palabras! ¡Haz, no hables!

8° Al final de este aprendizaje se encuentra una Rumania nueva y la resurrección tan esperada por esta raza rumana, meta de todos los esfuerzos, de todos los dolores y de todos los sacrificios que hagamos.

Quiero detenerme en algunas de ellas.

El desinterés en la lucha. La renuncia al interés personal.

Esta es otra virtud fundamental del legionario, en completa antítesis con la línea de conducta del político, cuyo único motor es el interés personal con

todos sus derivados degenerados (deseo de enriquecerse, de lujo, de disolución y de vanidad).

Por esto, queridos camaradas, de ahora en adelante sabed que cuando veáis aparecer, sea en el alma de uno de los luchadores, sea en la vuestra, este interés personal, allí habrá dejado de existir la Legión. Allí termina la Legión y empieza a enseñar sus orejas el político.

Mirad en los ojos a quienes se os acerquen, y si veis brillar en ellos un pequeño interés personal, sea material, ambición, pasión o soberbia, sabed que ese no puede ser legionario.

Ni vestir la camisa verde ni hacer el saludo son suficientes para llegar a ser legionario. Ni siquiera la comprensión racional del movimiento legionario, sino tan solo el ajustar la propia vida a las normas de la vida legionaria, porque la Legión no es solamente un sistema lógico, un grupo de silogismos, sino un «vivir». De la misma manera que no es cristiano quien conoce y comprende el Evangelio, sino quien ajusta a él su norma de vida, es decir, quien lo vive.

Disciplina y amor.

Toda la historia social de la humanidad está llena de lucha, que tiene en su base los dos grandes principios que tratan de abrirse paso uno antes que el otro: el principio de autoridad y el principio de libertad.

La autoridad ha intentado extenderse en daño de la libertad, y esta, a su vez, ha intentado limitar lo más posible el poder de la autoridad; puestas frente a frente, no pueden significar otra cosa que conflicto.

Orientar un movimiento sobre uno u otro de estos principios significa continuar la línea histórica de desórdenes y de guerra social; significa continuar, por una parte, la línea de la tiranía, de la opresión, de la injusticia, y por otra, la línea de la lucha, de la revuelta sangrienta y el conflicto permanente.

Deseo traer la atención de todos los legionarios y especialmente de los más modernos, para que por un mal entendido no desvíen la línea del movimiento. He observado, en muchos casos, que apenas un legionario ha logrado un grado, se inviste todo su ser de la «autoridad» y se separa de todo

lo que le ligaba hasta entonces, de todos los camaradas sintiéndose obligado a «imponerse» y a usar el autoritarismo.

El Movimiento legionario no se funda exclusivamente ni sobre el principio de autoridad ni sobre el de libertad. Tiene sus fundamentos en el principio del amor, en el cual tienen sus raíces tanto en la libertad como la autoridad.

El amor representa la reconciliación entre los dos principios de autoridad y libertad. El amor se encuentra en medio, entre ellos y sobre ellos, comprendiéndoselos a ambos en lo que tienen de mejor y eliminando los conflictos entre los mismos.

El amor no puede producir ni tiranía, ni presión, ni injusticia, ni revueltas sangrientas, ni guerras civiles. No puede significar conflictos. Existe también una concepción hipócrita del principio del amor, practicada por los judíos, que continuamente, sistemáticamente, apelan al amor de los demás para poder regodearse en el odio y oprimir sin molestias.

El amor aplicado significa paz en las almas, en la sociedad y en el mundo.

La paz no aparece ya como una pobre expresión de un equilibrio mecánico y frío entre los principios de autoridad y libertad condenados a la guerra eterna, es decir, a la imposibilidad de lograr un equilibrio.

La paz no nos la dará la justicia, sino solamente la bondad y el amor, porque la justicia es muy difícil que se realice íntegramente, y aunque se encontrase un aparto para su perfecta realización, es imperfecto el hombre, el cual, no pudiéndola comprender y apreciar, será un eterno descontento.

El amor es la llave de la paz que el Redentor ha dado a todas las razas del mundo. Y estas, después que lo hayan probado todo, deberán convencerse de que fuera del amor que Dios ha sembrado en las almas de los hombres, como una síntesis de todas las cualidades humanas, por medio de Jesucristo Redentor, que lo ha puesto por encima de todas las virtudes, no existe nada que pueda darnos tranquilidad y paz.

Todas las demás virtudes tienen su raíz en el amor: fe, trabajo, orden y disciplina.

¡Qué sabia y maravillosamente habla el Apóstol San Pablo! «Si yo hablase lenguas humanas y angélicas y no tengo caridad, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que tintinea. Y si tuviese profecía y entendiese todos

los misterios y toda la ciencia, y si tuviese toda la fe de tal manera que traspasase los montes y no tengo caridad, nada soy».

«Y si repartiese toda mi hacienda para dar de comer a pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado y no tengo caridad, de nada me sirve».

«La caridad es sufrida, es benigna; la caridad no tiene envidia; la caridad no hace sinrazón, no se hincha de soberbia».

«No es injuriosa, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal; no se huelga de la injusticia, antes se regocija con la verdad; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta».

«La caridad nunca deja de ser. Mas las profecías se han de acabar y cesarán las lenguas, y la ciencia ha de ser quitada». (1° Epístola a los Corintios, capítulo 13, números 1 al 8).

De aquí partió nuestro movimiento. No sé cómo exhortaron a cultivar el amor, a vosotros que mandáis y a vosotros que obedecéis. El dará posibilidades increíbles e infinitas para la solución de todos los problemas difíciles que se os presenten. Allí donde no hay amor, no hay vida legionaria. Mirad un momento esta vida legionaria y comprenderéis lo que os liga a todos, grandes y pequeños, pobres y ricos, viejos y jóvenes.

El amor no rompe, sin embargo, la obligación de ser disciplinados, de la misma manera que no quiebra la obligación de trabajar o de ser ordenados.

La disciplina es un límite que tenemos para ajustarnos a normas éticas de vida, o para justarnos a la voluntad de un jefe. En el primer caso, la practicamos para subir a la cima de la vida, y en el segundo, para obtener el éxito en la lucha: con la naturaleza y contra los enemigos.

Pueden existir hombres que se amen entre ellos como hermanos. Pero frente a una acción es posible que cada uno tenga un parecer distinto. Cien pareceres no vencerán jamás, y el amor por sí solo no les puede dar la victoria. Es necesaria la disciplina. Para vencer es necesario que cada cual haga suyo un único parecer, el del más experimentado, el del jefe.

La disciplina es la garantía de la victoria, porque asegura la unidad del esfuerzo. Hay dificultades que solo una raza unida, obediente a un solo mando, puede superar. ¿Quién es el imbécil que en semejante caso se niega a agruparse junto a los suyos, obedeciendo al mismo mando, por el motivo de que la disciplina disminuiría su personalidad? En semejante caso, cuando

la raza está amenazada y cuando la naturaleza de las causas nos impele a la lucha, a perder la vida y la familia, a lanzar por la borda el porvenir de los hijos, a renunciar a todo lo que se tiene en la tierra con tal de salvarla, es cuando menos ridículo resulta hablar de la disminución de la personalidad.

La disciplina no nos rebaja porque nos hace vencedores. Y si la victoria no se puede conquistar más que con el sacrificio, la disciplina es el más pequeño de los sacrificios que un hombre puede hacer por la victoria de su raza.

Si la disciplina es una renuncia, un sacrificio, no rebaja a nadie, porque todo sacrificio ennoblece en lugar de rebajar.

Ya que nuestra raza tiene en su camino gigantescas dificultades que superar, todo rumano debe recibir la educación en la disciplina con buen ánimo y con la conciencia de que así contribuye a la victoria de mañana. No existe victoria sin unidad, y no existe unidad sin disciplina. Por esto nuestra raza deberá condenar y considerar como acción hostil toda desviación del camino de la disciplina, como causa que compromete su victoria y su vida.

LA LUCHA POR MANTENER LA REVISTA

La lucha por mantener la revista fue una segunda etapa en el desarrollo del movimiento legionario. Faltando dinero, nuestro esfuerzo tomó el aspecto de una verdadera batalla; y «batalla» la llamamos desde el primer día.

Dos fueron los sistemas empleados: 1° Concentrar todos los esfuerzos al mismo tiempo sobre el mismo objetivo. 2° Estimular a los combatientes durante la batalla con las citaciones y recompensas concedidas.

Este sistema lo encontraréis a lo largo de toda la vida legionaria.

Tiene las siguientes ventajas:

a) La rápida realización del fin perseguido.

b) La educación en la acción unitaria, en el esfuerzo disciplinado de todos los luchadores.

c) El despertar de la conciencia en las propias fuerzas.

La confianza en sí mismo, la confianza en las propias fuerzas. El recuerdo de las derrotas económicas, especialmente de las tentativas que no lograron éxito, ha llevado al pueblo rumano a la resignación, a la falta de valor, al a

desconfianza. Es preciso despertar en él la confianza en sí mismo, sustituyendo al recuerdo doloroso una tradición de victorias.

Y finalmente, estimulando a los combatientes, podremos obtener una selección de aquéllos dotados de entusiasmo, de voluntad de trabajo; podremos obtener el núcleo seleccionado de combatientes.

* * *

Por medio de la revista apelé a todos nuestros amigos, para que del 1° de septiembre al 15 de octubre empezasen la ofensiva para obtener el mayor número posible de suscriptores. Como consecuencia de la llamada, empezó un verdadero trabajo de hormigas, en el que participaron viejos y jóvenes; campesinos e intelectuales. Algunos llegaron a hacer incluso 45 suscripciones (Constantin Ilinoiu). En el número de 1° de noviembre de 1927 se dio el resultado de esta primera batalla. He aquí lo que escribí entonces:

«El 15 de octubre, a las seis de la tarde, el número de los abonados ha llegado a 2.582. La Legión da las gracias a todo los que han cooperado a la primera victoria».

En la visita eran recordados todos los que había tomado parte en esta lucha. Ante todo, se daban las gracias al reverendo Motza por la magnífica propaganda que nos hizo en su «Libertatea». Vuelvo a dar aquí los nombres de todos tal y como estaban impresos en «La tierra heredada». Algunos de ellos no llegaron a ser legionarios y otros ya no están entre nosotros, habiendo muerto en la fe legionaria. Y doy sus nombres aquí porque fueron creyentes desde el principio.

Se enumeran en el orden en que se han distinguido:

Madre Pamfilia Ciolac (Varatec), Octav Negut (Focsani), Arhimandrita Atanasie Popescu (Balti), Hieromonah Isihie Antohi (Neamt), Mihad Tanasache, Victor Silaghi, Ion Bordeian,u, Radu Mironovici, Capitán V. Tuchel (Ivesti), Constantin Ilinoiu (Iasi), N. Grosu (Botosani), Ion Minodora (Husi), Grigorie Balaci (Movilita-Putna), Andrei C. lonescu (Barlad), Spiru Peceli (Galati), ingeniero Mihai Ittu (Bucarest), ingeniero Gh. Clime (Iasi), Ion T. Banea (Sibiu), Ilie Garneata (Iasi), Totu Nicolae (Iasi), Coman Alexandru (Gauri-Putna), Decebal Codreanu (Husi), Mihail Marinescu (Galati), Traian Lelescu (Piatra-Nearnt), Sebastian Erhan (Campul-Lung,

Bucovina), N. Tecau (América), Elena Petcu (Vaslui), Dr. Socrate Divitari (Tecuci), Ion Plesea (Orhei), P.I. Morariu (Suraia-Putna), Nanu Gavril Raileanu (Orhei), Cotiga Traian (Focsani), Maria Mitea (Severin), 1. Ciobanita (Belcesti), Carausu (Voinesti), Tinistei Neaga (Orhei), Zosim Bardas (Tarnava Mare), Ion Blanaru (Focsani), luliu Stanescu (Marsani-Dolj), Corneliu Georgescu (Poiana-Sibiului), Fanica Anastasescu (Bucarest), D. Ifrim (Iasi), I. Durac (P. Neamt), Pa 'curaru Gh. (Bucarest), Profesor Isac Mocanu (Turda), Marius Popp (Cluj), N. Voinea (Panciu), N.B. Munceleanu (Roman), Grigorie Berciu (Varna), Corneliu Cristescu Basa (Comanesti), Angela Plesoianu (Seven'n), Emil Eremeiu (Nasaud).

Ocho años más tarde comprobamos que a partir de los 59 que participaron en la primera batalla legionaria: cuatro nos habían abandonado, incapaces de entendernos; de hecho, incluso nos atacaron. Ocho, después de uno o dos años, no dieron ninguna señal de vida. Veintidós recibieron los rangos más altos.

Como consecuencia de esta batalla «Pamantul Stramosesc» tuvo asegurada la vida por un año.

Otros nombres encontrados en los primeros números de nuestra revista

Vasile State, comerciante y C. Vasiliu, pensionista (Adjud), Gh.Oprea (San-Nicolaul Mare), Ion Schiopu (Prundul Bargaului, el abogado Budescu P. (Banat), Adolf Greiter, Misu Stefanescu, losif Dumitru (el primer suscriptor de «La tierra heredada»), Ilie Berlinschi (Igesti-Bucovina), el Dr.. Elena Bratu, Mille Lefter (Galati), Ion Demian (Turda), Dr. Popeseu (Vaslui), Teodoreseu Craciun, Augustin lgna, Ivanovici, Adam Branzei, Sofron Robota (Dorna), Bacuta Boghiceanu (Husi), los hermanos Balan (Soveja), C. Gheorghiu Contar, Capt. Siancu, Gh. Postolache, Gheorghe Despa (Dorna), Luchian Cozan (Dorna), Dr. Crisan, ingeniero Camil Grossu, Chirulescu Victor, lordache Nicoara, Ion y Alexandru Butnaru, Adriana y Teodora Ieseanu, Vasile Stan, profesor Razmerita, Craciunescu (Focsani), Ion Belgea, Gurita Stefaniu, Ghita Antonescu, Pantelimon Statache, Octav Pavelescu (Foscani), Gheorghe Potolea (Beresti), I. Gh. Teodosiu, Margareta Marcu, Gheorghe Marcu (Galati), Dan Tarnovschi, Simion Tonea, ingeniero Stoicoiu, coronel Paul Cambureanu, Amos Horatiu Pop (Ludos), Stefan Nicolau, Ileana

Constantinescu, Elvira Ionescu, Marioara Cidimdeleon, Gh. Amancei, Coca Tiron, Iulius Igna, Aristotel Gheorghiu (Rm.-Sarat), D. Bunduc, Valer Danieleanu, Constantin, Ursescu, Vasile Tampau, C. Mierla, Octav Danieleanu, Stefan Manzat, Col. Blezu, Eufrosina Ciudin, Reverenda Madre Zenaida Rachis, Gh. Liga, Ana Dragoi (Galati), Profesor Matei Coriolan.

Cito estos nombres, mencionados a menudo en el periódico, no para satisfacer la curiosidad del lector, sino porque las personas que nos ayudaron –sobre todo en las primeras horas difíciles– deben ser siempre recordadas. Algunos de ellos han muerto, mientras que otros se han convertido en luchadores que desafían todas las persecuciones hasta el día de hoy. Me he apresurado a enumerarlos ahora porque quizá no vuelva a tener la oportunidad de hacerlo en el curso de este libro.

NUESTRA ACCIÓN VISTA DESDE EL EXTERIOR

Desde la primera hora, fuimos recompensados con el odio político judeo-masónico. Pero también hubo hombres que nos recibieron en sus corazones como un rayo de esperanza.

He aquí varias cartas de lectores, que se publicaron en el primer número de «La tierra heredada»:

«No me esforzaré en expresar con gran extensión mi alegría por la aparición de la revista. La acojo con el saludo de antaño. "Que Dios les ayude". Tampoco ahondaré en estas líneas en los acontecimientos recientes, pero digo: "Adelante, siempre adelante, vosotros, los hombres nuevos. Viva la tropa de Miguel Arcángel. Que la banda de los malvados sea tragada por la oscuridad de Belcebú"».

«San Miguel Arcángel tendrá que golpear sin vacilar y sin piedad. Tal es el objetivo expuesto en las páginas de "La tierra heredada". Ni Satanás ni sus siervos pueden responder a la llamada del Arcángel, ni deben imaginarse que pueden engañar a nadie mediante el disfraz. Los traidores merecen un castigo más severo que los enemigos».

«No mostréis indulgencia a nadie, pues nadie carece de madurez para juzgar cuál es la hora decisiva».

«Cierro mis líneas deseando ver la victoria una hora antes, la gran victoria». Coronel Blezu.

«El sol brillante de la esvástica tampoco nos ha fallado esta vez para sacarnos del caos. Nos ha dado su luz benéfica, para nuestra salvación, "La Legión de Miguel Arcángel". A partir de ahora, el alma rumana se calienta de nuevo con la fe de que este santo movimiento no perecerá».

«La idea nacional nos llamará al deber».

«Los que no nos entiendan se quedarán en el camino. Yo estoy de su lado». M.L. Lefter, abogado, presidente de la L.D.N.C. para Galati.

«Sois las esperanzas de nuestros días futuros. Ponemos nuestro futuro y el de nuestros hijos a vuestros pies. Todos nosotros esperamos con impaciencia que la vuestra sea una organización poderosa y estamos ansiosos por unirnos a la lucha. Y cuando os digo esto no digo sólo lo que yo mismo siento, sino lo que veo en muchos otros». C.N. Paduraru. Contable del pueblo, Ruptura-Romana.

«Veo y siento que los corazones rumanos vuelven a renacer. Ahora no sólo espero que la victoria sea nuestra, estoy seguro de ello». Ion Banea, estudiante, Vurpar (Sibiu).

«Es mi deber como estudiante cristiano que me siento, enviar mis felicitaciones y las de mis amigos en las llanuras de Jiul por la determinación y la energía que muestran en la lucha que acaba de comenzar». Iuliu Gb. Stanescu, estudiante.

«Nosotros, los rumanos del pueblo de Vulcani, trabajadores de la Compañía Petrosani, llevamos aún hoy en Rumania el yugo que nos han impuesto los funcionarios de la empresa, pues todos ellos son extranjeros. Yo, Augustin Igna, contraje la tuberculosis. Minero de profesión, ya no puedo trabajar en la mina porque el aire contaminado me perjudica».

«Envié una petición, firmada por el médico, solicitando un trabajo más ligero en el exterior, no abajo, porque allí acabaría mis días en pocas

semanas. Fue rechazada. Ahora apelo a ustedes para que me ayuden, porque no tengo a nadie a quien recurrir». Igna Augustin.

«Por favor, deje de enviarme su revista; me llamo Axente Poenar, minero, Cîrteju de Sus, porque no tengo suficiente dinero para pagarla ni siquiera por tres meses, y odio devolverla. Y ahora déjame explicarte por qué no tengo el dinero. Aquí es otoño y todo el mundo lo disfruta porque es tiempo de cosecha. Es decir, todo el mundo menos nosotros, los mineros, porque nos falta la ropa y el calzado que exige el invierno que se avecina; y nuestros hijos deben ser enviados a la escuela. Lo poco que ahorramos de nuestro amargo pan debemos gastarlo en estas necesidades». Axente Poenar, minero.

«Queridos y amados hijos de nuestro pueblo: Aunque me acerco al ocaso de mi vida, un nuevo rayo de esperanza penetra en mi alma por la resurrección de nuestra querida patria, al ver vuestro puro y santo movimiento "La Legión de Miguel Arcángel", el gran príncipe celestial. Me entristece mucho no vivir lo suficiente para ver el florecimiento de nuestro pueblo y gozar de la laboriosa cosecha mojada por el sudor frío, y tal vez la sangre, de esos mártires destinados por Dios, que lo son y lo serán aún, para el cumplimiento del gran plan que ha sido amasado con tanto sufrimiento. Es bastante tarde, la peste se extiende, nuestra tumba está siendo cavada, los sepultureros están dispuestos a enterrarnos para siempre; y nosotros, rumanos grandes o pequeños, vacilamos, regateamos y nos peleamos por ambiciones, vanaglorias vacías y riquezas perecederas».

«Yo me callo, porque soy inculto; tú te callas porque eres astuto; él, porque está encuadrado en un partido político; ellos se callan porque son la administración; y así nos callamos todos; la oscuridad de nuestra caída nos envuelve poco a poco y la antorcha de nuestro pueblo se apaga. Soy un pobre campesino labrador, pero sé manejar la pluma tan bien como la pala o la guadaña. Os ayudaré con mi dinero, con mi pluma, de obra y de palabra, pidiéndoos que me deis un rinconcito en nuestra revista "La tierra heredada". Escribiré bajo el título "¿Estamos o no estamos los rumanos en el umbral de la perdición? ¿Y por qué? ¿Quiénes son los culpables? ¿Cuál es la causa de las causas? ¿Qué se está haciendo y qué se debe hacer? ¿Qué

debe saber y hacer cada rumano?"». V.L Onofrei, labrador, pueblo de Tungujei (Vaslui).

MÁS ALLÁ DE LAS FÓRUMULAS

Toda la revista *«Pamantul Stramosesc»* es un estado de alma, una unidad de sentimientos y de vida a la que contribuimos todos. Afiliados, jefes, uniforme, programa, etc., constituyen la Legión que se ve; la otra, la más importante, es la Legión que no se ve. La Legión que se ve, privada de la Legión que no se ve, es decir, de ese estado de ánimo, de vida, no significa nada; son formas vacías sin contenido. Con la revista no nos hemos instalado como profesor en la cátedra, alzando una barrera entre nosotros, los jefes, que dábamos normas y enseñanzas y la multitud, que no tenía otra cosa que hacer sino aprender nuestras enseñanzas y ajustarse a ellas. Nosotros en una parte y ellos de la otra, no.

Hacer la Legión no quiere decir darle uniformes; no quiere decir elaborar un sistema de organización, ni siquiera formular su legislación, su norma de conducta, alineando lógicamente los textos sobre el papel, de la misma manera que crear un hombre no quiere decir hacerle vestidos, ni fijarle los principios de conducta, ni siquiera determinar su programa de acción.

Un movimiento no significa ni Estatuto, ni programa, ni doctrina; estas cosas pueden ser la legislación del movimiento, pueden definir su finalidad, su sistema de organización, sus medios de acción; pero no son el movimiento mismo.

Crear tan solo un «Estatuto» un «programa», y creer haber hecho un movimiento, sería como si queriendo hacer un hombre se le hicieran tan solo sus vestidos.

Crear un movimiento significa, en primer lugar, hacer nacer un estado de espíritu que tenga su asiento, no en la razón, sino en el alma de la multitud.

Este estado de espíritu no lo he creado yo; ha nacido del encuentro entre nuestros sentimientos y los de los demás rumanos. La revista «Pamantul Stramosesc» ha sido el lugar donde se han encontrado, donde se han hermanado los sentimientos, y más tarde los pensamientos nuestros, con los

sentimientos y con los pensamientos de aquellos rumanos que sentían como nosotros y opinaban de la misma manera.

Por consiguiente, la Legión, en su vida, en ese estado de espíritu que no se ve, pero que se siente por todos, no la he creado yo. Es el resultado de una colaboración. Ha nacido de la fusión de los siguientes elementos:

1° De nuestros sentimientos.

2° De los sentimientos de los demás rumanos.

3° La presencia, la conciencia en todos, de los muertos, de la raza.

4° El impulso de la tierra patria.

5° La bendición de Dios.

No quisiera que se me entendiese mal y que se dijera:

Yo no soy uno de estos legionarios de uniforme; yo soy un legionario en el espíritu.

Esto es imposible. Sobre este fundamento espiritual se crean doctrinas, programas, estatutos, uniformes, acciones, todo de la misma manera, no como elementos accesorios, sino como elementos que fijan el contendido espiritual del movimiento dándole una forma unitaria, lo mantienen en la conciencia de los hombres y lo llevan a las realizaciones y a la victoria.

El movimiento legionario significa todas estas cosas juntas.

Los uniformes adoptados en todos los movimientos contemporáneos: fascismo (camisa negra), nacional socialismo (camisa parda), etc., no han nacido de la imaginación de los jefes: han nacido de una necesidad de expresión de este estado de espíritu, de esta unidad de sentimientos: son la cara visible de una realidad invisible.

LOS MOVIMIENTOS NACIONALES Y LA DICTADURA

Siempre que se habla de un movimiento nacionalista, sistemáticamente se le imputa que conduce hacia un régimen de dictadura.

No quiero hacer en este capítulo la crítica de la dictadura, pero quiero hacer notar que los movimientos de Europa, el fascismo, nacional socialismo, movimiento legionario, no son dictaduras, de la misma manera que tampoco son democracias.

Quienes nos combaten gritando «¡Abajo la dictadura! ¡Luchad contra las dictaduras! ¡Guardaos de la dictadura!», no nos atacan a nosotros. Todo lo más pueden herir a la famosa dictadura del proletariado.

La dictadura presupone la voluntad de un solo hombre, impuesta con la fuerza a los demás hombres de un país. Por consiguiente, dos voluntades: por una parte, la del dictador o de su grupo, y por otra, la del pueblo.

Cuando esta voluntad es impuesta con violencia y crueldad, entonces la dictadura se convierte en tiranía. Pero cuando una nación de 60 o de 40 millones de almas, con entusiasmo indiscutible y con una mayoría del 98 por 100, aprueba y aplaude, debidamente las medidas del jefe, significa que entre la voluntad del jefe y la voluntad del pueblo hay un acuerdo perfecto.

Más aún: estas dos voluntades se ajustan tan perfectamente, que no son ni siquiera dos: es una sola, la de la nación, y el jefe es su expresión.

Entre la voluntad de la nación y la voluntad del jefe no existe más que una sola relación, la de expresión.

No es serio sostener que la unanimidad obtenida bajo los regímenes de los movimientos nacionales se deba al «terror», al «sistema inquisitorial», porque los pueblos en los cuales se han producido semejantes movimientos tienen una alta conciencia civil. Han combatido, han derramado su sangre, han dejado millares de muertos en la lucha por la libertad. Jamás se han doblegado, ni frente al enemigo externo ni frente al tirano interno.

¿Por qué no habían de luchar y de derramar nuevamente su sangre frente al terror actual? Y además, con la fuerza, con la violencia, con el terror, se pueden obtener votos e incluso mayorías, pero jamás se podrá obtener entusiasmo y calor ni siquiera en la nación más imbécil del mundo.

Desde el momento en que el movimiento nacional no tiene el carácter de dictadura, nos preguntamos. ¿Qué es entonces? ¿Es la democracia? No es tampoco la democracia, porque el jefe no es elegido por la multitud. La democracia tiene como base el sistema de la elección. Aquí ningún jefe es elegido por medio de votaciones.

Si no es dictadura y no es tampoco democracia, ¿entonces qué es?

Es una forma nueva de dirección del Estado hasta ahora no descubierta. No sé qué denominación tomará, pero es una forma nueva. Creo que tiene en su base este estado de ánimo, este estado de elevada conciencia nacional que antes o después se extiende hasta la periferia del organismo nacional. Es

un estado de luz interior que antes se encontraba en las almas como instinto de la raza y que en este momento se refleja en las conciencias creando un estado de unánime iluminación, semejante al que se encuentra en las grandes experiencias religiosas. Este estado se podría llamar justamente un estado de ecuanimidad nacional.

Un pueblo entero llega a la conciencia de sí mismo, a la conciencia de su destino en el mundo. En la historia no hemos encontrado en los pueblos más que destellos; desde este punto de vista, hoy nos encontramos frente a fenómenos nacionales permanentes.

En este caso, el jefe no es ya un «amo», un «dictador» que hace «lo que quiere», que gobierna como le place; él es la expresión de este estado de espíritu invisible, el símbolo de este estado de conciencia. No hace «lo que quiere», sino «lo que debe». Y está guiado no por los intereses individuales ni por los colectivos, sino por el interés de la nación, interés a cuya conciencia han llegado los pueblos.

En el cuadro de estos intereses, y solamente en este cuadro, encuentran su mayor satisfacción normal tanto los intereses personales como los colectivos.

LOS PRIMEROS PASOS EN LA ORGANIZACIÓN

Una nueva etapa en el desarrollo del movimiento legionario viene señalada por la organización.

Cualquier movimiento, si queremos que no sea un caos, debe encuadrarse en formas de organización. Todo el sistema de la organización legionaria se basa en la idea del «nido», es decir, un grupo que varía de tres a trece hombres bajo el mando de un jefe. Entre nosotros no existen miembros, individuos aislados; existe solamente el «nido». El individuo está encuadrado en el «nido»; la organización legionaria no está formada por un número de miembros, sino que por un número de «nidos». Este sistema, desde su iniciación hasta hoy, no ha sufrido especiales variaciones en su esencia, pero se ha completado, porque una organización debe tener en cuenta la realidad. Es como un niño que se desarrolla continuamente, al que hay que modificar los vestidos en proporción a su desarrollo.

Cometen un grave error aquéllos que, pensando en la forma que asumirá la organización en la última fase de su desarrollo, le hacen desde el principio un vestido que le sentará bien solo durante un cierto período de su desarrollo. Y no se equivocan menos quienes hacen un vestido pequeño y después, teniendo en cuenta el desarrollo del movimiento, lo quieren encerrar en formas que no le corresponden.

No insistiré demasiado sobre el «nido», porque he tratado ampliamente el problema en la «cartilla del jefe de nido» (editado en español como «El Manual del Jefe»).

¿Qué me ha inducido a elegir este sistema? En primer lugar, la necesidad. Hay una gran diferencia entre el momento de la fundación de la Liga, en el que he empleado un sistema, y el de la fundación de la Legión, en el que he empleado otro.

En el momento de la fundación de la Liga, existía una corriente popular que debía ser canalizada. En el momento de la fundación de la Legión, no existe ninguna corriente popular para nosotros; hubo tan solo hombres perdidos, aislados, dispersos por ciudades y aldeas. No podía empezar fundando comités provinciales porque no tenía hombres, y tampoco podía tomar a un hombre y ponerlo al frente de una provincia, porque quien era capaz tan solo de ser jefe de una aldea, sería incapaz de organizar una provincia.

El jefe de un movimiento debe tener muy en cuenta la realidad, y ahora mi realidad era el hombre aislado: un infeliz campesino pobre que lloraba en una aldea, un desgraciado obrero enfermo, un intelectual desarraigado... Entonces a cada uno de estos le di la posibilidad de reunir a su alrededor a un grupo, del que era jefe. El «nido» con su jefe.

Yo no le nombraba jefe de nido; eran sus fuerzas las que le elevaban, las que le nombraban; y no se convertía en jefe porque yo quisiera, sino porque él podía reunir, convencer y guiar a un grupo. Con el tiempo, a diferencia de las otras organizaciones, yo llegue a tener una serie de pequeños jefes, no «hechos», sino «natos», que tenían en sí mismos la cualidad de conductores. Por esto, un jefe de nido legionario es una realidad en la cual apoyarse. La red de estos jefes de nido forma el esqueleto de todo el movimiento legionario; el pilar fundamental de la organización legionaria es el jefe de

nido. Multiplicándose, estos nidos se agrupan bajo la jefatura: por municipios, distritos, provincias y regiones.

¿Cómo me procuré los demás jefes? No nombré jefe del pueblo, del distrito, de la provincia, sino que les dije: «Conquistad, organizad, y sobre todo aquello que podáis organizar, se extenderá vuestra jefatura».

Partiendo del jefe de nido, lentamente llegué al jefe del pueblo, del distrito, de la provincia, y tan solo en 1934, es decir, después de site años, al jefe de región.

El sistema del «nido» presenta además las siguientes ventajas:

a) Activar, poner en función todo el organismo del movimiento. En las demás organizaciones donde existen comités y miembros por municipios o provincias trabajan tan solo algunos de los del comité, y el resto, mil, dos mil, diez mil, quedan inoperantes.

En el sistema del nido, por el contrario, dada la gran iniciativa que se deja al jefe en el cuadro de las normas prescritas, y dada la obligación de todo nido de escribir en su pasado la página más bella posible, no existiendo nadie fuera del nido, todos, absolutamente todos, trabajan.

b) Resolver todos los problemas. Hay una serie interminable de cosas que hacer, para las cuales un hombre solo es demasiado poco y una organización entera demasiado grande. Por ejemplo, si se quiere hacer una pequeña fuente en una aldea, reparar un puentecillo, etc., no basta un hombre, y toda la organización no se puede ocupar; el nido, por el contrario, constituido por seis, diez hombres, es la unidad más adecuada para realizar tales trabajos.

c) Es fácilmente transformable. De una unidad de lucha, en una unidad de trabajo, y de una de trabajo, en una de lucha.

d) Crea un gran número de cuadros. Hombres especializados en el arte del mando.

e) Localiza el efecto de una defección o de una traición.

f) Es, en fin, el lugar donde mejor puede educarse. Porque en un nido hay hombres de la misma edad, del mismo pensamiento, de la misma capacidad de comprensión, de la misma constitución espiritual. Todos son amigos. El hombre que no pudiera demostrar su disgusto, exponer su alma ante un niño (sea por la imposibilidad de hacer se comprender, sea por no hacer lo demasiado pronto participar de las dificultades y las preocupaciones

de la vida), aquí, en el nido, entre amigos, puede hacerlo, como puede también recibir una observación e incluso un castigo.

El nido es una pequeña familia legionaria que tiene como base el amor.

En la «cartilla del jefe de nido» he fijado a esta familia seis leyes, según las cuales deben comportarse:

1° Ley de la disciplina. Sed disciplinados, legionarios, porque solamente así venceréis. Siente a tu jefe en lo bueno y en lo malo.

2° La ley del trabajo. Trabajad, trabajad cada día. Trabajad con placer. Sea recompensa de tu trabajo, no la ganancia, sino la alegría de haber puesto un ladrillo en la elevación de la Legión, en el florecimiento de Rumania.

3° Ley del silencio. Hablad poco. Hablad cuando sea necesario. Que tu oratoria sea la oratoria de los hechos. Obrad, dejad que los demás hablen.

4° Ley de la educación. Deben llegar a ser un héroe. Haz tu escuela en el nido. Conoce bien la Legión.

5° Ley de la ayuda mutua. Ayudad al hermano herido por la desventura. No le abandonéis.

6° Ley de honor. Seguid los postulados del honor. Luchad y no seáis viles. Dejad a otros el camino de la infamia; es mejor que tú caigas combatiendo en el camino del honor.

* * *

Pero quiero insistir una vez más, queridos legionarios, y llamo vuestra atención sobre una cosa esencial: la reunión de un nido está incompleta si prevalece un ambiente frío; «¿Qué hemos conseguido?», «¿Qué más hay que conseguir?», «Hagamos esto o aquello». «¡Adiós!».

Dad rienda suelta a vuestras almas. Reservadles un lugar en la reunión. Procedan con calidez. Dad a cada uno la posibilidad de abrir su corazón, de descargar sus dificultades, sus angustias, sus preocupaciones, con las que la vida le ha cargado. Deja que comparta sus alegrías. Que tu nido sea un lugar de consuelo y de compartir alegrías. Una reunión del nido tiene éxito cuando un hombre vuelve a casa después de descargar allí las cargas de su alma y está lleno de fe en su pueblo. Si en la «cartilla del jefe de nido» no he subrayado suficientemente este punto, lo hago ahora.

Siempre en relación con la actividad educadora en el cuadro del nido, transcribo de la «cartilla del jefe de nido» el punto 54:

La oración como elemento decisivo de la victoria. Llamada a los antepasados:

«El legionario cree en Dios y ruega por el triunfo de la Legión.

No se olvide que nosotros, el pueblo rumano, estamos aquí, sobre esta tierra, por voluntad de Dios, con la bendición de la Iglesia cristiana. En torno a los altares de las iglesias se ha reunido mil veces en tiempo de calamidad y de angustia todo lo que hay de rumano en esta tierra: mujeres; niños y viejos con la clara conciencia de que allí está el último refugio posible. También hoy estamos dispuestos a reunirnos, pueblo rumano, en torno a los altares, como en la época de grandes peligros, para recibir arrodillados la bendición de Dios.

Las guerras las vencen aquellos que han subido a traer del éter, de los cielos, las fuerzas misteriosas del mundo invisible y han sabido asegurarse su concurso. Estas fuerzas misteriosas son las almas de los muertos, las almas de nuestros antepasados, que también un tiempo se encontraron ligados a nuestros surcos, que murieron por la defensa de esta tierra y que están también hoy ligados a ella por el recuerdo de su vida, y por nosotros, hijos, nietos y bisnietos suyos. Pero por encima del amor de los muertos está Dios.

Una vez conseguidas estas fuerzas, pesan en la balanza, nos dan valor, voluntad, todos los elementos necesarios a la victoria, y nos hacen vencer. Introducen el pánico y el espanto entre los enemigos y paralizan su actividad. En último análisis, las victorias no dependen de la preparación material, de las fuerzas materiales de los beligerantes, sino de su facultad para asegurarse el concurso de las fuerzas espirituales. Así se explican en nuestra historia las victorias milagrosas obtenidas con fuerzas tan inferiores materialmente.

¿Cómo se puede asegurar el concurso de estas fuerzas?

1° Con la justicia y la moralidad de los actos.

2° Con la llama fervorosa e insistente hacia ellas.

Llámalas, atráelas con la fuerza de tu alma, y ellas vendrán. La fuerza de atracción es tanto más grande, cuantos más son los que dirigen la llamada, la oración más en común. Por esto, en las sesiones del nido, que se celebran en todo el país el sábado por la noche, se rezará y se exhortará a todos los legionarios a ir el día siguiente domingo a la iglesia.

Nuestro patrón es el Arcángel San Miguel. Tenemos su imagen en nuestras casas, y en los tiempos difíciles pedimos su ayuda y él no nos abandonará jamás».

Estos nidos se agrupan después en unidades, según el criterio de la edad y del sexo («hermanitos de la cruz», jóvenes de hasta 14 años; «hermanos de la cruz», jóvenes de 14 a 19 años, «ciudadelas», muchachas y señoritas; «futuros legionarios» y «legionarios»), o según el criterio administrativo (aldea, ciudad, comarca), con los respectivos jefes que dirigen las actividades asegurando su unidad.

Este sistema de nidos podría tener un inconveniente: puede parecer que rompe, que destruye la unidad. Pero esto se evita con amor y con la gran dosis de disciplina que forma parte de la educación legionaria.

EL JURAMENTO DE LOS RPIMEROS LEGIONARIOS

Se acercaba el 8 de noviembre de 1921, día de los Arcángeles San Miguel y San Gabriel, y se debía prestar el primer juramento. Buscamos y encontramos una forma que pudiese ser fiel del carácter de nuestro movimiento, de nuestros lazos con la tierra, con el cielo y con los muertos.

Recogimos una pequeña cantidad de tierra de todos los lugares gloriosos, las mezclamos y llenamos en ella saquillos de piel atados con un cordón, que los legionarios debían recibir con ocasión el juramento y llevar sobre el pecho.

He aquí la descripción de esta solemnidad tomada del número 8 de noviembre de 1927 de la revista Pamantul Stramosesc:

«La mañana del 8 de noviembre de 1927 nos hemos reunido en nuestra sede todos los legionarios de Iasi y algunos que se han molestado en venir de otros lugares.

No muchos en número, pero potentes por nuestra inquebrantable fe en Dios y en su ayuda, fuertes por nuestra obstinada resolución de resistir a todos los huracanes, fuertes por nuestra completa separación de todo lo que es terreno, lo que se manifiesta con el deseo y con el placer de separarnos de manera heroica de la tierra, sirviendo la causa de la raza y la causa de la Cruz.

Este era el estado de ánimo de los que esperaban con impaciencia la hora del juramento para formar alegres en la primera ola de asalto de la Legión; y cualquiera puede comprender que no podría haber un estado de ánimo destino, cuando entre nosotros, vestidos con los trajes blancos de las horas solemnes, se habían reunido Ion Motza, Ilie Garneatza, Radu Mironovici y Corneliu Georgescu, aquéllos que pasando de prisión en prisión han soportado todo el peso del movimiento nacional de cinco años a esta parte».

La oración

«A las diez hemos ido todos, en traje nacional, con la gorra de pelo, con la gran cruz antisemita sobre el pecho, marchando en columna, a la iglesia de San Spiridon, donde se ha celebrado un oficio fúnebre conmemorativo de Stefan Voevod, señor de Moldavia; de Mihail Viteazul, de Mircea; de Ion Voda, de Horia, de Closca y Crisan[45], de Avram Iancu, de Domnul Tudor, del Rey Fernando y por las almas de todo los voivodas y soldados caídos en el campo de batalla contra las invasiones enemigas».

La solemnidad del juramento

«En columna, cantando el himno de la Legión, hemos vuelto al "Camin". Allí ha tenido lugar la solemnidad del juramento de los primeros legionarios.

Se ha iniciado mezclando la tierra traída de la tumba de Mihail Viteazul, de Turda, con la de Moldavia, de Razboeni, donde Esteban el Grande luchó en su primera y difícil batalla, y la de todos los lugares donde la sangre de los antepasados se ha mezclado con la tierra santificándola en duras batallas. Cuando se abría el paquete con la tierra, antes de derramarla sobre la mesa, se leía la carta de quien lo había traído o enviado».

Han prestado juramento:

Corneliu Zelea Codreanu, Ion Motza, Ilie Garneatza, Corneliu Georgescu, Radu Mironovici, Hristache Solomon, G. Clime, Mille Lefter, Ion Banea, Víctor Silaghi, Nicolae Totu, Alexandru Ventonic, Dumitru Ifrim,

[45] Closca y Crisan. Revolucionarios transilvanos que se sublevaron con Horia contra los húngaros. Lucharon en los montes occidentales. Murieron entre horribles torturas, habiendo sido traicionados y entregados a los húngaros.

Panteli Statche, Ghitza Antoncescu, Emil Eremeiu, Ion Bordeianu, M. Ciobanu, Marius Pop, Misu Crisan, Traian Cotiga y Mihail Stelescu.

UNA NUEVA BATALLA

En el número de 1° de diciembre de 1927 iniciamos una nueva lucha para comprarnos una camioneta con la que podernos trasladar de un lugar a otro. Empleé el mismo sistema del esfuerzo general: los legionarios organizaron fiestas, conferencias, coros de Navidad y contribuyeron con lo poco que disponían.

Se distinguió la «Fratzia de Cruz Vrancea» de Focsani, que recogió con ocasión de una fiesta dada bajo el patronato del general Macridescu la suma de 50.000 leis. Entonces le cambié el nombre de Vrancea por el de Victoria, que todavía lleva hoy.

El 19 de febrero de 1927, después de dos meses y medio, la batalla había sido vencida: compramos en Bucarest una camioneta nueva por 240.000 leis, de los cuales pagamos inmediatamente 100.000, debiendo pagar el resto en doce mensualidades.

En «Caprioara», como la habían bautizado los muchachos, salí de Bucarest para Iasi junto con Stefan Nicolau, que conducía; Banea, Bordeianu y Mironovici. En Iasi había gran alegría; los legionarios y amigos nos esperaban a la entrada de la ciudad.

Par el pago de las mensualidades formé un comité de 100, cuyos miembros debían contribuir cada uno con 100 leis al mes durante un año. En dos meses este comité llegó hasta 50 miembros, en su mayoría pobres, modestos empleados, obreros o campesinos, los cuales, separando de sus ingresos 100 leis mensuales, hacían un verdadero sacrificio. Las muchachas de Iasi, y especialmente de «Iulia Hajdeu», de Galatzi, se pusieron a trabajar bordados a mano y a venderlos para reunir dinero.

PROBLEMAS DE ORDEN MATERIAL

El movimiento cubría bien sus pequeñas necesidades materiales; con el trabajo y la ayuda de la gente pobre se reunía casi cuanto era necesario para poder vivir y actuar.

Todas las sumas reunidas han sido escrupulosamente registradas en la revista La Tierra Heredada. La visita está llena de nombres de quienes daban 10 o 15 leis; son raros los que podían dar 50 o 60 leis, y nuestros banqueros eran quienes podían contribuir con 100 leis mensual.

He aquí algunos nombres, tomados al azar de esta comisión:

Nro. 16. Nicolac Voinea de Panciu, una familia con cinco hijos que vive de un viñedo de dos acres.

Nro. 17. D.Popescu, un subteniente retirado.

Nro. 18. Ion Blanaru, hasta ayer estudiante; ahora ingeniero que gana 4.000 lei al mes.

Nro. 19. Ion Butnaru, empleado de los ferrocarriles rumanos.

Nro. 20. Nistor M. Tilinca, vendedor en una cooperativa.

Nro. 21. ComeIiu Georgescu, ayuda de los padres.

Nro. 22. Radu Mironovici, ayuda de los padres.

Nro. 23. Ionescu M. Traian, ingeniero forestal.

Con las economías que se hacían en todos los gastos, incluido la comida y vestuario, se reunía bastante para que la organización, procediendo con sentido, pudiera vivir y desarrollarse normalmente.

La prensa judía, sin embargo, se escandalizaba. ¿Con qué dinero compran estos señores las camionetas? ¿Quién financia este movimiento? ¡Señor, señor! No lo ha financiado nadie; únicamente la fe iluminada de los rumanos, en su mayoría pobres de solemnidad. No solo no estábamos financiados por los capitalistas, sino que aconsejo a todo el que guie un movimiento que tenga base sana, que rechace todo intento de financiamiento, si no quiere matar al movimiento mismo; porque un movimiento está constituido de tal manera, que pude producir por sí solo, con la fe y el sacrificio de sus miembros, exactamente lo que es necesario para vivir y desarrollarse.

Para un desarrollo normal y sano, un movimiento no tiene derecho a consumir más que aquello que pueda producir, y no puede producir más

que en la mediad de capacidad, de fe y como consecuencia del sacrificio de sus propios miembros. ¿No produce suficiente? Pues el camino que se abre no es el del financiamiento, sino el de la intensificación de la fe. El indicio es seguro: no producir lo suficiente es una prueba de la deficiencia de la fe. ¿No produce nada? Entonces la organización está muerta o se hundirá pronto. Privada de la fe, será vencida por quienes la tienen.

Un jefe que admite el financiamiento de su movimiento desde fuera de su organización es como un hombre que acostumbra a su organismo a vivir de medicinas. En la misma medida en que se administran medicinas a un organismo, se le condena a no reaccionar por sí solo, y en el momento en que se le suprimen esas medicinas, muere. De la misma manera, un movimiento está a discreción de quienes lo financien, que podrán, en un momento dado, suprimir el financiamiento, y entonces el movimiento, no habituado a vivir por sí solo, muere.

Por esto, señores jefes de movimientos (hablo a aquellos que vendrán después de nosotros), rechazad a los benévolos que se ofrezcan para financiar el movimiento, admitiendo, bien entendido, que todavía existan otros en el porvenir. En Rumania, no lo creo; ni siquiera hoy caso los hay. Todos los que tienen posibilidad de financia y financian, son banqueros judíos, ricachones judíos, grandes cerealistas judíos, grandes industriales judíos, grandes comerciantes judíos. Y estos financian a los partidos políticos para exterminar a los rumanos en su país.

Que financie (esta palabra tiene sabor a banquero, a presa, a injusticia) no habrá ya nadie: ni los rumanos, ni mucho menos los judíos.

Porque esta casta de banqueros y de hombres de negocios, de gentes enriquecidas por golpes de la fortuna, aves de rapiña que están al acecho sobre la sociedad humana, será destruida. Hombres acomodados, hombres ricos dentro de los límites de la buena conveniencia, los habrá. Ellos no tendrán posibilidad de financiar; podrán tan solo ayudar con lo que les sea superfluo a un movimiento. Esta obligación de ayudar, de ayudar a su raza en los momentos difíciles, la tienen todos los rumanos, y la tendrán por todos los siglos. Y su ayuda les será siempre bien aceptada.

* * *

Sin embargo, mi situación material y la de mis camaradas era cada vez más difícil, más oprimente. Yo había caído sobre mi pobre suegro, que ya apenas podía mantener con sus modestísimos ingresos a sus cinco hijos. Ocupaba una habitación, y en las otras dos se distribuían siete. Comprendiendo, sin embargo, la situación en la que me encontraba, gracias a su gran amor hacia mí y hacia la causa rumana, jamás me ha dicho nada, aunque yo viese que de día en día se doblaba bajo el peso de las dificultades.

Entonces decidimos que yo continuase ocupándome del movimiento, y Motza y los otros tres camaradas de Vacaresti ejercieses la abogacía para poder mantenerse y ayudarme a mí.

Pronto empezaron, pero tropezarían con inmensas dificultades. Mirábamos atrás. Entrados diez años antes en la universidad, habían luchado al lado de todas las promociones de estudiantes. Y todos se habían ordenado creando cada uno una pequeña situación con la que poder vivir, en tanto que nosotros habíamos continuado solos, como locos perdidos entre las oleadas de la vida.

Aun siendo elementos de valor, apenas ganarían un mísero trozo de pan; no podrían llegar a ser abogados de los ferrocarriles, de los municipios, del Estado, donde hay puestos solo para los que abandonan la línea de combate y pasan a la línea de los partidos políticos. No tomarían a su cargo asuntos de los judíos, atendiendo en esto a la voz del honor. Pero los rumanos los evitarían y en sus despachos no entrarían más que pobres.

El camino era difícil. En situación de ostracismo en nuestra patria, estaban colocados casi en la imposibilidad de vivir.

EL VERANO DE 1928

Continué todo el invierno organizando los nidos. En primavera me ocupé de la fábrica de ladrillos de Ungheni y del huerto de la señora Ghica. En estos dos lugares trabajábamos; queríamos hacer otro «Camin»; no estaba seguro de poder continuar en el actual, porque se había intentado un proceso contra nosotros a fin de ser expulsados.

En este duro trabajo nos hermanábamos cada vez más, nos sentíamos más próximos a todos los que trabajan y cada vez más lejanos de aquéllos que viven del trabajo de los demás.

El trabajo completaba nuestra educación más que las lecciones de un profesor universitario. Allí aprendimos a vencer las dificultades, temblábamos nuestra voluntad, fortificábamos nuestro cuerpo y nos habituábamos a la vida áspera y severa, en la que ninguno parecía tener penas fuera de las alegrías espirituales.

Radu Mironovici había aprendido a guiar la camioneta, y ayudado por Eremeiu, hacía viajes con pasajeros desde Iasi a Manastirea Varatic, Agpia, Neamtzu.

Sin embargo, a causa del verano, que es siempre la estación más pobre, me vi obligado a tomar un préstamo en la Banca «Albina», de Husi, hipotecando la casa de mi padre en la suma de 100.000 leis, que dividí entre la fábrica de ladrillos, el pago de las mensualidades de la camioneta y la publicación legionaria. No habiendo podido pagar hasta hoy, la deuda ha subido a 300.00 leis.

En aquel verano empezamos también a comerciar para poder ganar algo para la Legión.

Los judíos detentaban el comercio de la verdura casi en todos los mercados de Moldavia. Tres escuadras de legionarios fueron encargados del comercio de la horticultura. Estas escuadras compraban la mercancía en Iasi, cargaban 300 o 400 kilos en la camioneta y se convertían en una verdadera calamidad para los judíos, a quienes hacían bajar los precios a la mitad.

***

El primero de agosto de 1928 se cumplía un año de la aparición de nuestra revista. He aquí lo que escribí entonces en primera página:

«El primero de agosto de 1928, "La Tierra Heredada" cumple un año de publicación regular.

No es mucho; hace algunos días, entre el 13 y el 30 de julio, la ciudad de Carcasonne (fortaleza) en Francia, ha festejado sus dos mil años de existencia. Quizá también tenemos dos mil años ante nosotros. Pero el período más difícil es el primer año, cuando se debe limpiar el terreno y

trazar el primer surco. En estos días iniciales, muchas dificultades se nos han planteado, pero nuestra revista, a veces más ricas, a veces más pobre, pero siempre más grande, ha resistido en sus posiciones, venciéndolas.

Cuando hace un año, empezando sin un céntimo, en el más crítico momento del movimiento nacional, he puesto en la cubierta la imagen del Arcángel San Miguel, sabía que nuestra revista triunfaría».

EN LUCHA CON LA MISERIA

Hacia el otoño empecé a inclinarme bajo las dificultades materiales. No teníamos zapatos, no teníamos vestidos ni yo ni mi mujer, que llevaba los de 1924. De mi padre no podía esperar nada, porque tenía seis hijos, todos estudiando, y las luchas que había sostenido le habían cargado de deudas. De su sueldo no le quedaban más que algunos millares de leis, con los cuales difícilmente podía mantener una familia numerosa.

Entonces reuní todas mis fuerzas y decidí dedicarme también a la abogacía, con la idea de ocuparme también, al mismo tiempo, del movimiento. Abrí un despacho de abogado en Ungheni, donde trabajé con mi secretario Ernest Comanescu. Así conseguí obtener una pequeña, pequeñísima ganancia, suficiente para satisfacer las pocas pretensiones de mi vida y de mi mujer.

Habían pasado seis años desde que me había limitado a lo estrictamente necesario. Desde hacía seis años no había entrado en un teatro, en un cinematógrafo, en una cervecería; no había participado en bailes y diversiones, y ahora, cuando escribo, son catorce años. No lo siento; pero siento que después de semejante vida de restricciones haya habido quien me haya atacado acusándome de haber llevado y de llevar una vida cómoda.

En estos años de pobreza, como en las difíciles pruebas que la suerte me ha reservado, he encontrado un apoyo constante en mi mujer, que me ha asistido con fe, ha compartido sufrimientos innumerables, ha soportado privaciones y ha sufrido a veces incluso hambre para ayudarnos a continuar la lucha. Siempre le estaré agradecido.

EL PROFESOR GAVANESCUL RECIBE EL SAQUILLO DE TIERRA

Hay un alma grande que nos sigue de cerca paso a paso, se interesa por nosotros y quizá nos estudia. Se trata de la figura imponente del viejo profesor de Pedagogía de la Universidad de Iasi, Ion Gavanescul, profesor universitario desde 1880. Una vez nos dijo: «Desearía mucho tener también yo un saquito de tierra».

El 10 de diciembre de 1928 le invitamos a nuestra casa, y allí, en medio del grupo de los legionarios, le entregamos el saquito de tierra.

El anciano, con los cabellos y las cejas blancas, abrió los ojos como en un momento de excepcional gravedad. Y después de un breve silencio:

Señores, no soy digno de recibir este santo talismán sino es de rodillas.

Lo tomó. Se puso lentamente de rodillas y rogó. Después nos arrodillamos también nosotros en torno a él.

En el mismo otoño de 1928, después de los asaltos desesperados de los nacional campesinos, se hundió el partido liberal.

Vencían los nacional campesinos después de ocho años de lucha. Pero pronto debía ser una desilusión para todo el país; empezarían a robar como los liberales, a hacer negocios escandalosos como los liberales, a aterrorizar con sus gendarmes e incluso a fusilar a los adversarios o a aquellos que manifestaban descontento; siempre como los liberales.

Pero especialmente debían experimentar la sugestión de la finanza internacional, en cuyas garras caerían, unos después de otros, contra préstamos, durante años, durante decenas de años, todas las riquezas rumanas.

3-4 DE ENERO DE 1929

Para estos días había convocado una reunión en Iasi, la primera de los jefes de nido. Vinieron de 40 a 50. Las sesiones se celebraron en casa del general Ion Tarnoschi, el cual, en una emocionante sesión, llorando, recibió el saquito de tierra en el cual estaba la sangre de sus soldados y de sus oficiales.

¡Cómo anhelo que Dios me conceda días suficientes para ver, también yo, la hora de la redención rumana! Pero no creo poder vivir hasta entonces nos decía.

En esta ocasión pronunciaron su juramento una serie de legionarios, entre ellos Spiru Peceli, inválido de guerra; Georghe Potolea, inválido de la carga de Prunaru; Nicolae Voinea y otros.

De la descripción y de los informes de cada uno de los representantes de todas las regiones pudimos convencernos de que el sistema del nido, no empleado hasta nosotros, podía arraigar muy bien. Ciertamente, hay dificultades e incertidumbres, inherentes a cualquier principio.

Pero me basta saber que en un año, sin otra escuela y solo con las exhortaciones y las explicaciones dadas a través de la revista, en todas las regiones y en todos los estratos sociales se habían fundado nidos que funcionaban. Y pensé: el sistema ha superado la prueba y dará sus frutos.

Para mí, la sesión del 3 al 4 de enero fuer una comprobación de mis medidas de organización. Solo debíamos seguir por este camino.

He constatado en esta ocasión que el Movimiento arraiga especialmente en las filas de la juventud. Que el sistema dinámico de educación, educación unida a la acción, es muy superior al estático. Continuaremos, pues, como hasta ahora, con este sistema, todavía durante un año, sin intentar tomar contacto con las masas y sin pensar en ninguna contienda electoral.

Entonces se constituyó el Senado de la Legión, reunión compuesta de hombres de más de cincuenta años, intelectuales, campesinos u obreros, que hayan llevado una vida absolutamente correcta y dado pruebas de su fe en el porvenir legionario, así como de su sensatez. Debían ser convocados en los momentos difíciles, siempre que se sienta necesidad de sus consejos. No son elegidos, sino indicados por el jefe de la Legión y ratificados por el Senado, representando el más alto grado de honor a que puede aspirar un legionario.

Formaron el Senado Hristache Solomon, el general Macridescu, el general Ion Tarnoschi, Spiru Peceli, el coronel Paul Cambureanu, Ion Butnaru. En este Senado debía tener su puesto, algunos meses después, el ilustre profesor universitario Traian Braileanu, que más tarde, cinco años después, en su revista Insemnari sociologice (Apuntes sociológicos), había de explicar, en la más alta forma científica, el fenómeno legionario.

HACIA LAS MASAS POPULARES

CON LOS MOTZ

Los motz viven todavía en los montes, en medio del Ardeal (Transilvania).

Antiguos como sus montes, su historia está señalada por dos marcas de fuego: la miseria —son los únicos rumanos y quizá los únicos hombres de la tierra que no han conocido jamás durante toda su historia un solo día de bienestar y de abundancia— y la lucha por la libertad.

Toda su vida ha sido una continua lucha por la libertad. Ellos nos han dado a Horia, Closca y Crisan y han sostenido la revolución de 1784. En sus montes, la historia registra más de cuarenta revueltas contra la dominación húngara, todas ellas anegadas en sangre. Pero su arrojo no fuer jamás dominado.

En los últimos tiempos, la voz de tribuno de Amos Francu y la del capitán Emil Sciancu —ambos motz— resonaron en el desierto como un grito de alarma.

En los montes hay minas de oro, y los mineros se han enriquecido unos después de otros, y se enriquecen todavía, en tanto que ellos continúan sin vestidos y sin pan:

Muntii nostrii sur poarta,
Noi cersim din poarta in poarta.

(Nuestras montañas llevan oro; nosotros mendigamos de puerta en puerta).

La roca gris está desnuda; nada crece sobre ella: ni trigo, ni cereales, La única riqueza es el oro, que está en manos de los mineros, y la única posibilidad de vida está en la leña de los bosques.

Mil años ha durado el calvario de la dominación extranjera; mil años de paciencia, confortados por el pensamiento de que alguna vez la Gran

Rumania ha de acudir a salvarlos, ah de ocuparse finalmente de su suerte y de la suerte de sus hijos, reparar la cruelmente larga injusticia y recompensarlos por su milenaria paciencia, por sus sufrimientos y por sus luchas.

Solamente quien no tiene madre no sabe lo que es la caricia; solamente quien no tiene Patri no conoce el consuelo ni recompensa. La Patria recompensa siempre a sus hijos, a los que han esperado su justicia, a los que han creído en ella, a los que por ella han combatido y han sufrido; ¿cómo no recompensará también a los Motza por su desmedida paciencia, por sus sufrimientos y por su heroísmo?

Pero después de la guerra, todos los hombres, especialmente todos los hombres políticos se han ocupado de sí mismos, de su persona, de su situación personal, electoral, política; así, los motz han sido olvidados. Quien se ocupa únicamente de sí mismo no puede ocuparse de los demás, y quien es asaltado por las preocupaciones del presente no puede vivir con el pensamiento y con el sentimiento en la historia, ni preocuparse, trabajando en nombre de la Patria, de atender a las grandes reparaciones y dar las recompensas históricas que aquélla debe a sus valientes.

Y no solo han sido olvidados, sino que han sido abandonados a la autoridad de los agentes judaicos, que en su carrera hacia la ganancia se han infiltrado en sus montes, donde jamás el pie del enemigo había podido asentase; les han arrancado su única posibilidad de vida, llevando las sierras hasta las crestas de los montes, abatiendo los bosques y dejando únicamente las rocas peladas.

O Iancule, de ce un invii,
Sa ti vezi tu muntii tai pustii!

(¡Oh Iancu! ¿Por qué no resucitas para ver tus montes desiertos?)

En su dolorosa canción llaman a Iancu, se héroe, para que vea los montes desnudos, los bosques arrasados por las bandas judías, bajo el domino de la Gran Rumania, en los días de la tan esperada victoria de la raza.

En verdad, ¡qué tragedia más espantosa resistir durante diez siglos a todas las opresiones para después morir de hambre y de miseria en la Gran Rumania un milenio esperada!

Era ella a la que esperaban; ella ha sido el único apoyo moral que los ha sostenido, y ahora también esta esperanza se hunde.

No tenían pan, pero vivían de esperanzas. Y la Gran Rumania, para este pueblo, no ha representado la resurrección, ni el triunfo la gloriosa recompensa después de mil años de sufrimientos por parte de toda la raza. Para esto hubiera sido necesaria el alma de Stefan cel Mare, no el alma de pigmeo de los politicastros rumanos. Para ellos, la Gran Rumania ha sido el hundimiento en la desesperación de la muerte.

Estos politicastros deslucen nuestra nación. Porque una raza, por encima de cualquier interés, tiene obligaciones morales que solventar, y si no lo hace, queda manchada.

* * *

Apiadado de la carta de un maestro de Bistra, próximo a Campeni, me trasladé en tren al lugar para ver por mí mismo lo que allí sucedía.

Llevado por el trencillo, subía con el corazón encogido las laderas gloriosas de los montes occidentales, donde había bailado la muerte en decenas de combates y donde erraban los espíritus de Horia y de Iancu.

En una estación se me acercó un campesino, un motz.

Sobre su vestido había, por lo menos, veinte remiendos, expresión de una miseria incomparable. Vendía cercos de madera para las vasijas, hechos por él; los vendía a un precio irrisorio. Los ojos hundidos en las órbitas; las mejillas descarnadas, era una figura amable, de mirada tímida y abstraída.

Quien tiene experiencia, lee en estos ojos el dolor y descubre en ellos el hambre: al hombre atormentado por el hambre.

En aquellos ojos blandos, que inspiraban piedad, no había ninguna preocupación, ningún interés por la vida.

¿Cómo lo pasáis aquí? Le pregunté.

¡Bien! Bien, gracias.

¿Hay maíz, hay patatas?

Sí, sí.

¿Tenéis de todo, comida?...

Sí, tenemos... tenemos...

Es decir, ¿no os va mal?

No... No...

Se desviaba de mí de cuando en cuando, mostrándose poco dispuesto a hablar, quizá porque quién sabe en qué ámbitos de desesperación erraba su mente, y, en la nobleza hereditaria de la raza, no quería lamentarse delante de un extraño.

Finalmente, llegué a Bistro y me dirigía a buscar al maestro que me había escrito. Me quedé allí un día visitando las pobres casas de los motz. Una balumba de chiquillos espera temblando de frío, durante dos o tres semanas, durante un mes y aún más, a sus padres, que marcharon con el caballo y el carro para traerles un saco de harina amarilla a cambio de los cercos de madera y de las cubas que trabajaron y que después fueron a vender a centenares de kilómetros de distancia, a las regiones con las cuales Dios ha sido más generoso.

Durante el año, el motz pasa algunos meses en casa, y el resto va de un sitio a otro para llevar la polenta a sus niños.

Me decía el maestro:

Ni siquiera durante la dominación húngara pudieron los extranjeros establecerse aquí; pero ahora se ha instalado una serrería de una sociedad judía de Oradea, que se ha adueñado de los bosques y los va talando. Los motz se ganaban su pobre vida trabajando la madera. De ahora en adelante no tendrán ni siquiera esto. Están condenados a la muerte.

Empujados por el hambre y por la necesidad, van a trabajar con los judíos, cortando árboles del bosque por 20 leis al día; he aquí lo único que queda al motz de toda la riqueza que baja al valle en largos trenes. Y cuando se termine la leña del bosque, todo habrá terminado también para nosotros. Pero hay todavía algo más triste: nosotros hemos vivido centenares de años una vida virtuosa; ahora, los judíos nos han traído el vicio y la disolución. Hay en esta fábrica más de treinta judíos, y el sábado por la tarde, cuando cobran la paga, retienen a las muchachas y a las mujeres de los motz, las ultrajan, organizan orgías que duran hasta la mañana. Enfermedades morales y físicas destruyen las aldeas, junto con la pobreza y la misera.

Y no se puede decir nada, no se puede intentar nada, porque estos judíos están en relación de tan estrecha amistad con todos los politicastros, que son los amos omnipotentes. Las autoridades están a su disposición, desde los gendarmes hasta las más altas.

Y si se intenta decir algo, se es inmediatamente acusado de «empujar al odio» a una parte de los ciudadanos contra los demás, de «turbar la armonía social» y «la buena hermandad» en la cual los rumanos han vivido siempre con «la pacífica población hebrea», y de no ser cristianos, porque Jesucristo ha dicho: «Ama a tu prójimo, incluso a aquel que te hace daño», etc.

Si se dice una sola palabra, se es detenido como «enemigos de la seguridad del Estado» y como instigador «a la guerra civil», insultado e incluso golpeado. Mandan sobre las autoridades, y si es necesario callar y asistir al desastre de la raza. Sería mejor que Dios nos arrancase la vista para no ver nada más, para no saber nada...

* * *

La sangre me subía a la cabeza, y nuevamente me pasaba por la imaginación la idea de tomar el fusil, subir a los montes y disparar sin piedad sobre las bandas de los enemigos vendidos, ya que las autoridades rumanas y las leyes de la Gran Rumania podían proteger semejantes delitos contra la nación rumana, contra su honor y contra su porvenir, y que estas leyes y estas autoridades vendidas habían cerrado cualquier esperanza de justicia o de salvación.

Volví a Iasi con el alma atormentada bajo el peso que esta raza nuestra lleva sobre sí.

¡Qué espantoso es alejarse de la clase dirigente de un país, de su clase política y cultural! Los literatos y los escritores encuentran argumentos a tratar en cualquier insignificancia; se publican libros y libros y los escaparates de las librerías están llenos. ¿Qué dirá el porvenir de esto, si para una tragedia histórica como la de los motz, acaecida bajo sus ojos, no han sabido encontrar una sola palabra que fuese al mismo tiempo una señal de alarma para el pueblo, aturdido por toda esta literatura escandalosa que lo adormece, le esconde el camino del porvenir de la vida? ¿Cómo deberá la raza considerar a estos escritores, a estos literatos, cuya santa misión es

precisamente la de denunciar los peligros que amenazan su existencia física y moral e iluminarle el camino del porvenir? ¿Y cómo deberá ser considerada esta política dirigente de «oradores» de Parlamento y de cenáculo, desertora de su obligación más elemental, que es la de velar por la vida y el honor de la raza?

* * *

Mientras viajaba en el trencillo de Bistre a Turda, al mismo compartimiento subió el director de la fábrica de Bisra, un judío que parecía iba a hacer estallar sus vestidos y que daba la impresión de una vida pasada en la abundancia. No creo que uno como él haya conocido ni una sola vez lo que es el hambre.

En la siguiente estación subió un joven aproximadamente de mi edad; comprendí inmediatamente que el director y él se conocían y eran amigos, en magnífica relación, y que el joven era rumano. El judío sirvió café con leche de un termo, tomó unas rebanadas de bizcochos de un paquete y se puso a comer con un hambre de lobo; tanto, que no pensó en ofrecer nada a su amigo; cuando después se fijó en el olvido, el joven aceptó unas rebanadas de bizcocho y una taza de café con leche y empezó a comer un poco tímido, mostrándose deferente ante el rico judío por la atención que le había dispensado. Las cinco de la mañana; no era todavía de día. El viernes antes de Pascua: el viernes de Pasión. Me preguntaba dolorido: ¿quién será este canalla de joven rumano que en este día, mientras todo el mundo cristiano ayuna, come junto al judío, junto al carnicero de los rumanos, bizcochos? De sus discusiones deduje que era un ingeniero forestal. El judío tenía un gran dese de charlar; no hacía más que hablar y bromear.

En un momento dado sacó un gramófono y puso un disco; después, otro; de lo más inconveniente que se puede imaginar. Yo me encontraba en un ángulo del vagón escuchando sin decir palabra, y miraba por la ventanilla. Comenzaba a alborear. Por la carretera bajaban, silenciosos y tristes, los motz, andando cada uno junto a la cabeza de su caballo. Iban al mercado, a Turda, con un saco de carbón en cada carro. Andan 60 kilómetros para venderlo y comprar vestidos; no juguetes, sino algunos kilos de harina amarilla que llevar por la Pascua a sus niños; es toda la alegría que les pueden

proporcionar... Mi corazón estaba rebosante de dolor y de angustia. No basta que este canalla les robe su pan: profanaban, insultaban, en aquel viernes de Pasión, incluso su pobreza, incluso su fe. Pasaban cantando y riendo por aquellas carreteras de milenarios padecimientos, por las cuales, por respeto al sufrimiento humano, ningún hombre puede pasar si no es en el más absoluto silencio, con la cabeza descubierta ante el pueblo hambriento, que camina despacio bajo el ímpetu despiadado de la suerte.

Cuando se hizo de día, cuatro ojos se encontraron: los míos y los del joven. Comprendí que me había reconocido. Confuso, no sabía cómo ponerse. Le había reconocido también yo. Era un estudiante nacionalista cristiano en el año 1923. Le había visto en las primeras filas de un grupo estudiantil cantando:

Si vom strivi jidanii sub calcaie,
Sau vom muri cu glorie.

(Y aplastaremos los judíos bajo nuestros pies, o moriremos con gloria).

Pensaba lleno de amargura: si todos los jóvenes que luchan han de ser mañana así, esta raza nuestra debe morir; por la conquista judía, por el diluvio, por el sufrimiento o por la dinamita —poco importa—, pero debe morir.

EL VERANO DE 1929

Lo pasé en dos jornadas con los jóvenes hermanos de cruzada de Galatzi y Focsani y con los legionarios. Quería conducirlos por los caminos que tantas veces había recorrido, para vivir con ellos el mayor tiempo posible, para observarlos, para estudiarlos, para que viesen también ellos las bellezas de este país nuestro.

Desde entonces, en todas las marchas que haga intentaré, en primer lugar, desarrollar en los jóvenes legionarios la voluntad: con largas marchas, llevando pesados macutos, bajo la lluvia, al viento, con calor tropical o sobre el fango, bien alineados y con paso cadencioso, prohibiéndoles hablar entre

sí durante horas enteras; con una vida áspera, durmiendo en los bosques y comiendo sencillamente; con la obligación de ser severos consigo mismos bajo todos los aspectos, empezando por las ropas y los gestos; buscando obstáculos que deberán superar, escalando rocas, atravesando aguas.

Quiero hacer de ellos hombres de voluntad, que miren de frente y se comporten virilmente ante cualquier dificultad. Por esto, no permitiré jamás que eviten los obstáculos, sino que se superen.

En lugar del hombre débil y vencido que se pliega siempre a cualquier súplica del viento, del hombre que predomina como número políticos igual que en las demás ocupaciones, debemos hacer de nuestra raza un vencedor. Inflexible e implacable.

Con la instrucción militar, en segundo lugar, intentaré desarrollar la conciencia de cuerpo, de unidad; el espíritu de unidad. He observado que los ejercicios de instrucción en grupos tienen una gran influencia sobre lo intelectual y sobre la psiquis del hombre, dando ardor y ritmo a su inteligencia y a sus instintos anárquicos.

Castigando, buscaré el desarrollo del sentido de la responsabilidad, el valor de que cadad cual asuma la responsabilidad de sus propias acciones, porque nada es más desagradable que un hombre que mienta y rehuya la responsabilidad.

He castigado rigurosamente, sin excepción, toda transgresión. En Vatra Dornei he castigado a un joven porque ha provocado un conflicto en el parque. En Dorna Cazanesti ha ocurrido algo más grave, no por sus consecuencias, sino como revelación de una estructura espiritual: cuatro jóvenes han ido a una taberna judía, han pedido sardinas, pan y vino, y después de haber comido, se han levantado y, en lugar de pagar, uno de ellos ha tirado de revólver y ha amenazado al judío con matarle si decía algo, dando como razón que ellos pertenecían al grupo de Cornleiu Codreanu. Los he castigado. Los jóvenes, dejados con tal mentalidad, habrían provocado su propia desgracia, no la del judío al que habían robado una caja de sardinas. Por otra parte, en el mundo legionario el castigo no puede hacer nacer resentimientos, porque todos podemos equivocarnos. El castigo significa, en nuestra concepción, la obligación del hombre de honor de reparar su error; expiado el mismo, el hombre se encuentra libre de su peso, como si nada hubiera ocurrido. Este castigo, las más de las veces, es un

trabajo, no porque el trabajo tenga un carácter de condena, sino porque da la posibilidad de reparar, con un bien, el mal que se ha hecho. Por esto, el legionario aceptará siempre y cumplirá serenamente un castigo.

LA RESOLUCIÓN DE TOMAR CONTACTO CON LAS MASAS

8 de noviembre de 1929.

Habían pasado dos años desde que la Legión había sido creada; sus nidos se habían multiplicado por todo el país, y se siente la necesidad de acentuar, preparando y estimulando estas pequeñas fuerzas, el Movimiento iniciado. El único camino legal que podía llevarnos a la adopción de medidas por parte del Estado para la resolución del problema judío era el camino político, que presuponía el contacto con las masas populares. Bueno o malo, era este el camino que la ley ponía a nuestra disposición, y en el cual, antes o después, deberíamos entrar. Con Lefter y con Potolea fijamos la primera reunión pública legionaria en Tg. Beresti, en el norte de la provincia de Covurui, para el 15 de diciembre.

La decisión se había tomado ya el 8 de noviembre, cuando una nueva serie de legionarios, venidos de diversas partes del país con ocasión de fiesta del Patrono de la Legión, habían prestado juramento. Al mismo tiempo mandé a Totu a la provincia de Turda para que, junto con Amos Horatziu Pop, intensificara también allí la propaganda legionaria preparando otra reunión.

15 DE DICIMEBRE DE 1929

El 14 de diciembre, por la tarde, me encontraba en Beresti. En la estación me esperaba Lefter, Potolea, Tanase Antohi y otros. La pequeña ciudad es un verdadero avispero de judíos; una casa junto a otra y tienda junto a tienda. La única calle atraviesa el centro del pueblecillo. Fango hasta los tobillos. A ambos lados, acercas de madera. Fuimos albergados por Potolea. A la mañana siguiente, en la misma puerta, se me hicieron los encontradizos el

comandante de carabinaros y el procurador, llegados de Galatzi, y me dijeron que no tenía permiso para la reunión.

Les respondí:

Los que ustedes pretenden no es anda justo ni lega. En este país todos tienen derecho a celebrar reuniones: los alemanes, los húngaros, los turcos, los tártaros, los búlgaros, los judíos. Únicamente yo no voy a tener este derecho; la medida es arbitraria, está fuera de la ley y no la soportaré. Celebraremos la reunión a toda costa.

Finalmente, después de muchas discusiones, se me autorizó la celebración de la reunión con tal de que no provocase desórdenes.

¿Qué podía hacer? ¿Qué desórdenes? ¿Destrozar las casas? Era mi primera reunión pública; ¿no tenía yo mismo el mayor interés en que se desarrollase en el más perfecto orden, para no perder el derecho de celebrar otras?

A la hora fijada se reunió un número escaso de hombres, apenas un centenar; por ellos supimos que mucha gente hubiera deseado venir, pero que habían sido retenidos en las aldeas por los carabineros.

Toda la reunión duró cinco minutos; un minuto habló Lefter; otro Potolea, y el resto, yo. Dije: «He venido para celebrar una reunión, pero las autoridades retienen a los hombres por la fuerza; contra todas las órdenes celebraré diez reuniones. Dadme un caballo, y con él recorreré aldea por aldea todo el distrito de Horinca».

El caballo era, por otra parte, la única posibilidad de locomoción sobre aquel fango. Un momento después me trajeron un caballo y partí; detrás de mí venían Lefter con otros cuatro legionarios.

Cuando llegué al primer pueblo, Meria, en el patio de la Iglesia, en pocos minutos, se reunió todo el mundo, hombres, mujeres y niños. Les dije algunas palabras, pero no expuse ningún programa político:

Unámonos todos, hombres y mujeres, para crear, para nosotros y para nuestra raza, otro destino. Se avecina la hora de la resurrección y la redención humanas; quien crea, luche y sufra será recompensado y bendecido por esta raza. ¡Tiempos nuevos llaman a nuestra puerta! Muere un mundo de almas áridas y secas y nace otro con el alma llena de fe. En este mundo nuevo cada uno tendrá su puesto, no según sus conocimientos,

no según su inteligencia, no según su ciencia, sino, en primer lugar, según su fe, y en segundo, según su carácter.

Continué mi viaje, y después de cerca de cuatro kilómetros llegué a Slivna. Había caído la tarde, pero la gente me había esperado por la carretera con velas encendidas. Al divisar el pueblo, se me acercó un puñado de legionarios, a su frente Teodosiu. Hablé también allí. Después proseguí hacia la aldea de Comanesti, guiado por los legionarios de Slivna, por caminos que no había jamás recorrido.

También aquí los hombres me esperaban con faroles y velas, y los jóvenes cantaban.

Todos me acogían con alegría, sin diferenciaciones de partidos políticos. No nos conocíamos, pero parecía que éramos amigos de toda la vida; se habían acabado las enemistades y éramos una sola lama, una sola raza. La mañana del día siguiente proseguí, pero ya no estaba solo. Tres hombres a caballo me habían pedido que les dejase acompañarme, y nos pusimos en marcha juntos. En la aldea de Ganesti nos paramos en casa de Dumitru Cristian. Hombre de unos cuarenta años, con su figura de «haiduc», de agudo mirar. Nacionalista y luchador desde el tiempo de los movimientos estudiantiles, desenganchó los caballos de su carro, le colocó a uno una silla y vino con nosotros. Pronto nuestro número se aumentaba con Dumitru Vasile Popa, Hasan y Chiculitza.

Así andando, de pueblo en pueblo, el número de los hombres a caballo llegó a veinte. Éramos todos jóvenes de veinticinco a treinta años; tan solo algunos se encontraban entre los treinta y cinco y los cuarenta, y el más anciano era el viejo Chiculitza, de Cavadinesti, de aproximadamente cuarenta y cinco años. Siendo tan numerosos, sentimos la necesidad de un distintivo y un uniforme. Pero no teniendo la posibilidad de conseguirlos, nos conformamos con colocarnos todos, en las gorras de pelo, plumas de pavo. Así entrábamos, cantando, en las aldeas, y cantando y al trote de caballos se pasaba por las colinas a lo largo del Prut, donde tantas veces habían pasado y habían combatido nuestros antepasados; casi parecíamos la sombra de aquellos que antiguamente habían defendido las tierras de Moldavia. Los vivos de ahora y los muertos de entonces éramos la misma alma, la misma gran unidad, llevada por los vientos sobre las crestas de los montes: el rumanismo.

La noticia de nuestra llegada se difundía de boca en boca por todas las aldeas. La gente nos esperaba en todas partes. Los que encontrábamos a lo largo del camino nos acogían con una pregunta:

Señor, ¿cuándo vienes también a nosotros, a la aldea? Ayer la gente os ha esperado hasta muy entrada la noche.

En las aldeas, cuando entrábamos y cuando hablaba a los hombres, me sentía penetrar en aquella profundidad espiritual donde los politicastros, con sus programas tomados a préstamo, no habían podido jamás penetrar. Y allí, en aquella profundidad, he plantado las raíces del Movimiento legionarios, que no podrán ser arrancadas por nadie.

El jueves era día de mercado en Beresti. A las diez de la mañana aparecimos sobre la cresta del monte, sobre el pueblo, cincuenta jinetes, y desde allí, en orden de marcha, bajamos a la ciudad. La gente nos acogía con gran animación. De las casas cristianas salían los rumanos y nos echaban cubos de agua sobre las calles, según la antigua costumbre, para augurarnos suerte en nuestro camino. Fuimos de nuevo al patio de Nicu Blaan, donde debía haberse celebrado la primera reunión. Había ahora más de tres mil hombres. No celebré la reunión, pero di a los jinetes y a alguno de ellos un recuerdo mío: a Nicu Bogatu, mi pitillera, hecha en la prisión de Vacaresti; a Amos Chiculitza, una cruz antisemita. Nombré a Leftery a Potolea del Consejo Supremo de la Legión; a Nicu Balan, del Estado Mayor; a Covurlui y a Dumitru Cristian, jefes de los legionarios del Valle de Horinci. Este valle de Horinci, con sus lugares y con sus hombres, me ha sido muy querido. Después de Focsani, este será el segundo pilar del Movimiento legionario.

EN EL ARDEAL, EN LODOSUL DE MURES.

El viernes antes de Navidad, a las cinco de la tarde, salimos con la camioneta hacia Ludos. Éramos cuatro: Radu Mironovici, que conducía; Emil Eremeiu, otro conocido y yo. Una helada terrible ha´bia hecho que los trenes en viaje se detuvieran. Aquella noche sufrimos un frío espantoso, a pesar de haber llenado la camioneta de paja y habernos metido en ella hasta la cintura. Recorrimos el camino Iasi Piatra Neamtz Valea Bistritzei. A las cuatro de la mañana nos encontrábamos en la cumbre de los Cárpatos. A

las once de la noche, la víspera de Navidad, después de un viaje de más de veinticuatro horas, llegamos a Lodosul de Mures, donde descansamos bien, en casa de Amos. Al día siguiente fuimos a la iglesia y después visitamos la ciudad. Es más grande que Beresti y situada a 40 kilómetros al norte de Turda, capital de la provincia. También está llena de judíos, sin llegar, no obstante, al porcentaje de Beresti; y también aquí Judea, adueñándose de la ciudad, ha extendido sus tentáculos, como un pulpo, sobre toda la región rumana. En este distrito, os pobres campesinos serán envueltos, enredados y, finalmente, privados de todo su patrimonio.

La mañana del segundo día de Navidad nos pusimos en camino; delante, la camioneta con diez legionarios, y detrás, yo, con una veintena de hombres a caballo: Amos, Nichita, Colceriu, el profesor Matei y otros, todos con plumas de pavo en las gorras de pelo. Por la carretera, la gente que nos encontrábamos, no sabiendo de qué se trataba, nos miraba perpleja; pero nosotros seguíamos nuestro camino como si nos encontrásemos revestidos de la más potente autoridad, porque nos sentíamos representantes de la raza rumana y a sus órdenes.

En Ghetza, en Gligoresti, en Gura Ariesului, los hombres se reunieron numerosos, como en el valle de Horinci. Tampoco a ellos me presenté con un programa político. Dije tan solo que veníamos de Moldavia para resucitar el alma afligida de los rumanos, porque mil años de esclavitud, de injusticias y de muerte eran ya suficientes. La Gran Rumania se había logrado con mucho sacrificio, pero parecía que la dominación extranjera y las antiguas injusticias se prolongaban todavía después de la realización de esta Rumania.

Diez años de gobierno rumano no habían conseguido curar nuestras heridas, todavía dolorosas, ni remediar injusticas seculares. Nos habían dado una unidad formal, pero habían destrozado el alma rumana en tantos pedazos cuantos eran los partidos. La resurrección de la estirpe fermentaba en la tierra y pronto saltaría a la luz, iluminando todo el porvenir y todo el oscuro pasado. ¡Quien crea logrará la victoria! Nuevamente me sentía próximo a la profundidad de las almas.

Si bien a centenares de kilómetros de distancia, si bien en regiones separadas durante siglos por fronteras, también allí encontraba la misma alma, exactamente la misma que en el valle de Horinci, junto al Prut: la misma lama de la raza sobre la que comprendía que no se habían podido

trazar fronteras de ninguna clase. Ella se ha extendido de un extremo a otro de la raza, desde el Nistru al Tisa, sin preocuparse de las fronteras trazadas por la mano del hombre, de la misma manera que el agua que circula en las profundidades de la tierra, sin tener en cuenta los recintos que los hombres hacen en la superficie. Allí, en lo más hondo, no encontraba partidos, ni discordias, ni conflictos de intereses, ni «ciega desunión», ni luchas fratricidas, sino unidad y armonía.

El tercer día de Navidad nos pusimos nuevamente en marcha. Nos paramos en una iglesia a rogar por Mihail Viteazul, por Horia y los suyos, y por Iancu, para que supieran también ellos que nosotros caminábamos sobre la tierra en la cual sus cuerpos habían sido torturados y hechos pedazos por la raza. Era el día de San Esteban. Encendí una vela por el alma de Esteban el Grande, por el cual nuestra raza se ha elevado a la más gran altura, altura que yo considero semejante a la de Napoleón, de César y de Alejandro de Macedonia. Dondequiera que vayan mis pasos, sea cual fuere la lucha que emprenda, si sobre mí siento la sombra del Arcángel San Miguel y bajo mis pies la memoria de los veinte muertos queridos a la familia y al Movimiento legionario, en mi diestra sentiré siempre el alma de Esteban el Grande y su espada.

BESARABIA

El 20 de enero envié a Totu, Cranganu y Eremeiu, acompañados por una escuadra, con la camioneta, a la provincia de Tecuci, en tanto que yo, el 25 de enero, me encontraba de nuevo en el valle de Horinci, en medio de mis jinetes. El 26, por la tarde, después de haber pasado por Rogojeni, entramos en Oancea. En ambos lugares fuimos acogidos con amor y con esperanza por la multitud reunida. Nos hospedó en Oancea la familia Antachi. Al día siguiente, el lunes, mercado en Cahul.

Estábamos a punto de entrar en Besarabia, donde los judíos son muchos y más provocadores. Aquí, como en las demás ciudades de Besarabia, los judíos son comunistas, no por amor a los hombres, sino por odio al Estado rumano, que solo con el triunfo del comunismo podrían ver derrumbado y rendido a los pies de la dominación judía. El triunfo del comunismo coincide

con el sueño del judaísmo de dominar y explotar al pueblo cristiano, en virtud de la teoría del «pueblo elegido», que es la base de la religión judía.

Por la noche hicimos cruces blancas de tela de veinte centímetros, que coloqué sobre el pecho de los jinetes. Me dieron una cruz de madera para llevar en la mano.

Al día siguiente, a las diez de la mañana y al frente de treinta jinetes, atravesé el Prut, dirigiéndome con la cruz en la mano hacia la potencia pagana que ahoga a la Besarabia cristiana. Después de cuatro kilómetros llegamos a la ciudad. Los cristianos salían de las casas y nos seguían; no nos reconocían, pero nos veían con las cruces blancas en el pecho y con las plumas en el gorro de pelo. Atravesábamos las calles cantando: «Despierta, despierta, rumano». Nos paramos en la plaza; en un abrir y cerrar de ojos se reunieron en torno de nosotros más de siete mil campesinos; ninguno de ellos sabia quiénes éramos, ni qué queríamos; pero todos tenían el presentimiento de que veníamos por su redención.

Empecé a hablar en la misma lengua usada en el valle de Horinci y en Turda. Pero después de dos minutos, el policía Popov y las autoridades llegaron hasta mí y me interrumpieron:

No le está permitido celebrar reuniones en la plaza pública...

El pueblo rumano tiene el permiso en todas partes, cuando está en su casa.

Las autoridades gritaban para que no hablase: los hombres, para que hablase.

Buena gente —les dije—, as así: la ley nos impide celebrar reuniones en la plaza pública. Vámonos fuera de la ciudad o a algún patio.

Hice seña a los jinetes y nos encaminamos hacia las afueras de la ciudad. Un cordón de guardias contenía a la multitud. Después de pocos minutos apareció un pelotón de soldados con la bayoneta calada, guiados por un coronel, el coronel Cornea. Sacó su revólver y me apuntó a la cabeza:

¡Párate o disparo!

Me paré.

Señor coronel, ¿qué razón hay para hacer fuego sobre mí, si no he hecho nada malo? También yo tengo revólver, pero no he venido a batirme con nadie, y mucho menos con el ejército rumano.

Todos mis argumentos fueron vanos. Permanecí allí casi una hora, soportando todos los insultos y burlas posibles, cuando hubiera podido responder de la misma manera y luchar. Me fue necesaria una paciencia increíble para no llegar a una situación más triste: la de luchar, yo, nacionalista rumano, contra el ejército de mi país ante los judíos comunistas.

El coronel empezó a golpearnos con su sable, haciendo igual con nuestros caballos, a los que los soldados pinchaban con sus bayonetas. Después vino el prefecto. Entonces bajé del caballo y fui con él a la prefectura. Se manifestó como persona tratable. Vino también el coronel, al cual dije:

Respeto su grado y por eso no le he contestado. Pero no importa. El lunes próximo nos encontraremos de nuevo en el mismo lugar.

Después me marché; un guardia me dio el caballo. Cristian y Chiculitza me esperaban en la puerta, sin caballos. Les fueron traídos sus caballos, montamos y volvimos atrás, seguidos por policías y acompañados por burlonas miradas de judíos. En las afueras de la ciudad encontramos también a los demás jinetes, amargados y deprimidos por la derrota sufrida. Más lejos, algunos campesinos se arrastraron fuera de la ciudad para preguntarnos quiénes éramos.

Volved a decir a los hombres que el próximo lunes vendremos de nuevo. Toda la cristiandad de la provincia debe venir a Cahul.

Habíamos sufrido una derrota. No podíamos cantar y volvíamos sobre nuestros pasos sin cambiar una palabra. Llegados a Oancea, preparé diez manuscritos, en los cuales anunciaba que el lunes, 10 de febrero, volveríamos a Cahul, y los envié, por medio de mis jinetes, a diversos lugares de la provincia.

Volvimos después a Ganesti, a casa de Cristian, a donde llegamos a media noche por un camino difícil, con una oscuridad tal, que no veíamos a dos pasos de distancia, en medio de la ventisca, que nos azotaba la cara, y con el peso de recordar la derrota.

Dormí en casa de Cristian, y a la mañana siguiente marché a Beresti. Allí redacté una orden para los legionarios del valle de Horinci, Galatzi, Iasi, Bucarest y Turda, en la cual les decía que habíamos sido derrotados en Cahul y que era para todos nosotros una cuestión de honor volver allí y vencer. Que los convocaba en el mayor número posible. La reunión debía tener lugar en Oancea, donde deberían encontrarse presentes, lo más tarde,

el domingo por la noche, 2 de febrero. Al mismo tiempo avisé también a la escuadra de Totu, Cranganu y Eremeiu, que se encontrba en la provincia de Tecuci; escribí también una carta a mi padre rogándole que viniera a ayudarnos. Los legionarios me reunieron el dinero necesario y partí para Bucarest, donde me presenté al señor Ioanitzescu, subsecretario del Estado del Interior.

Le conté lo que había sucedido en Cahul y le pedí permiso para celebrar una nueva reunión, comprometiéndome a que se desarrollaría en el más perfecto orden, a condición de no ser provocado por las autoridades. Después de haberme pedido diversas aclaraciones, me otorgó el permiso. Verdaderamente, no hubiera tenido necesidad de él, según la ley, pero quería asegurarme contra cualquier interpretación tendenciosa.

El domingo por la mañana estaba de nuevo en Oancea. Lefter había ido a Cahul para fijar con las autoridades el lugar de la concentración.

En la ciudad había gran agitación. Las autoridades recibían noticias de que los campesinos, por millares, desde todos los rincones de la provincia, acudían a la concentración de Cahul.

En el curso de la jornada llegaron dos camiones de Focsani, con Hristache Solomon y Blanaru; de Turda llegaron Moga y Nichita; de Iasi, el grupo de legionarios, con Banea, Ifrim y el reverendo Isihie; de Galatzi, Stelescu, con la «Fratzie», delegado de los estudiantes de Bucarest, y Pralea, con los grupos de Foltesti.

Después, a pie, en carros y a caballo, los de Beresti y los legionarios del valle de Horinci.

Llegó también mi padre. Por la tarde había más de tres mil legionarios, que fueron acuartelados en Oancea. Y todavía llegaron más.

Temiendo que nos destruyeran el puente de barcas sobre el Prut, haciéndonos así imposible el paso, dispuse que durante la noche un grupo de treinta legionarios ocupase los dos extremos del puente.

El lunes por la mañana, a las ocho, envié por delante un grupo de cincuenta legionarios, al mando de Potolea, para que entrase en la ciudad y desempeñase funciones de policía en la concentración. Entre tanto, se intentaba impedirnos celebrarla, pero era cosa imposible. A las diez, formamos y nos pusimos en camino.

En primera línea, los jinetes, en número de ciento, con su bandera, todos con plumas en su gorra de pelo y muchos con camisa verde. Cada uno llevaba sobre el pecho una cruz blanca hecha de tela. Teníamos el aspecto de cruzados que fueran, en nombre de la Cruz, contra una potencia pagana para salvar a Rumania.

En segunda línea venían los hombres de a pie, en orden de marcha, con su bandera y en número de más de cien.

En tercer lugar seguían aproximadamente ochenta carros, cada uno con cuatro, cinco o seis hombres, en su mayoría habitantes de Oancea, y también estos con su bandera.

El conjunto tenía el aspecto de una vanguardia de batalla.

Cuando llegamos a la entrada de la ciudad, un mar de cabezas descubiertas nos acogió sin vivas y sin música, en un impresionante silencio religioso. Pasamos a caballo por en medio de aquella masa de campesinos. Muchos lloraban. Estos campesinos de toda Besarabia no han percibido tampoco ningún beneficio después de la unión, porque, saliendo de la dominación rusa, han caído en la de los judíos. Desde hace doce años son explotados por los comunistas judíos, como ni el más tiránico régimen conocido en la Historia ha explotado jamás a una sociedad humana. Las ciudades y las aldeas son verdaderas colmenas de sanguijuelas aferradas a los cuerpos agotados de la clase rural. Y para colmo de vergüenza, precisamente estas sanguijuelas se han transformado en luchadores, «contra la explotación del pueblo, contra la tiranía que oprime al pueblo». Estos son los comunistas de Besarabia y de Rumania.

Pero no basta: estas sanguijuelas, hinchadas de sangre rumana, observan en su prensa, al frente de la cual figuran Adevarul y Dimineatza, el siguiente lenguaje:

«Nosotros hemos vivido y vivimos en la mejor hermandad y armonía con el pueblo rumano».

«Solamente los enemigos del pueblo, los enemigos del país, quieren romper esta armonía».

Más de veinte mil campesinos se habían reunido; ciertamente, la mayor concentración de hombres que la ciudad viese desde el principio de su existencia, lograda son manifiestos, sin periódicos y sin propaganda. La

reunión se celebró con gran solemnidad. A un lado estaban dispuestos en línea los jinetes; en el otro, la columna de los legionarios a pie.

Los campesinos escucharon con la cabeza descubierta. Ninguna palabra, ningún gesto turbó aquella solemnidad. El coronel Cornea no se dejó ver en la cita establecida.

Dije a los campesinos de Besarabia que veía cómo esperaban una palabra de consuelo y que no había sido yo el que los había reunido en un número tan considerable, sino sus grandes dolores. Que nosotros no los dejaríamos olvidados bajo la esclavitud judaica; que serían libres, dueños del fruto de su trabajo, dueños de su tierra, dueños de su Patria. Que aparecen las primeras claridades del nuevo día; que, en la lucha empezada, ellos debían poner tan solo fe, fe hasta la muerte, y que, en cambio, recibirían justicia y buena posición.

A continuación hablaron Lefter, Potolea, Banca, Ifrim, el sacerdote Isihie, Víctor Moga, Tarziu, Hristache Solomon. En último lugar, habló, durante dos horas, mi padre, de una manera perfecta, en cuanto a lengua popular, estilo y profundidad. Después aconsejamos a los campesinos la vuelta a sus aldeas en el orden y calma más perfectos, haciéndoles notar que haríamos un gran servicio a los judíos si esta imponente reunión terminase con un desorden, aunque fuera insignificante. La gente quería llevarnos consigo. De todas partes se nos gritaba:

¡Que Dios os ayude!

Seguidos por el afecto de aquellos campesinos, partimos para Oancea, donde nos separamos. Desde este momento de la concentración de Cahul, mi padre ha entrado en el Movimiento legionario. La gente se dispersó en perfecto orden. Nuestro triunfo era grande, especialmente por la calma y el orden en que se había desarrollado y terminado el acto. Los judíos de Cahul tenían, sin embargo, necesidad, a cualquier coste, de escándalo, de perturbaciones, de desorden, para comprometer la acción y determinar medidas por parte del Gobierno contra ella, Viendo que la gente se dirigía con tranquilidad hacia sus casas, dos judíos ciertamente encargados de ello por el Rabí, rompieron los cristales de sus propias tiendas. De ello se hubieran derivado en la prensa de Sarindar, Dimineatza y Adevarul, los titulares de «grandes devastaciones en Cahul» o «lo que se desprestigia el

país ante el extranjero», etc., si las autoridades y nuestros hombres no los hubieran cogido in fraganti y los hubieran llevado al puesto de policía.

He referido este caso de poca importancia en sí mismo, pero de una inmensa importancia para comprender y conocer los diabólicos sistemas de lucha de los judíos. Son capaces de incendiar una ciudad entera para poder echar su propia culpa sobre el adversario, para así comprometer una acción que, de otra manera, llevaría a la solución completa del problema judío.

Recomiendo por esto a los legionarios que no se dejen provocar, porque nosotros solo con el orden más perfecto podemos triunfar. El desorden no significa el conflicto nuestro con los judíos, sino el conflicto nuestro con el Estado. Ahora bien: los judíos quieren empujarnos a esto, al permanente conflicto con el Estado, porque el Estado, siendo más fuerte que nosotros, si fuéramos atraídos o empujados a la lucha contra el Estado, seríamos vencidos, y ellos permanecerían apartados, como «observadores imparciales».

En Iasi me esperaba mi perro Fragu, que tenía desde 1924, testigo de todas las pruebas y de todas las luchas por las que había pasado. Resolví las cuestiones corrientes de organización, la correspondencia con los grupos, que me presentaba en regla Banea, el jefe de la correspondencia legionaria. Banea comprendía bien mi punto de vista después de dos años de correspondencia, hasta tal punto, que podía resolver muchísimas cuestiones por sí solo en este período en que raramente me encontraba en Iasi.

DE NUEVO EN BESARABIA

No pude permanecer en casa más que una semana, porque los campesinos de Besarabia me habían enviado mensajeros, cartas y telegramas. Se habían acercado a nuestro Movimiento con tanta esperanza y tan religiosamente como nadie puede imaginar.

En dos semanas, después de nuestra concentración de Cahul, las noticias referentes a los legionarios habían corrido como un rayo a través de toda la masa cristiana de la Besarabia meridional, de aldea en aldea, hasta la orilla del Dnister. La idea de que se iniciaba la redención de la esclavitud judía exaltaba el corazón de los campesinos.

Hasta entonces habían concentrado su esperanza en el partido campesino, creyendo que cuando éste llegase al poder obtendrían justicia. Pero después de ocho años de tormentos, de luchas, de esperanzas, habían descubierto algo espantoso: habían descubierto que habían sido traicionados, engañados, y que detrás del nombre de partido campesino se escondían intereses judíos. Era el partido «del campesino rumano con afeites de dueño judío», como lo había definido el profesor Cuza.

Daba para ver hundirse aquella fe en el corazón de los campesinos, cuando después de ocho años comprendían que esa su buena fe había sido engañada.

Henos aquí de nuevo en Beresti, y después, con el auto, en las riberas del Prut, en Rogojeni, donde me esperaban más de doscientos jinetes, al mando de Stefan Moraru y de Mos Cosa, llegados de todos los pueblos cricunvecinos.

Vayamos hasta el Dnister —dijo uno.

Sí, iremos —le respondí.

Se me ocurrió entonces por primera vez la idea de hacer una expedición de gran estilo que comprendiese toda la Besarabia del Sur, desde Tighina a Cetatea Alba.

Vuelto a Iasi, no podía liberarme de aquel pensamiento. ¿Qué hacer para atravesar la Besarabia hasta el Dniester? Un solo problema era difícil: ¿cómo proceder para que las autoridades no se nos opusieran, para evitar batirnos contra el Estado y contra el ejército?

Entonces pensé intentar una nueva organización nacional para combatir al comunismo judío, en la cual entrase también la «Legión de San Miguel Arcángel» y cualquier otra organización de jóvenes sin diferencias de partido. De esta manera calculaba que podríamos introducirnos en Besarabia.

¿Qué nombre dar a la nueva organización? Discutí con los legionarios en la sala del «camin». Algunos decían: «Falange Anticomunista»; otros proponían otras denominaciones. Cranganu dijo: **«Guardia de Hierro»**.

Sea así.

Preparé, por consiguiente, esta acción anticomunista, no antiobrera; porque yo, cuando digo comunistas, entiendo judíos.

Para obtener la autorización para entrar en Besarabia, eliminando así conflictos con las autoridades, después de algunos días pedí audiencia al

señor Vaida Voevod[46], entonces ministro del interior. Después de Ionel Bratianu, era el segundo hombre político de gran valor que veía.

Charlamos durante tres horas. Comprendí que estaba erróneamente informado sobre nosotros y sobre el problema judío, al que no conocía en su verdadera significación.

Creía que éramos alocados que queríamos resolver el problema judío rompiendo escaparates. Le expliqué cómo veíamos el problema judío: un problema de vida o muerte para Rumania; le hice notar su número aplastante e inadmisible y le hice ver cómo habían disgregado nuestra clase media y las ciudades rumanas. Le dije la proporción entre cristianos y judíos existente en Batzi, Chisinau, Cernautzi e Iasi; el peligro que representaban en las escuelas, amenazando disgregar a la clase dirigente rumana y apoderarse de nuestra cultura. Le expliqué también cuál era la solución que veíamos. Comprendió desde el primer momento de lo que se trataba; pero si bien a un hombre de valor no le es necesario mucho para comprender la esencia de las cosas, creo, sin embargo, que no nos podrá jamás comprender completamente, porque los ojos de 1890 no ven de la misma manera que los de 1930. Hay llamadas, hay exhortaciones, hay mudos mandatos que solo la juventud oye y comprende, porque solo a ella se dirigen. Cada generación tiene su misión en el mundo. Por esto quizá no tenía suficiente confianza en nosotros.

Obtuve el permiso para la marcha de Besarabia, bien entendido que después de comprometerme a mantener el más perfecto orden.

Algunos días después dirigí un manifiesto a toda la juventud del país.

AGITACIÓN EN EL MARAMURES

Empezaron, entre tanto, grandes agitaciones en Maramures, otro rincón de tierra rumana sobre el cual la muerte había extendido sus alas. Allí los judíos han invadido las aldeas y se han posesionado de las tierras y de los montes. Los rumanos, reducidos al estado de esclavitud, se retiran, poco a

[46] Alexandru Vaida Voevod. Luchador nacionalista transilvano, ha combatido por la emancipación de Transilvania. Es un hombre transilvano, que se unió con el partido campesino, ha llegado a ser miembro destacado del partido nacional campesino.

paso frente a la invasión judía, y desaparecen, dejando lentamente sus tierras, heredadas de Dragos Voda, en las manos de los invasores. Ningún Gobierno se interesa por ellos; ninguna ley los defiende.

Al comienzo de junio de 1930, ante la puerta de mi casa en Iasi, se paró un carro con dos caballos, del que descendieron dos sacerdotes y un joven campesino.

Los recibí en casa. Se presentaron: eran el sacerdote ortodoxo Ion Dumitrescu, el sacerdote unido Andrei Berinde y el campesino Nicoara.

Venimos de Maramures. Viajamos desde hace dos semanas; los dos somos sacerdotes en Borea, uno unido y el otro ortodoxo. No podemos resistir la pena que nos dan los infelices rumanos de Maramures. Hemos enviado escritos y más escritores dirigiéndolos adonde se nos ocurría: al parlamento, al gobierno, a los ministros, a la regencia, sin obtener ninguna respuesta. No sabemos ya qué hacer. Hemos venido aquí, a Iasi, para rogar a los estudiantes rumanos que no nos abandonen. Hablamos en nombre de los millares de campesinos de Maramures que están al borde de la desesperación. Somos sus sacerdotes y no podemos cerrar los ojos ante lo que vemos. Nuestra raza se muere, y a nosotros se nos destroza el corazón.

Los albergué algunos días y les dije:

La única solución que veo es la de organizarlos y buscar la manera de elevar su moral. Que sepan que no luchan solos, que nosotros los sostenemos, que luchamos para ellos y que su suerte depende de nuestra victoria.

Inmediatamente les envié, para organizarlos, a Totu y a Eremeiu, y más tarde a Savian y a Dumitrescu Zapada, Millares de campesinos de Borsa y de todos los valles se enrolaban en la organización.

Los judíos se dieron cuenta del peligro de un renacimiento rumano e iniciaron las provocaciones. Viendo que el sistema no les daba resultado, recurrieron a un medio infernal: incendiaron Borsa y echaron la culpa a los rumanos. Los periódicos judíos empezaron inmediatamente a escandalizar, a exigir medidas enérgicas contra os rumanos que querían hacer «progroms».

Los dos sacerdotes fueron asaltados por los judíos, insultados, golpeados, perseguidos durante varios kilómetros y apedreados. Finalmente, fueron detenidos como agitadores y encerrados ambos en la prisión de Sighetul Marmatziei. Fueron también detenidos Savin, Dumitrescu Zapada y algunas

decenas de los campesinos más conocidos. Totu y Eremieu fueron también detenidos en Dorna y encerrados en la prisión de Campul Lung. El Adevarul y Dimineatza iniciaron una gran campaña de mentiras y de infamias a costa de los sacerdotes y de los detenidos.

Todas nuestras protestas, telegramas, escritos, etc., no obtuvieron el menor resultado, a causa del alboroto, del escándalo y de las presiones judías.

LA MARCHA DE BESARABIA

20 de julio de 1930.

Preparando la marcha que debíamos hacer, publiqué su orden en *La tierra heredada,* de la que extraigo lo siguiente:

«Camaradas:

1. Vamos a pasar el Prut al son del viejo himno de la unidad rumana: *Hai sa dan mana cu mana, cei cu inima romana*. (Arriba, tomémonos de la mano los que tenemos corazón rumano).

Vamos a hacer una visita a las aldeas entre el Prut y el Dniester, a llevarles nuestros cantos y a abrazar "Fratzie" de legionarios con los descendientes de Esteban el Grande.

2. Duración de la marcha: un mes.

3. Formación en siete columnas poderosas con 20 kilómetros de intervalo.

4. Se pasará el Prut por siete lugares. La columna de la derecha, con dirección y objetivo a alcanzar: Cetatea Alba; la columna de la izquierda, con dirección y objetivo: Tichina.

5. Modo de avanzar: Marcha a pie desde el Prut hasta el Dniester.

6. Fecha de la partida: El 20 de julio por la mañana. El paso del Prut, a la hora que se anunciará».

Apenas los judíos tuvieron conocimiento de que queríamos entrar en Besarabia para despertar la conciencia de los rumanos, la prensa israelita desencadenó contra nosotros un huracán de calumnias. Calumnias, mentiras, instigaciones se lanzaron sobre nosotros sin interrupción durante un mes.

De estos ataques no se libró ni siquiera el señor Vaida.

Los judíos pedían que fuese inmediatamente eliminado del Ministerio del Interior, o, mejor, «echado al mar», por la audacia de habernos permitido a nosotros, jóvenes rumanos, entrar en Besarabia a llevar una buena palabra rumana de consuelo y esperanza a nuestros ancianos y nuestros hermanos del otro lado del Prut.

La Besarabia estaba entregada económica y políticamente en absoluta posesión a los judíos. Cualquier tentativa de emancipación rumana, cualquier leve golpe a esta odiosa dominación, era considerado como un crimen. Bajo la presión de los ataques y de las maniobras judías la marcha de Besarabia fue prohibida precisamente en el día en el cual los legionarios se habían encaminado hacia el Prut desde todos los lugares del país.

Lancé entonces en la capital la siguiente protesta:

«Legión de San Miguel Arcángel», «Guardia de Hierro»

Una llamada y una advertencia

«Rumanos de la capital:

La marcha de la "Guardia de Hierro", que debía tener lugar en Besarabia, ha sido prohibida. Los enemigos de una Rumania sana y fuerte han triunfado. Los sucios judíos de Sarindar, de Lupta, de Adevarul, de Dimineatza, estos envenenadores del alma rumana hace un mes que amenazan, hace un mes que insultan, hace un mes que nos abofetean en nuestra propia casa.

Estas garrapatas, aferradas al seno de nuestra nación, se han transformado en monopolizadores de la comprensión de todo interés superior de la Patria y en censores, no invitados, de todos los actos del Gobierno.

En Turda han pedido al Gobierno que prohíba nuestra concentración porque se incendiaría el Ardeal; en Cahul, porque empezaría la revolución en Besarabia; en Galatzi, porque daría lugar a matanzas y "progroms".

En todas partes se han revelado como vulgares provocadores, mientras la Legión ha mantenido un orden y una disciplina perfectos.

Hoy nos dirigimos hacia el Dnister para que Besarabia vuelva los ojos hacia Bucarest. Pero a estos mercenarios del comunismo no les conviene.

Besarabia debe continuar como presa del Bolchevismo y mirar hacia Moscú, para que ellos puedan continuar aterrorizando, desde la región comprendida entre el Prut y el Dnister, a la política rumana.

Rumanos:

Los politicastros venales y perversos, esta podredumbre que infecta nuestra vida, los secundan, por cálculo mezquino de intereses electorales y por un degradante espíritu de servilismo, en su obra de desmembrar al país y de extranjerizar nuestra tierra. Espíritu y cálculo que han puesto a Rumania, desde hace sesenta años, en manos de gentes venidas de más allá de nuestras fronteras.

¡Estad atentos!... ¡Los mártires de Maramures y de Bucovina se alzan entre nosotros! ¡Lloran por los caminos y por los campos la esclavitud en que los ha arrojado la infamia de todos los dirigentes del país, no porque los hayan olvidado, sino porque los han vendido!

¿No os parece, cuando menos, extraño, que en este país no se haya levantado una sola voz para decirles una palabra de consuelo? ¿No os parece, cuando menos, una imprudencia reducir toda la cuestión de Maramures a los "provocadores" Nicolae Totu y Eremeiu? ¿Son ellos los culpables? Y los políticos que desde hace doce años diariamente no hacen otra cosa que engañar, ¿no son culpables? Y los cientos de miles de extranjeros, judíos, que han caído como una plaga de langostas a arrancarles la tierra heredada de sus antepasados y a hacerlos esclavos, ¿no son provocadores, no son instigadores? Y los señores de Sarindar, que envilecen nuestro orgullo de ser los dueños de esta Patria, ¿no son provocadores?

Rumanos:

He aquí un ejemplo típico, en el cual se puede ver la auténtica causa de los "desórdenes" de Bucovina y de Maramures:

El Universal del 17 de julio de 1930 publica la siguiente estadística: En Cernautzi: niños de edad de ir a la escuela elemental, 12.277, de los cuales rumanos (hembras y varones) hay 3.378, y el resto, hasta 8.825, extranjeros. ¿Qué otra prueba deseáis de la opresión de los rumanos del norte? ¿Dónde otra prueba deseáis de la opresión de los rumanos del norte? ¿Dónde queréis que se refugie, frente a esta irrupción gigantesca y homicida, el alma de la raza rumana? La denigráis, la golpeáis, la ofendéis como si se sublevase por el pan y por las malas condiciones económicas, cuando se levanta para

defender la existencia del rumanismo en la frontera del norte. No se ha encontrado ningún hombre político que diga a Su Majestad la verdad:

¡Majestad!

Estos infelices no piden pan: piden justicia. Piden la libración del alma rumana, que está a punto de morir sofocada en el Maramures y Bucovina. Piden medidas contra los cientos de miles de judíos lustrosos, gordos y blancos como gusanos, que insultan cada día a su pobreza bajo la protección de las autoridades rumanas.

Ellos saben bien, señores periodistas, que no es con manifestaciones violentas como podrán resolver semejante problema; pero llegados al colmo de la paciencia, queren imponer un gobierno rumano en Rumania, forzar la creación de leyes rumanas; quieren leyes de protección del elemento rumano en Rumania.

Señores de Sarindar:

¿Queréis quizá con los incesantes insultos, con los que agraváis al alma rumana, verme cualquier día al frente de los santos rebeldes de Maramures? Sabed que en aquel momento habrá sonado vuestra hora y habrá sonado también la hora de vuestro funeral.

En cualquier caso, si las leyes os parecen insuficientes para poderos calmar, yo declaro que tengo fuerzas bastantes para hacerlos volver a vuestro lugar y para haceros comprender en qué país vivís.

Si no os calmáis, empujare contra vosotros todo aquello que esté vivo en nuestro país, decidido a luchar con todas las armas que la inteligencia me sugiere.

Rumanos:

Una nueva Rumania no puede salir de las filas de un partido, de la misma manera que la gran Rumania no ha salido de los cálculos de los politicastros, sino de los campos de Marasesti y del fondo de los valles batidos por tempestades de acero.

Una Rumania nueva no puede salir más que de la lucha, del sacrifico de sus hijos.

Por esto no me dirijo hoy a los políticos, sino a ti, soldado: ¡Levántate! ¡La historia te llama de nuevo! Tal como estás, con tu brazo roto, con tu pierna destrozada. Deja que tiemblen los impotentes y los cobardes.

Vosotros lucháis virilmente.

Pronto la "Guardia de Hierro" os llamará a una gran reunión en Bucarst para la defensa de los hermanos de Maramures, hijos de Dragos Voda, y de los de la Bucovina, hijos de Esteban el Grande y el Santo.

Escribid en vuestras banderas: los extranjeros nos han desbordado. La prensa, vendida al extranjero, nos envenena. Los politicastros nos asesinan.

Tocad las trompas de alarma. Tocad con todas vuestras fuerzas.

En el momento en el cual los enemigos nos atacan y los políticos nos venden, rumanos, gritad febrilmente, como por los senderos de los montes en la hora de tempestad:

¡Patria! ¡Patria! ¡Patria!»

Corneliu Zelea Codreanu, jefe de la Legión.

EL ATENTADO CONTRA EL MINISTRO ANGHELESCU

Julio de 1930

La tarde del día en que había hecho fijar el manifiesto, me encontraba en el Centro estudiantil charlando con algunos estudiantes. Se presentó el joven Beza, que, en un momento dado, se arrancó el distintivo de la organización «Vlad Tzepes» y lo tiró a la calle:

De hoy en adelante no tengo nada que ver con «Vlad Tzeptes»; presento mi dimisión.

Este gesto no me impresionó; la liga «Vlad Tzepes» me había parecido poco seria, y especialmente la juventud «Vlad Tzepes», de la que había dudado desde el primer momento. Una dimisión de esta «juventud» me dejaba completamente frío.

Después de algún tiempo el joven intervino de nuevo en la conversación, diciendo que quería ser legionario si yo no tenía nada que oponer. Le di una respuesta vaga para evitar la negativa. El dogma legionario me impone la máxima reserva ante toda nueva petición de ingreso en la Legión, y tanto más en el caso presente.

Algunas semanas antes había visto ya a Beza en un pequeño restaurante, donde me había preguntado si no hubiera hecho yo bien matando a Stere. Yo no le tomé en serio ni siquiera entonces.

Cuando nos fuimos me invitó a ir a dormir a su casa, ofrecimiento que rechacé, yendo a dormir a casa de los estudiantes de Medicina. Al día siguiente, aproximadamente a las doce, oigo los gritos de los vendedores de los periódicos: «El atentado contra el ministro Anghelescu». ¿Quién? Beza. ¿Cómo? Ha disparado varias veces, sin herir a la víctima más que superficialmente. ¿Por qué? No lo sabía. Me intereso y oigo: conflicto entre Macedoni y Anghelescu sobre el tema «Leyes de la nueva Dobrudja». No he conocido jamás a Anghelescu, como no le conozco y no le he visto ni siquiera hasta hoy. Dos días después fui llamado a la Instrucción. En los bolsillos de Beza se había encontrado manifiestos de la «Guardia de Hierro». Expliqué al Juez instructor y declaré en mi deposición que no tenían relación alguna con él y que ni siquiera conocía el motivo que le había empujado. Fui dejado en libertad. Pensaba: He aquí cómo una acusación no merecida puede alcanzar a un hombre. Si hubiera aceptado la invitación de Beza de dormir en su casa, sería para todos el autor moral del atentado. Cualquier argumento expuesto por mí no hubiera sido atendible, mucho menos cuando lo ocurrido coincidía con la prohibición de la marcha de Besarabia.

Al día siguiente, con gran sorpresa por mi parte, leí en Dimineatza, en grandes caracteres: «Corneliu Codreanu condena el acto de Beza». Me quede asombrado. Fui al juez de instrucción, al que dije: «Señor juez: estoy maravillado de que haya podido salir de aquí, de usted, de un sumario secreto, una información inexacta; yo no he condenado la acción de Beza; no me corresponde a mí condenar la acción de Beza».

«No he dado ninguna información. Son invenciones de la prensa».

¿Pero puedo dejarme manejar por la prensa judía? Incluso si he conocido a alguien por pocos minutos, incluso si no he tenido ningún género de relación con él, nadie puede forzarme a que me precipite como un canalla sobre él en un momento semejante y que le condene. No quiero. Pueden hacerlo todos excepto yo, porque no sé ni siquiera de lo que se trata y porque mi pasado, en el cual me he encontrado en la misma situación de tener que disparar, me ha quitado el derecho de condenar a los demás. Daré un nuevo aviso.

Y el mismo día hice imprimir un manifiesto, que difundía en la capital:

Segunda advertencia.

«Ya que la prensa ha osado de nuevo a mixtificar la verdad, sosteniendo que yo he "condenado el gesto de Beza", estoy obligado a hacer las siguientes aclaraciones:

Si el señor ministro Anghelescu tiene razones para ser defendido creo que, por lo menos, tiene el joven Beza, tanto frente a la justicia como ante el alma rumana.

Declaro que no intento asumir la defensa del primero estigmatizando al segundo, sino que, por el contrario, defenderé al joven Beza y a su causa con todas mis fuerzas y con todo el calor de mi alma.

Y vosotros, los de Sarindar, escribid en la columna de las cuentas a saldar esta segunda advertencia».

Corneliu Zelea Codreanu.

Como consecuencia de este segundo aviso, mis relaciones con el señor Vaida se rompieron. El señor Vaida se la tomó conmigo. Pero yo no podía proceder más que así, como me dictaba la conciencia.

Llamado nuevamente al juzgado, fui detenido. Heme aquí otra vez, por tanto, en el coche celular camino de Vacaresti.

En el mismo coche iban otros siete jóvenes, con los cuales hice amistad: Papanace, Caranica, Pihu, Mamali, Antón Ciumeti, Ficata y Ghetzea. Habían lanzado un manifiesto de solidaridad con Beza. Volví a pasar por las mismas puertas que site años antes, con otros cinco camaradas, y, por casualidad, fui llevado a la misma celda en que había estado. Al día diguietne fui a la iglesia a hacer una visita al icono de San Miguel Arcángel, del cual nos habíamos separado siete años antes, cuando todavía érmos niños.

Aquí, en la prisión, tuve ocasión de conocer a estos jóvenes, salidos de los montes del Pindo. Cultura elevada, gran altura moral, buenos patriotas, tipos de combatientes y de héroes: hombres de sacrificio.

Aquí vi desde cerca la gran tragedia de los macedo rumanos, esta rama rumana que desde millares de años, sola, aislada en sus montes, defiende, con las armas en la mano, su lengua, su nacionalidad y su libertad.

Conocí entonces a Sterie Ciumeti, que Dios ha elegido, por su amor puro y bueno como el rocío, para ser, con su trágica muerte y con su tortura, el mártir más grande del Movimiento legionario de Rumania[47].

Allí nuestros pensamientos y nuestros corazones se hermanaron para siempre: hubiéramos luchado juntos por toda nuestra raza, dese el Pindo hasta más allá del Dniester.

Ni las súplicas ni las peticiones o las tentativas hechas acerca del gobierno, sordo para los rumanos del otro lado de las fronteras y de aquí, sino solo una nación rumana fuerte y deña de sus destinos podría resolver en todas partes todos los problemas rumanos. Entonces estos rumanos, dispersos por el mundo, volverían a su Patria. Porque hay necesidad de la sangre de todos ellos aquí, donde el rumanismo lucha con la muerte. Y es conveniente que se sepa cómo en esta lucha es posible que hayan existido gobiernos que han abierto las puertas del país a millares de judíos y al mismo tiempo han prohibido la entrada a rumanos de más allá de las fronteras.

Todas las fuerzas ocultas estaban en guardia para que, haciendo presión sobre la justicia, se obtuviese mi condena. Mi nuevo arresto y prisión en Vacaresti había creado un estado de gran satisfacción en las filas de los judíos. Era atacado e insultado en todos los periódicos por cualquier judiucho descarado, y me atacaban también los periódicos rumanos al servicio de los partidos para complacer a los judíos.

Fijada la fecha del proceso, empezaron los acostumbrados preparativos. Esperaba a Nelu Ionescu, que me había defendido en todos los procesos a partir de 1920 y que debía venir de Iasi. Accediendo a los ruegos de los

[47] Detenido en la noche del 30 de diciembre de 1933, Sterie Ciumeti, aunque inocente de los disparos contra el primer ministro I.G. Duca, fue torturado y asesinado en la jefatura de Policía de Bucarest, y luego arrojado a las aguas heladas de Dambovita por orden de las autoridades responsables del Ministerio del Interior. Después fue enterrado en secreto, para luego ser desenterrado clandestinamente y nuevamente enterrado en circunstancias siniestras por representantes «no identificados» del orden público. Este innoble crimen permaneció impune por mucho tiempo. El primer juicio resultó inútil: en una parodia de juicio, el tribunal de primera instancia de Bucarest absolvió a los criminales, mientras las autoridades presionaban a los testigos, a los jurados, a los abogados e incluso a la viuda de Ciumeti. Años más tarde se hizo justicia: los dos comisarios de policía responsables de su muerte, Ion Panova y Aurelian Negrescu fueron asesinados.

estudiantes, se había inscrito también como mi defensor el señor Mihail Mora.

Mi proceso fue, como siempre, un ataque judío para obtener la condena: «Aunque sea una pequeña condena», pedían los judíos del Adevarul, con el propósito de que se pudiera decir que el movimiento por mí dirigido era anárquico y usaba medios ilegales de acción.

Los judíos pululaban por las salas del Ministerio de Justicia intentando hacer toda clase de presiones; pero frente a ellos la Magistratura rumana se mantuvo justa e inflexible y fui absuelto. El fiscal, sin embargo, recurrió en apelación, y por consiguiente, continué todavía en Vacaresti.

Aumentaron entonces las presiones y la intervención de la potencia judía. El procurador Praporgescu, en la vista del juicio en apelación, para complacerlos, me hizo sentar en el mismo banco de los estafadores. Durante tres horas se dedicó a juzgar a éstos, en tanto que yo era objeto de las miradas irónicas y provocadoras de decenas de judíos.

En último lugar se trató mi causa. Me defendieron también aquí el señor Mihail Mora y Nelu Ionescu. El proceso terminó con una nueva absolución, y después de casi mes y medio de cárcel fui puesto en libertad y volví a casa.

Después de esto, Nelu Ionescu, Garneatza, Motza Ibraileanu y yo nos dirigimos con la camioneta hacia Sighetul Marmatie para interesarnos por la suerte de aquellos dos sacerdotes que se encontraban reducidos a la más terrible miseria.

El sacerdote Dumitresu tenía a su mujer enferma y dos niños pequeños: una casa sin pan, sin dinero, sin medicinas, a merced de la piedad de los hombres. Esta era la suerte de los sacerdotes cristianos alzados en defensa de la Cruz, de la Iglesia y de su raza. Igualmente triste era la suerte de los otros diez campesinos arrestados.

Fuera triunfaban los judíos. Se reunían en el país y en el extranjero; el gobierno consignaba fondos para los «infelices judíos» de Borsa, para que se hicieran nuevas casas de piedra, de una planta, mientras los pobres campesinos rumanos comían pan de serrín mezclado con harina de avena.

Yo que vi entonces a este Maramures rumano gemir y debatirse entre las garras de la muerte, no puedo sino aconsejar a todos los políticos rumanos, a los profesores, a los sacerdotes, a los estudiantes, a los alumnos de las escuelas y a los defensores de la humanidad que vienen a censurar nuestra

vida política: «Ir todos a visitar Maramures. Elegid como árbitro a un hombre cualquiera de cualquier parte del mundo y decid si es admisible lo que ocurre en Maramures».

Cuatro meses después, los sacerdotes fueron trasladados a la prisión de Satul Mare; allí tuvo lugar su proceso, en el cual estaban también complicados 50 campesinos y campesinas, con sus niños en brazos, y 20 judíos.

En este proceso asumieron, junto conmigo, la defensa de los rumanos el profesor Catuneanu, Ion Motza y un abogado del lugar; cuatro abogados judíos defendían a sus 20 acusados. Después de ocho días todos fueron absueltos por falta de delito.

DISOLUCIÓN DE LA LEGIÓN DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL Y DE LA GUARDIA DE HIERRO

31 de enero de 1931

Entre tanto, el señor Vaida, bajo la presión de los ataques judíos, fue separado del Ministerio del Interior, y obedeciendo a la misma presión, sustituido por el señor Mihalache, el cual, con aun manifestaciones de los últimos tiempos, dejaba entrever que no vacilaría en emplear, con respecto a nosotros, métodos de «mano dura». El momento había llegado.

El joven Dumitrescu Zapada, que había sido arrestado en Sighet, exasperado por las mentiras, los ataques y las injurias de la prensa judía, sin consultar con nadie y sin decir a nadie una sola palabra, se armó de un revólver, salió para Bucarest, entró en el despacho de Socor e hizo fuego sobre éste. El revólver estaba, sin embargo, estropeado y al segundo disparo se terminó de estropear.

Estábamos en el período de las fiestas de Navidad, y desde hacía un año no había estado en mi casa ni siquiera un mes. Quería pasar las fiestas con mi familia. Me encontraba en Focsani y me disponía a emprender el viejae cuanod leí en los periódicos lo sucedido en Bucarest. Fui inmediatamente llamado por el juez instructor Popadopol. Resultó que no tenía nada que ver con lo sucedido y me dejaron marchar. Retorné a Focsani, donde por orden

del señor Mihalache, y sin ningún motivo, fui rodeado por la policía, en casa de Hristache Solomon, y durante ocho días no pude salir.

El señor Mihalache había disuelto la Guardia de Hierro y la Legión por un decreto del Consejo de Ministros.

Se hicieron registros de todas las organizaciones, secuestraron todos los escritos y se fijaron sellos en nuestros locales. En casa, tanto en Iasi como en Husi, vinieron a hurgar incluso las almohadas y los colchones. Era la quinta vez que se me revolvía la casa, quitándome todo lo que tenía relación con el movimiento, incluso los más pequeños apuntes. Sacos enteros, llenos de actas, de cartas y de papeles, fueron recogidos en nuestras casas y llevados a Bucarest. Pero ¿qué podían encontrar en nosotros de ilegal y comprometedor? Trabajábamos a la luz del día, y todo lo que teníamos que decir lo decíamos en voz alta. Nuestra fe la confesábamos cara al mundo entero.

Desde Focsni, el 9 de enero, fui conducido por los agentes a Bucarest, y allí, después de un interrogatorio de doce horas, arrestado y enviado nuevamente a Vacaresti. Al día siguiente fueron también llevados allí los legionarios de las provincias donde habíamos trabajado más: Lefter, de Cahul; Banea, de Iasi; Stelescu, de Galatzi; Amos Pop, de Turda; Totu y Danila.

Un nuevo y duro golpe había sido dado en la parte vital de una organización rumana que no había hecho nada ilegal, sino que había intentado alzar la frente contra la hidra judaica. Una nueva tentativa hecha por la raza para levantarse, mediante su elemento juvenil, de la esclavitud, fracasaba bajo los golpes de un rumano, ministro del interior, entre los aplausos unánimes de los judíos del país y del extranjero.

Esta vez se desencadenó implacable la furia de destrucción contra nosotros. No se ahorraron medios ni infamias. Y no éramos culpables de nada. Llegaban hasta nosotros los periódicos judíos, que nos atacaban con violencia, burlándose de nosotros y de la verdad, y no podíamos hacer nada, no podíamos responder nada.

Con los brazos cruzados, entre las cuatro paredes de una prisión, nos llovían los insultos y las acusaciones a más abominables.

Para dar una idea de la infamia de la prensa judía de aquel tiempo puede bastar, entre los múltiples intentos realizados con propósito de levantar

contra nosotros a la opinión pública y de forzar nuestra condena, que yo reproduzca esta falsedad, divulgada por el periódico Dimineatza y después reproducida y comentada por los demás.

Declaro inmediatamente que jamás he conocido, escrito o firmado semejante orden; no me pertenece ni siquiera una palabra. Ha sido totalmente inventada por los judíos y la reproduzco íntegramente, tal como apareció, con comentarios, en el periódico Dimineatza:

«Un documento edificante

En relación con los fines y medios usados por la organización de San Miguel Arcángel, estamos en condiciones de publicar un documento sensacional emanado de la Legión de Iasi.

Se trata de una circular enviada a Campul Lung y a Lodosul Mare por parte de la "Legión Arcángel San Miguel", de la capital de Moldavia.

"Legión de San Miguel Arcangel"
Sede de Iasi (Rapa galbena)
Caminul cultural Cristiano
245/930 ad circolandum
Para las respuestas dirigiros a Corneliu Zelea Codranu
Calle de las Flores n° 20 Iasi.
Al
II° Batallón Campul Lung
III° Batallon Lodosul de Mures

Tenemos el honor de poner en vuestro conocimiento lo que sigue:

Considerando que tanto las autoridades civiles como las militares han disminuido su vigilancia por el hecho de que hemos intervenido cerca de personajes de altura, debemos redoblar nuestros esfuerzos de propaganda y de instigación aprovechando esta ocasión, ya que no estamos seguros de que un día no puedan volverse contra nosotros. Por consiguiente, sin ninguna vacilación ni pérdida de tiempo haréis lo que sigue:

1° Formularéis cuadros de compañías y pelotones con todos los legionarios que han prestado juramento. Estos cuadros los presentaréis a la

Legión antes del 1 de noviembre del corriente y se centralizarán después por regiones.

2° El segundo batallón convocará en Campul Lung a los principales jefes, Robota, Popescu, Serban, Despa, y con el mayor secreto, al comisario Bubert, Vatra Dornei y al jefe del puesto Poiana Stampii, Paduraru Gheorghe. Les comunicaréis que la Legión ha tomado acuerdos para el cambio de los planes de trabajo. De ahora en adelante, trabajaréis mediante conspiraciones absolutamente secretas, no se celebrarán reuniones públicas ni se hará propaganda; tomaréis contacto con todos los legionarios, jefes de células, haciéndoles saber que continúen manteniendo el espíritu de revuelta entre los campesinos.

El golpe decisivo se dará este otoño, con ocasión del cambio del gobierno Mironescu.

3° El tercer batallón convocará al profesor Matei, Víctor Moga, Tanase Moga y al comandante del pelotón de Grindeni de Urca, y llamaréis también al comerciante Moldovan. En secreto se llamará al sargento instructor gendarme Constantin, del puesto de Ludos, haciéndoles idénticas comunicaciones que las marcadas al segundo batallón.

4° Dos veces por semana reuniréis a la juventud legionaria para hacer ejercicios en el campo o en otros lugares, preparándola, enardeciéndola, y explicándole nuestra magnífica finalidad.

5° El jefe del Gran Estado Mayor del tercer batallón terminará lo más pronto posible los trabajos de que fue encargado verbalmente y por la orden secreta número 7/1930; en el caso en que "Ecrasite" no sea suficiente, pedriá nuevamente al personal conocido.

6° Por correo informaréis al doctor Iosif Ghizdaru, de Sighisora, de todo lo anterior, enviándole también una información detallada sobre la actividad de Ludos. En Sighisoara será creado el cuarto batallón, bajo el mando del doctor Ghizdaru.

Quemaréis estas órdenes tan pronto las recibáis.

Sed prudentes; un ejército de espías judíos está sobre la pista de nuestras actividades. No hablad, no recibáis a nadie que no tenga mi firma.

¡Arriba los corazones, viva la Legión, y Dios con nosotros, adelante!

Iasi, 7 de agosto de 1930.

El comandante de la Legión, Corneliu Zelea Codreanu.

El jefe del Estado Mayor y secretario, Garneatza.

Resulta claramente de esta circular que la "Legión San Miguel Arcángel" ha preparado acciones criminales, aproximándose para esto a algunos funcionarios públicos.

Aunque con retraso, las autoridades tienen el deber de identificar absolutamente a todos los funcionarios públicos que se han puesto al servicio de la criminal acción de la "Legión de San Miguel Arcángel" y de aplicar las más severas sanciones».

* * *

Me daba cuenta de que la situación era grave. La organización, disuelta; los locales, sellados; registros por todas partes.

La opinión pública, completamente confundida por los gritos de los judíos y por las acusaciones que éstos acumulaban sobre nosotros, tendía a tomar como cierta toda esta odiosa propagada.

Además, en la prisión, miseria, frío, humedad, falta de aire y de luz y falta de mantas. Era necesaria una fuerte intervención para que pudiéramos obtener paja con que rellenar las colchonetas, y esteras para cubrir la humedad de las paredes. El año 1931 lo empezamos en la cárcel, bajo una lluvia de mentiras, insultos y ataques de todas clases por parte de los judíos.

También esta vez acompañé a los nuevos camaradas que eran mis compañeros en la nueva prueba a ver el icono y todas las otras cosas tan llenas de recuerdos para mí. La prueba era ciertamente grave también para ellos, pero tenían una responsabilidad limitada a ellos mismos y mucho más pequeña. El blanco que era preciso aniquilar y destruir era yo.

Comprendí que de nuevo se reunían negras nubes sobre nosotros; de nuevo y con mayor exasperación se precipitaba sobre nosotros un mundo enemigo que quería perdernos. El único sostén en medio de estas maniobras infernales y estos gigantescos asaltos lo encontré en Dios. Empezamos a ayunar, con ayuno absoluto, todos los viernes, y a leer cada noche a las doce el Himno a la Virgen.

Fuera, los legionarios de la capital, y a su frente Andrei Ionescu, Ion Belgea, Iordache, Doru Belimace, Víctor Chirulescu, Cotiga, Horia Sima,

Nicolae Petrascu, Iancu Caranica, Virgil Radulescu, Sandu Valeriu, hacían esfuerzos gigantescos para iluminar a la opinión pública, despistada por los informes de la prensa de Sarindar.

Al mismo tiempo, el devoto e inconmovible Fanica Anastescu, siempre presente en todas las pruebas por las que he pasado, procuraba mejorar nuestras condiciones materiales en la prisión.

He aquí la culpa que se me imputaba con la

Orden de arresto núm. 194.

Considerando las actuaciones de procedimiento penal extendidas contra Corneliu Zelea Codreanu, Abogado de Iasi, de treinta y un años de edad, acusado de haber intentado iniciar una acción contra la forma de gobierno establecida por la Constitución y de provocar agitaciones de las cuales podría resultar un peligro para la seguridad pública con la organización de duna asociación titulada «Legión de San Miguel Arcángel», «Guarida de Hierro», con la finalidad de instaurar un régimen dictatorial que debía ser impuesto en el momento por él designado utilizando medios violentos, y que preparaba a sus afiliados mediante una institución de tipo militar con órdenes, orientaciones y discursos, así como con publicaciones, avisos, emblemas, discursos en reuniones organizadas o en reuniones públicas.

Considerando que este hecho está previsto en el artículo 11, capítulo II de la ley para la represión de infracciones contra la tranquilidad pública, con reclusión de seis meses a cinco años y con la multa de 10.000 a 100.000 leis y con intervención correccional.

Considerando que de las investigaciones realizadas resulta indicio grave de culpabilidad contra Corneliu Zelea Codreanu, y que para impedir que éste se comunique con informadores o testigos que deben ser interrogados, como también en interés de la seguridad pública, es oportuno para la instrucción que el referido acusado, hasta nueva disposición, sea detenido en estado de arresto.

Oídas las conclusiones del procurador Al. Procop Dumitrescu y vistas las disposiciones del artículo 93 del procedimiento penal.

Por este motivo.

Ordenamos a todos los agentes de la fuerza pública que, ateníendose a la ley, arresten y conduzcan a la prisión de Vacaresti a Corneliu Zelea Codreanu.

Dado en nuestro despacho, hoy 30 de enero de 1931.

El juez instructor, Stefan Mihaescu.

(Procedimiento núm. 10-1931)

EL PROCESO

Viernes 27 de febrero de 1931.

Esta lluvia de acusaciones duró ininterrumpidamente cincuenta y siete días, difundiéndose diariamente en millones de prospectos en ciudades y aldeas. Ninguna posibilidad de responder, ningún rayo de esperanza en ninguna parte. Imposible ocuparse de nuestra defensa y denunciar el complot judío urdido para obtener nuestra condena y sepultar con nosotros al movimiento.

Asistimos al espectáculo de las autoridades, procuradores, seguridad pública y de este señor Mihalache, ministro del Interior, que sabiendo por las averiguaciones hechas que no éramos culpables, que no se nos había encontrado ningún depósito de municiones, de armas, de dinamita, etc., se complacen en mantener esta situación infame, dejándonos expuestos a los insultos y a las burlas de los judíos y manteniéndonos arrestados para que no pudiéramos defendernos.

Estando en juego la seguridad del Estado, tenían el deber elemental de tranquilizar a la opinión pública con un comunicado en el cual se hubiera dicho que no era verdad que la policía hubiera descubierto depósitos de municiones y que el país estuviese en vísperas de una guerra civil.

En tal situación, el proceso se fijó para el viernes 27 de febrero.

Parte de los Abogados era del parecer de retardar el proceso, dada la atmósfera demasiado cargada, y de presentar testigos, al menos entre los agentes de seguridad, que fueron obligados bajo juramento a declarar la verdad.

Rechazamos la propuesta y nos presentamos a juicio sin ningún testigo.

Preside el consejero Buicliu, ayudado por los jueces G. Solomonescu e I. Costin, siendo Fiscal Procop Dumitrescu.

Nos defienden el profesor Nolica Antonescu y los señore Mihail Mora, Nelu Ionescu, Vasiliu Cluj, Motza, Garneatza, Croneliu Gerogescu e Ibraileanu.

El público y los Magistrados esperaban ver aparecer la prueba contra nosotros, las bombas, los depósitos de municiones, de armas y dinamita.

Nada, absolutamente nada. En media hora, después de nuestro interrogatorio, se había hundido toda la farsa. Finalmente habíamos podido hablar, sofocados por la indignación que durante dos meses, hora por hora, se había acumulado en nosotros. Todo aquel montón de mentiras se diluía ante la verdad, todas las cadenas con que nos habían ligado caían. Fuimos defendidos de manera brillante por nuestros abogados. El proceso continuó al día siguiente.

El veredicto fue retrasado algunos días.

En la fecha fijada fuimos conducidos de nuevo ante el tribunal, donde se nos leyó la sentencia: éramos absueltos por unanimidad. (Sentencia penal núm. 800).

He aquí en qué términos la sentencia de absolución presentaba las razones por las cuales la «Legión de San Miguel Arcángel» había sido llevada a juicio después de haber sido anteriormente disuelta:

«Considerando que, según lo demostrado por el fiscal jefe se deduce del sumario, realmente se reclutaban afiliados solo entre gente resuelta, hombres, mujeres y niños; entre campesinos y estudiantes; que se hablaba de nidos legionarios y de "águilas blancas"; que se trataba de un noviciado, de un juramento o pacto compuesto de cinco leyes fundamentales, de las cuales una era guardar el secreto; que la Legión estaba organizada militarmente, con su uniforme, su cinturón y su tahalí; con programas de educación física y de instrucción militar, ejercicios de comunicación con banderas y conocimientos del alfabeto Morse, etc.

No resultando, sin embargo, que los que reclutaban o eran reclutados hayan emprendido ninguna acción contra la actual forma de gobierno establecida por la Constitución, y tampoco una acción de la cual resulte un peligro para la seguridad del Estado; que el simple hecho de constituirse en semejante organización no puede representar una infracción, aunque en

concepto de algunos esta representase un peligro, cuando, por todo el tiempo durante el cual la organización no ha sido secreta, las autoridades hubieran podido intervenir, sea prohibiéndola, sea disolviéndola; que incluso en la hipótesis de que la organización haya copiado el modelo fascista como forma de constitución no por esto sus miembros pueden ser considerados merecedores de la sanción que prevé el texto por el cual han sido sometidos a juicio, ya que en la fase estática una organización, cualquiera que sea su forma, no presenta ningún peligro para la seguridad del Estado, pudiendo ser objeto de medidas preventivas por parte de la autoridad, pero no de medidas represivas, que deben emplearse tan solo cuando se pasa a la acción (excepto en el caso en que la ley prohíba directamente la forma de organización).

No pudiéndose decir que por el hecho de que algunos legionarios hayan recorrido las provincias para aumentar afiliados exhortando al pueblo a organizarse, a tener confianza en el Movimiento de la Legión, etc., ellos tuvieran la intención de poner en peligro la seguridad del Estado, y siendo la propaganda un medio de formación o de renovación de los cuadros de una organización política como era ésta, y tampoco que la organización de los llamados "nidos" por parte de los alumnos del Liceo, formaciones que no constituían pare de la organización propiamente dicha, representase un peligro para la seguridad del Estado, si se considera que en el programa de la organización estaba el propósito de despertar la conciencia nacional con principios de educación física y moral, que encajan dentro de un programa clásico, mientras faltan las agitaciones; considerando que no se puede imputar a los acusados intentar con su acción el cambio de la actual forma de gobierno, porque del sumario y del informe del Ministerio Público resulta incontestablemente que tanto el acusado Corneliu Zelea Codreanu, como los demás, y como todos los componentes de la organización, propugnaban medias enérgicas en lugar de partidos parasitarios, pero reconocían la autoridad del Rey, del cual se habla con todo respeto, y del que querían llegar a ser, según se dice frecuentemente en sus manifestaciones, colaboradores, y que desde el momento en que se trata de una colaboración con el jefe del Estado no puede tratarse de una reforma de la actual forma de gobierno, cosa que no había sido consentida por el Soberano.

Considerando que por estas razones la acción subversiva (que, por otra parte, no resulta en manera alguna ser tal acción subversiva) de la cual son inculpados los acusados no puede entrar en la disposición del artículo 11.

Considerando que la marcha de Besarabia preparada por la organización no tuvo lugar, y que tampoco lo hubiera tenido si las autoridades lo hubieran consentido, consentimiento que, por otra parte, los acusados pretenden haber tenido, y que les fue retirado más tarde; que en semejantes circunstancias es superfluo insistir sobre las afirmaciones de los acusados, de que tengan como fin, en primer lugar, poner a prueba la resistencia de los legionarios, y en segundo lugar, despertar la conciencia nacional en la población llena de elementos extranjeros; considerando que se ha sostenido también que todos los actos de los acusados deben ser examinados a la luz de sus antecedentes.

Considerando que ni siquiera como datos para determinar la culpabilidad pueden ser citados los actos imputados a Corneliu Zelea Codreanu, Danila, etc., hasta tanto no se establezca la existencia del hecho por el cual son procesados, ya que los antecedentes interesan por la proporcionalidad de la culpa y no por su intervención.

Resulta que los acusados no son culpables de los hechos que se les imputan, y por consiguiente, deben ser absueltos».

Volvimos contentos a la prisión, hicimos nuestro equipaje y esperamos que llegase la orden de ponernos en libertad. Pasaron las ocho de la noche, las nueve, las diez, las once. Nos agitábamos a cualquier paso que se oyese en el patio. Finalmente nos adormilamos con el equipaje hecho.

Al día siguiente, vuelta a esperar, y solo al tercer día supimos que el fiscal había recurrido en apelación y que hasta el nuevo proceso continuaremos detenidos.

Y los días volvieron a pasar.

Para el viernes 27 de marzo de 1931 fue fijado el nuevo juicio en el tribunal de apelación. Los días transcurrieron cada vez más penosos. Finalmente, de nuevo en el coche celular en dirección al palacio de justicia. Nos presentamos en juicio. Estamos ante el tribunal de apelación II^{a} sección. Preside el señor Ernest Ceaur Aslan. Los mismos defensores cumplen con su deber, combatiendo con idéntico éxito la tesis del fiscal Gica Ionescu, que nos ataca en su requisitoria con frases ofensivas y llenas de odio.

El veredicto se retrasa algunos días. Vuelta a Vacaresti donde esperamos. Llamados, nos comunican una nueva absolución por unanimidad. Somos puestos en libertad después de ochenta y siete días de prisión. Somos reconocidos inocentes, ¿qué castigará a nuestros atacantes?, ¿quién nos vengará por todas las injurias, todos los golpes y todos los sufrimientos soportados?

Pero el fiscal recurre de nuevo. Más tarde se juzga también nuestro asunto en el Tribunal de Casación. Somos de nuevo absueltos por unanimidad.

Henos aquí con dos decisiones: una; del señor Mihalache, según la cual la «Legión de San Miguel Arcángel» y la «Guardia de Hierro» eran disueltas como organizaciones subversivas y peligrosas para la existencia del Estado rumano; la otra, de toda la justicia rumana, con su primera instancia, apelación y casación por unanimidad, según la cual no teníamos ninguna culpa y la Legión y la Guardia no eran peligrosas ni para el orden público ni para la seguridad del Estado. Con todo esto, nuestros locales continuaban sellados.

Los judíos, que habían sido de nuevo derrotados, callaban y preparaban en la sombra nuevas mentiras, nuevos ataques y nuevas infamias.

¡Señor, señor!, ¿cómo nuestra gente no veía que nosotros, sus hijos, éramos entregados como presa a los golpes enemigos, que caían sobre nosotros uno después de otro?

¡Señor, señor!, ¿cuándo se despertarán y comprenderán la execrable cábala urdida contra ella para adormecerla y dominarla?

EL MOVIMIENTO LEGIONARIO EN LAS PRIMERAS ELECCIONES

Junio de 1931

En abril cayó el Gobierno nacional campesino y ocupó el poder el gobierno Iorga Argetoianu.

Encontrándose disuelta la Legión, inscribo mi Movimiento en la Comisión Central Electoral bajo una nueva denominación: «Grupo Corneliu Z. Codreanu», eligiendo como signo electoral:

La nueva denominación, como es lógico, no impresiona a las masas. El pueblo, la prensa, los enemigos, el gobierno, continúan hablando de la «Guardia de Hierro». Tomaremos parte en las elecciones para que no nos vuelvan a preguntar por qué razón no hacemos lo que todo el mundo y por qué no seguimos las vías legales.

El 1° de junio tuvieron lugar las elecciones. Con grandes esfuerzos materiales, con préstamos, conseguimos presentar nuestras candidaturas en las provincias.

Empezó la propaganda, la más legal y dedicada. En las provincias donde presentaban candidatos el ministro de la guerra y el primer ministro nosotros no presentamos nuestra candidatura. Por este motivo, a pesar de lo poco que teníamos, prescindimos todavía de Focsani y Radautzi.

Como recompensa, se desencadenaron contra nosotros gobierno, autoridades y enemigos. Nos impidieron hacer propaganda y terminaron por robarnos también los votos. Sin embargo, después de una difícil lucha, obtuvimos más de treinta y cuatro mil votos.

En primera línea estaban: Ismail, con seis mil; Cahul, con casi cinco mil; Turda, con cuatro mil; Covurlui, con sus tres secciones; Beresti, Ganesti y Oancea, con casi cuatro mil, etc.

Desde el 15 de diciembre de 1929, fecha en que salí para la primera reunión de Beresti, hasta ahora, junio de 1931, he llevado una vida de lucha

y prisión continuas. En casa no sé si, sumando día por día, he estado dos meses.

LA LUCHA DE NEAMTZ

31 de agosto de 1931.

Veinte días después tuve conocimiento de que había quedado vacante el puesto de diputado por la provincia de Neamtz y que pronto habría elecciones.

Estudié la situación y decidí participar en la lucha. En aquella provincia había obtenido en las pasadas elecciones mil doscientos votos. Ahora se presentaban a las elecciones los liberales, los nacional campesinos junto con los averescanos, los georgistas, etc.

La prensa quería dar un significado a estas elecciones, porque la lucha se anunciaba encarnizada, y su resultado indicaría la sucesión al gobierno.

Se empezaron a notar concentraciones de fuerza; las gentes hacían su pronóstico, previendo unos la victoria de los liberales y otros la de los nacional campesinos. En plena lucha llegaron a hacerse incluso apuestas.

El 25 de julio di también yo la orden de concentración. Pero estábamos sumidos en la más extrema miseria, no teniendo siquiera para pagar la inscripción. Par a esto y para la impresión de manifiestos nos ayudó la familia Iesanu.

El 30 de julio me encontraba en Piatra Neamtz y esperaba la llegada de las escuadras. Cada cual venía como podía: a pie, en tren o con carros. Empezaban ahora a entrar más seriamente en lucha los elementos formados en las «fratzi», los cuales formaban escuadras al mando de legionarios más antiguos.

Según el mapa, asigné a cada escuadra un sector. El número de los nuestros que participaban en la lucha se elevaba a un total de cien. Partieron a pie con una fe infinita, aun sin conocer a nadie y sin saber si quiera lo que comerían ni dónde habían de dormir. Dios se ocuparía de ellos y la necesidad los haría ingeniarse. Hacia Brosteni salió la escuadra de Banica, prfoesro Matei, Cosma, a la cual se unieron los de Campul Lung; hacia

Rapeiuni, la escuadra Tzocu; para Bicaz, la escuadra Cranganu; para Neamtz, Víctor Silaghi, Jorjoaia, Stelescu; para Baltatesti, Banea, Ventonic, Ifrim, Mihail David; para Roznov, Popovici; para Buhusi, Paduraru con Romascani, Hristache Solomon y el ingeniero Blanaru; para Cracaoani Doru Belimace y Ratzoiu; para Razboeni, Valeriu Stefanescu, la familia Mihail Craciun y Stelian Teodorescu. Junto con ellos, el profesor Ion Z. Codranu Celebraba runiones en diversos puntos de la provincia.

Aquí y allá existían también «nidos» de legionarios bajo la jefatura de los siguientes: Herghelegiu, Târtâza, Platon, Loghin, David, Nutza, Mihai Bicleanu, Ungureanu, Olaru V. Ambrozie, Macovei, etc.

Las escuadras se pusieron a trabajar a jornal para ganarse la comida, y rápidamente empezaron a ser estimados por los campesinos. Los nacional campesinos vinieron con muchos autos; solamente para su partido llegaron y recorrieron la provincia en viaje de propaganda siete ex ministros. Lo mismo aproximadamente ocurrió con los liberales.

Entre las diversas categorías sociales, los sacerdotes fueron los que se comportaron más débilmente. En las provincias en las cuales se falseaba o se atacaba la significación de la Cruz, frente al dominio de los politicastros, ateos y judaizados, en una lucha en la cual nosotros éramos los únicos que venían en nombre de la Cruz, a cara descubierta contra el monstruo pagano, los sacerdotes, a excepción de tres o cuatro, formaron contra nosotros.

En la última semana debía organizar mis fuerzas con vistas a la batalla final: teníamos seis secciones fuertes contra diez débiles. En el cambio de impresiones que tuve con los jefes de las escuadras, estos sostenían que ya que teníamos seis secciones fuertes, podíamos quitar las escuadras de ellas para reforzar las débiles. Era una opinión equivocada que podía llevarnos a perder la batalla. Procedí exactamente al contrario, concentrando las fuerzas en mis puntos fuertes y dejando en los demás solo pequeñas escuadras de guerrilla. Los adversarios se agruparon todos erróneamente, concentrándose en mis puntos fuertes; así que nosotros presentamos batalla en nuestros puntos más fuertes, y ellos en los suyos más débiles.

Fueron aniquilados. Obtuve en estas seis localidades mil votos en cada sección, y ellos doscientos, o como máximo, trescientos. Al mismo tiempo sus secciones fuertes, quedando sin buena defensa, fueron divididas por nuestras escuadras. El día de la votación, empezando por la mañana, con un

potente auto y acompañado por Totu, recorrí quince de las dieciséis secciones de votación que existían. A media noche se conoció el resultado, con gran entusiasmo de las masas campesinas y de los legionarios y con indescriptible depresión de los políticos y de los judíos: la «Guardia de Hierro», 11.300 votos; los liberales, 7.000; los nacional campesinos con los averescanos, 6.000; los demás, muchos menos.

Así, en la primera lucha en campo abierto contra las fuerzas coaligadas de los politicastros, los legionarios, si bien en número reducido y disponiendo de medios incomparablemente menores, consiguieron lograr la victoria, difundiendo el pánico entre los adversarios.

LA DEMOCRACIA CONTRA LA ESTIRPE

EN EL PARLAMENTO

Como consecuencia de estas elecciones entré en el parlamento; solo, en medio de un mundo enemigo, sin experiencias de esta vida parlamentaria, sin el talento de la oratoria democráticas, que comprende muchas frases vacías, pero pomposas, magnificas, y gestos preparados ante el espejo y una buena dosis de desvergüenza, cualidades con las cuales se puede uno abrir camino y encumbrarse, pero que Dios no ha querido darme, probablemente para quitarme cualquier tentación que me aconsejase prosperar empleándolas.

Jamás en todo el tiempo en que he estado en el parlamento he transgredido las leyes de la buena educación y del respeto a los más ancianos, aunque fuesen mis peores enemigos. No me he burlado de nadie, no he tomado parte en injurias; de nadie me he reído y a nadie he ofendido; por consiguiente, no he podido llegar a ser parte integrante de aquella vida; he sido un aislado, no solo por el hecho de que estaba solo frente a los demás, sino también un aislado frente a aquella clase de vida.

Una tarde, a última hora, cuando la sesión estaba a punto de terminar y los bancos medio vacíos, se me concedió la palabra. Intenté demostrar que nuestro país esta invadido por los judíos; que allí donde la invasión es mayor existe también la más espantosa miseria humana: el Maramures; que la iniciación de la existencia de los judíos en nuestra tierra coincide con el comienzo de la muerte de los rumanos; que a medida que su número crezca, nosotros iremos muriendo; que, finalmente, los dirigentes de la nación rumana, los hombres del siglo de la democracia y de los partidos, en esta lucha han hecho traición a su raza, poniéndose al servicio de las altas finanzas nacionales o internacionales judías.

Demostré que en las listas de la Banca Marmorosch Blanc, ese nido judío de conspiración y corrupción, está inscrita buena parte de nuestros políticos, hombres a los cuales esta Banca «había prestado» dinero: el señor Brandsch, subsecretario de estado, 111.000 leis; la banca Agrícola de Davilla, 4.677.000

leis; el señor Iunian, 407.000 leis; el señor Madgeru, 401.000 leis; el señor Filipescu, 1.265.000 leis; el señor Raducanu, 3.450.000 leis; la banca Raducanu, 10 millones de leis; el señor Pangal (jefe de la masonería de rito escocés), 3.800.000 leis; el señor Titulescu, 19 millones de leis. Todos ellos, personas conocidas en la vida pública rumana.

Además de estos había otros, había muchos. Estaban todos, pero no había podido procurarme las listas.

Fui interrumpido por uno de ellos:

«Es dinero tomado a préstamo. Pagaré».

Respondí:

Pagarán o no, no lo sé; pero os digo una sola cosa: cuando se toman préstamos de semejante Banca, se incluye la obligación de satisfacerla cuando se está en el gobierno, de sostenerla en la oposición y, en todo caso, de no atacarla cuando deber ser atacada.

Leí después una lista con la cual demostraba sin réplica posible que desde la guerra hasta ahora el Estado rumano había sido defraudado aproximadamente en cincuenta mil millones de leis, bajo el gobierno de la democracia, de la honestísima y perfectísima forma de gobierno del «pueblo»; el gobierno de la «democracia», teniendo como base la idea del «control» permanente del pueblo, en el cual el pueblo, el gran controlador, es defraudado, en un período de quince años de gobierno, en la fabulosa suma de cincuenta mil millones de leis.

Hice pocas observaciones críticas sobre la democracia, y finalmente formulé siete peticiones:

1ª Establecimiento de la pena de muerte para los que manejan, con fraude, los caudales públicos.

Me interrumpió el señor Ispir, profesor de la Facultad de Teología:

Señor Codreanu; usted se dice cristiano y propagador de la idea cristiana. Le recuerdo que sostener tal posición es anticristiano.

Señor profesor: cuando se trata de elegir entre la muerte de mi país y la del ladrón, prefiero la del ladrón; creo ser mejor cristiano no permitiendo al ladrón que lleve a mi país a la muerte.

2ª La revisión y confiscación de los bienes de quienes han robado al país.

3ª La responsabilidad penal para todos los políticos a los cuales se pruebe que han trabajado contra el país, bien apoyando negocios incorrectos, bien de cualquier otra manera.

4ª La prohibición para el porvenir a los hombres políticos de formar parte de los consejos de administración de las diversas bancas o empresas.

5ª La expulsión de las bandas de explotadores despiadados venidos a nuestra tierra para explotar las riquezas del suelo y el trabajo de nuestros brazos.

6ª La declaración del territorio de Rumania propiedad inalienable e imprescriptible de la raza rumana.

7ª Que sean enviados a trabajar todos los agentes electorales y que se establezca un mando único, al cual se someta, con un solo pensamiento, todo lo que es rumano.

* * *

Estos fueron los primeros ensayos para formular en público algunas medidas políticas que consideraba más urgentes. No son el fruto de una reflexión prolongada, de una profunda agitación ideológica, sino el resultado de pensamientos momentáneos sobre aquello que necesita la raza rumana ahora, inmediatamente.

Después de seis meses empezaron algunos movimientos bastante populares, teniendo en su programa solo los tres puntos iniciales: 1ª Pena de muerte. 2ª Revisión de bienes. 3ª Prohibición a los políticos de formar parte de los consejos de administración. Lo que significa que también otros los consideran necesarios.

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LA DEMOCRACIA

En las páginas que siguen quiero hacer algunas observaciones deducidas de la experiencia cotidiana, de manera que puedan ser comprendidas por cualquier legionario, joven o viejo.

Nosotros vivimos con arreglo a las costumbres y a las formas de la democracia. ¿Son buenas? Todavía no lo sabemos. Hay, sin embargo, una

cosa que vemos y sabemos con precisión: que una parte de las naciones más grandes y más civilizadas de Europa han arrojado, no obstante, estos hábitos y han endosado vestidos nuevos. ¿Los hemos tirado cuando todavía eran buenos? Otras naciones se esfuerzan por tirarlos y por cambiarlos. ¿Por qué? ¿Están locas todas las naciones? ¿Es que los políticos rumanos superviven como los hombres más inteligentes del mundo? Me parece increíble.

Quienes han cambiado o quieren cambiar, ciertamente tendrán sus motivos. ¿Pero por qué debemos ocuparnos de los motivos de los demás? Ocupémonos más bien de los motivos por los cuales nosotros, rumanos, cambiaríamos estos hábitos y estas normas de la democracia.

Si no tenemos motivos, si para nosotros son buenas, conservémoslas, aunque toda Europa prescinda de ellas.

Pero he aquí que ni siquiera para nosotros son buenas, porque:

1° La democracia rompe la unidad de la raza rumana, dividiéndola en partidos, amenazándola y presentándola discorde frente al bloque unido de la potencia judía en un momento difícil de su historia.

Este solo argumento es tan grave para nuestra existencia, que sería motivo suficiente para que esta democracia fuese cambiada por cualquier sistema que pudiera garantizarnos la unidad, y, por consiguiente, la vida, ya que nuestra desunión significa la muerte.

2° La democracia transforma en ciudadanos rumanos a millones de judíos. Convirtiéndolos en iguales a los rumanos, dándoles los mismos derechos en el Estado. ¿Igualdad? ¿Sobre qué base? Nosotros estamos aquí desde hace millares de años con el arado y con las armas, con el trabajo y con la sangre. ¿Dónde está la igualdad con aquellos que hace apenas cien, cincuenta o a veces cinco años que están aquí? Mirando al pasado, nosotros hemos creado este Estado; mirando al porvenir, nosotros, los rumanos, tenemos la plena responsabilidad histórica de la existencia de la Gran Rumania. Ellos no tienen ninguna. ¿Qué responsabilidad pueden tener los judíos frente a la Historia por la desaparición del Estado rumano?

Por consiguiente, ni igualdad en el trabajo, en el sacrificio, en la lucha por la creación del Estado, ni igualdad en la responsabilidad por su porvenir. Según una vieja máxima, igualdad significa tratar de modo distinto las cosas también distintas. ¿Sobre qué base piden los judíos tratamiento igual, derechos políticos iguales a los de los rumanos?

3° La democracia es incapaz de continuidad en el esfuerzo. Porque subdividida en partidos que gobiernan un año, o dos, o tres cada uno, es incapaz de concebir o realizar un plan de larga duración. Un partido anula los planes y los esfuerzos del otro; lo que ha sido concebido y construido hoy por uno, es destruido al día siguiente por el otro.

En un país en el cual ha y necesidad de construir, cuyo momento histórico es la misma construcción, esta desventaja de la democracia es un peligro. Sería como si en una casa se cambiase cada año de dueño y cada uno viniera con planes destinos, demoliendo lo que han hecho los otros y poniéndose a realizar nuevos trabajos, que también serán destruidos por los que llegasen después.

4° La democracia coloca al hombre político en la imposibilidad, de cumplir su deber hacia la raza. El hombre político dotado de la mejor buena voluntad llega a ser, en el régimen democrático, esclavo de sus partidarios, en cuanto que, o satisface sus apetitos personales, o le destruyen el grupo. El hombre político vive bajo la tiranía y la amenaza permanente del agente electoral.

Se encuentra en la situación de tener que elegir entre la disolución del trabajo de toda su vida o la satisfacción de sus partidarios. Y entonces el hombre político satisface estos apetitos personales, pero no con su dinero, sino con el dinero de su país. Crea puestos, funciones, comisiones, sinecuras, que gravan a todos en el balance del país, lo que gravita siempre sobre las espaldas cada vez más agotadas del pueblo.

5° La democracia es incapaz de autoridad. Porque le falta la fuerza de la sanción. Un partido no toma medidas contra sus partidarios que viven de escandalosos negocios del latrocinio o de usura, por miedo a perderlos; y tampoco contra los adversarios, por miedo a que éstos desenmascaren sus propios negocios y sus incorrecciones.

6° La democracia está al servicio de la gran finanza. Por el sistema costoso y la concurrencia entre los diversos grupos, la democracia necesita estar alimentada con grandes cantidades. Como consecuencia natural, llega a ser esclava de la gran finanza internacional judía, que la subyuga, comprándola.

De este modo, la suerte de una raza se entrega en manos de una casa de banqueros.

ELECCIÓN, SELECCIÓN Y HERENCIA

El pueblo no se guía según s voluntad, democracia; tampoco según la voluntad de la persona, dictadura, sino según las leyes. No se trata de leyes hechas por los hombres: hay normas, leyes naturales de vida, y normas, leyes naturales de muerte. Leyes de la vida y de la muerte. Una nación va hacia la vida o hacia la muerte según como respete una u otra de estas leyes.

* * *

Queda por determinar una cosa: ¿Quién puede comprender o intuir estas normas? ¿El pueblo? ¿La multitud? Creo que es pedir demasiado: la multitud no comprende ni siquiera otras leyes más simples. No solamente no puede deducirlas del éter, sino que necesita que se las expliquen durante mucho tiempo, que se las repita incesantemente, que sea, incluso, castigada para poderlas comprender.

He aquí algunas leyes inmediatamente necesarias para su vida, que ellos comprenden difícilmente: que en caso de enfermedad infecciosa, procede el aislamiento del enfermo y la desinfección general; que es necesario que en las casas entre el sol, y que para esto se necesitan ventas grandes; que el ganado, si está bien cuidado y bien nutrido, rinde más para la nutrición del hombre, etc.

Si la multitud no puede comprender o comprende difícilmente algunas leyes necesarias para su vida, ¿cómo se puede imaginar que la multitud, que en régimen democrático debe guiarse a sí misma, pueda comprender las más difíciles leyes naturales, pueda intuir las más abstractas y menos accesibles normas de conducta, normas que la sobrepasan, que sobrepasan su vida, las necesidades de su vida, que no se aplican directamente a ella, sino que se aplican a una entidad superior cual es la nación? Si para hacer el pan es necesario que alguien se especialice, si para hacer los zapatos, si para hacer los arados, si para ser agricultor, si para guiar un tranvía es necesario especializarse, para la dirección más difícil, la de una nación, ¿no va a ser necesaria la especialización? ¿No es preciso poseer especiales cualidades?

Conclusión: Un pueblo no se guía por sí solo, sino por medio de sus mejores, es decir, por medio de aquella categoría de hombres de su seno

que tienen especiales aptitudes. Así como las abejas cuidan de su reina, de la misma manera un pueblo debe cuidar de su núcleo de selección, y así también, en sus necesidades, llama a ese núcleo de selección, a los mejores de su Estado.

* * *

¿Quién elige a este núcleo de selección? ¿La multitud?

Para cualquier «idea», para cualquier candidato al gobierno, se pueden encontrar hombres, se pueden ganar votos. Pero esto no depende de la comprensión que el pueblo tiene de las «ideas», de las «leyes» o de los «hombres», sino de algo totalmente distinto: de la maestría de los hombres para captar la benevolencia de la multitud.

La multitud es sumamente caprichosa, inestable en sus opiniones. Desde la guerra hasta el día de hoy, la multitud ha sido apasionadamente averescana, liberal, nacionalista, nacional campesina, georgista, etc., elevando hasta el séptimo cielo a todos y a cada uno, para después escupirles en la cara, reconociendo con esto el propio error, la propia equivocación y la propia incapacidad. Su criterio en la elección es: «Probemos también a los demás». Por consiguiente, la selección se hace, no según el estudio y los conocimientos, sino al albur y confiando en la fortuna.

Tomemos dos ideas contrarias: una es la verdad y otra es la mentira. Se busca la verdad, y la verdad no puede ser más que una. Se pone a votación: una obtiene 10.000 votos y otra 10.050. ¿Es posible que 50 votos más o menos afirmen o nieguen la verdad? La verdad no depende ni de las mayorías ni de las minorías, sino que tiene sus leyes y triunfa, como se ha visto, contra todas las mayorías, aunque sean aplastantes.

Volver a encontrar la verdad no puede ser confiado a la mayoría, de la misma manera que en geometría el teorema de Pitágoras no puede remitirse a los votos de la multitud, para que esta reconozca su verdad o la niegue; o como el químico, si quiere obtener amoníaco, no debe dirigirse a la multitud para decidir, según su votos, las cantidades necesarias de ázoe y de hidrógeno; o un agrónomo, que ha estudiado durante años la agricultura y

sus leyes, no debe recurrir a los votos de una multitud para convencerse, según el resultado de la votación, de su valor.

* * *

¿Puede el pueblo elegir su núcleo de selección?

Entonces, ¿por qué los soldados no eligen ellos mismos el mejor general?

Para poder elegir, este jurado colectivo debería conocer bien:

a) Las leyes de la estrategia, de la táctica, de la organización.

b) En qué medida la persona X se adapta, por su ciencia y aptitudes, a estas leyes.

Sin estos conocimientos nadie puede elegir.

La multitud, si quiere elegir su núcleo de selección, debe, indudable y necesariamente, conocer las leyes directivas del organismo nacional y en qué medida los candidatos se adaptan, por ciencia y aptitudes, a estas leyes.

Pero la multitud no puede conocer ni estas leyes ni los hombres.

He aquí por qué creemos que el núcleo de selección no puede ser elegido por la multitud.

Intentar elegir este núcleo es como pretender determinar con votos y con mayorías quiénes son los poetas, los escritores, los técnicos, los aviadores o los atletas de una nación.

Así que la democracia, basada sobre el principio de la elección, eligiéndose a sí misma su núcleo de selección, comete un error fundamental, del cual se deriva todo el estado de desgracia, de perturbación y de miseria de los países. Nos encontramos aquí en un punto crucial, porque de este error de concepción democrática nace, podemos decirlo, todos los demás errores.

Estando llamada la multitud a elegir su grupo director, no solamente no está en condiciones de descubrirlo y de elegirlo, sino que además elige, con raras excepciones, precisamente lo peor que hay en la nación.

Por consiguiente, no solamente la democracia aleja al núcleo de selección nacional, sino que lo sustituye con lo peor que hay en la nación. La democracia elegirá hombres sin ninguna clase de escrúpulos, y por consiguiente, sin moral; aquellos que paguen mejor y, por consiguiente,

aquellos provistos de un mayor poder de corrupción: prestidigitadores, charlatanes, demagogos, que lograrán más fácilmente triunfar en la carrera de prestidigitación, de charlatanería y de demagogia durante el periodo electoral. Entre ellos se insinuarán también algunos hombres de bien, incluso políticos de buena fe, y éstos serán los esclavos de aquéllos.

El verdadero núcleo de selección de una nación será derrotado, expulsado, porque se negará a concurrir con estos medios; se retirará, permanecerá escondido, y de aquí se deducirán consecuencias funestas para el Estado.

Cuando un Estado es guiado por un mal llamado núcleo de selección, integrado por todo lo que tiene de peor, más nocivo, más estropeado, ¿es admisible que nos preguntemos todavía por qué el Estado marcha hacia su ruina?

He aquí la causa de todos los otros males: inmoralidad, corrupción, desunión en todo el país, rapiñas y saqueos de los bienes del Estado, explotación del pueblo, pobreza y miseria en todas las funciones, desorden y desorganización en el Estado, invasión de los extranjeros, ganosos de botín, como en un comercio en quiebra que vende las mercancías. El país entero se vende en subasta. ¿Quién da más? He aquí a lo que nos llevan las democracias.

En Rumania, la guerra, la democracia, con este sistema de elección, nos ha creado un núcleo directivo de rumano-judíos que tienen como base, no el heroísmo, ni el amor a la Patria, ni el sacrificio, sino la venta del país, la satisfacción del interés personal, la propina, el tráfico de la influencia, la riqueza conquistada por medio de la explotación y del hurto, el latrocinio, la bellaquería, es decir, la destrucción del adversario mediante la intriga.

Este «núcleo de selección nacional», si continúa guiándonos, llevará a la disolución al Estado rumano. Por consiguiente, en su último análisis, el problema que se presenta hoy al pueblo rumano, y del que dependen todos los demás, es la sustitución de este núcleo por un grupo dirigente nacional que tenga como base la virtud, el amor y el sacrifico por la Patria, la justicia y el amor al pueblo, la honestidad, el trabajo, el orden, la disciplina, la lealtad y el honor.

¿Quién debe hacer esta sustitución? ¿Quién debe dar su puesto al nuevo núcleo directivo? Respondo: Quienquiera que sea, excepto la plebe. Admito

cualquier otro sistema fuera de la «democracia», que veo claramente asesinando al pueblo rumano.

El nuevo núcleo dirigente rumano y cualquier otro núcleo dirigente del mundo debe tener por base el principio de selección social. Se debe seleccionar del cuerpo de la nación, es decir, de la gran masa sana de campesinos, de trabajadores, indisolublemente ligados a la tierra y a la Patria, una categoría de hombres con especiales cualidades que sean a continuación cultivadas y desarrolladas. Ese será el núcleo de selección nacional, y únicamente ellos deben guiar a la nación.

* * *

¿Cuándo puede ser y cuándo debe ser consultada la multitud? Cuando se está frente a las grandes decisiones, cuando debe decir su palabra, tanto si puede como si no puede, tanto si está preparada espiritualmente para ello o no. Entonces se le prepara el camino, se le abre el camino y se le pide que conteste. Esto significa consultar al pueblo, pero no selección por parte del pueblo de sus núcleos dirigentes.

* * *

Y repito la pregunta: ¿Quién da a cada cual su puesto en el cuadro y quién valora a cada uno? ¿Quién constata la selección y consagra a los miembros del nuevo núcleo directivo? Respondo: El núcleo directivo precedente.

Este no elige, no nombra; pero consagra a cada cual en el puesto a que se ha elevado por sí mismo, por su capacidad y por su valor moral. La consagración la hace el jefe del núcleo directivo consultando a este mismo núcleo. Por esto, los núcleos directivos nacionales deben tener buen cuidado de dejar un núcleo hereditario, un núcleo que lo sustituya, pero no basado sobre el principio de la herencia, sino sobre el de la selección social aplicado con la máxima severidad.

El principio de la herencia no es por sí solo suficiente.

Según el principio de la selección social, renovada continuamente con elementos que surgen de la nación, un núcleo directivo se mantiene siempre vigoroso.

El error histórico consiste en el hecho de que allí donde se ha creado un núcleo directivo, basado sobre el principio de la selección, este ha abandonado el principio que le ha hecho nacer, sustituyéndolo con el principio hereditario y consagrando el sistema injusto de los privilegios de nacimiento.

Como una protesta contra este error, para expulsar núcleos degenerados y para abolir los privilegios de nacimiento, ha surgido la democracia. El abandono del privilegio de la selección ha dado lugar a un núcleo de selección falso y degenerado, y este ha producido la acción de la democracia.

* * *

El principio de la selección elimina tanto el principio de la elección como el de la herencia. No pueden subsistir; entre ellos existe un conflicto, porque, o existe un especial principio de selección, y entonces el país y los votos de las multitudes no importan, o elegimos nosotros los hombres, y entonces no funciona la selección. Del mismo modo, si nos servimos de la selección social, no entra la herencia. Estos dos principios no pueden ir de acuerdo sino cuando el heredero corresponde a los marcados por las leyes de la selección

* * *

¿Pero, y si una nación no tiene un primer núcleo de selección especial que pueda forjar al segundo? Respondo con una sola frase, que contiene una verdad indiscutible: en este caso, el núcleo de selección nace de la guerra contra el núcleo dirigente, falso o degenerado: siempre por el principio de la selección.

* * *

Así que, resumiendo, la función de un núcleo de selección es:

a) Guiar a la nación según las leyes de vida de la raza.

b) Dejar un núcleo de selección heredero basado, no sobre el principio de la herencia, sino sobre el de selección, ya que este conoce las leyes de la vida y puede juzgar en qué medida las personas se ajustan, por su ciencia o por sus aptitudes, a estas leyes. Así, un jardinero cuida del jardín y se preocupa antes de morir de dejar un heredero, un sustituto, ya que es el único que pueda decir quién, entre todos los que han trabajado, es el más adecuado para ocupar el puesto y continuar su obra.

¿Sobre qué debe fundarse un núcleo de selección?

a) Sobre la pureza espiritual.

b) Sobre la capacidad de trabajo y de creación.

c) Sobre el heroísmo.

d) Sobre la vida áspera y dura y sobre la guerra continua contra las dificultades que la raza encuentra en su camino.

e) Sobre la pobreza, es decir, sobre la renuncia voluntaria a acumular riquezas.

f) Sobre la fe en Dios.

g) Sobre el amor.

* * *

Se me ha preguntado si nuestra actividad, hasta ahora, se encuentra en la línea de la Iglesia Cristiana.

Respondo: Hacemos una neta distinción entre la línea sobre la cual caminamos nosotros y la línea de la Iglesia Cristiana. La línea de la Iglesia está a millares de metros por encima de nosotros: toca la perfección y lo sublime. No podemos hacer bajar esta línea para explicar nuestras acciones.

Nosotros, con nuestras acciones, con todos los hechos y pensamientos nuestros, tendemos hacia esta línea; nosotros nos levantamos hacia ella tanto como nos lo permite el peso de los pecados, de la carne y la condena que nos ha impuesto el pecado original. Queda por ver hasta qué punto hemos podido, con nuestro esfuerzo terrenal, levantarnos hacia ella.

INDIVIUO, COLECTIVIDAD NACIONAL Y NACIÓN

«Los derechos del hombre» no están limitados solamente por los derechos de otro hombre, sino también por otros derechos; porque existen tres entidades diferentes:

1ª El individuo.

2ª La colectividad nacional actual, es decir, la totalidad de los individuos de la misma nación que viven en un mismo Estado en un momento dado.

3ª La nación, esta entidad histórica que vive más allá de los siglos, con las raíces agarradas en la noche de los tiempos y con un porvenir infinito ante sus ojos.

Un nuevo gran error de la democracia, basada sobre la hermandad del hombre, es el de no reconocer y no interesarse más que por una de estas tres entidades: los individuos. Se olvida o se burla de la segunda y niega la tercera.

Las tres tienen, por el contrario, sus derechos y sus deberes: el derecho a vivir y el deber de no poner en peligro el derecho a la vida de las otras dos.

La democracia no se ocupa más que de asegurar el derecho del individuo. Por esto asistimos en la democracia a una formidable revuelta: el individuo cree poder imperar con sus derechos ilimitados sobre el derecho de toda la colectividad y cree poderlo pisotear y despojar. Asistimos al cuadro desolador de esta anarquía, en la cual el individuo no quiere reconocer nada por encima de su interés personal.

A su vez, la colectividad nacional tiene una tendencia permanente a sacrificar el porvenir; los derechos de la nación, a sus intereses presentes. Por esto asistimos a la despiadada explotación, e incluso a la cesión a los extranjeros de bosques, minas, petróleo, olvidando que después de nosotros hay centenares de generaciones rumanas, los hijos de nuestros hijos, que esperan vivir, también ellos, prolongando la vida de la raza.

Esta subversión, esta ruptura de relaciones originada por la democracia constituye una verdadera anarquía, una disolución del orden natural, y es una de las causas principales del estado de perturbación de la sociedad moderna.

La armonía no se puede restablecer sino con la restauración del orden natural. Los individuos deben encontrarse subordinados a la entidad

superior, a la colectividad nacional, y esta debe encontrarse subordinada a la nación. Los derechos del hombre no son ilimitados, sino que están limitados por los derechos de la colectividad nacional, y los derechos de esta están limitados por la armonía de la nación.

* * *

En fin, parece, al menos, que en la democracia el individuo, gozando de tantos derechos, debería vivir maravillosamente. En realidad, sin embargo, y aquí está la tragedia definitiva de la democracia, el individuo no tiene ningún derecho, hasta tal punto, que se nos ocurre preguntarnos: ¿Dónde está la libertad de reunión y la libertad de prensa y conciencia? Vive bajo el terror, el estado de guerra; la censura. Y millares de hombres son arrestados y muertos por su fe, como en el tiempo de los más tiránicos «condotieros» del pueblo. ¿Dónde está «el derecho de la multitud soberana» para decidir sobre su suerte, cuando las reuniones están prohibidas y a millares y millares de hombres se les impide votar y son maltratados, amenazados de muerte y aun muertos?

Vosotros diréis: ¡Sí, pero esos quieren cambiar la Constitución, restringir la libertad e instaurar otra forma de gobierno! Entonces pregunto: ¿Y cómo puede la democracia sostener que un pueblo no es libre para decidir por sí solo sobre su suerte, para cambiar la Constitución y la forma de gobierno como quiera, para vivir con las libertades grandes o pequeñas que quiera? Aquí está la tragedia final. En realidad, en la democracia el hombre no tiene ningún derecho. Pero estos derechos no los ha perdido, ni en favor de la colectividad nacional ni en favor de la nación, sino en beneficio de una casta político financiera de banqueros y de agentes electorales.

Finalmente, el último beneficio para el individuo, la democracia masónica. Con una incomparable perfidia, se transforma en apóstol de la paz sobre la tierra. Pero al mismo tiempo proclama la guerra entre los hombres y Dios.

«Paz entre los hombres» y guerra contra Dios.

La perfidia está en el hecho de que emplean las palabras del Redentor: «Paz entre los hombres», transformándose en apóstol de «la paz», pero condenando a Aquél y mostrándole como enemigo de la humanidad; y

también en el hecho de que, fingiendo querer defender la vida de los hombres, en realidad los empujan a perderla. Fingiendo quererlos defender de la muerte, en la guerra no hacen otra cosa que lograr el diabólico fin de condenarlos a la muerte eterna.

LA ESTIRPE

Cuando hablamos de la raza rumana, entendemos no solamente a los rumanos que viven en el mismo territorio, que tienen el mismo pasado y el mismo porvenir, el mismo traje, la misma lengua y los mismos intereses presentes, sino que entendemos referirnos a todos los rumanos, vivos y muertos, que han vivido desde el comienzo de la historia sobre esta tierra y que en ella vivirán en el porvenir.

La raza comprende:

1° A todos los rumanos que actualmente viven.

2° A todas las almas de los muertos y las tumbas de nuestros antepasados.

3° A todos aquellos que nacerán rumanos.

Un pueblo llega al a conciencia de sí mismo cuando llega a la conciencia de su totalidad y no solamente a aquélla de sus intereses.

La raza tiene:

1° Un patrimonio físico, biológico: la carne y la sangre.

2° Un patrimonio material: la tierra del país y sus riquezas.

3° Un patrimonio espiritual, que comprende:

a) Su concepción de Dios, del mundo y de la vida. Esta concepción forma un dominio, una propiedad espiritual, cuyas fronteras vienen determinadas por el grado de esplendor de su concepción. Existe un país del espíritu nacional, un país de sus anhelos, obtenido por medio de revelaciones o por sus propios esfuerzos.

b) Su honor, que resplandece en la medida en la cual la estirpe se ha ajustado, en su existencia histórica, a las normas surgidas de su concepción de Dios y de la vida.

c) Su cultura: el fruto de su vida, nacido de sus esfuerzos en el campo del pensamiento y del arte. Esta cultura no es internacional, sino que es la expresión del genio nacional, de la sangre. La cultura es internacional como

esplendor, pero nacional como origen. Alguien ha hecho un bello paragón: también el pan, también el grano, pueden ser internacionales como artículos de consumo, pero llevarán por todas partes el sello de la tierra en que nacieron.

Estos tres patrimonios tienen su importancia, y la raza debe defenderlos a los tres. Pero la mayor importancia la tiene el patrimonio espiritual, porque solo ése lleva el sello de la eternidad y solo ése se mantiene a través de los siglos.

Los antiguos griegos no viven aún por su físico, por muy atlético que fuera (de él no queda más que ceniza), y tampoco por las riquezas materiales, si las han tenido, sino por su cultura.

Una raza vive en la eternidad por su concepción, su honor y su cultura. Por esto, los dirigentes de las naciones deben juzgar y obrar no solamente según los intereses físicos o materiales de la raza, sino teniendo en cuanta su histórica línea de honor, de intereses eternos. Por consiguiente, no pan a cualquier costa, sino honor a toda costa.

EL FIN ÚLTIMO DE LA RAZA

¿Y la vida?

Si es la vida, entonces no interesan los medios que las razas emplean para poder asegurársela; todos son buenos, incluso los peores. Nos encontramos frente al problema: ¿Cuál es el principio que regula las relaciones cambiantes de las naciones? ¿El animal que hay en ellas? ¿El tigre que está en ellas? ¿La ley de los peces del mar o de las fieras de la selva?

El fin último no es la vida, sino la resurrección: la resurrección de las razas en el nombre de Jesucristo Redentor. La creación, la cultura, son un medio, y no, como se ha creído, un fin para obtener esta resurrección; son frutos del talento que Dios ha sembrado en nuestra raza, y del cual debemos responder. Vendrá un día en el que todas las razas de la tierra resurgirán con todos sus muertos y con todos sus Reyes y Emperadores, y cada raza tendrá su puesto ante el trono de Dios. Este momento final, la resurrección de los muertos, es el fin más alto y más sublime hacia el que puede tender una raza.

La raza es, por consiguiente, una entidad que prolonga su vida todavía más allá de la tierra; las razas son realidades también en el otro mundo, no solamente en este.

San Juan, contando lo que vio más allá de la tierra, dijo: «Y la ciudad no tenía necesidad de sol ni de luna, porque la claridad de Dios la ilumina y el Cordero era su lumbrera».

«Y las naciones que hubieran sido salvas andarán a su luz, y los Reyes de la tierra traerán su honor y su gloria a ella». (Apocalipsis, cap. XV, núm. 4).

* * *

A nosotros, rumanos, a nuestra raza, como a cualquier otra raza del mundo, Dios ha dado una misión, Dios ha señalado un destino histórico. La primera ley que una raza debe seguir es la de caminar sobre la línea de este destino, comprender la misión que le ha sido confiada. Nuestra raza no ha rendido las armas ni ha desertado de su misión, por muy difícil y largo que haya sido el camino de su Gólgota.

También ahora se levantan frente a nosotros obstáculos grandes como montañas.

¿Seremos quizá nosotros la generación vil y débil que se dejará arrancar de la mano, bajo la presión de las amenazas, la línea del destino rumano y abandonará su misión de raza en el mundo?

LA MONARQUÍA Y LA LEY DE LA MONARQUÍA

Al frente de la raza, por encima de sus núcleos de selección, se encuentra la Monarquía.

Rechazo la República.

En la historia se han visto Monarcas buenos, buenísimos, débiles o malos; unos han sido honrados y han gozado del amor de los pueblos hasta el término de su vida, y a otros les ha sido cortada la cabeza.

No todos los Monarcas han sido buenos. La monarquía, no obstante, siempre ha sido buena. Procede no confundir a los hombres con la institución, deduciendo de ello falsas conclusiones.

Pueden existir malos sacerdotes, pero no por esto podemos llegar a la conclusión de que es preciso disolver a la Iglesia y lapidar a Dios.

Hay ciertamente Monarcas débiles y malos, pero no podemos renunciar a la Monarquía.

En agricultura tenemos un año bueno y un año malo, o uno bueno y dos malos; no obstante esto, a la gente no le ha pasado por la cabeza la idea de abandonar la agricultura.

¿Un Monarca hace lo que quiere? Entonces, ¿cuándo es grande y cuándo es pequeño? ¿Cuándo es bueno y cuándo es malo?

Un Monarca no hace lo que quiere; un Monarca es pequeño cuando hace lo que debe.

Existe una línea de vida de la raza. Un Monarca es grande y bueno cuando se mantiene en esta línea, y pequeño y malo en la medida en que se aleja de esta línea de vida de la raza o se le opone.

He aquí la ley de la Monarquía.

Hay también otras líneas que pueden interesar a un monarca: la línea de los intereses personales, la línea de los intereses de clase, la línea de los intereses de un grupo, la línea de los intereses extranjeros, dentro o fuera de las fronteras. Debe descartarlas todas y seguir la línea de la raza.

Esteban el Grande, desde hace medio millar de años, resplandece en la historia, y los rumanos no se olvidan porque se ha ajustado perfectamente a la línea de vida de la raza.

El Rey Fernando, contra cualquier ligamen o interés, se ha colocado en la línea de la raza, ha sufrido con ella, ha realizado sacrificios a su lado y con ella ha triunfado. Por esto es grande e inmortal.

LA LUCHA DE TUTOVA

17 de abril de 1932

No habían pasado cuatro meses desde las elecciones de Neamtz, y ya el joven ejército legionario se encontraba empeñado en otra lucha. A primeros de enero quedó vacante un puesto de diputado en Tutova. Estudié la situación: en las elecciones generales habíamos obtenido allí solamente 500

votos; la provincia era débil, pero estaba bien encuadrada por Covurlui, Cahul y Tecuci, hasta tal punto, que podían efectuarse con facilidad desplazamientos de legionarios.

Me pareció posible alcanzar el éxito y pensé en la importancia y en la resonancia que tendría una nueva victoria. Dos victorias consecutivas de la más joven organización, contra todos los partidos políticos, hubieran aumentado considerablemente nuestro prestigio a los ojos del país. Tomé la decisión de que fuese mi padre quien presentase su candidatura, siéndome él más necesario que ningún otro en el Movimiento, tanto en el Parlamento como fuera de él, para la organización y la propaganda. Las elecciones fueron fijadas para el 17 de marzo.

El 9 de enero lancé un manifiesto a toda la provincia. El 10 de enero llegó mi padre con una primera escuadra, a la que siguieron las de Iasi, Tecuci, Beresti y Cahul.

En las tres primeras semanas, la rapidez y el heroísmo de las pequeñas fuerzas legionarias determinaron una corriente de simpatía hacia nosotros en toda la provincia.

En pleno invierno, con nieve abundante y con hielo, los partidos no podían trasladarse; esperaban un tiempo mejor, en tanto que los legionarios, atravesando los montes con nieve hasta la cintura, en medio de las tormentas, iban de aldea en aldea.

A primero de febrero la lucha empezó a hacerse difícil. Contra nosotros se levantaba la coalición liberal campesino lupista cucista con un encarnizamiento que no habíamos conocido todavía. El gobierno comenzó a emplear medidas puramente terroristas, y la prensa judía nos atacaba con saña.

Advertí la necesidad de aumentar nuestras fuerzas y envié las últimas reservas de Iasi al mando de Totu. Ya no me quedaban fuerzas más que en Bucarest. Entonces nos encontramos frente al difícil problema del transporte. No teníamos dinero. Propuse a los legionarios una medida heroica: encaminarse a pie desde Bucarest a Barlad, una distancia de cerca de 300 kilómetros. Les expliqué que tal marcha significaría para la victoria más que cien mil manifestaciones y que constituiría por sí sola un gran discurso heroico dirigido por los legionarios a los rumanos de Tutova.

Los legionarios acogieron la proposición con entusiasmo: una semana después, una escuadra de unos 25, al mando de Stelescu, ayudado por Caratanase y Doru Belimace, partía a pie desde Bucarest con dirección a Tutova.

Después de una marcha difícil de diez días en medio de la tormenta llegaron a Barlad, siendo acogidos con simpatía por la población entera. Pero la persecución se intensificaba, entre tanto, hasta sus mayores posibilidades. Fue llamado a la provincia el coronel de carabineros Ignat, con grandes fuerzas y con la orden dada por el ministro del interior, Argetoianu, de hacer salir en conducción a los legionarios de toda la provincia. Las pequeñas escuadras no podían avanzar ya. Entonces formé dos escuadras poderosas, al mando de Víctor Silaghi y de Stelescu, que, sosteniéndose a toda costa, pudieron avanzar sobre la línea Puesti Dragomiresti, acompañando a mi padre.

Otra escuadra más pequeña la envié con dirección a Bacani. Eran las únicas direcciones que todavía no estaban batidas, y constituían la mitad norte oriental de la provincia; la otra mitad, al sur, había sido bien trabajada por mi padre, por el señor D. Popescu, jefe provincial; por Víctor Silaghi, por Teodor Tzilea e Ion Antoniu con las primeras escuadras.

Las dos escuadras del norte avanzaron, luchando contra una gran tormenta durante más de 40 kilómetros, y tuvieron algunos heridos, Tzocu y otros. En el norte de la provincia encontraron grandes fuerzas de carabineros. Las escuadras, entonces, se hicieron fuertes en el piso de una casa desierta, donde resistieron, sin fuego, sin alimento y sin agua, durante cuarenta y ocho horas. Al final pudieron retirarse, después de una fatigosa marcha de noche, que realizaron en condiciones verdaderamente heroicas y solamente gracias a la tenacidad de Víctor Silaghi, que alentaba a los legionarios agotados por el cansancio, el frio y el hombre, exhortándoles a andar hasta el último grado de resistencia. Este muchacho, huérfano, hijo del sacerdote rumano Silaghi de Careii Mari, muerto por los húngaros en 1918 en condiciones trágicas, ha luchado con verdadero valor.

Al fin, estas escuadras fueron rodeadas por grandes fuerzas y llevadas a Barlad. Mi padre fue arrestado y encerrado en el calabozo de un cuartel.

La tercera escuadra fue diezmada completamente en la lucha de Bacani. Antes de entrar en la aldea, en un valle, al oscurecer, fue atacada por un

gran número de gendarmes. El jefe de la escuadra, el legionario Popescu Lascar, herido en la cabeza, cayó primero, sin sentido, en un lago de sangre; los otros legionarios se negaron a retirarse y atacaron a pecho descubierto, inermes, intentando entrar en la aldea. Uno después de otro cayeron todos privados de sentido. El último atacó solo, cayó de rodillas bajo los golpes, se volvió a levantar, atacó de nuevo y, al final, cayó al lado de sus camaradas. Toda la escuadra cayó sin conocimiento en un lago de sangre. Desde allí fueron arrestados por los gendarmes sobre la nieve una distancia de dos kilómetros, hasta el puesto de policía de la aldea. A la una de la noche, un hombre a caballo llevó a Barlad la noticia de lo que había sucedido por la tarde en Bacani. La escuadra de los de Iasi, al mando de Totu, que había llegado a media noche a Barlad, partió inmediatamente a pie en ayuda de los camaradas caídos; después de una lucha que duró desde las tres y media hasta las cinco de la mañana, y en la cual los gendarmes dispararon todos los cartuchos que tenían, los legionarios consiguieron ocupar el puesto de la policía, donde encontraron todavía sin sentido, echados en el suelo, a los legionarios caídos en la lucha de Bacani. Los recogieron y los transportaron al hospital de Barlad.

Las cosas no acabaron aquí. Los judíos empezaron una gigantesca campaña de prensa, atacándonos con un cinismo y una injusticia repelente. Un mar de mentiras, de insultos y de calumnias se derramó sobre nosotros. Todos los grupos políticos se habían coaligado par aponernos fuera de combate.

LA SEGUNDA DISOLUCIÓN DE LA GUARDIA

Marzo de 1932.

Asaltados por los gendarmes, atacados por la prensa judía, sufrimos una segunda disolución de la Guardia, por efecto de una simple decisión ministerial.

Aun encontrándonos dentro de la más perfecta legalidad, el gobierno Iorga Argetoianu, pisoteando la constitución y las leyes, nos disolvió arbitrariamente. Los locales fueron de nuevo ocupados y fueron sellados. La

tipografía de Iasi fue cerrada. Atacados por la prensa, nos encontramos en la imposibilidad de defendernos, ya que todas nuestras publicaciones habían sido suspendidas. En el parlamento intenté hablar, pero me lo impidió el escándalo de la mayoría, que no permitió que me defendiera. Sin embargo, no pudieron impedir la presentación de la candidatura.

La escuadra de Bucarest recibió orden de salir, y una después de otra, todas las demás. La escuadra de Iasi, con 30 hombres, bajo la dirección de Totu, cuando era conducida a la estación rompió las ligaduras, ocupó la sala de espera, done se hizo fuerte, y resistió veinticuatro horas hasta que fue atacada con gases. Al fin fue metida en el tren. En la ciudad no continuaban más que Ibraileanu, Nutzu Esanu y mi padre, arrestado. La persecución empezó en las aldeas: campesinos, maestros y sacerdotes fueron detenidos, apaleados, y sus casas, invadidas. Las elecciones se retrasaron un mes, fijándose la fecha en el 17 de abril.

Mi padre fue puesto en libertad. Intervinieron en la lucha, presentándose en la ciudad, los viejos, y a su frente, Hristache Solomon, el coronel Cambureanu, Ventonic, Ifrim, Isihie, Peceli Potolea, etc., que se distribuyeron en las diversas secciones, deslizándose en la noche hasta ocupar cada cual su puesto. Las escuadras de las provincias vecinas entraron en Tutova por diversos puntos. La escuadra de Gh. Costea pasó el Barlad con agua hasta el cuello, porque se encontraban todas las entradas vigiladas, y se presentó mojado en la votación. En la mañana del 17 de abril empezó la votación, que continuó día y noche. El 18 de abril, a las cinco de la mañana, se anunció la victoria legionaria con 5.600 votos, contra 5.200 los liberales, 400 los campesinos, 500 los cucistas, y los demás grupos, por debajo de 200.

Esta segunda victoria legionaria contra la coalición de todos los políticos rumanos, obtenida por la tenacidad y la férrea voluntad de los legionarios, con heroísmo y con sangre, afrontando obstáculos, insultos, golpes y persecuciones, levantó un entusiasmo indiscutible en todo el país.

NUEVAS ELECCIONES GENERALES

Julio de 1932.

El nombramiento de mi padre fue convalidado el último día de la sesión parlamentaria. Nuestro descanso no duró más que una semana, porque el gobierno Iorga cayó y se constituyó un gobierno nacional campesino, bajo la jefatura del señor Vaida.

Iniciamos una nueva lucha, física y materialmente agotados todavía. Nos encontrábamos en junio de 1932, y desde el 15 de diciembre de 1929 la lucha había sido continua: diciembre de 1929 a abril de 1930, las campañas de Covurlui, Cahul, Turda y Tecuci; en el verano de 1930, la preparación y prohibición, después de la marcha de Besrabia; encarcelamiento hasta otoño; octubre y noviembre, en Maramures; invierno de 1931, encarcelado; durante la primavera de 1931, la lucha por las elecciones generales; en verano de 1931, las elecciones de Neamtz; invierno de 1932, elecciones en Tutova, y ahora henos de nuevo ante las elecciones generales.

No obstante estas luchas, yo había continuado la organización también en el resto del país. El año precedente había tenido listas en 17 provincias, y ahora las tenía en 26.

Todos los partidos iniciaban las mismas luchas a base de intrigas para determinar los candidatos. Este trabajo les costó una semana, en tanto que yo, por mí mismo, en una sola noche fijé las candidaturas en 36 provincias.

Entre los legionarios nadie se bate por los puestos y todos piden ser colocados los últimos en la lista.

El problema difícil, sin embargo, era el material. Una gran parte de las provincias sostuvo por sí sola los gastos con las contribuciones de los legionarios; otras no podían. Me eran necesarios 50.000 leis solo para las tasas. Fui de un lado a otro hasta el último día, buscando aquí y allí; nada. Fui al señor Nichifor Crainic, director del Calendarul, esperando que tuviera fondos; pero tampoco tenía. Con su periódico, aparecido hacía cinco meses, sostenían nuestra lucha, siguiendo paso a paso el heroísmo de las escuadras legionarias; pero no podía prestarnos otra ayuda material. Finalmente, contraje un préstamo por medio de Pihu y Carnica, que, buscando entre todos los macedones, encontraron la suma necesaria. Algunas provincias fueron ayudadas por Focsani con Hristache Solomon.

La campaña empezó, y volvieron a empezar las persecuciones contra nosotros. Dispersos sobre un frente extenso, éramos atacados por todas partes con violencia.

En Tighina fueron heridos los legionarios Savina y Popescu. En Barlad, decenas de maestros y sacerdotes fueron llevados a los sótanos y maltratados por orden del señor Georgescu Barlad. En Vaslui, las pequeñas escuadras fueron heridas, y lo mismo sucedión en Podul Iloaiei y en toda la provincia de Iasi.

En Focsani, el viejo Hristache Solomon, con el ingeniero Blanaru y otros diez, fueron atacados, por orden del abogado Neagu, por las bandas armadas de los nacional campesinos, en el municipio de Vulturul. Cayeron los legionarios bajo los garrotazos y las cuhilladas; qudó en pie, fuerte como una roca, Hristache Solomon, al que nadie había osado tocar hasta entonces. Se defendió desesperadamente, pero al final cayó en medio de la calle, bajo una lluvia de golpes, y allí quedó; fue golpeado con palos en la cabeza por aquellas fieras, que entonces, como ahora, tenían siempre en los labios la legalidad, los medios civilizados, la libertad, etc.

La Guardia obtuvo 70.000 votos, el doble que el año precedente; las mejores provincias fueron las de Cahul y de Neamtz, de Covurlui y de Tutova, donde había presentado su candidatura mi padre. Seguían Campul Lung, con Motza, Turda, Focsani, Ismail y Tighina.

Teníamos derecho a cinco puestos. Siguieron las opciones; yo seguí en Cahul para que entrase en el parlamento Notzu Esanu. Decidí que mi padre quedara en Barlad para dejar que entrase en el parlamento Stelescu, que tenía solo veinticuatro años y era estudiante; quería dar u la juventud un estímulo.

Por la confianza y el amor que le he demostrado no he sido recompensado[48].

POR SEGUNDA VEZ EN EL PARLAMENTO

Siempre luché en el Parlamento contra el gobierno y sus medidas, que consideraba contrarias a los intereses de la raza rumana, como, por otra parte, he luchado también contra los demás gobiernos que se ha sucedido en la dirección del Estado. De todos estos gobiernos el país no tiene nada que esperar. Todas sus medidas y leyes no eran más que paliativos para prolongar días y días la vida amarga y triste del país.

Cuando en Grivitza fueron fusilados los trabajadores rumanos por orden del ministro del interior, con náuseas hasta lo más hondo del corazón por la actitud de los comunistoides del partido nacional campesino, que aplaudían las medidas del gobierno, me presenté en la tribuna y consideré mi deber hablar como sigue:

«Mal está que desgraciados trabajadores se hayan echado a la calle; pero estaría peor, para ellos y para nuestra raza, que frente a la injusticia que reclama venganza no tomasen esa actitud, sino que doblasen la cabeza, resignados al yugo, dejando al país en manos de los politicastros explotadores».

Cito aquí el acta oficial de esta sesión:

[48] Stelescu traicionó a la Legión y fue expulsado en 1934. Stelescu tramó asesinar a Codreanu, a través de los familiares de su esposa, había entrado en contacto con operadores políticos cercanos al rey Carol II, quien, como principal opositor a la Legión, alentaba y apoyaba su acción. Otras fuentes han afirmado que Stelescu había sido incluso un agente de Siguranţa Statului, la policía secreta rumana. Según Grigore Traian Pop, Stelescu se convirtió en un adversario tanto del nacionalsocialismo como del fascismo italiano. En 1936 fue asesinado por un grupo de legionarios, la acción tuvo lugar sin el conocimiento ni el consentimiento de Codreanu. Este es el único ejemplo de traición dentro de la Legión desde su fundación.

«Corneliu Zelea Codreanu: Señor presidente, señores diputados: En nombre del grupo del que formo parte pido que, junto al expediente que es norma instruyan las autoridades a las que corresponde tal función, se instruya también un expediente parlamentario por los representantes de los diversos grupos políticos de este parlamento. Pido esto porque dudo de la exactitud de las afirmaciones hechas por el señor ministro del interior, y dudo por un motivo bien determinado. El 24 de enero, cuando los estudiantes rumanos, nacionalistas y cristianos iban a depositar una cruz sobre la tumba del soldado desconocido, en un diario de la capital la policía ha afirmado que tal gesto había sido preparado y subvencionado por Moscú.

Si igualmente verosímiles son las informaciones que tenía para el asunto de Grivitza, entonces comprendo muy bien la razón que tenía para tomar medidas de la naturaleza de aquellas que ha tomado ayer y hoy. (Aplausos en los bancos de la Guardia de Hierro y del partido nacional campesino del doctor Lupu).

En segundo lugar, tengo que afirmar que yo, como todos los hombres de buen sentido de este país, no tengo miedo del comunismo ni del bolchevismo. Nosotros tenemos miedo de otra cosa: del hecho de que los hombres de aquellas fábricas no tienen qué comer: tienen hambre. (Aplausos en los bancos de la Guardia de Hierro y del partido nacional campesino del doctor Lupu). Algunos de aquellos trabajadores ganan 1.100 leis al mes y tienen cinco, seis o siete niños.

Doctor N. Lupu: Es verdad.

Corneliu Zelea Codreanu: Teniendo cinco, seis o siete niños, este sueldo no basta ni siquiera para el pan de todos los días.

Yo, en segundo lugar, tengo miedo también de otra cosa; de la sed de justicia.

Doctro N. Lupu: Muy bien.

Codreanu: Entonces, ustedes, señores, deberán satisfacer estas dos cosas; el hambre y la sed de justicia, y el orden reinará en este país». (Aplausos en los bancos de la Guardia de Hierro y del aprtido nacional campesino del doctor Lupu).

(Sesión del jueves 16 de febrero de 1933, Gaceta Oficial número 41, del 23 de febrero de 1933).

* * *

Una de las dificultades que obstaculiza la actividad del parlamento era la de los millares de peticiones de intervención por parte de los electores, porque perdíamos todo nuestro tiempo dando vueltas desde la mañana a la noche para satisfacer estas peticiones. Es un sistema peligroso para la vida de una organización, porque paraliza toda actividad, se descuida la lucha, se renuncia a la suerte de una nación para servir a los propios partidarios. Después de algún tiempo observé que entre los que venían con semejantes peticiones no había ni siquiera un legionario; eran todos o mendigantes de colocaciones o adversarios enviados aposta para paralizarnos. Por otra parte, este sistema nos ponía en la penosa situación de ir a rogar a los hombres contra los cuales luchábamos. Por eso, personalmente, me negué a prestar este servicio y durante todo el tiempo que estuve en el parlamento no pedí nada a ningún ministro.

Otra categoría estaba formada por aquellos que venían a pedirnos dinero. Entre los centenares de personas que desfilaban cada día, ninguno era legionario; algunos estaban realmente enfermos o sufrían alguna desgracia; pero otros, sin embargo, habían hecho de este sistema un verdadero oficio.

En fin, nuestro grupo era una pequeña organización en formación, en marcha, en lucha permanente. Esto requería, especialmente por mi parte, una atención continua sobre todos los movimientos enemigos; exigía que se descubriesen y se destrozasen sus planes y hacía necesaria la conquista y organización de nuestras posiciones. En otras palabras: una vigilancia permanente de día y de noche del campo de batalla de todo el país. En primer lugar, sin embargo, venía la vigilancia de la educación legionaria para no transformarnos insensiblemente en una categoría política de infección moral de la que no pudiéramos salir y en la cual moriría el espíritu legionario.

El parlamento me robaba el tiempo necesario a la dirección.

CÓMO SE PRESENTABA LA ORGANIZACIÓN LEGIONARIA EN 1932-1933

En otoño de 1932 y en invierno de 1933 los legionarios fueron dejados en calma; después de tres años y medio de lucha, ya se lo habían merecido.

Desde hacía dos años me había establecido en Bucarest. En Iasi había permanecido en mi puesto Banea, ayudado por Totu, Cranganu, Tasca y Stelian Teodorescu, para las cuestiones estudiantiles, la tipografía, el «camin», etc. El grupo estudiantil legionario había aumentado y comprendía ya más de la mitad de los estudiantes que participaban en la lucha. En Cluj había un sano principio de organización con Banica Dobre, y lo mismo ocurría en Cernautzi con Lauric, que desarrollaba bien un principio de vida legionaria, siguiendo la dirección del profesor Braileanu, en torno al cual se agrupaban el profesor Toppa y otros. En toda la Bucovina, la corriente y la organización legionaria se ampliaban bajo la línea sagaz del viejo y distinguido nacionalista Iasinschi. En Chisinau trabajaban Tudorache y Serghie Florescu; en Oradea Mare, Iosif Bozantan.

Los jóvenes crecidos en las «Fratzi» llegaban a la Universidad totalmente formados.

En Bucarest salía ahora un periódico nacionalista redactado con gran valor y según una línea de pensamiento muy elevada: Calendarul (El Calendario), bajo la dirección de Nichifor Crainic, con la colaboración de un grupo de intelectuales, a cuyo frente se encontraba el profesor Dragos Protopopescu. Este periódico trazaba valientemente un camino nuevo y amplo en el mundo de la intelectualidad rumana, en la línea cristiana y nacionalista. Especialmente los artículos del señor Crainic eran verdaderos disparos, cañonazos que provocaban grandes sacudidas en el mundo antirrumano.

En el movimiento estudiantil de la capital, los legionarios tenían el primer puesto. La presidencia del Centro la ocupaba Traían Cotiga, con un comité legionario.

Entre los jóvenes intelectuales de la capital se advertía un cambio: en su conciencia empezaban a imponerse los grandes problemas vitales de la raza. Un grupo de talento, agrupado en torno a la joven revista Axa, llevando a su frente a Polihroniade, Voje, Constant, entró en las filas legionarias. Y otros

jóvenes eminentes, como el profesor Vacile Cristescu, Vasile Marin, el profesor Vladimir Dumitrescu, el ingeniero Virgil Ionescu, el profesor Radu Gyr, el abogado Popov, los pintores Basarab y Zlotescu, todos de gran talento y llenos de entusiasmo, trabajaban según las directivas de la idea legionaria.

Los macedones se acercaban cada vez más a nosotros con una juventud sana, pura como las lágrimas y heroica. Pensábamos, sin embargo, que no estaba bien que la masa de los macedones fuese encuadrada en la Guardia, ya que, apenas llegada de más allá de las fronteras, estaría expuesta a demasiadas presiones; sin embargo, la juventud universitaria se enroló toda.

Al frente de la juventud macedona se encontraban tres elementos de gran cultura: Papanace, Caranica y Serie Ciumeti.

Con los dos primeros me aconsejaba frecuentemente, dado que ambos tenían un criterio admirable, avalorado por una pureza y una sinceridad sin límites, por un gran amor a la idea y por el heroísmo.

No creo que desde 1931 haya habido un solo día en que no me haya visto con ellos. En este periodo de persecuciones charlábamos juntos durante horas enteras: golpe tras golpe, injusticia tras injusticia, infamia tras infamia. Cada noticia de una nueva tortura legionaria era un puñal clavado en nuestros corazones. El dolor por todos los legionarios maltratados nos atormentaba, y especialmente la imposibilidad de encontrar el medio para obtener justicia.

Sterie Ciumeti vivía día y noche conmigo. Era un joven de gran corrección y fidelísimo. Llegó a ser el cajero central de la Guardia. Todos los días que aún había de vivir no pensó más que en la Guardia, no se atormentó y no actuó más que por la Guardia y no vivió más que para ella.

En diversos puntos del país comenzaron a aparecer elementos de valor: el doctor Pantelimón, el reverendo Ionescu Duminica, el doctor Augustin Bidian, en Sibiu; el sacerdote Georgescu Edinetzi, confesor de los estudiantes, viejo luchador; el Capitán Ciulei, en Bacau; Aristotel Gheorghiu, también viejo comandante, en Ramnicul Sarat; en Braila, Ión Iliescu; Seitan, en Constanza; el sacerdote Doara y Víctor Barbulescu, en Valcea; los profesores Vintzan, Ghenadie y Duma, en Timisoara. Y los viejos legionarios: los profesores Nicolae Petrascu, Horia Sima, el abogado Iosif Costea, Colgón y otros, que ocupaban puestos de mando, en diversos lugares del país.

Bucarest fue dividido en sectores y empezó la organización[49].

En el Verde y en el Azul había dos elementos de valor: Nicolae Constantinescu y Doru Belimace: dos caracteres fuertes, dos cerebros. Doru Belimace era uno de los más distinguidos estudiantes de la Facultad de letras; Nicolae Constantinescu, de gran cultura económica, era estudiante de la Academia Comercial. Ambos debían demostrar pronto que tenían singulares cualidades de fe y de valor legionarios.

Se creó entonces el primer grado legionario, con el siguiente orden del día 10 de diciembre de 1932:

a) Se crea el primer grado superior de la jerarquía legionaria, con la denominación de Comandante legionario.

Considerando el sacrificio, el trabajo, el heroísmo, la fidelidad, la capacidad y la antigüedad, se elevan a tal grado los siguientes legionarios, que se expresan por orden alfabético:

Banea Ión, licenciado en medicina; Belgea Ión; Blanaru Ión; ingeniero; Dumitrescu Ión, sacerdote; Ionescu Andrei; Silaghi Víctor, abogado; Stelescu Mihail, diputado; Totu Nicolae, estudiante; Traían Cotiga, estudiante; Tanase Antohi, artesano.

b) Todos los legionarios, series 1927 y 1928, que han prestado juramento y han permanecido en los cuadros activos de la Legión, son promovidos al grado de Comandante legionario adjunto.

Firmado:
Corneliu Zelea Codreanu.

Los otros de más edad entraron en el Senado de la Legión y en el Consejo Superior Legionario.

[49] Cada uno de los cinco grandes sectores lleva el nombre de un color: verde, amarillo, rojo, azul y negro.

LA OFENSIVA DE LA CALUMNIA

MOVIMIENTO ANÁRQUICO Y TERRORISTA

El Movimiento legionario creció a ojos vistas, especialmente en las filas de la juventud de las escuelas y universidades y en las de los campesinos de todas las provincias rumanas. Se desarrollaba más difícilmente donde el elemento rumano, o era empleado del Estado, y por consiguiente estaba en la imposibilidad de manifestarse, o dependía económicamente de los judíos.

La misma persecución sorda, ya sufrida desde que iniciamos la lucha en 1922, continuaba, siempre creciente, contra nosotros y contra nuestras familias. Un joven culto no obtenía un empleo gubernativo si no era al precio de su conciencia y de su fe. Se intentaba dominar a centenares de jóvenes con dinero, promesas, honores y cargos. El Estado había llegado a ser una escuela de traiciones; muertos los hombres de carácter, la traición se recompensaba con usura. Si se es comerciante rumano, solo en medio de los judíos, y si cree en la Legión, empezando por las guardias de la calle terminando en el síndico y en el prefecto, son enemigos todos, nos persiguen día y noche, nos ponen impuestos más grandes que a los judíos, las multas llueven una detrás de otra hasta el aniquilamiento.

Si se es campesino, nos llevan con las manos atadas de lugar en lugar, a pie por decenas de kilómetros, pegándonos cada día, en cada sección de gendarmes; nos tienen sin comer durante cuatro o cinco días, nos miran en todas partes como animales feroces y todo el mundo se cree con derechos a darnos un golpe. Si se es obrero, se es echado a la calle, como un trapo, de toda fábrica, de toda empresa.

Porque, en este país, un hombre que tenga convicciones debe morir de abre con sus hijitos; todos somos considerados enemigos.

Nos hemos encuadrado, sin embargo, en el más perfecto orden y en la más rígida legalidad, para que no se nos pueda decir nada; pero esto no tiene ningún valor. El lema de los Gobiernos será: ¿Es que no podemos destruiros porque no habéis transgredido las leyes? Pues no importa; las transgrediremos nosotros y os destruiremos.

¿No queréis ser «ilegales»? Pues lo somos nosotros.

Hemos entrado en un sistema verdaderamente talmúdico: por una parte, acusados por la prensa y por todos los servicios públicos de «ilegalidad»; de la otra, estando dentro de los moldes de la ley, somos aniquilados con los más odiosos e ilegales sistemas por parte de todos los representantes del gobierno y del Estado, caídos en la más fragante ilegalidad.

Llevados a los tribunales, sentencias sobre sentencias, en todo el país, confirman la línea de legalidad y de orden del Movimiento. Ninguna decisión nos es adversa, y, sin embargo, el argumento fundamental de los políticos y de la prensa judía continúa invariable: «Movimiento de desorden, de anarquía, de violación de la ley, terrorista».

La prensa judía azuza siempre a los políticos contra nosotros para que compitan disolviéndonos y hundiéndonos.

AL SERVICIO DE LOS EXTRANJEROS

Desde hace algún tiempo, no sabiendo qué hacernos, la prensa judía nos acusa de recibir dinero de Mussolini, sosteniendo que nos fingimos nacionalistas, pero que en realidad nuestro fin es el de obtener dinero de quienquiera que encontrásemos en nuestro camino. Habíamos encontrado a Mussolini, y le exprimíamos. Así llegamos a saber, con gran estupor, que «estábamos al servicio de los húngaros».

«Estábamos al servicio de Moscú...».

«Recibíamos dinero de los judíos...».

Ni siquiera esta acusación ridícula ha dejado de hacérsenos. Reproduzco el periódico judío «Política», del 10 de agosto de 1934, unos párrafos significativos de un artículo titulado: *Max Auschnit y la Guardia de Hierro*:

«También entre nosotros el fenómeno se ha verificado de idéntica manera, y es cosa bien sabida por todos que el más importante movimiento del fascismo rumano, la "Guardia de Hierro", ha sido creado y sostenido por los grandes capitalistas. Y aquí viene la revelación sensacional:

El judío Max Auschnit ha sostenido y financiado directamente la "Guardia de Hierro". Esto lo han afirmado dos hombres bastante serios y

respetables: el ministro Víctor Iamandi y el conocido periodista Scarlat Calimachi.

Después de esta explicación, el hecho aparece normalísimo.

¿Quién no sabe que también Hitler ha sido financiado por los grandes capitalistas hebreos de Alemania?».

ESTAMOS A SUELDO A LOS HITLERISTAS

En los últimos tiempos, en Alemania, Adolf Hitler ha resultado vencedor contra la hidra judeo-masónica de todo el mundo. El pueblo alemán, con extraordinaria resolución y unidad, combate y destruye la potencia judía. Los judíos acumulan mentiras sobre mentiras en su prensa, intentando confundir los cerebros:

1° Adolf Hitler es un pintor, un tonto, un incapaz. ¿Quién puede seguirle en un país civilizado como Alemania?

Pero Adolf Hitler continúa su camino.

2° Adolf Hitler no vencerá, porque se le opondrán los comunistas alemanes.

Pero Adolf Hitler se acerca al Poder.

3° El hitlerismo se ha dividido en dos o tres grupos; hay gran descontento en el seno del partido, etc.

Pero a Adolf Hitler no le importa nada.

4° Adolf Hitler se ha vuelto loco. Se ha ido a la montaña, etc.

Pero Adolf Hitler está sano y se aproxima siempre más a la victoria.

5° Si vence, al día siguiente estallará la revolución en Alemania. El comunismo provocará la revuelta general y Hitler caerá.

Pero Hitler llegó al poder, y la revolución soñada por los judíos no tiene lugar. Y pasó, de la mayoría, a una unanimidad jamás registrada en la historia.

6° Todos los países boicotearán económicamente a Alemania, y el hitlerismo caerá.

Pero Adolf Hitler avanza victorioso.

7° «Dictadura», «terror hitlerista» en toda Alemania. El voto es arrancado con el terror.

Pero el pueblo alemán va de entusiasmo en entusiasmo.

8° Hitler quiere quitarnos el Ardeal. Y todos nosotros, nacionalistas rumanos, que queremos salvarnos de la desventura judía, somos, ni más ni menos, que hitleristas, es decir, que queremos darle el Ardeal.

Pero nosotros respondemos:

Supongamos que Hitler quiere hacernos la guerra para tomar el Ardeal. Para que nosotros rumanos podamos defender el Ardeal contra los alemanes debemos librarnos de los judíos. Resolver también nosotros el problema judío. Debemos fortalecer la posición de nuestro pueblo exprimido por los judíos, extenuado y puesto en imposibilidad de defenderse. Con los judíos envenenando nuestras almas y chupando nuestra sangre, no tendremos ni armas, ni alma, ni carne sobre nuestros huesos.

9° Finalmente, nosotros recibimos dinero, estamos comprados, estamos a sueldo de los hitleristas.

Respondemos: A. C. Cuza lucha contra los judíos desde 1890, y nosotros desde 1919, 1920, 1921, 1922, cuando ni siquiera habíamos oído hablar de Adolf Hitler. ¡Serpientes venenosas!

LA FÁBRICA DE BILLETES FALSOS DE RASINARI

No había pasado mucho tiempo, y una nueva campaña de los judeo-política empezaba contra nosotros.

Como si no bastase el dinero de Hitler y de Mussolini, de Moscú y de Max Auschnit, nuestros adversarios nos descubrieron una nueva fuente financiera en la fábrica de billetes falsos de Rasinari.

El sensacional descubrimiento llenó las columnas de los periódicos de los politicastros y de los judíos.

Reproducimos más abajo, de la prensa de la época, algunos párrafos destinados a ilustrar el sistema de perfidias con el cual se intentaba destruirnos ante la conciencia de la nación.

El periódico Patria, del 22 de julio, ha publicado:

«La Guardia de Hierro y la fábrica de billetes falsos de Rasinari. La fuente de ingresos de propaganda.

Cluj, 21 de julio. En Rasinari, municipio situado en las proximidades de Sibiu, se ha hecho un sensacional descubrimiento, de tal manera, que sirve para presentar bajo los peores auspicios a toda una organización, contra la cual el gobierno, que tiene ahora en las manos las pruebas más aplastantes, deberá proceder con la mayor severidad.

Una fábrica de moneda falsa de la Guardia de Hierro.

Precisamente en el municipio de Rasinari se ha descubierto una fábrica para falsificar moneda. Por las investigaciones hechas se ha comprobado, con estupor de todos, que esta vez no se trata de una simple banda de zíngaros o de maleantes, los cuales afrontan los rigores de la ley con la esperanza de un rápido enriquecimiento, sino de la misma Guardia de Hierro, la organización política del señor Zelea Codreanu, el cual, en este último tiempo, se ha entregado al a más desordenada campaña contra el gobierno, y en general contra los partidos políticos rumanos.

La Guardia de Hierro y la propaganda en las aldeas.

Para aquellos que conocen más de cerca la actividad de la Guardia de Hierro, con bandas de legionarios que recorren el país de un extremo al otro, el caso parece natural, porque en semejante circunstancia es preciso, en primer lugar, dinero. Ahora bien: se sabe que los propagandistas de la Guardia de Hierro disponían en los últimos tiempos de fondos abundantes que les permitían desplazarse a las aldeas, imprimir periódicos y armar a sus miembros más afectos con todo lo que era necesario, para copiar el sistema "a lo Hitler".

Cómo se ha descubierto la falsificación.

El ministro del interior estaba desde hacía tiempo informado de que algunos de los notables transilvanos de la Guardia de Hierro, y especialmente los de Brasov y del Sibiu, disponían de ingentes cantidades, que distribuían después a las organizaciones de todo el país. Pero había la duda de que el dinero fuera suministrado por quién sabe qué organización análoga del extranjero. Como consecuencia de una atenta vigilancia, se ha constatado que esta duda era infundada. El descubrimiento de la fábrica de moneda

falsa de Rasinari ha puesto a la policía sobre una nueva pista, y el resultado de las investigaciones ha sido el más sorprendente.

Sibiu subvenciona a toda la organización.

Inmediatamente, las autoridades de la capital han delgado en el juez instructor I. Stanescu, de la capital, para hacer las investigaciones pertinentes. Acompañado por el primer procurador Radu Pasci y por el procurador Mardarie, ha salido para Sibiu, donde ha hecho un primer registro en casa del abogado Bidianu, jefe de la organización legionaria. Se ha descubierto mucho material comprometedor, del cual resulta que la fábrica de moneda falsa de Rasinari servía exclusivamente los fines políticos y subversivos de la Guardia de Hierro. Entre la correspondencia confiscada se han encontrado cartas de diversas organizaciones, y especialmente de la organización de Iasi, cartas en las que el señor Banea pedía una suma importante para comprar una camioneta para intensificar la propaganda en Moldavia.

La policía ha realizado una serie de detenciones y ha secuestrado todo el material comprometedor, junto con los aparatos que servían para la falsificación.

Las investigaciones continúan activamente y se intenta determinar qué relación existe entre la fábrica y las organizaciones guardistas, y especialmente la cantidad de fondos distribuidos a estas.

El valor moral de la Guardia de Hierro.

El hecho de que la organización de la Guardia de Hierro, que había conseguido crear núcleos en todo el país, hay sido tan vergonzosamente cogida in fraganti, ha producido una impresión profunda en todo el país y una verdadera consternación entre sus partidarios. Se sabe que la agitación en el campo se hacía en nombre de la justicia, de la honestidad, de la humanidad, del respeto a las leyes del país, etc., cosas todas estas que es evidente eran palabras vacías para la Guardia de Hierro, mientras en realidad esta perseguía solamente el poder sin ningún escrúpulo con respecto a los medios empleados en la lucha.

Frente a estos descubrimientos, el gobierno parece dispuesto a proceder con la mayor severidad. Tanto, que el subsecretario de Estado, V. V. Tilea, ha declarado en un círculo íntimo que, ante la gravedad de los hechos

cometidos por ciertos miembros, la Guardia de Hierro deberá ser, indudablemente, disuelta».

En Chemarea Romalinor del 6 de agosto de 1933:

«El amor al dinero y la falsificación de dinero.

Los periódicos han narrado cómo en los pasados días los galopines de la Guardia de Hierro han sido sorprendidos por las autoridades falsificando moneda. Sabemos que esta clase de gente, en los últimos tiempos, se ha dedicado a ir por las aldeas prometiendo al pueblo el oro y el moro y pidiendo la pena de muerte para los malhechores. Nosotros, jóvenes, hemos esperado largamente para podernos asegurar de los fines y de los objetos que perseguían. Ya que predicaban con ardor el amor a la Patria, el orden y el exterminio de los extranjeros, hemos creído durante largo tiempo que fueran de buena fe. Pero ahora, que sabemos por los periódicos que se han puesto a trabajar en daño del Estado falsificando moneda, constatamos que nos hemos engañado y que al fin los conocemos.

Ellos forman parte de la horda de ladrones del país, y por la grave violación de la ley que han cometido, aconsejamos al gobierno que los juzgue como ellos piden que sea juzgada esta clase de hechos: con la pena de muerte. ¡A la horca los falsificadores!».

En Dreptatea (La Justicia) del 22 de julio de 1933, órgano oficioso del partido nacional campesino:

«La Guardia de falsificadores.

Si era necesaria una prueba definitiva para clasificar a los individuos que constituyen la llamada ala nacionalista de derechas de nuestra política, he aquí que la tenemos en el escándalo de los falsificadores de Rasinari.

En todo lugar, y siempre, los partidos de la extrema derecha, extrema derecha que en el fondo se compone de bandas de fanáticos y de agitadores, han usado los más abominables, degradantes e incalificables procedimientos en la obra de propaganda para las multitudes ingenuas.

Porque en la "concepción" y "doctrina" de derecha, el fin, que se reduce a alcanzar el poder, justifica la suciedad de los medios.

No puede existir nobleza en los procedimientos, en la táctica, en el método y en la actitud, donde no existe nobleza en el ideal, en el fin y en los objetivos perseguidos. ¿Quién podría afirmar que se esconde un átomo de nobleza en el ideal, llamémosle así, del extremismo de derecha? El culto a la fuerza bruta, con desprecio de los derechos más elementales, no constituirá jamás un ideal ni una superioridad. Otro es el ideal cuyos rayos calientan el alma de la humanidad: un ideal de justicia, de paz, de trabajo constructivo, para levantar siempre más, en la escala intelectual, a la colectividad nacional, y a través de ésta, a toda la humanidad.

No es este el ideal del extremismo de derecha, aferrado a ínfimos ejemplares humanos, con la presuntuosa aspiración de poderes dictatoriales. El extremismo de derecha sustituye la inteligencia por la fuerza (la cual no distingue a un intelectual de un rate4ro); la justicia, con la arbitrariedad; el noble ideal de la paz y de la colaboración entre los Estados y los pueblos, con el dogma obtuso del odio entre las naciones.

El extremismo de derecha no puede ser aprobado por ningún intelectual.

Si ha conseguido seducir a algunos hombres, lo ha hecho en nombre de una fe odiosamente explotada: la fe nacionalista.

Así ha procedido la asociación de conspiradores llamada Guardia de Hierro, y pretende obrar en nombre del nacionalismo.

¿En nombre del nacionalismo? Esta hipocresía debe ser desenmascarada ante la opinión pública. El nacionalismo, para ser servido, tiene necesidad de organizaciones ocultas, de asociaciones secretas, y especialmente, no tiene necesidad de métodos como los practicados por la Guarida de Hierro. El nacionalismo es una fe que se defiende a la luz del día, honestamente, abiertamente, sinceramente.

En ningún caso se sirve al nacionalismo con órdenes secretas a los “nidos” (¿¡), a los “batallones” invisibles y a las “células” ocultas, y especialmente falsificando moneda.

La Guardia de Hierro no es más que un puñado de aventureros agrupados clandestinamente para la conquista violeta del poder mediante la más desordenada y mentirosa demagogia. Y esto en nombre de la idea nacionalista.

¿En nombre de la idea nacionalista? Creo que esta es de todos los hijos de esta tierra nuestra, y no admite medios semejantes a los usados por la Guardia de Hierro: no admite la falsificación de moneda.

El descubrimiento de la banda de Rasinari pone a la luz a la Guardia de Hierro. La gente se preguntaba: ¿Dónde encuentran el dinero? ¿Cómo tanto dinero para la propaganda? ¿Y para la organización? ¿Y para comprar conciencias? ¿Y para viajes? ¿Y para manutención? ¿Y para automóviles? ¿Dónde?

El descubrimiento de Rasinari indica la fuente: la falsificación de moneda.

Así trabaja la Guardia de Hierro. Los pioneros de la Guardia de Hierro son individuos que caen en los dominios del Código Penal. Quieren hacer un partido político falsificando moneda.

¿Qué autoridad moral tienen ya para pedir la aprobación de las masas? La Guardia de Hierro es una guardia de falsificadores. ¡Y una guardia de falsificadores no puede hablar en nombre del nacionalismo!».

Y finalmente, para no prolongar más de lo necesario las citas, reproducimos de Patria del sábado 22 de julio de 1933:

«Los guardistas y los falsificadores.

El descubrimiento de Rasinari ha tenido un aspecto muy sensacional. Va más allá de los acontecimientos cotidianos y derrama una luz cruda sobre la descomposición, la disolución y la elasticidad moral de quienes pretenden regenerar a las masas demasiado crédulas buscando una nueva verdad. Y decimos verdaderamente sensacional porque, si los periódicos nos han acostumbrado últimamente a saber que en diversos lugares del país aparecen pequeñas fábricas de moneda clandestina, jamás los dueños ingeniosos de estas instituciones inflacionistas, en discordia con el Código, han revelado entrarse comprendidos en una más elevada posición social. En Rasinari los héroes no son zíngaros a la caza de imposturas, y tampoco simples reclamados por la justicia, que intentan un golpe fácil y mezquino o que entienden estéticamente el gusto de una aventura rica en graves peligros. Se trata del jefe —fijaros bien—, del jefe de la Guardia de Hierro de Sibiu. Citamos las siguientes palabras tomadas de un periódico objetivo, y que no

pocas veces ha tomado bajo su desinteresada protección al Movimiento de los prosélitos de Codreanu:

Las autoridades de Sibiu, al registrar la casa del abogado Birianu, jefe de la organización de la Guardia de Hierro de la ciudad, han descubierto un material sensacional, del que resulta que la fábrica de moneda falsa de Rasinari estaba creada para sostener a la Guardia de Hierro. Entre otros documentos, se ha encontrado una carta del presidente de la organización de Sibiu, señor Banca, que desde Iasi pedía dinero para una camioneta y para intensificar la propaganda de la Guardia de Hierro.

¿Está claro? Una fábrica de moneda falsa para sostener un partido que se proclama regenerador de la política y de las costumbres. Alguien podría entender que haya en esto un signo curioso y grave del tiempo; y un aficionado a los juegos de palabras encontraría que para una guardia, aunque sea de hierro, es exagerado hacerse falsificadora. Sea como sea, el caso de Rasinari es extremadamente grave y echa también una nueva luz sobre los recursos con los cuales estos aventureros se preparan a veces para combatientes y para mártires y mantienen su agitada y ambulante existencia. Precisamente desde estas columnas preguntábamos, estupefactos y curiosos, dónde encontraban el dinero estos señores. Y, lo confesamos sinceramente, no esperábamos que la respuesta fuese tan rápida, tan espantos y, precisamente, de... Rasinari...».

* * *

Tres semanas duró esta odiosa campaña. En vano recorrieron desesperados las redacciones de los periódicos para obtener una rectificación los tres legionarios elegidos: Caranica, Sterie Ciumeti y Papanace, los cuales, desde 1931, gracias a sus dotes de claro juicio y de gran sinceridad, vivían cotidianamente conmigo, participando en mis tormentosas preocupaciones y ayudándome paso a paso en el grave peso de guiar a la organización en el campo de batalla.

Esfuerzos vanos, porque todas estas infamias que se lanzaban contra nosotros eran impuestas.

No podían producir más que un solo efecto: acumular en los ánimos injusticias sobre injusticias, calumnias sobre calumnias, golpes sobre golpes, dolor sobre dolor.

Esta juventud las ha soportado todas, todas las ha sofocado en su alma. Ahora, sin embargo, después de tantos años, si quisiera dar un consejo a la gente, gritaría: «Guardaos de aquellos que son pacientes».

LA ESCUADRA DE LA MUERTE

Pero frene a los obstáculos, a los golpes, a los insultos, a las maquinaciones, a las persecuciones, que nos asaltaban por todas partes, nosotros, si bien con el espantoso sentimiento de la soledad, de la falta de toda ayuda a la que recurrir, oponíamos la decisión de la muerte.

La Escuadra de la Muerte es la expresión de este estado de ánimo de la juventud legionaria de todo el país. Significa la decisión de esta juventud de aceptar la muerte, su resolución de ir adelante pasando a través de la muerte.

* * *

A principio de mayo de 1933 se formó una escuadra con el sacerdote Ión Dumitrescu, Nicolae Constantinescu, Sterie Ciumeti, Petro Tzocu, Constantin Savin, Bulhac, Constantin Popescu; Rusu Cristofor, Adochitzei Iovin, Traian Clime, Iosif Bozantan, Gogu Serafín, Isac Mihai, el profesor Papuc, Radoiu...

Antes de salir para atravesar la mitad del país, tomaron el nombre de Escuadra de la Muerte. Llegó de Iasi «Capriora», que debía hacerles recorrer el trayecto Bucarest Pitesti Ramnicul Valcea Targul Jiu Turnul Severin Oravitza Resitza.

Hasta allí serían acompañados también por el sacerdote Dumínica Ionescu; después proseguirían hacia Timisoara Arad y volverían a Bucarest. Partían para la más grande expedición legionaria, con 3.000 leis en el bolsillo para la gasolina. Después tendrían lo que les facilitasen Dios y los hombres por el camino. Iban con las leyes del país en la mano; respetarían la legalidad, pero se defenderían contra las medidas ilegales.

En Targul Jiu, en Turnul Severin, en Bazovici, fueron seguidos por la policía y por los gendarmes. Se pusieron de rodillas ante los revólveres, con el pecho descubierto, protegiendo las ruedas del automóvil.

En Oravitza eran esperados con las ametralladoras emplazadas en las afueras de la ciudad y fueron detenidos. Al día siguiente, el procurador Popovici los dejó en libertad, no declarándolos culpables porque ellos no hacían nada, no pronunciaban discursos, no celebraban reuniones. Marchaban y cantaban, y nada más.

La gente, sin embargo, comprendía, y los recibía con flores, les daba alimentos y gasolina para el auto. Por donde pasaban dejaban tras ellos una estela de entusiasmo.

En Resitza salí a su encuentro. Aquí debíamos celebrar una reunión pública: estábamos en nuestro derecho. Diputado, habiendo obtenido en la provincia de Caras 2.000 votos, venía a tomar contacto con los electores para rendirles cuentas de nuestra actividad en el parlamento. La cosa era legal; pero para nosotros la ley no existe.

Ni siquiera en tiempo de guerra había visto Resitza tanta tropa. Llegaban de las ciudades vecinas, ocupaban esta pequeña ciudad y la circundaban todo alrededor.

Comprendí que el gobierno me tendía una trampa. Hubiera querido que yo intentase una salida desconsiderada, que perdiera la calma para dar pretexto a una represión.

He aquí por qué encerramos a estos señores. He aquí por qué es necesario disolverlos. Por donde pasan, sublevan a la población conta nuestras mediadas, contra el ejército y la autoridad. Quieren hacer la revolución.

Semejante error por nuestra parte hubiera sido explotado por el gobierno y la prensa judía. Por esto no le dimos tal ocasión. Y sofocando en mí la indignación, evité cualquier conflicto. Su victoria se hubiera encontrado precisamente en este conflicto. Preferí renunciar a la reunión.

La escuadra prosiguió; pasó por Timis Torontal y entró en la provincia de Arad. Aquí, en la aldea de Chier, los gendarmes, junto con los judíos, sublevaron a los campesinos, gritando que pasaban las bandas rojas de Hungría.

Los campesinos, armados de horcas, hachas y garrotes, se precipitaron sobre los legionarios. Estos no tuvieron tiempo de explicar quiénes eran y fueron duramente apaleados. Ciumeti se rompió el brazo derecho y cayó sin sentido al borde de la carretera. A su lado yacía Adochitzei. Todos fueron heridos y después detenidos, transportados a Arad y encarcelados en celdas separadas en la prisión de la ciudad.

Procesados por rebelión, el proceso tuvo lugar diez días después. Los defendieron, junto conmigo, los abogados de Arad Motza y Vasile Marin, siendo todos absueltos.

La población rumana de Arad les hizo una calurosa demostración de simpatía.

A consecuencia de este hecho tomé la decisión de acompañarlos; parte salieron en automóvil, en tanto yo, junto con cuatro de ellos y con el campesino Fratzila, partí a pie, atravesando todas las aldeas, hasta llegar sobre los montes, a la tumba de Avram Iancu; un trayecto de 140 kilómetros. Los campesinos me acogieron en todas partes con alegría.

En Tzebea nos separamos. Ellos continuaron su camino hacia Hunedoara, y yo marché a Teius.

EN TEIUS

Aquí mi padre debía pronunciar una conferencia.

Llegué por la tarde y lo encontré herido en casa de un campesino. Un gran número de gendarmes había entrado en la sala, dando golpes con los fusiles a la gente, y mi padre había sido herido en la cabeza.

¡Legalidad! ¡Oh legalidad!

Un diputado rumano, con inmunidad y con garantía de derechos, va a pronunciar una conferencia, y los representantes de la fuerza pública penetran en la sala y le rompen la cabeza con la culata de sus fusiles. Campesinos, maestros y sacerdotes, todos estaban indignados. Decidí entonces que en el mismo lugar, dos semanas después, celebraríamos una concentración de protesta. La víspera de la reunión llegaron la Escuadra de la Muerte con la camioneta y los legionarios de Cluj y de Bucarest; pero la reunión no se pudo celebrar. Un regimiento de infantería y un batallón de gendarmes rodearon Teius, impidiendo el paso a los campesinos.

¡Cómo en Resitza! Intenté evitar el conflicto disponiendo que mi padre y los legionarios presentes abandonasen la localidad, donde permanecí solo, ya que la presencia de un número de hombres, por muy exiguo que fuese, podía hacer nacer un conflicto, mientras la presencia de un hombre solo frete a tanta fuerza no podía ser un pretexto y en ningún caso proporcionaría ninguna gloria a los que se hubieran precipitado sobre él.

Sin embargo, los campesinos de Mihaltz y de los contornos intentaron pasar por la fuerza el puente ocupado por las tropas.

Este puente, nosotros, los campesinos de Mihaltz, lo hemos conquistado en difícil lucha, arrancándoselo a los húngaros, que lo habían ocupado. Hoy no admitimos que los gendarmes rumanos nos prohíban el paso por el mismo —decían estos valientes y obstinados campesinos. De esto, surgió una lucha que duró más de dos horas, y de la Escuadra de la Muerte, Tzocu, Constantinescu y Adochitzei fueron por segunda vez heridos gravemente.

Durante el día fueron llevados a Teius toda la Escuadra de la Muerte y otros estudiantes, en total una cincuentena; se les dijo que serían evacuados, pero que no teniendo los billetes del tren debían ir a Alba Iulia para tomarlo allí. Pero una vez llegados, en lugar de los billetes, se encontraron todos, sin mandamiento de arresto, encarcelados en la famosa prisión de Horia.

Sus protestas fueron inútiles; en vano demostraron que su detención era contra la ley, que ningún detenido puede ser encarcelado sin mandamiento de arresto, que la autoridad violaba la ley. A las dos de la noche derribaron la puerta de la cárcel, y formados, se marcharon a casa del procurador, al que contaron lo sucedido. Permanecieron allí, en el patio, hasta por la mañana, hora en que, junto con el procurador, volvieron a la cárcel. Pero esta vez fueron extendidos los mandamientos de arresto, «porque habían forzado la puerta de la cárcel».

Se vio el proceso, del cual fueron absueltos, porque sin mandamiento de arresto se encontraban detenidos con violación de la ley.

Y ellos se habían ajustado a las disposiciones legales avisando al procurador

Una vez más se demostró ante la justicia que los provocadores del desorden no son los legionarios, sino las mismas autoridades, que, en vez de defender la ley, la pisotean con supremo desprecio.

La Escuadra de la Muerte, después de dos meses, volvió a Bucarest. Sus luchas, sus sufrimientos, las injusticias, los procesos, las heridas, habían sacudido el alma de todo el Ardeal.

Precisamente entonces podemos decir, que el movimiento legionario se extendió por todo el país, no obstante, la oposición de las autoridades y las persecuciones.

Ahora era preciso pararse, empezar a profundizar la educación legionaria con la vida en la compañía de trabajo. ¿Quién podría turbar esta silenciosa actividad, más aún cuando ella sobrepasaba el cuadro político?

EL DIQUE DE VISANI

10 de julio de 1933.

Desde el invierno, el farmacéutico Aristotel Gheorghiu, jefe legionario de Ramnicul Sarat, me había presentado un escrito, en el cual describía la situación del pueblo de Visani, donde el Buzau se desbordaba todos los años destruyendo los sembrados en una extensión de algunos millares de hectáreas. Y me decía que todo el pueblo rogaba le ayudásemos a construir

un dique de defensa. Di mi aprobación; tomé todas las medidas necesarias, envié ingenieros especialistas e hicimos todos nuestros planos. Ordené que los legionarios de toda la región se presentasen el día 10 de julio de 1933 en Visani, donde debía iniciarse la compañía de trabajo. He aquí la orden dada en aquella ocasión:

A todos los jefes de nido y de unidades legionarias del país.

«Camaradas:

Jamás se ha planteado el problema de la luz con mayor intensidad en el momento en que el hombre ha perdido la vista.

Así, en el mundo el problema de la construcción se impone más potente en el momento en que la humanidad ve que todo está en ruinas a su alrededor.

Cuando todo tiende al abandono, el alma del hombre se dirige en sentido contrario, pasa al contraataque, que se manifiesta con la sed formidable de construir desde la base, de edificar, de levantar con el trabajo.

En Europa no se ha planteado jamás este problema de la construcción como hoy, cuando la guerra nos ha dejado la ruina y la post guerra nos deja numerosas ruinas, cada día una nueva. Entre nosotros, después de quince años de discursos inflados. Pero estériles, después de los cuales no han quedado más que ruinas, nuestra alma rehúye las palabras y busca la dirección de los hechos.

También nosotros queremos construir: desde un puente roto a una carretera y a la canalización de una cascada y a su transformación en fuerza motriz; desde la construcción de una casa nueva de campesino hasta la construcción de una aldea rumana nueva, de una ciudad, de un nuevo Estado rumano.

Esta es la llamada histórica de nuestra generación: sobre las urinas de hoy debemos crear un país nuevo, un país soberbio. En el país de hoy, el pueblo rumano no puede cumplir su misión en el mundo: la de crear una cultura y una civilización propias en el oriente de Europa.

Legionarios.

Estas verdades me han empujado a llamaros en medio del país, junto a la orilla del Buzau, para que levantéis con nuestros propios brazos el dique

gigantesco que prolongará vuestro nombre por decenios. Os he llamado para que digáis a los rumanos que vosotros sois los que levantaréis la nueva Rumania.

La Rumania nueva no puede salir ni jugando a las cartas, ni en el casino, ni en los cafés, ni en cabarets, ni en tabucos esparcidos por las calles de la ciudad, ni en los paseos, ni nel os entretenimientos de los diversos Don Juanes.

Saldrá del heroísmo de vuestro trabajo.

Aclaraciones e indicaciones.

1° El dique se levantará en las proximidades de la aldea de Visani, al sur de la provincia de Ramnicul Sarat, a seis kilómetros al norte de la estación de Faurei, en la línea Buzau Braila.

2° Lugar de la reunión: la aldea de Visani. Todas las escuadras se reunirán en esta aldea, donde encontrarán bajo el mando local.

3° Fechas de llegada a la aldea de Visani: 8 y 9 de julio de 1933.

4° El trabajo se hará en dos períodos de treinta días cada uno.

Primer período: 10 de julio a 10 de agosto de 1933.

Segundo período: 10 de agosto a 10 de septiembre de 1933.

Ambas escuadras tendrán un efectivo de 500 hombres; la jefatura general será encomendada al comandante legionario de la provincia de Ramnicul Sarat, Aristotel Gheorghiu, el cual se ocupará:

Del aprovisionamiento.

Del acuartelamiento.

De los instrumentos de trabajo.

Y de todas las cuestiones que hacen referencia al trabajo en general.

Bajo su mando encontrarán:

1° El jefe de las canteras, legionario que designaré personalmente al iniciarse el trabajo. 2° El jefe del acuartelamiento y del aprovisionamiento; y 3° El jefe legionario de la escuadra. Juntos establecerán todos los servicios que se estimen necesarios.

La primera escuadra estará formada por Braila, Buzau, Ramnicul Sarat, Focsani, Tecuci, Capitala, Ploesti, Ialomitza, Dambovitza, Muscel, Arges, Vlasca, Oltenia.

Besarabia se presentará el 15 de julio, es decir, con cinco días de retraso. Los besarabos partirán a pie de Chisinau, atravesando Gradiste, Comrat, Congaz, Cahul, Colibasi, Reni, Galatzi. A este grupo se agregarán los legionarios de Cahul, Tighina, Ismail, Cetatea Alba. Los "fratzi" de todo el país llegarán con la primera escuadra.

La segunda escuadra agrupará el resto del país.

Los legionarios buscarán la manera de proveerse de trajes de trabajo, mudas de reserva, una manta y un azadón.

La marcha de las otras escuadras se hará a pie o en tren, beneficiándose con la reducción del 75 por 100, como excursionistas en grupo.

Cinco bravos legionarios de Braila llegarán cinco días antes, es decir, el 5 de julio, para preparar el trabajo y recibir a los legionarios. Serán nombrados por el jefe de legionarios de Braila, Ión Iliescu, y tomarán inmediatamente contacto con el jefe legionario de Ramnicul Sarat. Aristotel Gheorghiu.

El cuartel general donde se deberán anunciar las salidas y las llegadas: Aristotel Gheorghiu, farmacéutico, Ramnicul Sarat.

Recomiendo especialmente:

a) Orden perfecto en todo el recorrido del viaje. Si se os provoca, está prohibido que respondáis. Es preciso alcanzar el fin: llegar al punto de destino.

Deseo que todas las localidades por las que paséis, ciudades o aldeas, queden impresionados por la disciplina, corrección y actitud llena de dignidad y de educación en todas las ocasiones de los legionarios.

Los comandantes de las escuadras tendrán la entera responsabilidad del cumplimiento de esta orden.

b) En la aldea de Visani y en sus alrededores os hago saber que deberéis observar una conducta ejemplar, desde todos los puntos de vista. Amistosos con los hombres, y, sobre todo, heroicos en lo que se refiere a paciencia y a trabajo.

c) En el caso de que elementos dudosos se infiltrasen entre legionarios, a la primera tentativa de salir del camino justo serán enviados a casa y se me dará cuenta personalmente. Por otra parte, cada jefe es responsable de sus hombres.

d) Yo llegaré después de la reunión de Suceava, el lunes por la mañana, 10 de julio. Al alba, antes de comenzar el trabajo, celebraréis la función religiosa con todos los sacerdotes de los alrededores.

Camaradas:

Estáis en vísperas de escribir una nueva página en la historia de las batallas legionarias. La Patria os considerará nuevamente héroes, como ya tantas veces os ha considerado.

Dirigíos, por consiguiente, con el alma llena de empuje, hacia el campo, donde os espera un trabajo rudo, pero con el cual haréis un nuevo sacrificio, es decir, daréis un nuevo paso hacia una nueva victoria: hacia la Rumania legionaria.

Os espero, por consiguiente, a todos en nuestro nuevo campo de lucha».

Bucarest, 23 de julio de 1933.

El jefe de la Legión, Corneliu Zelea Codreanu.

* * *

El 10 de julio, más de 200 jóvenes legionarios se reunieron en Visani, viniendo a pie de Galatzi, Focsani, Bucarest, Buzau, Tecuci, Iasi y Braila, mandados por Stelian Teodorescu, Nicolae Constantinescu, Pavalutza, Doru Belimace, Stoenescu y Bruma.

Pero en vez de ser recibidos con alegría, en vez de ver que se les ofrecía algo de comer y un lugar para descansar, cansados y hambrientos como estaban, fueron rodeados por varias compañías de gendarmes, agredidos con salvaje brutalidad y derribados a golpes.

Los gendarmes habían recibido estas instrucciones de sus oficiales por orden del Ministerio del Interior, donde Armand Calinescu, según sus propias declaraciones, tenía una parte preponderante en las medidas de presión y de tortura en daño nuestro, y golpeaban a estos muchachos con el mismo odio que habían golpeado a los peores enemigos de la raza rumana.

Entre los heridos se contaron los legionarios Stelian Teodorescu, Bruma, Doru Belimace, el sacerdote Ión Dumitrescu, Stoenescu, Pavalutza, y Nicolae Constantinescu fue herido por cuarta vez en el espacio de dos meses.

La noticia de esta increíble crueldad contra los jóvenes que iban a hacer el bien, y todas las ofensas por ellos sufridas, dejaron como una negra cubierta funeraria sobre los corazones ofendidos y angustiados de toda la juventud, que a cambio de su fe y de su amor a la raza se siente vendida a extranjeros enemigos por los politicastros de su país. Comprendía entonces que todos los caminos estaban cerrados y que debíamos prepararnos a la muerte.

Era un estado de opresión general, en el que sentía romperse todas mis reservas de paciencia y de autodominio; me di cuenta de que todo se agrietaba a mi alrededor y que bastaría una única nueva bofetada para que se produjeran desgracias irreparables. De lo hondo del alma me subía a la boca este grito: «¡No podemos más!».

En esta atmósfera oprimente dirigí al ministro la siguiente carta, publicada en el periódico El Calendario del 20 de julio de 1933:

La persecución de la «Guardia de Hierro».

Carta del diputado Corneliu Zelea Codreanu al señor Al. Vaida.

«Señor primer ministro:

Como consecuencia de los incidentes de Visani, de una gravedad moral que hace sangrar el corazón, me he decidido a escribirle las siguientes líneas.

No me empuja a esto ni la impulsividad momentánea ni el deseo de ver publicada mi carta, para que los amigos aplaudan o para cumplir, según se acostumbra, la obligación formal de protestar contra las infamias acaecidas en Ramnicul Sarat.

Me hace dirigirle esta carta la conciencia atormentada de que este camino, en el que nos habéis puesto con tanta ligereza, para todo hombre de honor es el camino de las desgracias, que hoy no puede ser evitado ya.

Señor primer ministro:

No puedo aquí, en estas líneas, describirle nuestro martirio de diez años, en nuestra propia Patria, por nuestra fe rumana y cristiana.

Le diré solamente que desde hace diez años los gobiernos de la Gran Rumania se han afanado en atacarnos. Ha existido el gobierno liberal y nos ha oprimido. Ha venido el señor Goga y nos ha aplastado también él en

1926. Ha llegado el señor Mihalache y se ha vanagloriado también, ante sus amos extranjeros, de atacarnos de una manera bárbara, de exterminarnos. Ha venido el Gobierno Iorga Argetoianu, y de nuevo nos ha atacado, hasta que se ha cansado. Finalmente, ha llegado usted, y los golpes continúan.

De todos estos ninguno se ha preguntado, señor ministro, si podemos todavía soportar los infinitos tormentos físicos y morales, que muchas veces han amenazado ir más allá de nuestra capacidad de resistencia.

En todo este tiempo hemos soportado todo con gran valor; estamos llenos de heridas, pero jamás hemos doblado la cabeza.

Hemos soportado todo, porque, por muy graves que fuesen nuestros tormentos, se respetaba en nosotros el sentimiento de la dignidad humana, de nuestro honor. Pero en los últimos tiempos, bajo su gobierno, las persecuciones y los tormentos han entrado en la fase más penosa.

Lo que ha sucedió en Teius, cuando mi padre ha sido golpeado y herido, y especialmente lo sucedido en Visani, es incomparablemente más grave que todos nuestros sufrimientos hasta hoy: ataca a nuestro mismo honor.

No le haré una exposición demasiado amplia de los hechos.

Vuestra excelencia, ciertamente, recuerda que hace dos meses, cuando vine a preguntarle de qué nos habíamos hecho culpable para merecer la persecución que entonces empezaba, usted me contestó:

¿Por qué no empezáis algo constructivo?

Señor primer ministro –le respondí, he tomado la decisión de hacer un dique a orillas del Buzau. ¿Tiene algo que objetar?

No. Muy bien. Muy bello.

Presenté la petición un mes antes en el ministerio de obras públicas; hablé con los más distinguidos ingenieros, expertos en la materia, y el 10 de julio debía empezar el trabajo. No era un simple recreo juvenil: era la llegada de nuestra juventud al servicio de las grandes necesidades de trabajo sano, era la educación de mil jóvenes en sentido constructivo. Era un espolazo para otras decenas de millares de jóvenes. Era una escuela para las grandes masas populares que viven años y años con los puentes hundidos, con las carreteras estropeadas, esperando que venga el Estado a rehacerlos, cuando en un solo día de trabajo común podrían repararlos. Era un espolazo para todo el país y una advertencia para quien imagine que una Rumania fuerte puede salir de la piedad de los demás y no del trabajo nuestro, de todos nosotros.

Con vistas al trabajo, envié unos días antes a tres jóvenes a Visani a ocuparse del acuartelamiento y del aprovisionamiento. Pero fueron arrestados el 8 de julio, trasladados a Ramnicul Sarat atados codo con codo y enviados a casa como los peores carteristas, en esa situación incompatible con su dignidad de hombres.

Otros dos jóvenes estudiantes de la universidad de Bucarest que se encontraban en la ciudad de Ramnicul Sarat, adonde con tanto deseo de trabajar habían venido, fueron detenidos, llevados al puesto de policía, insultados vulgarmente, abofeteados por el mismo jefe y por dos comisarios, los hermanos Ionescu, y atados con las manos a la espalda fueron llevados a la estación, a través de la ciudad, y después, en tren, a casa.

Finalmente, el lunes 10 de julio llegaron a Visani 200 jóvenes, la mayor parte estudiantes, y en vez de brazos abiertos, en atención a sus buenas intenciones, se encontraron frente al prefecto de la provincia, al fiscal, al coronel de carabineros Fotea, varios centenares de carabineros con sus armas dispuestas, una compañía de infantería con las ametralladoras emplazadas, y recibieron en tono agresivo la intimidación injustificada de abandonar aquellos lugares.

Frente a esta situación y a tantas amenazas, aquellos 200 jóvenes se tumbaron sobre el suelo, en el mismo fango, en la más humilde posición, y empezaron a cantar Dios está con nosotros.

En un momento dado, los gendarmes recibieron la orden de atacarlos, y varios centenares se dedicaron a pisotearlos, aplastándoles el pecho y la cabeza con las botas, mientras los jóvenes soportaban en un silencio de mártires todo este calvario, sin oponer resistencia. Al frente de aquellos que golpeaban se encontraba el procurador Rachieru, el coronel Ignat, el cual, con sus propias manos, arrancó el pelo del estudiante Bruma, y el teniente Fotea, que golpeó las mejillas inocentes de los pobres muchachos.

Finalmente, trajeron cuerda y amarraron a los 200 estudiantes bárbaramente con las manos a la espalda, teniéndolos en esta situación, bajo la lluvia, durante media jornada.

Entre tanto llegó el sacerdote Dumitrescu, a quien el procurador acogió con estas palabras:

¡Eh, tú! ¿Qué quieres aquí?

Soy un sacerdote; he venido para oficiar en la función religiosa de la iniciación del trabajo.

No eres un sacerdote; eres un asno –le respondió el procurador.

El sacerdote fue también amarrado con las manos en la espalda, y después, todos juntos, en este estado humillante, fueron transportados a Ramnicul Sarat y encerrados en el cuartel de los Gendarmes, donde fueron nuevamente insultados y atormentados horriblemente por el procuradore, los gendarmes y los policías. Algunos fueron sacados desmayados de aquellas cámaras de tortura y de los sótanos, en los cuales habían sido echados y después golpeados.

Después de cuatro días de tortura fueron puestos en libertad, al no podérseles probar culpa alguna.

Otros detenidos, cuando se dirigían hacia Visani, fueron encerrados en Buzau y en Braila, y desde allí enviados a su casa con las manos atadas. Hay todavía 15 que hasta hoy sábado no han llegado; vienen a pie desde Buzau y Bucarest, de puesto en puesto, desde hace cuatro días, sin comer, insultados y abofeteados.

Señor primer ministro:

Esto no es un caso aislado, sino que la orden del gobierno se ha extendido por todas partes.

Dese hace dos semanas, sin ninguna culpa –y prueba de ello son todas las irrefutables decisiones de la justicia–, somos golpeados e insultados a cada paso, en Bucarest, en Arad, en Teius, en Piatra Neamtz y en Suceava.

Señor primer ministro:

Le hago notar, con la máxima deferencia, que nosotros, que conocemos la Historia y que sabemos los sacrificios realizados por todos los pueblos que deseaban conquistar una suerte mejor, nosotros, jóvenes de hoy de Rumania, no retrocedemos antes estos sacrificios.

No somos tan viles como para rehuir el sacrificio que corresponde a una nueva Rumania.

Pero le hago también notar que yo he formado a estos jóvenes en la escuela del sentido de la dignidad humana, en la escuela del honor.

Nosotros sabemos morir, como lo demostraremos; podemos ser encarcelados y nuestros huesos pueden secarse en el fondo de una prisión.

Podemos ser fusilados; pero no podemos ser abofeteados, no podemos ser injuriados, no podemos ser amarrados con las manos en la espalda.

No recordamos que nuestra estirpe, en la triste, pero orgullosa historia rumana, haya aceptado jamás el deshonor.

Nuestros campos están llenos de muertos, pero no de villanos: Hoy somos hombres libres, con la conciencia clara de nuestros derechos. No somos esclavos ni lo hemos sido jamás.

Aceptamos la muerte, pero no la humillación. Tenga por cierto, señor primer ministro, que nosotros, no podemos vivir estos días llenos de humillación y de indignidad.

Después de diez años de tormentos, debe saber que tenemos suficiente fuerza moral para encontrar una salida honorable de la vida que no podemos soportar sin honor y sin dignidad.

Acepte, le ruego, la expresión de mis saludos».

Corneliu Zelea Codreanu.

Sin embargo, los tormentos de esta juventud no debían terminar; ante nuestros ojos el horizonte se ennegrecía y otras sacudidas más grandes se preparaban. No había terminado todavía la tortura de Visani, cuando supimos que I. G. Duca, jefe del parito liberal, había salido hacia París, y en los periódicos parisienses hemos leído, horrorizados, las declaraciones hechas por él: «La Guarda de Hierro está a sueldo de los hitleristas; el gobierno de Vaida es demasiado débil para destruirlo; el I. G. Duca, con su partido, se compromete a exterminarlos». En Rumania, Viitorul (El Porvenir), órgano oficioso del partido, se lanzaba contra nosotros, valiéndose de los habituales argumentos del movimiento anárquico, movimiento subversivo, movimiento a sueldo de los hitleristas y contra el gobierno Vaida, al que acusaban de debilidad, de tolerancia frente a nuestro movimiento, de coquetería con nuestro movimiento anárquico y vendido a los hitleristas.

En aquellos días, nuestra raza debió soportar las más grandes humillaciones: dos hombres de Estado rumanos; I. G. Duca y N. Titulescu, por medio del trust de los banqueros judíos de París, interesados, por una parte, de la explotación despiadada de las riquezas del país, y, por otra, en

asegurar la mejor situación a sus correligionarios de Rumania, estaban preparando la subida al poder del partido liberal.

Y esto con la condición formal, con el compromiso absoluto, de exterminar por cualquier medio al Movimiento legionario.

A los banqueros extranjeros no les convenía una nación rumana legionaria, joven, fuerte, orgullosa, que los echase fuera del país con todos sus capitales robados. Y así, como colofón de los sufrimientos experimentados desde hace más de diez años, se nos iba preparando, sin que de nada fuésemos culpables, la corona de la muerte.

Permítaseme, al final de esta serie de luchas, que dirija el pensamiento a mi madre, cuyo amor me ha seguido año por año y hora por hora, temblando a cada golpe que recibía y emocionándose ante cada peligro a que la suerte me exponía.

Registros y registros, con procuradores y comisarios brutales e ineducados, han turbado cada año la tranquilidad de su casa, de la cual ha desaparecido, desde hace mucho tiempo, toda muestra de alegría y de paz. Esta es la recompensa de una estirpe degradada por sus politicastros para una madre que entre las más amargas privaciones ha educado y ha criado a siete hijos en el amor a la Patria.

Sean estas pocas palabras un homenaje para todas las madres cuyos hijos han luchado, han sufrido y han caído por la raza rumana.

CAMARADAS

Con esta última narración que cierra el presente volumen ha terminado mi juventud y la de muchos de vosotros. Por sus senderos no volveremos a pasar.

Si estos catorce años de nuestra juventud no han estado demasiado llenos de diversiones y de placeres, una gran alegría ilumina ahora mi conciencia: una Rumania legionaria ha clavado, como un árbol, las raíces en la carne de nuestro corazón. Crece alimentada por los dolores y por los sacrificios, y nuestros ojos insaciables le miran florecer, iluminado los horizontes y los siglos con su esplendor y con su grandeza. Esta grandeza recompensa

abundantemente no solo nuestros pequeños sacrificios, sino cualquier tormento humano, por espantoso que sea.

Queridos camaradas:

A vosotros, que habéis sido golpeados, calumniados y martirizados, puedo daros una noticia que asume un valor muy superior al de una frase oratoria ocasional: PRONTO VENCEREMOS.

Frente a vuestras columnas caerán todos nuestros opresores. Perdonad a los que os han golpeado por pasión personal, pero no a los que os han atormentado por vuestra fe en la raza rumana. No confundáis el derecho y el deber cristiano de perdonar a quien nos ha hecho daño, con el derecho y el deber de la raza de castigar a quien la ha traicionado y a quien ha tomado sobre sí la responsabilidad de oponérsela. No olvidéis que las espadas que lleváis en la cintura son de la raza: las lleváis en su nombre, y, por consiguiente, con ellas debéis castigar despiadados e implacables.

Así, y solo así, prepararéis un porvenir sano a esta nación.

En Carmen Sylva, 5 de abril de 1936.

* * *

El segundo volumen comprenderá la continuación del histórico Movimiento legionario, la persecución, el proceso, la traición y, asimismo, consideraciones sobre los problemas sociales y estatales en Rumania y sobre el hombre nuevo: el legionario.

EPÍLOGO

En noviembre de 1933 el rey Carol II nombró al masón I. G. Duca primer ministro y le encargó la destrucción de la Legión. La represión contra el movimiento legionario adquirió una aceleración fatal, 18.000 arrestados, 16 asesinados y 3 enterrados vivos bajo tierra. En este punto, tres legionarios, torturados (Nicolae Constantinescu, Ion Caranica y Doru Belimace) deciden que ya tuvieron suficiente. El 30 de diciembre Duca es asesinado en la estación de trenes inmediatamente después de reunirse con el rey Carol II. Los tres legionarios se entregaron voluntariamente a las autoridades declarándose dispuestos a pagar todas las consecuencias de sus actos. Pero el asesinato revitaliza la campaña contra la Legión, lo que lleva a un nuevo juicio. Una vez más Codreanu y otros 50 legionarios son absueltos para deleite del pueblo. La Guardia se reconstituye entonces sobre una nueva base legal y nace el partido «Todo por la Patria», reconocido el 20 de marzo de 1935.

A pesar de este episodio, la fama de Codreanu traspasó las fronteras de Rumanía y se extendió por toda Europa. En una carta dirigida al rey a finales de 1936, el capitán interpreta el cambio de la política rumana y de un acercamiento a otras naciones mediante revoluciones nacionales. Muchos en Italia hablan entusiasmados del experimento legionario rumano. Durante la guerra civil española hay alrededor de 10.000 legionarios que quieren alistarse como voluntarios en el ejército nacionalista, entre ellos Ion Mota, La mano derecha de Codreanu, y Vasile Marin, uno de los mayores abogados de Bucarest. Morirán en combate el 13 de enero de 1937. En la capital rumana, una gran ceremonia espera a los dos legionarios caídos. Más de 300.000 personas se alinean en el cortejo fúnebre. El capitán, en memoria de los dos legionarios inolvidables, decide crear el cuerpo de élite «Mota-Marín».

Los resultados de las elecciones de 1937 son sensacionales: 478,378 votos, 66 diputados y 4 senadores. Codreanu había logrado despertar a la nación y la Rumania legionaria era imparable. Fue entonces cuando el Rey Carol II llevó a cabo un traicionero plan para impedir que Codreanu llegara al poder:

llamo a formar un gobierno a Octavian Goga y A. C. Cuza, que habían fusionado sus partidos en el «Partido Nacional Cristiano», quedando debajo de la Legión en las elecciones. El ministro Goga fue extremadamente fácil de manipular; a petición de Goga, Carol disolvió el parlamento el 18 de enero de 1938 con vistas a celebrar nuevas elecciones ese invierno. Sin embargo, Carol puso fin al gobierno de Goga tras solo 45 días, suspendió la Constitución, canceló las elecciones e instituyó una dictadura real. Sin embargo, esto no sería suficiente para apaciguar el odio y miedo del rey hacia Codreanu.

* * *

Corneliu Codreanu anuncia el cese de la existencia del partido «Totul Pentru Tara» (Todo por la Patria).

Circular N° 148.

Convoqué desde hace una semana a los periodistas para mañana martes, día 22 de febrero, a las ocho horas de la tarde, con el fin de intentar hacer algunas declaraciones políticas referentes a nuestra actividad y postura como partido, ante las nuevas circunstancias.

Puesto que el miércoles, día 23 de febrero, es el último plazo para hacer declaraciones por parte de los funcionarios y la presentación de las dimisiones de los partidos, me veo obligado a hacer estas declaraciones hoy, para que puedan llegar en tiempo útil a nuestros miembros.

He aquí estas declaraciones, que hago en nombre del Foro dirigente del Movimiento Legionario:

Anunciamos a nuestros miembros que a partir de hoy, día 21 de febrero de 1938, el Partido «Totul Pentru Tara» (Todo por el País), ya no existe.

La jefatura de nuestro Movimiento está de acuerdo en que la razón de ser del partido ha cesado.

Todos aquellos que estén ligados jurídicamente a este partido, funcionarios del Estado y los demás, quedan desligados de todos estos lazos, readquiriendo completa libertad de acción. Todos los cargos, jefes de regiones, jefes provinciales, etc., quedan suprimidos.

Los motivos que nos han determinado a tomar esta decisión, son:

El Decreto Real n° 870 del 17 de febrero de 1938 comprende las siguientes disposiciones:

a) Los funcionarios de Estado no podrán hacer política, no pueden ya formar parte de los partidos.

b) Los que no son funcionarios, es decir, los demás ciudadanos, si se dedican a la política serán sancionados.

c) La jefatura del movimiento es sancionada si envía circulares, órdenes, disposiciones.

Por consiguiente, se nos coloca del estado de derecho en el estado de la fuerza. Mas este no lo aceptamos. Nosotros hemos entendido actuar en el cuadro de la ley, manifestando nuestras creencias.

Si esto no lo podemos ya realizar y si toda manifestación de fe nos está prohibida, la razón de ser de nuestro partido ha cesado.

Nosotros no deseamos emplear la fuerza.

No queremos emplear la violencia.

Nos basta la experiencia del pasado, cuando en contra de nuestra voluntad hemos sido arrastrados, empujados por el camino de la violencia. A toda violencia, nosotros no contestaremos de manera alguna: aguantaremos. Incluso cuando la nación entera es tratada como un rebaño de animales inconscientes.

No queremos efectuar un golpe de Estado.

Por la misma existencia de nuestras concepciones, nosotros estamos contra este sistema. Este significa una actitud brusca, de índole exterior, mientras que nosotros esperamos nuestra victoria de la realización en el alma de la nación, de un proceso de perfección humana.

No emplearemos estos medios, puesto que la juventud de ahora tiene demasiado arraigada la conciencia de su misión histórica y de su responsabilidad para cometer actos irresponsables, los cuales convertirían a Rumania en una España ensangrentada.

Nuestra generación ve bien el guante que se le ha lanzado.

Este guante quedará en el suelo.

Nosotros rehusamos levantarlo.

La hora de nuestra victoria no ha sonado aún. Es todavía la hora de ellos. Si la generación de nuestros ancianos estima que es mejor así como ha actuado, nosotros no queremos intervenir para darles lecciones.

Ellos asumen la responsabilidad ante Dios y ante la historia.

Por otra parte, mis opiniones, simples opiniones, acerca de los últimos acontecimientos serán definidas en una carta dirigida a uno de los ministros del actual gabinete.

En el mismo Decreto Real se hace referencia al comercio legionario. Para no crear motivo alguno de conflicto, lamentándolo mucho, renunciamos asimismo a la actividad comercial. Todo el comercio legionario se liquida. Los jefes de empresas lo pondrán en conocimiento del personal, con suficiente antelación, para poder colocarse en otros sitios. Los setenta niños mantenidos por nosotros, serán devueltos a sus hogares, puesto que no podemos sufragar los gastos de su manutención.

En el tiempo libre que se nos brinda, aconsejo a todos los jóvenes estudiar, aún con mayor empeño, en su profesión.

También yo, aprovechando este tiempo, marcharé dentro de un mes a Roma, para dedicarme a la traducción y publicación en lengua italiana y en francés, de mi libro, e igualmente escribiré el segundo volumen del mismo.

Y ahora, en el instante de nuestra disolución, damos las gracias a la generación de los viejos hombres políticos, por el modo como se han comportado con nosotros, por la manera como nos han tratado, por los ejemplos de carácter, honor, dignidad y lealtad que nos han ofrecido.

Concluyendo esta triste página, quedamos unidos en el espíritu de Mota, Marín y los demás caídos nuestros, quienes rezan a Dios por nosotros.

Confiad, camaradas de los pueblos, de las ciudades, de las montañas y de las aldeas, en el porvenir legionario de Rumania, al que ni el odio ni la astuta intriga ni la muerte podrán impedirlo.

Corneliu Zelea Codreanu.
Bucarest, 21 de febrero de 1938.

Carta dirigida por Corneliu Codreanu,
jefe del Movimiento Legionario,
A Alexandru Vaida Voevod, antiguo presidente del gobierno.

Señor ministro:

Me permito dirigir esta carta a usted en relación con los últimos acontecimientos políticos, en los cuales ha desempeñado un papel tan importante.

Son simples opiniones de un hombre en el umbral de los cuarenta años, que ha dedicado su juventud a las más duras luchas, en medio de los mayores sufrimientos y en los más grandes peligros.

Este hombre, durante dieciséis años de lucha, ha forjado una organización política la cual ha tenido que disolver a causa del amor por el país, puesto que no quiso responder a la provocación de guarra que se le había planteado.

El golpe de Estado que ustedes, los representantes de la antigua generación, realizaron en la noche del 10 de febrero, es una gran ofensa para nuestra estirpe y una provocación de guerra dirigida contra cada rumano.

Señor ministro:

Una nación no está condenada a vivir toda su vida dentro del cuadro de los mismos moldes. La Constitución de este país prevé la posibilidad de cualquier reforma con una sola condición: el respeto a las normas legales enunciadas por la ley fundamental del Estado. Mas eta nueva forma plantea una serie de problemas.

I. El desprecio hacia el pueblo rumano. La característica de las nuevas formas estatales en el mundo no radica tanto en la firma del Estado como en la participación de la nación en la creación de estas formas del Estado. No tiene tanta importancia la técnica del Estado, como la tiene en estos cambios la voluntad de la Nación. Este estado de alta conciencia, este estado de entusiasmo, al que puede aspirar una estirpe llamada a decidir sobre su destino.

Como rumano me siento ofendido y pregunto:

¿Cuál es el concepto que ustedes tienen de nuestra nación, desconsiderándola de esta manera en esta gran prueba, en esta competencia que se realiza entre las naciones del mundo, donde se aprecia no la forma y el aspecto de nuestro Estado, sino la capacidad de conciencia y de dignidad de la Nación?

Ustedes, con su actuación del 10-11 de febrero, al impedirnos a nosotros rumanos tomar parte en él y darnos un nuevo régimen y promulgando una Constitución redactada en unas noches, han aplicado sobre la frente de la nación entera el sello de «incapaz e imbécil».

Me pregunto otra vez: ¿Nos han considerado ustedes como un rebaño de animales? En todas estas transformaciones del Estado aparece, junto a la idea de una nueva reforma, la idea de la Nación victoriosa, no esclava, para llevar el yugo que se le coloca. La nación que desea participar en la forja de su porvenir, si quiere valerse, como nación, del derecho al respeto de las demás naciones del mundo.

II. La legalidad. Todos ustedes nos han cantado a nosotros durante diez años sobre esta cuerda de la «legalidad»: la existencia del Estado estriba en la idea de la legalidad; quien toca este principio de la legalidad y quien infringe las leyes del país, es un criminal. Ustedes que nos han metido en prisiones a causa de las más pequeñas desviaciones del Código Penal, acaban ahora de convertirse en los más grandes infractores de las leyes fundamentales del Estado, pisoteando la Constitución del país, respetada por todo el mundo desde la fundación del Estado rumano hasta la fecha. Las pruebas las constituyen los «dossiers» de los tribunales y los consejos de guerra en los cuales hemos estado siendo acusados, una vez tras otra, por ustedes de que deseamos «realizar un golpe de Estado». No hay proceso mío en el que no aparezca, con toda amplitud y con toda astucia esta fórmula.

Luego, tras diez años de sufrimientos que han hecho padecer a la Guardia de Hierro y a mi alma, terminan ustedes por efectuar el golpe de Estado.

Cometiendo ustedes el delito que nos han achacado a nosotros y por el que nos han hecho sufrir injustamente. Todas las teorías que se nos han aplicado a nosotros, a la juventud a lo largo de los años por parte de la generación de ustedes, referentes al único tema de la legalidad, del orden por el respeto de la legalidad, termina con este horrible ejemplo.

Mírennos a nosotros dentro del cuadro de la legalidad y mírense ustedes cómo acaban de convertirse en los más grandes menospreciadores de la ley.

III. Perjurio. Ustedes han presentado juramento sobre estas leyes. Han jurado que se someterían a ellas y las aplicarían. Y ahora han pisoteado el juramento prestado.

Sobre toda la generación de ustedes planea el perjurio. Triste, tremendo ejemplo para la iglesia ortodoxa que patrocina semejante acto y para nuestra estirpe. Que monstruosidad encierran en sí estas dos palaras; infractores y perjuros.

IV. La nulidad de su obra. Toda obra legislativa de ustedes es impugnada por nulidad. Todo lo que nace del perjurio y de la infracción de la ley, está condenado a la desaparición y, a los que participan en estos actos, jamás les ayuda Dios. Un voto logrado por la fuerza, por la violencia, bajo el estado de sitio, bajo censura, no secreto, sino verbal, peor que en el régimen bolchevique, no justifica los actos de ustedes, por los cuales son responsables y no se concede a la obra de ustedes valor alguno.

V. La nueva Constitución y la lucha por la liberación de Rumania de las cadenas de las finanzas judías. Y eso tanto más cuanto que la actual Constitución, según demostraremos más tarde, desposee a los rumanos de sus derechos históricos y consagra la dominación judaica en Rumania.

Toda la lucha nacional durante veinte años termina con la aparición de esta nueva Constitución, la cual no solamente no resuelve nada del vital problema de nuestra estirpe, sino que viene a sellar, a quitar para siempre los derechos y las posiciones sustraídas a los rumanos por los invasores judíos, contra los cuales no nos ofrece posibilidad alguna de defensa. La actual Constitución es una losa de sepulcro encima de la estirpe rumana.

Señor ministro:

Le he dirigido estas líneas, no para multiplicarlas y difundirlas luego al público, lo que sería una simple agitación estéril, sino porque he considerado que es bueno que ustedes conozcan todas las opiniones, tanto de los que les aplauden como de los que no lo hacen.

Reciba mi saludo
Corneliu Zelea Codreanu
22 de febrero de 1938

Carta del Capitán dirigida a Iorga

Para el profesor Iorga.
El comercio legionario de Obor y de Lazar.

Hoy, sábado, 26 de marzo de 1938, a las nueve de la mañana, los restaurantes de Obor y del Liceo Lazar han sido cerrados por orden de las autoridades.

En primero se presentó el Comisario jefe Furducescu, de la circunscripción 18, acompañado por tres comisarios ayudantes y por un pelotón de gendarmes bajo el mando de un sargento.

Al segundo restaurante acudió el comisario jefe Malamuceanu, acompañado por dos comisarios ayudantes, advirtiendo al personal que se retirara, puesto que tenía la orden de proceder a la evacuación y al cierre inmediato del local.

* * *

Cuando hace quince años, la juventud se manifestaba ruidosamente en contra de la conquista judaica (no menos ruidosa que la manifestación del señor Iorga en 1906), los señores de ahora nos decían:

«No resolveréis así el problema judío».

«Empezad a trabajar».

«Comerciad como ellos».

He aquí que con el alma ilusionada iniciamos el comercio.

Con el deseo de trabajar.

Mas cuando han visto que empezamos la obra, que somos honrados, que somos capaces, que nuestro trabajo recibe la bendición de Dios, ustedes vienen ahora y destrozan este comienzo de comercio rumano, tal vez el primer comienzo serio de nuestro tiempo; vienen y sin piedad sofocan estos intentos, todo nuestro entusiasmo y tantas ilusiones.

¿Qué epítetos puedo darles? ¿Qué palabra del idioma rumano sería la más acertada para ustedes? ¿Nos acusan de haber cometido errores en el pasado? Más, ¿quién no ha cometido errores, entre nosotros? Pero dígannos:

¿en qué hemos pecado ahora? ¿Consideran un crimen lo que ustedes mismos nos aconsejaron ayer hacer?

Viene el profesor Iorga, quien gritaba hace cuatro meses, dando la señal de alarma la ver el comercio rumano cristiano controlado por los judíos y, apelando incluso a nuestra violencia, viene ahora manchando nuestras limpias aspiraciones y nos ataca él a nosotros, a los rumanos.

Bajo el feliz y cristiano gobierno del Patriarca Miren, ya no existían en Rumania ni judíos ni comercio judío ni problema judío.

No existimos más que nosotros, que tenemos que ser aniquilados por todos los medios.

Nunca hemos tenido ninguna palabra para el profesor Iorga. Siempre lo hemos tratado con respeto y con condescendencia.

Desde hace algún tiempo lanza artículos venenosos contra nosotros.

«Entre platos (es decir, en nuestros restaurantes, durante los almuerzos) organizamos complots, planeamos tremendas revoluciones y queremos matar gente. Almas de asesinos, gente con las pistolas en la mano y en los bolsillos».

Pues bien, no puedo más.

Desde los límites de mis fuerzas humanas, con las que le he respetado, le digo:

Es usted un incorrecto. Es un incorrecto moralmente, en su alma.

El deber elemental de un hombre correcto es el de informarse también de la persona que juzga, no solo de los agentes mentirosos del señor Armand Calinescu, agentes que lanzaron ayer la noticia de que 16 equipos bajo el mando de Alexandru Cantacuzino, querían matar a aquél.

Yo no puedo luchar con usted. No poseo ni el genio, ni la edad, ni la pluma, ni la situación de usted.

No tengo nada. Usted lo tiene todo.

Mas desde lo más profundo de mi alma maltratada y atropellada, le digo y le diré, incluso desde el fondo de la tumba, que es usted un incorrecto moralmente, que se ha burlado injustamente de nuestras inocentes almas.

Ustedes, los que nos acusan de violencia, después de emplear contra nosotros las más grandes violencias, empujándonos a la desesperación y el pecado, ustedes, a quienes, si alguien les hubiera dado una bofetada, hubieran reaccionado igual que yo, sin haber pasado por los sufrimientos

físicos y las humillaciones por las cuales hemos pasado nosotros; a ustedes, incorrectos moralmente, les demostraremos ahora que no reaccionaremos de ningún modo a todas sus provocaciones.

No solo pueden cerrar nuestros comercios, o intentar ahogar nuestro entusiasmo, sino también pueden azotarnos las plantas de los pies, enviarnos a la Isla de las Serpientes, matarnos con piedras, ahorcarnos con los pies hacia arriba o someternos a las mayores humillaciones.

No encontrarán ustedes, señor profesor Iorga, ni todos aquellos que han asumido la responsabilidad de una sangriente e ilegal opresión, no solamente violencia alguna, sino, por el contrario, ni siquiera la más leve oposición.

Mas, desde ahora en adelante y hasta cerrar los ojos, señor Iorga, y después de eso, le miraré al como merece[50].

Corneliu Zelea Codreanu.
Bucarest, 26 de marzo de 1938.

Publicamos, a continuación, dos documentos históricos.

El primero ha sido, quizás, el motivo determinante del asesinato de Corneliu Codranu.

El segundo, demuestra en que forma el gobierno de Carol II ha cometido el crimen.

[50] Tres semanas más tarde, el 16/04/38, el Capitán fue arrestado y encarcelado bajo el pretexto de insultos a un alto dignatario del Estado (N. Iorga), procesado y condenado, primero, a seis meses de prisión, después, bajo falsas acusaciones procesado ante un Tribunal Militar por alta traición y condenado a 10 años de trabajos forzados —donde permaneció hasta aquella trágica noche del infame asesinato (28/29 de noviembre de 1938), cuando los verdugos del rey Carol II lo hicieron estrangular junto a otros 13 camaradas suyos Comandantes de la Guardia de Hierro. (Ver el libro del Príncipe M. Sturdza, El suicidio de Europa, Editor Luis de Caralt; Barcelona 1971, págs. 169-197).

MEMORIA DIRIGIDA POR CORNELIU CODREANU, EL 5 DE NOVIEMBRE DE 1936, AL REY CAROL II

Majestad:

No queremos molestar a nadie, con nuestras opiniones en política exterior. Pero ahora se trata de algo más que de una simple opinión, se trata del porvenir de nuestro país.

Tenemos el derecho de hablar y de hablar con decisión y hombría.

Todo lo que hacen los políticos rumanos en política exterior, lo hacen sobre nuestra carne, nuestra sangre y nuestra responsabilidad. Bien o mal, ellos han vivido su vida. Desde ahora se trata de la nuestra. Es horroroso que sus acciones y posturas, de hoy, carguen una gran responsabilidad sobre los hombros de nuestra generación. Es espeluznante pensar que nosotros, la juventud de hoy, nos podríamos ver condenados a presenciar el reparto, o la amputación de Rumania, en castigo de los pecados de una política exterior infame[51].

Por esto, considero que nosotros la juventud cometeríamos un acto de cobardía, si, en estas horas decisivas para nuestro futuro, no tuviéramos el valor de hacer oír nuestra voz. En consecuencia, sometemos a Vuestra Majestad nuestros anhelos: Pedimos que Vuestra Majestad exija de todos los que se dirigen, o manifiestan opiniones, en política exterior de Rumania, que se comprometan responder con sus propias cabezas por las directrices que asumen.

Asimismo, esperamos el igual gesto de gran valor y de gran señorío, de Vuestra Majestad, en lo que concierne a la línea real de la política exterior de Rumania.

De esta manera, en el momento de una eventual catástrofe, el país sabría de quien son las responsabilidades y el tipo de sanción.

Es esto lo que pretendemos de los hombres políticos rumanos, no teorías que no nos sirven. Porque una política exterior es buena, o mala, no cuando se presta a especulaciones teóricas, sino cuando sus resultados son buenos o fatales para el país.

---

[51] Codreanu acertaba totalmente. Rumania quedaría mutilada pocos años después.

Si nosotros la juventud, nos encontráramos colocados en la trágica situación de entrar en un aguerra al lado de los poderes del bolchevismo[52], en contra de los que defienden la civilización cristiana del mundo, que defienden las iglesias de ser derribadas, que defienden lar Reliquias de los Santos y que se oponen a la profanación de las tumbas de los héroes, declaramos abiertamente que descargaremos todos, nuestros revólveres, contra los que nos hayan llevado allí y —porque no concebimos desertar— para no cometer un acto de deshonor, nos suicidaremos.

Jamás lucharemos, la juventud de Rumania, bajo el signo de Satanás en contra de Dios.

No existen pequeña alianza, ni alianza balcánica. El que cree en estas, demuestra no haber comprendido nada. Cara a cara, existen solo dos mundos.

Bajo la presión de ellos, al desencadenarse una guerra todos los arreglos diplomáticos se desplomarán como castillos de naipes. Estos dos mundos son: los estados de las revoluciones nacionales quienes combaten en defensa de la cruz y de una civilización milenaria y el bolchevismo con sus anexos, quienes luchan para la destrucción de las naciones y el derrumbe de la civilización cristiana.

Estos últimos, el bolchevismo y sus anexos, serán aplastados por los ejércitos de la cruz y del orden natural del mundo. Si los políticos rumanos nos llevarán en el bando de ellos, Rumania estará borrada del mapa de Europa.

El discurso de Mussolini es una contestación tremendamente dolorosa para nosotros, a la actitud de gran enemistas y de gran intriga, que nuestra política exterior ha adoptado frente a la Italia fascista. La política que, en 14 años ha sido el instrumento más infame de la masonería y del judaísmo. Aquí, donde nos encontramos, hemos sido llevados por la masonería y el judaísmo. Desde este punto de vista, creemos que el hombre de ellos, Nicolae Titulescu, ha cometido el mayor crimen frente al porvenir del Estado Rumano.

[52] Como sucedería el 23 de agosto de 1944, cuando el rey Mihai (hijo de Carol), realizó un golpe de estado para poner a Rumania al servicio del bolchevismo.

Nosotros hemos sido el primer estado del mundo, quien, como el último criado del judaísmo, nos hemos apresurado –a sus órdenes– a decretar sanciones en contra de Italia, en un momento difícil de su historia.

Italia considera nuestro gesto, más que un gesto de enemistad un gesto de traición a la raza latina. ¿Puede aún, extrañar la ferocidad del discurso de Mussolini?

Frente a esta situación, lo primero que nos corresponde a la juventud es desenmascarar a todos los que nos han llevado hasta aquí y quienes, por este camino, nos conducen a la muerte.

Además, los políticos rumanos demuestran igual ilimitado odio también en la política interior: política de enemistad, de maniobras turbias y de persecuciones frente a la juventud nacionalista del país, por orden de la masonería y por incitación diaria de la prensa judaica.

Desde las más odiosas falsificaciones e intrigas, desde los golpes más despiadados y desde las leyes más revocatorias, como la más reciente de los campos de trabajo, hasta las elegantes formas de las organizaciones juveniles, todo va dirigido en contra de la juventud nacionalista, para apartarla de la línea legionaria de su destino.

Existe, por lo tanto, una perfecta concordancia entre la política exterior y la política interna rumana, las dos saliendo del mismo fondo masónico y judaico, de odio hacia la idea nacional y hacia el cristianismo. El país entero, debe estremecerse, levantarse y enfrentarse a aquellos que le preparan la muerte.

Todos los que hoy están en la línea del destino y de la historia nacionales, tienen el deber de pedir y de imponer la liberación de la política rumana, interior y exterior, de la influencia y del mando de la masonería, del comunismo y del judaísmo.

Es la única medida salvadora para el futuro de esta Nación.

¡Que Dios Le Guarde, Majestad!

Corneliu Zelea Codreanu.

DEPOSICIÓN[53]

«Salimos aquella noche de Bucarest, en dos coches celulares de la jefatura de policía. Nos acompañaban los comandantes de gendarmes Dinulescu y Macoveanu.

Llegados a Râminicul Sarat, nos alojamos en la legión de gendarmes. Aquí los comandantes Dinulescu y Macoveanu tomaron contacto con el comandante Scarlat Rosianu, de origen judío, jefe de la legión de gendarmes de Râminicul Sarat.

A falta de una orden expresa, los gendarmes no llevaron a los legionarios. Subimos todos en los coches. Regresamos inmediatamente hacia Bucarest, pero al mismo tiempo nos alcanzó el comandante Dinulescu, quien nos ordenó gritando: regresad a Râminicul Sarat.

Regresamos, mas paramos en el pueblo Baltati, a unos kilómetros de distancia de Râminicul Sarat donde acantonamos toda la noche. Aquí fuimos obsequiados con exquisitos platos, vino y pitillos de calidad.

Al alba, nos dirigimos hacia Râminicul Sarat.

Llegados a la prisión, fuimos introducidos todos los gendarmes en una celda, donde los comandantes Dinulescu y Macoveanu nos enseñaron el modo de ejecutar a los legionarios.

Al ordenar arrodillarse al chofer del coche, le echaron una soga alrededor del cuello, por la espalda, recalcando qué fácil se puede ejecutar de este modo.

Todo duró unos cuantos minutos. Luego los gendarmes salieron uno tras otro fuera, al patio de la prisión, y se le encomendó a cada uno un legionario.

A mí me entregaron a uno, más alto y más fuerte. Me enteré más tarde que este era el Capitán, Corneliu Zelea Codreanu.

Les conducimos a los coches. Aquí les ataron a los legionarios las manos en ellos asientos en la parte de atrás y los pies en la parte inferior, debajo de la parte delantera de los asientos, de tal manera que no se podían mover ni a un lado ni a otro.

---

[53] Deposición del gendarme Sârbu, uno de los ejecutores del delito, pronunciado dos años después del asesinato de Codreanu, ante la comisión investigadora de la corte de casación de Bucarest, en noviembre de 1940. (M. Sturdza, El suicidio de Europa, págs. 175-177).

Así fueron atados diez legionarios en un coche y cuatro en el otro.

Yo me hallaba en el primer coche, en aquel con los diez legionarios, detrás del Capitán, y cada gendarme colocado detrás del legionario que se le había confiado.

En las manos llevábamos las sogas.

Nos pusimos en marcha. En mi choche se encontraba el comandante Dinulescu, y en el otro el comandante Macoveanu.

Reinaba un silencio sepulcral, ya que estaba prohibido hablar, ni nosotros los gendarmes entre nosotros, ni los legionarios entre ellos.

Llegados a la altura del bosque Tâncabesti, el comandante Dinulescu, quien había establecido, mediante unas señales, el momento de la ejecución, encendiendo en un momento dado su linterna, apagándola y encendiéndola de nuevo tres veces.

Era el momento de la ejecución, pero no sé por qué, nadie la cumplió. Entonces el comandante Dinulescu paró el coche, se apeó de él y se dirigió hacia el coche de atrás.

Allí, el comandante Macoveanu fue más enérgico; los legionarios fueron ejecutados.

El Capitán movió un poco la cabeza hacia un lado y murmuró: "Camarada, permítame hablar con mis camaradas". Mas en ese mismo instante, antes de que él pudiera terminar esta petición, el comandante Dinulescu puso el pie en el estribo del coche, se adelantó en este con la pistola en la mano y gritó por entre los dientes:

"¡Ejecución!"

Acto seguido los gendarmes lanzaron las sogas...

Los coches, con las cortinillas bajadas de las ventanas, continuaron el camino hasta Jilava.

Cuando llegamos eran las siete de la mañana. Aquí nos esperaban: El coronel Zeciu, Dan Pascu, el jefe de la prisión, el coronel Gherovici, el médico forense, teniente coronel Ionescu y otros.

La fosa estaba ya preparada.

Sacados de los coches, los legionarios fueron colocados después con la cabeza boca abajo y fusilados por la espalda, para simular así el fusilamiento por la espalda durante su evasión de bajo la custodia de la escolta.

Luego fueron arrojados a la fosa común.

Unas semanas más tarde, los mismos gendarmes fuimos llevados de nuevo a Jilava y, deshaciendo la fosa común, vaciamos encima de los allí enterrados unos quince garrafones llenos de una solución disolvente y cáustica de vitriolo.

Después de esta operación se nos solicitó para prestar unas declaraciones, según las cuales, al huir los legionarios de la escolta, fueron fusilados.

Luego nos reunieron en el despacho de la prisión, donde el coronel pronunció un discurso, diciendo: "Habéis cumplido con vuestro deber, vosotros no sois asesinos ordinarios".

Unos días más tarde después de eso, fui llamado a su despacho por el coronel Gherovici, quien, al verme, me dijo: "Tú eres fuerte, hubieras podido matar tres a la vez". Luego me entregó un papel que tenía que firmar diciendo que había recibido la cantidad de 20.000 leis a título de ayuda para la enfermedad. Le contesté: "Mi coronel, no estoy enfermo". El me replicó: "Oye, Sârbule, no te das cuenta en qué mal estado te encuentras y cuida la boca, ya que, de otro modo, te la tapo con tierra", mostrándome con la mano una pistola Máuser que se hallaba encima de su mesa. Luego, tanto a mí como a los demás gendarmes, se nos concedió permiso».

ÍNDICE

ACLARACIÓN....4

PRÓLOGO....5

ENTRANDO EN LA VIDA....7
En el bosque de Dobrina. 7
En la Universidad de Iasi. 11
Se preparaba la revolución. 17
La Guardia de la Conciencia Nacional. 18
Constantin Pancu. 19
La ocupación de los Reales Monopolios. 20
La bandera tricolor, sobre la fábrica de Nicolina. 22
El socialismo nacional cristiano. Los sindicatos Nacionales. 23
El credo del socialismo nacional cristiano. 24
Una imagen veraz de la situación en 1919. 26
Los jefes de los trabajadores rumanos. 28
La actitud de la prensa israelita. 29
El primer congreso estudiantil después de la guerra. 35
La apertura de la universidad de Iasi en otoño de 1920. 36
El año universitario 1920-1921. 39
Eliminado de la universidad de Iasi. 40
El consejo de la facultad de leyes. 40
El año universitario 1921-1922. 41
Presidente de la sociedad de estudiantes de leyes. 42
La visita a la universidad de Cernautzi. 45
La revista «Defensa Nacional». 45
La fundación de la «Asociación de Estudiantes Cristianos». 53
Obligación de honor. 54
Al final de los estudios universitarios. 57
El verano de 1922. 59
En Alemania. 60
El movimiento antisemita. 63

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL.....65
«Numerus Clausus». 69
El problema judío. 70
La vuelta a la Patria. 87
En Iasi. 90
En Bucarest. 90
En Cluj. 93
Fundación de la «Liga de Defensa Nacional Cristiana». 94
4 de marzo de 1923. 96
Otras organizaciones antisemitas o nacionalistas. 98
El «Facio Nacional Rumano» y la «Acción rumana». 100
La modificación del artículo 7°. 103
El primero arresto. 106
Patriotas eminentes. 108
La huelga general de los estudiantes continúa. 119
Junio de 1923. 120
Los planes del judaísmo. 121
Los planes del judaísmo respecto a la tierra y a la estirpe rumana. 124
Los planes del judaísmo respecto al movimiento estudiantil. 126
Argumentos y actitudes judías. 127
El congreso de jefes del movimiento estudiantil. 129
El congreso de Campul Lung de la «L.D.N.C». 133
Un complot estudiantil en 1923. 137
Fuera. 149
El óbolo de los Motz. 151
Pensamientos de vida nueva. 152
El aislamiento de la plaga de los políticos. 154
El castigo de la traición y el proceso. 155
En Iasi. 158
Un año de grandes pruebas. 160
La primera compañía de trabajo. 161
Un nuevo golpe. 163
Maltratados en el huerto. 164
En el despacho del prefecto. 165
Intento de romper nuestro bloque. 169

Mi compromiso. 170
El proceso Motza-Vlad. 171
En torno a lo ocurrido en el huerto. 171
Concentraciones de Protesta contra Manciu. 175
Se ordena una investigación administrativa. 177
El resultado de la información. 180
El día fatal: 25 de octubre de 1924. 180
Dos artículos sobre el caso Manciu. 183
La huelga del hambre. 188
Solo en Galata. 189
El traslado del proceso a Focsani. 191
En Turnul Severin. 194
El proceso. 196
Hacia Iasi. 200
La boda. 202
El bautismo de Ciorasti. 205
Peligros que amenazan a un movimiento político. 206
La crítica del jefe. 208
Un proceso de conciencia. 210
Estudiando en Francia. 212
En Grenoble. 213
Elecciones generales en nuestra Patria. 215
En los Alpes. 220
En Pinet d'Uriage entre campesinos franceses. 222
La L.D.N.C rota en dos. 226
Lo que había sucedido. 227
Cómo procedí en esta situación. 232

LA LEGIÓN DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL.....234
La materia. 237
La razón. 238
Contra la vileza. 238
Primero albores de vida legionaria. 240
Nuestro programa. 243
Aspectos de la vida pública rumana. 247

Pensamientos frente a este mundo. 249
Las etapas del desarrollo de la Legión. 251
El contenido del primer número. 252
«Pamantul Stramosesc», N° 2. 256
La lucha por mantener la revista. 260
Nuestra acción vista desde el exterior 263
Más allá de las fórmulas. 266
Los movimientos nacionales y la dictadura. 267
Los primeros pasos en la organización. 269
El juramento de los primeros legionarios. 274
Una nueva batalla. 276
Problemas de orden material. 277
El verano de 1928. 279
En lucha con la miseria. 281
El profesor Gavanescul recibe el saquillo de tierra. 282
3-4 de enero de 1929. 282

HACIA LAS MASAS POPULARES.....284
Con los «motz». 284
El verano de 1929. 290
La resolución de tomar contacto con las masas. 292
15 de diciembre de 1929. 292
En el Ardeal, en Lodosul de Mures. 295
Besarabia. 297
De nuevo en Besarabia. 303
Agitación en el Maramures. 305
La marcha de Besarabia. 307
El atentado contra el ministro Anghelescu. 311
Disolución de la Legión y de la Guardia de Hierro. 316
El proceso. 322
El movimiento legionario en las primeras elecciones. 326
La lucha de Neamtz. 328

LA DEMOCRACIA CONTRA LA ESTIRPE.....331
En el parlamento. 331

Algunas observaciones sobre la democracia. 333
Elección, selección y herencia. 336
Individuo, colectividad nacional y nación 343
La estirpe. 345
El fin último de la raza. 346
La Monarquía y la ley de la Monarquía. 347
La lucha de Tutova. 348
La segunda disolución de la Guardia. 351
Nuevas elecciones generales. 353
Por segunda vez en el parlamento. 355
Cómo se presentaba la organización legionaria en 1932-1933. 358

LA OFENSIVA DE LA CALUMNIA.....361
Movimiento anárquico y terrorista. 361
Al servicio de los extranjeros. 362
Estamos a sueldo de los hitleristas. 363
La fábrica de billetes falsos de Rasinari. 364
La Escuadra de la Muerte. 371
En Teius. 374
El dique de Visani. 375
Camaradas. 385

EPÍLOGO 387

Los legionarios no mueren. Firmes, inmóviles, invictos e inmortales, contemplan, victoriosos siempre, las convulsiones del odio impotente.

EDICIONES SOL INVICTO